

EVA GARCÍA SÁENZ

PASAJE  
A TAHITÍ



  
ESPASA

## Annotation

Manacor, 1929. Denis Fortuny, el primogénito del imperio de las perlas de imitación de lujo, es acusado por sus hermanos de ser hijo de su tío Bastian, a quien él odia. Pocos días después de reunirse con sus hermanos, su madre, Laia Kane, desaparece y encuentran su cadáver en un barranco. La policía investiga el suicidio o asesinato de la matriarca y va sospechando de todos los hijos del matrimonio hasta que Denis, presionado porque está a punto de ser detenido, huye a Tahití para averiguar la verdad de sus primeros años y de la relación entre su madre y su tío Bastian.

Menorca, 1890. Adelaida Kane, Laia, es la hija de un cónsul inglés corrupto que es exiliado por la reina Victoria a Tahití, en las recientes colonias francesas de la Polinesia. Durante el trayecto en barco mueren la mitad de los pasajeros, debido a las fiebres tifoideas, entre

ellos la madre y los tres hermanos de Laia. En el barco conoce a dos hermanos mallorquines, Bastian y Hugo Fortuny, que también viajan rumbo a Tahití, ellos en busca de una oportunidad después de quedarse sin trabajo debido a una crisis económica que ha cerrado muchos talleres de soplado de vidrio en Mallorca. La vida de Laia, Hugo y Bastian quedará entrelazada y marcada para siempre desde su primer encuentro.

---

---

**EVA GARCÍA SÁENZ**

***Pasaje a Tahiti***

***Espasa***

## Sinopsis

Manacor, 1929. Denis Fortuny, el primogénito del imperio de las perlas de imitación de lujo, es acusado por sus hermanos de ser hijo de su tío Bastian, a quien él odia. Pocos días después de reunirse con sus hermanos, su madre, Laia Kane, desaparece y encuentran su cadáver en un barranco. La policía investiga el suicidio o asesinato de la matriarca y va sospechando de todos los hijos del matrimonio hasta que Denis, presionado porque está a punto de ser detenido, huye a Tahití para averiguar la verdad de sus primeros años y de la relación entre su madre y su tío Bastian.

Menorca, 1890. Adelaida Kane, Laia, es la hija de un cónsul inglés

corrupto que es exiliado por la reina Victoria a Tahití, en las recientes colonias francesas de la Polinesia. Durante el trayecto en barco mueren la mitad de los pasajeros, debido a las fiebres tifoideas, entre ellos la madre y los tres hermanos de Laia. En el barco conoce a dos hermanos mallorquines, Bastian y Hugo Fortuny, que también viajan rumbo a Tahití, ellos en busca de una oportunidad después de quedarse sin trabajo debido a una crisis económica que ha cerrado muchos talleres de soplado de vidrio en Mallorca. La vida de Laia, Hugo y Bastian quedará entrelazada y marcada para siempre desde su primer encuentro.

Autor: García Sáenz, Eva

©2014, Espasa

ISBN: 9788467042122

Generado con: QualityEbook v0.73

# PRIMERA PARTE

## PASAJE A TAHITÍ

UNA orden ambigua desencadenó una guerra, o al menos la facilitó. Un inofensivo «Entréguele esto al señor Fortuny, estará el viernes en su despacho» fue suficiente para dejar caer las máscaras, forzar alianzas y probar lealtades, aunque los combatientes fueran hermanos y miembros de la familia más acaudalada de Mallorca aquel otoño de 1929, cuando todo empezó.

O acaso cuando toda la mentira, oculta durante treinta años, terminó.

### 1 EL CUADRO QUE NO PUDO SER PINTADO

*Denis*

*Manacor, octubre de 1929*

*¿Qué demonios estarán tramando las hienas?*, pensó Denis con fastidio. *¿Por qué ahora precisamente? ¿Por qué de esta manera?*

Sus tres hermanos jamás habían pisado la sala de reuniones del Consejo de Administración de la empresa, «Perlas de Imitación Hugo Fortuny». Habían sido su padre, su madre y él mismo quienes habían luchado por aquellas ampollitas de vidrio recubiertas de la misteriosa Esencia de Oriente. Ellos tres quienes habían viajado por toda Europa, antes de la Gran Guerra, y por el resto de los continentes cuando el conflicto estalló, hasta conseguir que las «perlas mallorquinas» fuesen conocidas a lo largo y ancho del globo. Y sus tres hermanos menores, nacidos ya cuando el dinero abundaba en casa, se habían limitado a quedarse entre Manacor y Palma malgastando una fortuna familiar que no dejaba de aumentar gracias a la astucia de sus padres —Hugo Fortuny y Laia

Kane— y de él mismo. Eran un trío imbatible, bien avenido, con reflejos, don de gentes y mucho mundo.

Lo que le preocupaba a Denis Fortuny en aquellos momentos era el inesperado aviso de una reunión en la fábrica familiar, a las afueras de Manacor.

Chasqueó la lengua con desagrado mientras su anciano chófer lo conducía por los caminos recién asfaltados. Se frotó las manos, resguardadas del frío en sus gruesos guantes de piel de cervatillo, en un gesto idéntico al de su madre, una mujer que jamás se quitaba sus legendarios mitones cuya bocamanga consistía en una hilera de perlas manacorenses.

Denis se había vestido con un traje azul de tweed inglés de Budd, envuelto en un abrigo mostaza de lana de New & Lingwood, la sastrería de Piccadilly Arcade donde acudían los antiguos alumnos de Eton, los Old Etonians. Denis solía encarar su ropa a medida en Londres, las camisas de cuatro en cuatro. En los libros de registro más exclusivos de la City

constaban sus medidas de cuello, torso, brazos y muñecas. Era ese tipo de hombre que detectaba enseguida si algún contertulio con el que compartía una velada de negocios vestía con un simple traje de confección industrial de La Belle Jardinière, los grandes almacenes de París. Y no solo lo detectaba, sino que elaboraba toda una estrategia empresarial sobre la marcha basándose en aquel dato.

El Chrysler negro se dirigió al pabellón central de la inmensa fábrica de hormigón, destinado a las oficinas. Dos minutos después abrió la puerta de la lujosa sala de reuniones, estucada en verdes y dorados, amueblada para impresionar a socios, proveedores, clientes y exportadores.

Allí le esperaban Alejo, Aurora y Ada, sus tres hermanos. Los mellizos y la pequeña hada. Los tres morenos, de ojos negros y no muy altos. Calcos en distintas versiones de su propio padre, Hugo. No como él, incongruentemente espigado en aquel mar de bajitos, de pelo castaño muy claro y unos ojos lúcidos que habían visto más mundo que todos ellos juntos.

El primogénito, el eterno acompañante del matrimonio fundador. El llamado a sucederlos al frente de la fábrica ahora que acababan de enterrar a su padre y que su madre, anciana pero aún activa, comenzaba a resentirse de tanto viaje y tanta cifra de negocio.

Fue Alejo quien tomó las riendas, como era de esperar.

—Siéntate, hermano, te estábamos esperando. —Ni buenos días ni una mínima cortesía fraternal. Directo al grano. Ese era Alejo, acostumbrado a imponer su voz rotunda y sus más nimios deseos.

Así era la vida fácil que Alejo conocía, ¿por qué cambiarla? ¿Para qué esforzarse, si lo tuvo todo desde la cuna? Las fotos de su nacimiento en *El Correo de Mallorca* y en *La Última Hora*, el bautizo en la catedral de Palma, la primera escopeta de madera con tres años. De eso hacía un par de décadas, ahora su vida giraba en torno a los campeonatos de tiro olímpico y su mayor empeño era montar una Sociedad de Tiro en las Baleares para llenar las

islas de canchas de tiro para malcriados como él.

*Vaya, los niños quieren jugar a los negocios. Ahora que padre descansa bajo tierra y madre ya no es la que era, pensó Denis.*

Tomó asiento frente a ellos, tres contra uno, rodeando la inmensa mesa de las reuniones, robusta y brillante, allí donde se decidía el destino de las perlas, el de las perleras y ahora el de esa familia recién amputada. Robusta y brillante, así era la familia Fortuny.

La mesa estaba fabricada en madera de secuoya californiana, la más cara del mercado. Mil quinientas pesetas por metro cúbico, una fortuna. «Una inversión», había dicho Hugo Fortuny. «Gastos de representación», había resuelto Laia Kane sin inmutarse cuando llegó la factura.

Sacó un cigarro de la pitillera de nácar y se tomó su tiempo para encenderlo con una cerilla que extrajo de su cerillero, también de nácar. No soportaba los objetos desparejados. Exhaló el

humo y miró al techo, sonriendo. Cuántas veces lo había hecho, escrutar aquella superficie blanca y sus cuatro esquinas. Le relajaba y le ayudaba a tomar decisiones. Luego estaban las dos pequeñas perlas que siempre llevaba consigo en el bolsillo izquierdo del pantalón. Una blanca, de imitación, de la propia fábrica. La otra, negra, o más bien gris antracita. Ambas minúsculas, de apenas ocho milímetros, idénticas de tamaño, indistinguibles al tacto.

Denis no se acordaba de cómo había llegado a él aquella oscura perla. En la fábrica aún no habían conseguido imitar las perlas negras de los Mares del Sur, bastante tenían con perfeccionar las treinta capas de Esencia de Oriente —una mezcla de escamas de pescado y gelatina— y aspirar a ser las mejores perlas blancas de imitación del mercado de lujo.

Recordó que la había encontrado en el bolsillo de sus pantalones de niño, tal vez uno de sus primeros recuerdos, ya en Manacor. Se la había enseñado a su padre, preguntándole por aquella minúscula esfera negra, pequeña y redonda

como un mundo oscuro, y Hugo se la había arrancado de la mano sin mediar palabra. Días después, hurgando en el despacho de su padre, Denis la recuperó del fondo de un cajón, junto a una pistola de culata plateada que desde pequeño le fascinaba. Se la guardó en el bolsillo y ya nunca volvió a enseñar su pequeño misterio a nadie. Después se acostumbró a usar las dos perlas a modo de oráculo. Cada vez que urgía tomar una decisión, metía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba discretamente una: la negra significaba «sí», la blanca era «no». Porque a veces, lo había aprendido con su instinto de zorro joven, la decisión en sí daba igual, lo importante era tomarla rápido, adelantarse. Ser el primero. Sí o no. Inglaterra o Alemania. 622 de la Quinta Avenida o 298 de la Séptima.

—Bien, acabemos con esto, ¿a qué se debe esta encantadora encerrona? —preguntó con calma, paseando sus ojos por los de sus tres hermanos.

—Tenemos que hablar de la herencia —

susurró Aurora, sosteniéndole la mirada.

Aurora era fría y perfecta como una estatua de alabastro y emanaba cierto aire ladino. Sus oscuros bucles nunca se movían de su sitio y el maquillaje, discreto en Manacor, más festivo en Palma, permanecía siempre inalterable, como ella misma. No era exactamente bella, pero los hombres no se daban cuenta porque bastaba una de sus miradas de Medusa para fascinarlos y hacerlos suyos.

Denis sonrió. ¿Sería ella el cerebro en la sombra?, ¿habría instigado a su mellizo y a la voluble Ada hasta llevarlos a esa reunión, a esa traición?

*Tal vez, pensó Denis. Tal vez.*

Aurora, rebautizada con escasa imaginación popular como «la Viuda Blanca». Veinticuatro años le habían bastado para casarse y enviudar dos veces de sendos maridos decrepitos y escandalosamente acaudalados. Dos inesperados ataques al corazón, dos fortunas en el banco, ¿por qué no ir a por la tercera?

*Demasiados para repartir, razonó Denis y*

ocultó una sonrisa.

*Estás en zona de guerra, compórtate, se reprendió.*

Si fuese Aurora la inductora, le dolería un poco más que si fuese Alejo. Solo un poco más. Fue Denis quien tuvo que pactar con la prensa local para que dejaran de hacerse eco de los rumores que circulaban por Mallorca después del fallecimiento de su segundo esposo.

La Viuda Blanca vuelve a actuar.

¿Quién será el siguiente?

Así rezaba aquel titular infame que no llegó a publicarse jamás y que tantos miles de pesetas le había costado. Las perleras susurraban historias horribles a su paso, decían que los había envenenado con polvo de perla y arsénico, mezclados con la caldereta de marisco que Aurora preparaba los domingos. «El veneno

blanco con el pescado, el rojo con la carne. Eso decían los Borgia», recordaban las perleras. Quién demonios les habría contado aquella anécdota tan peregrina.

—Obviamente habéis venido a hablar de la herencia, ¿para qué si no ibais a dignaros pisar la fábrica?

Otra calada.

*No te adelantes, Denis. Déjalos hablar.*

—Iluminadme, porque estoy a oscuras. ¿Por qué estas prisas? El cadáver de nuestro buen padre aún está caliente.

—Padre ya es historia, Denis —continuó la voz dulce de Aurora—. Todos le queríamos pero ya es historia, por mucho que te duela. —Se corrigió—: Nos duela. Pero es madre quien nos preocupa, sus ataques son cada vez más frecuentes, está perdiendo facultades mentales cada día que pasa.

—Tonterías, madre está bien. Lleva toda la vida con esos ataques y nunca le han afectado al cerebro, eso es un mito de los médicos. Ella es más fuerte que toda esa basura.

Aurora negó con la cabeza y cruzó los brazos. Denis captó una mirada pidiendo auxilio a Alejo, que se levantó de su silla, arrastrando las patas y emitiendo un sonido al chirriar que molestó a los cuatro.

—Denis, tú te niegas a ver el declive de nuestra madre porque pasas mucho tiempo junto a ella, es normal. Pero nosotros que... —Alejo buscó la palabra adecuada, la más absolutoria— que no la vemos tanto somos mucho más conscientes que tú de que ha llegado el momento.

*Y aquí llega la bomba, pensó Denis. Cuidado, hermano, elige bien contra quién la lanzas. Puedo hacer que la metralla te destroce.*

—¿El momento de qué, Alejo? —repitió Denis, con un gesto cansino.

Percibió con el rabillo del ojo un mínimo gesto en el rostro de Aurora, los labios luchando por no dejar escapar una sonrisa de triunfo. Aurora era lista, sabía que aún era pronto. En cambio Ada, la pequeña Ada, a su lado, tragó saliva y

clavó la mirada en la alfombra turca que abrigaba el parqué. Ada era tan etérea que el escultor más famoso de Mallorca le había rogado que fuese modelo para sus vírgenes. Tenía una belleza renacentista, como las musas de Botticelli... pero poco más. Ella era la portada de las revistas de celebridades, el busto sobre el que se exhibían las mejores joyas. Y nunca le requirieron que se saliera del papel.

—El momento de incapacitar legalmente a nuestra madre. Hemos hecho varias consultas y tenemos pruebas suficientes como para que el juez nos la conceda. Es importante que los cuatro hermanos estemos de acuerdo, sobre todo tú, que eres el que más tiempo ha convivido con madre y con padre. Tu testimonio será fundamental. Está todo preparado, hermano — dijo acercándole unos documentos—. Solo tienes que firmar aquí y aquí.

Denis apagó el cigarrillo, sin dejar de mirar a Alejo, aquel crío arrogante. Ignoró los documentos que le tendía, reprimiendo el impulso de quemarlos allí mismo.

*Hombros grandes, cerebro pequeño*, había pensado siempre de él. Tal vez tendría que revisar sus prejuicios contra sus hermanos, porque allí había más. Lo intuía como un ciervo intuye en el bosque un incendio lejano que se acerca. Había más planes, más traiciones, aquello no había hecho más que empezar, pero más le valía ir ganando una a una todas las batallas que le tenían preparadas. Ellos tenían ventaja, sabían el siguiente paso, él no.

—Ni siquiera os voy a decir lo rastrero que me parece que intentéis incapacitar a vuestra propia madre, la que os ha pagado la ropa que lleváis puesta, la educación que habéis despreciado, los terrenos donde vivís como reyes de esta isla. —Denis habló deliberadamente despacio, conocía el efecto que causaban cada uno de los matices de su voz. Era el momento de imponer su autoridad—. Supongo que seguiréis adelante sin mí. No hay problema, si queréis una guerra legal, la tendréis. Testificaré en contra de vuestra causa, y lo más importante, madre hablará delante del juez,

demostrará que está perfectamente lúcida a su edad, y ella y yo continuaremos dirigiendo la fábrica como hasta ahora. Ni siquiera os habéis planteado el escándalo público que supondrá vuestra pequeña infamia. —Suspiró para sí mismo—. Cómo os va a detener eso... Sin contar con el incierto momento económico que se nos avecina. Acabo de volver de Estados Unidos, la bolsa de Nueva York se desplomó el jueves pasado, pero esta no es una fluctuación más del mercado. Es algo peor, he visto a inversores veteranos entrar en pánico como chiquillos, todo el mundo está expectante, pendiente de la reacción de los bancos. Y mucho me temo que las consecuencias de lo que acaba de ocurrir llegarán también a Europa. Es momento de afianzar nuestras posiciones y resistir a lo que nos viene, no de dar la imagen de una lucha fratricida.

No le gustaron las miradas que cruzaron los tres, aquel «entonces no hay más remedio» sordo que llenó la sala. Pensó en su padre. Hugo los habría aplastado, desheredado, dejado sin

nada. Su fábrica de perlas, lo más sagrado, lo intocable. Habría sido fulminante como el infarto cerebral que había acabado con él.

Alejo tomó de nuevo el mando.

—Entonces ha llegado el momento de que te contemos por qué te hemos citado hoy. Hemos traído a un experto desde París, monsieur Loeb. Tiene una agenda muy apretada, así que solo estará unas horas en Mallorca. Nos ha concedido su tiempo para intentar aclararnos un enigma con el que nos hemos encontrado y que nos tiene muy intrigados.

*¿Pierre Loeb, el famoso marchante de arte?*, se extrañó Denis. Eso sí que era una sorpresa. *Los niños se están haciendo mayores. Aprenden rápido, quién lo diría*, tuvo que reconocer con orgullo. *Bien por ellos*.

Alejo se adelantó, abrió la puerta lateral que daba a la sala de espera y le hizo pasar. Pierre Loeb era un hombre más grande que su propia leyenda. Inaccesible, metódico e insobornable, la galería Pierre en el 13 de la rue Napoleón era mítica y su dueño, poco menos que una

institución en el mercado mundial del arte. Famoso por sus carísimos caprichos, en especial por su colección de relojes eróticos de bolsillo. El propio Loeb le había mostrado a Denis Fortuny su pieza favorita hacía un par de años, en una cena de gala en el Excelsior de París. El reloj en sí tenía su encanto: un par de diminutos autómatas de oro representaban a una exótica cortesana y un caballero con sombrero de copa que se acometían rítmicamente cada vez que las manecillas marcaban las doce en punto. Qué dulce recordatorio.

Loeb entró con su sombrero, su pipa y lo que parecía ser un pequeño lienzo embalado bajo el brazo. Era un hombre de la edad de Denis, rondando la treintena. Tenía el rostro alargado, en forma de triángulo invertido, y mechones morenos demasiado largos molestándole cada vez que se le metían en los ojos.

Denis se levantó de su asiento y se adelantó para darle la bienvenida con un gesto afable:

—Querido Pierre, qué agradable sorpresa tenerle con nosotros en nuestra isla. ¿Se ha

alojado en el Grand Hotel de Palma, verdad? Voy a intentar no enfadarme con usted, *mon ami*, por no haberme avisado de su visita. Sabe que fui sincero cuando le dije que tenía una casa en Mallorca a su entera disposición.

—Será breve, no era necesario causarle ninguna inconveniencia —carraspeó Loeb, incómodo.

*¿Qué está pasando aquí?*, se preguntó Denis. Había visto algo en su mirada evasiva, ¿traición también? *¿Así que esta mañana me voy a enterar también de tu precio?*

—Sus hermanos me han hecho venir para que dé mi opinión acerca de este cuadro. No me habría desplazado hasta aquí de no ser por las especiales características de esta obra. Mírelo usted mismo, me interesa mucho ver su reacción.

—¿Mi reacción? Usted sabe que la pintura no es mi campo —contestó Denis, esforzándose en mostrarse indiferente cuando en realidad estaba demasiado intrigado como para admitirlo.

—Precisamente por eso.

Loeb desarrolló el lienzo con un tiento exquisito y lo depositó con cuidado sobre la mesa de secuoya. Los cuatro hermanos se inclinaron sin darse cuenta sobre la tela.

Denis observó el cuadro con atención y frunció el ceño. *Imposible*, pensó, aturdido. Se acercó más y cuando reconoció una de las figuras representadas sintió una patada en las entrañas. Se giró, perdiendo las formas, perdiendo su legendario aplomo, encarándose con sus hermanos.

—¿A qué juego infantil estáis jugando?, ¿qué demonios significa esta burla? —gritó, a su pesar. Le salió una voz destemplada que no conocía—. ¿Esto es todo lo que tenéis? Qué desesperados tenéis que estar para haber tramado semejante disparate...

*Cálmate, es preciso. Cálmate.*

—Esta pintura, creo, pertenece a Paul Gauguin —intervino el marchante de arte, con su voz de notario—. Por lo que puede ver en ella, debe de corresponder a su etapa tahitiana. Aquí, en la esquina inferior derecha puede leer

el título de la obra escrito por el propio Gauguin, además de su firma. «P Gauguin», en este caso. Ignoro lo que significan estas palabras, *Utuafare ma'ohi*, pero ya he ordenado a mis asistentes en París que investiguen.

*Familia tahitiana*, tradujo Denis de cabeza. Y esa evidencia le dejó clavado en el sitio, inmóvil por un segundo hasta que logró recomponerse y disimular lo turbado que se sentía al descubrir que recordaba algunas palabras del tahitiano.

Y realmente era un retrato de familia. Enmarcados en un cielo anaranjado y follaje rojo y verde, una anciana y un hombre maoríes descansaban sentados sobre la hierba. Pero la figura que retozaba a su lado, vestida solo con una diminuta tela verde, pertenecía a un hombre blanco. Un hombre alto, de pelo claro. El propio Denis.

—Pero... esto es imposible, Pierre —susurró Denis, sintiendo el pulso de sus sienas—. Aquel loco de Gauguin murió hace décadas, ¿verdad?

—Hace veintiséis años, para ser exactos. En 1903, en las Marquesas, el rincón más salvaje de

la Polinesia francesa. Enfermo, pobre y amargado. Como un mendigo con sífilis, si quiere una descripción precisa.

—Yo nací en 1900 —le aclaró Denis—, si bien es cierto que pasé mis primeros años en Tahití, él no pudo retratarme con mi apariencia actual. A no ser que siga vivo.

—¿Con ochenta años, escondido del mundo y en activo? No lo creo posible, su tumba en Atuona es objeto de peregrinación hoy en día. Hasta mi amigo Matisse planea ir a Tahití el próximo año para visitarla.

Denis sonrió por un momento al recordar a Henri Matisse, lo había conocido en París en una comida de la embajada y desde entonces habían coincidido varias veces. Se tenían mutuo afecto pese a la diferencia de años y a lo divergente de sus profesiones.

—Entonces este cuadro no pudo ser pintado —concluyó Denis, metiendo su mano en el bolsillo del pantalón y apretando entre su puño las dos pequeñas perlas hasta dejarlas clavadas en su carne.

—Verá, desde mi punto de vista tenemos dos posibilidades. La primera sería que esta pintura sea una magnífica falsificación, o ni siquiera eso. Supondría que un excelente falsificador de la pintura de Gauguin hubiese conseguido imitar también su estilo al retratarle a usted y hacer una composición en un cuadro inventado por él mismo. Y eso de por sí me resulta fascinante, aunque es improbable. La otra opción es que el cuadro, que no está catalogado aún...

—¿Eso es posible? —le interrumpió Denis—. ¿No se conocen todas las obras de Gauguin?

—Hay proyectos de realizar un catálogo razonado, pero va a requerir mucho esfuerzo. Creemos que Gauguin pintó cerca de seiscientas obras, pero él mismo solo admitió trescientas en una de sus últimas cartas a su marchante y renegó de otras cien, ya que consideraba que eran obras de aprendizaje. Así que tenemos doscientas obras aún sin catalogar ni localizar. En ese sentido es posible un hallazgo tan espectacular como este —dijo Loeb, encogiéndose de hombros—, pero no quiero

dejar de insistirles en el valor monetario de este cuadro. Verán, en arte es la rareza lo que se paga.

—Ya trataremos el asunto pecuniario más tarde —interrumpió Alejo—. Iba a hablarnos de la segunda posibilidad, la que todos tenemos en mente, pero lo haré yo.

—Cuida tus palabras, Alejo —advirtió Denis con un gesto glacial—. Estás a un paso de cruzar la línea.

—Alguien tendrá que tener los arrestos de hablarlo a las claras, Denis —prosiguió Alejo—. Lo que monsieur Loeb no se atreve a decirte, con toda la lógica del mundo y porque no le compete meterse en un drama familiar, es que un hombre tan idéntico a ti retratado en Tahití por el propio Paul Gauguin hace treinta años solo puede ser tu padre.

—Me... estás... llamando... bastardo... —dijo Denis.

Lo pronunció lentamente, con la mirada fija en el retrato de Hugo Fortuny que presidía la sala con gesto triunfante.

*Padre, regresa de tu tumba y ayúdame con esto,* le rogó Denis en silencio.

—Estoy haciéndome eco de lo que siempre han dicho las viejas de la isla, que eres idéntico al hermano de padre. Que dos hermanos opuestos, uno rubio, otro moreno, partieron hace cuarenta años de Manacor hacia los Mares del Sur y que un matrimonio volvió con un hijo que se parecía demasiado al hermano que se quedó allí. ¿Cuántas veces has ignorado a los ancianos que susurran que eres igual que tío Bastian?

—Me estás llamando bastardo —repitió Denis, masticando las palabras que quemaban como lava en su garganta. Demasiados años evitando pronunciarlas, ahora conocía su sabor y escocían—. Estás insultando a madre. Y el tal tío Bastian era un salvaje que se amancebaba con las indígenas, según contaba padre. Un asesino que mató a muchos hombres, un tipo rebelde e ingobernable que se retiró a su choza en el fin del mundo porque no era capaz de vivir como un europeo civilizado.

—Sí, todos conocemos aquel amor fraternal

que los unía —intervino Aurora con ácido en la voz. A Denis le pareció percibir entonces que su hermana le lanzaba un guiño a Pierre Loeb y que este lo recibía a modo de anticipo—. Lo que estamos intentando decirte es que si no colaboras con la inhabilitación legal de nuestra madre, estamos dispuestos a investigar de una vez por todas esos rumores acerca de quién es tu verdadero padre. Si no fueses el primogénito de nuestro padre, puedes olvidarte de tu herencia y de seguir dirigiendo la empresa. El testamento se leerá dentro de veinticuatro semanas. Tienes ese tiempo para demostrarnos que eres hijo de Hugo Fortuny Bontemps, en caso contrario te dejaremos sin nada.

*Entonces no hay vuelta atrás, entonces habrá guerra y será a muerte, pensó Denis. A partir de aquí todo está permitido.*

Tardó en levantarse de su silla, no había prisa ya, pese a que cuatro pares de ojos lo observaban expectantes. Después se colocó su abrigo, rozó los botones de nácar y sacó de su bolsillo un único guante, dejando huérfano de

hermano al otro. Lo arrojó sobre la mesa más cara de la isla ante la mirada espantada de Alejo y de Ada. Después se giró en silencio y abandonó la sala de reuniones sin molestarse en cerrar la puerta a sus espaldas. Era un soldado bien entrenado.

Sabía de sobra qué tenía que hacer a continuación.

## 2 ¿HA OÍDO HABLAR DE LA COPRA?

*Bastian*

*París, agosto de 1889*

—¿Ha oído usted hablar de la copra? — preguntó el maorí, pasándome un cigarro de boquilla plateada.

Al ver mi expresión de suprema ignorancia respondió:

—¡Ah, *mon ami!*, esa pasta blanca de coco es el nuevo oro, allá en el Pacífico. Los cocoteros

de las plantaciones crecen rápido en Tahití. Después, basta con secar al sol la carne espesa de su fruto. La copra se envía a todos los puertos de Asia y de los Mares del Sur: Hong Kong, Tokio, Sídney, Wellington... Una vez tratada con baños de agua caliente sirve para todo: jabones para las señoras, aceite para las lámparas, engorde para las vacas...

Se recostó de nuevo sobre los cojines granates de terciopelo, poniendo cuidado en no arrugar su traje entallado de raso negro.

Cómo decirle que mis sentidos ya no absorbían más exotismo. Que él y su hermana Vaimiti —imposible saber si eran también amantes— saturaban mi vista con su belleza andrógina de piel cobriza, dientes blancos y rotundos de caníbal, y pelo de aquel negro espeso casi azulado. Que el olor dulzón del sándalo que desprendían las coronas blancas —ya por entonces sabía que «flor» se decía *tiare* en tahitiano— y que adornaban sus aristocráticas cabezas me embriagaba casi más que el verde y lechoso ajeno del Café Procope,

aquel verano de 1889 en el París de la Exposición Universal.

*Quédate así, Tuki, pensé. Quedaos así, tú y tu hermana, inmóviles, porque así este Nuevo Mundo es perfecto.*

Había un mundo más allá de Manacor y de mi penoso presente como desempleado de las vidrierías Gordiola, tal y como siempre había intuido. Por eso fui el único de los dos hermanos empeñado en mantener correspondencia con nuestra familia materna en París. Mi hermano Hugo, tan poco detallista como práctico, nunca había mostrado curiosidad alguna por las novedades que mis tíos franceses recitaban en sus cartas.

Nuestra difunta madre, Nadine Bontemps, aya de las hijas pequeñas de los duques de Vendôme, había seguido a sus señores desde París hasta la isla de Mallorca, cuando el diagnóstico de asma del duque había llevado a la familia a adquirir una finca cerca de Palma.

Cuando el padre murió, la familia se trasladó de nuevo a Francia, pero mi madre ya se había

enamorado de un casquivano maestro soplador de vidrio de Manacor. Se quedó en la isla, tuvo seis hijos de los que sobrevivimos solo los dos varones y se empeñó en que la sangre francesa de los Bontemps no se perdiera por estar lejos de la madre patria, así que mi primera lengua y la de Hugo fue el francés, aunque hablábamos con mi padre en español o en mallorquín.

De todos modos, la sangre francesa ni se mezcló con la española en nuestras venas. Yo era, a todas luces, un galo parido en tierra española. Heredé el pelo castaño pajizo de mi madre, y cuando empezó a crecerme barba, los compañeros del taller de vidrio comenzaron a llamarme «el Francés», porque la pelusilla que adornaba mi rostro se volvía algo bermeja y parecía más un celta que un hispano. Las pecas con las que me castigaba el sol balear tampoco ayudaban demasiado.

Mi hermano Hugo, en cambio, llevaba en sus rasgos toda la rotundidad del carácter de mi padre, fallecido también años atrás. Era más bajo y corpulento que yo. Compacto como un

fardo de paja. Moreno, de ojos tan oscuros como duros y de un temple tan callado, confiado y seguro que se ganaba el respeto allá donde iba, amén de las miradas de toda una corte de payesas que él agradecía pero ignoraba, como reservándose a alguien cuya existencia todos desconocíamos.

No me molestaba la insularidad de Mallorca, ni mi físico tan poco afín a los gustos de las damas españolas, pero siempre me sentí un poco... ¿mestizo?, ni del todo español ni del todo francés, y mi futuro como soplador en los talleres Gordiola, gracias a las gestiones de mi hermano, tampoco era lo que yo esperaba pedirle a la vida.

Nunca tuve maña para el vidrio, o acaso para ser artista, que era lo que se le pedía a mi trabajo. Hugo era el que remataba las piezas pequeñas de las lámparas que le daban fama al taller desde hacía dos siglos. A mí, después de demasiados humillantes intentos y mucha pasta de vidrio desperdiciada, decidieron dejarme las piezas grandes y toscas. Yo hacía ensaladeras

Leptis, fruteros Dafne o Isis, o algún farol Corfú, como mucho. De textura lisa, craquelado, Carlomagno o acanalado. En color topacio, rojo, turquesa o amatista. De los trabajos finos, de los acabados de las lámparas que alumbraban los palacios de la aristocracia de la isla, se encargaba Hugo: los colgantes en forma de lágrima, flor, pera o pinzado que remataban aquellas piezas eran patrimonio de la paciente y precisa mano de mi hermano.

De mi paso por los talleres adquirí unos pulmones sucios pero dilatados y unos brazos hinchados de sujetar las cañas y las tenazas de las piezas más pesadas, también la aversión a los lugares cerrados, a la fragua y al horno, a la ropa con olor a humo, a los dedos eternamente tiznados —descubrí que solo las inmersiones en mar abierto volvían a dejarlos de su color original—. Y era ese odio a mi más que predecible futuro lo que me desasosegaba, tal vez por eso me volví pendenciero y problemático, tal vez por eso dejé que apostasen por mí en las peleas ilegales que se organizaban

en los arrabales del puerto de Palma, dos veces al mes, siempre a escondidas de la severa pero benigna mirada de mi hermano. Todo eso podía quedar atrás ante aquella posibilidad que los dos siameses maoríes me presentaban, tentándome como Mefistófeles tentó a Fausto a los pies de su lecho: un pasaje a Tahití, acaso dos, si negociaba bien.

Llevaba cuatro semanas trabajando como peón en la Exposición Universal de París y apenas me quedaban unos días para volver a Mallorca, donde las noticias que me llegaban de mi hermano no eran demasiado alentadoras.

Hugo contaba en su última carta que se había recorrido los talleres de sopladores de vidrio de la isla, en Palma, Sóller, Alcudia, y que todos habían despedido a sus maestros de taller, en un goteo constante desde que comenzó la última crisis en Mallorca. Las diatribas a costa de Cuba entre la vieja España y los recién

formados Estados Unidos de América estaban dañando seriamente el comercio de Ultramar, lo que había dejado en la calle a la mitad de la población mallorquina, que huía a la lejana República Argentina con lo puesto, antes de que el hambre los convirtiera de nuevo en parias de su propia tierra.

Hugo siempre había tenido grandes aspiraciones, llevaba tiempo siendo el hombre de confianza del patrón y era un secreto a voces que confiaba en heredar el taller ante la falta de descendencia de don Gabriel. Pero la realidad se impuso y mi hermano había ido rebajando sus expectativas a medida que nuestros ahorros habían ido consumiéndose. Nuestra situación era delicada, en un par de meses ya no tendríamos ni para una sopa marinera con sustancia y podía leer entre líneas la ansiedad de Hugo por que yo volviera con el jornal ganado en París.

Fue mi tío Maurice quien vino en nuestro auxilio, al acudir a sus contactos cuando se enteró de que al ingeniero Eiffel no le salían las cuentas y su monstruosa torre de hierro no iba a

estar lista para el día de la inauguración de la Exposición, debido a las algaradas de sus obreros y las cortapisas legalistas de sus compatriotas, así que reclutó más mano de obra y mejor pagada, lo suficiente como para compensar el pago de los pasajes de Palma a Marsella, y de allí a París. A mí me destinaron a los ascensores oblicuos de la torre, un nuevo ingenio cuyo mecanismo no acababa de funcionar con la docilidad que debiera.

Había conocido a Tuki aquella misma mañana, en el Palacio de las Colonias. Era uno de mis últimos días en París y por fin me había permitido disfrutar de la Exposición como un visitante más, así que me perdí en los pabellones que más llamaban mi atención: el premiado Pabellón de la República Argentina, la diminuta caja de cerillas de Mónaco, el chalé noruego frente al edificio de ese invento tan caro como inútil llamado «teléfono», que en España se

resistía a triunfar, el show de Buffalo Bill y la exótica pagoda de Siam. Visité con cierto morbo a los fieros antropófagos del Pabellón de Chile de los que todo el mundo hablaba, pero solo encontré a nueve desdichados envueltos en alfombras falsas de pieles, rodeados de inmundicia y a los que alimentaban con carne cruda de caballo a través de unos barrotes. No contento con el deprimente espectáculo, visité el imponente Palais du Colonies, donde Francia exhibía sus recientes colonias de Indochina, las Marquesas, Madagascar y Tahití.

Fue precisamente una inmensa fotografía en sepia de Tahití la que llamó mi atención: en ella, una figura humana que daba la espalda al observador se refrescaba en una cascada. Vestía con una simple tela que se adivinaba colorista y floreada, y estaba rodeada de una exuberante vegetación. Algo así como una invitación a la perdición, un «ven conmigo, bebe de este manantial y entremos juntos en el paraíso».

—¿Hombre o mujer? —me sorprendió un

vozarrón. Me giré y vi un hombretón grande de nariz rota—. ¿Usted qué opina, joven?

—No sabría decirle, monsieur. Podría ser ambos —contesté.

El tipo se quitó su extraño sombrerito negro de astracán, inédito en aquel mar de bombines, chisteras y sombreros de copa, y se presentó:

—Paul Gauguin, el pintor. Sin duda habrá oído hablar de mí, expongo en el Café Volpini, en la entrada del recinto de la Exposición, frente al Pabellón de la Prensa.

—Monsieur Gauguin, es un placer conocerle. Mi nombre es Bastian Fortuny. —No tenía ni idea de qué me hablaba.

Entonces un nativo que nos escuchó conversar se nos acercó. Llevaba una suerte de taparrabos rojo con dibujos de flores blancas que apenas cubría lo imprescindible. Una hoja de helecho rodeaba su cabeza. Nada más, ese era su atuendo. Y diría que no necesitaba más para saberse superior a cualquier occidental que pululara por aquel pabellón. Era más alto que nosotros, pero fino en sus facciones, pese a las

espesas cejas negras y la melena hasta las orejas.

—Es un *mahe*, un hombre-mujer —nos aclaró, señalándonos la foto.

—O sea, que ni lo uno ni lo otro —terció Gauguin.

—Al contrario, monsieur, es ambos a la vez. En nuestra cultura, todas las familias educan a su primogénito para que cuide de sus padres. Si el primogénito es varón, será criado como *mahe* —dijo con un francés dulce y una voz suave, impropia de un cuerpo descomunal como el suyo—. Aunque no sean ustedes aprensivos con su hombría. Algunos *mahe* se casan y tienen hijos, si es eso lo que les preocupa. Por cierto, me llamo Tuki, de los Teva de Tahití. Somos la estirpe de reyes más antigua del archipiélago, dos de mis bisabuelos, Hiro e Hina, fueron los dioses que crearon las islas.

Nos entregó un par de guías oficiales de la isla, publicadas por el Gobierno francés. «Los afortunados habitantes de este remoto paraíso de los Mares del Sur solo conocen la parte más

luminosa de la vida. Para ellos vivir es cantar y amar». Eso rezaba la primera página.

—Quisiera presentarles a mi hermana, Vaimiti. —Ella se acercó, elegante y risueña, y el pintor balbuceó un saludo demasiado formal. La joven llevaba una falda hecha con hojas de palmeras y dos cáscaras de coco en forma de sostén—. Monsieur Charles Spitz, el fotógrafo que ha reunido todas estas fotografías de Tahití, nos invitó a venir. Es... nuestro mentor, por así decirlo.

Pero Gauguin apenas prestaba atención a su deliciosa cháchara.

—Acabo de conocer a la Eva primigenia —me susurró el pintor al oído, con la voz excitada—. Esto es precisamente lo que andaba buscando para mis cuadros.

El embrujo fue suficiente como para que aceptásemos una invitación para aquella misma noche en un salón privado de la primera planta del Café Procope.

Gauguin no acudió, así que después de concederle el margen de tiempo que la cortesía

imponía, Tuki y Vaimiti me agasajaron con entremeses, rodaballo, estofado de faisán, queso de Brie y esos pastelillos de colores llamados *macarons* que se veían en los escaparates de todas las *pâtisseries* de renombre en París.

Yo quedé ahíto con aquel dispendio, pero ellos, magnéticos y seductores, me empujaron escaleras arriba hasta una habitación de telas rojas y doradas que parecía haber sido diseñada solo para el placer, el ocio y la evasión.

—Así que me propones un permiso para explotar una plantación de copra al oeste de la isla. ¿Y luego qué? —le pregunté a Tuki, después de que me llenara la cabeza de imágenes de cocoteros, nativas complacientes y cabañas de pilotes emergiendo a pocos metros de la orilla.

—Si ustedes tienen una pequeña cantidad ahorrada, podrán poner en marcha la plantación, contratar a tahitianos y en un par de años obtener beneficios.

—No tenemos ninguna pequeña cantidad ahorrada, querido amigo —le corté.

Se perdió durante un momento en las espirales de humo de su cigarrillo, concentrado. Finalmente me obsequió con una sonrisa triunfante.

—Nosotros estaremos ya en Papeete, la capital de Tahití. Ustedes pedirán al gobierno colonial un préstamo para iniciar el negocio, pero necesitarán un avalista. Le hablaré a mi tío, el jefe del clan Teva, de usted y de su hermano. Él les avalará. Mi familia vive en el distrito de Papeari, en el sur de la isla. Iremos allí juntos, será un bonito viaje.

—Si fuera tan sencillo, ya lo habría hecho todo el mundo —me limité a contestar, reclinándome en aquel inmenso sofá frente a los dos hermanos.

—De hecho, todo el mundo lo hace —replicó—. Pero nuestras islas son vírgenes y aún hay para todos. Hasta la llegada de los europeos, los maoríes no necesitábamos trabajar: los árboles frutales crecen muy rápido en el interior de la isla y basta con acercarse a la selva para volver con naranjas, mangos, limones, frutos del árbol

del pan... Del mar extraemos solo la pesca que necesitamos, algo que a ustedes los occidentales les sorprende mucho. Pero hace diez años vinieron los franceses y nos convirtieron en colonia, y llegaron con sus preciosos trajes, con su tabaco, con sus cubiertos, con sus casas pintadas, sus verjas blancas y sus jardines... Eso cuesta dinero, *mon ami*, y a mi sangre real le deslumbra este lujo. Algunos canacos, como ustedes nos llaman, hemos aprendido a hacer negocios con los europeos.

—¿Qué otros negocios, además de la copra?  
—quise saber.

Tuki elevó la comisura de sus labios hasta convertirla en una sonrisa enigmática y se sacó un pequeño objeto del bolsillo interior del traje. Era una caja de fósforos con un dibujo de la Exposición Universal, como las que se compraban en la tienda de souvenirs de la esquina norte de la Torre Eiffel. Dentro de la cajita había una perla del tamaño de mi uña.

—Es una perla negra de Tahití —anunció, satisfecho por el efecto que me había causado

aquella visión—. Esta vale lo que su isla en forma de cabeza de cabra.

—No sabía que hubiera perlas de ese color —murmuré, perplejo.

—El color se debe a las barbas oscuras de nuestras ostras, son únicas en el mundo. Pero hay que abrir catorce veces mil ostras para encontrar una perla. El negocio está en el nácar, en realidad, porque no depende del azar.

—El nácar —repetí.

—Sí, las islas exportan las láminas de nácar de las conchas de las ostras y ustedes los europeos las convierten en botones para sus hermosos trajes. Pero hay más negocios con los que enriquecerse: tenemos recolectores de coral que venden la materia prima a los *coolies*, los chinos. Ellos después envían sus diminutas figuras al puerto de Hong Kong. Como ve, todos somos ricos en Tahití.

*Seguro que sí, pensé, por eso eres un príncipe exiliado en esta ciudad de hierro y cemento que se prostituye por un traje caro.*

Vaimiti miraba preocupada la perla que su

hermano me había enseñado y su rostro no mostró alivio hasta que Tuki volvió a guardarse la caja de cerillas en el bolsillo interior del traje.

—¡Oh!, no deje que le incomode su silencio, nuestras mujeres son calladas y contemplativas —dijo mirando de reojo a su hermana.

No me incomodaba, en realidad.

Me fascinaba.

Vaimiti y yo manteníamos un diálogo mudo desde hacía un buen rato, al margen de la dulce verborrea francesa de su hermano.

—*Ha ere mai na* —dijo por fin la joven.

—Ven conmigo —me tradujo Tuki.

La miré, no muy seguro de la reacción de su hermano.

—Acércate a ella, *mon ami* —me animó Tuki, cuando vio mis dudas—. Yo me marchó ya.

Se incorporó con un gesto perezoso y besó a Vaimiti en el lomo de la nariz.

—No se fíe de una tahitiana que le bese en los labios, eso significa que ha estado con muchos europeos. Así es como nos besamos en Tahití, no con esa costumbre romana de besar en la

boca.

—¿Romana? —pregunté divertido.

—Ustedes saben muy poco de sus propios ritos. Monsieur Spitz nos contó que su costumbre europea de besarse en los labios se remonta a la Época Clásica, cuando los... ¿patricios, dijo?, cuando los patricios romanos comprobaban si sus mujeres habían bebido vino explorando con la lengua sus labios.

—Lo ignoraba —tuve que admitir, sin apartar la mirada de Vaimiti.

Tuki deslizó una sonrisa cómplice en sus labios y nos dejó solos por fin.

En cuanto su hermano cerró la puerta a sus espaldas, sigiloso como una pantera negra, Vaimiti me rodeó el cuello con sus brazos de bronce.

—¡Rescátame de mi hermano y de monsieur Spitz! Sé mi *tané* en Tahití. Mi familia te ayudará. Una vez allí, te diré cómo.

—¿Tu *tané*? —dije sin comprender.

—Mi hombre, mi esposo, mi amigo.

—Tú y yo apenas...

—Sé mi *tané* —me interrumpió, y sus manos expertas se volvieron insistentes bajo mis pantalones.

Suspiré. *Basta de teatro.*

Me puse a horcajadas sobre ella, sujetándole las muñecas.

—¡Es suficiente, mujer! Dime qué gana tu hermano si me envía a vuestra isla.

—Nada, a él le gustas. Cree que puedes ser bueno para hacer negocios en Tahití.

—No te creo, hay algo más.

Ella calló, confirmándomelo.

—Verás, no me voy a ir al otro lado del mundo sin saber lo que me juego. Y tú no quieres que tu hermano sepa que pides ayuda a todos los hombres con los que te deja sola.

La muchacha forcejeó durante un rato, pero acabó rindiéndose.

—El Gobierno francés nos da una comisión —dijo por fin.

—Explicate —la apremié.

—El Gobierno construyó el Palacio de las Colonias para persuadir a sus súbditos de que

marchasen a colonizar sus dominios en Ultramar. Para ello ha hecho descuentos en los pasajes y ha dado facilidades a los colonos para instalarse, pero la Exposición casi ha terminado y apenas ha logrado convencer a unos pocos. Ahora nos paga una comisión a los nativos que consigamos venderos un pasaje.

La solté, aquello no me parecía tan mala idea, después de todo.

—¿Estaréis tú y tu hermano en Papeete cuando yo llegue?

—Sí. Monsieur nos ha prometido que nos dejará volver. Regresaremos a Tahití en cuanto acabe la Exposición. Nos dijeron que París era la Ciudad de la Luz, pero yo nunca antes había visto tanta oscuridad —dijo agachando la cabeza para no mirarme.

Y hubo un gesto de inmenso dolor que no supe cómo interpretar.

Le liberé las muñecas y me senté a su lado, apoyado en unos cojines más grandes que mi propio camastro en Manacor. Todavía quedaba ajenjo en la botella de Pernod Fils, así que

coloqué la cuchara perforada con el terrón de azúcar sobre mi copa y vertí algo más de agua fría sobre la bebida, que pasó de su color verde transparente al lechoso ámbar.

—¿Vas a seguir bebiendo? —le pregunté.

Ella asintió. Le puse mi vaso en los labios y ella bebió una vez más.

—Háblame de Tahití, de lo que me encontraría allí si decidiera ir. Sin mentiras, sin exageraciones —le pedí.

—¿Qué quieres saber? —Su voz era de nuevo dulce, el hada verde de la absenta revoloteaba alrededor de su sonrisa adormecida.

—No te duermas, Vaimiti. Si quieres esa comisión, te necesito despierta.

Aquella palabra fue suficiente para que se despejara. Transcurrieron varias horas hasta que amaneció tras los ventanales del Café Procope. Ella me acariciaba y respondía, y yo me dejaba hacer y preguntaba.

¿Dónde vivían los colonos? ¿Cuánta población extranjera y nativa había en Tahití? ¿Cómo se ganaban la vida unos y otros, cómo vestían?

¿Resultaba caro vivir en la isla? ¿Cuánto costaba la comida? ¿Y una casa? ¿Quién estaba al mando? ¿Cómo era el trato de los colonos con los nativos? ¿Y el clima, había tormentas? ¿Era el mar fiero o navegable? ¿Había animales, peligros naturales, anacondas, papagayos, leones? ¿Había matrimonios de ambas razas, niños mestizos? ¿Habían llegado los misioneros? ¿Qué religión practicaban los tahitianos? ¿Eran caníbales? ¿Había asesinatos, trifulcas, cortesanas, caciques, reyes, alcaldes, gobernadores? ¿Qué negocios emprendían los colonos, cuántos años se quedaban a vivir, volvían enriquecidos a sus hogares? ¿Conocía a algún español allí? ¿Qué adelantos habían llegado a la isla? ¿Había luz eléctrica, telégrafo, carros tirados por caballos, médicos, hospitales, escuelas, bibliotecas, cómo se defendían de las epidemias?

Cuando terminé con el interrogatorio me quedé pensando un buen rato. Finalmente, me decidí.

—Mi hermano no cruzará el mundo por una

promesa, necesitaré llevarle alguna certeza de que el negocio va a ser algo sólido.

Vaimiti se me quedó mirando, pensativa, pero enseguida sonrió.

—Déjeme hablar con el fotógrafo, él sabe de esos papeles que tanto os importan a los *popa*.

La miré sin comprender.

—Europeos —aclaró ella.

A la mañana siguiente nos encontramos de nuevo en la planta baja del Palacio de las Colonias, junto a las dos cabañas tahitianas de paja que Tuki y Vaimiti tuvieron que construir ellos mismos por contrato, según me contaron. Para mi sorpresa, Paul Gauguin apareció pidiéndome disculpas por no haber acudido a nuestra cita. Me contó que había estado cenando con otros artistas y que intentó convencerles de viajar a las colonias y montar el Taller de los Trópicos, una idea que le llevaba rondando por la cabeza durante un tiempo.

—De momento, la opción que más les convence es Madagascar. La esposa de mi amigo Redon habla con entusiasmo de esa tierra —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Usted tiene familia, joven?

—Un hermano, pero vendría conmigo.

—¡Oh!, eso simplifica mucho el problema, claro que sí. Si yo tuviera esa... libertad. Mi mujer, «la vikinga», nunca consentirá en viajar tan lejos. Estoy pensando en dejarla con mis cinco vástagos en Copenhague y enviarle el dinero que yo gane con mis cuadros.

Me pareció demasiado inverosímil que aquello ocurriera, así que me limité a asentir. En realidad mi cabeza estaba en otro lugar, expectante por las noticias que me traerían los hermanos maoríes.

Por fin llegó Vaimiti con un documento en la mano. Me lo tendió y lo examiné. Aquel papel nos prometía un terreno, un permiso, un futuro. Otra vida. *Esto será más que suficiente para convencer a Hugo*, pensé eufórico.

—Te entrego el papel —me dijo ella, solemne

—, pero búscame en Papeete o en el distrito de Papeari.

—Así lo haré —le prometí—. Te buscaré.

Tal vez no a ella o no en el sentido en que ella quería, sino a la promesa de que habría otras como ella, lejos de los dos extremos que había conocido en Mallorca: las recatadas manacorenses y su mojigatería católica española, con sus complicados rituales de seducción que hacían que fuera tan difícil arrancar un beso y algo de intimidad en una playa sin que luego fingieran sentirse azoradas por su pecado y el «qué dirán». O las destartaladas prostitutas de los arrabales de Manacor. Había otras más dignas en los locales céntricos de Palma, pero eran más caras y no estaban a mi alcance. En todo caso, el desahogo rápido me aliviaba poco más que la momentánea presión de la entropierna y pronto dejé de acompañar a Hugo en sus visitas. Que hubiera otros tipos diferentes de mujeres, entre las coloniales o entre las nativas de Tahití, me devolvía algo de interés por su compañía.

—Su barco zarpará el diez de abril del próximo año desde Marsella. Después de unos sesenta días de navegación llegará a Papeete —intervino Tuki, más pragmático que su hermana—. Nosotros estaremos ya en Tahití para esas fechas. En junio acudiremos todas las mañanas al puerto de Papeete, nos informaremos de su llegada y les esperaremos para darles la bienvenida y acompañarlos en sus primeros pasos en la isla.

Asentí, fingiendo entereza, pese a los nervios que sentí al guardar aquel preciado documento en mi raída chaqueta.

—Solo hay un problema con los pasajes —añadió el maorí, con gesto preocupado—: Son ustedes hijos de súbdita francesa, pero necesito una dirección en Francia.

—La tengo —me apresuré a decir—, mis tíos me avalarán con la suya.

—Bien, bien, eso es perfecto. Entonces tendrán un descuento del sesenta por ciento en los dos pasajes de segunda clase —dijo, tendiéndome un papel con las condiciones del

viaje.

Lo revisé por encima y vi los precios. Ocho mil francos en total. Imposible, incluso después de aplicar el descuento.

—Aun así el pasaje no está a nuestro alcance —tuve que decir, a mi pesar.

—Ya lo había imaginado —dijo Tuki—. Habría... una manera. Una solución.

Le hice un gesto con la cabeza, invitándole a continuar.

—Tendrían que trabajar en los hornos de carbón del barco de vapor, en la sala de las calderas. Ambos. Solo admiten hombres jóvenes y fuertes. La travesía será dura, incluso para usted. Eso pagaría lo que le falta del pasaje, y estamos hablando solo de la ida.

Apreté la mandíbula.

—¿Cuánto tiempo dijo que duraba el trayecto? —pregunté. No quise mirarle.

—Dos meses escasos. A lo sumo dos meses y cuatro días, si la mar no acompaña.

*Dos meses en el infierno, puedo con ello, decidí.*

*Y Hugo también podrá.*

No sabía, ni siquiera imaginaba, que aquel viaje nos cambiaría a Hugo y a mí para siempre. Que no volveríamos a ser los mismos, que llegaría un día en que, después de escrutarnos mutuamente, no seríamos capaces de volvernos a mirar a los ojos nunca más con la honestidad con que se miran dos hermanos huérfanos acostumbrados a lidiar solos contra el mundo.

Y ella probablemente no tuvo la culpa. Laia Kane se guio por sus propias decisiones y nosotros también tomamos nuestros caminos. Ahora que han pasado tantos años, pienso que no hubo forma de evitar que los tres nos destrozásemos la vida los unos a otros.

Pese a que era mucho, tal vez demasiado, el amor que me unió a ambos desde el principio.

### 3 LA HIJA DEL CÓNSUL

*Laia*

*Océano Pacífico, mayo de 1890*

Voy a morir. Imagino que mañana, o a más tardar el viernes.

El médico del *Oceanien* calcula que tres semanas le bastan a las fiebres tifoideas para someter a un cuerpo y dejarlo listo para que la Dama Blanca venga a recogerlo. Yo no estoy preparada para su visita, apenas voy a cumplir veintiún años y estoy demasiado enfadada con mi padre como para morir. A él le debemos esta caída en desgracia, a él le debo que Su Majestad, la reina Victoria, nos haya prohibido volver a poner un pie en Menorca, mi isla, el único pedazo de tierra y viento que conozco.

Aquí, en mitad del océano Pacífico, semanas después de atracar en Sídney, la humedad y el calor hacen que los miasmas de esta epidemia le hayan ganado la batalla a los escasos cuidados

que el doctor Landry nos ha proporcionado a bordo: aislamiento para los enfermos y quienes los hemos tratado, paños de ginebra en la frente para los desdichados que han ardidido embrujados por estas fiebres inhumanas. Nada para los escalofríos, la tos, los delirios.

Hoy escribo desde el miedo, la vergüenza y la rabia. Miedo a que mi cuerpo se haya contagiado de esta pestilencia que a tantos ha matado ya en este vapor perdido en las antípodas, rumbo a una isla de nombre Tahití, en los Mares del Sur, colonizada por los enemigos de la Corona británica, los franceses. Rabia y vergüenza por el ostracismo impuesto por la reina a mi padre, cónsul hasta hace cuatro meses de Gran Bretaña en mi añorada isla de Menorca.

Hasta ahora mi existencia había transcurrido barrida por los vientos de la tramontana, recorriendo los senderos que la bordeaban, buscando siempre la penúltima cala de aguas transparentes y pinos de raíces retorcidas. Nunca concebí otros colores para un paisaje que

no fueran el contraste del verde de los zarzales entre las piedras grises, el blanco de la arena y el azul limpio del mar. Más allá de las ensenadas de rocas de mi infancia, el Mediterráneo se tornaba oscuro y agreste. Mi isla siempre fue áspera al tacto, y así estaba bien, protegiéndose como un puerco espín del mundo exterior.

Ahora estoy en cuarentena, aislada en la enfermería donde tantos viajeros con pasaje de primera han muerto en apenas un mes. La pálida muerte ha sido fulminante y certera con ellos. A primeros de mes todos los miembros de la familia estábamos desayunando mientras mi hermano Antón —siempre será Anthony para mí— discutía con mi padre las estrategias diplomáticas para presentarse ante el gobernador Lacascade en Papeete, capital de Tahití y sede del gobierno colonial.

—Habrà que darle una versión alternativa de lo sucedido —comentaba con gesto serio,

mientras hacía estallar con un trozo de pan pinchado en un tenedor de plata la yema rojiza de unos huevos Benedict.

Anthony le dio un sorbo a su taza de té Twinings, uno de los pocos caprichos que se había empeñado en llevar a Ultramar, además del gin Xoriguer, la única ginebra que continuaba destilándose en Menorca a la manera británica, con bayas de enebro. Tanto Anthony como mi padre bebían a diario ingentes cantidades de aquellas botellas verdes con una anilla en el cuello sin que les afectase demasiado, haciendo gala de la sangre inglesa que corría por sus venas. El resto de los menorquines preferíamos tomar la *pomada*. La misma ginebra, pero rebajada con limonada.

Mi padre, Anthony Kane, fue diplomático en Cuba antes de ser destinado a Menorca en 1861. Aprovechó la coincidencia de su apellido con el del benefactor de la isla mediterránea y dejó creer que pertenecía a una rama bastarda del gobernador Richard Kane, quien ciento cincuenta años antes había administrado el

territorio con muy buen criterio. De aquellos buenos tiempos de la segunda dominación inglesa de Menorca nos quedó a los mahoneses la costumbre de llamar *xoc* a la tiza, *stick* al palo y *boinders* a los balcones acristalados. También quedaron las contraventanas verdes de madera, que daban a las calles empinadas de Mahón un aspecto de pueblo pesquero inglés, más parecido a Dover o Plymouth que a Calpe o Palma.

Conoció a mi madre, Ágata, hija de aristócratas menorquines, los marqueses de Albranca, y tuvieron cuatro hijos. Águeda y Anthony, los primogénitos, eran mellizos. Águeda cargaba sobre sus pálidos hombros la presión de rubricar un buen matrimonio. Mi adorado Anthony, por su parte, era listo, refinado, culto y avispado como un pequeño zorro. Fue enviado a estudiar a Inglaterra para continuar la carrera diplomática de nuestro padre. Yo era la tercera, bautizada como Adelaida por la santa de una antigua iglesia que ya no existía en Menorca, según mi madre, y por

Adelaida de Hannover, la extravagante prima de la reina Victoria, según mi padre. Aunque jamás permití que nadie se dirigiese a mí con otro nombre que el de Laia.

Yo solía cuidar del más pequeño de los hermanos, Albert. Caprichoso, encantador y consentido como todos nosotros, con diez años ya apuntaba maneras metiéndose en el bolsillo a todas las institutrices enviadas desde Londres.

Volviendo a mí, después de tener una infancia nada rutinaria, después del primer ataque, después del escándalo, mis padres me ocultaron del escenario público durante bastantes años. Mi madre me colocó los mitones y trató de convencer a sus amigas aristócratas de que eran la última moda en Londres y yo era una caprichosa que me negaba a quitármelos.

Nunca fui tan agraciada como Águeda, pese al parecido físico. Además de bastante diminutas, ambas éramos morenas de ojos oscuros, pero mi frente era alta y despejada, y según la frenología tan en boga en mis tiempos, aquello era indicador de una inteligencia curiosa,

un rasgo no muy atractivo en una mujer y que solía disuadir a la mayoría de los hombres. Nunca me importó demasiado mi aspecto: a efectos de matrimoniar, las cartas ya estaban marcadas desde mi infancia y me daban por caso perdido.

Años atrás mi madre me había explicado su teoría acerca de los hijos no primogénitos. Dijo que Dios siempre se esmeraba al crear su primera obra, y por eso usaba barro de primera calidad. Para el resto de los hermanos utilizaba el barro que quedaba. «Por eso los tronos y los títulos nobiliarios los heredamos los primeros. Es ley divina», me explicó. En todo caso, ella no heredó el título, sino mi tío. Pero no se sentía una víctima de la ley sálica, la consideraba parte del «orden natural de las cosas».

Es por ello que crecí con menos restricciones que mis hermanos mayores y sin tanta presión por bordar un porvenir digno de mis apellidos. Ambos eran las joyas de la Corona y a mí me venía bien no vivir bajo la lupa del rígido futuro que de ellos se esperaba. Todos sabíamos que

yo ya no era tan maridable, que al menos en Menorca nadie había olvidado lo sucedido y nadie osaría arriesgarse a cruzar la sangre de sus hijos con la mía, pese al pedigrí de mi madre y al alto cargo que ocupaba mi padre.

De todos modos mi padre, más que respetado, era temido en toda Menorca. Todos veíamos algunas noches a su hombre de confianza, Tobías, volver con los nudillos ensangrentados de dar palizas a los dueños de los talleres que se resistían a pagar el exagerado tributo que mi padre les imponía por dar salida a sus mercancías en Cuba. Mi familia era consciente de ello, pero nos dejábamos comprar por sus regalos de patriarca espléndido. Todos éramos testigos, cómplices mudos, consentidores. Él era el ejecutor, nosotros los beneficiarios. Las hijas hacíamos la vista gorda a sus negocios; eran asuntos masculinos.

Mi madre, acostumbrada por su sangre a unos privilegios medievales, jamás tuvo reparos éticos en que mi padre continuara exprimiendo a nuestros paisanos. Yo nunca recibí otro trato por

parte de los criados que el de una resignada sumisión a los caprichos de una chiquilla, pero por entonces era ajena al mudo resentimiento que debía de provocar mi presencia y la de mi familia. Mi padre nunca se ensució las manos, todo lo ordenaba desde su despacho, pero ninguna caja de zapatos, monedero de plata o botella de lejía salía del puerto de Mahón con rumbo a La Habana sin haber tributado el exagerado impuesto exigido por mi padre.

Creo que con el tiempo se descuidó y tal vez sus métodos se embrutecieron. Su ambición fue a más y quiso adueñarse de todo el comercio antillano de Menorca, lejos —creía él— de las sospechas del Gobierno británico y de Su Majestad, que mantenían la presencia de un cónsul en aquel pedazo de tierra insignificante comparada con los vastos imperios de la Corona —una quinta parte del globo terráqueo—, para garantizar la ruta hacia el Mediterráneo oriental.

Para mi madre y mis hermanos aquel continuo flujo de ingresos tan solo representaba otra propiedad más en Ciudadela, que apenas

visitábamos excepto para ir al Teatre des Born, o más vestidos por temporada, o pretendientes más adinerados para Águeda, quien hablaba de ellos igual que una niña rifándose los cotizados cromos troquelados de la fábrica inglesa de Mamelok. Apenas había seis títulos nobiliarios originarios de Menorca, además del nuestro: la baronía de Lluriach, el ducado de Mahón, el condado de San Antonio, el de Torre Saura, la baronía de las Arenas y el marquesado de Vinent. Los cachorros de la nobleza nos frecuentábamos en los palacios del conde de Torre Saura, o en el de los Squella, en Ciudadela, o en las fincas de verano de Ses Truqueries o S'Alairó. Pero estábamos en 1890, en la isla el pueblo llano estaba empezando ya a desarrollar la conciencia de la clase trabajadora y la semilla de la no resignación comenzaba a instalarse entre ellos, de manera lenta pero definitiva.

Puede que no hubiésemos podido vivir en nuestro pequeño reino corrupto eternamente, que con los años alguna autoridad de la isla

hubiese puesto fin a los desmanes de mi padre, acaso antes de que algún hijo exaltado de un maestro zapatero, como aquel que dicen que Tobías dejó sordo, le apuñalase en el pecho como hizo el cura riojano con la reina Isabel II en el bautizo de su hija, «la Chata».

No hizo falta, en todo caso, una daga afilada comprada en el Rastro para cambiar la suerte de mi familia: fue la visita de un obeso compatriota de mi padre la que acabó con nuestra privilegiada inmunidad.

Lord Charles Henry Somerset Butler, sexto conde de Carrick, hizo su inesperada aparición en nuestras vidas tan solo unos meses atrás, en el Año Nuevo de 1890, ante la mirada recelosa de mi padre y de Anthony, que se apresuró a pedir informes a sus contactos de Londres.

Lord Somerset, un sesentón altivo y mandón, había enviudado dos veces de sendas jóvenes esposas. Ambas murieron al intentar traer al mundo a dos bebés descomunales, y pronto nos quedó claro que buscaba en las caderas de Águeda asegurar su descendencia. Mi padre

sopesó el candidato, pero si bien su fortuna y pedigrí le satisfacían, había algo que a él y a Anthony les preocupaba. Preguntaba insistentemente por los negocios de mi padre en Menorca, preguntaba en Mahón, preguntaba en las fincas, preguntaba en el puerto. Acariciaba los muebles de nuestra hacienda como si un día fueran a ser suyos, se sentaba en la balaustrada mirando los atardeceres en sepia como si pensase tomar posesión de aquellos dominios. Hablaba con Águeda como si ya la hubiera adquirido y tuviese que pulirla hasta sacarle brillo.

—Claro que deberé ponerle un foniatra para hacer de su penoso dominio del inglés algo respetable —le decía, mientras Águeda dudaba entre mantener la compostura o salir corriendo—. Deje de pronunciar todas las «erres» como una bárbara. Repita conmigo: *shaak*, no *shark*, señorita. La «erre» de tiburón es muda.

El día que lord Somerset llegó con una cinta métrica dispuesto a medir la cintura de mi hermana, esta habló en nombre de mis padres,

pese a que ellos aún no habían tomado una decisión respecto a su futuro. Águeda era caprichosa, y aunque siempre fue consciente de que sería entregada al mejor postor, aquel anciano soberbio le resultó demasiado sacrificio. Lo rechazó con palabras excesivamente enérgicas y muy poco adecuadas para la educación que habíamos recibido. El conde de Carrick puso al día siguiente rumbo a Inglaterra, despechado y humillado. En todo caso, mis padres nunca habrían aprobado aquella iniciativa de Águeda, y mi padre, fuera de sí, le juró que el castigo le dolería, aunque no especificó a qué se refería con aquellas palabras. Pocos días después, Anthony recibió correspondencia de Londres en respuesta a sus pesquisas.

Qué más daba, ya era demasiado tarde.

Mi hermano y mi padre nos reunieron a todos en el salón, junto a la chimenea. Anthony no dejaba de recolocarse los anteojos de carey y se mesaba los rizos con la mirada perdida en el fuego. Según el informe, Somerset era íntimo del séptimo de los nueve hijos de la reina Victoria,

Arturo de Sajonia. Su hijo favorito, según decían. Y Somerset era algo más que un amigo: era su mentor, su influencia, el que manejaba los hilos del joven títere.

Pocos meses después, mi padre fue llamado por Su Majestad a la capital del Imperio. Volvió tras unas semanas.

—Papeete —se limitó a decir.

No le entendimos, jamás habíamos oído aquella palabra.

—Es un destierro, allí apenas tendré funciones, salvo la de que la Corona británica se asegure una mínima presencia de su Gobierno en los Establecimientos Franceses de Oceanía. Hace diez años que Tahití pasó de ser protectorado a colonia. Me he entrevistado con lord Ripon Salisbury, el secretario de la Foreign Office al frente de la Oficina Colonial. Se nos pondrá residencia y se mantendrá mi sueldo de cónsul y a varios criados nativos. Debe ir la familia al completo. —Miró de reojo a Anthony. Todos entendimos aquel gesto.

Quería decir: «La reina no quiere que te

quedes en Menorca y continúes con lo que estoy haciendo. Lord Somerset desea la isla solo para él».

—Habrà otros destinos más cercanos — comentó mi madre en un susurro. Necesitó sentarse, y yo también.

—No para mí. Gran Bretaña vive un momento delicado: tiene grandes problemas con Egipto y en Sudán, fricciones con Rusia en Afganistán, y en los Balcanes intenta mantenerse al margen de la política expansionista de Bismarck. En los Mares del Sur está tratando de contrarrestar la hostilidad y las rivalidades coloniales con Francia. No nos engañemos, es una misión menor. Pero no tengo elección. Eso, o una investigación de mis negocios y un juicio público.

Durante las semanas que siguieron, la Corona confiscó y cerró todas nuestras propiedades, fincas y todos los ahorros sin justificar que mi padre había depositado en diversos bancos de Mahón. Por suerte, el grueso de su fortuna estaba guardado en la caja fuerte de su íntimo amigo el conde de Torre Saura. Aquella caja era

toda una institución en Menorca, con su escudo grabado en la puerta, y los menorquines acudían en tropel a confiarle sus ganancias cuando la Lotería Nacional tocaba en la isla. El conde le entregó el dinero en varios sacos de rafia y se limitó a decirle:

—Este dinero nunca ha estado aquí, y usted y yo nunca hemos sido amigos.

La noticia de nuestra partida había viajado rápidamente en una isla de apenas cincuenta kilómetros de norte a sur. Las nobles familias menorquinas simplemente desaparecieron de nuestra vida. Nadie vino al puerto de Mahón a despedirnos cuando embarcamos rumbo a Marsella. Nadie nos dirigió la palabra durante el trayecto. Y tampoco hablamos demasiado entre nosotros. Entre mis padres se instaló un denso silencio y sus miradas se enzarzaron durante semanas en una batalla de reproches. Después, sin darnos tiempo a digerir nuestra nueva situación, nos alcanzó la epidemia.

Pero antes de la epidemia llegaron ellos, los hermanos Fortuny. Sus vidas se cruzaron con las

nuestras y lo cambiaron todo para siempre.

Semanas antes de que yo enfermara habíamos desembarcado en el muelle de Sídney, el Circular Quay. Entre Anthony, Águeda y yo habíamos convencido a nuestros padres de que se quedasen con Albert a bordo.

—Esta ciudad apenas tiene cincuenta años, padre. Le va a defraudar. Para un hombre acostumbrado a pasear por Londres, el resto de las urbes del ancho mundo no tienen nada que ofrecer sino desencanto —argumentó Anthony cuando se quedaron a solas en la cabina.

Sus palabras y la promesa de que cuidaría de nosotras fueron suficientes para que mi padre, distraído con sus problemas, le diese el beneplácito y nos dejase marchar a los tres, un hombre y dos jóvenes mujeres, las cuales, según los rígidos parámetros de mi padre, no podían pasear solas por una gran ciudad sin ser confundidas con meretrices.

En realidad Anthony iba en busca de otros asuntos que no eran mujeres. Águeda y yo lo sabíamos, desde siempre. Una vez le vimos en la cala de Sant Esteve con el hijo del marqués de Vinent. Eran dos niños, pero se juraron amor eterno mientras Águeda y yo los espiábamos escondidas tras una roca. Se pincharon con un alfiler en la yema de los dedos y cruzaron su sangre y sus labios. Apenas tenían once años. Anthony siempre supo que lo sabíamos, éramos muy niñas y todo descubrimiento nos resultaba natural. Más tarde supimos de palabras como virginidad, recato... y la censura nos encorsetó a todos.

Los cachorros de la nobleza menorquina aprendimos a ser respetables, pero a todos nos unía un pacto de silencio en lo referente a lo que hacíamos entre nosotros en las calas cuando las institutrices y los criados nos concedían un respiro. Menorca estaba llena de cuevas y nosotros las conocíamos todas, habíamos retozado sobre cada una de sus incómodas rocas. Todos guardábamos un complicado

entramado de secretos que caerían como fichas de dominó si alguno de nosotros hablaba. Nunca lo hicimos. Cuidábamos los unos de los otros. La ley de oro era el silencio, la complicidad. Mientras, nos hacíamos adolescentes y aprendíamos las reglas del disimulo en sociedad, la hipocresía de los salones de baile, las normas que los adultos nos imponían, creyendo que su estricta educación nos mantendría a salvo de nuestros instintos juveniles.

Nuestros progenitores creían que la lujuria era patrimonio exclusivo de sus clubes, sus alcobas, sus amantes. Las esposas y los jóvenes solteros estábamos al margen. Como objetos inanimados. Todo nos lo recordaba: las puritanas institutrices, los sermones del sacerdote, incluso la literatura.

Nuestras madres nos regalaban *Madame Bovary* de Flaubert, *La Regenta* de Clarín y *Ana Karenina* de Tolstói como elementos de control. Tres mujeres infieles que acababan despreciadas por la sociedad. Su intención era mostrarnos que si nos dejábamos llevar por nuestras pasiones, acabaríamos como ellas.

Pero lo cierto es que pasábamos deprisa por las lentas páginas de antecedentes personales y descripciones de paisajes y de la sociedad opresiva que ya conocíamos. Era como leer acerca de nuestros vecinos. Tan solo nos deleitábamos con los pasajes eróticos y después tratábamos de reproducirlos con minuciosidad en las calas. Fue una etapa instructiva. Conscientes de que éramos gorriones a punto de entrar en nuestras jaulas de oro, de que los matrimonios de conveniencia nos separarían, apurábamos nuestros últimos vuelos.

Sídney nos pareció la mejor de las opciones, después de un mes encerradas en el camarote con nuestra numerosa familia. Águeda estaba eufórica cuando Anthony nos dejó en Pitt Street y se fue de caza, y yo recelaba un poco del entusiasmo de mi hermana. Algo tramaba, la conocía bien. Sabía que había estado pendiente de los horarios de la tripulación, se había hecho

la contradice mil veces con dos muchachos que trabajaban en las calderas. No teníamos con quién relacionarnos en nuestro barco, plagado de funcionarios franceses con el billete pagado por su Gobierno. No había familias con hijos, nadie de nuestra edad. Nadie con quien hablar en nuestro idioma o en inglés. Por eso Sídney resultaba un alivio, solo el hecho de escuchar en el muelle el idioma de la reina supuso un descanso para los oídos.

Águeda me guio por aquellas calles abarrotadas como si supiera adónde nos dirigíamos. Yo estaba tan sorprendida con aquella ciudad que ni siquiera fingía que escuchaba su excitada cháchara. El patio de vecinos que esperábamos era en realidad una metrópoli que no tenía nada que envidiar al centro de Londres. ¿Cómo demonios habían erigido todos esos edificios tan monumentales en apenas unas décadas? La arquitectura victoriana había dejado su regia impronta en las mansiones y en las construcciones públicas, pero había también inmensas moles de cuatro pisos y

todos los bajos eran negocios que parecían prósperos. Mi añorada Mahón, con sus casitas blancas frente al puerto, me parecía un pueblecito de pescadores.

Fue entonces cuando Águeda me dio el susto del día al empujarme para subir al tranvía eléctrico que cruzaba la calle Pitt. Yo me topé de golpe con el escalón de madera barnizada, pero conseguí entrar en el vagón abarrotado con un interrogante pintado en el rostro. Mi hermana también subió y le pedí explicaciones con la mirada, sin apenas comprender nada. Ella me guiñó un ojo y me señaló con la barbilla a los dos jóvenes sentados al fondo.

Así que era eso: los dos amigos inseparables que habíamos visto tantas veces de lejos en el barco. No eran marineros pero sí miembros de la tripulación. En el barco era inviable que Águeda se hubiera acercado más a ellos. La primera clase nunca se mezclaba con el personal de a bordo. Ellos también se habían percatado de nuestra presencia, habían interrumpido su parloteo y nos miraron por un

momento, expectantes.

*Y ahora ¿qué?*, pensé, algo molesta con Águeda.

No me educaron para acercarme a un hombre. Pero con mi hermana no era necesario tomar la iniciativa, el aleteo de sus pestañas era un arma de precisión que ella manejaba con maestría.

El disparo alcanzó su objetivo: el mayor de los amigos, el moreno de pelo rizado, nos sonrió, se levantó y se acercó a nosotras. No se apresuró, se tomó su tiempo para caminar sobre la inestable madera del tranvía. *He aquí un hombre consciente del efecto de sus gestos*, pensé en aquellos momentos.

—Mi nombre es Hugo Fortuny. ¿Puedo invitarlas a ocupar nuestros asientos? —nos preguntó a ambas, y yo casi perdí el equilibrio en aquel renqueante trasto porque había hablado en un español perfecto.

Es más, cuando escuché su acento mallorquín, pensé que era la mejor noticia que había recibido en meses. Había un compatriota en el barco.

Por un momento mi reducido mundo se expandió, aunque Águeda no pareció tan sorprendida, tal vez le había escuchado hablar antes, aunque ¿por qué no nos lo había contado a Anthony y a mí?

Mi hermana tomó la iniciativa, asintió con un breve gesto sin molestarse en responder y le siguió hasta el fondo del vagón. Yo iba dos pasos por detrás y me retrasé aún más porque el cobrador me exigió que pagara por ambas. Finalmente llegué y el chico alto y pecoso de aspecto extranjero se levantó y me cedió el asiento. Se lo agradecí con la mirada y él asintió. No parecía tan hablador como su amigo español, que acaparaba ya a Águeda, y esta jugaba a que se dejaba deslumbrar por el oscuro brillo de aquellos ojos de café.

Águeda le tendió la mano a Hugo, era un detalle anticuado pero que obligaba al caballero a besársela. Yo imité el gesto, maldiciendo a mi hermana. Mis mitones de piel de cabritilla blanca desconcertaron a Hugo, no sabía si besar el guante o si fingir que lo besaba. Optó por besar

el mitón, aunque noté que no le agradaba el detalle. El dorso desnudo de Águeda debía de ser más suave.

—No reparen en nuestras pobres vestimentas, señoritas —nos dijo Hugo, como si ya estuviéramos en confianza—. Estamos pagando una deuda de nuestro querido padre, un asunto feo que nosotros hemos enmendado. Pero en nuestro destino vamos a ser empresarios, dueños de un negocio, como corresponde a nuestro rango. No quisiera que pensarán que nos estamos aprovechando de su inocencia.

Águeda y yo disimulamos una sonrisa al escuchar la palabra «inocencia». Casi nos produjo ternura que nos la presupusiera.

Por fin nos acordamos de su amigo el extranjero, que no dejaba de observarnos, pero no entró en el juego hasta que Hugo no le dio su consentimiento. No parecía importarle, nos dijo escuetamente que se llamaba Bastian y se limitó a inclinar la cabeza desde su elevada posición. Pero no dejaba de observar, intrigado, mis mitones, y yo luché contra la tentación de

esconderlos tras la falda. Hacía tiempo que había dejado de pedir disculpas al mundo por todo aquello: yo era la extraña joven de los mitones y ocultaba mis manos, pero ya no me escondía yo.

Y entonces hizo un gesto que nos convirtió en cómplices desde el primer momento. Bastian me señaló el exterior del tranvía con la barbilla, se levantó y yo le seguí. Dejamos a Hugo y Águeda con sus fuegos de artificio y nos colocamos de pie, sujetos a una barra vertical, en un lateral del vagón, sobre la pasarela externa donde corría el aire caliente de las antípodas.

—¿Por qué los lleva? —me preguntó Bastian.

—Me resguardan —me limité a responder. También hablaba en mi idioma. Quién lo habría dicho.

—¿De qué? —insistió él, con cautela en la voz, como si compartiésemos un secreto.

—Me resguardan —repetí, a falta de otra respuesta mejor.

—Quíteselos, parecerá una loca si no lo hace.

Aquí nadie los lleva.

—No lo haré, antes me desnudo —contesté sin pensarlo. Pero en cuanto me escuché me alegré de haberlo dicho, porque era exactamente lo que pasaba por mi cabeza y aquel día estaba cansada de tanto fingimiento.

Bastian se quedó sorprendido por un momento.

—Vaya, no pensé que las aristócratas...

—¿Creyó que éramos tan mojigatas como nuestras madres?

—Puede ser, sí. Aquello del recato y demás... —reconoció, rascándose la cabeza.

—Siempre en público y siempre con los maridables —recité, o tal vez resumí.

—¡Ah!, ya entiendo. Hugo y yo no entramos en el grupo de los candidatos. Por eso su hermana le sigue implacablemente la pista a mi hermano desde que embarcamos en Marsella. —No parecía ofendido, tenía un humor blanco y lo agradecí.

¿Su hermano? Iba de sorpresa en sorpresa. Nunca vi hermanos más distintos en mi vida.

Debían de tener madres o padres diferentes.

—No quisiera que se lo tomara a mal —dije con cautela—, pero espero que su hermano no sea un joven con el corazón impresionable. Ella simplemente se aburre mucho en el barco y no hay ningún joven de nuestra edad en primera.

—Comprendo. Pero no se preocupe por el corazón de mi hermano, sabe cuidarse solo —contestó, despreocupado.

El cobrador gritó «George Street» tres veces y el tranvía frenó para que subieran otros pasajeros. Echamos un vistazo al interior del vagón, pero Águeda y Hugo estaban en otro universo aparte donde no había paradas de tranvía, así que Bastian y yo continuamos de pie y sujetos a la barra, cada vez más apretados y más próximos, hasta que percibí su olor a caldera y a salitre, pese a que resultaba evidente que aquel día se había cambiado de camisa. Y por alguna razón imaginé que se había lanzado al mar de madrugada y que se había vestido cuando se secó su ropa de faena recién lavada, aunque parecía algo más aseado que los de su

clase.

—Está bien —me obligué a decirle con una sonrisa para distraerme de su olor a hombre que trabajaba mucho—, he cumplido con mis deberes de buena cristiana y se lo he advertido. En cuanto desembarquemos en Tahití y ustedes prosigan su camino...

—¿También se quedan en Tahití? —exclamó, perplejo—. Pensaba que seríamos los únicos españoles allí.

—¡Oh, Dios! Debo hablar con ella cuanto antes —pensé en voz alta—. No es que no me alegre, al contrario... aunque estoy segura de que Águeda no contaba con esa posibilidad. Bastian... tanto usted como yo sabemos que esto es un juego inofensivo por parte de ella, y no tan inofensivo por parte de su hermano. Pero si van a vivir también en Papeete... Mi padre no debe enterarse jamás de esta escapada y la relación no debe ir a más. ¿Puedo contar con usted para que persuada a su hermano?

Para entonces el cobrador ya había gritado «Bridge Street» y habían subido tantos nuevos

pasajeros que Bastian se mantuvo sobre la plataforma del tranvía con apenas un pie y un brazo sujeto con pulso firme en la barra que compartíamos. No quería excederse y pegarse a mis caderas, no por timidez, más bien pensé que no compartía esa afición por el juego de la seducción que su hermano dominaba.

—No soy nadie para persuadir a mi hermano en estos asuntos, pero estoy de acuerdo con usted en que esto no será bueno para ninguno de ellos. En el barco todo se sabe, y ustedes son las hijas de un diplomático, por lo que nos contaron, aunque ignorábamos su destino. Su padre tendrá influencias en la isla y a nosotros no nos conviene llegar a la colonia y tener a nadie en contra. Hablaré con Hugo en cuanto nos quedemos a solas, no aquí, estando presentes tres octavos de la futura colonia española de Tahití.

—¿Tres octavos, Bastian? —dije sorprendida—. No sabía que dominaba usted la aritmética.

Él hizo pinza con los dedos sobre el puente de la nariz y cerró los ojos un momento, como si

tuviere que reprender a un niño pequeño.

—Mire, señorita, va a tener usted que dejar de tratarme con la condescendencia de los de su clase. Mi madre era el aya de las hijas de los marqueses de Vêndome, dueños de media Francia, y mi hermano y yo fuimos educados exactamente igual que ellas. Conozco el *Manual* de Carreño y todos esos tratados de las buenas costumbres, conozco la aritmética y la gramática, y disfruto mucho con Galdós y con el libertino de Oscar Wilde, y no se me escandalice usted. Mi hermano recibió su nombre por la admiración que mi madre le tuvo en vida a Victor Hugo, admiración que yo heredé. Ingresé por propia voluntad en el Colegio de los Padres Agustinos de Felanitx porque mi vocación era la de ser maestro de escuela, pero tuve que dejar mis estudios con quince años, tras la muerte de mi madre, y pocas semanas después la de mi padre, debido a la epidemia que asoló Mallorca en el 79, no sé si usted lo leería en los periódicos menorquines o tal vez era demasiado niña. Mi hermano acababa de cumplir la mayoría de edad

y a sus veintiún años ya se había ganado la confianza del dueño de los talleres Gordiola, muchos creían que iba a sucederle ante la falta de descendencia del patrón. Yo no tuve más remedio que entrar a trabajar allí de mozo. En el taller de vidrios los compañeros se burlaban de mi modo de hablar, pero no voy a ocultar nunca que soy una persona instruida porque mi madre no tuvo otro empeño más que darnos esa educación que a usted tan fuera de lugar le parece. Le ruego, Laia, que no me juzgue por el traje que no me puedo pagar.

—Lo ignoraba —acerté a decir, muerta de vergüenza. Pero él parecía haber pasado página.

—De todos modos... —comenzó a decir, pero se interrumpió, se censuró y se rio de un chiste privado.

—De todos modos, ¿qué? —le di un leve codazo, un gesto coqueto que no pretendía, que me salió sin mi permiso. Era como tener un nuevo amigo, nuevos códigos, nuevas reglas de cortesía.

Eso elegí pensar en aquellos momentos, para

engañarme, solo para engañarme. Porque aquella voz franca y sus modales comedidos estaban ya calando hondo, mucho más que cualquiera de los menorquines con los que había practicado hasta entonces los juegos del querer.

—Estaba pensando que si vamos a ser cuñados, mejor será que nos tuteemos, ¿no crees? —dijo, travieso.

*Qué atrevido y qué descarado*, pensé, pero me reí porque tenía un humor limpio, no como su hermano, todo burbujas y terciopelo.

\* \* \*

Eso era todo lo que más tarde recordaría de mi primera conversación con Bastian, «si vamos a ser cuñados...».

Qué sucia y retorcida ironía.

Tal vez aquella primera frase ofendió al destino, porque la vida nos dio mil giros, como si él y yo siempre estuviéramos en el vórtice de un ciclón. Hizo con nosotros lo que quiso. Y todo por aquella frase de Bastian. Durante los

siguientes cuarenta años no dejé de recordar aquel momento.

Si vamos a ser cuñados...

#### 4 ALGO EXTRAÑO SUCEDE

*Denis*

*Manacor, octubre de 1929*

Fue el propio Denis quien condujo su Chrysler hasta la finca familiar. Necesitaba cierta discreción, o tal vez había empezado a desconfiar de todo su entorno. No quería que nadie siguiese fácilmente sus próximos movimientos. Le urgía hablar con su madre.

*Y pedirle perdón por nuestra última discusión. Tal vez fui demasiado lejos, pensó.*

Encontraría el modo de contarle lo ocurrido sin hacerle demasiado daño, aunque no había manera de suavizar la situación. Debían plantear una estrategia cuanto antes, anticipar los pasos

que darían sus hermanos, encontrar empleados fieles y nombres intachables de Mallorca para testificar a su favor, averiguar qué abogado les había aconsejado y tal vez pagarle más dinero del que ellos le habían prometido, conseguir informes favorables de los médicos más prestigiosos, acaso el director de la Clínica de Mallorca. Autoridades en la materia cuya opinión un juez no pudiese rechazar. ¿O tal vez el juez ya estaba comprado? ¿Era eso? ¿Daba igual la artillería con la que contraatacasen? ¿Por eso se les veía tan confiados a sus hermanos?

Luego estaba el asunto de aquel cuadro, una maniobra demasiado burda como para tenerla en cuenta. Aquello había sido un golpe bajo, dándole donde más le dolía, insinuando a las claras la leyenda negra de sus orígenes. No, no iba a ser necesario ocuparse de aquella cuestión, ni siquiera quería pensar en ello. Debía centrarse en evitar que inhabilitasen a su madre, después todo continuaría igual. No iba a dejarse distraer por el humo de aquel cuadro imposible.

*Mira que pagar a un imitador de Gauguin para retratarme en Tahití de adulto, se rio para sus adentros al recordar su imagen en taparrabos retozando junto a unos salvajes.*

Lo que Denis se negaba a admitir ante sí mismo en aquellos primeros momentos de conmoción era que aquella tela verde estampada con grandes flores blancas que llevaba su gemelo retratado le traía recuerdos imprecisos, demasiado vagos como para ubicarlos en un cajón catalogado de su memoria.

Poco después llegó a la finca, la Ca d'Or, como la llamaban en Manacor debido a que su fachada, al igual que su homónima de Venecia, estaba estucada en pintura dorada y las mañanas soleadas sus paredes brillaban tanto que parecía un desproporcionado escarabajo de oro, como en el cuento de Edgar Allan Poe. El interior del edificio también estaba decorado con paredes enteladas en los distintos matices del

oro. Había sido un empeño de Hugo Fortuny, tan amigo de la ostentación como cualquier nuevo rico cuando retornaba a su pueblo natal.

Denis se bajó del coche, abrió la imponente verja dorada de metal y aparcó en un lateral de la entrada del edificio, una mansión demasiado pasada de moda para el gusto de Denis, construida durante el romanticismo del siglo anterior y apenas reformada en sus partes blandas: los tejidos de los sillones, el entelado de las paredes, las alfombras. Con vestíbulo, antesalón, oratorio, alcoba femenina, habitación de fumador, despacho, dormitorio masculino, sala de billar y comedor. Todas las estancias dispuestas en hilera, o en *enfilade*, como decían en el París más rancio. A él le habría gustado renovarlo y darle un aire más acorde con las nuevas mansiones, redistribuir las estancias, colocar un pasillo.

*Qué extraño*, pensó. Solía encontrar a su madre paseando por el jardín delantero aquellos primeros días de luto. Tal vez se había aventurado a dar un paseo más largo por el

campo, pese a que a Denis no le hacía demasiada gracia. A Laia Kane le gustaba caminar, era la única mujer del Centro Excursionista de Manacor, y pese a las miradas reprobatorias de algunos de sus miembros masculinos, nadie había osado quejarse cuando se convirtió en socia, sobre todo por la generosa donación que pagó la renovación de los crampones, mosquetones y demás equipo de escalada.

Denis no se demoró demasiado, entró en el edificio y se encontró a Coloma, la vieja criada de su madre, una manacoreense que había sido perlera desde que se abrió la fábrica y que acabó siendo la persona a la que Laia Kane había confiado toda la intendencia de la casa. Coloma le hizo una breve inclinación con su cabeza canosa, siempre recogida en un pequeño moño en la nuca.

—Señor Fortuny, hay algo que debe saber, su hermana Ada ha venido hace un par de horas, está muy nerviosa..., su madre..., su madre... — La anciana, con su voz de pajarillo, dudó antes

de continuar. No dejaba de alisarse el delantal y ese gesto estaba sacando a Denis de sus casillas.

—Así que Ada ha venido, ¿dónde está? ¿Y dónde está mi madre? —preguntó, mientras le daba la espalda para que Coloma le quitase el abrigo. Le entregó el sombrero y la criada le indicó con un leve gesto que su hermana lo esperaba en la antesala.

Fue Ada quien se adelantó en cuanto lo vio. Percibió en ella un nerviosismo que no había encontrado hacía unas horas, durante la infame encerrona.

—Denis, antes de que me reprendas por lo que ha sucedido en la reunión, debes dejar que te explique...

—¿Que me expliques? Sí, tal vez me debas más de una explicación, ¿qué demonios ha sido eso, qué ha ocurrido exactamente? No pensé que tú también me clavarías un puñal por la espalda, Ada.

—Y no lo he hecho, Denis. Aunque ellos lo crean.

—Vas a tener que emplearte a fondo para que te crea, ¿lo sabes, verdad?

Ada se desplomó, pensativa, en el pequeño confidente rojo, un sofá con dos plazas enfrentadas y opuestas en forma de ese. Denis se sentó al otro lado del *vis à vis*. Quedaron frente a frente, como novios que comparten revelaciones.

—Alejo y Aurora me hicieron llamar ayer, me contaron la existencia del cuadro, me hablaron de lo mal que está madre de la cabeza. Me intentaron convencer con argumentos infantiles, me hablaron como a una niña pequeña, que es lo que soy para vosotros. Fue humillante —dijo, apretando la mandíbula. Denis sintió que enrojecía por un momento. Él también la tenía por un ser demasiado pueril. Era la primera vez que se sinceraba con él y eso le causó a Denis cierta incomodidad.

—¿Y por qué te uniste a su causa? ¿Crees que te has aliado en el bando ganador, es eso? —replicó Denis. Las palabras le salieron como piedras, demasiado duras, y tal vez se arrepintió.

—No es eso, me resulta monstruosa la idea de traicionaros, cuando tanto nos habéis dado. Pero tuve que pensar rápido y decidirme. Alejo es más instintivo, como una locomotora en marcha, ya lo sabes. Pero Aurora es más sutil, estaba pendiente de mis gestos, siempre en la retaguardia, en segunda fila. La gente cree que es una mujer muy pensativa y callada, pero yo sé que lo que hace en realidad es analizarlo todo, analizarnos a todos.

*Vaya*, pensó Denis, estupefacto. Era la primera vez que Ada hablaba en aquellos términos, como una adulta. Hasta entonces, y pese a que era la hermana con quien más afinidad había tenido desde que nació, se había limitado a tratarla como una muñequita hermosa que no había crecido. Si bien era cierto que ella era la única que a veces asistía a las reuniones con los joyeros y con algunos proveedores, lo hacía porque Ada era el rostro bonito de la familia. Una cara de ángel, un busto andante sobre el que colocar los collares y los pendientes más representativos de cada colección anual.

—Continúa —le dijo Denis.

—Por eso preferí fingir que estaba con ellos. Solo así sabré todos sus pasos, ¿no te parece? Aunque creo que Aurora no se fía del todo de mí. Tal vez me esté utilizando y cuente también con esto.

—¿A qué te refieres?

—A que en cuanto he podido he venido a advertiros, a advertir a madre. Pero algo extraño está pasando, Denis —dijo, nerviosa—. Dime que sabes dónde está, porque en la finca nadie sabe nada de ella.

—¿Cómo que nadie sabe nada de ella? —exclamó, confundido—. ¡Coloma! ¿Puede usted venir, por favor?

Denis se levantó y salió al encuentro de la anciana doméstica, sin esperar a que ella entrara en la antesala.

—¿Cómo es que mi madre no está en la Ca d'Or? ¿Dónde está entonces?

—Eso es lo que le estaba explicando a la señorita Ada. Hace un par de días su madre nos dijo que se iba a Palma. Por lo visto tenía que

reunirse con varios joyeros de la capital, así que supuse que se alojaría en el Grand Hotel, como hace siempre.

A Denis no le gustó esa mirada preocupada que le lanzaba Coloma, ese «dígame que usted sabe dónde está su madre», porque lo cierto era que él lo ignoraba por completo.

—¿De qué joyeros habla, Coloma? Yo no estoy al corriente de esas reuniones.

—Señor, la señora Laia no me cuenta los detalles de sus idas y venidas del trabajo, solo hablamos de los menús que debo cocinar, de la limpieza de las habitaciones, de los juegos de sábanas que hay que reponer...

—De acuerdo, de acuerdo —la tranquilizó con un gesto—. Lo he entendido. No se preocupe, Coloma. Haré una llamada y aclararemos en un momento todo este asunto del paradero de mi madre.

Subió al despacho de su padre, en busca del aparato telefónico, uno de los primeros que se habían instalado en Manacor. Marcó el número de la operadora de Palma y en un minuto estaba

hablando con el director del Grand Hotel.

—Señor Riche, ¿cómo está su esposa? ¿Ya se ha recuperado del parto?

—Por suerte las semanas pasan rápido y se ha restablecido con normalidad, querido Denis. ¿A qué debo el placer de su llamada?

Al otro lado de la línea, Bartolomé Riche aspiraba un puro con su última amante, la cantante lírica María Ribot, sentada en sus rodillas.

—Quería hablar con mi madre. Creo que reservó su suite para estas dos últimas noches.

—Así es, me consta que reservó dos noches, pero la señora Laia Kane no ha aparecido ni ha hecho uso de nuestro hotel, cosa que me extrañó viniendo de ella, es una mujer de palabra. Luego pensé en los duros momentos que está pasando, con la muerte repentina de su padre. Entiendo que una mujer que esté de luto por su marido ha de permitirse un descanso en los negocios, incluso ella, que parece tener una naturaleza fuera de lo común.

—Sí, sí —le cortó Denis. La verborrea de

Riche era conocida en todos los círculos de la isla. Podía dejar el teléfono descolgado un día entero y el hombre continuaría hablando—. ¿Me confirma entonces que mi madre no ha aparecido por su hotel, ni siquiera avisó de que no se alojaría en él?

—Así es. Reitérele por favor mi más sentido pésame y dígame que no le cobraremos cargo alguno por no anular la reserva. Entendemos las circunstancias de nuestros clientes especiales.

—Se lo agradezco y se lo compensaré —le cortó de nuevo Denis—. Y transmítale mi enhorabuena a su esposa. Buenos días.

Cuando colgó el aparato, Ada ya estaba a sus espaldas, escuchando con la misma cara de preocupación que él.

—¿Entonces hace dos días que nadie ha visto a madre? —preguntó Denis a Ada, sin creerse del todo las palabras.

—Parece que así es. Coloma dice que el jueves las criadas fueron por la mañana a la plaza de Abastos, porque era día de mercado, a comprar verduras y frutas para la semana, y que

madre dijo que se iba a Palma un par de días. He hablado con el chófer y le dio el día libre, dijo que tú le llevarías a Palma.

—¿Yo? Yo pasé a visitarla, pero después me encerré el día entero en la fábrica —Denis prefirió omitir parte de su verdad—. Ya os conté que acababa de volver de Estados Unidos y tenía mucho papeleo pendiente. ¿Quién es la última persona que la ha visto?

—El personal de la casa. Dicen que aquella mañana, cuando ellas se iban al centro de Manacor, madre se marchaba por el camino de Felanitx. Asumieron que iba a dar un paseo y que volvería en un par de horas. Cuando regresaron del mercado y no la vieron, pensaron que ya habías pasado a recogerla y que se había ido a Palma. No han empezado a inquietarse hasta hoy, cuando he venido y han visto que sus hijos no sabemos dónde está.

Denis se pinzó el puente de la nariz y apretó los párpados, intentando pensar con claridad.

—¿Y la maleta? ¿La hizo? Tal vez sí que fue a Palma y está alojada en la finca de algún

joyero, tal vez concretase con alguno de los socios que pasaran a recogerla y todavía esté allí —pensó Denis en voz alta—. ¡Coloma!

La mujer apareció de nuevo, silenciosa y con la cara más descompuesta a cada minuto que pasaba.

—¿Le hizo usted la maleta a mi madre? ¿Sabe qué vestidos se llevó a Palma o cuáles de sus joyas?

—Señor, su madre nunca me ha dejado que le haga su equipaje, ya sabe que es una mujer muy recelosa de su armario. Nunca nos deja que nos acerquemos a sus cosas.

Denis no la dejó acabar.

—Venga conmigo, Coloma. Tú también, Ada.

Y salió corriendo hacia el dormitorio de su madre, en una reacción que no era propia de un caballero. Abrió las puertas del vestidor con demasiado impulso y estas chocaron contra el papel entelado de la pared.

—Esto es cosa de mujeres, vosotras os fijáis más, ¿cuántos vestidos de madre echáis de menos?

Coloma se acercó, casi con miedo, siendo consciente de que su señora no le iba a perdonar aquel sacrilegio cuando se enterara. Los contó, rozó las mangas ligeras de los vestidos de verano y los siete vestidos negros que había ordenado confeccionar para pasar con decencia aquel primer duro invierno de viudedad.

—Señor, solo falta uno. El vestido de luto que llevaba cuando la vimos por el camino de Felanitx. No era muy adecuado para una excursión como las que ella acostumbra, tenía bastante vuelo y tal vez era demasiado liviano. Aquella mañana no corría viento ni hacía demasiado frío, pero si lleva varios días con ese vestido y no ha llevado abrigo, la señora estará pasando mucho frío. Mire, sus tres abrigos están aquí. —Le señaló las tres piezas, todas negras, de lana y con sus anchos cuellos forrados de pieles, tal y como venía la moda de aquel invierno.

Coloma se agachó, no sin cierta dificultad, para sacar algunos zapatos de la repisa inferior.

—Véalo usted mismo. Ni siquiera se llevó las

botas de montaña, que no llevan tacón. Se marchó con los botines negros, que tienen un tacón muy poco adecuado para andar caminando por la sierra. Por eso creo que la señora no tenía pensado dar un paseo muy largo ni subir a la sierra de Llodrá. Menos mal que al menos se llevó la estola nueva de piel, era de marta pero la señora la hizo teñir de negro al peletero.

Se quedaron mirando los tres, rígidos y sin saber qué hacer a continuación. La ausencia de Laia Kane en la vasta finca, en el regio edificio, en su propia alcoba, se percibió por primera vez como un vacío casi sólido.

Denis fue el primero que reaccionó, liberó el aire con un bufido, se mesó su impoluto peinado, se recolocó los gemelos y se quedó mirando la fotografía de su madre que descansaba en el tocador.

«Madre, no me deja usted más remedio», se excusó ante ella en silencio, pensando en la polvareda que levantaría aquel suceso en la prensa local y nacional: «Desaparece la

matriarca de las perlas».

Se dirigió de nuevo al despacho de su padre y en esta ocasión pidió una comunicación con el jefe del Cuerpo de Vigilancia de la Policía Gubernativa de Palma de Mallorca.

—Querido Denis, ya estaba echando de menos esas tiras, ¿me ha traído la historieta de *Tarzán de los monos*?

—Su historieta... no, no he... —se obligó a interrumpirse. Su cabeza estaba en demasiados lugares a la vez—. Quiero decir que sí, Fausto. Sí se la he traído, cualquiera de sus agentes puede pasar por la fábrica cuando quiera a recogerla. Escuche, me temo que no es por un asunto tan lúdico por lo que le llamo. Creo que... ¡Dios!, no puedo creer que vaya a pronunciar estas palabras.

Fausto Galmés, bullanguero para sus cosas, pero de olfato fino como pocos hombres en la isla, percibió enseguida el tono de preocupación en la voz de su amigo. Peor aún, percibió un desconcierto que no conocía, como si tuviera al aparato un torpe imitador.

—¿Qué palabras, amigo? Tranquilícese y dígame, ¿qué palabras?

—Creo que mi madre está desaparecida.

## 5 LA MUERTE A BORDO

*Laia*

*Sídney, mayo de 1890*

El tranvía llegó por fin a su última parada, en Martin Place. Nos apeamos los cuatro y ambos hermanos reconocieron que estaban tan perdidos como nosotras en Sídney, así que Águeda y yo, ahora flanqueadas por dos presencias masculinas, hicimos gala de nuestro dominio del inglés y preguntamos por las calles hasta dar con la explanada del Circular Quay, donde Anthony nos recogió con gesto preocupado. Pese a la mirada severa de mi hermano, Hugo tuvo la audacia de susurrar algo al oído de Águeda, que asintió complacida.

Después nos despedimos y subimos por el puente mientras que los hermanos Fortuny se quedaron en el puerto, apurando su tiempo libre. La tripulación no debía embarcar hasta la noche y ellos no tenían ganas de volver a la caldera.

Después de la cena, en la que los tres hermanos mayores mentimos con nuestro habitual desparpajo e inventamos elaboradas anécdotas acerca de nuestro paseo por Sídney, Anthony nos invitó a salir al puente superior, donde apenas paseaban otros pasajeros de primera clase. La noche era apacible como todas las que habíamos pasado en el Pacífico sur. El océano estaba tan calmo que parecía muerto. Las vistas eran tan monótonas que cuando salí a airearme ya no se veía nada. Los tres nos acodamos sobre la barandilla de metal blanco, inclinándonos sobre el mar oscuro.

—Sois conscientes de que los juegos terminaron en las calas de Menorca, ¿verdad?  
—nos susurró Anthony, una vez que se aseguró de que nadie nos oía.

—¿Y tú, Anthony? Esta nueva isla también

será pequeña para ti —contestó Águeda.

—Me he concienciado para un larguísimo ayuno, y tal vez... Sí, tal vez, para un matrimonio. Padre no dejará que permanezcamos demasiado tiempo solteros, puede que con Laia sea distinto. Pero tú, Águeda, sabes que serás entregada al mejor postor, y no va a ser necesariamente como nuestros primos.

Llamábamos «nuestros primos» a todos los hijos de aristócratas. No éramos realmente familia, pero siempre nos habíamos tratado como tal.

—Precisamente por eso, Antón —masculló Águeda—. Tal vez lo que haga en este aburrido barco sea mi último soplo de voluntad.

—Es peligroso —intervine yo—. Son dos miembros de la tripulación y tú eres la hija del cónsul. Incluso en este barco el escándalo será demasiado para nuestros padres. Padre y madre ya están molestos contigo, y realmente aún no te han castigado por lo de lord Somerset. Creo que se guardan para lo que ocurra en Papeete. Así

podrán justificarse si les conviene casarte con un vejestorio abominable.

—Lo harán igualmente, Laia —contestó con calma, y comprendí entonces que ya lo tenía todo decidido—. No pretendo que me cubráis, solo que finjáis que no veis nada. Y en todo caso, no os estoy pidiendo permiso.

Aquella noche mi hermana no pudo dormir, no paraba de dar vueltas y me desveló a mí también. Yo tenía el olor a sal y caldera metido en el cerebro, pero quería mantenerme cuerda porque aquel juego de niñas tenía que terminar en cuanto pisásemos Tahití.

El *Oceanien* pasó tres días atracado en el puerto de Sídney. Yo rehusé la invitación de mi hermana y no volví a bajar a la ciudad. Alguien tenía que encargarse de poner el sentido común. Águeda empezó a desaparecer sin previo aviso y Anthony y yo estiramos las excusas para cubrirla. Ella siempre había sido una fría sirena, demasiado calculadora como para ser cogida en una falta, pero aquellos días se descuidó a menudo y rozamos el desastre familiar en varias

ocasiones. Anthony y yo estábamos cada vez más preocupados.

La última noche antes de partir nos reunimos de nuevo en el pasillo de primera. Anthony ya no estaba para bromas y por primera vez en mucho tiempo ejerció de primogénito varón. La regañó, la censuró, la recriminó. Águeda estuvo ausente y sonrió risueña, como quien guardaba un secreto que no compartiría con nosotros. Finalmente se cansó de la reprimenda de su mellizo.

—¿Qué dicen las leyes francesas acerca de la sodomía? —interrumpió a mi hermano, sin previo aviso.

Él empalideció. Era la primera vez que alguna de nosotras le amenazaba con contar lo que los tres sabíamos.

Lancé una mirada de reproche a Águeda, había sido un gesto ruin y Anthony no lo merecía. Si nuestro padre se llegaba a enterar, le repudiaría como hijo al momento, le dejaría sin nada.

—No te atreverás —se limitó a decir.

—No, porque no será necesario —replicó Águeda.

Ambas supimos que le había dolido, pero era un hombre y disimulaba bien.

—Entonces te lo estás tomando en serio con ese Hugo. Estás loca de atar o eres más inocente de lo que pensaba. Padre antes te echa al mar con los tiburones —dijo, dándonos la espalda y perdiéndose por el pasillo.

Águeda esperó a que su sombra desapareciera y se apresuró a bajar por las escaleras hacia la cubierta principal, sin despedirse siquiera. Yo la seguí, intrigada. Había algo en su comportamiento aquel día que me hacía recelar. Estaba demasiado nerviosa y la veía capaz de cometer cualquier locura.

—Llevo todo el día sin verle, estoy algo preocupada —me susurró sin detenernos, dispuesta a cruzar el puente desierto y bajar al oscuro muelle.

Yo la sujeté del brazo, cansada ya de perseguirla. Entonces los vimos aparecer, y casi por instinto nos ocultamos tras una de las

escaleras. Cerca del muelle vimos a Bastian arrastrando a Hugo, que no podía andar por su propio pie. Dos individuos los seguían muy de cerca, soltando improperios en Dios sabe qué lengua. No hacía falta traducción alguna, el idioma de las grescas de puerto era universal. Hugo parecía borracho, se tambaleaba, y Bastian se apresuraba cuanto podía para llegar con él al barco y subirlo a bordo. Los dos energúmenos los siguieron, puente arriba, crecidos porque no vieron a nadie sobre la cubierta. A nosotras nos ocultaba la sombra de la escalera y estábamos paralizadas. No habríamos podido gritar si se hubiese dado el caso de necesitarlo.

Bastian no contestó a los dos hombres, bastante tenía con arrastrar el cuerpo de Hugo y dejarlo en la cubierta. Después se giró, bajó por el puente lentamente y se enfrentó a los dos. Lo hacía todo con fatalismo, pero por primera vez le vi seguro de sí mismo y los alborotadores también lo notaron, porque sus insultos bajaron de volumen y uno de ellos dio un par de pasos

hacia atrás. Bastian era más alto que ellos y se quitó la camisa, la plegó con cuidado y la dejó en el suelo, a unos metros. Se sacó un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón, rodeó su mano con él y cerró el puño, se preparó y se colocó como un púgil, y entonces comprendí que había luchado antes, que estaba acostumbrado a peleas barriobajeras, y no quise saber nada de su mundo de sudor y mugre.

Me sorprendió, tal vez me decepcionó. Lo había calibrado mal. Había visto una mirada limpia, todo lo limpia que podía estar la mirada de un hombre que me miraba como un hombre. Pero en mi mundo los duelos eran asépticos, con pistolas, con guantes que golpeaban la cara de los caballeros y disparos que restauraban el honor mancillado. A mi lado, Águeda parecía sufrir por Hugo, que estaba ya semiinconsciente. La muy insensata quería lanzarse al puente y alejarlo de la inminente pelea. Pero la sujeté por la cintura y se lo impedí.

Bastian no hizo nada, no atacó. Simplemente esperó a que cayera el primer golpe,

cubriéndose el rostro con el puño izquierdo en una postura tan experta que acabó persuadiendo a los alborotadores para que se retirasen.

Y todo acabó así, en silencio. En cuanto los individuos desaparecieron, Bastian recogió su camisa, se vistió apresuradamente y subió corriendo por el puente a auxiliar a su hermano, pero para entonces yo había obligado a Águeda a huir por la cubierta de popa. Poco después, nos presentamos en nuestro camarote a cenar como si nada hubiese sucedido.

Al día siguiente el barco zarpó, pero yo no volví a ver a los hermanos Fortuny. Los primeros días en alta mar Águeda iba y venía con sus escapadas, pero después dejó de salir y parecía una leona enjaulada en el camarote. Nos iba a desquiciar a todos, incluso amaneció algunos días enferma, con el cuerpo revuelto. Yo opté por salir todas las noches al pasillo y tomar el aire. Empecé a adquirir el gusto por estar

sola.

Una de aquellas noches, un golpe que se transmitió a lo largo del tubo de metal de la barandilla sobre la que me apoyaba me despertó de mi letargo. Miré hacia abajo y en la cubierta principal vi a Bastian, que me hizo un gesto para que guardase silencio y bajase donde él me esperaba impaciente. Le obedecí y nos encontramos en el único escondite que permitían las luces del mástil, que era de nuevo bajo la sombra de la escalera, entre los flotadores salvavidas de madera.

Me asusté cuando lo vi, estaba muy delgado y tenía bolsas oscuras bajo unos ojos que apenas eran una línea recta. El cansancio le había envejecido varias vidas en pocos días.

—¿Has dormido algo desde la última semana?  
—le pregunté, preocupada.

—No, estoy doblando el turno. Ahora tengo dos deudas que pagar.

—No entiendo nada. ¿Qué está ocurriendo?  
¿Tiene que ver con la pelea de la otra noche, cuando Hugo iba borracho?

—No estaba borracho. A primera hora bajamos del barco y nos adentramos en Sídney. Mi hermano empezó a vomitar esa misma mañana, sin haber ingerido alcohol, eso te lo puedo asegurar. Pasé el día como pude, buscando algún doctor, pero mi hermano empeoraba por momentos. Tenía la tos seca, le dolía la espalda, le hervía la frente... Conozco los síntomas, en Manacor no es la primera vez que pasa. Creo que fueron unos suizos con los que pasamos la segunda noche que atracamos en Sídney. Todos hablábamos francés y congeniamos, así que nos emborrachamos en el puerto antes de volver al barco. Ellos iban en la goleta *Hymperión*, que subía con un cargamento de algodón hacia el norte, rumbo al mar de la China. Alguno de ellos debía de estar ya enfermo y le contagié, pero no notamos nada hasta más tarde. Yo no quería que nadie de la tripulación viese a Hugo en aquel estado o no le permitirían embarcar, así que nos ocultamos durante horas en un tugurio del puerto y allí me topé con esos buitres de muelle buscando

pelea... no sé ni cómo nos libramos de ellos.

—No sé adónde quieres llegar —le interrumpí, lívida. Divagaba y divagaba y yo no le entendía.

—Hay una epidemia de fiebres tifoideas en el barco. En los camarotes inferiores ya han muerto tres personas. Hugo fue el primero en enfermar, pero él va aguantando, aunque está débil. Lleva una semana enfermo, yo hago su trabajo y el mío. Pero se está recuperando. Se está recuperando... —se repitió a sí mismo, sin dejar de deambular bajo la escalera.

Al principio no comprendí todas las implicaciones que conllevaba lo que me acababa de contar. Todavía no.

—¿Para qué has venido? —le pregunté, sin saber qué otra cosa decir.

—Para que le digas a tu hermana que no sea tan necia y no intente bajar a las calderas. Va a contagiarse y esto acabará muy mal para todos.

—Águeda no bajará a las calderas, ni loca...

Me miró en silencio con un gesto elocuente.

—¡Oh, Dios!, ya ha bajado, ¿verdad? —exclamé.

—Convéncela, que se olvide de Hugo. Recuérdaselo, éramos solo un divertimento de una tarde, no una trampa mortal.

—¿Tu hermano enfermó el último día en Sídney? Entonces mi hermana...

—¿Qué?

—Mi hermana ha vomitado esta mañana, pensamos que era un cólico —recordé, tragando saliva.

—¿Tiene fiebre?

—No lo sé, iré ahora mismo a comprobarlo.

—Sí, deberías. Yo me bajo a los camarotes, nadie puede saber que he estado aquí —dijo, y se dispuso a marcharse.

—Y tú, Bastian, ¿por qué no has enfermado?

—Yo creo que el calor del horno acaba con los miasmas, ninguno de los que estamos en las calderas ha muerto. Y soy el que más horas pasa con la pala y el carbón. —Después se giró y marchó escaleras abajo.

Subí corriendo a nuestra cabina, con la preocupación pintada en el rostro. Lo que encontré me heló la sangre. No era solo

Águeda, mis hermanos y mi madre también gemían, reclinados en sus hamacas, vencidos por la fiebre y el dolor.

Recuerdo la madrugada que desperté en la enfermería, agotada tras muchas noches cuidando de mi madre y mis hermanos. Me había quedado dormida en una silla, apoyada en el camastro de Águeda. Levanté la vista y a la altura de mis ojos vi cuatro cadáveres con el perfil deformado de mi familia. Salí corriendo, espantada, en busca del consuelo de mi padre. Irrumpí en nuestra cabina, y lo encontré de espaldas, con un vaso de gin en la mano.

Nunca olvidaré el gesto que me hizo, porque aquel gesto me convirtió en adulta.

Puso su mano de barrera, impidiéndome avanzar hacia él, y se sacó un pañuelo del bolsillo de la levita, tapándose la boca. Me miró con los ojos llenos de terror y dio un traspié en la alfombra.

Yo buscaba a un padre, eso era todo. Alguien a quien decir: «Han muerto todos, estamos solos en el mundo».

—Ha dicho el doctor Landry que debes permanecer aislada, hija. Seguramente te has contagiado. Voy a rezar por ti, pero no puedes estar aquí conmigo. Voy a rezar por todos vosotros y por vuestras almas.

Me habló como si ya estuviera muerta, y era cierto que yo misma lo pensaba. Llevaba días con síntomas claros de estar contagiada, desde que mi madre comenzó con los delirios y por las noches gritaba un nombre de varón que no era el de mi padre. Recuerdo que aquello me turbó mucho. *Así no es como muere una señora*, pensaba yo. Y le tapaba la boca para que nadie escuchara aquella infamia. Creo que de ese modo me contagió las fiebres.

Así que volví a la enfermería y amortajé con sus propias sábanas los cuerpos macilentos de mi familia. Esa misma mañana tuvo lugar el funeral en la cubierta de popa. Un día más, el sacerdote ofició una rápida ceremonia por el

alma de los difuntos. Yo tuve que seguir la misa desde la cubierta de la primera planta. Después, varios marineros que se cubrían la boca y la nariz con pañuelos anudados al cuello subieron los cuerpos envueltos y atados a una tabla y los lanzaron al océano Pacífico. Todos sabíamos que en aquellas cálidas aguas los tiburones no tardaban en aparecer. Yo esperé a que mi padre, el médico, el cura y el capitán se marcharan y me acerqué a la barandilla donde había desaparecido mi familia.

—No debería quedarse, señora. Lo que viene ahora no es agradable de ver —me dijo una voz en español. A pocos metros, uno de los miembros de la tripulación que se había encargado de los cuerpos permanecía en la popa con el pañuelo todavía sobre la cara. Los otros hombres enmascarados recogían con prisas las tablas.

—Bastian, ¿eres tú? —Sentí un alivio inmenso. Después recordé el diagnóstico del doctor y di un paso atrás—. Creo que no deberías acercarte, estoy en cuarentena.

Él se bajó el pañuelo y me miró de arriba abajo.

—No soy médico, señora, pero yo no diría que está usted enferma, como mucho agotada. Lo digo por las ojeras. No temo que usted me contagie. Lo del pañuelo... —aclaró, incómodo— es por el hedor de los cadáveres. Aquí en los Mares del Sur se descomponen muy rápidamente, y disculpe mi falta de delicadeza.

No me ofendió su comentario, no me dijo nada que no supiera. Más me molestó la distancia en el trato, aunque sabía que estaba disimulando delante de sus compañeros. Frente a nosotros, los cuerpos se quedaron flotando durante un rato, a espaldas del barco. Todo el mundo se había ido retirando y por fin nos quedamos a solas.

Fue entonces cuando varias sombras triangulares interrumpieron mi alivio.

—Ya vienen. ¿Seguro que quieres quedarte? —murmuró Bastian entre dientes, tuteándome de nuevo.

Un par de aletas grises emergieron a veinte

metros del casco. Después rodearon con calma las siluetas blancas. Apreté con fuerza la barandilla y respiré hondo. Aquella era la despedida de verdad; lo de antes, apenas un ritual.

—Sí, sí que quiero —respondí.

—¿Puedo preguntarte por qué?

El espectáculo de sangre empezaba a recordar al Infierno de Dante y el mismo Bastian reprimió una arcada, pero se mantuvo firme.

—Porque sea lo que sea que me depare la vida, nada será tan duro como esto —le dije.

Minutos después todo había acabado, el barco avanzaba y la pesadilla se fue alejando. Busqué las fuerzas donde no las tenía y le volví a hablar.

—Bastian, sé lo que estás pensando, pero no diré nada. Nadie se enterará de que Hugo contagió a Águeda.

—No, Laia. No sabes lo que estoy pensando.

Te tengo por una mujer noble y sensata, y confío y agradezco tu silencio, pero ahora estás sola con tu padre y estarás más vigilada. Por nuestra parte, el capitán ya está bastante presionado por una epidemia que introdujo la tripulación y ha matado a pasajeros de primera clase. Sabes que no está permitido que hablemos con el pasaje, y no tolerará excepciones. La situación a bordo ahora es muy tensa. Si te diriges a Hugo o a mí nos echará, nos quedaremos en Nueva Caledonia o en la primera isla que encuentre, y mi hermano y yo tenemos negocios pendientes en Tahití, no podemos dejar pasar la oportunidad. No ahora que lo hemos dejado todo atrás y en Manacor no nos queda nada.

—Lo que quieres decir es que no nos volvamos a hablar.

*Ahora que me quedo sola, sin Anthony y sin Águeda. Ahora que acabo de conocer a alguien como tú, tan diferente a todo lo anterior. Lo pensé, pero no dije nada. Me repetí a mí misma que no había sido educada para rogar a un hombre, ni siquiera para rogar una*

amistad, unas palabras, un simple saludo.

—Solo durante el resto del viaje —susurró, como si supiera que las palabras hacían daño—, en Papeete el peligro habrá pasado. Aunque, siendo sinceros, querida Laia: ¿tu padre soportará que te relaciones con nosotros, por muy compatriotas que seamos? El sentido común nos distribuirá en barrios opuestos, conoceremos diferentes personas, tú acudirás a las fiestas del gobierno colonial, con los de tu clase, nosotros tendremos que trabajar duro para...

Bastian continuó con su lógica exposición, yo hacía un rato que ya no le escuchaba, me había llamado «querida Laia», y estaba intentando comprender por qué demonios me había alterado tanto.

—Lo entiendo, Bastian. Lo entiendo —le frené—. Y no me trates como a una chiquilla, te lo ruego. No voy a poder serlo nunca más.

Escuchamos unos pasos a nuestra espalda y Bastian se alejó discretamente sin decirme nada. Fue el mes más solitario y duro de mi vida.

Porque allí, en mitad del océano Pacífico, dejé caer por la borda los últimos momentos de mi niñez.

## 6 LA LLEGADA AL PARAÍSO

*Bastian*

*Papeete, junio de 1890*

Dicen que nunca se olvida el momento de arribar al paraíso. Aquella madrugada de invierno austral amaneció a las cinco y media, pero los pocos viajeros que quedábamos — pasajeros y tripulación— nos apiñamos en el puente, a estribor, deseosos de dar por terminado un viaje convertido en una prueba de supervivencia.

Y por fin llegó.

Por fin la isla dio la cara.

Ante nosotros emergieron unas montañas cuyos picos nublados fueron sin duda, en el pasado, la morada de los dioses de los que Tuki me había hablado.

Estábamos ya habituados al azul vivo del Pacífico, al agua y al cielo compartiendo color, y me preguntaba si mis retinas y mis rutinas se acostumbrarían también a aquel verde fresco y brillante de una isla tan frondosa.

El puerto de Papeete nos esperaba tan expectante como nosotros a él: los europeos gastaban trajes immaculados y sombreros jipijapa, las nativas llevaban abultados y horribles vestidos misioneros de colores tristes y cuellos cerrados. Aquella fue la primera de las pruebas de colonización sobre los tahitianos que veía, y me entristeció. Pude ver, sin embargo, que la mayoría de ellas iba descalza, con esos enormes pies planos y polvorientos que ya observé en Tuki y en Vaimiti. Tal vez no querían perder su arraigado contacto con la tierra, al menos así quise interpretarlo.

Y vi lascivia en los ojos de los hombres a bordo, en los funcionarios que desembarcaban, con esposas o sin ellas, en los miembros de la tripulación ya acostumbrados a las mujeres maoríes, a esas pieles de cobre, a esos hombros desnudos, a esas presencias, entre indolentes y pícaras. El roce de las miradas entre europeos y nativas podía percibirse en el ambiente, tanto como el aroma tahitiano, el *noa noa* del que Vaimiti me había hablado. No había exagerado,

todo en la isla desprendía un olor floral muy intenso, muy dulce, demasiado acaso para algunas pituitarias europeas, acostumbradas a fragancias más sutiles. Había un galanteo inconsciente, una promesa de sensualidad en aquella isla cálida, luminosa y fragante.

—¿Qué te parece, hermano? —le pregunté a Hugo, inclinado como él sobre la barandilla blanca del *Oceanien*.

—Creo que podría acostumbrarme a vivir aquí... por unos años, desde luego.

Asentí. Era consciente de que para él Mallorca sería siempre su casa, su hogar y su meta, por muchas patadas que nos diese la vida, por mucho que nuestra insultante pobreza nos expulsase de allí y ya no nos quedase nada ni nadie por lo que volver.

Hugo se había recuperado finalmente de las fiebres tifoideas, aunque adelgazó mucho y le costó volver a ser el mismo y trabajar en la sala de calderas tan duro como antes. Tuvo noticia de la muerte de los miembros de la familia Kane, pero jamás volvimos a hablar de ello. Yo

no tenía nada que decir, él no tenía nada que contar. Así funcionábamos, en eso basábamos nuestra confianza. En aquellos silencios cómplices con los que nos sentíamos tan cómodos.

Nervioso, impaciente y preocupado, por qué no reconocerlo, busqué a los dos hermanos maoríes entre la pequeña multitud, pero no encontré sus bellos rostros ni sus distinguidos portes entre el alboroto. El día que nos despedimos en París me habían prometido con gestos emocionados que acudirían al puerto durante aquel mes de junio siempre que llegase un vapor con europeos.

Hugo también lo sabía, y su rostro se fue tensando tanto como el mío según pasaban los minutos.

Ambos tuvimos que esperar a que el resto de los viajeros cruzase la pasarela y descargase el equipaje. El puerto se fue despejando, y para

cuando bajamos del barco, con nuestros macutos y nuestras escasas pertenencias, ya tenía claro que Tuki y su hermana no aparecerían. Pero el hambre apretaba, y por las calles bulliciosas de la colonia francesa comenzamos a preguntar por la rue de la Petite Pologne, tal y como mi amigo maorí me había indicado.

Papeete era una pequeña ciudad de tres mil quinientas almas y solo quinientas de ellas pertenecían a los occidentales, pero no quedaba ni una vivienda autóctona en sus calles. El pico afilado de madera roja de la diminuta iglesia de Notre Dame se veía desde cualquier punto y el resto de los edificios eran casas de tablonés horizontales, con galerías y balaustradas blancas de troncos labrados. De todos modos, los auténticos dueños de la ciudad eran los cocoteros, los limoneros y otros árboles frutales, demasiados como para nombrarlos. Había exuberancia en cada esquina, y tuvimos que encender un par de cigarrillos para espantar con el humo algunos mosquitos impertinentes, pero

su molesto zumbido era soportable.

Estaba sudado por el esfuerzo de cargar con nuestro equipaje y tenía ganas de quitarme la camisa de lienzo —una de mis dos camisas—, pero todos los colonos con los que nos cruzamos vestían con traje y chaqueta, así que me abstuve y paré una vez más a descansar.

Había algo que me provocaba cierta repulsión entre los franceses que veía caminar por las calles. Había conocido la elegancia de los ricos parisinos, pero aquello no era elegancia. Las mujeres se vestían con moda vetusta, se pintaban demasiado las mejillas y los labios, eran como cortesanas de vodevil. Los hombres se rizaban los bigotes con bigudíes y llevaban los cuellos demasiado rígidos, como si los años se hubieran detenido unas cuantas décadas en Papeete y estuviésemos en los tiempos de mi abuelo Denis.

—Monsieur, yo diría que en la rue de la Petite Pologne no hay ninguna pensión —nos contestó el enésimo francés al que paramos, un diminuto anciano de enormes bigotes.

—¿Puede decirnos alguna otra, cercana y barata? —intervino Hugo, taladrándome con la mirada.

—Prueben en las calles que lindan con la plaza del Mercado, son ruidosas por las noches, pero me temo que hoy no van a encontrar nada más. Cuando llega un vapor las pocas pensiones se abarrotan durante semanas. No creo que a estas horas encuentren nada... a no ser que vayan al barrio chino, pero yo nunca se lo recomendaría a un europeo. Es pestilente y, ustedes ya saben, los *coolies*... no son una buena raza para tratar con ellos.

El hombrecillo encorvado se marchó, arrastrando los pies y su bastón afilado.

—Acabemos de una vez con esto, Bastian. Todavía tenemos que visitar la sede del Gobierno y presentar los papeles.

—Estoy de acuerdo —dije—. Yo diría que el barrio chino es por allí.

Había un cambio en la estrechez de las calles, según nos adentrábamos en la vegetación y nos alejábamos del centro de Papeete. Pronto vimos

esquinas de farolillos rojos y puertas labradas con caracteres que no eran latinos. Con señas nos hicimos entender y una ajada mujer de piel azafranada nos miró de arriba abajo antes de hacernos pasar. Escribió una cifra en un papel con una pluma de ganso y me la puso a dos palmos de los ojos. Asentí con la cabeza.

Nos instalamos en una habitación maloliente de la primera planta, con dos oscuros camastros y como única decoración un grabado en la pared de un retorcido dragón rojo sujetando una esfera dorada.

A aquellas alturas de la mañana, el mal humor de mi hermano era ya más que evidente. Yo disimulaba mi creciente preocupación por la ausencia de rastro alguno de Tuki y Vaimiti, pero también debo reconocer que estaba fascinado por lo que veía a mi alrededor y me costaba ocultar una estúpida sonrisa en mi rostro.

Pobre infeliz.

No me duraría mucho.

Una vez encontramos el edificio de la sede colonial entregué a un funcionario largo y delgado el codiciado documento, el que nos abriría las puertas de aquel pequeño Edén, el que nos legitimaba como futuros propietarios de una plantación de copra, en el oeste de la isla, distrito de Mahaena.

El francés estudió severamente el trozo de papel.

—Este no es, en absoluto, un documento expedido por el Ministerio de Agricultura, caballeros. No hay sello del Gobierno francés, el informe pertinente del ministro de las Colonias... ¿Puedo preguntarles de dónde lo han sacado?

Le expliqué la historia de la Exposición Universal, pero según iba contándole mi encuentro con Tuki y Vaimiti, más inverosímil me resultaba mi relato y más creíble me parecía mi papel de europeo engañado por dos nativos farsantes.

*No es lo que usted cree, pensaba, cada vez más desesperado. No es eso lo que ha*

*ocurrido.*

Nombré al fotógrafo, Charles Spitz, por si podía ser de utilidad, pero tampoco lo conocía.

—Miren, señores: este asunto es inaudito. Solo puedo decirles que se vayan olvidando del asunto de la plantación. En esta isla, Auguste Goupil es el dueño de casi todas las plantaciones de copra... y ustedes no quieren enemistarse con monsieur Goupil.

—Pero algo se podrá hacer —intervino Hugo, manteniendo la calma o al menos fingiéndola—. Hemos recorrido la mitad del mundo hasta llegar aquí. Somos hijos de una súbdita francesa y vivimos en París. Estamos en una colonia del Gobierno francés, tendremos algún tipo de protección aquí, imagino.

El espigado funcionario se acarició el bigote, tan estrecho que parecía dibujado.

—Voy a darles un consejo, aunque si alguien me pregunta, negaré en rotundo que le he desviado de los cauces oficiales: es costumbre que el gobernador Lacascade reciba en el Círculo Militar a los nuevos colonos llegados en

el vapor. Le he escuchado decir a mi señora que esta noche tiene una recepción oficial, por lo visto tiene que atender a algún alto cargo llegado hoy mismo de Ultramar... Si yo fuese ustedes, intentaría exponerle su caso. Si hay alguien que puede ayudarles en su penosa situación, ese es nuestro gobernador.

Le agradecemos el favor y abandonamos el edificio blanco.

A mí todo me daba vueltas, aturdido por la magnitud del engaño.

Fue en la entrada donde nos topamos con el sacerdote católico de la villa. Un hombre calvo de mediana edad con unos anteojos de carey redondos que le daban al rostro un aire de lechuza. Yo torcí el gesto, no esperaba la presencia de la Iglesia en aquella isla tan remota. El cura, que se nos presentó en cuanto se percató de que éramos recién llegados, nos preguntó por nuestra procedencia y Hugo se deshizo en explicaciones, siempre bordeando el filo de la mentira.

—Qué bien nos viene la presencia de dos

nuevos feligreses entonces —asintió el hombre, complacido—. Todavía quedan muchos herejes protestantes en la isla, así que los necesitamos a todos ustedes. No olviden asistir a la misa el domingo, los espero a las doce.

—Faltaría más, padre. Allí nos tendrá sin duda —contestó Hugo, solemne.

Yo apreté la mandíbula, no tenía la mínima intención de entrar en una iglesia. No lo hacía en Manacor y no lo haría en Papeete. Pero no era un buen momento para hacérselo saber a mi hermano. En cuanto el cura desapareció de nuestra vista, la realidad del fracaso de nuestra empresa nonata se impuso entre los dos y volvimos envueltos en un silencio tenso a la pensión.

Una vez en nuestra habitación, Hugo cerró la puerta despacio, se quitó la americana clara y se puso frente a mí.

—¿Lo sabías? —me gritó, agarrándome por las solapas de la camisa—. ¿Lo sabías, Bastian? ¡Contesta!

—Esperaba que no ocurriese, esperaba que el

papel fuera oficial —reconocí—. Pero por Dios que pensé que aquí los encontraría, y todavía lo creo. Esta misma tarde me pondré a buscarlos por toda Papeete, y si no los encuentro, partiré al distrito de Papeari. Dijeron que allí vive todo el clan de los Teva. Alguien tiene que conocerlos, Hugo. No fueron dos fantasmas, fueron reales. Alguien me consiguió los pasajes gratis, ¿recuerdas? El Gobierno francés tiene que saber algo.

—¿Gratis, hermano? ¿Llamas gratis a pasarnos dos meses en las calderas de un vapor? Casi pierdo la vida por culpa de esa maldita epidemia. —Prácticamente me escupía las palabras, con el rostro transformado por la rabia. Rojo de ira, de impotencia, de infinito cansancio, luchando por un futuro que se nos resistía.

Entonces cayó el primer golpe.

Y pude haberme defendido. Pude haber calibrado sus fuerzas, su tendencia a golpear desde la derecha y dejar desprotegidas las costillas, la entepierna, un estómago blando que

reventar. Eso es lo que habría hecho un luchador callejero como yo.

No lo hice.

El castigo era justo.

El enfado, también.

Me destrozó el hueso de la órbita izquierda, me rompió ambas mejillas y de una ceja manó sangre hasta que dejé de ver la mitad derecha del mundo. Varias patadas en el esternón. Eso fue todo. Alguien tan robusto como él podría haberme roto medio esqueleto.

No lo hizo.

La sangre común se impuso, o tal vez se vio incapaz de seguir maltratando a un hombre que se negaba a defenderse.

—¿Te das cuenta de que aquí no somos nadie, de que tenemos menos que nada?

No le contesté, no podía.

Me dejó allí, tirado en el suelo como un ovillo y escuché un portazo. Después, tan solo el silencio y los ruidos cercanos del matadero de los *coolies*.

Me palpé la cara y las zonas golpeadas, hice

recuento de daños. No tendría que ir a ese Hospital Colonial de las monjas de San José de Cluny del que me habló la maldita Vaimiti.

Un par de horas más tarde mi hermano volvió. Me encontró sobre la cama, hojeando el álbum familiar que Hugo había desempacado de su macuto. Aquel álbum de cuero desgastado era el único objeto que nos habíamos llevado de Manacor, tan pobres éramos. No nos quedaban nada más que los rostros de mis padres y de algunos de mis abuelos. Había también alguna fotografía de Hugo y mía, de niños, de algún buen año en el que mis padres pudieron permitirse pagar unos duros al fotógrafo ambulante que nos hizo posar delante de la farola de la plaza de Sa Bassa, en las fiestas patronales de Manacor. Pero la imagen a la que siempre volvía era a la de nuestro abuelo Denis. Idéntico a mí. Pese a que vestía un traje con hechuras de 1830 que yo jamás me pondría, en

la fotografía era un joven con mi rostro, mi cabello y mi estatura. Uno de esos milagros que tiene a veces la sangre. Dos personas gemelas separadas por varias décadas. Como si ninguna influencia de mi abuela o de mi padre tuviese la menor importancia.

—Mi hermano interrumpió bruscamente mis recuerdos, me tendió sin mediar palabra un cuenco de madera con una especie de sopa de fideos planos que devoré pese al sabor inverosímil y después se puso a revolver entre su ropa.

—Esta noche iré a hablar con el gobernador Lacascade. Me pondré el traje de padre —dijo sin mirarme.

—Te queda largo —le recordé.

—Ya he hablado con Xiani. —Alcé la ceja rota, sin comprender—. Con la dueña de la pensión —me aclaró—. Me va a coser los camales.

—Bien, iré contigo al Círculo Militar.

—Tú no vas a ir con esa cara reventada, y solo tenemos un buen traje.

Su sentido común llevaba razón, como la mayoría de las veces.

—Yo iré a la plaza del Mercado a preguntar por Tuki y Vaimiti, entonces. Allí he visto a muchos nativos.

—Haz lo que debas —se limitó a responderme, mientras se colocaba el corsé que le mejoraba la figura y le obligaba a ir recto—. Esto lo ha cambiado todo entre nosotros, Bastian. A partir de ahora no volveré a confiar en tus planes.

Se puso el viejo traje de nuestro padre, bastante gastado pero adecuado para la ocasión. Se recogió de manera bastante burda los bajos de los pantalones y marchó escaleras abajo mientras yo me recuperaba en mi camastro ensangrentado.

## 7 LA SALA DE ESPERA

*Denis*

*Manacor, octubre de 1929*

Habían pasado la noche en vela, habían buscado por los caminos que circunvalaban la Ca d'Or, en los molinos a las afueras de Manacor, en las cunetas de la carretera de Palma. Fausto Galmés se había puesto discretamente en contacto con los catorce joyeros de la capital que trabajaban habitualmente con la familia Fortuny. Ninguno de ellos tenía constancia de que Laia Kane hubiera visitado Palma de Mallorca los últimos días. Tan solo le quedaba comprobar los registros de los hoteles de la capital, pero tenía pocas esperanzas de encontrar nada.

—Tal vez tuviera una reunión con otros joyeros de Barcelona o de otro lugar que estaban en Palma estos días. La señora no me fue muy concreta y yo no pregunté —se justificó Coloma, alisándose el delantal una vez más.

Con las horas parecía más y más consumida,

más flaca y más huesuda. La buena mujer no paraba de limpiar la cubertería de plata, frotando y frotando manchas que nadie más veía, como si a las cucharas les hubiese salido un salpullido que solo a ella le molestaba; un poco ausente, la verdad sea dicha, a tanto trasiego y a tanto extraño que ahora entraba y salía de la finca familiar.

Denis había hecho pasar al jefe de la policía gubernativa a la sala de fumadores, un espacio muy discreto donde solo entraban los caballeros. Se había sentado en un puf oriental que su padre y él trajeron de Turquía, siguiendo la moda por el exotismo que se había extendido por toda España desde la reconstrucción de La Alhambra de Granada. Aunque ninguno de los dos estaba fumando en aquel momento, aquella estancia tan recogida les dio la intimidad que ambos buscaban.

Fausto Galmés era un tipo mofletudo y de barbilla partida, con el rostro macizo y un cuerpo monolítico que rozaba peligrosamente la obesidad. Emanaba toda la autoridad que su

puesto requería para poner firmes tanto a policías de bajo rango como a maleantes de poca monta. Tenía cara de hombre tozudo y a esos ojos, de los que colgaban siempre unas bolsas hinchadas por su perenne falta de sueño, no se les escapaba ni un gesto, ni un suspiro, ni una mueca y ni mucho menos un guiño, lo cual no era obstáculo para que fuese también un conocido juerguista en todos los locales de baile de Mallorca y que tuviera un pacto entre caballeros con Denis Fortuny para que le consiguiera de manera un tanto opaca esas historietas de héroes y detectives que tan de moda se habían puesto en Estados Unidos y cuya circulación dentro de la piel de toro el régimen de Primo de Rivera se empeñaba en prohibir.

—¿Una mujer mayor desaparece por un camino y nadie la vuelve a ver? —repitió Denis por enésima vez.

—No es una anciana cualquiera, es la matriarca de las perlas, la mujer más conocida de toda Mallorca. ¿Tenía enemigos

empresariales? —quiso saber Fausto.

—Han aparecido muchas fábricas de perlas de imitación en la isla, cuando antes no hubo nada. Suponen cierta competencia local, pero ninguno exporta como nosotros, y el mercado patrio está como está, mientras esté Primo de Rivera al frente esto no lo arregla nadie. En cuanto a nuestros imitadores, la mayoría han sido perleras que dominaban ya las técnicas de soplado de las esferillas de vidrio, muchas de ellas obligadas por los maridos o los padres a irse de nuestra fábrica y montarse el taller en sus domicilios para vivir de lo que nosotros dejamos. También hemos tenido que despedir a alguna. Es normal que sisen perlas y las vendan en el mercado negro, pero nos negamos a hacer inspecciones en cada salida de jornada, no queremos que empañe el ambiente de tranquilidad de la fábrica. Supone un tanto por ciento muy escaso de la producción anual, la asumimos igual que las celulillas rotas. Pero, contestando a su pregunta, no creo que nadie quiera hacernos daño. ¿En qué está pensando

usted exactamente, Fausto? Sin paños calientes, se lo ruego.

—En un primer momento hemos pensado en un secuestro. Su madre es una pieza débil y sería fácil presionar a cuatro hijos para cobrar un rescate. Alguno acabaría cediendo, así de previsible. Mis hombres están haciendo preguntas en las tabernas, por si alguien sabe de algún habitual que estuviera preparando algo gordo.

—¿Un habitual? —preguntó Denis, sin comprender del todo.

—Un delincuente habitual, un fichado, un exconvicto, alguien que ha pasado por prisión. En todo caso, lo esperable en estos casos es que se pusieran en contacto con alguno de ustedes durante las primeras veinticuatro horas, para evitar que los familiares acudiesen a la policía, y eso no ha ocurrido.

—Hay algo que me preocupa mucho y debo decírselo. Mi madre sufría con frecuencia ataques epilépticos.

—¿Convulsiones? ¿Como los endemoniados?

—exclamó Fausto, inclinándose hacia delante, súbitamente interesado.

—No me sea ignorante, tiene que ver con su manera de ser, con los nervios y esas cosas. No me meta la Iglesia de por medio, se lo ruego. — El policía asintió, invitándole a continuar en silencio—. No puedo dejar de pensar que mi madre pudo quedar inconsciente después de uno de sus ataques durante ese último paseo, y estas noches han sido tan frías... Lo que tengo bastante claro es que su desaparición no ha sido voluntaria, no se ha llevado su dinero, ni su documentación, ni su ropa, ni sus enseres personales.

—Eso también lo tengo claro yo —convino Fausto, sin pensarlo apenas.

En ese momento unos nudillos repiquetearon en la puerta de la estancia.

—¿Qué ocurre, Coloma?

—Han venido sus hermanos, pensé que le gustaría saberlo —dijo una voz de gorrión al otro lado de la puerta.

Denis se levantó sin cruzar la mirada con el

policía, que lo observaba con atención, y le invitó con un gesto mecánico a acompañarle al antesalón.

*Veamos qué tenemos aquí*, pensaron Fausto y Denis a la vez, como gemelos sincronizados.

Alejo, Aurora y Ada se dejaron quitar sus gruesos abrigos y sus sombreros de hongo por una Coloma que quedó casi sepultada bajo el peso de las tres prendas y se presentaron al jefe de policía mientras Denis los observaba en silencio.

—Hemos venido en cuanto sus agentes nos han avisado, denos el parte —se adelantó Alejo, haciendo desaparecer la mano del policía en su enorme apretón de manos.

*Denos el parte*, se repitió horrorizado Denis. *Lo está tratando como si ya fuera una crónica de sucesos.*

Mientras el policía le ponía al día de los pocos avances de aquellas primeras horas, Denis dirigió una mirada a Aurora y desapareció del antesalón en dirección a la sala de billar. Un minuto después le siguió su hermana. Ni siquiera

encendieron la luz de la habitación, prefirieron quedarse en la penumbra y dejar que la débil iluminación que llegaba de las otras estancias los envolviese.

Denis eligió un taco, empolvó la suela de tiza azul y colocó la bola blanca en el lugar exacto del tapete, al tacto. Golpeaba de oídas, con suavidad, solo por el placer de notar las bolas rozando el paño de las bandas, una costumbre que le copió a su padre durante las noches en que las largas negociaciones les hacían rumiar planes alternativos y memorizarlos hasta hacerlos parecer espontáneos, como los discursos de Mahatma Gandhi. El ruido del marfil chocando le distraía de los problemas reales.

Pero había descubierto hacía tiempo un inesperado beneficio: jugar partidas contra sí mismo casi a oscuras le permitía fiarse de otros sentidos que a menudo despreciaba, un oído fino, el olor de alguien acercándose. Después comprobó con asombro que su juego había mejorado, que tenía ventaja cuando jugaba con

sus adversarios habituales. Comprendió entonces la enseñanza. «Juega a oscuras, cuando llegue el día y todo se aclare, serás mejor jugador que el resto».

*Parece que ahora toca jugar a oscuras,* concluyó. Así que continuó con la partida, con su habitual parsimonia, esperando a que fuese Aurora quien abriera fuego.

—¿Es un truco de madre y tuyo? ¿Nos habéis hecho esto para hacer que nos retractemos? —susurró Aurora por fin, cansada de esperar que su hermano dijese algo. Lo hizo con rabia, temblando. Era difícil verla tan nerviosa como aquel día.

*Por Dios, Aurora.*

—Si así fuera, ¿lo haríais?, ¿os retractaríais? —se limitó a responder. Quería conocer los límites del nuevo escenario, tensar las cuerdas, intentar identificar cuándo se romperían.

—No —respondió Aurora, dándole la espalda. Así vista, en la penumbra, su hermana solo era un fantasma—, sigue en pie el plazo de tres meses para leer la herencia, nada cambia. Pero,

por lo más sagrado, Denis, con esto no se juega. Si madre está escondida en algún sitio, dile que vuelva ya.

—¿Que le diga, Aurora, que le diga...? — rugió Denis, empujándola contra la pared entelada y sujetando el taco de billar en horizontal bajo su cuello.

Aurora ni siquiera tragó saliva, había tenido dos maridos poderosos, era una mujer acostumbrada a todo.

—Dime que esto no es porque me negué a inhabilitarla, dime que no la habéis quitado de en medio por las malas, cuando yo me opuse a unirme a vuestra traición por las buenas. Dímelo ahora, Aurora, y negociaremos. Pero dímelo ahora mismo o te juro que hago una barbaridad.

—No, dímelo tú —contestó Aurora, manteniéndole la mirada en la oscuridad—, dime que madre y tú no habéis urdido esto.

Denis dejó caer el taco de billar, liberándola.

*¿Nos ves capaces? ¿Así nos ves, como monstruos?*, pensó, impotente.

—Madre está ahí fuera, quién sabe dónde y

en qué condiciones, y me hablas de herencias, de cuadros con fantasmas, de plazos... ¿realmente eres humana o te enviaron a este mundo con un corazón de piedra?

Aurora no dijo nada, se recolocó el vestido, se pellizó las medias a la altura de la pantorrilla con un gesto discreto para subírselas y abandonó la sala de billar en silencio en dirección al dormitorio de su madre. Denis no lo vio, pero su hermana se tumbó sobre la cama, mirando el techo, y por una vez dejó que unas lágrimas que le sabían a culpa le hirvieran en el rostro.

Desde el salón se oyó el timbre impaciente del aparato telefónico y al cabo de un instante Coloma entró en la estancia. Se acercó a Denis y le susurró un nombre conocido. Mientras avanzaba hacia el despacho para atender la llamada, Denis se obligó a pensar rápido.

*Esto va en serio, si no les ha detenido mi*

*negativa ni el hecho de que sea nuestra madre, ahora pasarán al siguiente punto: el maldito cuadro.* Tenía que adelantarse, saltar por encima de los acontecimientos del presente, por mucho que se sintiese paralizado y demasiado abrumado como para reaccionar.

—*¿Oui?* Monsieur Fortuny al habla — respondió en francés.

Escuchó el recado, apuntó los datos en el papel con membrete de la familia Fortuny y le agradeció el favor al cónsul francés en Madrid, un cliente satisfecho con una esposa muy caprichosa y enamorada de los collares de perlas de tres vueltas.

Pese a que había once horas de diferencia entre el huso horario de Mallorca y Noumea, capital de Nueva Caledonia, decidió llamar en ese mismo momento. «El que lo piensa demasiado va el segundo», decía siempre su padre.

Descolgó de nuevo el auricular y esperó a que una voz espesa le respondiera.

—Quisiera hablar con Maddox.

—Red Maddox al aparato, dígame.

Después de acreditarse como amigo de un amigo común del cónsul, Denis no se anduvo con rodeos.

—Verá, necesito que vaya a Tahití, que rebusque entre los documentos oficiales desde 1890 y me envíe todo lo que encuentre de Bastian Fortuny Bontemps, ciudadano español llegado a Papeete en ese año y nacido en Manacor en la década de 1860. Puede que siga viviendo allí. Si no está muerto, quiero que averigüe su paradero actual, pero no contacte con él. Lo que me interesan son los documentos.

—Eso va a resultar muy caro —respondió la voz, aclarándose la garganta—. Además de mis honorarios, quiero el hospedaje en un hotel decente, comidas de restaurante y gastos para sobornar a los funcionarios locales. Tengo un amigo que realiza vuelos entre las islas y llegaría antes que en barco, pero va a costar lo suyo que me lleve de Noumea a Papeete.

—¿Me escucha tragar saliva?

—No.

—Deme una cifra. Vamos, sin miedo —le animó Denis.

El detective se la dio, tan exorbitante como Denis esperaba.

—Gástese lo que deba, me interesa la rapidez de los resultados. Llámeme un día después de que aterrice en Tahití. Habrá línea telefónica allí, imagino. Le pagaré bien, pero no trate de reírse de mí.

—Con usted da gusto hacer negocios.

—Me lo dicen a menudo. —Denis casi sonrió—. Buenas noches.

Denis volvió a la antesala, con Fausto y sus tres hermanos. En ese momento, sonó el timbre de la entrada.

Ante la sorpresa general, aparecieron media docena de hombres ataviados con recias ropas de montaña. Sus botas, para el horror de Coloma, fueron dejando un rastro de barro seco en la alfombra dorada y azul del vestíbulo.

Fausto se acercó y cruzó unas palabras con ellos, invitándoles a pasar. Denis decidió no interrumpir al policía, intuía que algo grave estaba a punto de suceder.

—Estos caballeros son conocidos de su madre —aclaró Fausto a los cuatro hermanos—, miembros del Club Excursionista de Manacor, y les he pedido que recorran las rutas que la señora Kane conocía. Estos días han realizado un trabajo discreto, haciendo una batida por los senderos que rodean la ciudad. ¿Hay algo que quieran compartir con nosotros?

Se adelantó un hombre ágil y larguirucho, propietario de una conocida sastrería junto a la catedral. Tragó saliva, sacó un objeto del bolsillo y lo dejó sobre la mesa con cara circunspecta.

Los hermanos Fortuny y el policía se arremolinaron para ver el mitón de encaje negro, ahora manchado de tierra, con la inconfundible bocamanga de perlas.

Denis sabía que su madre jamás se habría quitado aquel guante mutilado y lo habría abandonado en el monte. Recordó la noche en el

Ritz de Londres cuando tuvo que escuchar azorado cómo su padre, algo pasado de champán, le confesó que su mujer no se desprendía de los mitones ni para cumplir con los deberes conyugales.

Sacudió aquel incómodo recuerdo de su cabeza y volvió al presente de aquella habitación donde todos callaron, espantados, salvo Ada, que se dobló por la cintura como un muñeco articulado y emitió un grito que le rompió en dos la garganta.

## 8 LA LLEGADA AL INFIERNO

*Laia*

*Papeete, junio de 1890*

El último día de travesía almorcé sola en la cabina de aquel maldito barco por última vez. Me sentí impotente por no poder contarle a nadie que cumplía veintiún años, que ya era

adulta ante la ley de un país que me expulsó, la insoportable soledad de no ser felicitada por nadie.

Águeda, Anthony, Albert y mi madre se habían ido y lo que quedaba de mi padre, que se había dado a la bebida, me horrorizaba demasiado porque dibujaba un futuro próximo demasiado incierto.

El aire en los Mares del Sur era cálido y yo solo sentía frío.

Mis manos no cicatrizaban estos días, eran todo lo monstruosas que podían llegar a ser.

A primera hora nos instalamos en nuestra nueva residencia de Papeete. Lo primero que hice fue tumbarme en la cama de una alcoba que en adelante sería la mía, rodeada de decenas de baúles cerrados con las ropas que mi madre y mis hermanos no llegaron a estrenar.

Mi padre se había roto, no solo había perdido a su esposa, también a Anthony y a Águeda. Tantos años educando a los primogénitos, viviendo para ellos, programando su futuro con un tenaz tiralíneas. Nunca supe si se alegró de

que yo hubiera sobrevivido; si lo hizo, desde luego no lo demostró. Esos días estaba en el limbo de los borrachos y apenas se enteraba de nada.

Cuando bajó renqueante por la pasarela del embarcadero de Papeete lo que vi fue un hombre mucho mayor que el que había arrastrado a su familia a Tahití, meses atrás. Mi padre había tenido un rostro poderoso, como cincelado a machetazos, con la mandíbula rectangular proyectada hacia el futuro. Uno de esos rostros que advertía que le tuvieras un respeto. Imagino que su eterno habano y las patillas hirsutas que le comían la cara ayudaban. Pero desde hacía semanas su semblante estaba congestionado, siempre rojo y abotargado, había perdido sus formas de hombre apuesto que un día tuvo y una costurera tendría que ajustar de nuevo los botones de sus trajes, porque le había crecido una horrible barriga que lo había convertido en un ser patoso y casi indigno.

Pero era mi padre y yo no tenía más ancla que él.

Tuve que apartar el enfado de meses de mis pensamientos: en Papeete había demasiado por hacer y era una triste ironía, porque no tenía nada que ver con la fiesta de mayoría de edad que hubiese sido en Mahón. Ya no habría fiesta, nadie a quien invitar. Así de sola me había quedado.

Eran casi las cinco de la tarde y llegué al recinto del Círculo Militar en un coche tirado por dos gruesos caballos. En realidad estaba a pocos pasos de la rue Rivoli, la calle principal de Papeete donde Su Majestad la Reina Victoria había tenido a bien instalarnos. La residencia era admirable, pese a que en Tahití no se construía de verdad, con cemento armado como en Europa, sino con tablonés horizontales de madera, como casitas de muñecas que un soplo de viento podría derribar.

También heredamos el servicio doméstico del anterior cónsul, dos hermanas maoríes, Miri y

Manaba, apenas dos niñas tímidas con las que enseguida congenié. Estaban ya instruidas y hablaban inglés, una rareza en Tahití, y más entre los nativos.

Pronto descubrí que no había mosquiteras metálicas en las ventanas, un detalle que ignoré cuando me tumbé en mi habitación para descansar tras una decepcionante comida a base de pescado crudo regado con zumo de limón y leche de coco que nos prepararon las sirvientas.

Cuando desperté todo mi cuerpo estaba en carne viva, comido por millones de pequeñas picaduras de mosquitos. Miré desesperada el reflejo deformado que me devolvió el espejo: detrás de aquel destrozo había un rostro humano. ¿Cómo iba a presentarme ante el gobernador Lacascade y todos los notables de Tahití con esas trazas?

Pero no había más remedio, me vestí con un vestido colonial blanco de mangas abullonadas, me cambié mis mitones negros por unos blancos de encaje y fui a buscar a mi padre a su

dormitorio. Él tampoco ofrecía un aspecto mínimamente decoroso. Estaba durmiendo su perpetua borrachera, y fui penosamente consciente de que tendría que presentar mis respetos al gobernador sin él. Habría deseado con todas mis fuerzas no acudir, pero comprendí que habría un conflicto diplomático si el cónsul inglés no avisaba de su ausencia y dejaba plantado a Lacascade. Así que me mentalicé para lo que iba a venir e hice mi entrada en el recinto del jardín del Círculo Militar deseando que nadie reparara en mi presencia.

Muchos de los colonos estaban sentados en semicírculo alrededor de diminutas mesas de tres patas de hierro y tablero de mármol blanco. Había algún militar uniformado, el resto iba vestido de pantalón claro y americana blanca. Bigotes gruesos, estrechos y en pajarita, algún anteojo. Todos franceses y todos vestidos a la moda parisina, aunque un poco trasnochada. Vi vestidos que sumaban ya muchas temporadas, detalles anticuados en los sombreros de las señoras. Una innecesaria profusión de lazos

como los que usaría mi bisabuela en 1820, en los tiempos del corte imperio y de las coletas con bucles.

Todos ellos escrutaron sin disimulo a la única hija superviviente del cónsul inglés. Durante el invierno austral solía anochecer antes de las seis y los criados maoríes encendieron algunos farolillos de gas. Estábamos rodeados de laureles, gardenias y buganvillas, así que aproveché la espesa sombra que proyectaba una de ellas para sentarme en una de las sillas de ratán. Tenía serias dudas de que con mi francés pudiera hacerme entender ante el gobernador.

Para mi sorpresa distinguí un rostro conocido. Allí estaba Hugo Fortuny, brillando como el astro rey de su propio sistema solar, rodeado de sus satélites. Reía las gracias de las damas francesas y sus hijas casaderas, que deslumbradas por aquella novedad recién llegada de España le rodeaban, le observaban y le catalogaban. Parecía que había pasado la reválida con nota, pese a que era la única persona de todo el recinto que vestía de negro.

El nuevo juguete de la colonia se percató de mi presencia y durante un segundo se quedó rígido, pero luego prosiguió con sus ocurrencias y la función continuó.

Aun así había una intensidad desesperada en él que tal vez solo yo percibí por debajo de todo su oropel. Dio por finalizado el chiste que tanta gracia le hizo a una gruesa anciana y se dirigió hacia mí ante la mirada expectante de toda la colonia.

Aquel día llevaba el pelo, tan moreno como el mío, re peinado hacia un lado. Se le veía más delgado bajo su paupérrimo traje y cambió su sonrisa segura y comedida por un gesto mucho más austero.

—Llevo un buen rato pensando en qué decirle, en cómo presentarme ante usted —me susurró, al tiempo que se sentaba a mi lado—. Sé que darle el pésame por lo que ha ocurrido no es suficiente...

Me quedé muda durante un par de segundos. Después acerté a decir, en un suspiro:

—Hacen falta arrestos para venir y encarar el

tema tan directamente.

Pese al dolor, tuve que reconocerle cierta admiración por lo que acababa de hacer. Podía haberlo obviado y no lo hizo.

—Nunca me faltaron. —Y se encogió de hombros sin falsa modestia, solamente constataba un hecho—. Yo... si hubiera sospechado que estaba enfermo, habría alejado a Águeda de mis brazos...

—Shhh... —le hice callar con un gesto, la mención de Águeda como alguien que ya no estaba fue como ácido en los oídos—. No puedo pensar en eso ahora, Hugo. Ahora todos están muertos.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo, con la mirada fija en la hierba—. Lo que debe importarnos ahora son los vivos, los que hemos quedado. Saber si nos podemos ayudar los unos a los otros.

Apreté los dientes, no estaba acostumbrada a tanta franqueza. Mi círculo se movía mejor en circunloquios.

—Usted dirá qué quiere de mí.

—¿Dónde está su padre? ¿No debería ser él quien se presente ante Lacascade?

—Está indispuerto, he venido yo en su lugar. Pero mi dominio del francés es demasiado penoso para este cometido.

—¿Podrá arreglárselas dignamente?

—A duras penas —tuve que reconocer.

—Yo oficiaré de traductor, si me lo permite — me interrumpió, rápido.

—¿Lo haría usted?

—Confío en que no se ofenda, pero a cambio espero un favor por su parte.

Lo pensé por un momento, aunque ¿qué otras opciones tenía? En aquella isla me estaba quedando sin opciones según pasaban los minutos. Accedí a su petición con un gesto discreto.

Abandonamos el refugio que nos prestaban las sillas y fuimos avanzando entre los corrillos de señoras hacia el centro del jardín. Hugo me ofreció su brazo y yo lo rodeé, con toda la indiferencia de la que fui capaz, pero aquel era el primer contacto físico que tenía con alguien

desde hacía más de un mes y me hacía sentir bien el calor de su cuerpo robusto a mi lado.

—De momento, me gustaría que me presentase como un terrateniente de Mallorca. Y use solo mi apellido materno. Hugo Bontemps es un nombre más adecuado en estas latitudes.

—Eso no va a suponer ningún problema — asentí.

—En realidad el verdadero favor vendrá después de que hable con el gobernador. Iré a visitarlos mañana, a usted y a su padre, y podré ser más concreto.

—¿Tiene que ver con el negocio que van a emprender usted y su hermano Bastian? ¿Va todo bien?

—Sí, todo va según lo previsto, pero toda posible ayuda va a ser bienvenida —me dijo con una sonrisa tan deslumbrante y casual que me fue imposible creerle.

—Por cierto, ¿por qué no ha venido su hermano a la recepción?

—Él no es amigo de socializar tanto.

—Bien. —Solté un suspiro—. Acabemos con

esto.

Me adelanté y Hugo estiró el brazo para que me apoyase en él, entonces vi cómo ocultó sus nudillos pelados y heridos. Había visto antes ese gesto, el mastín de mi padre en Menorca también escondía las manos cuando volvía de hacer sus encargos.

—¿Ha golpeado usted un muro? —le pregunté, con la sana intención de pillarle en un brete. No quería que me tomase por inocente.

—Podría decirse que sí. —Me guiñó un ojo, pero no llegó a sonreír.

Por fin quedamos frente a los siete caballeros que nos esperaban apurando sus bebidas. Hubo algunos codazos y carraspeos jocosos mal disimulados. Imaginé que observar la monstruosa cara de la hija de un cónsul inglés les provocaba cierta hilaridad. Entonces me dirigí a la figura central con toda la dignidad de la que fui capaz, pues era evidente su posición de mando. Étienne Lacascade asintió con su cabeza rizada, invitándonos a hablar.

—Magnífico bastón —susurró Hugo, el

gobernador se apoyaba en una pieza espléndida de madera oscura y mango de nácar.

—Monsieur Lacascade, vengo a presentarme oficialmente a su colonia. Mi padre, el cónsul Anthony Kane, se encuentra hoy indispuerto después de tan largo viaje —le dije con mi rústico francés, repitiendo algunas de las frases que había escuchado a mi padre y a Anthony en las recepciones de nuestra finca—. Nos acompaña Hugo Bontemps, gran amigo de la familia y un respetado terrateniente en su Mallorca natal. Dígale —susurré al oído de Hugo— que nuestra presencia en Tahití no quiere atacar los intereses de una potencia como Francia, ni vulnerar los pactos establecidos respecto al reparto de zonas de influencia en el Pacífico.

Hugo se hizo rápidamente con la conversación, arrancando asentimientos de los caballeros que me escrutaban con la mirada y alguna risa de complicidad por parte del gobernador.

—Es todo un inconveniente que su padre esté

achacoso, mademoiselle Kane —me dijo mientras apuraba su copa—. Porque es con él con quien quisiera tener una conversación.

—En unos días estará perfectamente. Después de varios meses sin pisar tierra firme los vértigos no le dejan enderezarse durante horas. Le ocurre siempre que vuelve de Londres a España, por lo que cuenta su hija —mintió Hugo por mí en su fluido francés—. Mister Anthony Kane le hará una visita en cuanto se encuentre restablecido.

—Así lo espero. Un hombre de su rango debería estar por encima de sus achaques —concluyó Lacascade, en un gesto de aburrimiento—. Anden, mézclense con nuestros colonos, basta de formalidades.

Los dos nos relajamos y nos dispusimos a seguir su consejo.

—Y usted, monsieur Bontemps, quisiera que se quedara un momento con nosotros. Me gustaría que tratásemos algunos asuntos.

Hugo se despidió de mí con un rápido asentimiento de cabeza. Yo me quedé sola

durante un buen rato mientras aceptaba un jugo de frutas verdes que me ofreció un sirviente maorí. Finalmente una señora francesa bien vestida se me acercó.

—Qué lista has sido, más que todas nosotras —me dijo—. Te has librado de las lúbricas zarpas de Lacascade. Ojalá a mí o a mi marido se nos hubiera ocurrido ese subterfugio de los mosquitos cuando el gobernador me reclamó en su alcoba, como a todas las damas recién llegadas. Nunca creí que los ingleses fueran un pueblo con ingenio.

—Nunca creí que los franceses fueran capaces de admirarlo. Respecto a Lacascade, ¿no tiene cada pueblo el gobernante que merece? —le contesté. No era un buen día para que nadie se me acercase como una avispa.

La mujer escapó de mi mal genio antes de que la emprendiese con el resto de la colonia. Entonces Hugo apareció en ese momento y murmuró, furioso:

—No queme los puentes, Laia. Tienda lazos, aunque los aborrezca. Aquí vamos a

necesitarlos a todos.

—No se engañe, Hugo. Soy la hija de un enemigo de la patria. Nunca dejarán que sea uno de ellos.

—Pues actúe como si ya lo fuera y ellos acabarán creyéndolo, o al menos, acostumbrándose a la idea. Pero no renuncie a esta pequeña sociedad, porque me temo que es lo único que tenemos.

Después me acompañó hasta la salida del recinto del Círculo Militar. Al subir al coche de caballos me rozó los dedos intencionadamente con aquella mano tan caliente. Yo le frené, con el rostro encendido. Y no fue por mojigatería, en otro momento tal vez hasta lo habría deseado. Tenía que ver con la memoria de los muertos.

—Ni por un momento piense que soy Águeda —le repliqué, turbada. Era demasiado pronto para todo eso.

A Hugo le molestó mi reacción, pero mantuvo el temple.

—Ni por un momento piense que las confundiré algún día. Ella era ella. No la

volvamos a nombrar.

Después se despidió escuetamente y entró de nuevo en el jardín, donde toda una colonia le esperaba expectante.

Poco después llegué a mi nueva residencia, subí a la alcoba de mi padre, comprobé que su sueño era profundo y bajé a la despensa. Allí habían descargado por la mañana todas las cajas de gin Xoriguer que mi padre y Anthony habían traído a la isla para consumir hasta el día del Juicio Final. Pero eso no iba a ocurrir. Estaba decidida a impedirlo. Cargué tres o cuatro de las cajas en el coche de caballos y me acerqué al tramo más oscuro del puerto. A lo lejos se adivinaba el bullicio de algunos bares frecuentados por marineros.

Dejé la primera caja en el suelo y comencé a lanzar las botellas contra las rocas, haciéndolas estallar. Quería acabar con todas, que mi padre no volviese a beber una botella de gin en su

vida. Y él era demasiado inglés como para aceptar otra bebida.

Con el ruido de los cristales rotos no lo escuché llegar.

—Señora, usted no sabe lo que cuesta fabricar una botella, ¿verdad?

Di un respingo cuando vi acercarse a un joven con un ojo negro y el rostro hinchado a golpes.

—¡Bastian, me has asustado! Cualquiera te reconoce esta noche —me limité a decir, mientras continuaba arrojando las botellas al mar.

—¿Eso que tienes hoy es viruela? —preguntó.

—No, mosquitos. ¿Cuál es tu excusa para esa cara?

Sabía la respuesta: Caín y Abel se habían peleado en el Paraíso. Pero estaba midiendo las distancias: hasta dónde me contaba él, hasta dónde contaría yo.

—Hagamos un trato —contestó—, esta noche yo no haré mención de tu lamentable aspecto y tú no dirás nada del mío.

—Me parece muy conveniente —concedí.

Nada de confiancias, pues. Me agaché para lanzar las últimas botellas pero Bastian me sujetó por el brazo, impidiéndome continuar.

—Los gendarmes van a venir en cualquier momento y esto que tienes aquí es muy valioso en el mercado negro. ¿Se puede saber por qué estás intentando que el mar se trague una fortuna?

Le conté lo justo de mi padre, de sus borracheras, de Lacascade y de lo que había vivido desde que desembarcamos en Papeete.

—Intentaré darles salida —me dijo, después de meditarlo un momento—, no en esta isla, mejor en los otros archipiélagos. Y tendremos que quitarles esas etiquetas para que no descubran su procedencia. Compartamos beneficios: un sesenta por ciento para mí, un cuarenta por ciento para ti.

—Y ¿para qué quiero yo el dinero? —pregunté, y al momento me arrepentí.

—Voy a ser muy franco contigo y voy a decirte lo que no quieres siquiera pensar: acabas de perder a tu madre y tus hermanos. Si la salud

de tu padre se resintiera y también muriese, dime: ¿la reina Victoria se ocuparía de ti, te pagaría un sueldo o un pasaje de vuelta?

—No soy una súbdita inglesa. Nací en Mahón, soy española —contesté, humillada. Bastian iba cinco pasos por delante de mí, me di cuenta de que llevaba más tiempo siendo adulto.

—Nunca te has planteado cómo sería tu vida si tuvieras que ganarte el sustento, ¿verdad? —se limitó a contestar, mientras se acercaba a las rocas y recuperaba algunas botellas que no se habían roto.

Me lo pensé un momento, pero claudiqué. Esperé a que volviera de las rocas.

—Cincuenta por ciento para cada uno —le dije, sentándome sobre la hierba.

Bastian trajo varias botellas en la mano y las colocó de nuevo en su caja. Después imitó mi gesto y se sentó junto a mí, aunque contrajo la cara al doblar las rodillas. Imaginé que le dolía, pero algo en su mirada me persuadió de que fingiera que no lo había visto.

—No hay trato. Eres la hija del cónsul, la

mercancía es de tu padre. Si te pillan, solo será una regañina. Si me pillan a mí, iré al penal colonial de Noumea.

—¿Cómo sabes tanto de este mundo, si acabas de llegar a Tahití como yo? —quise saber, intrigada.

—Siempre he sido todo oídos —se encogió de hombros, como si fuera lo más obvio—. El mundo que ves con tus ojos yo lo oigo venir antes por los rumores. Siempre hay rumores que anuncian un Nuevo Mundo por llegar. Y no me cambies de tema: sesenta cuarenta, lo tomas o lo dejas.

No me hizo ninguna gracia ceder, acostumbrada a los juegos inocentes con mis hermanos en los que yo era más persuasiva, o con los criados, donde siempre me dejaban ganar. Pero tenía razón, yo apenas arriesgaba y era una ganancia cómoda.

—¿Cuánto podrás sacar? —dije, rindiéndome por segunda vez en la misma noche.

—Ni idea, dame unos días para preguntar en los sitios adecuados a personas dispuestas a

hablar. Mañana partiré una semana hacia el sur de la isla, tengo un asunto pendiente allí. A mi vuelta, iré a buscarte.

—Ahora que pareces dispuesto a volver a hablar conmigo, quisiera... quisiera hacerte una propuesta de trabajo —me atreví por fin.

—Sabes que si me alejé durante el viaje fue por sensatez, por el bien de ambos —se justificó, como si le doliera—. Pero tú dirás de qué trata tu propuesta.

*Por Dios, Bastian, no sigamos siendo extraños*, quise decirle, pero no me atreví.

Quería comprarle, comprar su presencia, obligarle a que me mirase a los ojos y que me tratase bien, obligarle a un trato diario. Así de sola me sentía entonces.

—¿Podrías enseñarme a hablar francés? No lo estimaba necesario hasta el día de hoy. Podrías venir varias veces por semana y yo te pagaría bien las clases.

Bastian se tomó su tiempo para valorarlo.

—Querida Laia, no creo que yo sea la persona adecuada. No quiero comprometerme

contigo y luego perderme en excusas. No sé dónde voy a estar mañana ni dentro de un mes. Bastante tengo con intentar sobrevivir. Pídeselo a mi hermano. De momento, él no se moverá de Papeete y es mucho más de fiar que yo.

—Claro, tu hermano —dije, ocultando la decepción. Pero aquel nuevo «querida Laia» se quedó también grabado durante días—. Así lo haré, descuida. ¿De verdad todo va bien con vuestro negocio?

—Aún es pronto para que te conteste a esa pregunta, Laia. A mi pesar.

Bastian volvió al tema de las botellas, de modo que concretamos los detalles prácticos y, amparados por la oscuridad, saqueamos la despensa de mi nueva residencia.

Pero después de dejar las cajas en el jardín trasero de la mansión, a espaldas de la calle y sus pocos transeúntes, le pedí que esperase y me perdí en los baúles de la entrada aún sin abrir. Rebusqué a la luz de una vela en el más pesado, el que contenía los libros, y salí corriendo con el ejemplar de *El matrimonio de*

*Loti.*

—Es para ti, Bastian. Un obsequio ahora que hemos recuperado nuestra amistad. Es de un autor francés, Pierre Loti. Cuenta su experiencia cuando viajó a esta isla hace unos diez años. Tomó una mujercita nativa y se hizo amigo de Pomare IV, la madre del actual rey. Está escrito en francés y de momento me resulta casi indescifrable, pero te entretendrá durante tu viaje y aprenderás cómo era la isla hace unos años, antes de que la colonia se hiciese con todo. Seguro que te es útil.

Bastian tomó el pequeño volumen, tragó saliva, alzó los ojos y me vio por primera vez, no a la hija del cónsul, a la repudiada aristócrata.

Me vio a mí.

El muro, por fin, había caído.

—La última persona que me regaló un libro fue mi madre —susurró con voz ronca, pero sabía que no quería que yo le hubiera escuchado. Hablaba solo, para sí mismo, y le dejé con sus recuerdos.

Avanzamos en la oscuridad del jardín trasero

mientras Bastian apretaba el libro como si fuera una onza de oro.

Después se llevó todas las cajas Dios sabe dónde y me dejó con la promesa de que en una semana volvería.

Aquella fue la primera vez.

A lo largo de los años, llegaría a odiar sus idas y venidas porque eso era lo que hacía Bastian en la vida: ir, volver y nunca permanecer a mi lado.

## 9 LA COSTA ESTE

*Bastian*

*Tahití, junio de 1890*

Partí de madrugada a lomos de un caballo demasiado tranquilo, como la isla, como los maoríes. Allí todo se movía lentamente. Laia Kane lo había heredado del anterior cónsul inglés y me lo había prestado durante una

semana, después de otra previsible tanda de negociaciones que de nuevo perdió. Le faltaba lo más importante para salirse con la suya: necesitarlo de verdad. Ese era mi caso: sin un caballo, por muy desmañado que fuese, no tenía opción alguna de recorrer los cuarenta y cinco kilómetros que me separaban del distrito de Papeari.

Marché con mala conciencia, consciente de mi huida. No quería engañarme, conocía a los nobles, ¿para qué acostumbrarme a acudir a la hija de un cónsul? Su padre tarde o temprano intervendría imponiendo distancia y el perjudicado sería yo, o acaso ella con un matrimonio forzado o precipitado. Pero no logré quitármela de la cabeza desde Sídney: yo que creí que en Tahití encontraría otras mujeres, y la única que me ponía nervioso era una menorquina.

Tenía la libido exaltada en una isla donde todo parecía haber sido creado para el disfrute. Estaba al límite del éxtasis con cualquier roce de mi pantalón y deseaba con todas mis fuerzas

que ella no se hubiera percatado de mi vergonzosa erección la pasada noche frente al puerto.

Durante nuestra travesía había pagado unos pocos francos a Jean Claude, un joven mayordomo asignado en primera. Él me contaba puntualmente todo lo que ocurría en el camarote de la familia Kane. Quería asegurarme de que Laia estaba bien, y un par de veces dudé en intervenir o romper mi promesa de silencio. Me enteré con preocupación de que el cónsul había hecho gala de su mal carácter con otros comensales desde que enviudó, de que hubo un par de desagradables episodios en los que derribó la mesa del comedor, debido a su estado de embriaguez, y de que el capitán y el resto de los altos funcionarios comenzaron a evitarlo. Pese a ello, su hija parecía a salvo, siempre encerrada leyendo durante el día y paseando por el pasillo por las noches. A veces me quedaba en cubierta, agazapado en la oscuridad bajo el saliente de la pasarela mientras ella se acodaba y dejaba pasar las horas muertas escrutando la

masa negra del océano. Era valiente, nunca lloró, tan solo susurraba como si aún hablase con sus hermanos. Yo hice lo mínimo que podía hacer sin complicarle más aún la existencia. Velar desde la distancia, asegurarme de que estaba relativamente segura. Pero reanudar nuestra amistad a bordo solo la habría puesto en peligro ante su padre.

Así que aquel día cargué sobre las desgastadas alforjas de cuero varias botellas del gin Xoriguer para cambiar por el camino y unas pocas provisiones que la dueña de la pensión me vendió por diez francos: un poco de agua en una cantimplora de latón que me fiaba, un taco de carne dura y almizclada que no sabía cómo preparar y varias frutas: mangos, bananas y una manzana para el caballo. Y mi posesión más preciada, el pequeño libro de Pierre Loti. Eso fue todo.

Marché con el mapa de la isla en la cabeza,

después de haber memorizado varios nombres —Faaa, Paera, Papara— de la ilustración que colgaba tras el mostrador del funcionario que habíamos conocido el día anterior. Tomé el camino del sur, decidido a recorrer la isla en contra de las agujas del reloj. La noche anterior, un nativo que tocaba una flauta nasal en el mercado de Papeete me había dado las escuetas indicaciones: «No se adentre en la selva, y mucho menos de noche, los *tupapau* no le dejarán descansar y puede que se lo lleven. Mejor rodee la isla por la carretera de la costa. Nadie se adentra en la selva si no es para bañarse o recoger fruta».

—Los *tupapau* —repetí sin comprender.

—Los espíritus de los muertos —me aclaró, bajando la voz—. Son esas luces brillantes que se ven en la selva. Intente no pasar la noche cerca de Faaa. Allí descansa la piedra desde donde las almas de los muertos emigran. No los moleste. No se lo perdonarán.

*De acuerdo, pensé. Nada de pernoctar en Faaa.*

Faaa estaba a unos cinco kilómetros al sur de Papeete, así que llegaría al mediodía. No creía en los espíritus, pero eso era porque nunca se me había ocurrido molestarlos.

Dejé a Hugo haciendo sus ejercicios gimnásticos en el suelo de nuestro cuchitril, mientras fumaba uno de sus últimos cigarrillos.

Cuando abandoné Papeete al alba y me adentré por el camino embarrado entre los altos cocoteros, la pequeña ciudad colonial parecía inhabitada. No había ni un alma por las calles, ni nativa ni occidental. Mi hermano me había apartado la mirada cuando me despedí, apurando su tabaco mientras hacía los molinos con los brazos, así que no tenía nadie más a quien decir que me marchaba.

Puse a trote al caballo para ir haciéndole al camino y avanzamos durante varias horas sin encontrar cabañas de nativos ni rastro alguno de vida. A mi derecha, playas suaves de azul turquesa y en ocasiones pequeños rompientes de roca negra donde a veces las olas se despedazaban en nubes de gotas que aliviaban el

calor del mediodía. Aquella soledad tan absoluta le hizo bien a mi alma.

Me desprendí de mi camisa y de mis raídos botines, heredados de Hugo, y me metí en el agua vestido solo con mis pantalones de faenar. Me adentré andando hasta la cintura y miré extasiado el lecho marino. Podía ver mis pies, podía ver mis piernas, y si me quedaba quieto, cientos de pequeños peces cuadrados con la cola amarilla y el lomo rayado se acercaban a mordisquearme la mano. Intenté apresarlos durante un buen rato, pero sin red o sin anzuelo aquello era tarea imposible. Y aun así... me dejé caer, de espaldas al agua y contuve la respiración, flotando. Quedé en horizontal, mirando un cielo de azul intenso y unas nubes blancas que marchaban hacia las montañas del centro de la isla.

Podría vivir así, comiendo frutas y pescado. Sin volver a soplar pasta de vidrio ni acercarme nunca más a un horno, sin volver cada noche a casa molido de sujetar la barra de hierro y las pesadas piezas que nos encargaban los nobles.

Sin volver a dejarme machacar en una pelea para sacar tres perras y gastarlas en vicios.

Aquella noche dormí en una playa parecida, siempre de camino hacia el sur. Y pude entender la aprensión de los maoríes. La isla de noche era tan silenciosa que no podía dejar de prestar atención, a la espera de que algún estruendo rompiera esa especie de encantamiento. Era un silencio tan absoluto, roto solo por el monótono batir de las olas, que se asemejaba al instante antes de una batalla, de una tormenta, de una mala noticia de esas que le cambian a uno la vida.

Fue el tercer día cuando cambió el destino de aquel viaje.

Yo calculaba que estaba ya cerca del distrito de Papeari, tal vez pasado Punaauia, pero la ausencia de todo rastro humano me mantenía desubicado, así que me limitaba a azuzar de vez en cuando al caballo manteniéndolo al paso y

dejándolo abreviar cuando descubríamos algún riachuelo de agua dulce que bajaba de la montaña.

Pero aquella mañana todo discurrió diferente, escuché gritos, trasiegos, movimiento en una playa cercana, y me acerqué por curiosidad. Un grupo de maoríes, creo que pescadores, rodeaban el cuerpo inerte de uno de ellos. Había piraguas con balancín en la orilla y aperos en ellas que no había visto en mi vida. De un rápido vistazo me di cuenta de que era una pequeña factoría, pero no conseguí adivinar de qué se trataba. Daba igual, los nativos me urgían con gestos desesperados, tal vez pensaron que yo era un médico de los *popa*.

Me apeé del caballo y me abrí paso. Aquel hombre no respiraba, estaba empapado y llevaba una piedra atada al tobillo con una larguísima soga. Me explicaron con señas que se había sumergido demasiado tiempo y que lo habían rescatado tirando de la cuerda.

¿Qué podía hacer yo? Poco ya.

Me acerqué a la choza más grande y volqué

un tonel de madera, del que salieron cientos de ostras. Aquello serviría. Hice rodar el barril hasta el nativo ahogado, que era un joven inmenso, como la mayoría de los maoríes. Con gestos pedí ayuda para poner su abdomen sobre el tonel e hice que rodara sobre él. Mi maniobra hizo efecto y de la boca del nativo salió un chorro de agua. El resto de los tahitianos aplaudieron como niños, riendo y bailando, pero yo no las tenía todas conmigo. Giré de nuevo al maorí, le estiré los brazos y le palmeé en la espalda, como había visto hacer a los pescadores en el puerto de Pollença cuando algún marino borracho se caía al agua. El muchacho seguía sin moverse y según mis movimientos se fueron haciendo más desesperados, las risas de alivio de los maoríes fueron dando paso a un silencio negro.

Aquello no entraba en mis planes, que un grupo de extraños me confiara una vida y que esa vida se me escurriera de las manos no entraba, en absoluto, en mis planes. Continué masajeando al maorí, haciéndolo rodar,

golpeándole en el pecho, qué sé yo. Continué, continué y continué.

Sé que transcurrieron muchos minutos hasta que los pescadores me pasaron los brazos por los hombros, con una dulzura propia de mujeres, para decirme en silencio que lo dejara.

No lo hice, no veía.

Varios hombres me apartaron y yo la emprendí contra las ostras que había derramado del tonel. Las lancé contra las paredes de paja de la choza, las lancé contra los cocoteros, las lancé contra el resto de los barriles hasta que un maorí de cara cuadrada se interpuso. Tenía exactamente mi altura, era algo más hombre que yo en edad y su cara picada por una antigua viruela seguía siendo amable.

—Golpéame a mí, soy su hermano —me dijo en un francés tosco—. Luego la rabia sale y tú ya bien.

Solté las ostras, avergonzado. Monté el caballo, dejé caer tres botellas de ginebra y me alejé hacia el sur a galope.

Ni siquiera les había preguntado si conocían a

los malditos Teva.

Tres días después hacía el camino de vuelta por el mismo sendero estrecho y polvoriento. Nadie sabía, nadie conocía a los Teva. En Papeari encontré más chozas indígenas y algunas casas de coloniales. Los nativos me evitaron, los europeos fingieron no verme. Tan solo encontré la mirada curiosa de una anciana, seca y dorada como un dátil. Inmóvil como todos los canacos en la entrada de su choza. Desmonté del caballo y no me rehuyó, así que me acerqué y decidí practicar un poco de tahitiano que había leído en la novelita de Pierre Loti.

—*Ia orana* —le saludé.

—*Ia orana*.

—¿Habla francés?

—*Aita* —dijo orgullosa. «No», traduje yo.

Le nombré a Tuki y Vaimiti, al clan de los Teva, a sus dioses antepasados Hino e Hira y a

toda su tropa celestial, pero era como viento en sus oídos. No mutó el gesto ni reconoció nada de lo que le pregunté.

Por suerte para mí, la voz de una chiquilla salió de la cabaña:

—Está equivocado, el clan que reina en todo Tahití ya no se llama Teva. En nuestra isla el rey se llama Pomare V, y por lo que me hicieron estudiar los misioneros en la escuela, han sido reyes desde hace mucho. Mi madre adoptiva recuerda todavía a la reina Pomare IV. Solo puedo decirle que el rey vive en Papeete, al otro lado de la isla, pero nos ha entregado a ustedes, los franceses. —Me miró con toda la gravedad con la que se puede hablar con apenas doce años—. Debería saberlo mejor que nosotros.

—Pero los Teva, ¿existieron?

—Eran el clan anterior, pero hace mucho que perdieron su poder. Puede que queden algunos, pero habrán cambiado de nombre, seguro. En esta isla nadie nombra a los perdedores. Por eso mi madre finge no conocerlos.

Aparté la mirada de ambas. Las mujeres de

los distritos vestían al modo tradicional, tan solo con un trozo de tela anudado a la altura de los riñones. Tanto la anciana como la niña mostraban sus pechos y me incomodaba mirarlas. Maldiciendo una a una todas las palmeras que iba encontrando por el camino, me di la vuelta y me encaminé de nuevo hacia Papeete.

Cruzaba de nuevo por la fábrica junto al mar cuando el maorí de la cara cuadrada se interpuso en medio del camino, obligándome a parar.

—Tati Salmon quiere hablar contigo.

—¿Y Tati Salmon es...? —pregunté con cautela.

Él se encogió de hombros, como si fuese lo más obvio del mundo.

—El nativo más rico de todas estas islas. Yo soy Timi. Vamos, te acompañaré.

Me hizo entrar en la choza principal y me encontré con una curiosa mezcla de colono y de maorí. Su piel era más clara que la del resto de los isleños, la cara más estrecha, el bigote

recortado al día, la forma del sombrero elegida con buen gusto, incluso para mí, que de etiquetas sabía bien poco. Iba vestido de traje blanco y no le faltaba ni el bastón.

—Monsieur, lo primero es agradecerle sus esfuerzos por salvar a Manu. El muchacho siempre se había arriesgado demasiado, todos sabíamos que moriría de una *taravana*. Cuanto más jóvenes, más vacío tienen el cerebro, por eso casi no piensan las cosas, y las burbujas les entran más fácilmente y mueren. No estuve presente, pero su hermano Timi me lo ha contado.

—No me dé las gracias, no pude hacer nada.

—¡Oh! Yo no lo veo así, de hecho s...

—Insisto: no hay nada que agradecer —le interrumpí, incómodo por el mal recuerdo.

—De acuerdo —dijo, algo contrariado. No estaba acostumbrado a que le hicieran callar, y yo lo estaba demasiado—. Entonces quisiera hablar con usted de estas botellas que dejó a modo de... pésame, quiero entender. Me he permitido la libertad de probar su contenido y

debo decir que su calidad es excepcional, así que iré al grano, ¿puede venderme usted más ginebra de esta marca?

—¿Qué haría usted con ella y cuánto estaría dispuesto a darme?

—Veo que vamos hablando el mismo idioma, hijo. Verá, en las Marquesas y en otros archipiélagos más al norte hay una carencia endémica de este tipo de productos, y no será porque no hay demanda. Resumiendo, que podría pagarle cinco francos por botella, siempre y cuando usted y yo finjamos que nunca hemos hecho este trato. Usted ya me entiende.

Fingí sopesarlo por un momento.

—Lo cierto es que ya tengo mi propio intermediario en Papeete, en el barrio de los *coolies*.

Estrictamente era mentira. La dueña de la pensión había mostrado escaso interés por la mercancía y apenas me había ofrecido dos francos por algunas botellas para uso familiar. Ni siquiera tenía intención de venderlas.

—Comprendo. Verá, debería advertirle de que

tengo una relación muy estrecha con los notables de esta isla. Usted sabe: el gobernador Lacascade, su recién estrenado enemigo el alcalde, incluso nuestro rey, Pomare V, pese a su vergonzosa falta de sentido del deber hacia sus súbditos. Mi cuñado no merece el trono que le dejó su madre. De hecho, ella tampoco merecía el trono. Coqueteó durante cincuenta años de reinado con los misioneros ingleses y acabó negociando con los franceses esta humillante y lentísima entrega.

—Usted es cuñado del rey de Tahití.. — susurré, tragando saliva.

Qué sentido de la oportunidad el mío, estaba negociando una partida de ginebra española robada al cónsul inglés con el cuñado del rey de Tahití. Finalmente sí que iba a conocer la cárcel colonial.

—Así es, Tati Salmon, para servirle a usted — dijo, levantándose el sombrero—. Hijo de Alexander Salmon, judío e inglés, para más señas, y de la princesa Ariioehau, lo que me convierte en hermano de la reina Marau y

también en el cacique del distrito de Papara, que ahora mismo está usted pisando. Y sí, lo sé, soy mestizo. ¿Y ahora podemos proseguir con las negociaciones?

—Voy a serle sincero. Tenía la partida ya apalabrada con los *coolies*, cinco francos la botella, cuarenta cajas de seis botellas. La única condición: que no se venda en esta isla. Pero usted me parece un hombre con más recursos, y obviamente le interesa la discreción tanto como a mí.

—Siete francos por botella —me cortó, impaciente.

Miré hacia la playa y fingí aceptar una pequeña renuncia.

—Hecho. Fuera de esta isla y discreción absoluta.

Me tendió la mano complacido y se la estreché con fuerza.

—Y ahora, joven, le invito a comer. Aquí siempre tenemos *kororí*, carne de ostra. Asada está exquisita. Y no finja que no tiene apetito. Hacía tiempo que no veía a alguien tan famélico

como usted. Incluso su caballo tiene mejor aspecto, y eso que está para ser sacrificado cualquier día de estos.

—Mi hambre es cosa mía —me limité a contestar.

Mientras me invitaba a entrar en la choza principal, iba haciendo cálculos mentales intentando adivinar la cifra que había ganado. ¿Sería suficiente para darle a mi hermano lo que le había hecho perder?

Horas después de dar buena cuenta de la carne de ostra que Tati había compartido conmigo me encontré rodeado de maoríes en la orilla de la playa. Había aprovechado la ocasión para pedirle que me dejase ocupar el puesto que el chico al que no pude salvar había dejado vacante.

—¿Está seguro, joven? —me había preguntado Tati Salmon con gesto de preocupación mientras yo embarcaba en la

piragua—. No hay muchos europeos en este negocio. Es muy duro y en ocasiones arriesgado, ya lo ha visto.

Yo le hice un gesto de indiferencia mientras me concentraba en el océano que se abría a mis pies. Nahuro, un hombre ya maduro, diminuto y que nunca sonreía, remaba a mi espalda en la canoa mientras nos adentrábamos en el mar, aunque lo cierto es que no nos habíamos alejado demasiado de la orilla cuando dejó los remos en la piragua.

—Es aquí —me dijo—. Ahora tú ata cuerda a tobillo, muerde fuerte el puñal en la boca y carga cesto en el cuello.

Obedecí. La cuerda, de cuarenta metros, tenía una campana en su extremo que se quedaba en la piragua. En caso de necesitar que me subieran, debía tirar de la soga y la campana sonaría. Nahuro tomó entonces una extraña caja de tres palmos de lado con cuatro paredes de madera y el fondo de cristal. La sujetó por las dos asas y se inclinó con ella en un lateral de la piragua, hasta que la dejó medio hundida en el

mar.

—Acércate y mira —me dijo.

Yo me incliné sobre ella y pude ver la maravilla: a través del cristal cuadrado se veía, a lo lejos, el fondo del mar. Nahuro me señaló un par de rocas en el fondo y me aseguró que allí encontraría varias ostras. Yo no pude distinguir nada, pero le creí. «Veinte o veintidós metros de profundidad para probar —me había dicho Tati—. Hoy no te sumerjas más».

Un segundo antes de sumergirme Nahuro me puso una enorme piedra entre las manos.

—Para bajar más rápido —se limitó a decir—. Cuando llegues al fondo, suéltala.

Me habían dado instrucciones precisas: llevaba un cesto hecho de una red apretada colgado del cuello, allí debía ir metiendo las ostras según las fuese arrancando de las rocas con la navaja que llevaba entre los dientes. Cada hombre soportaba como mucho cuarenta inmersiones al día. Cada inmersión, de algo más de un minuto, les permitía recoger unas cuarenta ostras. Manu, el muchacho que murió en mis

manos, estaba en la plenitud de sus facultades, así que, si quería que Tati Salmon me contratase, tenía que ser tan productivo como él.

Nahuro me ofreció una pinza de hueso para la nariz, pero pensé que sería del chico recién fallecido y rechacé la oferta. Tomé aire y dejé que el peso de la piedra me hundiera. Todo a mi alrededor se tiñó de un velo azul, pero las aguas eran más claras que las del mar mallorquín que yo recordaba. En pocos segundos llegué al fondo marino y solté la piedra.

Comencé a palpar las rocas, en busca de ostras. Nada de crías, «juveniles», las llamó Tati. Solo ostras adultas de un palmo de tamaño. Seguí buscando, algo desesperado, pero allí no había nada que se pareciera a una ostra. Me impulsé con los brazos y cambié unos metros de escenario hasta que la vi. Bien, aquello se parecía a una ostra. Mi primera ostra. Yo todavía no lo sabía, pero a lo largo de mi vida llegaría a arrancarle millones al fondo del Pacífico. Apreté el mango de la daga con fuerza para que no se me escapara de la mano y

arranqué la ostra de la roca. Tuve que apretar más de lo que esperaba, pero finalmente el caparazón cedió y la metí en mi cesta. Una ostra. Me quedaban treinta y nueve, y menos de un minuto si quería tener trabajo en mi nuevo mundo. Caminé por el lecho marino, en busca de más ostras, pero apenas encontré dos, tres, cuatro, cinco. Los pulmones empezaban a resentirse y comencé a soltar burbujas por la boca.

*Sigue buscando*, me ordené.

Una más, a mi izquierda. Aquella costó. Ya tenía seis. Me impulsé hacia delante, cambiando de rocas. Se intuía otra, la séptima, a lo lejos. Cerré un momento los ojos. O subía o me dormía. Me ayudé con el saliente de un pálido coral y me impulsé, en busca de aquella séptima. Imposible, estaba demasiado aferrada a la roca.

*No pienso renunciar a ti*, le dije, con rabia.

Me subí a la roca y tiré de la ostra, apoyándome con los pies y haciendo palanca con ellos. Tiré de ella hasta que cedió, pero del impulso caí de espaldas y me rozó el coral. Noté

el escozor de la herida junto al hombro.

*Sigue, Bastian*, pensé.

*No, sube*. Se impuso mi escaso sentido común. *No vas a morir por treinta y tres ostras*.

Había llegado a mi límite, lo sabía. Pensé en quedarme en aquel lecho marino, tal vez cansado de luchar, pero me vino una imagen de Hugo fumando y haciendo los molinos en la pensión *coolie*, aún enfadado conmigo. Él ni siguiera sabría lo que me había ocurrido. No tendría la manera de enterarse, y seguiría esperándome en aquella isla del fin del mundo, sin dinero, sin avales ni pasaje de vuelta.

Noté que tiraban de la soga. Un par de tirones, la señal convenida: «Llevas demasiado tiempo. Sube o bajamos a por ti». Di dos tirones: «Ya subo yo solo».

Me impulsé con las piernas, a ratos mareado, a ratos extrañamente lúcido, y me orienté hacia la luz de la superficie. Tuvieron que empujar mi cuerpo para meterlo en la canoa. Timi, el hermano del difunto Manu, se había acercado

con su piragua y me miraba con gesto preocupado. Obsequió a Nahuro con una mirada de furia, o tal vez de reproche, que no entendí. Tampoco yo estaba para sutilezas, con volver a meter aire en mi cuerpo tenía suficiente labor. También con aceptar mi derrota, o mi ineptitud. Siete tristes ostras, frente a unos maoríes que pescaban cuarenta por inmersión.

—Volvamos a la orilla —creo que dijo Nahuro—. Tati dirá.

No le escuché muy bien, había subido demasiado deprisa y tenía los oídos taponados. Me sentía como dentro de una burbuja silenciosa y la falta de sonidos le daba a aquella pesadilla una atmósfera irreal. La punta de la piragua penetró en la arena y salí de la barca lo más dignamente que pude, es decir, muriéndome de la vergüenza. Todos los pescadores de ostras me miraban expectantes y Tati Salmon se adelantó unos pasos, hecho una furia. Para mi sorpresa, no se dirigió a mí, sino a Nahuro.

—¿Por qué demonios lo has hecho?

El pequeño hombre se encogió de hombros.

—Tú querer probar a *popa*. El mar ya ha probado a *popa*.

Lo último que vi fue a Tati Salmon reprimiendo un gesto de rabia con su bastón amenazante, después caí en la arena y perdí la conciencia.

Desperté ya de noche, dentro de una cabaña. Una maorí obesa con una larguísima melena crespa y canosa se inclinaba hacia mí. Le quedaban cinco dientes y aun así tenía una sonrisa dulce. Yo yacía sobre una estera trenzada de hojas de cocotero y la luz de la lámpara de aceite teñía la oscuridad tahitiana de un vacilante reflejo dorado.

—*¡Ua ara 'ona!* —gritó a alguien a su espalda—. *¡Está despierto!*

Timi, el nativo de cara cuadrada, se acercó y me tendió una hoja brillante de bananero con unas bananas asadas. Las ingerí sin mediar gesto alguno de agradecimiento o de educación.

Simplemente desaparecieron en mi boca. Timi rio y me pasó otra hoja con pescado crudo que sabía a limón. También lo devoré. Después me dio medio mango y corrió igual suerte. Le seguí mirando, expectante, aguardando el siguiente plato.

—Vamos a dejarlo por hoy —comentó entre risas—. El patrón se ha ido, pero tienes trabajo si quieres.

Estaba muy lento de entendederas después de mi penosa inmersión, pero iba a necesitar que me lo explicaran de nuevo.

—Creí que siete ostras eran muy pocas ostras —le dije, sin comprender.

—Nahuro te dejó muy cerca de la orilla, donde hace años que esquilamos el fondo marino. Ya no quedan allí ostras. Nadie entiende cómo encontraste siete. Tú, buen buscador de ostras, hermano. Esta es mi madre, Faimana. Puedes quedarte con nosotros, lo que ocurrió con Manu nos ha convertido en familia.

Timi nunca me llamó por mi nombre europeo, ni siquiera me llamó nunca europeo. Siempre me

llamó como aquella primera noche que pasé en su cabaña: hermano. Más tarde aprendí que los maoríes tenían la curiosa costumbre de adoptar a los niños de otras parejas, la *akatonga* o sustitución. Si un hijo moría, salían en piragua a otras islas en busca de un niño que se pareciese. Cuando lo encontraban, los padres verdaderos tenían el noble gesto de dárselo en adopción y el niño cambiaba de isla y crecía con sus padres adoptivos, aunque mantenía el contacto con sus padres de leche, como ellos los llamaban.

Todo cambiaba cuando un hijo moría, los tahitianos tenían un horror visceral a la muerte y a los muertos. Por eso los pescadores no se atrevían a tocar al muchacho que se había ahogado días atrás. En realidad, llevaba bastante rato muerto cuando al pasar escuché los lamentos a su alrededor, pero yo eso no lo sabía. Sentían pavor ante el tacto de la muerte, y entonces entendí esas miradas de aprensión que me dedicaron cuando les pedí que me ayudaran a ponerlo sobre el tonel. Era *tapou*, tabú.

También cambiaba el nombre de la familia.

Cuando un hijo moría, el clan pasaba a llamarse como la enfermedad que lo había matado. Así me lo explicó Timi:

—Nuestro querido y patético rey, Pomare V, lleva el nombre de la enfermedad que mató a la hija de Pomare I, en los tiempos en que un inglés, el capitán Cook, visitó la isla. La niña de Pomare murió de tos nocturna.

*Tuberculosis*, pensé.

—*Mare* en nuestra lengua es toser, *po* es noche.

*La familia real de Tahití se hace llamar «Tuberculosis», qué extraño mundo es este*, pensé.

A partir de aquel día a Timi y a Faimana sus vecinos les asignaron también el nombre del accidente que había matado a Manu, y pasaron a llamarse Faimana y Timi Taravana.

Aquella noche dormí por fin con un techo sobre mi cabeza. Un techo de hojas de pandano, unas paredes de fibras de cocotero que dejaban pasar la brisa y la luz de la luna y de las que colgaba una colección de sombreros de paja

admirablemente trenzada. Un suelo también de paja, blando, mullido y confortable. La choza tenía el dulce olor del aceite de coco, el *monoï*. Al principio me embriagaba demasiado, pero creo que contribuyó a que me abandonase al sueño. Dormí sintiendo el calor de la enorme madre de Timi y del propio Timi, que resoplaban como liebres a mi lado. Tenía un persistente dolor de oídos y la nariz me quemaba cada vez que tomaba aire, pero conseguí descansar. Tal vez por primera vez desde que perdí el trabajo en el taller de vidrio de Gordiola. Tenía trabajo de nuevo, tendría un techo, podría construirme una choza como aquella. Debía preguntar si había que pedir permiso, o arrendar el terreno, o lo que fuese, pero había alguien, en el fin del mundo, que me iba a pagar por trabajar.

Y eso era más de lo que tenía el día anterior.

—Seis francos al día. Eso para empezar —me dijo Tati Salmon a la mañana siguiente—. Timi

dice que puedes dormir en su choza todo el tiempo que quieras. Estaban acostumbrados a ser tres.

Yo asentí, ya más recuperado después de un almuerzo a base de leche de coco y un tubérculo asado llamado *taro* que encontré muy insípido. Timi y yo nos habíamos acercado a la cabaña principal del almacén de ostras, donde Tati ya nos esperaba sentado en una silla de ratán tras una mesa llena de apuntes y libros de contabilidad que hacía las veces de despacho casi, diría yo, al aire libre.

—Deme unos días —le pedí, sentándome frente a él. Era un sueldo mísero, pero lo aceptaba de buen grado—, tengo que volver a Papeete y traerle la mercancía, tendré que hacer bastantes viajes.

—Así es, tendrá que hacerlos. Yo no me puedo arriesgar a que me vean en la capital con esas cajas de botellas. Este es un lugar discreto y estos hombres no dirán nada. Están acostumbrados a mis... negocios.

Asentí.

—Aún hay otra cuestión —dije.

—Adelante.

—No he venido solo a Tahití. Tengo un hermano, un poco mayor que yo, de treinta y dos años. Es fuerte y muy disciplinado, responsable, sensato, educado, laborioso y astuto como él solo...

—Bien, bien. Arranque, se lo ruego —me animó con un gesto cansino.

—Quisiera que lo contratase también, podría bucear, o podría llevarle la contabilidad o encargarse del pesaje de los sacos. Entiendo que para esa labor necesita alguien de confianza. Mi hermano no es de los que sisan el material, más bien es de los que vigilan con celo que nadie lo haga.

Lo meditó un momento, aunque no muy convencido.

—Aquí no necesito a nadie más, pero tengo plantaciones de algodón y vainilla en esta isla y en las Marquesas. Tendría que conocerlo, pero un capataz responsable siempre es bienvenido. Reconozco que los maoríes somos algo...

indolentes para el trabajo.

Tati Salmon tenía aquella curiosa manera de expresarse: se sentía maorí y se sentía europeo, así que siempre se incluía en un «nosotros» muy conveniente, según qué interlocutor tuviera delante. Era un superviviente y a mí los supervivientes me gustaban, sentía un extraño vínculo de camaradería con ellos.

—Y otra cuestión más —añadí.

—Diga, hijo —suspiró.

—Necesitaría un adelanto por las botellas. Mi hermano y yo estamos alojados en una pensión. —No quise aclarar que estábamos en el barrio chino, la situación ya era lo suficientemente humillante—. Me temo que cuando llegue a Papeete nuestros ahorros estarán ya muy menguados. ¿Podría usted...?

Soltó un larguísimo bufido de fastidio.

—Mire, no soy un prestamista. Y por su Dios católico que no voy soltando dinero por adelantado con cada negocio que hago. Así no se hace uno rico, me-mo-rí-ce-lo —dijo, recalcando las sílabas—. Pero le debo una

disculpa por el incidente de ayer. Obviamente, Nahuro ya ha sido convenientemente reprendido. No quiero conflictos entre los de mi raza y los de mi otra raza.

—Gracias entonces —le corté, levantándome de la silla de un salto y tendiéndole la mano. No le di tiempo a retractarse—. Parto ahora mismo hacia Papeete. En dos días vuelvo con sus botellas. Con treinta francos será suficiente para estos días.

Volví casi al galope hasta Papeete, hice noche en el distrito de Punaauia, en una pequeña playa de oscuros guijarros redondos y arena gris que había visto en mi camino de ida. Timi y su madre me habían llenado las alforjas de agua dulce, frutas, cangrejos asados de río y pescado marinado envuelto en hojas limpias. Lo comí todo menos una guayaba que dejé para mi hermano. Era como un gran limón verde de pulpa roja y pepitas, como los tomates o las

sandías, pero el sabor era tan dulce y mi hermano tan goloso que se la reservé con una sonrisa.

Eran las once de la mañana cuando avisté los edificios coloniales de Papeete, con la afilada aguja roja de la catedral de Notre Dame señalando el centro de la ciudad como una brújula vertical. Enfilé hacia el barrio de los *coolies*, arrugando la nariz. Era cierto que podía encontrarse solo por el olor. Bajo nuestra pensión se hallaba el matadero de los chinos, y la peste a carne recién abierta y a sangre no maridaba bien con el calor de los Mares del Sur. Amarré el caballo en la balaustrada de la pensión y subí de dos zancadas a la habitación donde esperaba encontrar a Hugo.

No lo hallé. Bajé a la recepción, pero no encontré tampoco a nuestra casera. Nuestros macutos estaban, y también el olor a tabaco y a habitación cerrada.

Di varias vueltas por todo Papeete buscándole, entré en los restaurantes —los cinco de comida china y los once europeos—,

me acerqué al puerto y pregunté en los bares, recorrí la rada. Mi hermano no estaba. Así que volví a la pensión, esperando a que a la hora de comer hiciese su aparición, pero aquello no ocurrió. Comencé a preocuparme cuando llegó el mediodía y tampoco hizo acto de presencia. Era ya la hora de la siesta cuando bajé en su busca una vez más. En la recepción esta vez encontré a Xiani.

—¿Ha visto usted a mi hermano? —le pregunté.

Ella miró hacia otro lado, fingiendo no oírme, y no contestó. Se entretenía doblando servilletas sentada en una silla diminuta.

—¡Mi hermano, Hugo! —le grité—. ¿Dónde ha ido esta mañana?

—En la casa del cónsul inglés, ¿dónde va a estar? —contestó finalmente.

*Vaya, pensé, sorprendido.*

Así que me dirigí, sin cambiarme de camisa ni pasar por el agua de la palangana, a la mansión de paredes blancas y tejado rojo del cónsul. Tiré de la campanilla de la entrada y una muchacha

maorí me atendió en un francés suave y recitado de memoria. Me hizo pasar al salón de visitas y allí encontré a Laia, recuperada ya de sus picaduras, y a Hugo, vestido con un traje blanco de colonial recién estrenado. Me sentí un mendigo con mis pantalones de faena y mi camisa casi deshecha por el uso. Aquella fue la primera vez que vi a mi hermano vestido como un rico, aunque fuera de prestado, y fue suficiente para comprender.

Comprender que había nacido para vestir esos trajes, que él lo conseguiría, que nada frenaría aquella ambición y que algo estaba ya en marcha en su cabeza.

—Hugo, no te he encontrado en la pensión, me has dado un buen susto —acerté a decir.

—No me sermonees. Estaba enfermo de preocupación, has tardado más días de los que me dijiste. No sabía dónde estabas ni cómo buscarte, o si te habían apresado los nativos, o algo peor. Cuentan que todavía quedan antropófagos entre ellos.

Me abstuve de discutir, y menos delante de la

anfitrióna.

—Tengo muchas novedades que contarte, hermano. Más tarde concretaremos, pero espero que te alegres de ellas tanto como yo — dije en tono conciliador.

Por su parte, Laia, acostumbrada a recibir visitas y a manejarse en aquellos entuertos sociales, se hizo con la situación, me invitó a sentarme con ellos y sus criadas me sirvieron unas pastas de té que fingí ignorar al principio por educación pero que acabé devorando al darme cuenta de cuántos días llevaba sin comer nada que no fueran frutas y pescado.

—Tu hermano me está impartiendo clases de francés, como bien sugeriste, Bastian. Y debo agradecértelo, es un profesor muy exigente y no me da respiro alguno, pero sus lecciones están dando sus frutos. En unos días podré ir de visita sin su compañía, aunque creo que todas las damas de la colonia lo esperan a él más que a mí.

—Y su padre... Disculpa —me corregí—. Y tu padre, ¿cómo se encuentra?

—Su situación no mejora —se limitó a contestar, algo turbada.

—¿Representa... representa él algún peligro? —pregunté con cautela, no había forma de suavizar la pregunta.

—Es mi padre —susurró con un gesto que me preocupó—, ¿cómo debería responder a esa insinuación?

—Ven conmigo, Hugo. Quiero enseñarte algo —le dije un par de horas después una vez nos hubimos despedido de Laia.

Y salimos de Papeete al atardecer, adentrándonos cada vez más en la selva de palmeras que nos alejaban del centro colonial. Hugo y yo estábamos acostumbrados a las caminatas, desde que éramos críos nos bañábamos toda la familia los domingos en las calas de Porto Cristo, a doce kilómetros de Manacor, y aquellas excursiones no se habían repetido desde que padre y madre murieron. Tal

vez si le mostraba aquel vago parecido...

Hice caminar a mi hermano por el sendero de la costa que ya conocía, siempre bordeando el mar, un mar azul turquesa y en calma que no amenazaba con peligro alguno.

Anduvimos cerca de una hora, en silencio, hasta que divisé un pequeño saliente que ya conocía. Habíamos llegado a Faaa, el lugar donde, según las creencias de los tahitianos, las almas dejaban este mundo. Me encaramé a una palmera larga como una jirafa cuyo tronco había crecido paralelo a la línea del mar. Le di la mano a Hugo y le ayudé a subir. Caminamos como equilibristas a lo largo del cocotero y nos sentamos en el mismo borde, con los pies descalzos metidos en el agua.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—¿Me has traído para ver una maldita puesta de sol? —suspiró, incrédulo.

—Esto también es la isla, Hugo. Solo has visto la capital. También aquí afuera hay un futuro.

El cielo se estaba ya oscureciendo, pasando de un azul marino a un negro cerrado.

Enseguida veríamos la luna tahitiana, más grande, más luminosa, más contrastada que la mallorquina.

Le puse al día de mi viaje a los distritos. Le conté que el clan de los Teva ya no existía, o que en todo caso, ya no quedaba ni rastro de ellos en la memoria de los nativos. Le conté mi encuentro con Tati Salmon y el trato al que habíamos llegado con las botellas de gin. Le hablé de Timi y de su madre, del joven que murió en mis manos, de la factoría de ostras, y le conté que quería alquilar un terreno y hacerme una choza con el dinero que sacase de la ginebra y con el sueldo de seis francos diarios que Tati me ofrecía.

—A Tati Salmon le gustaría conocerte, puede darte trabajo pescando ostras, o si sabes ganártelo, incluso puedes llegar a ser capataz. Salgamos de Papeete, quiero que vivamos en los distritos —le dije con voz firme, aunque sonó a súplica.

—¿Que vivamos en una choza entre indígenas? En Manacor era encargado de taller

y aquí creen que soy un terrateniente de Mallorca, no quiero trabajar con nativos y pescar ostras. Vinimos aquí a medrar, para ser pescador me quedo en Mallorca. Me lo debes, Bastian.

—En Manacor ya no hay faena —repliqué, airado—, y tú lo sabes mejor que nadie, que rebuscaste bajo las piedras.

—Me has traído más allá de las antípodas y con ese sueldo ridículo de ciento ochenta francos mensuales necesitaré, necesitaremos —se corrigió—, diez años para ahorrar los cuatro mil francos que cuesta el pasaje de vuelta a Europa, y para entonces seremos dos viejos. En la colonia apenas hay mujeres casaderas. Se nos va a ir la vida aquí, como dos solterones.

*¿Y qué tendría de malo esa vida, hermano?*, pensé, impotente, aunque no se lo dije.

—Además —añadió en tono preocupado—, no puedo salir ahora de Papeete, tendría problemas.

—¿Problemas? —repetí sin comprender—.

¿Con quién?

—Con Lacascade.

—¿Qué te ha pedido el gobernador, Hugo? — pregunté.

Hugo calló, guardando un obstinado silencio.

—¿Qué puede haberte pedido? — insistí.

—Que vigile al cónsul británico —acabó confesando—. Los franceses y los ingleses llevan décadas disputándose la soberanía de estas islas. Al principio fue la religión, según me contó el gobernador. Los misioneros protestantes ingleses desembarcaron hace unas décadas y convirtieron al cristianismo a toda la población, quemaron sus ídolos, prohibieron los tatuajes, echaron abajo sus tumbas ceremoniales, los *maraes*, o algo así. Por lo visto la madre de este rey, Pomare IV, se conchabó con los ingleses y los nativos no tuvieron nada que hacer. Después llegaron los franceses, y en los últimos años de su reinado, la reina se cambió de bando. Los padres católicos marearon de nuevo a los nativos, quién sabe qué idea de Dios se les habrá quedado en la cabeza.

El caso es que Lacascade vive con el miedo permanente de que la situación vuelva a torcerse y que los ingleses se hagan de nuevo con las islas. De hecho, en el archipiélago vecino de las Tuamotu los comerciantes ingleses están hostigando a los nativos para que no acepten la anexión. Ya hubo batallas y muertos hace pocos años. Una lucha desigual y sangrienta, como era de esperar.

—Y ¿cómo vas a espiar tú al cónsul británico, si no da la cara al público desde que llegó? —pregunté, escéptico.

—A través de su hija —dijo, encogiéndose de hombros—, por eso he accedido a ir a su casa y enseñarle francés. Me ha ofrecido cuatro francos por clase, cinco clases a la semana.

—¿Cuatro francos por clase, cinco veces por semana? —exclamé, perplejo—. ¡Por Dios, esa mujer no sabe lo que vale el dinero!

—Creo que ese es precisamente el caso, aunque eso se acabará en cuanto su padre se entere, así que creí que no duraría mucho. Pensé que me despediría por abusar de la buena

fe de su hija y contrataría a un maestro de verdad por el precio habitual. Pero la situación se ha complicado, o tal vez no. El cónsul está bastante perdido a causa del alcohol y hace un par de días tuvo un penoso accidente casero. Cayó escaleras abajo desde el primer piso. Ahora está en el Hospital de Vaiami, todavía no ha despertado y el doctor no sabe si lo hará. El caso es que le tengo que hacer llegar a Lacascade los informes que el cónsul debería entregar cada dos meses al Ministerio de Exteriores británico, la Foreign Office. Y adivina: Laia Kane ha decidido ocultar el hecho de que su padre está impedido para su cargo y ella se está encargando de actualizar esos informes, tomando como muestra los que dejó el anterior cónsul. Ahora Laia tiene que recabar información del número de negocios abiertos en Papeete, hacer un recuento de los ciudadanos británicos que embarcan y desembarcan asiduamente, los precios de los bienes consumibles... Como ves, tiene labor por delante, y yo estaré cerca de ella y de esos

informes.

*Qué muchacha tan extraña, pensé. ¿Por qué no me ha contado nada?* La tarde se nos fue hablando de vaguedades y ni una sola mención al accidente de su padre o a sus obligaciones como hija de diplomático. Nos habíamos limitado a citarnos al día siguiente para concretar mis avances con la venta de las botellas de su padre.

—No juegues con esa pobre chica —dije sin pensar.

—¿Estás interesado en ella? —No contesté, frustrado—. ¿Quién es el que está ciego aquí? Es una aristócrata, y tú vas a vivir en una choza con los nativos.

—No me interesa esa joven, como mucho sus botellas.

—Espero que así sea —dijo, alterado—. Tú y yo no somos adecuados, vendrá un noble inglés y se la llevará de esta isla.

—Espero por su bien que así sea y que no se encapriche de su profesor de francés que entra en su casa para robarle los informes y

entregárselos al enemigo de su padre.

—No se te ocurra juzgarme. Aún no te he dicho lo que Lacascade me va a dar a cambio.

—¿Qué podría ser tan importante?

—El gobernador me ha prometido un permiso para abrir un negocio en Papeete. No hay ninguna opción de llevar una plantación en Tahití, todas pertenecen a Auguste Goupil y a ese Tati Salmon que precisamente acabas de nombrar, pero hay locales disponibles en la villa y de Lacascade depende la licencia de apertura. Ahora tan solo necesito un préstamo y un aval.

—¿Un préstamo? Y has pensado en el cónsul británico, por supuesto.

—No, de momento ese desgraciado no está en condiciones de hacer nada y pueden invalidar su firma, aunque su hija consintiera. Además, no conviene que a los ojos de la colonia yo use dinero inglés, nadie vendrá a comprar a mi negocio.

—¿Tan claro lo tienes? —pregunté, tratando de que no se me notase la amargura en la voz.

—Solo me queda, nos queda —se corrigió—,

ser comerciantes para medrar.

—¿Me queda, Hugo? ¿Cuándo esto dejó de ser un asunto de familia?

—¡Desde que tú has decidido pescar ostras!  
—gritó, fuera de sí.

—No me veo en la colonia —repliqué con calma—, en cambio, en la isla... Allí no necesito más. Hace falta muy poco para vivir.

—Para vivir como un salvaje. ¿Qué europea querrá irse contigo? Esa no es vida para una mujer que haya probado la civilización, ¿o acaso vas a amancebarte con una canaca? No quisiera que nuestra sangre se ensuciara con...

—¿Qué sangre, Hugo?, ¿qué sangre? Hablas como un maldito aristócrata, se te están subiendo las mentiras a la cabeza. Llevas puestas las ropas del hijo muerto de un cónsul. Si te dieras cuenta de lo ridículo y patético que resultas... ¿Es que estás ciego ante el paraíso? ¿No puede ser esta isla nuestra salvación, una nueva vida, después de todo? La colonia francesa es joven, pero los colonos son viejos. Papeete es una burda imitación de Europa y

conocemos los vicios del continente. Solo tenemos que encontrar nuestro lugar aquí.

—Y en eso estoy contigo —asintió—, por eso había pensado en establecerme como comerciante, y no me importa cómo llamar a mi negocio: colmado, ultramarino, almacén, tienda... quiero satisfacer sus necesidades a medida. Necesitan de todo, Bastian: papel, comida a la europea... Los coloniales echan de menos la carne. Se puede traer carne de cabra y de cerdo de otras islas, puedo pedirle a Laia Kane una nevera artificial que me ha enseñado. El cónsul anterior la dejó olvidada. Tal vez acceda a alquilármela.

—Mientras espías a su padre... —comenté, mientras miraba cómo el disco lunar se elevaba frente a nosotros.

Hugo ignoró mi comentario.

—¿Has visto los sombreros de paja que llevan todos los coloniales? —continuó con su castillo de naipes—. Están viejos y raídos, sería todo un éxito si consiguiera traerles sombreros nuevos.

—En eso yo podría ayudarte —comenté

distraído.

—¿Cómo, si puede saberse?

—La mujer mayor en cuya choza he dormido estos días es una hábil artesana, en su isla de Raiatea las mujeres fabrican sombreros que superan con mucho a los de los coloniales. Consígueme uno de esos y ella lo podrá imitar. No quiero engañarla como tú a Laia Kane, pero en el distrito el dinero no tiene mucha importancia, así que podrás sacar un buen precio y obtener buenos beneficios.

—Me gusta la idea —admitió—. ¿Qué hay de ti?, ¿haremos esto juntos?

—No, Hugo, no voy a hacerlo. Yo he decidido trabajar para Tati Salmon, pero iré y volveré de Papeete. Tengo que llevarle las botellas de las que te hablé en pequeñas cantidades para no levantar las sospechas de los gendarmes, ¿sabías que solo hay cuatro en toda la isla? —dije, riendo—. Por Dios, solo cuatro, será fácil evitarlos. Sabes que se me da bien trapichear aquí y allá.

—Mezclarte con lo peor, dirás...

—Lo dice el que nos trajo una epidemia al barco —me limité a contestar—. Y Tati Salmon tiene contactos con otras islas y con los notables de la comuna. Espero ganarme su confianza, le pediré que te avale, no creo que él acceda a darte el préstamo. No es de esos que suelta el fajo alegremente. Así que aún tienes ese problema, ¿cómo demonios vas a conseguir el dinero?

—Tengo algo rondándome en la cabeza —dijo en tono misterioso.

—Espero que sea efectivo.

—Tú espera y verás.

## 10 LA NOCHE DE LOS CIRIOS

*Denis*

*Manacor, octubre de 1929*

Tres días después Denis Fortuny recibió la llamada del detective privado. Red Maddox se

había alojado en el hotel Stuart, en el paseo Marítimo frente al puerto, con vistas desde su habitación a la isla de Moorea. Este pequeño capricho le había costado más caro, pero pagaba su cliente y su cliente parecía ser de los que sufragaban gastos como aquel.

—Ya estoy en Tahití, pero no tengo buenas noticias para usted.

—¿De qué se trata?

—La investigación de los años que usted me pide va a ser muy complicada, he visitado el ayuntamiento de Papeete pero apenas quedan registros escritos anteriores a 1906.

Denis sintió que un latigazo le recorría la espalda al escuchar aquella fecha.

—¿1906? ¿Y por qué ese año, precisamente?

—Porque un ciclón asoló la isla y destruyó gran parte de los edificios de la capital, amén de barrer la mitad de las chozas de los nativos desperdigadas por toda la línea de costa de la isla. Lo que intento decirle es que casi toda la documentación oficial que se guardaba en los edificios del gobierno colonial de la época quedó destruida. No queda nada, ni rastro. Tenemos un vacío que me temo va a ser fundamental en el curso de esta investigación.

Pero Denis le escuchaba solo a medias, otra parte de sus pensamientos estaba en aquel ciclón, que para su propia sorpresa recordaba. Recordaba los tablones de madera de las casas, apilados junto a los jardines, recordaba una pequeña barca que hacía las veces de patrullera sobre lo que había sido un tejado, recordaba haber jugado a recorrer Papeete sin bajarse de los troncos derribados de las palmeras, que aquel día eran puentes improvisados para evitar el lodo y el fango que lo cubría todo.

Era la primera vez que tenía aquellos

recuerdos, o acaso la primera vez que se permitía tenerlos.

Interrumpió la larguísima retahíla de excusas del detective y se limitó a decirle:

—Busque una tumba. En el cementerio de Papeete, creo que a las afueras. Ignoro el nombre del cementerio, ignoro si habrá varios en la capital. Busque una tumba y dígame lo que encuentra.

El detective guardó silencio, sorprendido pero encantado por el giro de los acontecimientos. Sonrió para sí. Hacía un minuto su investigación estaba en un callejón sin salida y ahora se iba a ganar su retiro dorado por buscar una tumba en un pequeño cementerio.

—Vuelvo a llamarlo en cuanto tenga algo —respondió y colgó el aparato.

Denis se quedó en silencio en el despacho de su padre, con el pesado auricular negro junto al oído.

1906, el año en que Denis llegó a Manacor, el año en que sus padres abandonaron definitivamente Tahití para no volver nunca.

Veintitrés años. Para Denis, una vida. O al menos toda la vida que él recordaba.

¿Ese fue el motivo por el que se fueron sus padres de Tahití, el ciclón? ¿Se quedaron sin hogar, sin negocio? Qué poco sabía de aquello. Su padre siempre le hablaba de una isla poco adecuada para vivir, en el trópico, con calor extenuante, mosquitos que comían vivas a las personas, salvajes que hacía apenas una generación habían sido caníbales, ¿cómo dejar que un niño europeo y civilizado creciese allí?

Por eso nunca entendió que como regalo en su mayoría de edad su madre le entregase un pasaje a Tahití y se ofreciese a acompañarlo. ¿Por qué a Tahití, por qué volver? Sabía que aquel asunto suponía un conflicto en el matrimonio de sus padres, siempre que había sacado el tema cuando era niño las discusiones entre ellos le habían dejado sin respuestas. Pero en aquella ocasión fue peor. Su padre le convenció para marchar con él a Estados Unidos, a supervisar la oficina en la Quinta Avenida que habían abierto cuatro años atrás.

Denis viajó con él durante varios meses y volvieron ebrios de nuevos acuerdos con proveedores. Allí descubrió Denis la animación de los *speakeasies*, los locales clandestinos que habían aflorado durante la Prohibición. Allí coqueteó con las alocadas herederas de las fortunas de la Gran Manzana. Allí descubrió un mercado en ebullición que no tenía nada que ver con la gris Europa que se recuperaba de la Gran Guerra. Pero cuando volvió a Manacor encontró a su madre cambiada, ensimismada y taciturna. Tardó semanas en volver a hablarle a su padre, y también a Denis. Por primera vez sintió que perdía el vínculo con ella y tuvo que esforzarse, mimarla, casi reconquistarla, ser un hijo atento, complaciente, cómplice. Desde entonces, Denis siempre había cuidado de ella, intuía que su madre tenía algo roto por dentro.

*Cuando madre vuelva, tendrá mucho que explicarme*, pensó. Muy pronto había decidido dejar de preguntar nada a sus padres de sus primeros años de vida en Tahití.

Un nervioso toque de nudillos en la puerta del

despacho interrumpió sus pensamientos.

—Ha llegado el inspector, señor —recitó Coloma desde el otro lado.

—Que pase.

Fausto se levantó el sombrero de fieltro gris a modo de saludo y esperó a que Denis tomara la palabra. Lo había hecho llamar con urgencia y su amigo no era un hombre que se anduviera con chiquitas.

—Tiene que explicarme esto —se limitó a decirle Denis, tendiéndole varios periódicos al policía mientras le invitaba a sentarse en una rígida silla tapizada en cuero.

Fausto leyó por encima los titulares. *La Almudaina*, el diario católico de la isla, rezaba así:

MISTERIO EN EL PUEBLO DE LAS  
PERLERAS

La conocida viuda de Hugo Fortuny, el recientemente fallecido fundador de la fábrica de perlas de imitación que ha dado fama mundial al pueblo de Manacor, se encuentra desaparecida desde hace varios días, según nos han remitido fuentes anónimas. La señora Adelaida Kane fue vista por última vez paseando por los alrededores de su finca, la Ca d'Or.

*El Día* también dedicaba un hermoso titular a la noticia:

## EXTRAÑA DESAPARICIÓN EN MANACOR

### DE LA MATRIARCA DE LAS PERLAS

Para desgracia de Denis, la prensa catalana también había encontrado un hueco para la noticia, saturada los últimos meses por el

seguimiento diario de la Exposición Internacional de Barcelona. En la sección de «Notas varias» del periódico *La Vanguardia*, la noticia ocupaba una de sus cuatro columnas:

DESAPARECE EN MALLORCA SIN  
DEJAR RASTRO LA VIUDA DEL  
EMPRESARIO DE LAS PERLAS HUGO  
FORTUNY

—Los he leído todos esta mañana —se limitó a decir Fausto mientras los dejaba de nuevo sobre la mesa del despacho—. Es mi trabajo.

—¿Quién ha sido, a quién le interesa que se sepa? Esto solo daña la imagen de la fábrica.

—Pare, pare... todavía no hemos llegado a esa fase —le frenó con un gesto el policía.

—¿Y en qué fase estamos, eh? —contestó Denis, harto ya de la tranquilidad con la que Fausto Galmés estaba llevando todo aquel

asunto.

—En la fase de no perder de vista el objetivo, que es encontrar a su madre con vida —contestó Fausto.

Aquello no era cierto, el policía en realidad le estaba mintiendo.

«Estamos buscando un cadáver», había dicho a sus agentes al llegar a su despacho, después del hallazgo del mitón de perlas embarrado.

Y Denis lo sabía, o tal vez solo lo intuía, porque había algo siniestro en el aire desde el día en que desapareció su madre. Tal vez eran las miradas esquivas que le dedicaban todos los que estaban al corriente de la desaparición, como un pésame anticipado, un fatalismo en el ambiente que Denis apenas soportaba y que le asfixiaba tanto como un gas nocivo.

—Si quiere que le devuelva a su madre, viva o muerta, tiene que contarme qué demonios está ocurriendo en su familia —prosiguió el policía—. Los primeros días son vitales, y disculpe que juegue con el epíteto, pero son una cuestión de vida o muerte. Usted es demasiado listo como

para ignorar que esta desaparición no es casual. Su padre ha muerto hace apenas un mes. Dígame, ¿esto lo ha desencadenado la herencia?

Denis guardó silencio, se levantó y comenzó a deambular entre los muebles del despacho. El aire se estaba cargando en aquella habitación y no quería estallar. No sería sensato hacerlo frente a un policía, desde luego.

—Es sencillo, Denis. No trate de proteger a los que le están poniendo la zancadilla, así que solo quiero una confirmación, porque si no usted pasará automáticamente a mi lista de sospechosos y dejaré de ponerle al corriente de la investigación, ¿estamos? Ilumíneme, amigo, usted se crio con ellos, ¿cómo los ha encontrado?

—¿A qué se refiere? —preguntó Denis, sin detener su paseo.

—Dejemos de disimular, si le parece, así encontraremos antes a su madre. Usted conoce el carácter de sus hermanos, es un buen lector de almas. ¿Diría que las reacciones que tuvieron cuando se enteraron de que su madre había

desaparecido fueron coherentes con su manera de ser? Sin paños calientes, como usted dijo, ¿cómo es su hermano Alejo?

—Autoritario, impulsivo, algo avasallador con su entorno... —enumeró Denis con un suspiro—. Elige tanto a mujeres como a amigos sumisos, fáciles de subyugar. Le gusta ser el único gallo de su gallinero, por eso se alejó de mi padre y de mí, éramos competencia. Intentamos que se integrara en la empresa, dándole pequeñas responsabilidades, pero fue imposible. Demasiados desaguisados, la empresa no podía permitirse tantos errores. Es de ese tipo de hombres que ordena y manda ayudándose de un físico y una voz atronadora.

—¿Debilidades? —sondeó el policía.

—¿Se refiere a juego, bebida, apuestas, mujeres, instintos desviados...?

—Ajá.

—Las de todo hombre, nada inusual —contestó Denis, cada vez más incómodo.

—¿Pasiones? —insistió Fausto.

—El tiro al pichón, el tiro al plato, el tiro

olímpico... ya lo sabe. Las escopetas y las balas, básicamente. Pero no me sea demagogo, que la ecuación es demasiado sencilla.

—Descuide, ya le he dicho antes que aún no estamos ahí. Aún no estamos ahí... —le calmó Fausto—. ¿Alguna afición más?

—Oiga, ya es suficiente, ¿no cree? —estalló—. Fausto, soy yo, su amigo Denis, el que arriesga en cada viaje para traerle tiras nuevas, el que pasa horas traduciéndole esas historietas que a mí ni me van ni me vienen. No entiendo por qué se comporta de este modo con mi familia.

Fausto se levantó con un movimiento demasiado rápido que a Denis le sorprendió porque no lo veía capaz de demasiadas proezas físicas. Se quedó cerca de su rostro y le miró a los ojos como pocas personas se habían atrevido a hacerlo hasta hacía poco.

—Permítame que le deje claro algo, querido Denis... Porque somos amigos, y solo por eso, llevo varios días con sus noches sin dormir, como todos mis agentes movilizados en toda la

isla y desatendiendo otros asuntos tan urgentes como este. Porque somos amigos, y solo por eso y porque quiero devolverle viva a su madre, estoy dejando nuestra cordial amistad para otro día y tengo todos los sentidos puestos en esto. Si se empeña en verme como un amigo demasiado perspicaz y quiere que hablemos de cómics, puede que dentro de unos días no quiera volver a cruzarse conmigo por la calle porque soy el policía que no hizo lo suficiente por encontrarla, ¿estamos?

Denis le sostuvo la mirada durante un buen rato, no estaba acostumbrado a ser abroncado por nadie, y menos por alguien que tenía la razón y a quien no podía rebatir.

—Estamos.

Fausto se recolocó el escaso flequillo tras la oreja y se sentó de nuevo. Era un hombre sedentario, no había necesidad de tanto esfuerzo.

—Volvamos a sus hermanos —terció de nuevo con voz neutra—. ¿Alejo es cercano a su madre?

—Mi madre ha tratado de ser equidistante en su cariño con los cuatro, pero es obvio que...

—Que nunca han sido una familia de seis miembros, sino dos tríos.

Eso le dolió. Denis lo anotó, pero no reaccionó. Tal vez le estaba tanteando.

—Lo que intento decir es que soy casi diez años mayor que mis hermanos y que cuando ellos fueron creciendo se encontraron con que mis padres y yo viajábamos constantemente. Mis padres intentaron que todos siguiesen mi ejemplo, pero mis tres hermanos siempre prefirieron quedarse en la isla con sus institutrices y más tarde hacerse compañía mutua despilfarrando el dinero que nosotros ganábamos. Volviendo a la relación de Alejo con mi madre, creo que, en determinado momento, ella le dio por imposible y dejó de esperar más de él. Tal vez Alejo no soportó la educada indiferencia a la que ella le sometió —reflexionó Denis en voz alta.

—¿Y cómo le vio el día de la noticia?

—Yo diría que estaba como desubicado. Creo

que esa es la palabra exacta.

Fausto se palpó distraído el hoyuelo partido, con la mirada perdida.

—Eso querría decir que la desaparición de su madre, si en un principio fuese impulsada por sus hermanos, le ha llegado por sorpresa, lo que no le hace necesariamente inocente en la trama, sino alguien que se ha dado cuenta tarde del alcance de sus actos. Y también implica otro cerebro necesario en este entuerto, lo que nos lleva a su melliza, la viuda blanca.

—No la llame así —saltó Denis en un acto reflejo.

—Verá, cuando un individuo se ve en pocos años rodeado de tres misteriosas muertes o desapariciones repentinas, para una persona de la calle tenemos a alguien con mala suerte en la vida. Para un policía tenemos a una sospechosa de manual.

—Su deducción es demasiado simplista —rechazó Denis con un gesto.

—No después de haberles escuchado a usted y a ella en la sala de billar.

—¿Nos ha espiado? —preguntó Denis, apretando los labios y poniéndose blanco.

—No se le ocurra juzgar mis medios, estoy tratando de devolverle con vida a su madre. No voy a andarme con juicios morales, ¿estamos?

Denis emitió un gruñido a modo de respuesta.

—Así que dejemos de fingir que desconozco que sus hermanos le están forzando para meterle en un asunto tan feo como la inhabilitación legal de una madre y ahora mismo usted me va a contar todos los pormenores.

—De acuerdo —asintió Denis.

*Aquí todos van por delante*, pensó con fastidio.

No obstante, Denis le contó con todo lujo de detalles la reunión clandestina que había tenido lugar aquella mañana, días atrás, cuidándose de no hacer mención alguna del supuesto cuadro de Gauguin ni de la presencia del experto en arte. Por nada del mundo Denis quería que un asunto como el de sus dudosos orígenes fuese aireado también.

*A madre no le va a hacer ningún bien que*

*ahora se dude de su honor*, se intentó convencer a sí mismo.

En realidad no soportaría que nadie supiese de las infames dudas de sus hermanos. «Bastardo» era la palabra que más odiaba del diccionario.

Fausto escuchó en silencio, memorizando todo cuanto encontró útil para su investigación.

—Su hermana Aurora parecía tan consternada como Alejo, pero tuvo la frialdad de seguir amenazándole con su plan, y eso marca una diferencia importante en su modo de actuar con respecto a su mellizo. O tal vez sea debido a que es una persona demasiado acostumbrada a la parafernalia de la muerte: el luto, los funerales, las crónicas de sucesos en la prensa... Dígame, ¿y la que queda?

—¿Quién? ¿Ada?

—Sí, Ada. Esa chiquilla tan guapa, la de las revistas.

Denis se encogió de hombros.

—Apenas podía mantener la compostura. En cuanto alguien le dirija la palabra y le pregunte por mi madre se echará a llorar.

—Déjeme que lo compruebe.

—Toda suya.

—¿Sabe usted dónde está en estos momentos? —preguntó el policía.

—Creo que en la fábrica. Esta mañana se ofreció a ayudarme con los albaranes de algunos proveedores que ella conoce. Comprenderá la carga de trabajo que tengo ahora que mis padres no están. A Ada se le da bien calmar a los clientes por teléfono cuando hay retrasos en los pedidos, en eso ha salido a mi madre —dijo Denis, invitando a Fausto a salir del despacho—. Vamos, le llevo, iba a acercarme yo también.

Cuando ambos salieron de la finca familiar, en Manacor ya había anochecido hacía un buen rato. Un invierno prematuro caía aquellos días con crudeza sobre la tierra seca y la noche era tan oscura en las afueras del pueblo que solo los faros del Chrysler iluminaban el camino a la fábrica.

Pero enseguida distinguieron algo que no supieron catalogar: un resplandor en el camino, delante de ellos, una especie de luz tenue que

temblaba e iluminaba la fría noche mallorquina.

Denis detuvo el motor, incrédulo, y bajó del coche para ver mejor lo que tenía delante: cientos de cirios encendidos a ambos lados del camino, en la entrada de su fábrica de perlas, como en una procesión nocturna, salvo que allí no había nadie que los portase. Habían sido colocados cuidadosamente en las orillas de la carretera y le daban a aquel escenario un aire casi sobrenatural.

Denis decidió avanzar con el coche, despacio, hasta dejarlo aparcado en la entrada del edificio.

Bajaron en silencio y Denis encontró la puerta de la entrada principal abierta. Allí, en el patio interior, unas cien perleras con una vela en una mano y un rosario en la otra rezaban un avemaría. El suave murmullo sobrecogió a Denis. No se tenía por un hombre demasiado religioso, lo justo para acudir a la misa de los domingos y dejarse ver por las autoridades eclesíásticas, que tanta influencia tenían y tan fáciles eran de contentar. Pero aquello... que aquellas mujeres le rezasen una novena a su

madre le erizó el vello de la nuca y le hizo tragar saliva varias veces.

Por primera vez en su vida se sintió torpe delante de sus empleadas y no supo bien qué hacer, así que esperó de pie, frente a ellas y junto al policía, que se había quitado el sombrero y se había unido a los rezos.

Cuando terminó el último amén, Denis se adelantó en el patio y tomó la palabra:

—Yo... mmm... mi familia... les agradecemos el bonito detalle que... —tartamudeó, con la boca seca.

Fue entonces cuando Ada salió de las sombras del patio y se colocó junto a su hermano.

—Mi hermano, el señor Fortuny, quiere decir que les agradecemos enormemente su espontánea muestra de afecto hacia nuestra madre. Somos conscientes de que a estas horas deberían estar ocupándose de sus quehaceres en sus casas, y por ello valoramos un gesto tan cristiano. Cuando mi madre vuelva, sana y salva como todos esperamos, va a sentirse muy

emocionada con lo ocurrido esta noche. Si les parece, pueden ir volviendo ya a sus hogares, la noche ha refrescado y nadie quiere que su salud se resienta. Gracias de todo corazón.

Un murmullo de agradecimiento recorrió todo el patio. Las perleras no estaban acostumbradas a que los miembros de la familia Fortuny les dirigiesen grandes discursos y todas salieron ordenadamente pero sin demorarse demasiado hacia el portillo de la fábrica, como si hubieran escuchado la sirena de la salida un día de labor cualquiera.

Denis, Ada y el policía se quedaron mirando cómo aquella silenciosa procesión se perdía en la noche y a Denis le recorrió de nuevo un escalofrío por la espina dorsal porque le recordó demasiado a la Santa Compañía de la que algunos clientes gallegos le hablaban, aquella romería de almas en pena que iba dejando un olor a cera por el camino y cuya misión era visitar las casas donde en breve se iba a producir una muerte.

## 11 EL MERCADO DE PAPEETE

*Laia*

*Papeete, agosto de 1890*

No había amanecido y yo ya estaba en la plaza, esperando a Bastian junto a las vallas de un local hueco que hacía las veces de mercado. Habíamos convenido en encontrarnos allí para tratar ese negocio clandestino que de momento era lo único que nos mantenía en contacto. Al alba empezaron a llegar los primeros pescadores con sus capturas, animales débilmente emparentados con los pescados menorquines que yo había conocido.

Había otra fauna que no esperaba encontrar allí y que se retiraba al advertir mi presencia, deslizándose como un pulpo cuando se oculta bajo una roca. No querían ser vistos, y les aturdió un poco encontrarme allí. Eran

marineros, funcionarios, militares de bajo rango, en un mercado paralelo de la carne que levantaba la persiana cada noche, cuando el surtido de frutas, pescado y artesanía se recogía y se desplegaron las muchachas nativas y las mestizas. Ya había aprendido que en Tahití se llamaban *midi*: medio tahitiana, medio china, medio inglesa, medio marquesina. Yo también era una *midi*, pero mi vestido a medida me protegía de que me preguntasen el precio. Sabían que mi carne no se vendía, que estaba allí por algún otro motivo, así que todos fingimos que no nos habíamos visto.

Por fin llegó Bastian, acompañado de una extraña expresión. Con su camisa blanca recién lavada en el mar y el pelo claro muy revuelto, todavía mojado. No había dormido, le molestaban las primeras luces del alba tahitiano y achinaba los ojos, heridos por la claridad. El cielo a esas horas era naranja y rosa, y yo que había aprendido en los libros que los cielos siempre eran azules.

Bastian estaba aquel día más ausente que

presente, pero a mí me bastaba por entonces con aquellos encuentros que yo forzaba. Verle aparecer entre aquel mar de maoríes me hacía un poco más llevadero mi exilio en tierra francesa, como si la pesadilla no fuera completa del todo, como si al menos uno de los argumentos del sueño retorcido en el que se había convertido mi vida no fuera tan pavoroso.

Bastian también se percató del espectáculo de los billetes colonos serpenteando en las manos de las nativas y los susurros de citas sucias que vendrían con el crepúsculo.

—¿Y los mosquitos? Ayer vi que ya no te habían picado más —me preguntó sin venir a cuento. Creo que le turbó que yo contemplara sin tapujos el negocio de la noche.

—¡Ah, los *nono*! En realidad no son mosquitos. Son como nuestras moscas de la fruta, y muerden, ya lo creo que muerden. Se fueron con el humo de las fibras de los cocos. ¿Qué te parece? Mis criadas han colocado pequeños cuencos humeantes en todas las ventanas. Hoy casi estoy libre de sus mordiscos.

Dicen que el cuerpo se acostumbra y después ya no deja habones.

—Pareces más adulta —dijo, sonriendo. Se había fijado en que me había peinado con un moño alto, a la manera de las mujeres casadas.

—Y tú un poco más salvaje —repliqué, sin pensarlo—. Pero te sienta bien. Hay hombres a los que les sienta bien.

Bastian sonrió, indiferente y sin tomarme en serio.

Era opuesto a su hermano. Hugo, todo atenciones. Él, todo indiferencia. Bastian tenía siempre la vista fija en otro punto que no era yo.

—Claro que sí —dijo, mientras pasamos al interior de la lonja, donde las abuelas maoríes ya habían comenzado a colocar todas esas frutas cuyos nombres y sabores aún desconocía.

*¿Eso es lo que eres, Bastian, un escamoteador, alguien que nunca se dará por completo a nadie? ¿Qué ocultaba ese eterno recelo, ese vallado alrededor de su persona? ¿Qué protegía, qué resguardaba? En resumen: ¿a qué tenía miedo Bastian Fortuny?*

El tiempo acabaría dándome la respuesta, del modo más cruel. Pero aquel día estaba empeñada en conocer ya todos sus pliegues.

—No sé qué te ocurre hoy, Bastian —me atreví a decirle—, pero he venido de nuevo preparada para chantajearte.

Todavía no me seguía el juego. Aquella madrugada estaba incómodo conmigo, algo había ocurrido durante la noche anterior porque era todo rigidez y distancia.

Entonces me saqué un librito del bolsillo, oculto en los plisados de mi falda.

—Sé que te gustó mucho la novela de Loti, así que te he traído otra del mismo autor. Se titula *Madame Crisantemo*, está publicada hace apenas unos años. Pierre Loti cuenta en esta ocasión su viaje al Japón y también toma una mujer como esposa temporal. Las descripciones de ese país de casitas de muñeca me divierten mucho, ahora que manejo un poco el francés. Espero que tú también lo disfrutes.

De nuevo le tomó por sorpresa, y de nuevo la máscara de frialdad se rompió en pedazos que

cayeron al suelo y se los llevó una brisa cálida. De nuevo el muchacho jovial, el joven agradecido. De nuevo el Bastian que yo veía cada vez que cerraba los ojos por las noches. Aquella sonrisa franca valía un universo, y yo estaba dispuesta a pagarlo.

—Aún no te he devuelto el anterior —acertó a decir, sin dejar de mirar el lomo.

—No tengo ninguna prisa, la biblioteca del anterior cónsul está muy bien surtida y tengo muchas lecturas pendientes.

Así que avanzamos entre las telas coloridas y las coronas de flores mientras Bastian apretaba la novela contra su pecho como si abrazara a una madre.

—No me contaste el accidente de tu padre —dijo por fin. Y no era un reproche, sino ya una conversación de amigos. Una demanda de intimidad, alguien que se preocupaba por lo que acontecía en mi vida.

Yo había comenzado a garabatear precios sobre un pliego de papel. Bastian me traducía las cantidades del francés, que yo ya casi

dominaba, pero fingía no hacerlo. Me gustaba esa nueva actitud suya, ese estar pendiente de mis carencias.

—Supongo que tu hermano te lo habrá contado, y también que estoy haciendo los informes por él, por eso he venido al mercado a tomar nota de los precios.

—Sí —murmuró, mirando hacia otro lado—, algo me ha comentado.

—Mi padre continúa inconsciente, el golpe en la nuca al caerse por las escaleras casi acaba con él. Pero... ¿sabes? No es esa herida la que me preocupa. —Callé, porque estaba hablando más de lo que la discreción permitía y Bastian era ese tipo de personas que leía muy bien entre líneas.

Asintió en silencio, era de los que dejaban hablar, conocía los apremios del desahogo, respetaba las heridas. Era alguien que ya había sufrido y me estaba dando su tranquila bienvenida.

Entonces me arrastró hasta los puestos de pescado. A mí no me interesaban especialmente,

pero él estaba fascinado con todo ese despliegue de escamas e insistió en aprender el nombre maorí de todos aquellos bichos. Yo solo era capaz de diferenciar atunes, bonitos y peces espada. Luego me hizo apuntar otros nombres que jamás me aprendería: *mahi mahi, paihere, vete, oiri, parai, tarao, moi*. No supe cómo lo había hecho, pero para cuando terminé de escribir todo aquello, él me los recitó de memoria y ya estaba regateando en maorí con un niño pescador. Después me contó que en realidad quería enterarse de los lugares donde pescaban los nativos, que él no pensaba comprar nada que no pudiera conseguir con sus manos, que aquel mercado estaba montado para timar a los franceses, que era el impuesto que tenían que pagar por quedarse cómodamente sentados y no ir a buscar la comida ellos mismos. Eso le había dicho el niño maorí, con dignidad de primer ministro.

Rodeados del bullicio, mareados de colores, Bastian me habló entonces de las botellas, de su nuevo trabajo como pescador de ostras, de que

iría y volvería a Papeete con frecuencia. Concretamos vernos en una cala al sur de la capital, a pocos kilómetros. Una playa que estaba siempre desierta porque era un lugar sagrado para los nativos. Sería un buen sitio para la clandestinidad de nuestro negocio y para que nadie nos relacionase en la villa, aunque yo sabía que a él quien le preocupaba era mi padre, pese a que en aquellos momentos mi padre estaba para pocas murmuraciones.

Después me puso al día de sus avances con la venta clandestina de las botellas y los precios que había conseguido. Finalmente nos despedimos, y había ya una leve preocupación recíproca. Yo por su futuro inmediato, él por el mío.

Pero mi día solo acababa de empezar, me apremiaban mis deberes como cónsul en la sombra.

Acto seguido me dirigí al puerto, con mi pliego de papel manoseado. Pregunté a cada marino por su capitán, en francés, en inglés. Mi labor era localizar y censar a todos los británicos que

recalaban regularmente en Papeete y actualizar el listado heredado por el anterior cónsul.

—¿Tú te encargas de esto, muchacha? —me repetían todos, con desdén, hasta que dejaba de ofenderme. Me había peinado diferente para aparentar más edad, pero por lo visto no fue suficiente para que me tomaran en serio.

—Mi padre, el cónsul, está indispuesto y es un encargo urgente de Su Majestad. O me facilitan los datos o en el informe oficial hablaré a la Foreign Office de su poca colaboración.

Algunos ayudaban, otros me ignoraban. Recabé datos en los muelles, después recorrí los comercios, comprobando si el listado anterior estaba actualizado. Por la tarde, haciendo de tripas corazón, me vestí para visitar a las cuatro damas coloniales que me habían enviado sus tarjetas de visita, emplazándome a tomar un refrigerio en sus porches.

A la hora en punto, tal y como mi madre me había enseñado, acudí a la primera mansión, la de la esposa de Françoise Cardella. La criada tardó en abrir, y cuando lo hizo fue para decirme

que su señora no estaba en casa. Cerró la puerta y lo sentí como un bofetón. El primero. Me quedé aturdida, jamás nos había ocurrido algo parecido en Menorca.

Encaminé los pasos hacia la segunda mansión, la señora de Victor Raoulx me había emplazado para aquella misma tarde. Cuando llamé al timbre de la entrada, otra sirvienta maorí me recibió con las mismas palabras en su francés seseado.

—Lo siento, mademoiselle. No hay nadie en casa esta tarde.

Me subió la sangre a las mejillas y tragué saliva, allí sola, frente a la puerta cerrada.

*Cuatro visitas, cuatro desprecios, vaticiné, y pensé en abandonar aquel estéril recorrido. Pero luego lo reconsideré. Me dan igual sus desaires, acudiré a las cuatro. Que sean ellas las que se retraten.*

De modo que continué rumbo a la residencia de Langomazino, donde me esperaba idéntica suerte. Y llegué, casi con orgullo, a la mansión de Auguste Goupil, abogado y terrateniente. La

criada me recibió y me dispuse a escuchar la frase que ya conocía, pero en lugar de eso me hizo pasar. Sorprendida, entré en el salón donde Jane Goupil me esperaba, aguja en mano, fingiendo que zurcía, tal y como acostumbrábamos también en Menorca. Era una mujer robusta, de pelo castaño y ojos azulones tras unos anteojos de media luna, una matrona elegante que me dirigió una tranquila mirada benigna mientras apuraba un respunte.

—Tal vez haya llegado demasiado pronto — me excusé en francés.

—Querida Laia, la esperaba ya a estas horas, previendo la bienvenida de nuestras vecinas — me respondió, para mi sorpresa, en inglés.

—¿Cómo..., cómo sabe que las otras damas no me han recibido?

Compuso una sonrisa elocuente y comprendí al instante.

—A usted le hicieron lo mismo.

—Por mis venas también corre sangre británica, querida, algo difícilmente perdonable en estas latitudes. Pero no se preocupe,

acabarán aceptándola. Yo comencé a tener acceso a sus salones en cuanto se percataron de que sus esposos necesitaban las gestiones legales de mi marido.

*Es difícil que sus esposos necesiten algo de mi padre. Sobre todo de mi padre y sus circunstancias actuales,* pensé, y aunque no lo dije en voz alta, sonreí por primera vez aquella tarde.

Aquel día conocí a una amiga, un apoyo que se mantendría estable a lo largo de todos mis años de estancia en Tahití. Dos mujeres aisladas en el lugar más aislado del mundo.

Conversamos, me presentó a su joven hija, Jeanne, que se atrevió a preguntarme por Hugo Bontemps, y a sus niños pequeños, todos ellos tímidos y enmadrados, pero encantadores y cálidos conmigo.

Me despedí concretando la fecha de nuestra siguiente visita. Aquella primera tarde mi nueva amiga me aleccionó sobre las facciones que convivían en Papeete: los protestantes, los católicos, el alcalde, el gobernador, los

gendarmes, los funcionarios de reemplazo que eran sustituidos cada medio año, los militares de baja graduación y los comerciantes. Demasiados frentes para cuatrocientas almas.

Después corrí a hacer la visita diaria al hospital de las monjitas de San José de Cluny, preocupada por que el estado de mi padre se hubiera agravado. Pero no había empeoramiento, aunque tampoco mejoría. Se diría que dormía. Bajo el aparatoso vendaje de califa que le adornaba la cabeza mi padre se limitaba a respirar. De noche regresé a mi casa, donde Miri y Manaba me esperaban ya preocupadas por tantas horas de ausencia. Después de cenar y leer me acosté y al minuto estaba dormida. Aquellas primeras semanas maduré un año por cada día que pasaba sola en Tahití.

Una mañana mi padre despertó, pidió el alta, pagó la cuenta y regresó a casa. Fue la peor noticia. A partir de aquel día mi purgatorio devino en infierno.

## 12 LOS NOTABLES

*Bastian*

*Papeete, septiembre de 1890*

—¿Tú estás seguro de que lo quieres intentar hoy? —le pregunté preocupado, mientras le miraba de reojo.

—Hoy mejor que nunca. Tú espera y verás —soltó Hugo, entre flexión y flexión. Su cuerpo subía y bajaba en horizontal como un fuelle dando vida a un fuego moribundo.

Hugo se había despertado a las seis de la mañana aquel día en nuestro cuarto de la nueva pensión de la rue Bonald, más luminosa, menos maloliente y, sobre todo, apartada del barrio de los *coolies*. Para nuestra sorpresa, la pensión Bonald no estaba regentada por una mujer, como era habitual, sino por un anciano listo y rápido, con la columna horriblemente torcida que

lo escoraba hacia la derecha, llamado Bouganville.

La mañana de autos mi hermano, más callado que de costumbre, repitió tres veces más de lo habitual su tabla de ejercicios matutinos, concentrado en un punto de la pared donde yo no veía nada. Ni siquiera fumó mientras hacía su gimnasia. Yo suspiré con aprensión al ver frente a mí, colgado en una percha, el traje blanco del anterior cónsul británico que Laia Kane me había prestado para la ocasión. Los trajes de su padre y de su hermano me quedaban cortos, pero por lo visto su antecesor fue también un hombre alto y no hubo necesidad de hacer arreglos.

—Si me llegan a decir hace un año que tú y yo íbamos a ir a un palacio real de verdad, aunque fuera en una isla perdida en los Mares del Sur, te juro que creo que alguien ha perdido la chaveta —pensé en voz alta.

—Habla bien —me corrigió secamente—. Hoy no podemos ir de pobres.

Puse los ojos en blanco y miré el techo

irregular de nuestra habitación.

—Hugo, Hugo, Hugo... —repetí, perdiendo la paciencia—, somos pobres y todo el mundo en esta maldita villa lo sabe. Tienes que dejar de hacer el ridículo de esa manera...

Miré con recelo el impoluto y horripilante traje blanco de rico colonial.

—De esta manera... —me repetí en voz baja—. Bien, acabemos con esto cuanto antes.

Me puse el pantalón de otro hombre que no tenía nada que ver conmigo, salvo en las hechuras, y me abotoné la camisa —botones de nácar, sonreí al reconocer su tacto—, y dejé la armada chaqueta blanca para ponérmela cuando no hubiera más remedio.

—Yo no voy a poder ser rico en la vida, este cuello almidonado es antinatural. Está hecho para torturar a los hombres, los sastres ingleses son unos sádicos —me quejé como un chiquillo, odiando ya el roce de la rígida tela con mi gaznate recién rasurado.

Hugo no me hizo ni caso, como siempre que estaba concentrado en sus complicados

ensueños. Miró de reojo su reloj de faltriquera y comenzó a ponerse el traje de padre después de pedirme ayuda para que le apretara el corsé.

—Si tan importante va a ser el día de hoy, deberías ponerte el traje del hermano de Laia —le comenté, preocupado, mientras apretaba a petición suya los nudos de la ceñida faja—. Hugo, hasta yo me he percatado de que nadie viste de negro en Papeete.

—Este traje forma parte del plan —se limitó a decir.

Estaba hermético, cerrado como una ostra. No había manera de que me adelantase sus intenciones. *Tú verás, hermano*, pensé, cansado de su juego.

Bajamos a la calle, después de recibir las jocosas burlas de Bouganville, y nos encaminamos hacia el Palacio Real, a pocas calles del centro. Aquella estupenda mañana tahitiana la brisa aliviaba un poco el calor de llevar trajes tan montados, aunque el tejido de mi atuendo de colonial era más liviano que el de Hugo.

Ya antes de llegar al recinto real escuchamos una mezcla inverosímil de las fanfarrias de la orquesta francesa y de los *himenés*, los cánticos de los coros tahitianos. En los amplios jardines de la residencia de Pomare V se habían instalado, cada uno en una esquina alejada del otro, los músicos europeos y los coros de hombres y mujeres maoríes.

Al traspasar la verja de hierro forjado un par de sirvientas tahitianas se acercaron con bandejas de madera y nos ofrecieron jugos de frutas naranjas, rojas y verdes con alcohol. Hugo declinó la invitación, concentrado en identificar entre los invitados a algún colonial conocido. Yo acabé varios vasos por él y Hugo me indicó molesto que me había manchado el labio superior con el zumo de papaya. No vi a Laia Kane por ningún lado, imaginé que habíamos sido demasiado madrugadores, así que me centré en mi hermano y dejé de buscarla.

En ese momento apareció un hombre de pelo ensortijado y anchas patillas. Fumaba un cigarrillo fino y el halo de autoridad que desprendía se percibía a varios kilómetros a la redonda.

—Querido Étienne —le saludó Hugo—. Tengo que presentarle a mi hermano menor, Bastian. Querido Bastian, este es nuestro gobernador, monsieur Étienne Lacascade.

—¡Qué buena planta, muchacho! —dijo después de repasarme de arriba abajo. Él era muy corto de estatura, algo patizambo y apenas me llegaba al pecho. Yo le obsequié con mi sonrisa más digna y me incliné como si estuviera acostumbrado a las reverencias—. ¿Y cómo no le hemos visto antes en el Círculo Militar con su hermano?

—Él ha viajado más por... los distritos —se apresuró a decir Hugo.

—Comprendo, es uno de esos europeos que se queda en taparrabos bebiendo leche de coco a las primeras de cambio —dijo sin ocultar el desdén—. Por desgracia a veces ocurre y

perdemos de nuestras filas a uno de nuestros hijos de la Civilización. Seguro que piensa que estos nativos son pacíficos y acogedores, ¿verdad? Pues déjeme contarle una anécdota verídica. Hace un par de años, un aventurero y escritor, pero pese a ello buena persona, se quedó en las Marquesas durante tres años, acogido como un hijo por los indígenas de esa isla. El tal Melville, que por lo visto se ha hecho famoso escribiendo una novela de una ballena, creo que se llama *Moby Dick*, estaba encantado con sus nativos, hasta que un día, escondido, presencié a sus queridos amigos comiéndose a un pobre hombre en una ceremonia caníbal. Aquel día salió huyendo de la isla y no volvió a vérselo más por estos parajes... Un salvaje es un salvaje, monsieur Bontemps. Dios los creó distintos, en una escala intermedia entre los animales y los hombres. Pero no llegan a ser hombres y no hay que caer en el error de tratarlos como tales: mano dura, eso es todo.

Yo apreté la mandíbula y me disponía a

contestar, pero Lacascade ya estaba a otras cosas.

—Pues hechas las presentaciones —dijo cambiando a un tono festivo—, ¿quieren ustedes entrar al salón del palacio?

—Faltaría más —se adelantó mi hermano.

Dejamos atrás la multitud de coloniales con sus trajecitos blancos y sus mujeres con paraguas negros para resguardarse del sol tahitiano —un empeño más que inútil— y seguimos a Lacascade hasta un salón decorado al modo francés, con ese hórro<sup>r</sup> vacui que tanto imperaba en el París que yo había conocido y que no dejaba esquina sin sofá, pared sin retrato ni mesa sin florero. Me sentí un poco prisionero ante tanto objeto atestando todo el espacio disponible.

—Los muebles están aún sin evacuar para la sesión de baile de esta tarde —comentó Lacascade, quizá al ver mi expresión horrorizada.

—Aquí vienen —me susurró de repente Hugo, acercándose a mi oído—. Levanta, ponte

en el umbral de la puerta y toma nota de todo.

En ese momento empezaron a entrar en el salón todos los notables de la isla de los que mi hermano me había hablado las últimas noches. Pero Hugo me guiñó el ojo cuando Auguste Goupil, abogado y el europeo más rico de Tahití, hizo su aparición, orondo y con el pelo ralo, gris y fino de un ratón, de bigote largo y horizontal, acabado en punta a la altura de las orejas. Goupil se acomodó sin prisas en un lujoso canapé pegado a la pared, al fondo del salón. Todo hombre grande necesita un espacio grande.

Hugo fue saludando a todos, no esperó a que la conversación se entibiara con chismes y naderías. Se colocó en el centro de la sala y reclamó la atención de forma tan abierta que a mí se me puso un nudo en el estómago. Qué agallas tenía a veces mi hermano.

—Miren, voy a serles franco. La isla de Mallorca, de donde provengo, no pasa por una buena situación, y yo lo he perdido casi todo, entre caballeros no tenemos que disimular estas

cuestiones. Mi traje está más desgastado que los suyos y no, no sabía que aquí visten siempre de blanco. Pero una vez supe hacer dinero, y volveré a hacerlo. Para ustedes es una posibilidad de inversión. Si estoy arruinado es porque soy un buen pagador, señores. Ningún acreedor en la isla de Mallorca puede hablar mal de mí.

—Está bien, hijo. ¿Y cuál es su idea de negocios, para entendernos? —preguntó uno de los invitados.

—Una tienda bien surtida de todo cuanto adolece la comunidad francesa de la isla: plumas, tintero y pliegos de papel en la sección de papelería para nuestros funcionarios; lazos y fruslerías en la sección de mercería para que nuestras mujeres se vean más elegantes, a la moda de París que ellas tanto añoran. Así se entretendrán en sus idas y venidas a las modistas. Sombreros jipijapa de colonial a buenos precios. Carne, señores: carne de cerdo y de cabra en la sección de perecederos, traída de otras islas y conservada en la propia tienda

en una nevera artificial. Vino de Burdeos, sacos de arroz, latas de mantequilla en conserva, paquetes de té, latas de anchoas, sacos de azúcar, aceite de oliva, botellas de salsa de tomate, latas de espárragos y de callos, vinos de la Borgoña, de Anjou y en barrica, vermut Metropolitan, coñac Raynal, absenta Pernod Fils...

Un murmullo de excitación se extendió por todo el salón.

—¡Ábrala ya, monsieur Bontemps! — exclamó una voz de tiple—. No comprendo cómo hemos podido vivir sin usted todo este tiempo.

—¡Se me hace la boca agua, monsieur! —se animaron otras voces, igual de entusiastas.

—Bien, señores, si alguno de ustedes se anima a invertir en el negocio...

Se instaló un tenso silencio que, por suerte, alguien rompió.

—Está bien, está bien, hijo —dijo una voz al fondo de la sala. Los murmullos cesaron—. Yo le prestaré el dinero. Esa tienda debería haber

abierto hace mucho tiempo, solo estábamos esperando a que llegase un hombre con su empuje para llevar la empresa a cabo, y creo que usted es el adecuado. Esta misma tarde discutiremos los términos del contrato.

Hugo le dedicó una sonrisa de confianza, tal vez solo yo sabía que la tenía estudiada frente al espejo.

—Monsieur Goupil, me preguntaba cuánto tardaría un hombre tan preclaro como usted en advertir la oportunidad que supone este negocio.

La velada transcurrió después por otros cauces más lúdicos, hablando de todo y de nada, mientras mi hermano se confirmaba como la novedad favorita de la villa. Yo permanecí observando la escena desde la puerta, orgulloso de ver a mi hermano pintando como real su castillo de naipes y haciendo que los hombres poderosos de Tahití le siguieran como gatas en celo.

—Eres un maldito encantador de serpientes  
—le susurré cuando la velada terminó.

Hugo me lanzó una sonrisa; disimulaba bien su euforia.

—A los ricos les encantan estos actos de poder. Prácticamente he convertido a Goupil en el salvador de la colonia de Papeete. No podía fallar.

—Lo que quieras, hermano, pero ¿se puede saber cómo demonios vas a conseguir todo eso?

—Hablé previamente con Lacascade y le comenté mi idea, que le entusiasmó. Pero no es inteligente que el propio gobernador me preste el dinero, en esta isla duran muy poco y le suele suceder su enemigo. Aun así, Lacascade presume de contactos interesantes en todos los archipiélagos. Tiene un amigo americano, Ben Varney, en las Marquesas, en la isla de Hiva Oa, que es tendero, y también una empresa comercial alemana en la isla de Tahuata. El americano me pondrá en contacto con los barcos que le proveen a él. Los alemanes serán más caros, pero si compro en grandes

cantidades... Tu patrón, Tati Salmon, tiene tratos con ellos, tal vez llegue a un acuerdo con él para usar las embarcaciones que él utiliza, tendré que ir a hablar con él.

—Te estás metiendo en algo muy grande, Hugo. Tal vez deberías ir más despacio...

—¿Y limitarme a sobrevivir, como tú? —preguntó sin mirarme.

—¿Qué tiene de malo sobrevivir?

Suspiró como si fuera a dejarme por imposible.

—No te limites a sobrevivir. Progresa.

Días después de la recepción real me trasladé definitivamente al distrito de Papara y comencé a trabajar para Tati Salmon.

—Bajarás las veces que haga falta al lecho del océano, no me importa el número, lo que me importa son los kilos diarios de ostras que me entregues —me comentó, mientras me acompañaba a las dependencias de su pequeño

negocio—. Cada día debéis recolectar cien kilos entre todos, ¿de acuerdo?

Asentí y le seguí, excitado. En una choza que hacía las veces de almacén, los pescadores descargaban las ostras recién robadas al mar en grandes barriles de madera y tres maoríes de aspecto recio, sentados alrededor de una mesa, limpiaban con la ayuda de pequeños machetes rectangulares la capa exterior de las ostras.

Después me enseñó cómo metían las ostras, aún cerradas, pero ya con un aspecto más pulcro, en unas cajas de madera y regularmente otro maorí se las llevaba a una mesa solitaria, junto al despacho de Tati. Allí, con un pequeño puñal de hoja corta en una mano y con la otra envuelta en un paño tosco de tela para resguardarse de accidentes, el maorí abría cada ostra, separaba las dos conchas y extraía el animal, después de toquetearlo un poco entre los dedos. La carne iba a parar a una cesta a su derecha. De vez en cuando se levantaba, se acercaba al muelle y daba de comer con ella a los peces que se acercaban.

—¿Por qué hay solo un maorí que se encarga de abrirlas? ¿No sería mejor poner a otros tres para la misma labor? —pregunté sin comprender.

—No, así está bien —se limitó a contestar, distraído.

Más tarde le pregunté a Timi por el asunto del solitario maorí que extraía la carne de las ostras.

—Es por las perlas que encuentra de tanto en tanto, a veces redondas, a veces aplastadas, a veces feas, pero Tati siempre se las queda. No creo que les dé salida a todas, pero no soporta que nos quedemos con ninguna. Piensa que podemos convertirnos en ricos y quitarle el negocio o irnos a otro atolón, y se quedaría sin hombres entrenados.

Me contó que Hiro, el hombre de confianza de Tati Salmon, se encargaba de registrar todos los días la ropa del maorí y a veces, por sorpresa, nos registraba a los buceadores.

Aquellas primeras noches dormí en la choza junto a Timi y Faimana. Cuando le pregunté si podía imitar los sombreros de los *popa*, se quedó mirando fijamente el que yo le había llevado de muestra, uno viejo y ajado, cortesía de mi antiguo casero Bouganville, y se limitó a contestarme, con su indiferencia maorí:

—¿Que si yo poder hacer sombreros feos? Claro que yo hacer sombreros feos, si Tatian quiere, yo hago. —Y me regaló una de sus dulces sonrisas desdentadas de madre que me animaban el día.

Además de adoptarme como hijo, Faimana me había cambiado el nombre. En el idioma tahitiano, con solo nueve consonantes, no existían muchos de los sonidos europeos más comunes, como la *ese* o la *ele*, así que imponían a nuestros nombres propios una deliciosa simplificación. Todos en el caladero de ostras me llamaron Tatian desde el primer día, excepto Tati Salmon, que ejercía conmigo siempre de europeo.

Pasaron las semanas y los meses. Yo iba y venía a menudo de Papeete al distrito, excepto durante la época húmeda, de noviembre a abril, cuando los caminos se embarraban hasta quedar impracticables. Fuera como fuese, el trabajo de inmersión resultaba duro y yo terminaba siempre la jornada con el cerebro embotado, incapaz de mantener una conversación a la europea, por eso creo que me encontraba tan a gusto con mi nueva familia. Los maoríes eran callados, se podían pasar horas en cuclillas, junto a la puerta de sus chozas, sin otra labor que mirar al frente. ¿Pensaban en algo o simplemente dejaban pasar el tiempo? No lo supe nunca, ¿cómo preguntarlo? Pero yo también adquirí esa costumbre, muy afín a mi carácter solitario, y muchos días me tenía que obligar a volver a Papeete para proveer a mi hermano de los sombreros que hacía mi madre adoptiva.

Hugo había inaugurado su tienda con grandes fanfarrias, incluso acudió una pequeña orquesta

que Bouganville pudo apalabrar entre músicos de paso que repescó en los antros nocturnos del puerto. Lacascade le pagó sus informes como espía del cónsul obsequiándole con el permiso de apertura de un local que hacía chaflán entre la rue Jeanne d'Arc y el paseo Marítimo. Era imposible no ver su tienda para cualquiera que desembarcase en el puerto de Papeete y se adentrara en la villa en busca de una pensión. El día de la apertura era la tienda más surtida de todos los archipiélagos de los Establecimientos Franceses de Oceanía.

Tal y como prometió, consiguió latas de conserva, bebidas y carne para seducir los paladares castigados de los colonos franceses y corsetería para sus señoras. Los sombreros de Faimana, convenientemente disfrazados de objetos venidos de la metrópoli, se agotaron durante los días siguientes. Mi hermano tuvo la picardía de añadirles una cinta al uso europeo donde hizo bordar a una costurera el nombre de unos almacenes parisinos de los que le hablé, así que todos los coloniales adquirieron su sombrero

jijapa «llegado de París» y mi hermano se encontró con una bonita cantidad de francos en su caja registradora, un ingenio que le había comprado a un americano de Dayton.

Hugo abarrotó la tienda de productos, apilados ordenadamente y sin espacio entre ellos, y los reponía según los iba vendiendo, aun a costa de dejar el almacén vacío. Escribió un listado de todos sus productos en carteles de dos metros de altura y aquella primera mañana los sacó a la entrada y los dejó apoyados en las columnas de la balaustrada del edificio. Yo le ayudaba por las noches y de madrugada, cuando llegaba del distrito, con los pulmones machacados pero satisfecho y relajado. Observaba a mi hermano y lo veía crecido, rebosante de ideas, casi dicharachero, e incluso algunos días casi le vi sonreír.

Creo que a la inauguración asistieron todos y cada uno de los cuatrocientos treinta y tres colonos franceses censados en la villa de Papeete. Conocía los datos porque Laia Kane hacía sus progresos como cónsul en la sombra,

mientras su padre se iba recuperando del accidente y volvía poco a poco a la vida.

Solía encontrarme con ella en la cala resguardada de Faaa, en la palmera horizontal. Allí la ponía al día de las botellas que Tati Salmon me iba demandando y le pagaba lo convenido, aunque ella no prestaba nunca interés ni urgencia por el dinero. Reconozco que yo, tan poco dado a ansiar las compañías femeninas, disfrutaba de aquellos encuentros, incluso me sorprendía pensando en ellos los días que no se producían.

¿De qué podíamos hablar la hija de un cónsul y un pescador de ostras? Hablábamos en muchas ocasiones de los libros de su biblioteca. Ella solía acudir con las aventuras en inglés de un tal Holmes y me leía a la vez que traducía. Creo que necesitaba compartir en voz alta las descripciones del Londres de la reina Victoria, aferrarse a una metrópoli que a mí me resultaba

ya tan lejana que a veces pensaba que era fruto de la fantasía de un novelista.

Laia evitaba hablarme de sus penosos progresos en la comuna de las damas francesas, donde seguía siendo poco menos que una espía de la pérfida Albión. Yo veía en sus gestos una enorme frustración y me preguntaba si habría algún momento del día en que se sintiera, si no feliz, al menos no tan desdichada con su nueva vida.

Su padre la acusaba de todos sus males por haberlo privado del alcohol, pero ella se mantenía firme en su empeño de ocultarle las botellas que aún nos quedaban por vender. Me hablaba entre líneas de los intentos de sir Anthony Kane para cerrar tratos con los pocos comerciantes ingleses que de tanto en tanto recalaban en Papeete, pero notaba una rabia que yo no comprendía cuando se refería a los negocios de su padre. Siempre creí que los aristócratas llevaban en la sangre el ciego deseo de progresar. Lo cierto es que los únicos avances que Laia Kane hacía en la isla eran con

el idioma francés gracias a las lecciones que le seguía impartiendo mi hermano, pese a que a los pocos meses Hugo ya no necesitaba ese dinero.

Los réditos que le daba la tienda permitieron a Hugo salir de la pensión y alquilar una vivienda cerca de la avenida de los notables. Mi hermano se adaptó a la comuna de Papeete como si hubiera nacido entre ellos, sus únicas quejas iban destinadas hacia las pocas jóvenes casaderas disponibles. Ninguna de ellas le parecía adecuada, ni yo tampoco creo que lo fuesen, todas ellas aferradas a las mangas de sus madres, cumpliendo con el tópico de las coloniales amargadas y quejosas, suspirando siempre con un París idealizado que no conocían. Para Hugo, las mujeres nativas no eran una opción, pese a que había militares y funcionarios que se habían casado por el rito católico con algunas de ellas, parientes todas de la extensa familia del rey Pomare V, y se habían convertido, de la noche a la mañana, en propietarios de inmensos terrenos que arrendaban a Goupil y a Tati Salmon. Él no

contemplaba la mezcla de razas, simplemente no se le pasaba por la cabeza.

Fue al final de la estación húmeda cuando ocurrió algo que habría de alejarme de la isla que había comenzado a considerar mi hogar definitivo.

Timi me arrendó un terrenito cercano a su choza y me ayudó a construir mi propia cabaña de paredes trenzadas y de techo de pandano. Allí tuve toda la soledad y la tranquilidad que siempre había buscado y que en Mallorca nunca hallé.

Una mañana convencí a Nahuro, el maorí que por desgracia tenía asignado como eterno compañero de piragua, para que nos acercásemos a la Sima de los Atunes. Aquella zona, bastante profunda, era tabú para todos ellos. Decían que allí vivía algún dios de los suyos y que castigaba al maorí que se adentrara en sus aguas. Habíamos tenido unos días

demasiado escasos en capturas y precisamente por eso pensé que aquellos fondos, vírgenes de los puñales de los nativos, estarían menos devastados que otras zonas más frecuentadas.

Discutí durante horas con Nahuro hasta que le hice entrar en razón. Con argumentos infantiles, como a veces demandaba su carácter, conseguí que remara hasta la zona prohibida y me sumergí. Encontré muchas ostras y todas ellas muy grandes, se notaba que las habíamos dejado crecer en paz y habían completado su ciclo vital. Nahuro continuó con su rictus malhumorado, pese a que subí docenas de cestos a rebosar de ostras más grandes que la palma de mi mano.

Fue en una de las últimas inmersiones previstas cuando me pareció ver una ostra abierta. No era muy común encontrarse con una, a veces los pulpos se las arreglaban para abrirlas. En todo caso me acerqué, lo importante era recuperar las conchas, aunque el animal estuviera muerto. Cuando palpé su interior se me congeló la sangre. Dentro había una perla, una gran, gran perla. La extraje pese a que a

aquella profundidad no podía verla con claridad, pero me pareció que era esférica, oscura y perfecta. No lo pensé dos veces y me la metí en la boca. Llevaba el cesto casi lleno así que me propulsé con las piernas y nadé hacia la superficie. Nahuro y su mal humor me dijeron algo, pero les ignoré y señalé una piragua a lo lejos. Cuando él se giró, aproveché para sacarme la perla de la boca y esconderla en los pliegues de mis pantalones. Nahuro me miró de manera extraña y no supe si sospechaba algo.

Si Tati Salmon se enteraba de que le había ocultado una perla me echaría de su factoría, y yo sabía que nadie en ningún atolón me contrataría para ese trabajo. Lo que había hecho se consideraba lo peor y más ruin en el negocio, pero uno es el hacedor de sus golpes de fortuna, y me negaba a regalarle una joya que me podía cambiar la vida a un hombre que no lo necesitaba.

*Denis*

*Manacor, noviembre de 1929*

Lo encontraron de madrugada, cuando dio por fin con él uno de los grupos que llevaba varios días de batida, pertrechados con mapas militares del terreno y perros de caza.

Denis no sabía nada, no todavía, nadie le había avisado. Se había acercado a la Ca d'Or, expectante y nervioso por recibir una llamada. Dio vueltas por las habitaciones mientras Coloma se afanaba en limpiar los ventanales y fingía que no lo veía ir y venir de la capilla a la biblioteca, del salón de baile a las alcobas. La vieja criada había decidido hacer una limpieza general de la casa, en pleno invierno, ante la desesperante ausencia de su señora y de órdenes que cumplir.

Por fin escuchó el timbre del teléfono. Entonces se puso recto, se desabrochó un botón

de la americana del traje, metió una mano en el bolsillo derecho del pantalón, donde encontró sus pequeñas perlas —sí, no, sí, no...—, y se dirigió al despacho de su padre como quien se presenta ante un tribunal a escuchar su sentencia.

—Señor Fortuny, tengo noticias para usted. — Era Red Maddox, el detective neozelandés.

—Adelante, le escucho —carraspeó Denis.

—He encontrado la tumba de la que me habló. Está en muy malas condiciones, por lo visto nadie se ha molestado en limpiarla desde hace mucho tiempo, pero a los efectos que nos interesan, la inscripción se ve muy claramente.

—Pues dígame lo que pone, hombre, y no se demore más en explicaciones —le apremió Denis, al borde del infarto.

—Cito textualmente: «Bastian Fortuny Bontemps. Añorado hermano y cuñado amado. Manacor 1865-Faaa 1891».

Denis se tuvo que sentar en el sillón de su padre, temblando.

—¿1891? ¿Está seguro?

—Sí, señor. Eso es lo que está escrito en la

lápida. Las letras siguen siendo legibles.

—Entonces saque una fotografía de esa lápida con su Leica, mándela a revelar cuanto antes y averigüe la forma de enviármela a España lo antes posible.

—¿Puedo volver ya a Noumea, entonces?

—Sí, tome el vuelo de vuelta ya. Si ese hombre murió en el 91, ya no tengo nada más que investigar. ¿Usted está seguro de que no hay modo de encontrar el certificado de defunción?

—Lo estoy. Si es con esa fecha es seguro que se perdió con el ciclón de 1906. Si usted quiere, por unos pocos francos más, puedo conseguir que un funcionario de Papeete muy receptivo a mis propinas me selle un certificado donde explique la ausencia de documentación de aquellos años. Llevaría un cuño oficial del Gobierno de Francia y le sería de gran ayuda en el caso de que deba usted comparecer ante un tribunal. A los jueces, cuanto más mascado se lo den todo...

—Hágalo, me parece muy buena idea. Pero

no olvide que mi prioridad es recibir cuanto antes esa fotografía. Llámeme en cuanto me la envíe.

—Descuide, así lo haré.

Red Maddox colgó el aparato y Denis se quedó sentado en el despacho, tragando saliva, más alterado de lo que le hubiese gustado reconocer. Apenas había podido mantener la compostura. Su tío Bastian murió casi diez años antes de que él naciera. Era imposible que fuese su padre. Sobre la mesa del escritorio de su padre había un marco de plata que sostenía una pequeña fotografía de Hugo Fortuny ya mayor, posando coqueto frente al fotógrafo con el bastón de mango de marfil, uno de los favoritos de su mítica colección de bastones.

Denis lo miró sin recelos, sin miedo, por primera vez.

—Malditos los juegos de la sangre, siempre supe que eras mi padre —le dijo, saboreando las palabras.

Y levantó de nuevo el pesado auricular de baquelita negra. Aspiró el aire, triunfante. De

nuevo era respirable.

—Ada, reúne a los mellizos y nos vemos todos en la sala de reuniones de la fábrica en una hora. Tengo algo importante que anunciaros.

Ya había encontrado la prueba, la maldita prueba que querían. De momento sería suficiente con aquella fotografía de la lápida del condenado tío Bastian. Ahora estaba por ver cómo reaccionaban sus hermanos ante la noticia y si eso influiría para bien o para mal en la desaparición de su madre. Aunque todavía flotaba en el aire la presencia del cuadro imposible de Gauguin. Sabiendo la fecha de defunción de su tío, tendría que comprobar si coincidía con la estancia del pintor en Tahití, aunque todo aquel asunto seguía constituyendo un molesto misterio que prefirió ignorar de momento.

Se tomó su tiempo, pidió a Coloma que le preparase el almuerzo y la mujer le sirvió una empanada de pescado y un *pa amb oli*, una rebanada de pan tostado con ajo y aceite que había sido su desayuno desde que él recordaba.

Tal vez bebió algo más de vino del que debía, pero estaba de celebración consigo mismo. Un triunfo íntimo, que no podía compartir con nadie ni lo haría por nada del mundo. El fin de las dudas, de los complejos, el fin de la infamia.

Llegó deliberadamente tarde a la reunión que él mismo había convocado. Quería que sus hermanos esperasen, quería encontrarlos expectantes, saborear aquellos rostros interrogantes. Ver el efecto de sus palabras en Alejo y Aurora. No perder de vista a Ada. *Soy el primogénito de Hugo Fortuny y Laia Kane. Ahora ya no hay lugar para los sucios rumores.*

En cuanto divisó la fábrica de perlas se dio cuenta de que algo iba mal. Varios coches ocupaban la entrada y reconoció entre ellos el de Fausto Galmés. También los coches de la familia. Algunos chóferes esperaban dentro de los vehículos, otros mataban el rato apoyados

sobre el capó, fumando. Cruzó el patio, donde se escuchaba el rumor de las máquinas y la algarabía habitual de las perleras. La fábrica funcionaba aquellos días con la normalidad que él mismo había impuesto, pese a las circunstancias. Subió las escaleras del edificio de oficinas y entró en la sala de reuniones.

No esperaba lo que encontró.

A Fausto con la mirada circunspecta, las manos en los bolsillos, mirándole con cara de condolencia. A Alejo sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, tapándose la cara con las manos. Derrumbado. A sus hermanas, Ada y Aurora, con el rostro congestionado, el rímel corrido, llorando sin disimulo frente a los hombres.

Tragó saliva. Quería escuchar la noticia. Que alguien tuviera los arrestos de decírsela en voz alta. Convertirla en real y no en un prolongado mal sueño.

—Fausto —se limitó a decir.

—Tienen que acompañarnos todos, los cuatro hermanos y la criada, que fue la última que la

vio con vida.

*Con vida*, se repitió Denis, incrédulo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Denis. Por lo visto, el resto de sus hermanos ya había sido informado de los detalles.

—Vamos hacia el norte de la isla, a la Sierra de Levante, pasado Artá. A la ermita de Belén —contestó Fausto, sin dejar de observar su reacción.

—¿A la ermita de Belén? ¿Y qué se nos ha perdido allí, si puede saberse? —preguntó sin voz, con la garganta seca.

—En realidad vamos al despeñadero. Necesito que identifiquen lo que hemos encontrado.

## 14 LA CABAÑA

*Bastian*

*Papara, noviembre de 1890*

Llegó la noche, cuando todos los maoríes se despedían en silencio y enfilaban sus pasos descalzos hacia sus chozas. Entonces la playa, los senderos y el bosque de cocoteros se quedaban como en suspenso hasta la mañana siguiente. Ningún nativo osaba salir de su cabaña en la oscuridad por miedo a los *tupapau*, y entonces la soledad de la isla era enteramente mía.

Yo fingí retirarme también a mi choza, pero no me acosté en mi estera. Me limité a esperar un par de horas y salí, con la enorme perla negra oculta en los pantalones. Me deslicé hasta la cabaña de Timi y Faimana, que resoplaban como morsas, y me acerqué al jardín, donde estaba enterrado el cuerpo de Manu. Todas las mujeres maoríes dormían con su lámpara de aceite encendida. Eran incapaces de dormirse en la oscuridad, y el resplandor que provenía de su candil fue suficiente para que me orientase.

Aquella tarde, con la luz del día, había memorizado el lugar exacto de su tumba, ya que

apenas habían colocado una pequeña estatuilla de piedra de un ídolo de grandes ojos. Así que me puse a cavar con mis propias manos hasta que toqué el cadáver. Le puse la perla en la mano rígida y la volví a cubrir de tierra. Jamás ningún maorí se atrevería a buscar mi perla allí. Aunque lo hubieran sabido, ninguno de ellos, con su temor ancestral a los cuerpos de los muertos, habría accedido a tomar mi perla de la mano del difunto Manu.

Terminaba de aplastar la tierra de la tumba cuando vi una sombra acechándome. Me levanté de un salto y corrí hacia ella, dispuesto a hacer pagar cualquier precio, humano o divino, por mantener mi secreto. No supe quién era hasta que la alcancé. Laia Kane, más muerta que viva, se dejó atrapar de puro cansancio.

—Salí de madrugada de Papeete. Aquí no me encontrará —se limitó a decir.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, acercándola a la luz de la cabaña de mi madre.

Portaba un vestido blanco de encajes, como las francesas de la isla, pero llevaba los bajos

embarrados y su aspecto era deplorable.

—¿Necesitas que te lo cuente? —contestó en voz baja, cruzando los brazos sobre el pecho.

No, no lo necesitaba. Tenía verdugones en los antebrazos, aunque su padre no le había tocado la cara. Quise matarlo y herví de una rabia ciega que no sentía desde hacía mucho tiempo.

La llevé a mi choza, en silencio, con mil argumentos en la cabeza para renunciar al mal paso que Laia Kane estaba dando. Pero no dejaba de pensar: *Ha venido a mí, a mi cabaña. Tal vez sea posible, tal vez debamos intentarlo.*

Nos sentamos frente a frente, sobre la estera, manteniendo las distancias aún, creo que midiéndonos.

—Entonces... ¿te has fugado de la casa de tu padre?

—Así es —contestó, sin apartar de mí la mirada.

—Laia, sabes que si pasas una noche aquí conmigo no habrá marcha atrás. Tu reputación lo pagará el resto de tu vida.

—Soy consciente. No voy a volver con mi padre y este es el sitio donde quiero estar ahora mismo.

*Este es el sitio donde quiero estar*, me repetí. Me costaba creerlo y tragué saliva. Siempre la consideré fuera de mi alcance, nuestras coordenadas vitales eran antagónicas. Laia era alguien a quien mirar y admirar detrás de los vidrios de un escaparate, terreno vedado para mí. Pero allí la tenía, en mi cabaña, y aquella simple verdad rozaba lo improbable. Pensé en ella, calibré las consecuencias en la colonia y todas eran negras y apestaban.

—Si doy el paso y te acepto aquí será con todas las consecuencias. Pueden prenderme, tu padre puede enviar a los gendarmes a buscarte...

—Bastian —me interrumpió—, cuando mi padre me ha puesto la mano encima lo único que he pensado ha sido en salir corriendo. He cruzado la selva durante horas hasta dar contigo. No quiero estar en otro lugar más que en esta cabaña. Estoy deseando hacer esto

desde que monté en ese tranvía de Sídney.

—Yo también, Laia. No he tenido otra cosa en la cabeza desde entonces —reconocí, y las negociaciones terminaron. Por fin, de una vez por todas.

Quisiera haberla desnudado con calma, como una dama merecía, pero ambos teníamos demasiada urgencia. Busqué su beso, ansioso, y me encontré a una mujer experta, que entendía el juego de mi lengua, que se balanceaba con la misma carencia que mis impulsos, todavía ambos medio vestidos. Me arranqué la camisa por la cabeza, despreciando botones, y cayeron después vestido, enaguas y medias. Y por un momento frené, mirándola desnuda por primera vez, excepto por los mitones de encaje blanco.

—Si supieras las veces que he soñado que desnudaba tus manos —susurré, recuperando el aliento y sin dejar de mirarlas—. ¿Me dejarás? ¿Pido demasiado?

Ella reprimió un jadeo, con la respiración entrecortada. Era la primera tregua de la batalla, quedaba noche aún.

Frente a frente, ambos de rodillas y separados por medio metro, tan solo iluminados por la luz aceitosa de una lámpara que ya se consumía. Como dos animales que se tantean antes de cruzarse.

—Nunca antes lo he hecho... Todo lo demás sí. Pero nunca he quedado desnuda del todo sin los mitones.

Lo había intuido y aquello me volvió loco de apremio.

—¿Por qué las ocultas? —me atreví a preguntarle.

—Porque estas llagas que ves las provocan los nervios, y ya sabes dónde acaban las mujeres con histeria. Estuvieron a punto de encerrarme en un sanatorio, cuando era niña. Mi madre encontró la solución de los mitones para salvarme.

Escurté sus manos en busca de alguna marca, algo que justificara su turbación.

—Tus manos están perfectamente. Yo no veo llagas, ni siquiera cicatrices.

—¡No finjas que no ves nada! —gritó,

nerviosa, apartándolas de mí—. ¿Por qué me estás haciendo esto? Eres la primera persona que las ve desde que soy niña, ¿por qué finges no verlas?

—Tranquila, Laia, no quería decir eso. Tranquila, tranquila. Quiero decir que no me importa, que para mí es igual. No me horrorizan, no me parecen monstruosas.

Aquella fue la primera vez que vi algo irracional en Laia, un desequilibrio antiguo, muy bien oculto, que solo salió a la superficie aquella noche en la que tantas decisiones estaba tomando.

*No me importa, Laia. No me importa, pensé.*

—Nada de palabras esta noche, Laia.

Y por fin se calmó y confió en mí. Frotamos nuestras pieles, tan similares como la lija y el terciopelo, hasta sacarnos brillo. Nos embestimos de todas las maneras posibles entre aquellas cuatro paredes de paja, hasta caer exhaustos de madrugada.

Aquel primer día a mi lado Laia se ocultó en la selva, después de que yo marchara a la factoría de perlas. Temíamos la ira de su padre, creímos que la mandaría buscar por toda la isla, pero no se presentó nadie preguntando por ella. Pasamos la primera semana con cierta intranquilidad, siempre temiéndonos lo peor detrás de cada ruido de la maleza, pero finalmente llegó la calma y una deliciosa rutina se instaló entre nosotros.

Siguieron días de vino y rosas. Laia me esperaba al final de la jornada y dejé de visitar tan a menudo a Hugo porque solo teníamos tiempo para nosotros dos. Le conté la verdad a mi hermano y él la recibió con un gesto tenso de desaprobación. Papeete nos sobraba y la prudencia sugería que no me acercase demasiado a la capital. Al principio oculté a Laia también de las miradas curiosas de los maoríes, pero acabamos aceptando que todo el mundo se había enterado y que nadie iría a Papeete a contárselo al cónsul inglés, pese a la novedad de

tener a una *popa* viviendo en una choza vecina.

Durante aquellas semanas vivimos a base de *taro* y de pescados. Laia odiaba no haberse traído libros, así que releía en francés las dos novelas de Pierre Loti, creo que hasta sabérselas de memoria. A veces la encontraba aburrída en la choza, sin ganas de unirse a las otras mujeres maoríes que se juntaban en corros con sus millones de flores a tejer coronas. A ella no le entretenía el trabajo manual y no sabía muy bien qué hacer para llenar sus días de horas. Pero yo aquello no lo veía, solo tenía ojos para la mujer que tenía a mi lado, distinta a las que antes había conocido, más adulta y más amiga, menos remilgada y con tanto sufrimiento como yo a sus espaldas.

Nos acostumbramos a adentrarnos en el solitario interior de la isla, a dar largos paseos hasta las Tres Cascadas, donde retozábamos juntos al amanecer antes de que yo partiese hacia la factoría de nácar de Titi Salmon. En ocasiones nuestras excursiones nos llevaban hasta la meseta de las naranjas, un valle donde

aún resistían los pocos naranjos silvestres que habían sobrevivido a una plaga que, décadas atrás, había acabado con todas las plantaciones de naranjas de Tahití. Nuestras caminatas se fueron haciendo cada vez más exigentes, más arriesgadas, pese a que Timi y el resto de los maoríes comenzaron a mostrarse recelosos con nosotros cada vez que partíamos hacia alguno de sus montes sagrados.

En una ocasión escalamos hasta un pico abrupto, el Te Hena, el más alto que habíamos intentado hasta entonces. Fue Laia quien se empeñó en llegar tan lejos, hasta que coronamos la cumbre y nos sentamos, agotados, justo al borde de la pared vertical desde la que se dominaba toda la costa oeste de la isla, envuelta en brumas aquel día.

—Es como el cuadro de Friedrich —susurró, como si aquello significase algo para ella.

—No sé si puedo darte la razón, Laia. No sé mucho de pintura.

—Existe un cuadro, *El caminante sobre un mar de nubes*, que me recuerda demasiado a

este paisaje. En él un hombre rubio, de espaldas, vestido con traje negro y bastón, contempla el resto de las cumbres desde un pico que podría ser este. Es un cuadro muy intenso —me explicó y se colocó peligrosamente al borde justo del precipicio.

—No sabía que te gustara la pintura.

—Se puede decir que sí, que en algún momento amé la pintura y ella me amó a mí —comentó para sí misma.

—Laia, deberías apartarte. No tienes al diablo, anda —le pedí, alargando el brazo hacia ella varios pasos por detrás.

—Me atraen los precipicios y los acantilados —continuó, ignorándome—, en Menorca también los buscaba. Es como estar a punto de algo, ¿no crees?

*De partirte la crisma, pensé.*

—Seguro que sí, ¿y ahora vas a hacerme el favor de ponerte a salvo? —insistí, algo inquieto.

Laia se mantenía erguida sobre la roca, giró la cabeza hacia mí y me sonrió confiada.

—Ven, Bastian. Fabriquemos un recuerdo

inolvidable. —Y me lanzó una mirada que no pude obviar.

Me senté en el borde de la piedra y ella se sentó sobre mí, a horcajadas, de espaldas al abismo. Se retiró el vuelo del vestido y me montó mientras yo mantenía nuestro precario equilibrio sujetándome por los dos a los salientes de la roca.

—Laia, si te mueves nos caemos —pude decir, al borde de mi propio abismo.

Me sostuvo la mirada. Nunca la había visto tan salvaje, tan feliz.

—Si nos caemos nadie nos encontraría allí abajo —me contestó, casi como un reto.

Tuve que atraerla hacia mí cuando terminó de cabalgarme y quedamos tumbados, uno junto al otro, mientras caía la noche sobre nosotros y las brumas se despejaban hasta dejarnos dormidos bajo la mansa noche tahitiana.

Llegó la madrugada y esperé a que despertase. Me había decidido, o tal vez no tuve que pensarlo mucho. Tal vez era solo una consecuencia lógica, un sendero, un camino.

—Sé mi *vahiné* —le pedí, tumbado junto a ella sobre el césped de la cumbre.

—No sé lo que es eso —se rio.

—Sé mi esposa, mi mujer, mi amiga. Ni siquiera hace falta una ceremonia. Simplemente di que quieres serlo. Con eso nos bastará.

—¿Y no aspiras a nada más?

—¿Te refieres a un traje blanco, un sacerdote y un carromato engalanado de flores? Dime, ¿qué tiene eso que ver contigo y conmigo? No nos representa. Lo que somos juntos es más grande que unos votos.

—Sí, pero todo sentimiento hay que acabar oficializándolo.

—Pues haces que suene horrible —bufé.

—Bastian, no voy a rogarte matrimonio. No he sido educada para rebajarme.

—Entonces, no me lo pidas. —Me senté, molesto, y le di la espalda.

—A esto le debería seguir una petición formal por tu parte.

—Laia, Laia, Laia... —suspiré, girándome hacia ella—. Yo no soy de esos hombres, no

sirvo para fumar puros en el Club Militar, ni para darte un hijo cada año, ni siquiera puedo estar seguro de que dentro de un año pueda mantenerme, ¿cómo podría educar a nadie? No creo que tuviera nada que enseñarle.

—Sí que tienes, eres el hombre más admirable que conozco —contestó a mi espalda, apoyando su cabeza en mi hombro.

—No te burles.

—No lo hago, tienes dotes de sobra para hacerte con esta colonia, como ha hecho tu hermano.

—Pues ve con él —dije de mofa.

—No, es contigo con quien quiero estar.

—Lo sé, lo sé. Es solo que... ¿no te basta con ser mi *vahiné*?

—No soy una salvaje.

—No te digo que lo seas. Ni siquiera pienso que Timi y Faimana lo sean.

Suspiró y miró al frente, pero sus ojos estaban más allá de aquellos riscos.

—Ese es el problema, que no crees que lo sean. Que te veas igual que ellos, que te

conformes con esto.

—Laia, sabías dónde venías...

—Lo sé, lo sé. No te digo que me haya arrepentido, solo que no creo que debamos seguir aquí para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo —contesté.

No quería discutir. Me limité a levantarme y comenzar el descenso, sin ganas de volver a retomar la conversación ninguno de los dos.

Tal vez lo que hicimos aquella noche en el monte Te Hena ofendió a los dioses y por eso nos condenaron a lo que estaba por venir.

## 15 EL *MARAE*

*Laia*

*Faaa, noviembre de 1890*

Seguí a Bastian por un antiguo sendero que la maleza había ocultado hacía mucho tiempo. Él estaba silencioso, más que de costumbre, y eso

viniedo de Bastian era mucho decir. Los últimos días había estado incómodo y ausente, desde que bajamos de aquel monte. A mí todo lo que fuese isla me sobraba, pero me forzaba a soportar las incomodidades de vivir en una cabaña, de tener solo un vestido y unos botines inadecuados, de poder hablar incluso con menos personas que en la colonia, donde al menos tenía la inquebrantable amistad de la señora Goupil. Pero había sido mi decisión, si volvía con mi padre sabía lo que me esperaba. Y Bastian, su tranquila presencia, sus ademanes siempre cálidos y el hombre en el que se convertía por las noches era todo lo que yo le pedía a la vida.

Por fin llegamos a una explanada de césped con una extraña plataforma construida con piedras negras y redondas, como huevos gigantes de pájaros antediluvianos. Era como el inicio de una pirámide truncada, una construcción antigua, más que nosotros, más que cualquier colono.

Bastian espió mi reacción, a mi lado. Y me besó con esa boca seca que ya conocía. Sabía a

sal, como un viejo marinero, pero ese era su sabor y su olor por aquel entonces, y lo prefería al de las calderas del barco, cuando le conocí.

—¿Dónde me has traído, Bastian?

—Es un *marae*, un recinto sagrado. Aquí ocurría todo: coronaban a los reyes, sacrificaban a los enemigos, rogaban a sus dioses... Aquí ocurría la vida y la muerte. ¿Qué puede haber más sacrosanto en toda la isla?

No le entendí. Le notaba enfadado, pero no le acababa de comprender.

—¿Adónde quieres llegar? Tendrás que explicármelo, y también qué es lo que te separa de mí estos días. No quiero que lo que somos ahora se lleve la amistad que tuvimos. Bastian, ¿qué te ocurre?

Le noté dudar entre el enfado y la confesión. Pero Bastian era así, blanco, sin pliegues donde ocultar un disimulo.

Así que me llevó hasta el *marae* y nos sentamos como si estuviéramos en un banco de un paseo de Mahón.

Lo observé, preocupada. Él se pellizcó el

punte de la nariz, apretando los párpados.

—Llegados a este punto, hay algo que debo contarte. Algo que solo tú escucharás, porque no volveré a relatarlo. O más bien no creo que lo soporte —dijo entre susurros, pese a que fácilmente no había un alma a diez kilómetros a la redonda.

—No sé de qué estás hablando, Bastian.

—Ocurrió por primera vez cuando llevaba unos meses interno en el colegio de los Agustinos de Felanitx. Imagino que al principio se limitaban a estudiarnos y elegir a los adecuados.

*No, por Dios*, pensé, tragando saliva. Había escuchado esas historias de terror de los conventos y los internados. Soñé con ellas toda mi infancia, desde que viví con la amenaza de acabar también recluida en una de aquellas instituciones.

—Solo los retraídos, solo los delgaduchos —continuó, sin mirarme en ningún momento—. Eran dos, se turnaban. El padre Pere y el padre Bautista. Uno alto como una escalera, el otro

obeso como un queso de bola. La Aguja y el Ovillo. Yo era muy crío cuando todo empezó, pero siempre me resistí, aunque me molían a palos. Sé que otros internos se hacían los mansos, no fue mi caso. Creo que por eso me llamaban a sus celdas con más frecuencia, con más inquina. Yo solo soñaba con crecer, ser más alto y fuerte que ellos, que llegara el día glorioso en que los pudiera dejar medio muertos de una buena tunda. Pero los años pasaban lentos, veía a mis padres y a Hugo una vez cada muchos meses, en las fiestas navideñas y en Pentecostés. Jamás les conté nada, no habrían creído a un niño o tal vez mis padres habrían muerto de vergüenza. Fue entonces cuando los internos mayores empezamos a organizar luchas entre nosotros, a escondidas. Había demasiada rabia en aquellos puñetazos imberbes para tratarse de un colegio de curas. Todos sospechábamos que a todos nos lo hacían, pero nadie confesó jamás que algo innoble estuviese sucediendo entre aquellos pasillos helados.

Dejó de hablar y tomó aire de nuevo, como si

quisiera expulsar un trozo de bilis, o la bilis entera.

—Por entonces creía en Dios, le creía una presencia protectora. Durante años dejé que me consolara en mi cabeza cuando la Aguja o el Ovillo me devolvían destrozado al dormitorio común. Después me volví más exigente. Rezaba todos los días, le pedía que aquello acabase, «de cualquier manera», rogaba yo. Me daba igual, quería su intervención divina. Creo que al final ya no eran rezos, eran retos. Reté a Dios, Laia. Le dije que no creía en su existencia, que jamás se manifestaba. Que si era cierto que creó a los hombres, ya no bajaba nunca cuando se le necesitaba.

—¿Y qué ocurrió?

—Que Dios respondió y mi suplicio terminó. Así de sencillo. Yo le pedí algo y Dios me lo concedió.

—¿Cómo?

—Envió una epidemia de tifus a Manacor. Ocurrió en el año 1879, mi madre fue una de las primeras víctimas. Yo tenía catorce años. Dos

semanas después fue mi padre el que falleció. Mi hermano Hugo tenía ya la mayoría de edad y vino a buscarme al colegio para llevarme de vuelta a nuestro piso alquilado. Me explicó que se encargaría de mí, pero no ganaba como para pagarme los estudios, así que me puso a trabajar junto a él en las vidrierías Gordiola. Y esa fue la manera en que Dios resolvió mis problemas. Mató a mis padres y me libró de los curas. La última vez que pisé una iglesia fue en el funeral de mi padre. No he vuelto a pedirle nada a Dios ni he vuelto a dirigirme a él desde entonces; no creo que vuelva a hacerlo. Pensamos muy diferente acerca de cómo solucionar un problema.

Tomé aire. Él miró al vacío.

—Y ahora tienes que prometerme que jamás se lo dirás a Hugo. —No acerté a saber si era orden o súplica. No era necesaria, en todo caso.

—De esas cosas no se habla, Bastian.

Procuré alejarle de su infierno con mis abrazos y con palabras dulces. Su incomodidad inicial dio paso poco a poco a una sonrisa de

alivio, camino de vuelta a su choza.

Aquella noche nos amamos igual, pero un poco distinto. La chispa no prendía y nos sentíamos torpes, casi cansados, como ancianos que cumplen con sus deberes maritales.

—Ahora mi cuerpo te parece indigno, ¿verdad? —dijo por fin Bastian, retirándose de mí—. Porque fue usado sin mi permiso y se hicieron con él actos degradantes.

—No es eso, es solo que la noticia me ha aturdido. Tengo que asumir lo que te ocurrió —dije, tendiéndome a su lado sobre la estera y recuperando mis mitones.

—No necesitas disimular ante mí, Laia. Ahora que lo sabes te parece que está sucio. Lo sé. A mí también me ocurre, no me he podido quitar esa sensación de suciedad nunca.

—¿Por eso nunca te has casado?

—Por eso nunca lo he buscado. Me juré que no lo compartiría con nadie y hoy he roto la promesa que me hice, pero no me siento mejor. Al contrario, tal vez haya sido un error compartir esa carga contigo. Tal vez cada uno deba cargar

con su propio equipaje.

—Tal vez —pensé en voz alta.

Yo tampoco le hablé jamás de mi infancia, ¿cómo me miraría si supiera la verdad? Estaba de acuerdo con Bastian, quizás era un error saber tanto el uno del otro. Yo no tenía la capacidad de curarle por lo que le hicieron y ahora compartíamos un sucio e incómodo secreto.

Más tarde, con el prisma de los años, lo comencé a ver como un generoso regalo. Aquel día en el *marae* Bastian me permitió ver una de sus múltiples aristas y despejar una de las incógnitas acerca de quién era Bastian en realidad, qué o quiénes lo habían hecho así.

Y yo no supe aprovechar ese regalo.

## 16 EL VIENTO PIEL ADENTRO

*Denis*

*Artá, noviembre de 1929*

Nadie habló durante el trayecto. Varios coches partieron en peregrinación hacia el pueblo de Artá por una carretera pedregosa bordeada de setos bajos. Después aparcaron a medio camino de la ermita de Belén.

El día había salido frío y todos los hombres se subieron los cuellos de sus trajes al bajar del coche. El viento de la tramontana soplaba molesto y nadie estaba de humor para admirar el paisaje.

Denis ni se percató, iba concentrado en el roce de sus zapatos londinenses con el camino de barro seco, el mismo barro que había manchado el mitón recuperado de su madre.

—No lo entiendo, no puede ser ella —susurró a Fausto, que se había colocado a su lado durante la subida—. Se la vio en el camino de Felanitx, yendo en dirección sur. Sea lo que sea lo que hayan encontrado, tiene que pertenecer a otra persona. Si hubiese rectificado y desandado sus pasos para dirigirse hacia el norte, alguien la

habría visto, era pleno día, ¿verdad?

—Si en algo tiene usted razón es en la cantidad de incógnitas nuevas que se nos abren ahora mismo. ¿Se subió a algún coche y ese es el motivo por el que nadie la vio por el camino a Artá? Si así fuera, ¿se subió de manera voluntaria o la subieron? Pero hay otra pregunta, la más importante de todas.

—¿Y cuál es, Fausto? ¿Cuál es?

—Se la diré en cuanto usted vea lo que tenemos que enseñarle.

Después de dos horas de caminata llegaron a lo alto del pico de Sa Talaia, donde les esperaban los miembros del equipo de búsqueda, además de varios policías y algunos compañeros excursionistas de su madre. Pero no vieron nada más. Los cuatro hermanos y Coloma, que subía con pasitos pequeños y mucha fatiga por las empinadas cuestas, buscaron sin éxito algo que les diera una pista de lo que habían encontrado

allí, pero no se veía más que hierba abrasada por el viento, que jugaba con los vestidos de Ada y Aurora, y finalmente optaron por llevar en la mano sus sombreros *cloche*.

—Bien, ¿qué tenemos exactamente aquí, Fausto? —se obligó a preguntar Denis.

Lo que Denis se preguntaba en realidad era si le faltaban pocos minutos para que su vida cambiase para siempre. Para ese «antes» y ese «después» que divide las biografías en dos.

Para el momento más duro de su vida.

Y lo fue. Lo que llegó a continuación le segó el presente, le dejó definitivamente solo en el mundo, sin la presencia protectora que suponía tener a los progenitores vivos.

—Hemos encontrado el cuerpo de una mujer en el fondo del barranco. No podemos acceder hasta ahí abajo, son unos ciento cincuenta metros de desnivel. Nuestros equipos han intentado el rescate pero no hay manera de bajar sin que alguien se despeñe. Me temo que van a tener que identificar a su madre desde aquí arriba. Aquí tienen unos prismáticos del

ejército, cuélguelos del cuello, pesan mucho y se les pueden caer —dijo Fausto, tendiéndoselos a los hermanos.

Hablaba lentamente, como si recitara una lección bien aprendida. Sabía que Denis no escucharía ni la mitad de sus palabras. Que se quedaría con algunas —cuerpo, mujer, barranco, madre, rescate— y que tendría que repetirle varias veces la situación hasta que se hiciera cargo de ella.

—Y ¿por qué piensan que es nuestra madre? —intervino Alejo, con una voz que no parecía la suya, sino la de un niño grande.

—Acérquense con cuidado al borde de la pared, por favor. Para eso les hemos llamado —indicó Fausto con un gesto—. Desde aquí se ve un vestido negro y una estola de piel negra, que coincide con la descripción que la señora Coloma Riera nos hizo de las prendas que llevaba puestas su madre el día de la desaparición.

—Tengan cuidado, vayan uno a uno. El viento hoy es muy traicionero —advirtió uno de los

montañeros.

El equipo miraba a los hermanos Fortuny con una mezcla de lástima y de precaución. Algunos de ellos llevaban cuerdas al hombro y los arneses aún colocados, pero habían decidido, después de discutir las diferentes vías, no bajar por la pared. El rescate era inviable y el cuerpo debía quedarse ahí.

Alejo fue el primero que se acercó, con el miedo en el rostro y tomando mil precauciones. Ninguno de los cuatro hijos había compartido la afición de su madre por las excursiones a la montaña. No se sentían cómodos al borde de un precipicio.

Se agarró a un arbusto y estiró el cuello. Tomó los prismáticos y miró a través de ellos. Enseguida retrocedió, espantado. Los miró a todos con los ojos y la boca muy abiertos, horrorizado por la visión.

—Puede... puede que sean sus ropas. Desde aquí arriba se ve el cuerpo muy de lejos. Ada, Aurora... —les ordenó—. Vais a tener que acercaros vosotras, yo no soy capaz de decir si

ese vestido era suyo. A mí todos los vestidos de viuda me parecen iguales.

Aurora le miró como si fuese a fulminarlo con un rayo y dejarlo allí mismo como un árbol partido, seco y sin vida.

Coloma se unió a las dos hermanas y las tres mujeres se acercaron, apoyándose las unas en las otras con cada paso que daban hacia el borde. También estiraron la cabeza y se asomaron al fondo del barranco. Los prismáticos circularon de mano en mano, primero Aurora, después Ada, por último la criada. La anciana se tapó la boca con la mano para reprimir un grito y volvieron blancas como aparecidas, más muertas que vivas.

Coloma asintió, pero fue incapaz de concretar nada más, pese a que Fausto la sometió a una larga batería de preguntas.

—Es su vestido, sin duda. Y es su estola. No creo que en toda Mallorca nadie más haya hecho teñir de negro una estola de piel de marta cibelina —dijo por fin Ada.

—El cuerpo está boca abajo, pero parece sin

duda su madre, tiene su altura y su compleción —añadió Fausto.

Denis había permanecido aparte, observándolos a todos con mirada incrédula. A los policías, a los montañeros, a sus hermanos.

—Tiene que aclararme eso de que no se puede acceder al cuerpo, ¿nadie va a rescatarlo? —preguntó, temblándole la voz de rabia.

La rabia era una buena opción. Mejor sentir rabia que todo lo demás.

Entonces se adelantó uno de los miembros del Club Excursionista, el mismo que les llevó el mitón de su madre a la Ca d'Or.

—Me temo que eso no va a ser posible —dijo el hombre—. ¿Sabe usted algo de alpinismo, ha oído hablar de los intentos por coronar el Everest?

—Mi madre habla a veces de esos temas, pero reconozco que nunca le he prestado atención —contestó Denis—, ¿adónde quiere llegar?

—¿Ha oído hablar entonces de George

Mallory y Andrew Irvine?

—Sí, aunque no por mi madre. Son los alpinistas británicos que desaparecieron a pocos metros de la cima hace cinco años, ¿verdad? En Londres no se hablaba de otra cosa aquel verano, son los héroes nacionales desde entonces —respondió Denis.

—Así es. Pero aunque la prensa solo hable de ellos, hay muchas expediciones anónimas que llevan años intentándolo. ¿Sabe usted lo que se cuenta en el mundo de la montaña? De esas anécdotas que no salen luego en los periódicos porque nadie financiaría una expedición si supiera lo peligroso que es realmente subir. Verá, los que han intentado el ascenso cuentan que los cadáveres congelados de los montañeros que se han quedado por el camino sirven de mojones. Es imposible recuperarlos debido a que nadie tendría fuerzas para arrastrar el peso de esos cuerpos montaña abajo con tan poco oxígeno y no hay expedición que sufrague ese coste. Así que es habitual que los cadáveres queden allí, abandonados para siempre, a pocos

pasos de las rutas de subida.

—Oiga, mi madre no puede quedarse ahí abajo sin recibir cristiana sepultura, y la financiación, como usted la llama, no va a ser ningún problema para rescatarla —bramó Denis.

—Me temo que no me he explicado bien. No es una cuestión de dinero, ni de que traiga a los mejores escaladores del mundo. No se puede bajar ahí abajo, es así de simple —dijo el hombre, encogiéndose de hombros.

—Yo compraría el terreno y lo vallaría para que esto no se convierta en una peregrinación insana de curiosos o de la prensa, que vendrán. Créame, Denis, vendrán —intervino Fausto de nuevo—. Pueden ustedes ocultar el cuerpo haciendo traer un camión con un remolque de tierra y arrojarla desde aquí arriba para sepultar el cuerpo. Luego pónganle una cruz aquí mismo y construyan un pequeño santuario para la familia. El alma de su madre descansará como merece.

—No puede quedarse ahí —repitió Denis,

ensimismado. En realidad, no se lo decía a nadie en particular. Parecía que le hablaba al viento.

Fausto se lo llevó aparte, le apoyó la mano en el hombro y se inclinó sobre él, tratando de calmarlo.

—Me temo que sí —le dijo—. Esto no es una decisión empresarial, amigo. No puede bajar a por su madre.

—Sí, sí que puedo —rugió Denis, zafándose del estupefacto policía con un rápido movimiento que nadie esperaba.

Después corrió hasta el borde del barranco, mientras varios policías se movilizaban para intentar detenerlo, pero él comenzó a descolgarse por la roca desnuda antes de que nadie llegara hasta él para impedirselo.

Notó la piedra helada en las manos, pero se agarró por instinto a un saliente a la altura de los ojos. Los zapatos no ayudaban, la suela de ambos pies resbaló en la recta pared y se quedó colgado, sujeto solo por los brazos, que del esfuerzo se tensaron y empezaron a temblar.

Escuchó varias voces: sus hermanos, los

policías, Fausto... Ya no estaba al alcance de todo aquello, había descendido demasiados metros con el primer impulso y no había espacio para que otra persona bajase a por él.

Por primera vez en su vida Denis tuvo conciencia de estar en peligro, en un peligro real. Se hallaba a demasiados metros del suelo como para sobrevivir a una caída, pero de todos modos, y venciendo el vértigo que sentía en la boca del estómago, se atrevió a mirar hacia abajo.

Allí vio por primera vez el cuerpo. Un vestido negro con mucho vuelo, ahora mecido por el viento. Un trozo de piel de animal, negro y mullido. Desde su altura no se podían apreciar más detalles, pero Denis sabía que no olvidaría nunca la visión de aquel cuerpo castigado por la caída, porque había en él algo tétrico, como si fuera la rúbrica de la muerte. Se quedó tan impresionado que olvidó dónde estaba y se soltó la mano derecha para taparse la boca, en un gesto involuntario de dolor. Pero la realidad se impuso y le trajo al presente. Ahora tenía como

único agarre su brazo izquierdo y su cuerpo se zarandeó como un muñeco de peluche a merced del viento.

Pero corría otro viento, peor, aún más frío, piel adentro.

Encontró un hueco donde agarrarse con la mano derecha, algo más abajo, junto a un pequeño arbusto, un zarzal seco que le magulló una mejilla, el párpado y parte de la sien.

Entonces lo vio.

*No, no, no, no*, rogó Denis, sin saber a quién se lo pedía.

Atrapado en una pequeña zarza estaba el otro mitón de su madre, desgarrado y ensangrentado. Ahora ya no había dudas: el cuerpo que veía bajo sus pies, casi ciento cincuenta metros más abajo, era el de Laia Kane.

*Al menos luchó por no caerse, se aferró al arbusto*, pensó, como si aquella deducción rápida le consolase.

Y tal vez no hacía falta que Denis tomara la decisión de dejarse o no caer con ella, estaba atrapado, incapaz de subir o seguir bajando. Tal

vez aquel era también su destino: dejar de luchar y yacer en el fondo del barranco, junto a su inseparable madre.

Nunca le gustaron los objetos desparejados.

## 17 EL MENSAJERO

*Bastian*

*Papara, febrero de 1891*

Aquellos días los viví fuera del tiempo, pero creo que según el calendario gregoriano pasaron casi tres meses. Un mediodía le preparé a Laia una comida dentro de la laguna. Colocamos entre risas a quince metros de la orilla una mesa que improvisé con cuatro palos y un tablón y un par de sillas desechadas de la factoría de Tati Salmon, y comimos cangrejos asados con el agua llegándonos hasta la cintura. Las rayas, mansas como un rebaño de ovejas, se nos acercaban en busca de restos de comida y

nosotros buscábamos sus bocas a tientas en sus caras blancas de fantasmas.

Fue entonces cuando escuchamos los cascos de un caballo que se acercaba. El jinete era mi hermano, con un traje impoluto de colonial, el bigote de mariscal y uno de los sombreros de paja que tejía Faimana para su negocio. Nos miraba con ojos graves y supe que algo terrible había pasado. Laia se me adelantó, saliendo del agua con la falda empapada. Se empeñaba en seguir vistiendo a la europea y jamás quiso ponerse uno de tantos pareos que le ofreció mi madre maorí. Cada pocos días lavaba en el mar el único vestido que había traído y a diario trastabillaba con el tacón de los zapatos reventados con los que recorrió tantos kilómetros la noche que vino a mí.

—Si te ha enviado mi padre, dile que no pienso volver a su casa —increpó Laia a mi hermano, cuando todavía ni se había bajado del caballo.

Hugo desmontó y se quitó el sombrero con gesto serio. No se anduvo con rodeos.

—Señorita Kane, siento ser yo quien le dé la noticia, pero su padre ha muerto.

—¿Cómo? ¿Muerto? —susurró. Sus rodillas se doblaron y la recogí antes de que cayera desmadejada sobre la arena.

—Los gendarmes aún están con sus pesquisas para aclarar el suceso, pero han encontrado su cuerpo cosido a puñaladas y abandonado entre las piedras del malecón del puerto de Papeete. —Carraspeó y se obligó a continuar—. Todos creen que ha sido un altercado con malas compañías o tal vez un negocio con la persona equivocada.

Laia tuvo la dignidad de no llorar y yo la admiré una vez más por su gesto. Se zafó de la ayuda de mis brazos y se giró hacia mí, mirándome sin verme.

—Tengo que volver a Papeete y solucionar varios asuntos —me dijo.

—Por supuesto, voy contigo. Pasemos por el despacho de Tati Salmon y le pido permiso para no trabajar hoy. Se lo compensaré otro día.

—No —me cortó—. No es necesario,

Bastian. Dame..., dame unos días. Necesito encargarme de todo esto sola. Cuando haya acabado volveré.

Acaté sus deseos, aunque me costó hacerlo.

—Por supuesto.

Miré a mi hermano, que nos observaba circunspecto. Mientras Laia montaba en el caballo, me acerqué a él y le susurré:

—Ayúdala en lo que puedas, ¿de acuerdo? Que no se la coman viva en la colonia.

—Haré lo que pueda —me contestó Hugo.

Luego mi hermano me abrazó y montó sobre el caballo, en el espacio que Laia le había dejado a su espalda. Se alejaron al galope y yo recogí los restos de nuestra última comida.

Me metí en la cabaña y pasé la tarde leyendo un capítulo de *El matrimonio de Loti* para despejarme. En la novela, Pierre Loti abandonaba Tahití rumbo a su Europa natal y su joven *vahiné* se volvía loca del dolor, dándose a la mala vida en Papeete y tomando decenas de amantes occidentales. Contaban que la muchachita nunca volvió a ser la misma y que

vagaba por las calles desiertas de la capital con la mirada perdida y un gato negro le seguía siempre los pasos, como a una vagabunda.

La cala se había quedado aquella tarde en silencio y fue la primera vez que sentí el vacío que dejó en mis rutinas la ausencia de Laia Kane.

## 18 LA HERENCIA

*Laia*

*Papeete, febrero de 1891*

Fueron pocos los notables que se dignaron venir a la fría ceremonia. El gobernador Lacascade y su sonrisa burlona, Auguste Goupil y su esposa, el alcalde Cardella sin esposa y Tati Salmon, el patrón de Bastian, en representación de la familia real tahitiana. El sacerdote católico recitó una breve homilía hablando de los vicios humanos y la perdición en el Paraíso. Hugo

ofició una vez más de traductor y me facilitó que al menos después del funeral de mi padre, cuando unos rostros nada tristes se acercaron para cumplir con la obligación del pésame, no estuviese pendiente de recordar frases mal memorizadas del francés.

Aproveché la ocasión para citar a Goupil en mi casa y encargarle la gestión de los trámites de la herencia de mi padre. No encontré una persona más indicada: era abogado y dominaba también el inglés debido al origen británico de su esposa. Así que localicé entre sus papeles el sobre cerrado que debía ser abierto tras su muerte y esperé a que el abogado se presentase la mañana siguiente.

Goupil abrió el sobre que le tendí y estudió los folios con la estrecha caligrafía de mi padre durante un buen rato, mientras con la mano izquierda jugueteaba con las finas puntas de su canoso bigote.

—Me temo, señorita Kane, que su padre fue muy tajante en cuanto a las condiciones para recibir su herencia. Si bien no exigía condición

alguna para sus hijos varones, hoy fallecidos, tal y como usted misma ha mencionado, puso como *conditio sine qua non* que sus hijas estuvieran casadas por la Iglesia católica para heredar.

—¿Casadas?

—Así es. No es la primera herencia de la que me encargo que impone los mismos planteamientos. Y no se lo tome a mal. Se trata solo de un exceso de celo de un padre preocupado por sus hijas. Le recomiendo que busque esposo enseguida, la herencia ha de hacerse efectiva en quince días a contar desde que se ha leído; es decir, hoy mismo. En última instancia y si usted no cumple con esta condición para heredar, la herencia iría a parar a las arcas de la Corona británica según el deseo expreso de su padre, y Su Majestad la Reina Victoria ya es suficientemente rica, ¿no le parece?

Bastian vino a visitarme dos días después.

Dos días con sus noches de puro pensar y medir mis escasas opciones.

Entró en el salón con su pantalón de faena y su eterna camisa, que ya no era blanca ni gris, sino del color de la miseria. Y pensar que todo aquello podía acabar, que podía compartir con él mi dinero y vivir toda una vida sin preocupaciones...

Pero mi orgullo pudo más. Le hice sentar, sin dejarme abrazar. No estaba para fiestas ni caricias. Recité de memoria el bochornoso discurso que había preparado en mi cabeza. El que nunca pensé que me correspondería pronunciar.

—Ahora mi padre ya no es un problema, Bastian. No hay nadie que vaya a negarse a nuestro matrimonio. Te dije que fui educada como una dama y una dama no ruega. Solo quiero decirte que ahora es el momento. Ahora es el maldito momento para que me lo pidas.

A Bastian le cambió el semblante, apretó la mandíbula. Pareció disgustarse.

—No creí que fuese necesario explicarlo. No

después de haberte confesado lo que ocurrió años atrás. No me volveré a arrodillar delante de ningún sacerdote, ni siquiera en la misa de mi boda. ¿No escuchaste nada de lo que te conté? —gritó, perdiendo los nervios por una vez.

—Aquello fue el pasado, Bastian. Esto no tiene nada que ver con Dios. Ni con mi padre. Es entre tú y yo.

—Eso es lo que yo digo, y tú metes a Dios y a los curas una y otra vez. No me fío de Dios, no le prometeré unos votos. Quién sabe lo que puede hacerme ahora, o hacerte a ti, o hacer con nosotros si me pongo en sus manos otra vez.

—¿Tonterías! —grité yo, perdiendo la paciencia—. ¡Sé un hombre y di que no quieres estar ya más conmigo, que unos pocos meses te han bastado para cansarte de mí!

—¿Cansado de ti? ¿Pero tan ciega estás? —Se mesó los mechones claros, en un gesto de desesperación—. Laia, desde el principio te tuve en la cabeza a todas horas. Pero después de estos meses tengo claro que eres todo lo que

quiero en esta vida. No me importaría estar casado si hubiera otra manera que te sirviera, no tengo nada en contra de los ritos, pero no quiero que Dios ni la Iglesia católica tengan nada que ver en mi vida. Formaron parte de lo peor de mi pasado y no voy a agachar la cabeza y dejarme hacer. No lo hice siendo un niño, no va conmigo. Esto es lo que soy, Laia. No estoy negociando.

La voz de Bastian sonó amarga, pero yo ya le conocía y sabía que estaba decidido. Y no quise contarle el asunto de la herencia, no quise contarle que en dos semanas me quedaría sin nada, sola en Tahití sin familia, sin dinero, sin modo de ganarme la vida en una colonia hostil.

—Una vez supiste llegar a mi cabaña —dijo, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Ya sabes dónde encontrarme cuando arregles tus asuntos y estés preparada. Yo no voy a marcharme de allí.

Los dos iguales: orgullosos, incapaces de ceder. Con ideas de cómo vivir nuestras vidas tan divergentes que se intuía difícil caminar por el mismo sendero.

Aquella misma tarde me visitó Hugo. Me encontró ensimismada, tomando un refrigerio en la galería trasera, hecha un manojito de nervios. Su excusa fue que quería adelantar nuestra clase de francés, pero lo cierto es que aquel día y los sucesivos no me dejó ni a sol ni a sombra. Su presencia, sus modales, sus atenciones sirvieron en parte de bálsamo para calmarme y acabé contándole, ahorrándome los peores detalles, todo el asunto de la herencia de mi padre y de la negativa de Bastian.

—Es cierto que desde que salió de aquel colegio no ha pisado una iglesia, imagino que por su rebeldía juvenil, y aquí en Tahití tampoco me ha acompañado a misa, pero este asunto es otra historia. Esto es cosa de hombres y está siendo un gañán. Entiendo perfectamente tu agonía, Laia —dijo, con semblante severo—. Una mujer no debe suplicar. Pero soy el cabeza de familia, le obligaré a casarse contigo.

—No, no así, no de este modo. No voy a obligarle ni quiero que le obligues. Bastian es como es. Me habría sido más fácil revelarle la situación precaria en la que me encuentro, imagino que así habría accedido a un matrimonio. Pero no quiero que él se case conmigo a regañadientes para salvarme. Por Dios, qué humillante es esta situación.

Hugo tembló de rabia y dio un puñetazo en la mesa de mármol, levantándose.

—Lo que habría dado por que hubieras venido a mi habitación a refugiarte y no a su cabaña.

—No, Hugo, no lo hagas —murmuré para mí, pero él me escuchó.

—¿Por qué, yo no soy él, no soy suficiente? ¿No ves lo que me esfuerzo, no ves las posibilidades?

Le miré, atónita.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—De medrar en esta colonia corrompida —afirmó, alisándose las solapas de su traje—. Yo puedo ayudarte y tu dinero me puede ayudar a mí. Seremos un matrimonio respetable, borraré

tu mancha y nadie en Papeete volverá a murmurar de ti. No lo harán si eres mi esposa. A mí me respetan demasiado y todos quieren estar a bien conmigo ahora que les consigo sus caprichos.

*No estás proponiéndomelo, Hugo. Dime que no lo estás haciendo...*

Pero Hugo continuó, se sentó de nuevo, me tomó la mano, rozó el mitón y yo la retiré, en un gesto reflejo, casi molesto. Esos ojos oscuros se endurecieron.

—Debes saber una cosa, solo te lo voy a ofrecer una vez. Hay otras damas en esta colonia, lo sabes. Y si aceptaras mi matrimonio, debes saber que seguirá habiéndolas. Soy ese tipo de hombre, aunque soy discreto. Pero no voy a parar por ti y necesito el dinero ya, los intereses de Goupil me están ahogando. Tienes menos de dos semanas para decidirte, hay otra mujer que está pendiente de mis avances y no puedo permitirme dejarla pasar.

—Jeanne, la hija de Goupil —pensé en voz alta. La pobre chiquilla andaba enamoriscada del

capricho español desde el día que desembarcamos en Papeete y no había visita que no hiciera a su madre en la que no me preguntara por Hugo Bontemps con aparatosa timidez.

—Así es. Un buen partido, como ves. Me facilitaría mucho la vida, tal vez su padre aflojaría el nudo que me tiene puesto alrededor del cuello. Dos semanas, Laia. Cuando se resuelva la herencia de tu padre y te quedes sin nada no te recibiré en estos términos, salvo si deseas ser mi amante, y no pienso mantenerte.

—¿Cómo puedes, siquiera, hablarme en esos términos? —repliqué, ofendida.

—¿Te vas a permitir el lujo de ser una sensiblera, en estas circunstancias? La realidad llamará a tu puerta mañana y te desahuciarán de la mansión del cónsul.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, lívida. Ni siquiera lo había pensado.

—Tu padre ya no está, enviarán a otro cónsul desde Inglaterra o dejarán su mansión vacía, pero puedes estar segura de que en breve no

podrás seguir viviendo en esta casa.

—No —repliqué, fingiendo aplomo—. La reina tardará en enterarse, le escribiré una carta informándole del fallecimiento de mi padre, pero tardará tres meses en llegar por barco a Inglaterra. Tengo tiempo para pensar qué hacer. Y en cuanto a tu propuesta, no quiero ser el segundo plato de nadie. Elegiste a Águeda, en Sídney, estábamos las dos pero la elegiste a ella. Y lo entiendo, Águeda era una versión más perfecta de mí.

—Ni por asomo —me interrumpió—. Era una coqueta vacía e insufrible.

Después de lo que había visto en Sídney me sorprendió que pronunciara aquellas palabras sin apenas pensarlas. Si era capaz de ser el pavo real desplegando sus plumas que vi en el tranvía, ¿hasta dónde podía llegar su capacidad para el fingimiento?

—Entonces, ¿por qué fuiste tras ella? —Águeda se estaría revolviendo en su tumba, si la hubiese tenido.

—La elegí a ella en todo caso porque estabas

demasiado pendiente de Bastian como para intentarlo.

—¿Yo, pendiente de Bastian? No tenía conciencia de ello —repliqué, azorada, girando la cabeza y negándole la mirada de pura vergüenza.

Hugo corrió la silla y se me acercó, sin disimulos. Me habló casi al oído, como una mala conciencia.

—Te educaron para disimular, pero por lo visto te perdiste la lección aquel día —susurró.

—¿Él..., él lo sabía?

—Bastian apenas se da cuenta de esas cosas. Es un ermitaño, le sobra la gente a su alrededor, vive recluido en su interior y le basta con eso. Él no te va a necesitar nunca, Laia. Métetelo en la cabeza.

Lo tenía muy cerca, respirando prácticamente el mismo aire que yo. Y pude entender al resto de las mujeres del planeta, que le perseguían con la mirada y ansiaban sus atenciones allá donde iba. Su presencia, todo él, desprendía una rotunda masculinidad, casi animal. Tan intensa

que prácticamente aplastaba y se imponía a todo lo demás.

—Pero no olvides que tú eres mi primera opción. No soy un hombre romántico. Después de la conquista no vas a escucharme frases dulces ni seré de abrazos tiernos. Pero tú, Laia, eres la primera. Siempre lo has sido, desde que te vi subir con toda tu familia por la pasarela del muelle de Marsella. Aquella madrugada llevabas unos mitones blancos de encaje. Yo también embarcaba, pasé a tu lado con mi petate, te rocé y tú no te diste ni cuenta, aunque Águeda dejó caer su limosnera de plata y yo me tuve que agachar a recogerla. Allí empezó a lanzarme sus dardos de niña presumida, acaparándolo todo. Pero tú, siendo su hermana pequeña, siempre has sido mucho más mujer que ella. Más sensata, más comedida, como si fueses más anciana, como si hubieras vuelto de alguna guerra. Hasta que lo echaste todo por tierra escapándote con Bastian.

*Basta*, me estaba mareando de tanta proximidad. Me aparté de él con un gesto tal vez

demasiado brusco, me levanté y le di la espalda.

—No sé si creerte, Hugo. No sé si creerme nada.

—¡Maldita sea! —gritó, perdiendo la paciencia y levantándose a su vez—. No te dejas seducir, estás cerrada porque solo tienes a mi hermano en la sesera, pero ya ves lo que te ha hecho, el muy cobarde, te ha deshonrado y se niega a casarse contigo. ¿Qué futuro te va a dar, aquí en la isla? Acabarás asalvajada como él, vistiendo uno de esos trapos y hablando como los canacos. ¿Es que no sueñas como yo con volver a España?

La pregunta me cogió desprevenida. Pensé en mi isla por primera vez en meses y fue como comer un limón, la boca se me llenó de saliva amarga.

—No podría volver a Menorca —dije por fin. De nuevo la vergüenza—. Mi padre dejó allí su propia herencia podrida.

—Pero sí a Mallorca, conmigo, a su debido tiempo. Volveremos, Laia. Esa es mi intención, pero volveremos siendo ricos y respetables.

Y vi en él una determinación que en esos momentos me pareció casi pueril, pero con los años aprendería que aquel gesto era el que definía a Hugo: su capacidad para pensar en grande y ejecutar sus fantasías como si ya estuvieran escritas en un libro de precisas instrucciones.

—¿Me estás pidiendo que traicionemos a Bastian, que le abandonemos?

—¿No nos ha abandonado él ya a ambos?

Yo temblaba solo de pensarlo. No le miré cuando le eché de la que todavía era mi casa.

—Tienes que irte. No se me dan bien las traiciones.

—Eso es porque hasta ahora has tenido las necesidades cubiertas, querida.

Se ajustó los gemelos, se centró la corbata, se alisó el pelo ondulado atrapado bajo la gelatina de petróleo capilar y abandonó el jardín. No sin antes decir, sin girarse:

—Dos semanas. Eso es todo.

*Denis*

*Artá, noviembre de 1929*

Finalmente, uno de los montañeros descendió hasta Denis con un arnés y una cuerda que le pasó con mano diestra sobre el pecho y le rodeó el tronco. Después aseguró el nudo y silbó a los compañeros para que le izasen. Denis sintió un tirón seco que le oprimió los pulmones y subió como un peso muerto. Los salientes de roca y los arbustos secos le iban arañando el traje de lana inglesa. Él ni se molestó en evitarlo. Se desharía del traje, no pensaba volver a usarlo. En otras circunstancias se habría sentido terriblemente humillado por dar aquel espectáculo del que sin duda hablarían en toda la isla. Pero al primogénito de los Fortuny unas miradas de mofa por parte de sus vecinos ya le daban igual. Apretaba en el puño el guante

desgarrado de su madre.

Cuando alcanzó la cumbre y pudo incorporarse, se encontró con varias docenas de ojos ansiosos puestos sobre él.

*No podré con todo, no podré con esto*, se sorprendió pensando. Le irritó aquella muestra suya de debilidad. No era alguien que se inhibiera ante un problema, pero aquello no era un problema, sino un cambio vital. Estaba solo, huérfano ya de madre.

Se desató el nudo lo más dignamente que pudo y tiró con rabia el mitón al suelo. En otros tiempos ya pasados habría parecido que retaba en duelo a todos los presentes. Pero para ellos tuvo el efecto de una negra confirmación. Ya no había dudas.

El cadáver del barranco era Laia Kane.

Mientras sus hermanos, Coloma, los policías y los montañeros se inclinaban sobre el mitón, Denis sintió un vértigo intenso en el abdomen, salió corriendo y se ocultó tras un arbusto. Nunca tuvo un estómago delicado, y creyó recordar, avergonzado, que era la primera vez

en su vida adulta que vomitaba.

Fausto se acercó, solícito y un poco preocupado.

—No se lo diga a mis hermanos —le susurró Denis al oído—, pero al bajar y ver el cadáver desde más cerca me ha parecido que... He visto algo en el cuerpo que...

—¿De qué se trata?

—Me ha parecido que tenía el cráneo destrozado —dijo por fin, todavía inclinado y tomando aliento.

—Denis, desde esa altura y dado lo irregular del terreno donde cayó su madre, es muy probable que una piedra le reventara la cabeza. Lo siento, amigo. Es normal que se le haya puesto tan mal cuerpo. Pero olvídense de eso ahora, hombre. Bastante tiene con lo que tiene.

*Sí, bastante tengo.* Pero recordó su conversación minutos antes, cuando subían a la cima del barranco.

—¿Cuál era la pregunta pendiente, Fausto?

—La más obvia, me temo: ¿se tiró su madre por voluntad propia, fue empujada por alguien o

se despeñó en un descuido? Es decir: ¿suicidio, homicidio o accidente?

La prensa local, nacional y las publicaciones especializadas en el sector de la joyería se hicieron eco de la noticia. Los llamativos titulares se agotaban en minutos y en Mallorca no se hablaba de otra cosa.

## LA FAMILIA FORTUNY NO SE LIBRA DE SU MALDICIÓN

Yernos muertos, desapariciones misteriosas, el oscuro pasado en Menorca del propio padre de la finada. Al igual que las matriarcas de otras dinastías malditas, Laia Kane nos deja con un reguero de preguntas sin respuesta, desde el misterioso exilio de su familia en la exótica Oceanía, incluidas las muertes de su madre y hermanos debido a una epidemia, hasta su

reciente desaparición con resultado de muerte, levantando un mar de sospechas en su entorno cercano.

Lo que la ciudadanía quiere saber es: ¿quién mató a Laia Kane?

Días después tuvo lugar el funeral por el alma de la matriarca. Asistieron todas las personalidades de Mallorca y de la península. Alcaldes, políticos, joyeros, empresarios y hasta las actrices que lucían sus perlas en las películas. Todas las perleras acudieron con sus familias. Abuelas, madres, hermanas, hijas, nietas. Varias generaciones que habían pasado su vida en los talleres de fusión y en las secciones de pulido lloraban a su patrona. Una marea de trajes y vestidos de luto se arremolinó en la entrada de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores de Manacor. De aquel día se dijo que jamás se había visto tan llena ni a los manacorenses tan circunspectos. El toque de difuntos se escuchó por toda la ciudad, sobrecojiendo a muchos. Los últimos tres

tañidos de las campanas, separados y solemnes, indicaban lo que todo el mundo ya sabía: que la difunta era una mujer.

Los cuatro hermanos Fortuny llegaron en coches separados. Después de atender a todas las autoridades se colocaron en la primera fila de bancos de la iglesia frente al altar. Alejo y Denis a la izquierda, con traje y brazaletes negros. Aurora y Ada en los bancos de la derecha, el de las mujeres, ocultos sus rostros tras las mantillas de pico con encaje de blonda negra.

Fausto y sus hombres habían llegado a la iglesia mucho antes de que la multitud desbordase la nave central y las capillas laterales. Se habían apostado detrás de las columnas, desperdigados entre los asistentes. Todo transcurrió dentro de los parámetros de la normalidad, hasta que acabada la misa, justo después de la bendición del obispo de Palma, tres individuos que habían logrado acercarse al banco de la primera fila dando discretos codazos a los asistentes rodearon a Alejo. Ocurrió en el mismo momento en que la muchedumbre

comenzó lentamente a salir a la calle, y a casi todos pasó desapercibido excepto a Denis, que se encontraba junto a su hermano y fue testigo, con gran extrañeza, de cómo le hicieron un gesto brusco pero discreto con la cabeza indicándole que les siguiera y cómo Alejo obedeció sin mediar palabra, perdiéndose entre el gentío en dirección a la salida de la iglesia.

Dos semanas después Denis recibió la visita de Fausto Galmés en su despacho de la fábrica. Fausto no se anduvo por las ramas, parecía cansado ya de un caso que no acababa de esclarecerse.

—Estoy investigando económicamente a su hermano Alejo —masculló mientras tomaba asiento frente a la mesa de Denis—. ¿Sabía que solicitó un préstamo a la Caja de Ahorros y el director se lo denegó porque el proyecto de un campo de tiro no le parecía viable?

Había varios aspectos que a Denis no le

encajaban, pero optó por una respuesta prudente.

—Yo no lo veo tan mal —respondió, encogiéndose de hombros—, en Mallorca hay afición al tiro.

—No para algo tan megalómano. Por lo que me ha dicho el director, las dimensiones y el lujo de su proyecto no son realistas, más bien son fantasías y desvaríos de un niño rico que no sabe lo que valen las cosas ni lo que cuesta devolverlas.

—¿Y por qué estamos hablando usted y yo de los negocios de mi hermano? —le interrumpió Denis, de mal humor—. ¿Qué tiene que ver con la muerte de mi madre?

—A eso iba. Mire, tengo en seguimiento a su hermano desde la desaparición de su madre y puedo decirle que no frecuenta buenas compañías últimamente. Gente opaca, no sé si me entiende. Sé que usted se percató del episodio del funeral, estaba a su lado y lo tuvo que ver marcharse escoltado. Tengo mis sospechas, pienso que detrás de los matones que

le sacaron de la iglesia el otro día anda gente que presta con intereses mayores que la banca.

—¿Prestamistas? —Denis casi se rio—. ¿Usted no conoce el alcance de nuestro patrimonio?

—Tal vez, y estoy elucubrando... Tal vez le pidió ese dinero a su padre y este se lo negó, antes de fallecer. O tal vez hizo lo propio con su madre, una vez enviudó, pensando que lo conseguiría. De ahí sus prisas por inhabilitarla.

Denis lo negó con la cabeza, quizá más por orgullo que por convencimiento. Pero repasó los hechos y lo cierto era que Alejo se había comportado con más apremio que sus hermanas, como si tuviera más urgencia que el resto por resolver el asunto de la herencia. Cuanto más lo pensaba, más probable le parecía. Tal vez Fausto le leyó el pensamiento, porque detectó en su sonrisa comedida una leve satisfacción.

—Uno de los hombres que lo acompañó amablemente a la salida de la iglesia está fichado y lo conocemos bien en todas las comisarías de Mallorca —prosiguió el policía—.

Pero él no es el pez gordo. Suele hacerle el trabajo sucio a un tal Martell, un malparido bastante escurridizo. «El Martillo», le llaman otros. No tenemos ficha policial de él, nadie lo ha visto nunca físicamente y no podemos identificarlo, pese a que hemos seguido la pista a todos los apellidados Martell de la isla, pero todos parecen estar limpios, tanto que yo siempre había creído que se trata de una leyenda local entre los maleantes a la que recurren cuando les apretamos las tuercas en las celdas, usted ya me entiende. «Martell me lo ordenó, y nadie puede negarse a Martell». «Prefiero el presidio a volver ante Martell sin el encargo terminado», me ha llegado a decir algún desgraciado cuando ya no le quedaban fuerzas para resistir otra tunda. Como ve, si es cierto que existe ese Martell, desde luego es una escoria muy peligrosa. No quisiera estar en la piel de su hermano si le debe dinero...

Denis se giró en su butaca y se quedó mirando a través de la ventana, cansado de disimular una fortaleza que aquellos días le había abandonado.

Le sobraba todo, le sobraba Fausto y también aquella investigación que no llevaba a ningún lado.

—Le agradezco su confianza hacia mí y que haya venido a compartir sus sospechas, Fausto. Manténgame informado de sus avances. Por mi parte haré lo que esté en mi mano para saber qué o quién llevó a mi madre a la muerte.

Aquella afirmación no era del todo cierta. El hecho de que alguno de sus hermanos fuese sospechoso de la muerte de su madre era un plato demasiado indigesto y lo apartó de su mesa.

Fausto captó la indirecta disimulando una mueca y ambos hombres se despidieron con un correcto apretón de manos y las miradas tan cansadas que optaron por evitarse.

Denis quedó solo en su despacho, ojeando las láminas de prototipos de joyas dibujadas a mano y a acuarela. Desde pequeño le habían fascinado el tacto del papel cebolla y el trazo suave de los diseños. Ahora los miró con hastío, ya no le decían nada y se sintió incapaz de

decidir en ese momento cuáles pasarían a formar parte de la colección de 1931.

En apenas dos meses había perdido a su padre y a su madre. A sus consejeros, a sus confesores, a sus cómplices. Estaba solo y una persistente sensación de vértigo lo había mantenido tumbado en la cama los últimos días. La vida de repente se había tornado árida, gris, y por primera vez se preguntó si quería seguir siendo durante el resto de su vida un empresario persiguiendo más cuota de mercado para sus perlas falsas o habría llegado el momento de preguntarse cómo quería realmente vivir su vida.

Bajó a la planta de la fábrica para despejarse, pero el rumor de las máquinas lo aturdió, ¿cómo había podido ignorarlo?, ¿cómo podían las perleras soportarlo durante catorce horas todos los días? Prefirió alejar ese pensamiento volviendo a los prototipos de los joyeros, pero eran joyas falsas engarzadas en perlas falsas, ¿a eso dedicaba su vida? ¿Por eso había renunciado a tener una familia, hijos?

Las mujeres le aburrían y él las aburría a ellas,

no tenía amigos íntimos y su casa estaba decorada como un hotel, impersonal y funcional. Ningún recuerdo, nada propio.

*Después de mí no quedará nada. Un funeral, eso es todo. No voy a trascender,* pensó, y por primera vez no le importó. Ser olvidado y reemplazado en los titulares en pocas semanas, como su padre, después de todo lo que había hecho por Manacor. Intentó recordar un momento en toda su vida que no hubiese estado centrado en las perlas de imitación y no lo encontró. Eran su medio, su oxígeno. Pensó en abandonar Mallorca durante una temporada, viajar a otros países, pero las suites de los hoteles le parecían ahora frías, conocidas, copias todas de la misma. Y por primera vez sintió claustrofobia de su vida, de Europa, de Estados Unidos. Todo el mundo que conocía se le quedaba pequeño, tan hueco como las perlas que él vendía.

Ya no se hablaba con sus hermanos, excepto con Ada, que para su sorpresa acudía todos los días puntual a la fábrica y se iba encargando de

pequeños cometidos con tal humildad y eficacia que Denis casi agradecía su presencia, sino fuera porque la cuenta atrás avanzaba y el asunto de la herencia y el cuadro seguían pendientes. Cada vez que Denis recordaba que Ada se sentó frente a él, junto a los mellizos, aquella mañana, dudaba si confiar en su hermana pequeña o mantenerse alerta en su presencia.

Había decidido no contar a sus hermanos el hallazgo de la tumba del tío Bastian. No de momento, al menos hasta que se esclarecieran los motivos de la muerte de su madre. El estratega había tomado el control y prefirió ocultar el dato hasta el último día del plazo y mostrarles la prueba que no podrían rebatir, la fotografía que demostraba que Bastian Fortuny había muerto muchos años antes de que él fuese engendrado. Esperaba que Maddox ya se la hubiera enviado.

Odiaba a su tío Bastian, lo odiaba desde pequeño, cada vez que su padre lo nombraba y contaba barbaridades de su hermano, «el

salvaje». Pero desde que había visto el cuadro, se había obligado a recordar algún detalle de sus primeros años en Tahití, y él siempre había creído que conoció a su tío Bastian.

Al menos recordaba la figura de un hombre que le enseñó a nadar, a partir cocos de un golpe seco contra una estaca clavada en la arena, a juntar y separar las rodillas tan rápido que ningún colega europeo sabría imitarlo. Una danza que se sorprendía bailando desde niño cuando estaba a solas y contento, y que había acabado reprimiendo, avergonzado. ¿Quién era aquel hombre, el que le enseñó todo aquello, si no era su tío Bastian, si llevaba muerto una década cuando él nació? Y ¿por qué, en todo caso, sentía aquella rabia ciega cada vez que se mencionaba a Bastian Fortuny? Si era sincero consigo mismo, totalmente sincero, no lo odiaba solo por las barbaridades que su padre contaba de su hermano, había algo más. Un motivo que justificaba el rechazo visceral que le salía de las tripas cuando escuchaba aquel nombre maldito.

La respuesta le llegó una madrugada, durante

la duermevela. No la comprendió, pero se escuchó a sí mismo, de niño, pronunciándola:

«Porque nunca viniste a buscarme y me hice adulto el día que comprendí que no volverías a por mí».

## 20 LA NUEVA PIEL

*Bastian*

*Islas Marquesas, marzo de 1891*

Pasaron los días y no sabía nada de Laia. Un día Tati Salmon me llamó a su despacho y me pidió que viajase a Hiva Oa, en las islas Marquesas. Quería que me encargase yo mismo de negociarle las últimas partidas de gin Xoriguer para que su nombre no apareciese en la transacción y me pareció una propuesta razonable.

Y también apetecible.

Me estaba asfixiando en Tahití, me estaba

asfixiando en mi cabaña. Me resultaba difícil conciliar el sueño por las noches, tumbado sobre las mismas fibras de paja donde Laia y yo habíamos pasado meses retozando. Qué poco le había ofrecido. Unos cuantos metros cuadrados de cañas mal sujetas, una vivienda demasiado provisional incluso para mí. La madrugada de mi partida me acerqué a la choza de mi madre, donde ella aún dormía y Timi se desperezaba en su estera. No éramos amigos de largas conversaciones ninguno de los dos, nos sentíamos más a gusto envueltos en el silencio.

—¿Me ayudas a echar abajo la choza? —le pregunté.

—Claro, yo te ayudo a hacer. Yo te ayudo a deshacer.

Tardamos poco en desbaratar el techo de pandano y derribar las paredes trenzadas. Después amontonamos las fibras de coco en un extremo del terreno. Dejamos limpia la parcela y no quedaron más que mis pocas pertenencias: algo de ropa occidental y mis escasos ahorros. Se los confié a Timi y me embarqué en una

travesía que duró ocho días hasta llegar a Hiva Oa. Tres días después embarqué de nuevo, tras haber colocado las botellas en el colmado de Ben Varney, el americano del que me había hablado Hugo. Le hablé también de mi hermano y su negocio y le conseguí un par de tratos muy ventajosos con latas de comida a las que Varney no daba salida en las Marquesas. Estaba expectante por volver a Tahití y contárselo a Hugo. También quería construir una cabaña mejor para Laia, más adecuada para una mujer de su categoría. Una semana más tarde regresé a Tahití, más calmado y con nuevos planes de futuro.

Supe que algo andaba mal por las miradas que me dedicaron a lo largo de aquel día mis compañeros en la factoría de nácar. Por fin Tati Salmon me llamó a su despacho y todos murmuraron a mi paso con la cabeza gacha.

—Venga conmigo, joven —me ordenó sin

mirarme.

La inesperada distancia en el trato me dio mala espina y yo me quedé de pie frente a él, intrigado.

—Estuve en Papeete la semana pasada —me dijo al sentarse—, invitado en unos esponsales.

—Y ¿por qué me lo cuenta?

Suspiró y me invitó con un gesto a ocupar la silla al otro lado de su mesa.

—Monsieur Hugo Bontemps y mademoiselle Adelaida Kane han contraído matrimonio católico.

Me tomé unos minutos para desentrañar el significado de aquellos sonidos que me traían una realidad imposible de digerir. Era otro hombre el que contestó con indiferencia:

—Y ¿eso es todo lo que tenía que decirme?

—Hum... sí, joven. Eso es todo.

—Como tenía que ser —me limité a añadir.

Después me subí a la piragua con Nahuro y me sumergí a por ostras. El maorí me miraba impasible cuando superé las cincuenta inmersiones. Cuando llegué a sesenta avisó a la

piragua de Timi con su caracola. Iba por sesenta y tres cuando Timi se subió a mi canoa y me impidió bajar de nuevo. Yo era más corpulento que mi hermano, pero entre Nahuro y él me inmovilizaron sin mediar palabra y Timi me amarró fuerte los tobillos con un nudo que no supe deshacer. Y así, atado de piernas y humillado, volvimos a la playa donde todos me miraban mientras fingían no verme.

Otro hombre, más antiguo y más sabio, tomó las riendas aquellos primeros días. Me permitió sumergirme y perderme. Era como un hermano mayor que no sabía que llevaba dentro, aunque para mí la palabra «hermano» estaba ya maldita para siempre. Él comía por mí, dormía por mí, hablaba con los compañeros por mí. Yo solo tenía que limitarme a inspirar y espirar aire, mover las piernas con cierta lógica para no tropezar, articular palabras con un mínimo de sentido cuando alguien se dirigía a mí.

Ese era el trato.

Mantenerme con vida los primeros días.

El Bastian que se ocultó dentro de aquella carcasa hueca estaba en carne viva, como cuando despellejan a un hombre y lo dejan abandonado en la selva para que las hormigas acaben con él. Así me sentía, desollado. Creí que cualquier salida a la superficie me mataría. De modo que me oculté dentro y no salí. Le tomé el gusto a vivir agazapado en aquella densa oscuridad.

Un día, mi madre me dijo:

—¡Qué desgraciada soy! ¡He perdido dos hijos en poco tiempo!

Yo no respondí, pero aquel comentario fue suficiente para darme cuenta de que no estaba solo con mi dolor, de que no me había vuelto invisible y mi familia veía mi calvario. Y no pude soportar, en absoluto, que a ellos también les doliese. Así que tomé una decisión, cogí lo

necesario de la choza de Faimana y recorrí como un espíritu sin vida el camino de la costa hasta la cala de Faaa.

Una vez allí me desprendí de mis ropajes occidentales y los abandoné en la arena. Me anudé un pareo, me afeité, nunca más me dejaría un bigote o algo de vello en el rostro, como el resto de los europeos civilizados. Cogí las fibras de un coco que había traído la marea y me sumergí con ellas en el océano. Me restregué la piel de todo el cuerpo, concienzudamente, eliminando todo rastro que Adelaida Kane pudiera haber tocado o mirado alguna vez en su sucia vida.

Y allí, en un rincón de la playa, mudé la piel y dejé atrás al muchacho inconsciente que había sido.

Un hombre que ya no sentía nada volvió a la arena y se encaminó hacia el puerto de Papeete.

## 21 LA NIÑA PRODIGIO

*Denis*

## *Manacor, diciembre de 1929*

Un silencio tenso se había adueñado de todo lo que rodeaba a Denis. En la fábrica, donde parecía que a las perleras les habían robado la voz. En la Ca d'Or, donde los sirvientes obedecían cabizbajos y sin el despreocupado jolgorio habitual. En su familia, donde sus hermanos se habían apartado, igual que olas que se alejan y toman fuerza antes de embestir la costa. Como si todos estuviesen conteniendo la respiración, esperando que otro acontecimiento golpease de nuevo la tranquila vida de Manacor.

Pasaron las semanas. Las nuevas rutinas se fueron asentando para todos menos para Denis. A veces se despejaba navegando en el barco de su amigo Sansón, un hombre callado y enclenque que nunca le hacía preguntas, ni siquiera cuando Denis subía a bordo a alguna actriz casada que sin duda el viejo capitán

retirado reconocía pero fingía no ver.

—Sobre la cubierta de un barco cuanto menos se hable mejor. Durante las travesías los hombres nos volvemos contemplativos. La tripulación tiene menos roces si no habla. Ahora me cuesta incluso entablar conversaciones, espero que no se lo tome a mal —le dijo Sansón la primera vez que navegaron juntos.

—No se esfuerce por mí —le contestó Denis con una sonrisa franca—, vivo rodeado de conversaciones banales.

Los ojos de ambos hombres también se sonrieron y miraron a estribor, buscando tierra firme. Y así quedó establecida su amistad. Pocas palabras, pocas preguntas... Algún favor que otro, como un asunto de papeleo turbio que el viejo capitán arrastraba y que Denis solucionó en la embajada. Mateo Sansón siempre se lo agradeció y Denis sabía que en él tenía un amigo honesto y leal.

Pero los días de faena eran otra cosa, más grises, más monótonos, salvo aquella mañana en que Denis estaba revisando los últimos pedidos de vidrio en su despacho y recibió una llamada de Red Maddox, informándole de que ya le había enviado a Manacor la fotografía de la tumba de su tío Bastian.

—Y una última cosa —dijo el detective, antes de colgar—, tal vez pueda interesarle.

—Dígame.

—Junto a la tumba de Bastian Fortuny Bontemps hay otra de un niño con una coincidencia en los apellidos y tal vez en las fechas: «Antón Bontemps Kane, nacido el 15 de noviembre de 1892, muerto el 3 de mayo de 1899». ¿Conocía usted el dato?

*¿Antón, como el hermano mayor de madre, el que murió antes de llegar a Tahití?* Era la primera vez que Denis escuchaba aquel nombre, pero más le escamaron los apellidos: Bontemps, como el apellido materno de su padre, y Kane, el de su madre. ¿De quién había sido hijo aquel niño? ¿Tuvieron su madre y su tío Bastian un

hijo que murió, antes de que su padre, Hugo, y su madre se casaran? ¿Era esa la historia? ¿Por qué murió con seis años, la edad a la que él abandonó Tahití? Deseó una vez más poder volver a hablar con su madre y hacerle todas aquellas preguntas que nunca se había atrevido a formular y cuyas respuestas ahora urgían.

Maddox carraspeó al otro lado de la línea.

—No, no conocía la existencia de ese niño —reconoció finalmente Denis, incómodo—. Le felicito por los frutos que ha dado su investigación. Me ha sido usted muy útil.

—Cuando quiera, ya sabe usted cómo contactarme.

Ambos hombres se despidieron, pero Denis se quedó con el auricular junto al oído, incapaz de reaccionar.

*Antón Bontemps Kane. ¿Quién fuiste, pequeño? ¿Llevamos la misma sangre? ¿Somos hermanos, medio hermanos, primos?*

Tan aturdido estaba que no se percató de que Ada había entrado hacía un buen rato, silenciosa y etérea, y que se había quedado esperando

pacientemente a que su hermano terminase una conversación que hacía tiempo que había finalizado. Denis se recolocó en su sillón y se obligó a dejar de pensar en tumbas. Se centró en su hermana y le dedicó una sonrisa despreocupada.

Su ayuda diaria se estaba convirtiendo en imprescindible. Su mano femenina casaba bien cuando tenía que reunir a las perleras y ordenar con sus ademanes tranquilos pero firmes algún cambio en la sala de pulido o en el taller de ensartado.

—He encontrado algo en la Ca d'Or, Denis. Quiero que lo veas, pero prefiero que Aurora y Alejo no lleguen a enterarse.

—¿De qué estás hablando, Ada? —preguntó Denis, revolviendo sus papeles y fingiendo estar distraído, todavía con cifras y fechas en la cabeza.

—Va a ser mejor que lo veas. Si te lo explico, no me vas a creer.

Así que el mismo Denis condujo hasta la hacienda familiar, con una silenciosa Ada de

copiloto. Decidió tantearla allí mismo, algo le daba vueltas en la cabeza desde la última visita de Fausto Galmés.

—Ada, ¿tú ves capaz a Alejo de hacer daño a una mujer, o a su propia madre?

Ada se giró en el asiento, incómoda, y se puso a mirar por la ventanilla.

—Te he hecho una pregunta. Puedes confiar en mí —insistió Denis.

—No me hagas hablar de eso —contestó Ada, con la voz apenas perceptible.

—¿Que no te haga hablar de qué, Ada? ¿Te ha hecho algo, es eso? —Denis tragó saliva, no quería parecer alarmado.

—No, no es a mí.

—¿Entonces?

—En Manacor siempre se ha dicho que Alejo se propasaba con algunas perleras. Yo nunca lo quise creer y padre siempre se encargó de acallar los rumores. Incluso os lo ocultó a ti y a madre, bastante manía le tenéis. Pero el otro día, el otro día... ¿Recuerdas la noche de los cirios, cuando todas las perleras se reunieron para

rezar el rosario? Una niña se quedó llorando en la fábrica. El caso es que escuché a algunas perleras que siempre van con ella. Hablaban de Alejo y me miraron de un modo extraño cuando me acerqué. Me dio muy mala espina, Denis. No he vuelto a ver a la chiquilla, no ha venido a trabajar estos días.

—¿Cómo se llamaba esa niña?

—No me acuerdo, pero miraré en los registros de personal cuando volvamos al despacho y te lo diré.

—De acuerdo, no olvides hacerlo —le dijo cuando aparcó el Chrysler junto al jardín—. Y ahora ¿vas a decirme adónde me has traído?

—A uno de los trasteros de la planta del servicio. Coloma está guardando en baúles todos los enseres de nuestra madre, a petición mía. Pensó que ese viejo trastero sería un buen lugar para trasladarlos. Ella tiene todas las llaves de la finca y por lo visto se puso a buscar habitaciones vacías donde meter tanto bulto. Esta mañana vino a preguntarme qué queríamos hacer con tanto cuadro.

—¿Con tanto cuadro? —preguntó Denis, sin comprender—. ¿Cómo que con tanto cuadro? ¿Desde cuándo tenemos muchos cuadros en la Ca d'Or?

Ada no contestó, se limitó a subir las escaleras y Denis la siguió, intrigado. Nunca había entrado en aquella estancia, en la última planta, junto a las habitaciones de los criados. Una puerta a la que le hacía falta una reforma se interpuso en el camino y Ada giró con dificultad una llave bastante oxidada. Entraron casi a tientas en una habitación abuhardillada, sin cables eléctricos que la iluminasen de noche o los días oscuros. Un rectángulo de claridad se proyectaba desde una claraboya en el techo a dos aguas de la finca.

Los ojos de Denis se fueron adaptando a la oscuridad y pudo distinguir varias docenas de enormes lienzos apilados sobre los muros de piedra sin cubrir por el estuco que enlucía el resto de las estancias del inmueble.

Ada se dirigió resuelta hasta un buró con la persiana de madeja bajada que descansaba

apartado en una esquina. La levantó y sacó viejos ejemplares de periódicos. Algunos amarillos y otros casi deshechos.

Pero Denis estaba demasiado impresionado con las pinturas como para percatarse de los movimientos de su sigilosa hermana pequeña. Separó los lienzos para verlos mejor. Casi todos le sonaban, o al menos el estilo. La mayoría eran paisajes agrestes, acantilados, montes, brumas. Otro mostraba una mujer muerta en el lecho de un río, rodeada de plantas y flores diminutas. Un trabajo pictórico meticuloso y detallista.

—Es la *Ofelia* de John Everett Millais — murmuró Ada, a su espalda.

—Yo no entiendo demasiado de arte, Ada. ¿Qué significan estos lienzos? ¿Nuestros padres eran coleccionistas de arte y no nos contaron nada? ¿O tal vez algo peor?

—Son falsificaciones, o reproducciones, si quieres. O copias idénticas a las originales. Mira, aquí tenemos *La inauguración de la Great Exhibition*.

—Reconozco el recinto, es el Palacio de

Cristal de Hyde Park, en Londres —dijo Denis, intrigado.

—Exacto. Es una obra de David Roberts, un pintor inglés que reprodujo la primera Gran Exposición Universal en 1851.

El cuadro, también de grandes dimensiones, mostraba con una acusada perspectiva un recinto abovedado de metal y cristal. El lienzo captaba con todo detalle las miles de figuras humanas que visitaron aquel día la exposición.

—Todos estos paisajes, en cambio, son copias de las obras de Caspar David Friedrich: *Los acantilados de Rügen*, *La luna saliendo a la orilla del mar*, *El caminante sobre un mar de nubes...* Son soberbios —murmuró Ada, sin dejar de mirarlos.

—Son tenebrosos —replicó Denis. Estaba inquieto en aquel lugar, aquellos cuadros le transmitían una intranquilidad que no supo explicarse ni a sí mismo—. De todos modos, este del caminante sobre el mar de nubes no está acabado. Mira, le faltan capas. El resto de los trabajos están terminados, pero este es como

si hubiera sido abandonado precipitadamente.

Denis tenía un ojo experto para los acabados. Tantos años intentando perfeccionar las treinta capas de Esencia de Oriente de las perlas le habían dado experiencia para saber cuándo a una obra de arte le faltaba todavía el pulido que la convertía en admirable.

—En todo caso, todos son autores de la escuela inglesa del pasado siglo y las copias rozan la perfección —susurró Ada, sin dejar de mirar las telas que tenían delante.

La dejó hablar, tal vez para que ella misma se autoinculpase. O tal vez no. Después se giró lentamente hasta quedar frente a ella.

—Muy bien, Ada. Y ahora es cuando me dices por qué sabes tanto de estas pinturas si en la vida te he visto visitar una galería o un museo de arte.

—He leído sobre ellas esta mañana, cuando he entrado aquí por primera vez. Está todo en las fichas, mira.

Giró el cuadro de *Ofelia* y encontró una pequeña cuartilla atrapada entre la tela del lienzo

y la tabla de madera del marco.

Le tendió a su hermano la ficha y este pudo leer el título del cuadro, el nombre del autor y el año en que se pintó el original. Después leyó otra anotación: Adelaida Kane, año 1877.

—Y esto ¿qué quiere decir, que madre adquirió estos lienzos o que se los regalaron cuando ella era una niña? —preguntó Denis, aun sabiendo que tal vez su hermana no tenía la respuesta.

—No, Denis. No se los regalaron. Los pintó ella.

A Denis se le escapó una sonrisa fácil.

—Madre. Con ocho años. Claro que sí —contestó.

Ada le tendió uno de los viejos periódicos a modo de respuesta.

—Era una niña prodigio de la pintura, por lo visto muy popular en su tiempo. Convéncete por ti mismo.

Denis tomó el periódico, que casi se le deshizo entre las manos. Desplegó el gran papel en dos y leyó una pequeña noticia que ocupaba una de

las tres columnas del *Diario de Menorca*.

## LA MOZART DE LA PINTURA

A sus ocho años de edad Adelaida Kane, hija de Anthony Kane, cónsul británico destinado en la plaza de Menorca y nieta de los marqueses de Albranca, se ha convertido en la sensación de nuestra pequeña isla de Menorca. La adorable criatura posee la prodigiosa capacidad de reproducir con arte y exactitud los más difíciles cuadros de los maestros más aclamados con una facilidad que solo los ángeles y otros seres celestiales poseen. Su maestro Thomas Cole, académico miembro de la Royal Academy of Art de Londres y amigo personal del padre de la niña prodigio, la ha instruido durante los últimos tres años, desde que se descubrió el maravilloso don que sin duda está haciendo las delicias de lo más granado de la alta sociedad menorquina. Son muchos los que se acercan con regocijo a

las funciones que los padres de la niña precoz organizan para ver a Adelaida Kane pintar con asombroso desparpajo los lienzos más sobresalientes. Al igual que hace unas décadas los vieneses acudían en masa a escuchar los vales del niño Johann Strauss y le llegaban a pedir diecinueve repeticiones, todos los integrantes de la nobleza menorquina le piden a la niña Adelaida que los retrate, aunque por lo visto su don solo le sirve para copiar obras de arte sobre un lienzo, pero no para retratar en vivo personas, paisajes o naturalezas muertas.

El resto de los periódicos reflejaban noticias similares, haciendo un seguimiento de todos los eventos donde la niña pintaba para un público exquisito.

—Por las fechas, su última exhibición fue con ocho años, y el último cuadro que se disponía a copiar era precisamente este, el del hombre de Friedrich —dijo Ada, después de revisar la

prensa que tenía en sus manos y quedarse mirando la figura sobre la cima de la montaña —. Es sublime.

—No, es pesimista —rugió Denis, sin saber por qué le molestaba tanto—. ¿Cómo pudieron obligar a una niña a pintar algo tan tétrico?

Ada se encogió de hombros, algo molesta. Ella también se había visto obligada a interpretar un papel desde que nació. Su rostro de mandíbula cuadrada había resultado fotogénico desde que los fotógrafos se acercaron a la Ca d'Or a realizar los primeros reportajes sociales de la familia. Había accedido a posar una y otra vez con los collares de cada colección anual con resignada sumisión, pensando siempre que podría haber sido como su madre, una viajera, una emprendedora, una mujer de mundo. Pero sus facciones infantiles la dejaban una y otra vez fuera del universo de los adultos. Ni siquiera ahora que sus veintiún años la habían convertido oficialmente en mayor de edad sus hermanos la tomaban por poco más que unpreciado maniquí.

Observó en silencio a Denis, consciente de

que la mala racha que estaba pasando la familia le estaba afectando más que al resto de sus hermanos. Era, por así decirlo, mucho más huérfano que ellos tres.

—Entonces pudo ser madre —dijo él, poniéndose a buscar de repente entre los lienzos que aún quedaban apoyados en la pared—. Tal vez aquí encontremos alguno de Gauguin, tal vez ese cuadro infame que me mostrasteis es de ella y...

Ada le detuvo cogiéndole del brazo.

—Eso es lo primero que pensé cuando vi los cuadros y los periódicos, pero piensa un poco. Por lo visto dejó de pintar con ocho años, y por entonces Gauguin ni siquiera había empezado a pintar. Además, por lo que decía la prensa, era buena imitadora, pero incapaz de crear nada ni de dibujar un retrato de una persona. En todo caso, Denis, no tiene ni pies ni cabeza, ¿para qué hundirte a ti, que eras su favorito?

Su hermana tenía razón, aquello no tenía pies ni cabeza. *¿Por qué nos ocultó algo así?*, pensó, molesto. Demasiados secretos para un

solo día.

—Alguien que pinta de esa manera con ocho años abandona su don de repente y no vuelve a pintar en su vida... —se preguntó Denis en voz alta—. ¿Por qué dejó de pintar? ¿Qué pudo ocurrir?

## 22 NO ME IMPORTA

*Bastian*

*Papeete, marzo de 1891*

—El lustre es magnífico —tuvo que reconocer el capitán Richardson, acercando la mecha de la lámpara de aceite de coco.

—No es magnífico, es excepcional —le corregí—. Mire la perla de cerca y podrá ver su propia imagen nítidamente. Es un reflejo perfecto, como el de un espejo. La superficie no tiene ni estrías ni surcos y es tan lisa como la piel de la mujer de sus sueños. Y apuesto a que

nunca ha tenido entre sus dedos una perla de más de quince milímetros. Pero ni siquiera eso es importante. Lo importante es el color. No es gris, mística, es negra. Mírela bien. En pocas palabras: esta gema es única, en tonalidad y en tamaño. Y usted lo sabe por muchas vueltas que finja darle.

Él levantó la mirada un solo segundo, como si le costase perder de vista mi perla.

—Así que lo único que nos queda por saber es si usted es la persona adecuada para que yo le entregue esta maravilla. Ahora mismo está sopesando en qué puertos podría encajar mi tesoro, dónde hay mercado para una joya tan insólita... —proseguí, como un vulgar embaucador.

—Yokohama —me interrumpió, después de darle un rápido lingotazo a la absenta—. Conozco a un coleccionista en Yokohama.

—¿Yokohama? —pregunté, escéptico—. ¿En el Japón?

—En el Japón, sí. A cinco mil quinientas millas al noroeste de aquí. A dos meses de navegación

en mi barco —respondió rápido, abstraído, sin dejar de toquetear la perla.

El Japón de *Madame Crisantemo*. Se me escapó una risa histérica por aquel chiste privado entre el destino y yo. Luego lo pensé mejor y no me pareció tan mala idea.

*Casi nueve mil kilómetros*, calculé de cabeza. Y cuando pensé en aquella lejanía sentí por un momento una ligereza que no había sentido en días.

—Hábleme del Japón. No de lo que cuentan las noveluchas de viajeros sentimentales, cuénteme todo lo que sepa de aquel país —le insté, quitándole mi perla y metiéndomela en los pliegues del pareo.

Estábamos en un hediondo local del puerto de Papeete donde se decía que las chicas nativas practicaban por pocos francos ciertas grotescas extravagancias. En cuanto sondeé a la parroquia di con el hombre adecuado: el viejo capitán de un vapor americano con fama de discreto y siempre abierto a los tratos inesperados y a las novedades.

Yo había pagado por una hora en una de las habitaciones de la primera planta para poder exponerle mi negocio fuera de la vista de cualquier posible mangante. Una vez entramos en la oscura alcoba que solo disponía de un pequeño jergón con las sábanas aún alborotadas y de una palangana abollada, le pedimos dos sillas y una mesa a la madama y le susurré: «Sin mujeres». La alcahueta, una *midi* de inglesa y maorí entrada en años y en kilos, se encogió de hombros, extendió la mano a la espera de mis monedas y se marchó, sin duda pensando que éramos dos sodomitas buscando un poco de intimidad.

—Veamos —dijo el capitán—, el Japón vive ahora en pleno período de la llamada restauración Meiji. Acabó su política de aislamiento, el *sakoku*, y todo ese atraso que llevaba consigo el anterior régimen, el período Edo. Las novedades están alcanzando todos los ámbitos. Pero lo más interesante de todo, amigo Bastian, es la astucia con la que están modernizando su país. Verá, han empleado

cerca de tres mil extranjeros expertos, los *o yatou gaikokujin*, en todos los campos que estiman útiles: ingenierías, navegación, enseñanza del inglés, etc..., y han enviado a sus mejores estudiantes a Europa y América. Pero luego estos vuelven y adaptan los conocimientos adquiridos al modo de ser de la nación. Todo esto que le cuento está respaldado y subsidiado por el gobierno Meiji y por las grandes empresas japonesas, las llamadas firmas *zaibatsu*, como Mitsubishi y Mitsui. En ese país todo es nuevo y aún hay para todos, es fácil hacerse rico — concluyó.

*¿Dónde he oído yo eso antes?*, pensé mientras sonreía sin ganas.

En ese momento escuchamos unos puños golpeando la frágil puerta de madera.

—¡Acaben ya! —gritó la madama—. Los clientes esperan.

Nosotros la ignoramos, Richardson bloqueó la puerta con una silla.

—El trato es el siguiente: la perla a cambio de un pasaje de ida al Japón y unos gastos de

manutención para el primer mes. Todo lo que le saque a la perla es suyo, no quiero saberlo —le dije.

—¡Hecho! —me cortó Richardson, poniéndose en pie de un salto y apretando mi mano entre las suyas.

Aún quedaba algo, un cabo suelto que debía atar.

—Y otra cosa, usted hace tratos con Tati Salmon, ¿verdad?

—¿Y quién no? Es un hombre de lo más respetable.

—Si tuviera usted que volver a esta isla, le contará que me pagué el viaje trabajando para usted en las calderas. Esta mentira forma parte del precio.

Richardson asintió, comprendiéndolo todo. Se cuadró ante mí en un gesto demasiado teatral, posiblemente debido a su melopea.

—Ahora usted es mi proveedor y le debo discreción, así pactan los caballeros —dijo, limpiándose el bigote de absentia con una manga. Después salió tambaleándose escaleras abajo—.

¡Preséntese pasado mañana en el puerto a las cinco de la madrugada, partimos hacia Auckland y no podemos demorarnos!

Llegué a la choza de Faimana de madrugada y le hice un gesto a Timi para que saliera de la cabaña en silencio.

—Prométeme algo, hermano —le dije, paseando junto a la orilla, ambos descalzos sin otro atavío que los pareos verdes de nuestra madre—. Prométeme que ni tú ni Faimana vais a decir nada. Ni a Tati Salmon, ni a los gendarmes, ni a nadie que pregunte por mí. No digáis que me he ido, no digáis adónde. Simplemente decid que no sabéis nada de mí. No quiero dejar ningún rastro, lo puedes entender, ¿verdad?

—Eso hará daño a tu hermano blanco y a la mujer de los dos.

Onatu, pensé en su lengua.

*No me importa.*

Finalmente, cuando ya no había nada más que decir, Timi y yo quedamos de pie, frente a frente, nos agarramos los brazos y juntamos las frentes largo rato, en señal de respeto.

—*A 'aupuru maitai ia na. A 'aupuru maitai ia ma ma* —le imploré.

«Cuida de ella, cuida de madre».

—Siempre lo hago —contestó.

Timi se giró y marchó a trabajar para Tati Salmon.

Entonces escuché una voz cascada a mi espalda.

—*Te reva ra 'oe* —me dijo mi madre en su lengua.

«Te vas».

Asentí.

—Dilo. Dímelo en voz alta —me obligó como a un niño chico.

—*E, te reva nei au.*

«Sí, me voy».

—Y no vas a volver.

—No.

No lloró, nunca he visto llorar a un maorí.

—He perdido otro hijo —susurró.

—Nunca te merecí como hijo.

—Eso lo decido yo.

Inútil discutir con ella, no quería herirla más.

—¿Me recordarás? —dijo, después de un espeso silencio.

—Cada día.

*De mi vida, pensé.*

La recordaría jugando en la laguna recogiendo conchas para mí; resbalando por las cascadas con las otras *vahinés*, con esa mezcla de dignidad y despreocupación a la que ninguna mujer civilizada podría jamás aspirar; sonriéndome con sus cinco dientes puntiagudos y la mata de pelo gris por la cintura. Jamás se la trenzó, ni siquiera cuando yo, su niño mimado, se lo pedía.

Y llegó el día de la partida. Recuerdo la última noche que pasé en Tahití, durmiendo en la choza con Timi y Faimana. Mi madre durmió con la

cabeza apoyada sobre mi brazo, que quedó sin sangre bajo su peso, pero no me quejé ni me moví por no molestarla ni negarle su último deseo.

Un amanecer anaranjado se encargó de darme la despedida. Embarqué sin mirar atrás, no quería tener en mis retinas una última imagen de Papeete, solo quería recordar los distritos, la auténtica isla, allí donde fui feliz. El capitán Richardson me guio con un guiño hasta mi camarote individual y allí me dejé caer sobre el camastro.

Creo que dormí demasiadas horas, porque el capitán envió a un hombre de confianza para comprobar que estaba bien. Era americano y trabajaba en una agencia de viajes llamada Cook & Soon. Gestionaba un viaje turístico organizado alrededor del mundo y por 200 guineas ofrecía un pasaje para un barco de vapor a través del Atlántico, un coche que recorría América por

etapas, otro barco de vapor a Japón y un viaje por tierra a través de China y la India. Todo aquello duraba doscientos veintidós días y él acudía al puerto de Yokohama a reemplazar a un colega de la compañía que no era capaz de seguir el ritmo del viaje. Con él aprendí un poco de inglés turístico; del idioma japonés se encargó Yuto. Era ayudante de cocina, tenía el rostro triangular, pero una muchacha habría dicho que era apuesto, no solo por la limpieza de sus rasgos, sino porque siempre sonreía y no era una de esas sonrisas estúpidas, sino de bribón a quien no se le escapaba nada.

Gracias a él aprendí los rudimentos de su lengua y su escritura.

Aprendí los caracteres *kanji* y su extraño orden de aparición, de arriba abajo y de derecha a izquierda.

Los diversos grados de cortesía, las presentaciones básicas: hola, cómo estás, mi nombre es Bastian. En japonés no existía el tiempo futuro, solo el presente y el pasado, ni tampoco había mucha noción del «nosotros».

*Este idioma es perfecto, jamás tendré que hablar de un futuro y de un nosotros, pensaba durante la travesía, cuando por las noches ahuyentaba demonios.*

¿Qué dolió más? ¿La traición de Hugo o la traición de Laia? Aún no lo sé, me he pasado la vida intentando responder a esa pregunta.

Con los años, comprendí que el dolor no se iría, así que solo tenía una salida: convertirme en otra persona. Un Bastian Fortuny que no tuviera nada que ver con Hugo Bontemps ni con Adelaida Kane.

## 23 TODAVÍA TE ESPERO

*Denis*

*Manacor, enero de 1930*

El día que su vida se despedazó para siempre empezó y terminó de la misma manera: bajando

atropelladamente las escaleras del despacho de la fábrica y cruzando el patio del aparcamiento lentamente, fingiendo su habitual indolencia hasta alcanzar su Chrysler para no ser visto corriendo. Una vez sentado al volante, las prisas tomaron el control y se olvidó de todo disimulo. Lo puso en marcha con brusquedad, arrancando un quejido de metal al motor mimado del automóvil.

La mañana había comenzado en su despacho con una llamada a su hermana Ada.

—¿Tienes el nombre de la chiquilla? — preguntó Denis, a bocajarro.

—Sí, Margalida Santos Martell. Vive en Felanitx, lo comprobé en los libros de personal. El caso es que no ha vuelto a trabajar en la fábrica.

*Maldita sea.* Denis apretó las perlas del bolsillo sin darse cuenta al oír el apellido de la joven.

—¿Has dicho Martell?

—Sí, eso he dicho.

—¿Tú has visto a Alejo últimamente? —

preguntó Denis, con la garganta seca.

—No desde el funeral de madre. Denis, ¿ocurre algo?

—Eso es lo que voy a averiguar —dijo mientras se levantaba de la silla del despacho y alcanzaba su americana del perchero—. No digas nada a nadie. Después te pongo al día.

Recorrió la carretera que separaba Manacor y Palma, una línea que dividía la isla en horizontal de este a oeste, y cuando atisbó las afueras de la capital, se desvió hacia el norte, camino de Sóller, hasta llegar a la finca de Alejo.

Aparcó en la entrada de la hacienda y se dirigió directamente al campo de tiro al plato que su hermano tenía en la parte trasera de la propiedad. Fue su regalo de mayoría de edad. Una campa de doscientos metros de radio, un aparato lanzador automático que el propio Denis encontró en una tienda especializada en Seattle por encargo de sus padres. Un trípode, unos muelles y unos hierros que costaron una pequeña fortuna.

Allí encontró a Alejo. Aliviado, Denis lo

estuvo observando sin ser visto antes de acercarse a él. Su hermano pequeño caminaba con una leve cojera, como si le costase más mover un lado del cuerpo que el otro. Dejó que Alejo disparara a los tres platos que lanzó el aparato y le abordó cuando su hermano se acercó para cargar los siguientes en el lanzador.

—Alejo, tenemos que hablar —se limitó a decirle, interponiéndose entre su hermano y la máquina.

—No lo creo, Denis —dijo él, apartándole con la escopeta.

Denis rodeó el cañón con la mano y puso el arma en vertical.

—He dicho que tenemos que hablar.

Alejo soltó la escopeta y levantó las palmas, en un gesto de rendición, pero aquel movimiento le provocó una punzada de dolor que intentó disimular.

—Tú dirás de qué quieres que hablemos —masculló.

—Para empezar explícame esto. —Denis le levantó la camisa y dejó a la vista un vendaje en

el costado—. ¿Qué te hicieron aquellos hombres el día del funeral de madre?

—Me hicieron un corte, para que no me vuelva a acercar a...

—A la sobrina de Martell —atajó Denis.

—Y no hacía falta —susurró Alejo, apilando los pequeños platos negros de arcilla y ajustando el muelle hasta dejarlo preparado—. Fui yo quien me olvidé de la chica más pronto que tarde y dejé de buscarla. Ella no lo aceptó demasiado bien, ya sabes cómo son las mujeres con los hombres de nuestra familia. Se hacen ilusiones, piensan que nos casaremos con ellas y las sacaremos de su miseria. Por eso se nos entregan tan pronto, y luego no soportan que las abandonemos.

Denis se metió las manos en los bolsillos del pantalón, chasqueó la lengua con desagrado, miró hacia un lado.

—Mira, sé la mala fama que acarreo con las mujeres, pero nunca he violentado a ninguna. Puedo ser un poco brusco y desapasionado una vez que consigo lo que quiero, pero todo el

mundo en Mallorca nos trata como si fuésemos una maldita atracción de feria. Dime que a ti no te pasa, Denis, como hombre. Dime que no estás harto de que quien se acerque a ti sea por interés: las mujeres, los amigos...

—No, Alejo. No tengo esa sensación. Procuro aportar algo más que mi dinero.

—¿Estás seguro? Dime que confías en que alguien se quedase a tu lado si lo perdieras todo.

Denis no contestó, era una pregunta que prefería ignorar. La vida pesaría demasiado si se dijera a sí mismo la verdad. Se obligó a cambiar de tema.

—¿Qué ocurrió después con esa chica?

—Que la tal Margalida vino a contarme que yo la había dejado embarazada. No es la primera vez que me vienen con ese cuento y luego siempre ha resultado ser una treta para echarme el lazo. Así que no cambié mi parecer, entonces ocurrió lo de madre. No volví a saber nada del asunto hasta que vinieron esos hombres y me sacaron de la iglesia. Y al final... ¿sabes? Para nada. Fuera quien fuese el padre ya no

representa un problema, Margalida se presentó ayer aquí para decirme que había perdido a su retoño y que ya no estaba preñada.

—Entonces, ¿no le debes nada al tal Martell?

—No sabía quién demonios era ni había oído hablar de él hasta que sus hombres me abroncaron. Ahora todo está en orden y no pienso volver a acercarme a su sobrina.

—¡Maldito seas! —bramó Denis—. A ver si empiezas a usar la cabeza. Esta isla es muy pequeña, no tienes ni idea de lo delicada que es tu situación, ¿verdad?

Alejo disparó al plato. Incluso distraído como estaba el disco estalló en mil trozos que se desperdigaron por el aire.

—¿De qué estás hablando?

—De que el inspector Galmés sospecha de ti.

Alejo se quedó lívido, el siguiente plato salió disparado hacia el cielo, pero ninguna bala detuvo su trayectoria y acabó bajando en una parábola elegante.

—¿Sospecha? ¿Sospecha de qué? —preguntó, sin comprender.

—¡De que estás detrás de la muerte de madre! ¡De que debías dinero a Martell! ¡Porque es a eso a lo que se dedica, maldita sea, Alejo! Es un prestamista, un tipo peligroso, y tú no tienes nada mejor que hacer que mezclarte con su sobrina y dejarla embarazada.

—Espera, espera... —dijo Alejo, apretando los labios—. Pero tú... ¿me crees capaz de matar a nuestra madre? ¿Crees que la encontré en el monte, al borde del barranco, y fui capaz de dispararle, a sangre fría? ¿Me crees así?

Denis jamás se había imaginado aquel escenario, pero Alejo lo pintó tan vívido que una gota de sudor frío le recorrió la espina dorsal. Rechazó la imagen y tuvo que recordar que por dentro de las venas les corría la misma sangre.

—Nadie ha dicho eso, nadie lo ha pensado, Alejo. Pero ¿por qué, de todas las muertes que pudo tener madre, has pensado precisamente en esa?

Alejo se giró, cargó la escopeta, disparó y destrozó el último disco.

Después se volvió hacia su hermano y su voz

se convirtió en un gemido.

—Porque no puedo dejar de pensar en que madre lo sabía, en que de alguna forma se enteró de que queríamos inhabilitarla y que por eso se quitó de en medio. ¿No lo has pensado? ¿Y si al fin y al cabo sí que fuimos los tres los que la matamos?

—No pienses en eso ahora. Voy a hablar con Fausto Galmés, sabes que tengo mano con él y a ti no te hará caso. Voy a deshacer el entuerto y que te tache de la lista de sospechosos. Pero no deja de ser cierto que ibais a inhabilitar a madre y que me habéis amenazado con declararme ilegítimo. Así que no pienses ni por un momento que lo he olvidado.

—Todo esto es solo por dinero, Denis. No tenemos nada en tu contra. Pero dime, ¿de qué vamos a vivir ahora Aurora, Ada y yo, si no tenemos oficio alguno?

*Así que la guerra continúa.* Apretó la mandíbula, se obligó a sí mismo a ignorar que eran hermanos.

—El favor no es gratis, solo se trata de una

pequeña tregua. Vas a tener que darme algo a cambio —dijo, con estudiada tranquilidad.

—¡Ah!, tú siempre negociando, Denis. ¿Qué demonios quieres ahora?

—Es simple. Solo quiero que me aclares de dónde sacasteis el cuadro de Gauguin.

—No lo creerías.

—Pruébame.

—Fue una mañana, semanas después de la muerte de padre. Tú estabas de viaje o inexplicablemente llegaste tarde a tu despacho. Yo me había acercado a la fábrica, por aquellos días estaba rondando a Margalida. El cartero se dirigió a mí en cuanto me vio en la entrada del edificio: «¿El señor Fortuny? Esto es para usted». Por entonces ya estábamos pensando en pararte los pies con la herencia, así que cuando vi lo que contenía el paquete, pensé que era como un milagro. Así de fácil.

Denis endureció el gesto. Sabía que se le habían coloreado hasta las orejas de la rabia.

—No, no un milagro —casi escupió—. No sé de qué te extrañas.

—No sé lo que quieres decir, Denis.

—Porque todo, Alejo, en toda tu vida, ha sido así de fácil —dijo y se volvió hacia su coche rumbo de nuevo a Manacor.

Pero Alejo se apresuró tras él, cojeando penosamente, hasta alcanzarlo.

—¿Por qué tú y yo nunca habíamos hablado así, Denis?

—¿Como hermanos, dices?

—Sí, como hermanos. Tú nunca ibas solo, siempre estabas con padre o con madre, en todo momento te vi como un adulto. Reconozco que siempre te rechazamos. Aurora siempre creyó en las habladurías acerca de tu origen. «Es un cuco en el nido», nos decía. «¿No lo veis? Un impostor, un...».

—No lo digas, Alejo. No lo digas...

Se quedaron frente a frente. Por primera vez desde que recordaban se miraron con franqueza, dos hombres descubriéndose.

—Debe de ser duro para ti —susurró Alejo—. Saber que todo el mundo piensa que en realidad eres...

Se reprimió. Por qué seguir haciendo daño.

—Aurora está en París, con Pierre Loeb —le confesó, sin venir a cuento. Se sentía demasiado culpable como para continuar con las conspiraciones—. Ella es la que alienta todo esto, ella es la que me pone la cabeza enferma. Tal vez si consigue al marchante y su dinero, deje en paz a esta familia. Yo... Si tú me dejaras intentarlo otra vez en la fábrica... Sé que lo hice mal cuando empecé, pero era un crío, un irresponsable. Déjame probarte mi valía, tengo proyectos, tengo ideas, Denis. Yo... Contigo... Si tú me enseñas...

Denis le frenó con un gesto severo y se marchó sin despedirse de su hermano, pero al girarse una ligera sonrisa se le dibujó en el rostro por primera vez en días.

En cuanto llegó a su despacho intentó localizar a Galmés, pero la secretaria le dijo que había salido al centro a festejar el día de san Antonio

Abad.

Denis había olvidado que aquel día era festivo y que toda Manacor estaba en la calle, pero le urgía dar la noticia al inspector, así que se puso el sombrero y salió en su busca. Le costó encontrarlo. Los manacorenses se habían echado a la calle, siguiendo a los músicos y rodeando a los *cossiers* cada vez que los seis danzarines paraban en mitad de la acera y ejecutaban su baile de pañuelos. Denis era consciente de que la gente le miraba a su paso. Algunos con curiosidad, otros con respeto, y le pareció ver algún gesto de aprensión. Nadie se mezclaba con él. Desde siempre había sido «el señorito Denis», su familia daba trabajo a la mitad de las mujeres de Manacor y aquello era suficiente para situarle en una esfera diferente a la de sus vecinos. Cuando llegó a la abarrotada calle del Ángel se detuvo frente al farolón donde colgaba un cartel: «Este pobre viudo está muy desconsolado, pide una limosna para ser casado».

—Pobre gigante —comentó a su lado una voz

conocida—. Este año tampoco ha habido plantada de gigantes.

Denis se giró y sonrió al ver a Galmés con un vaso de licor en la mano. A lo que Fausto se refería era al penoso accidente ocurrido tres años atrás, el día de santo Domingo. Una traca valenciana prendió el vestido de la gigante de cartón piedra que desde siempre había animado las fiestas de Manacor y el inmenso muñeco quedó reducido a cenizas en unos minutos. Desde entonces se estaba construyendo otra gigante y su compañero, un gigante de casi cuatro metros que siempre la acompañaba en el pasacalles, tampoco había salido los últimos años.

—A usted precisamente le estaba buscando—le dijo Denis, palmeándole la espalda—. Y lo de la gigante es más triste de lo que piensa en realidad, amigo Fausto. Era mi madre quien estaba financiando la construcción de la nueva gigante. Se le hizo el encargo a un escultor de Valencia, un tal Cuesta, que allí construye los ninots para las Fallas. El escultor le solía enviar

pruebas a escala a mi madre, bustos y esas cosas, para que ella le hiciese sus sugerencias. Supongo que ahora debería ser yo quien continuara con la financiación. Con todo este revuelo del funeral y la investigación ni me había acordado de este tema. Bastante he tenido con encargarme del penoso asunto de la compra del terreno donde encontraron a mi madre y del alquiler de la excavadora para sepultar el cadáver. He proyectado un vallado y una cruz, sé que a ella le habría gustado tener un recordatorio tan cristiano.

Tuvo que alzar la voz porque varios músicos se colocaron junto a ellos y era tarea casi imposible hacerse entender. Le hizo señas para que avanzasen hacia una callejuela más tranquila. Minutos después de abrirse paso entre la multitud llegaron a un extremo de la calle Mayor.

—Tengo noticias que darle. Pienso que se alegrará, porque creo que puede dar con ese tal Martell. Sospecho que se trata del tío de una de mis antiguas empleadas, Margalida Santos

Martell. Investíguelo, acabará encontrando algo.

Fausto le escrutó con ojos duros, dejó el vaso de cristal vacío en la repisa de una ventana baja.

—¿Ahora se me mete usted a policía? ¿A qué diablos viene esto?

Denis no se esperaba aquel gesto tan hostil, pero disimuló y le contó con calma todo lo que había averiguado aquella mañana: el embarazo de la perlera, la cuchillada con que habían obsequiado los hombres de Martell a Alejo y la visita que le había hecho a su hermano.

Fausto escuchó con expresión ausente, sin querer mirar a Denis a la cara en ningún momento.

—Así que no son deudas ilegales lo que tenía su hermano con Martell —masculló—. Pues nos hemos quedado sin un bonito motivo.

—Oiga, ¿no se alegra? ¿No quería una pista para dar con ese Martell? —exclamó Denis, casi ya de tan mal humor como el policía.

—Martell no es ahora mi prioridad. Desde luego que comprobaré los datos que usted me ha facilitado, pero ni por un momento piense que

me he desviado de la investigación principal.

—¿Principal? —preguntó Denis—. ¿Desde cuándo se ha convertido la muerte de mi madre en la investigación principal?

—¿Desde que recibo presiones de arriba día sí y día también, maldita sea, señor Fortuny! Su familia me va a matar a disgustos.

Denis tragó saliva. Las cartas pintaban mal. Apretó las perlas en su bolsillo.

—¿Presiones para qué, Fausto?

—Presiones para que detenga o interrogue a alguien, a cualquiera en realidad. La prensa no deja de lanzar titulares y la Policía Gubernativa no se puede permitir quedarse de brazos cruzados ante la ciudadanía. La gente quiere respuestas, Denis. Hasta que no sepan lo que le ocurrió a su madre esta ciudad no va a recuperar la tranquilidad.

De vez en cuando pasaba gente junto a los dos hombres. Un matrimonio mayor, un grupo de solteros con ganas de juerga, un músico que se había despistado. Todos miraban con disimulo hacia ellos, todos sabían quién era Denis

Fortuny, «el señorito», ahora «el señor Fortuny».

—Mire, yo no le estoy ocultando nada. Estoy colaborando en todo y le estoy dando mucha información de primera mano —se defendió Denis—. ¿Qué más quiere de mí? ¿Por qué está tan molesto conmigo?

—¿Que no me oculta nada? Entonces explíqueme su conveniente omisión de la presencia de Pierre Loeb en su fábrica, días antes de que su madre apareciera muerta. ¡Explíquemelo, carajo! —le espetó Fausto, apretando los nudillos—. ¿Y me tengo que enterar comprobando los registros de todos los hoteles de la isla? Cuatro hermanos y un marchante de arte reunidos y después alguien mata a su madre. A mí me huele a dinero, y no sé cómo relacionar a un hombre que trafica con cuadros con ustedes que comercializan joyas, pero acabaré encontrando la conexión, créame, «amigo».

Denis no estaba dispuesto a contar lo del cuadro. Por nada del mundo se iba a arriesgar a que el policía le viese a él o a su tío Bastian

pintado en un lienzo de Paul Gauguin. Había llegado el momento de retirarse.

—Usted ve fantasmas —le dijo, con el tono de voz más gélido que fue capaz de adoptar—. Aquí y allá, desde el principio. Siempre sospechando de nosotros. Me tiene harto, respete a mi familia y nuestro dolor. Y hágame el favor de perseguir a criminales de verdad.

Denis dio dos pasos atrás, se inclinó lo justo para resultar educado y le dio la espalda al policía.

—¡No me mienta! —gritó Fausto mientras Denis se alejaba—, ¡porque le juro que una mentira más y se va usted derecho al calabozo!

—Pílleme usted en un renuncio y entonces soy todo suyo —se limitó a contestar Denis, sin dignarse mirar a su antiguo amigo.

Y aquella misma mañana, de vuelta a la fábrica, recibió un paquete. Papel de estraza para un envío transoceánico, repleto de sellos y

cuños de las oficinas de postas de tres continentes. Se quedó clavado en el sitio cuando leyó la dirección del remite: Papeete, Tahití.

Por prudencia, con el asombro y la extrañeza pintados en el rostro, se encerró en su despacho y corrió el pestillo, algo que casi nunca hacía.

El envío contenía un folio de papel tosco y un trozo de tela muy desgastada.

La carta era escueta, apenas tres frases, con la salvedad de que estaban en otro idioma:

*«Te tia'i noa nei vau ia 'oe, aita vau i fa'atae tu i te tapa'o arofa no to 'oe reva ra'a. Ua hina'aro vau e pupu ia 'oe i teie tao'a».*

*Bastian*

Denis tradujo el mensaje temblando de piernas y manos:

«Todavía te espero, no pude despedirme.

Quería haberte regalado esto». Bastian

Y el trozo rectangular de tela verde se le escurrió entre las manos como un pez.

Era el mismo que llevaba el hombre pintado en el cuadro de Paul Gauguin.

Denis pasó el resto del día conmocionado, sin levantarse de la silla de su despacho donde había abierto el paquete. Era incapaz de moverse. Olvidó trabajar y olvidó comer.

*Está vivo. Tío Bastian está vivo*, no dejaba de repetirse.

Aquel pensamiento se le atascó en la cabeza y no era capaz de discurrir nada más.

Las perlas de su bolsillo le quemaban, sacó la negra y se la quedó mirando, pero miraba más allá de ella. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que fuera un engaño, que el mensaje fuera falso, que la tela fuera una imitación. Que tal vez una

mente pérfida podía estar detrás de aquello.

Varias horas después, con el cielo ya anochecido, el timbre del teléfono le sobresaltó y lo sacó de su estupor. Descolgó el auricular y escuch  la voz encendida de Fausto Galmés.

—Parece que s  que voy a cogerle en un renuncio. Han aparecido testigos que le sitúan discutiendo de muy malas maneras con su madre junto al molinar de Fart ritx, en la carretera a Felanitx donde ella desapareció.

Denis se quedó mudo, sin ganas o fuerzas para contestar. Record  la resaca después del champán de la noche anterior. Record  que el sol frío y limpio de la mañana le molestaba y las sienes le bat an como ramas en una tormenta.

Habían discutido por la forma de llevar la empresa después de la muerte de su padre. Denis quería que su madre se quedase en casa por unos días, que guardase luto. Se había ganado el derecho a descansar, a retirarse, pero ella se lo tom  muy mal, le dijo que la estaba llamando trasto viejo, que no soportaría estarse quieta en su casa ni de visita con las vecinas.

Denis le dijo entonces que se había ganado el derecho a vivir.

—¿Y hemos vivido, Denis? ¿Esta es la vida que tú y yo queríamos haber vivido? —le preguntó su madre.

—Sí, claro que sí, ¿qué más podemos pedirle a la vida, si lo hemos conseguido todo? —contestó Denis, atónito.

—Me alegra oírte decir eso. Entonces mi sacrificio no ha sido en vano.

—¿De qué sacrificio habla, madre?

—Hablo de la vida, hijo. De la vida que se me escurre por momentos.

Denis volvió a la realidad cuando los gritos de Fausto a través del teléfono le taladraron el tímpano.

—Espéreme en su despacho, ¿me oye? —vociferó el policía—. Iré a buscarle ahora mismo. Estoy muy harto de su familia y de que me oculte cosas. Lo suyo es una obstrucción a la justicia como una casa.

—¿Y eso es motivo de detención? —preguntó Denis, recuperando de nuevo la lucidez.

Hubo un silencio al otro lado de la línea que lo dijo todo.

—Fausto, ¿a qué viene a la fábrica, a aclarar las cosas o a detenerme?

—Señor Denis Fortuny Kane, por la autoridad que compete a mi cargo, le exijo que permanezca en su despacho hasta que la policía llegue.

—Le repito, Fausto: ¿a hablar o a detenerme?

Denis le escuchó colgar y se quedó con el auricular en la mano.

*Sí, no, sí, no.*

Sacó una de las perlas, a ciegas. Era la perla oscura. *Entonces es que sí.* Y ya lo sabía. En su interior ya sabía que se había decidido y que estaba preparado para dejarlo todo y huir.

Se levantó de un salto y corrió al despacho de su padre, al que nadie entraba desde que murió. La caja fuerte le aguardaba detrás del cuadro del matrimonio fundador que presidía la estancia. Denis sacó varios fajos de billetes en pesetas, francos, libras y dólares. Cogió también uno de sus pasaportes falsos, una imposición de

su padre desde que era pequeño.

—¿Por qué hemos mandado imprimir unos papeles ilegales, padre? —le preguntó un Denis niño mientras Hugo Fortuny metía los pasaportes en la caja fuerte.

—Las familias poderosas debemos ser precavidas, hijo. Mira lo que ha pasado con los empresarios de media Europa durante la Gran Guerra. Los que escaparon primero y se instalaron en países no hostiles mantuvieron sus fortunas. Hay que estar preparado siempre para el peor de los escenarios, Denis.

Puso en marcha el coche arrancándole de nuevo un gemido y se dirigió a Porto Cristo. Necesitaba que le sacasen de Mallorca de manera clandestina, y qué mejor que el barco de su amigo Sansón.

De ahí a Marsella, de Marsella a París, de París a Nueva York, de Nueva York a Los Ángeles, de Los Ángeles a Papeete.

*Laia*

*Papeete, marzo de 1891*

—Ahora eres mi esposa y debes ser digna — susurró a mis espaldas, mientras me desvestía —. Quiero que finjas que eres virgen. Te prefiero recatada, quiero tener a una señora en la cama.

—¿Te refieres a ahora, a nuestra noche de bodas? —dije, sin comprender.

—No, me refiero a cada noche, a todas las noches. Y no tiene que ver con esos panfletos románticos para criadas. Tiene que ver con la mujer que vas a ser a partir de ahora.

—¿También en la intimidad? —pregunté, incrédula—. ¿No deseas que yo...?

—Lo que desee lo tomaré, como hombre que soy, ¿ha quedado claro?

Me preparé para lo peor, para quedar quieta y soportar los envites, pero aquella noche no fue el

horror que esperaba.

Dos días antes de que se cumpliera el plazo de la herencia de mi padre, había montado en el caballo del anterior cónsul y me había dirigido a la costa Este de la isla. Bastian no había vuelto a aparecer por Papeete después de nuestra discusión, pero yo me había decidido. A claudicar. A dejarlo todo, a volver con él. Me costaba hacerme a la idea de renunciar a todo lo civilizado, a vivir en una cabaña. Pero encontraríamos la manera. Añoraba sus silencios, añoraba sus abrazos, el tempo con que manejaba los días, la calma que transmitía su reposada manera de vivir.

Llegué a media mañana a la parcela que compartimos, al galope, impaciente por darle la noticia: «He vuelto, Bastian. Me quedaré contigo».

Desmonté del caballo de un salto, incrédula.

De la cabaña que fue nuestro primer hogar no

quedaba nada, salvo un montón de hojas de palmeras apiladas en un ribazo del camino. El suelo estaba limpio y en el centro exacto del terreno vacío la hierba aplastada dibujaba una gran huella rectangular. La huella de una vida en común que apenas comenzó y quedó segada. Por su culpa, por la mía, por la de ambos.

Durante un buen rato me quedé allí de pie, frente a la nada, incapaz de reaccionar ni de salir de mi ofuscación.

Después me puse en marcha, aturdida, consciente de que el tiempo avanzaba en contra de mi futuro. Busqué algún alma humana que pudiera darme una explicación de lo sucedido, y después de no encontrar más que el silencio tahitiano que todo lo abrazaba me encaminé a la choza de Faimana. A ella la encontré sentada en la entrada de su cabaña, con la mirada llena de ensoñaciones. Yo no hablaba tahitiano y muy poco francés; ella no sabía español ni inglés. Con señas le pregunté por Bastian, con señas dirigió su índice hacia el océano. Bastian se había ido, lejos, muy lejos, entendí.

—¿Sabes si volverá? ¿Sabes cuándo?

Hizo el gesto universal de encogerse de hombros y dio la conversación por terminada, después se volvió a sentar y se adentró en su mutismo inmóvil. Me senté junto a ella y esperé. Pero no pude soportar aquella quietud, yo que siempre fui todo nervios y movimiento, y acabé por dejarla allí sola, exactamente en la misma postura en la que la había encontrado.

Volvía a Papeete derrotada y desubicada, con las sienes latiendo de puro desconcierto.

Los vi desde lejos, una pequeña multitud acechando el portal de mi residencia. Cuando me acerqué, distinguí a dos gendarmes y a mis dos criadas.

—¿Qué desean, caballeros? —pregunté con la voz destemplada.

—Tenemos órdenes del gobernador Lacascade de precintar esta finca —dijo el más alto de ellos, extendiéndome un pliego de papel.

Miri y Manaba se pusieron tras de mí, como si yo pudiese protegerlas de aquellos hombres y del mal que venían a traernos.

—¿De Lacascade? Este edificio pertenece al consulado británico. Él no tiene jurisdicción sobre esta hacienda.

—A decir verdad sí que la tiene, ya que su reina es quien le ha pedido que haga cumplir la orden —contestó, solícito—. Lea, lea, mademoiselle.

En realidad la carta venía con el membrete de la Foreign Office. En ella se me hacían llegar las condolencias por el fallecimiento de mi padre, del que Su Majestad la Reina se había enterado por telégrafo. Se me instaba a abandonar con carácter inmediato la residencia consular y se me informaba de que no se enviaría otro cónsul británico a Tahití, ya que el homónimo destinado en Nueva Caledonia ejercería sus funciones desde su destino y viajaría a Tahití solo cuando fuese necesario.

Mantuve la compostura como pude. Los gendarmes me escrutaban, con esa sonrisa que

disimulan los que conocen su victoria de antemano. Enderecé la espalda, me mantuve digna, como me habían enseñado mis padres.

—Muchas gracias, caballeros. Quedo enterada de las novedades. Ahora mismo recogeré mis pertenencias y abandonaré las dependencias consulares de inmediato. —La voz que me salió era templada y adulta. Lo que me rodeaba en aquellos momentos era tan irreal que no me esforcé en comprender todas las implicaciones.

—No lo ha entendido todavía, ¿verdad, mademoiselle? —dijo el gendarme—. La casa del cónsul está ya precintada y no se le permite entrar. Nosotros no le permitiremos acceder, ese es nuestro cometido.

Y dicho esto, ambos hombres se colocaron delante de la puerta y me impidieron cualquier intento de entrar en la casa. Jamás me había sentido tan humillada, en toda mi vida.

Me di la vuelta, con la cabeza erguida, pero no pude evitar trastabillar mientras bajaba por las escaleras. No tenía adónde ir ni dinero en los

bolsillos de mi vestido para pasar la noche en una pensión. Quedaba día y medio para que la herencia de mi padre pasase también a manos de la Corona británica.

Tenía dos opciones: convertirme en una mendiga en Tahití o heredar el dinero de mi padre. Conocía el coste de la decisión.

El precio llevaba el apellido Fortuny.

Hugo tenía razón, no podía permitirme el lujo de ser sentimental. De ser una triste Penélope esperando a su Ulises, que había partido a quién sabe qué odisea.

Me encaminé a su casa alquilada. Hugo me estaba esperando. En cuanto llamé, me abrió la puerta. Pedí a mis criadas que se quedasen fuera, no era preciso que nadie escuchara lo que allí se iba a hablar.

Me hizo pasar a su discreto salón de visitas, se sentó en un butacón, pendiente de mis gestos. No dejaba de dar vueltas a su bastón de mango labrado, creo que ni él era consciente del movimiento. Me escrutaba en silencio con esos ojos intensos que él tenía, esperando mis

palabras, y capté una mirada de desagrado cuando me miró los bajos del vestido y se percató del barro que los ensuciaba. Supuse que dedujo que había estado en los distritos. ¿Sabía él que Bastian no estaba, que habían desaparecido él y su cabaña? ¿Tenía algo que ver con su ausencia? Ya eran preguntas inútiles, pero se llevaron muchas horas de sueño durante mis primeras noches de casada.

—Tendrá que ser mañana —me limité a decirle.

—Iré ahora mismo a hablar con el sacerdote —dijo, levantándose de su butaca.

—Si no quieres que me case con este vestido embarrado, haz que me permitan acceder a la mansión del cónsul.

—Será complicado —terció, con el semblante serio.

—No vamos a fingir que no has conseguido metas más difíciles —suspiré, dándolo por hecho.

*Y voy a fingir que no sospecho que tú instigaste a Lacascade para que le enviara*

*un telegrama urgente a la reina Victoria y me dejase en la calle antes de expirar el plazo de la herencia. Voy a fingirlo y esta noche voy a dormir tranquila, pensando que hago lo correcto, que Bastian es un fantasma, que no ha existido, que en este mundo de adultos no tiene cabida su ciega obstinación. Ojalá os parecieseis un poco más, ojalá pudiera encontrar en ti algo de tu hermano, un gesto al que agarrarme.*

—Hay otra condición —añadí—. Me quedaré con mis criadas. La Foreign Office las ha despedido.

—Me parece correcto, con nuestro patrimonio será preciso que las tengamos —asintió, conforme.

*Así que en estos parámetros transcurrirá nuestro matrimonio: asuntos prácticos, pues. Y con el tiempo resultó rigurosamente cierto. Hugo y yo siempre encajábamos bien en las transacciones más prosaicas, y aquella fue la clave de un matrimonio longevo como el nuestro.*

De mi boda recuerdo poco. No hubo apenas invitados debido a la urgencia del enlace. Los notables que arropaban a Hugo Bontemps. Los nombres clave, los influenciadores. Gobernador, alcalde, farmacéutico, algún miembro de la familia real. Para qué más, si después sus esposas no hablaron de otra cosa durante semanas. No se me permitió entrar en la mansión consular hasta pasados unos días, así que Jane Goupil me tuvo que prestar su propio vestido de boda, una pieza confeccionada hacía casi tres décadas. Me había convertido en una de ellas, ya iba con un traje anticuado de muselina de seda blanca con miriñaque y cola, detalles que jamás habría usado alguien nacido en 1869. Me casé con mitones negros, eran los que llevaba cuando me desahuciaron y pese a la mirada reprobadora de Hugo y del sacerdote no me los quité en ningún momento de la ceremonia.

Tampoco consentí en quitármelos aquella primera noche de bodas, ni las que le siguieron. Hugo nunca me tuvo completamente desnuda, en toda su vida. Fue un placer que jamás le concedí.

Pese a mis temores, Hugo se definió como un amante experto y confiado. Sus roces en mis muslos eran precisos y consiguieron estremecerme. Besaba con maestría, en la comisura de los labios, en el tenso lateral del cuello. Sabía tenerme preparada. Pero no me permitió ninguna iniciativa, tampoco que yo le acariciase, me dijo que un hombre no podía consentir ser tocado en ciertos lugares. Y eso que Bastian moría de cosquillas cuando mis dedos bajaban juguetones por su espalda. *Ni por un momento dejaré de pensar en tu hermano cuando estés dentro*, le grité en silencio la primera vez que entró en mí. De todos modos me odié. Estaba siendo infiel a un hombre cuyo paradero y cuyo destino ignoraba.

La noche siguiente, la misma exacta coreografía. A mi cuerpo le siguió complaciendo,

pese a todo. Dos semanas después estaba espantada. No porque no fuera agradable. La misma actuación impecable, los mismos centímetros de piel recorridos, noche tras noche. Hugo no era un amante, era un autómatas, ¿esa iba a ser mi vida conyugal? Había tanto que Hugo había dejado fuera... Pero era tan dominante fuera del lecho como dentro de él y jamás me dio opción a salirnos de sus monótonos ejercicios amorios.

El resentimiento dio paso a la resignación; la resignación, a la apatía. Con los dos hermanos, en realidad. Con Bastian por haber desaparecido, él y su cabaña.

Yo que lo creía una presencia inmutable en Tahití...

Él, que me prometió que nunca se iría y en pocos días no quedaba ni rastro de su paso por la isla.

## **SEGUNDA PARTE**

## UNA NUEVA VIDA

### 25 PAISAJE CON BRUMA

*Bastian*

*Yokohama, junio de 1891*

El Japón nos acogió entre lluvias, y sin embargo el puerto de Yokohama era un hormiguero que bullía de actividad bajo las sombrillas negras y rojas de papel, ajeno al aguacero. Lo que vi desde la barandilla del vapor fue un volcán apaisado tras la bruma. «El Fuyi, los japoneses lo tenemos por sagrado», me susurró Yuto en su lengua. Después de casi dos meses de intensivas sesiones de japonés, tenía los oídos adiestrados a su ritmo rápido y cortante.

Dos horas después habíamos desembarcado y el capitán Richardson y yo enfilábamos hacia el

hotel Fujiya, montados en un coche de tracción humana.

Después de un buen rato de traqueteo y vaivenes que hacían que los hombros del capitán y los míos chocasen una y otra vez, dejamos atrás la ciudad y llegamos a una colina donde toda una villa estaba destinada a los huéspedes del mastodóntico hotel Fujiya.

—Es el complejo hotelero —me aclaró Richardson—, un nuevo concepto traído de mi país.

Asentí sin dar crédito, acostumbrado a la simplicidad arquitectónica de Papeete y de Manacor, aquellos edificios con varias alturas de tejados, torres y anexos entre jardines y setos pulcramente cortados en forma de nube se me antojaban irreales.

Entramos en una gran sala a la que el capitán llamó «recepción», y entonces, después de tanto tiempo, escuché corrillos de occidentales hablando en francés, inglés, holandés... Era como una pequeña porción de Europa en aquella remota esquina de Asia.

El capitán americano se portó muy bien conmigo. Después de citarse con el vizconde Enomoto y venderle la perla negra, no solo me entregó una buena suma para que no me preocupara durante un tiempo del alojamiento ni la manutención, también habló con el director del hotel, el señor Yamaguchi, recomendándome vivamente para que me diese un puesto de trabajo.

Dos días después comencé a trabajar. Mi cometido era captar extranjeros para el hotel, así que todas las madrugadas me colocaba en el puerto, a las horas de llegada de los vapores, y abordaba a todos los occidentales que descendían por el puente de los barcos, a veces en francés; otras, hablando el inglés con acento americano que aprendí de Richardson; las menos, en español o en un italiano inventado, con tanto acento y tantos aspavientos que al menos arrancaba las carcajadas de los futuros clientes y llamaba así su atención. También llegaban japoneses de Nagasaki, Kobe, Tokio y otros puertos. Con ellos chapurreaba en su

idioma lo que podía, pero la mayoría prefería alojarse en pensiones y hoteles para nativos.

Los que accedían a dejar que cargase su equipaje en los cochecitos del hotel me recitaban sus nombres y yo los apuntaba en una libreta de papel japonés, con el dibujo de una garza merendándose un pez naranja. Trabajaba a comisión y solo cobraba si los nombres apuntados finalmente se registraban en el hotel. Había días de pocas llegadas, en los que no ganaba ni un yen. Otros días, cuando los vapores se acumulaban en el puerto, mis jornadas no entendían de principios ni finales, y pasaba a veces veinte horas de pie, sin comer, ganándome a una pareja austríaca con chistes en inglés o a un capitán español tachonado de jarretas a base de apelar a la camaradería patria. Pero no me quejaba, dormía en el pabellón de los empleados y si algún día llegaba a tiempo para la comida, tenía un bol de fideos y pescado y podía repetir cuantas veces quisiera.

Aquel ir y venir de mil lenguas mantuvo mi cabeza ocupada los primeros meses. La mezcla

de idiomas me aturdía y no me dejaba pensar...

... y eso estaba bien para mí.

Los días escasos en llegadas me escabullía hacia las calles comerciales y visitaba, con la admiración clavada en mis retinas, las tiendas de los artesanos. Adentrarse en cualquier recinto japonés, fuera negocio o vivienda, era acceder al reino de la pulcritud, de las estancias vacías, del número de muebles reducido a lo imprescindible, de los ángulos rectos y del orden elevado a la categoría de arte. Como si su dios fuera una mezcla de artista y matemático.

En el puerto, todo era lodo y personal abarrotado; de puertas adentro, un Japón silencioso me esperaba para proporcionarme la calma que tanto ansiaba.

Ocurrió cuando hacía ya tres meses que asaltaba europeos en el puerto. Un oficial inglés más ebrio de la cuenta la emprendió con uno de los mozos de los carritos, un muchacho

enclenque, aunque eficaz en su trabajo de arrastrar humanos por las calles empedradas de Yokohama. No debería haberme metido pero lo hice, estaba golpeando al chico con demasiado saña. El marino resultó ser un tipo más duro de lo que yo había calculado. Se despejó de su borrachera en cuanto le agarré de los hombros para quitárselo de encima al chaval japonés y recibí un primer puñetazo en la boca del estómago que me dejó doblado. Pero era zurdo de mano y no se cubría la cara, así que dejé salir al luchador que había sido una vez y simplemente no le di respiro.

Para cuando fui consciente, una multitud nos había rodeado y comenzó a jalearnos. Las apuestas empezaron a circular de boca en boca y los billetes sucios, de mano en mano.

Lo noqueé en pocos minutos, aunque no me ensañé por miedo a que apareciesen sus compatriotas después de que la turba se evaporase, y así ocurrió, aunque no los que yo esperaba.

Se presentaron como mister Smith y mister

Taylor, unos apellidos que de tan comunes no decían nada especial salvo que eran falsos. Ambos eran bajos pero corpulentos, usaban traje occidental y la chistera que tanto odiaban los japoneses. Fumaban puros gruesos y cada uno de sus gestos olía a dinero turbio.

—Buena pelea, muchacho. Usted ha sido profesional, ¿no es así?

—No, señores —me limité a contestar, aún sin aliento.

—¡Oh, yo creo que el muchacho miente! Esos ganchos solo los he visto en nuestro local. ¿Le agradaría pasarse por nuestro local, señor...?

No recogí el guante ni quise darles mi nombre.

—Señores, ha sido un placer. Yo ya me retiraba esta noche. —Tenía solamente un par de nombres anotados en la libreta, así que aquel día aún no me había ganado un jornal digno, pero quería huir de allí. Y rápido.

—Muchacho, precisamente ahora necesitamos carne fresca, si me lo permite, para nuestro espectáculo de boxeo. Solo acuden extranjeros muy distinguidos como público y

tenemos a nuestro campeón en baja forma. Usted solo tendría que dejarse ganar por una buena suma. —La voz de Smith dejaba adivinar una ansiedad que no me gustaba.

Ya había oído antes la cantinela y conocía las servidumbres del oficio.

—No me interesa —dije, girándome y encaminándome hacia la salida del puerto.

—¡Muchacho, no nos dé la espalda! —gritó Taylor, con la voz de quien siempre ha ordenado.

*Cuidado, Bastian, pensé. Límitate a salir de esta.*

Me detuve y quedé frente a ellos.

—Señores, les ruego me disculpen. No quiero agraviarles con mi negativa, pero no soy luchador profesional ni boxeador, vamos a olvidar los tres que nos hemos conocido.

—De eso nada —dijo Taylor, dándome dos pequeños toques con su bastón en el hombro—. Usted no se hace a la idea de lo que cuesta encontrar un occidental que sepa luchar en esta maldita ciudad. Usted va a luchar, señor anónimo, por las buenas o por las malas.

Y entonces, simplemente, me harté.

—Eso no va a ocurrir —contesté, apretando los nudillos dentro de los bolsillos para no temblar, no sé si de frío o de miedo.

Me perdí en la noche y no me siguieron, cambié varias veces de carrito hasta llegar al hotel, pero era consciente de que no me soltarían.

Vinieron a por mí la noche siguiente, cuando todos los viajeros de un oxidado vapor ruso se hubieron diluido entre los kimonos de la multitud. Eran seis, todos occidentales, y me fueron arrinconando hasta que vi las puertas abiertas de un local y entré. Entonces me di cuenta: era una trampa. El local era de alquiler y estaba vacío. Habían quitado el anuncio y habían forzado la puerta para dejarla abierta.

*¿Así se siente una rata cuando la acorralan?*, aquel fue mi último pensamiento.

Cayeron sobre mí y me llevaron al límite, entre

la vida y la muerte. Eso sí, no me tocaron la cara, cortesía de Smith y de Taylor. Me querían presentable para la pelea, pero se les fue la mano. Solía ocurrir cuando el encargo lo ejecutaban demasiados.

Aquellos días, en el hospital al que alguien que no recuerdo me llevó, tuve muchos sueños en los que aparecía Faimana, mi madre maorí. Remábamos en la piragua hacia los *motus*, los pequeños islotes que rodeaban Tahití. Pasábamos el día retozando en la playa y trenzaba coronas de helechos que me colocaba en la cabeza y en los brazos. El opio que me inyectaban para soportar el dolor me mantenía anclado en aquellas ensoñaciones.

Dos semanas después pagué la cuenta del hospital con la mitad de los yenes que había ahorrado y, sin dejar de mirar a mis espaldas, cargué mi pequeño macuto y me subí a un tren color lapislázuli de la Compañía Japonesa de Ferrocarriles sin preocuparme de leer el destino.

*Denis*

*Papeete, febrero de 1930*

Denis regresó a Tahití montado en la cabina de un avión que hacía vuelos no demasiado legales. Desde el aire reconoció los colores de la isla donde creció, con su forma de pez y su cono volcánico en el centro, rodeado de la laguna turquesa. Había contemplado amaneceres en Venecia, puestas de sol en San Francisco, bosques de esplendor milenario en Centroeuropa, paisajes lunares en Turquía.

Nada lo preparó para aquello.

El mal que Stendhal sufrió en la basílica de la Santa Cruz de Florencia le aturdió también a él, incapaz de absorber tanta belleza. Al igual que el día que se enteró de la muerte de su madre, sintió que un vértigo le nacía de las tripas y cerró los ojos para no marearse. ¿Qué pudo

ocurrir para que sus padres le alejaran de aquel paraíso? ¿Cómo pudieron creer que en todo el planeta encontrarían un lugar mejor que aquel para vivir?

Cuando puso por fin el pie en tierra firme el *noa noa* tahitiano se le metió en la pituitaria y Denis lo reconoció, como un recién nacido reconoce por el olor a quien le ha dado la vida. Los primeros días se limitó a pasear por Papeete y las playas cercanas, aturdido y extasiado, escuchando el bullicio de palabras que creía recordar, disfrutando de pescados y salsas que ya sabía que le gustaban antes de probarlos. Compró ropa clara y más holgada, se permitió olvidar sus eternas corbatas y se acostumbró a unos comodísimos bombachos de golf como los que Jorge V puso de moda en su día.

Era el quinto día que preguntaba en Papeete por Bastian Fortuny, pero nadie parecía conocerlo. Siguiendo los pasos de Red Maddox,

se había registrado bajo el nombre falso de monsieur Maurice en el hotel Stuart, junto al consulado americano, en el paseo Marítimo, un edificio de cuatro plantas con un balcón en cada habitación, un lujo para la época. Nadie le hacía demasiado caso, los nativos iban atolondrados de un sitio a otro y encontró la isla llena de americanos.

El encargado de recepción le explicó con ese entusiasmo que trae la promesa del dinero que la Paramount de Hollywood estaba rodando una película en Tahití y Bora Bora llamada *Tabú*. Los billetes habían empezado a circular en cuanto los directores, Friedrich Murnau y Robert J. Flaherty, famosos ya por su *Nosferatu* y *Nanuk el esquimal*, habían tomado tierra. Se necesitaban cientos de extras tahitianos y las pagas diarias superaban con mucho los sueldos semanales a los que estaban acostumbrados, así que todas las madrugadas frente al hotel se arremolinaban el equipo de rodaje y los improvisados figurantes a la espera de las instrucciones del día.

A la mañana siguiente Denis se despertó temprano y aprovechó el gentío para preguntar una vez más por su tío Bastian.

—¿Bastian, un hombre mayor? —le contestó por fin un maorí esbelto y sonriente con su francés seseado—. No sé si le servirá, pero en esta isla tenemos a Tatian.

—¿Tatian? —repitió Denis.

*Tatian.* Lo había escuchado antes, juraría que sí, que no era la primera vez que lo escuchaba.

—Sí, Tatian Taravana —respondió el tahitiano, concentrado en colocarse la tosca corona de largas hojas verdes que el encargado de vestuario había repartido a todos los nativos.

—¿Es maorí? —insistió Denis.

—Es el más blanco de todos nosotros, pero sí: es maorí hasta el tuétano.

—Y ¿dónde vive?

—En el agua, básicamente —dijo el joven, encogiéndose de hombros.

—¿Es una leyenda local, o algo así?

—Sí, algo así. Dicen que vive aquí desde los tiempos del último rey de Tahití, que luchó

contra los franceses en la batalla de Raiatea, que huyó al Japón y que sobrevivió a todo: al ciclón, a la gripe española, al bombardeo de los alemanes...

—Pero ¿es real?

—Claro que sí. Pregúntele al rubio, Matahi, es su sobrino —dijo, señalándole a un tahitiano de su edad. Su pelo claro ensortijado era diferente al del resto.

Denis se le acercó, como anonadado, y el maorí también le miró con curiosidad.

—¿No me recuerdas, verdad? —le dijo el extraño nativo, con una familiaridad que le desconcertó—. Pero yo sí. Eres Denis, el hijo de la señora Bontemps.

*¿La señora Bontemps? ¿Así conocían aquí a mi madre? Entonces Antón Bontemps Kane...*

—¿Nos hemos conocido antes? —preguntó Denis, obligándose a interrumpir el hilo de sus pensamientos.

—Creo que de niños jugábamos en la cala de Maraa. Éramos como familia, mi hermana Hiva

y tú siempre estabais juntos. Te lloró mucho cuando marchasteis. Yo apenas me acuerdo, pero eres un calco del tío Tatian cuando era joven. Al menos, yo así lo recuerdo.

—¿Tío Tatian? ¿También es tu tío?

El maorí rio, sin dejar de escrutarle. Se diría que era un hombre incapaz de dejar de sonreír. A Denis le gustó al momento y por primera vez en mucho tiempo se relajó en presencia de alguien.

—Ahora debo irme al rodaje, Denis. Pero mañana hay descanso y voy a la factoría de perlas. Él estará allí. ¿Tienes un caballo?

Denis no durmió aquella noche, pero no le importó. La pasó apoyado en el alféizar de la ventana de la habitación 12 del hotel Stuart. Las palmeras le quitaban parte de la vista marina, pero él apenas se percataba de lo que tenía delante.

Al alba llegó Matahi con su caballo, aunque

Denis ya había alquilado un coche y el caballo quedó atado al tronco de una fina palmera. No había demasiados vehículos en la isla, pero se veían muchas bicicletas, más acordes con el ritmo pausado de los maoríes.

Denis condujo con cuidado por un camino despejado de palmeras que bordeaba la costa. Estaba acostumbrado a las carreteras de Europa y a Tahití todavía no había llegado el alquitrán.

Aparcó cuando el sendero se estrechó tanto que impedía continuar al automóvil y Matahi le guio hasta una cala que Denis ya conocía. Le señaló hacia el océano y con un gesto cómplice se retiró hacia una cabaña de pilotes al fondo de la playa.

Entonces Denis vio a un hombre mayor emergiendo de la superficie del agua. El anciano era ágil y nadó hacia él, pero según fue saliendo del agua fue perdiendo esa gracia y se fue pareciendo más a los padres de Denis: alguien a quien le pesaban las costillas, los brazos y la cicatriz que le cruzaba un muslo marchito.

Se acercó a Denis, con un pareo empapado,

que no era verde, y Denis no sabía por qué, pero había pensado que debería ser verde. No sabía si le había reconocido, el anciano se paró a descansar, exhausto, con las olas lamiéndole los tobillos como perritos amaestrados.

Fue Bastian quien se adelantó, dando unos pasos hacia él.

—Has venido —le dijo una voz cascada.

—¿No lo esperabas?

—A mi edad las presencias del pasado suelen preceder a la muerte. Deja que te toque, tengo miedo de que te desvanezcas. —Bastian se le acercó y le sujetó por los hombros, ambos de la misma altura, reflejos asimétricos.

—¿Tú me enviaste el pareo?

—Sí, me atreví a hacerlo. Ya no estaba tu padre para impedírmelo —contestó Bastian. Tenía la piel cuarteada por el sol y el salitre, los pies gigantes de caminar descalzo, como todos los maoríes.

—Entonces sabes que mi padre ha muerto.

Bastian asintió.

—Me enteré, sí. Tengo clientes en Japón y en

Australia. El mundo de la joyería es pequeño y todos hablaban de la muerte de Hugo Fortuny. También sé lo que le ocurrió a tu madre.

*No, espero que no lo sepas todo, prefirió callar Denis. Espero que aún no sepas que me han acusado de su asesinato. Espero que no sepas que estoy huido. Hay tanto que no sabes, tío Bastian...*

—Siento que los hayas perdido a los dos, Denis. Ven, sentémonos en la arena, estoy agotado.

Denis le imitó, incómodo solo de pensar que se iban a manchar de arena sus bombachos, pero acabó accediendo a regañadientes. Pudo estudiar entonces los rasgos de su tío Bastian, decidir por sí mismo si aquel hombre era tan idéntico a él. Pero el pelo decolorado por una vida entera en el océano y los rasgos difuminados tras sus arrugas profundas de hombre de mar hacían imposible decidir si aquel era el espejo en el que mirar el paso de sus años.

—Sabes a qué he venido, tío Bastian. No

recuerdo mucho de mi primera infancia aquí. Tengo muchas preguntas sin respuesta y ya solo quedas tú para contarme lo que ocurrió durante aquellos años. Necesito saber si eres mi padre.

*Otra vez, la caja de los truenos*, pensó Bastian, mordiéndose la lengua.

—Eso es algo que no puedo contestarte, y créeme, no hay nada en el mundo que me gustaría hacer más, pero no está en mi mano. — Las mismas palabras, casi treinta años después.

Bastian lanzó una piedra al agua. El cerebro le hervía, aquel reencuentro no era como lo había esperado.

—No lo entiendes —insistió Denis, cada vez más apremiante—, lo necesito. Mis hermanos me están chantajeando con quitarme la empresa si demuestran que no soy hijo de Hugo.

—Ya veo, es eso entonces. No has venido por el pareo que te envié, sino por la dichosa empresa de perlas de imitación. Suenas exactamente igual que mi hermano —dijo, disimulando lo defraudado que se sentía—. Pero sigo sin poder darte una respuesta, aunque

puedo contarte lo que pasó.

—Pero ¿pudiste serlo? —repitió Denis.

—Veamos, chico, vas a tener que mostrar paciencia hasta que desgrane mis recuerdos.

—No tengo mucho tiempo.

—Yo tampoco, es evidente. Soy ya viejo y quién sabe qué día no podré volver a venir a esta playa. Te propongo un trato, Denis. Ven cada día, de madrugada, yo te cuento lo que recuerdo y de paso me ayudas con las perlas. Mis sobrinos están con el rodaje de la dichosa película americana, que se está alargando más de la cuenta. Estamos al final de la temporada de lluvias y muchos días no han podido filmar. Yo solo no puedo sacar adelante la factoría de ostras. Hay que bucear, cambiar las cestas ahí abajo, injertar las ostras... Estaremos ocupados, créeme.

—¿Me estás... proponiendo un trabajo? —preguntó Denis, sorprendido—. No había venido a Tahití a trabajar.

—No exactamente. Tu madre compró mi compañía con novelas, ¿por qué no voy a

comprar yo la tuya con nuestra historia?

—De modo que hubo una historia —se adelantó Denis, desafiante.

—Eso, Denis, tendrás que ganarte el derecho a saberlo. Hay un antiguo cuento persa, *Las mil y una noches*, en el que la hija del visir, Sherezade, le contaba una historia al sultán cada noche. Si conseguía intrigar lo suficiente al sultán con sus cuentos, Sherezade vivía una noche más y no era ejecutada como el resto de las esposas. Este es el trato: si vienes y me ayudas, te contaré lo que quieras saber. Si no vienes, ese día no hay historia.

*Dios, he venido al fin del mundo para tratar con un viejo loco*, pensó Denis, apretando la mandíbula y mirando el océano frente a él.

—No creo que pueda serte útil, yo no buceo —le contestó.

—¿Cómo que no buceas? —preguntó Bastian, incrédulo—. ¿Has vivido toda tu vida en una isla como Mallorca y no buceas? ¿Tus padres no te llevaban los domingos a Porto Cristo?

—Los domingos mis padres y yo podíamos estar en Londres, en París o en el despacho de la fábrica, eso daba igual. Desde pequeño me hicieron partícipe de la empresa, no entendíamos de domingos o de lunes.

—¿Esa ha sido tu vida, incluso cuando eras niño?

—Sí, y no me mires así —se defendió Denis, molesto—. Ha sido la mejor de las vidas. Esto es lo que soy, esto es lo que se me da bien: soy un empresario. No sé hacer otra cosa.

—¡Oh, ya lo creo que sabes hacer otras cosas! —soltó Bastian, con un bufido—. Y desde luego que buceas. Y muy bien, por cierto.

—¿Cómo demonios estás tan seguro?

—Porque yo te enseñé. Y, por lo que dicen, soy el mejor buceador de Tahití.

—¿Eso dicen? —preguntó incrédulo.

—¿Lo dudas?

—Me resulta difícil de creer, a tu edad...

—Soy un *ama*, y un *ama* nunca se retira. Cuanto más viejo se hace, mejor bucea —dijo Bastian, encogiéndose de hombros.

—¿Qué es un *ama*?

—Ven mañana, sin esos pantalones, por favor, y te lo cuento. Será un buen punto de partida. Solo te robaré tiempo hasta el mediodía, después me vuelvo a mi cabaña y descanso. Antes me pasaba aquí la vida, pero estos días estoy viniendo solo por mantener el negocio de mis sobrinos.

Y así quedaron. Bastian se retiró con su leve cojera. Denis aguantó un tiempo más sentado en la arena, en una cala, lo sabía ya, donde habían transcurrido los momentos más importantes de su vida.

## 27 PALABRAS AFILADAS

*Laia*

*Papeete, agosto de 1891*

Dijeron que había muerto. Toda la villa estaba incendiada por la última habladuría: el hermano

de mi esposo había sido asesinado. Solo encontraron sus ropas en la cala de Faaa.

Las murmuraciones crecían y se pervertían con los días. Todo el mundo conocía los detalles de la pelea de los sodomitas, como se le había dado en llamar. Todo el mundo sabía de alguien que estuvo presente, agazapado, testigos accidentales que se multiplicaban. Los cortes en las costillas, cada vez más precisos. El tajo en la garganta, la sangre ensuciando el rostro del antiguo amante, el marinerito americano. Palabras afiladas nacidas para aplicarme el castigo que solo yo merecía.

*No especulen, yo le maté*, gritaba en silencio cada madrugada, después de pasar las noches en vela.

Aquella temporada comenzaron de nuevo mis ataques.

## 28 LA FERIA DE UENO PARK

*Bastian*

*Kioto, septiembre de 1892*

—Sé que no te gusta salir del local, Basutian, pero necesito que me acompañes a la Feria Regional de Tokio —me había dicho Omura, mi patrón, aquella mañana—. No tengo a nadie más que me ayude a transportar toda la mercancía.

Omura, calva brillante, larga melena, fino y de miembros blandos como los fideos aplastados que su mujer nos preparaba por las noches.

Yo contesté con una leve inclinación de cabeza y me concentré de nuevo en pulir el jarrón al que le había dedicado todas las horas de los últimos cuatro meses de mi existencia. Había llegado a la fábrica de esmalte del señor Nakamura en el barrio de las manufacturas de Kioto, la antigua capital, hacía casi un año, y enseguida me había acostumbrado a aquel lenguaje de silencios que reinaba entre el patrón y sus cinco empleados: un anciano, posiblemente

su tío, dos hombres ya maduros y dos niños. Yo era el asalariado más aislado de todos y apenas mantenía alguna conversación en mi torpe japonés con Omura.

A veces no hacía falta. Omura me había adiestrado en el arte del *suiseki*, rocas que sugerían paisajes, y me daba permiso para sentarme junto a él sobre un tatami en el jardín de su taller y observar durante horas nuestros hallazgos. Uno de los *suiseki* imitaba los perfiles de la sierra de Tramuntana, en Mallorca; otro, el que más solía mirar, era como el monte Orohena, el pico más elevado que se erguía en el centro de Tahití; un tercer *suiseki* emulaba el sagrado monte Fuyi de mis primeros días en el Japón. Allí tenía a mis tres islas: Mallorca, Tahití y el Japón.

Pasado remoto, pasado inmediato y presente. Como en el idioma japonés, sin tiempos futuros.

Pronto comencé a acompañar a Omura a los bosques y a las playas en busca de mis propios *suisekis*. Luego me instruyó en el arte del *daiza*, la base de madera que tenía que encajar,

resaltar y embellecer la pieza que soportaba. La técnica para pulir la base era similar a mi trabajo con los esmaltes, y a veces me quedaba más horas en el taller para pulir y tener mi propia *daiza* acabada. Para mejorar un *suiseki* solo había una manera, y esa era amasar la piedra con la mano desnuda todos los días, durante años, así la piedra se iría impregnando de la grasa de la mano y acabaría teniendo un brillo que la haría más bella.

Con Omura aprendí el valor de la limpieza y el aseo, a no ofender la vista de un invitado con el desorden de un habitáculo y la paciencia para sacarle la belleza a cualquier objeto, por humilde, sencillo y cotidiano que fuera.

Pero estaba aislado y solo, sin relacionarme con occidentales, jamás vi uno en mi distrito. En suma: estaba escondido, los primeros meses aterrado, después ya solo apartado. Al final, simplemente, me dejaba llevar por la calma de aquel agujero bien ordenado del mundo.

Comencé a usar el *kimón*, la prenda distintiva del traje nacional japonés. Era una

comodísima y amplia bata, provista de holgadas mangas que hacían las veces de bolsillos, y se cruzaba sobre el pecho, anudado tras la espalda. Lo remataba con un largo cinturón de seda, el *kosobi*, que daba varias vueltas a la cintura. Los nipones desconocían el uso de la ropa blanca para ocultar sus vergüenzas, así que usaban el *yumaji*, una tela cuadrada que se ceñía a la cadera y que me llegaba hasta la rodilla. Todos estos atavíos los encontraba mucho más confortables que los apretados trajes europeos, aunque siempre añoré la simplicidad de un pareo maorí. Un nudo por la mañana y ya estaba uno vestido. Imagino que estilicé mis maneras, dejé que mi pelo creciera y aprendí a alisarlo con un peine de púas prietas de jade. Cuando tuvo la largura suficiente, lo sujeté con un tirante moño alto y supongo que me sentí más japonés. El tiempo brumoso del país había oscurecido mi melena y aclarado mi piel, ya ni siquiera me salían pecas en los brazos.

Aprendí a valorar la paciencia detrás de cada gesto de la ceremonia del incienso, el *kohboku*,

donde cada madera —sándalo, ciprés, cedro, kyara, aquilaria...— generaba una fragancia dulce, ácida, amarga, salada o picante que tenía que identificar.

Porque mi trabajo consistía simplemente en tener paciencia. Paciencia para pulir durante meses con cantos de río y un cubo de agua dulce los platos, jarrones, bandejas y cajitas que me llegaban del otro lado del taller. La técnica de Omura se parecía al *cloisonné* francés, aunque en manos japonesas cualquier objeto adquiriría la categoría de prodigio. Sobre las piezas a barnizar se hacían dibujos con un hilo de plata y se rellenaban los intrincados huecos con esmalte de colores de matices sobrenaturales para luego cocerlo. Mi labor era darles el pulido final hasta desbastar el hilo de plata sobrante para que cuando las delicadas manos de una japonesa sostuvieran la pieza solo notaran el tacto liso del afamado esmalte nipón. Así que mi trabajo se limitaba a frotar las piezas. A veces un pescador estrangulado por un pulpo, otras un árbol combado por el peso de las

cerezas, a veces instantáneas robadas al tiempo de algún acto famoso de una obra de teatro donde una máscara roja y enfurecida siempre parecía amenazar a una dama.

Me monté en el tren que marchaba a doce millas por hora con destino a Tokio a regañadientes, después de pasarme días empaquetando las piezas del taller de Omura. Nos vimos obligados a alquilar un coche de dos caballos para transportar la mercancía hasta las carpas del Ueno Park, donde, por lo visto, todos los artesanos del Japón habían acudido a la Sexta Feria Regional de Tokio para mostrar sus productos. Nos instalamos bajo la pagoda de cinco pisos y fue un día largo en el que mil dialectos diferentes se cruzaban mercadeando artesanías, materias primas e «industrialidades», como ellos llamaban a los cacharros de hojalata, sacacorchos, cubiertos a la europea, batidoras de harina y demás artilugios cuyo acabado

dejaba a cualquier trasto occidental a la altura del betún.

Omura me permitió media hora para comer a eso de las cinco de la tarde, así que me acerqué a una caseta ambulante de madera para pedir unas *kushikari*, una especie de brochetas de carne y verduras que me encantaban. Volví a nuestra carpa distraído, por la calle de las pescaderías, cuando vi algo que me llamó la atención e hizo que me detuviera en seco.

—¿Puedo? —pregunté tras hacer una ligera inclinación de cabeza.

La pescadera asintió y tomé, de entre toda la caja de madera que contenía unas pequeñas ostras, la única que estaba abierta.

—Qué poco grosor —comenté para mí en francés—. Este nácar no se puede vender ni a cinco.

Un hombre maduro a mi izquierda me contestó en japonés:

—¿Acaso usted ha visto ostras más gruesas?

—Sí, el doble de gruesas —respondí, fijándome en él. Tendría cuarenta años, diez más

que yo, una frente alta, pelo peinado hacia atrás, labios más gruesos que los de un nipón medio y kimono impecable.

—¿Y dónde las puedo encontrar, caballero? —preguntó. Unos ojos muy inteligentes me escrutaron, y pese al gesto de indiferencia, no se me escapó el brillo de interés que le delataba.

—En Tahití, una isla de los Mares del Sur. Yo era buceador y capturaba esas ostras, eran mucho mayores que estas, como la palma de mi mano, y el nácar de las conchas era más oscuro que este que veo, por eso las perlas que a veces encontrábamos eran negras. —Me mordí la lengua. Había hablado demasiado.

El hombre dejó de sentirse atraído por la conversación en cuanto escuchó la lejanía de la isla, así que me dirigió una educada inclinación, que yo imité, y prosiguió su camino. Yo marché también, serpenteando por los pasillos de la carpa de comestibles, frustrado por mi metedura de pata. Pocos minutos después le vi de nuevo, viniendo decidido directamente hacia mí. Me hizo una batería de preguntas rápidas en japonés

de las cuales me pareció entender: «¿Cuántos metros? ¿Cuántos minutos? ¿Cuántas inmersiones? ¿Cuántas ostras por inmersión?».

—Veintiocho metros, casi dos minutos, cincuenta inmersiones, cuarenta ostras — contesté en mi rústico japonés.

—¿Usted ha vivido en Europa?

—Viví hasta hace cinco años en una isla al este de España, trabajaba el vidrio.

—Hagamos un trato. Veamos si puede ser usted un *ama* y a cambio me adiestrará en su cultura. No hay muchos occidentales en Toba.

—Un *ama* —repetí, no conocía la palabra, aquello era pedirle demasiado a mis conocimientos de japonés.

—Un *ama*, una mujer del mar, una buceadora —me explicó con un gesto de impaciencia. Creo que sus pensamientos iban más rápidos aún que su lengua—. Joven, venga conmigo, antes de que me lo piense demasiado. Estoy montando una granja de ostras aunque no sé si mi gallinero necesita un gallo tan alto y con ese pelo de canela.

—Espere, ¿cómo que vaya con usted? —me paré en seco, frente al puesto de pulpos disecados, y él resopló y frenó también.

—¿Cuánto le paga su patrón?

Le dije el doble de lo que ganaba.

—Yo le pagaré un veinte por ciento más.

—¿Dónde? —pregunté.

—En la bahía de Ago, en la prefectura de Mie. Mi granja está en una isla diminuta, Ainosshima.

—¿Está cerca de Yokohama? —insistí, ocultando como pude la ansiedad en la voz.

—No mucho, la verdad, a unas doscientas cincuenta millas. Pero Yokohama es una ciudad, yo le llevo a un pueblo de pescadores, no quisiera engañarle.

*Cuatrocientos kilómetros, calculé de cabeza. Perfecto.*

—Entonces deberá incluir la manutención y el alquiler de una casa —le dije.

—No será necesario, vivirá conmigo. No le molestan los niños ni las mujeres, ¿verdad? Tengo cinco vástagos, pequeños pero

silenciosos.

—No me molestan especialmente.

—¿Y las mujeres? Esta es una pregunta importante, tómese su tiempo.

—Prefiero la soledad, pero no me molestan.

*Sobre todo las mujeres japonesas*, pensé. Si eran como la esposa de Omura, apenas había escuchado su voz en un año.

Me llevó pocos días hacer el camino de vuelta de Tokio a Kioto para recoger mis pertenencias. A Omura le regalé un *dan ishi* que yo había trabajado durante meses, un *suiseki* voluminoso en forma de meseta grisácea que se cortaba al filo de un acantilado y que sabía que él admiraba en silencio, y embalé con cuidado el resto de mi colección. Siempre preferí los *suisekis* pequeños que me cabían en la palma de la mano. Tal vez porque ya intuía que mi carácter nómada no me mantendría demasiado tiempo en ningún lugar y me gustaba viajar liviano.

Llegué de madrugada, después de un viaje en tren de doble vía a Toba, y de allí en carrito a la granja de ostras del señor Kokichi Mikimoto, que así se llamaba mi nuevo patrón. Él me esperaba ya, tal vez impaciente, y, sin darme tiempo a dejar mi equipaje, me guio hasta una cabaña a pocos metros de la orilla del puerto privado de la granja.

—Señor Basutian, le presento a las *ama*. A partir de ahora vivirá con ellas.

En cuanto me hice a la oscuridad del interior de la choza me encontré con siete pares de ojos de mujer, abiertos por la sorpresa todo lo que se puede abrir un ojo japonés.

## 29 LAS MUJERES *AMA*

*Denis*

*Papeete, febrero de 1930*

Denis esperó a que llegase la noche para bajar

a recepción y pedir una llamada a España. Con la diferencia horaria de once horas calculó que Ada estaría ya despierta. No se había puesto en contacto con ella ni con nadie desde su huida, pero sabía que no podía retrasar más el momento de encarar tantos asuntos pendientes.

—Ada, soy tu hermano. —Denis carraspeó. Su propia voz le sonó extraña.

—¡Denis, por Dios! ¿Tú sabes lo preocupada que estaba? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué desapareciste? ¿Dónde estás ahora mismo?

—Ada, estoy bien, pero no puedo hablarte ahora de mi paradero. Dime lo que ha pasado desde el día que me marché. Qué ha publicado la prensa, qué ha dicho la policía, cómo está funcionando la fábrica. Rápido, no tengo mucho tiempo —la apremió, solo para evitar sus preguntas y obligarla a contestar a las suyas.

—Fausto Galmés está furioso contigo. Nos ha interrogado a los mellizos y a mí, y sabemos que nos tiene en seguimiento. Te está buscando por Mallorca, cree que te tenemos escondido, que lo de madre ha sido un crimen en familia. Que

todos somos cómplices o culpables. Pero no lo ha filtrado a la prensa. Imagino que para no reavivar el caso.

—¿La prensa no dice nada de mi huida? — preguntó Denis, extrañado.

¿*Debería creerte, Ada?*, pensó.

—En la fábrica he dicho que has hecho un viaje de trabajo. Las perleras no están inquietas por tu ausencia y en Manacor tampoco hay intranquilidad por tu paradero. Todo el mundo piensa que estarás un par de meses en Europa o en Estados Unidos, como tantas veces, y nadie te veía como sospechoso del asesinato de madre, así que han pensado que te estás comportando como el industrial que eres.

Denis suspiró, aliviado. Había esperado un escenario mucho más negro, grandes titulares con su huida, policía francesa colaborando con la española. Pese a todo, no bajó la guardia.

—Dime dónde estás, Denis. Haré lo que pueda por ayudarte. —El tono de Ada era demasiado insistente, la conversación estaba durando demasiado.

—No te he llamado para decírtelo, Ada. Y ahora escucha atentamente. A partir de ahora mi despacho es tuyo, encontrarás los pedidos pendientes en la carpeta azul. Gestiónalos y paga a los proveedores. La colección de este año ya está decidida, estamos con los prototipos de 1931. Te doy vía libre, quiero que tu toque femenino decida, es muy parecido al de madre. Y a Galmés ni agua. Que no te haga creer que es tu amigo. Por muy amigo que sea, siempre será un policía. Y una cosa... deja a Alejo que te ayude. Supervísale, que comience por pequeños encargos. Pero mantenlo alejado de la fábrica y de las perleras. Envíale a todas las reuniones de Palma con los joyeros, que se los lleve a comer. Márcale unos máximos y que no suba de esos porcentajes. Tienes el pliego de condiciones de este año en el cajón de la izquierda. No os salgáis de eso o nos caemos con los márgenes. ¿Lo has entendido todo?

—Sí, Denis, es pura lógica.

—¿Seguro? —insistió Denis.

Ada suspiró.

—Ya veo que estás bien.

—Adiós, Ada. Quedas al frente de todo. Confío en ti. —Denis colgó, no muy convencido de sus palabras.

A la mañana siguiente, Denis se presentó con su coche alquilado en la factoría de ostras. Bastian ya le esperaba, sentado frente a una bancada dentro de la cabaña de pilotes. Sin pronunciar palabra le tendió unos viejos guantes de paño recio y un machete, le señaló una saca de ostras y se puso a limpiar de porquería las conchas. Denis le imitó, esperando que fuese su tío Bastian quien comenzase la conversación, pero eso no ocurrió. Fue amaneciendo y el cielo fue pasando del azul marino al naranja. Al final de la mañana habían limpiado media docena de sacas y Bastian se dio por satisfecho. Fue entonces, y solo entonces, cuando se dirigió a Denis.

—Veamos, querías saber en qué consiste ser

un *ama*. Debíamos de estar en 1892, había abandonado Tahití un año antes y Mikimoto acababa de contratarme.

—¿Mikimoto? —le interrumpió Denis—. ¿Te refieres a Kokichi Mikimoto, el rey de las perlas cultivadas?

—¿Es que hay otro Mikimoto? —sonrió Bastian.

—¿Trabajaste para él? Por Dios, es un mito viviente para los joyeros de medio mundo. Estuve en la Exposición Universal de Filadelfia de hace tres años y la pagoda que presentó dejó al mundo boquiabierto. Doce mil perlas cultivadas, tío Bastian. Doce mil perlas y platino para imitar una pagoda de cinco pisos. Nunca antes vi un trabajo tan fino. No puedo creer que trabajases para él. Tengo..., tengo muchas preguntas que hacerte.

—Ya lo creo que trabajé para él, de hecho fui su primer injertador. Y me alegro que haya alcanzado esa popularidad en Europa y Estados Unidos, siempre la buscó. Y volviendo a mi relato, creo que es mejor que no me

interrumpas. No soy un hombre muy hablador y esto me va a costar un gran esfuerzo. Tengo miedo de que no acabemos nunca si lo haces.

Denis asintió sin palabras y le animó a proseguir con un gesto.

Como te estaba diciendo, Mikimoto me contrató para trabajar en su factoría de ostras, en la bahía de Ago, en la costa Este del Japón. Y el primer día de trabajo las conocí a ellas, a las *ama*. Una estirpe de mujeres buzo que llevan dos mil años sumergiéndose en las frías aguas del mar del Japón. En cierto modo, ellas me cambiaron y me curaron. Deja que te cuente nuestro primer encuentro.

Mikimoto me guio hasta la cabaña de las *ama* en su granja de ostras. La primera vez que las vi me causaron mucha impresión. Todas eran mayores, casi ancianas, excepto una joven de cabeza gacha. Y todas eran robustas como caballos percherones, lejos de las formas

delicadas de la mayoría de las niponas.

—Les dejo con Basutian, un buzo de Oceanía. Será un novicio —*Kachido*, dijo en japonés— hasta que decidan si merece ser un *ama*.

—¿Basutian? ¿Así te llamaban? — interrumpió Denis.

—No deberías interrumpirme, me cuesta mucho seguir el hilo de mis recuerdos. Cuanto más callado permanezcas, antes llegaremos a esas preguntas que te atormentan.

Denis calló y se juró no volver a intervenir. Le hizo un gesto de rendición y dejó que su tío Bastian prosiguiera.

Mikimoto me susurró antes de marcharse:

—Dormirás en una de las habitaciones del *amago*, la choza de las *ama*.

—De eso nada, usted me dijo que dormiría en su casa —me quejé, intentando guardar las

templadas formas japonesas. No me resultaba fácil estar enfadado y mantener la compostura en el Japón.

—Lo sé, pero si te hubiera dicho la verdad no te habría podido arrastrar hasta esta bahía, ¿verdad? —replicó con una sonrisa beatífica y a continuación desapareció.

*Maldito zorro viejo, pensé.*

Durante un momento, los ocho nos miramos expectantes y en silencio. Después la más anciana de todas se levantó, risueña.

—Yo soy Aya, ochenta años —dijo tras una leve inclinación de cabeza.

Era la persona más vieja que había conocido nunca. Lo habitual en aquellos tiempos, Denis, era que a su edad estuviera durmiendo el sueño de los justos o hecha una momia, pero Aya se mantenía mucho más ágil que yo ahora. La saludé con un profundo respeto.

—Takura, setenta y tres. Bienvenido, Basutian. —Era la más pequeñita de todas, pelo gris y risa de gorrioncillo.

—Soy Hauka, cincuenta años —dijo otra,

soltando una carcajada. Tenía mejillas gruesas de manzana y toda ella era rechoncha y jovial.

—Yo soy Nami, sesenta y cuatro. —Parecía la más tímida, y me mostró su diente de oro cuando intentó una sonrisa.

—Soy Ayame, cuarenta y siete. Bienvenido. —Tenía la edad y las hechuras de mi madre, tu abuela Nadine, cuando murió, o al menos, como yo la recordaba.

—Kohana, sesenta y ocho. —Se atrevió a saludar con la mano, tenía una cara redonda y los ojillos muy juntos.

La más joven esperó con deferencia a que terminasen las mayores, solo entonces habló.

—Suen, veinticinco. Yo te doy la bienvenida, Basutian. —Su voz pronunció esas palabras, pero no parecía feliz. Tenía el rostro hexagonal y aplastado, el pelo negro y recio de las japonesas le caía hasta la cintura. Era un ser un poco extraño, semioculto en su melena.

Entonces se levantaron todas y, como si tal cosa, empezaron a desnudarse.

—Tú también —me dijo Aya, la más anciana.

Se acercó a mí como su madre la trajo al mundo en el siglo XVIII y me tendió una delgada prenda blanca de algodón.

—Este es el *isogi*, el uniforme que el señor Mikimoto nos ha impuesto para trabajar en su granja. Este es uno de los míos pero hoy te lo dejo. Las *ama* siempre habíamos buceado solo con un *fundoshi*, un taparrabos, y con el pecho descubierto. Creemos que la culpa la tiene Ume, la esposa del señor Mikimoto —dijo con picardía de niña pequeña.

Lo tomé y la extendí frente a mis ojos: era una falda corta. Yo no iba a ponerme aquello, lo tenía muy claro.

—Y esto es el *tenugui* —añadió tendiéndome un pañuelo—. Anúdatelo a la cabeza.

Comencé a desvestirme también y las siete mujeres *ama*, ya desnudas, me escrutaron sin disimulo y comenzaron a reírse. Yo también me reí. Con todas mis fuerzas, por primera vez en años. Éramos tan distintos y la situación tan ridícula que solo quedaba espacio para la carcajada.

Lo de vestir una falda blanca por las rodillas ya no me gustó tanto. Fui a casa de Mikimoto dando las zancadas que me permitía la falda, es decir, pocas, y con el gorro colocado como la cofia de una institutriz bretona. Aquello ya no tenía gracia.

—Tú no quieres que yo bucee, quieres que sea una atracción —le increpé en mi tosco japonés.

Entonces apareció una mujer. Supuse que era su esposa, Ume, por el kimono delicado que vestía.

—Quítatela —me ordenó con voz de seda.

—Ya estamos —bufé en español. No entendía la manía que les había dado a las japonesas con verme desnudo.

Ume ignoró mi respuesta aunque la entendió. Mikimoto me señaló un biombo con la mirada y me oculté tras él para quitarme la ropa. Su esposa sacó de una caja de madera negra lacada algo parecido a unos útiles de costura, cortó y cosió la falda de Aya y un rato después me entregó una pieza que recordaba a los

pantalones cortos de los infantes.

—Y ahora, señorita, puede usted ir y hacer su trabajo —me ordenó Mikimoto con gesto cortante.

—El gorrito no es necesario —le dije. No quería claudicar en ese punto.

—Ahora eres un *ama* y ellas siempre han llevado el *tenugui*. No solo es para que el pelo no se enrede con la cuerda. —Me quitó el gorro y me señaló un pentagrama bordado en él—. Son conjuros de buena suerte. La bahía de Ago está habitada por demonios y espíritus malignos.

—Allí abajo solo temo a los tiburones —repliqué.

—Esos son los espíritus malignos a los que me refiero. Póntelo, a ellas les pondrá nerviosas que no lo lles y necesitan estar concentradas para pescar.

—No —insistí.

—Hazlo por ellas, no te acogerán si no lo haces.

Nos medimos la mirada un segundo más de lo estrictamente necesario y salí hecho una

locomotora de vapor de la casa de Mikimoto.

En el *amagoia* encontré solo a Aya, la anciana, que se había quedado esperándome. Me sonrió como si fuera un vecino de toda la vida y conociera a mis padres y a toda mi familia.

—Primero, caliéntate en el fuego —me dijo con un gesto maternal.

Se sentó conmigo con las piernas estiradas y extendió los brazos hacia el fuego de la choza. La lumbre estaba encendida en un agujero rectangular en medio de la estancia. Yo imité a Aya y calenté mis manos y mis pies durante un buen rato.

—Después, cuando salgas del agua, ven directamente aquí. Da igual lo que creas que tienes que hacer. Primero ven siempre al fuego.

Asentí, conforme. Yo era un hombre de lo más sensato cuando me daban consejos razonables.

Salimos del *amagoia* y enfilamos hacia el pequeño puerto de la granja de ostras de Mikimoto. Una brisilla fresca y molesta me

pegaba el algodón blanco al cuerpo, pero se podía soportar.

—Si te sientes mal allí abajo, sube inmediatamente —dijo.

Yo asentí en silencio. La mayoría de los consejos que me dio aquella mañana no habrían sido necesarios, pero no quería parecer soberbio frente a Aya, así que callé y escuché.

Me ató una soga larga a la cintura y me dio un pequeño barril de madera cortado por la mitad, con varios metros de la soga alrededor del tonel. A continuación me puso en las manos una barra de hierro con un extremo en ángulo.

—Es por si la ostra está agarrada a la roca y se resiste —dijo.

Me sentí con aquella ganzúa en la mano como un ladrón que entra a robar tesoros al mar. Aunque tal vez eso era precisamente lo que hacíamos.

—Subirás las ostras al barril, que será tu boya, y también descansarás sobre él cuando lo necesites. Y ahora Suen te enseñará a hacer el *isobue*.

Nos alejamos del puerto, donde vi que el resto de las *ama* habían marchado en una barca y buceaban ya a cien metros de nosotros. Aya me llevó a una cala cercana. Suen había encendido una pequeña fogata en la orilla con maderas retorcidas que había traído la corriente. Nos esperaba, de espaldas a nosotros, subida a una roca puntiaguda. Aya le lanzó un pequeño guijarro que le golpeó en un hombro y ella saltó de un brinco para caer en la arena. Agachó la cabeza cuando llegamos.

—Ahora eres un *kachido* entre nosotras, Basutian, un novicio. Pasará tiempo hasta que te ganes tu derecho a ser un *funado*, un *ama* experimentado, y puedas salir en barco lejos de la costa. Cuando estés preparado, podrás sumergirte a veinte metros, pero de momento practicaremos a dos metros, como mucho a cuatro.

—Aya, vengo de otra isla al sur de este mismo océano. Allí capturaba ostras a casi treinta metros. No quiero despreciar vuestras costumbres, pero Mikimoto me ha contratado

para que capture ostras, ¿hay muchas en esta cala o están ya esquilgadas? —quise saber.

—Las *ama* solo cogemos lo necesario, hay hombres que bucean en otras costas del Japón que capturan muchas más ostras que nosotras, y el señor Mikimoto escuchó en una feria que un invento llamado «escafandra» permite pasarse horas allí abajo, pero que en pocas temporadas dejó el lecho marino vacío y los buzos se quedaron sin trabajo. Las *ama* no haremos eso. Aquí siempre quedan ostras porque cuidamos de ellas, así que toma solo las que están crecidas. ¡Suen! —gritó, mientras la muchacha alimentaba el fuego a pocos metros—, ¡tráeme un brazalete!

Aya hizo un gesto que no entendí cuando llamó a la joven: dio un pisotón a la arena, que pareció despertar a Suen del ensueño.

Entonces la joven trajo un aro hueco que se sacó del bolsillo de su *isogi*. Era de madera oscura y estaba finamente tallado. Hasta al objeto más humilde los japoneses le daban la dignidad de la belleza.

—En cuanto las saques, pasa cada ostra por este aro, si es mayor y no pasa, nos la quedamos; si es más joven y pasa a través del agujero, vuelve a sumergirte y devuelve cada una a una roca protegida, donde pueda sobrevivir, ¿de acuerdo?

—¿Empezamos ya, Aya? Se nos va a ir la mañana —nos interrumpió Suen. La ansiedad se le escapaba en cada uno de los gestos. Aquella chica se moría por entrar en el océano.

—Entremos y tú le enseñarás el *isobue*.

Suen se acuclilló en la orilla, dándonos la espalda, y manipuló algo que no alcancé a ver. Luego lo metió en un cesto de mimbre junto a la hoguera, se ató su cuerda a la cintura y corrió hacia nosotros con su barril.

—Basutian, ¿tienes preocupaciones? —me soltó Aya, a quemarropa, justo antes de meter un pie en el mar.

*Ganarme la vida, tener dónde dormir esta noche y qué comer antes de que anochezca, pensé.*

—No, Aya. No soy un hombre con grandes

preocupaciones, ¿a qué viene esa pregunta?

—No es bueno si tu cabeza está llena de preocupaciones. El secreto de nuestra felicidad es que las *ama* cotilleamos entre nosotras y somos sinceras. Si alguna tiene algo que decir a otra, se lo dice antes de salir a bucear. Cuando bajamos, lo único que pensamos es en dónde están las ostras. El océano es peligroso, por eso buceamos muy juntas. Cuidamos las unas de las otras, ¿entiendes lo que quiero decir, Basutian?

—Entiendo, vosotras cuidaréis de mí y yo cuidaré de vosotras —asentí, y una sonrisa se me coló en el rostro, porque allí, a los pies del mismo océano Pacífico que había aprendido a amar, quedó establecida la ley sagrada de mi nueva familia.

Aya fue la primera que se adelantó unos metros en el mar, hasta que su cuerpo quedó sumergido hasta la cintura.

—¡Uh, uh, qué frío! —gritó risueña como una niña.

*Llevas un siglo metiéndote en esta agua y aún te parece que está fría, pensé, sonriendo*

para mí.

Entonces yo me adentré también, sin muchas contemplaciones, hasta que el agua me llegó al ombligo.

—¡Virgen María Santísima! —grité de dolor en mi lengua materna cuando mis genitales encogieron.

No te rías, Denis. Ningún hombre, por muy hombre que fuera, podría soportar aquel dolor todos los días.

Aya y Suen abrieron sus ojillos al escuchar mi grito y cayeron ambas de espaldas al agua muertas de la risa. Yo me mordí el labio y aguanté la escena con toda la dignidad que pude.

Después practiqué con Suen el dichoso *isobue*, que era como un silbido lento que las *ama* exhalaban cuando salían a la superficie. No le vi mucha utilidad, y conociéndome como me conocía, sabía que volvería a mis vicios de buzo poco disciplinado una vez me sumergiera.

Por fin nos zambullimos los tres, y por fin conocí el fondo marino del Japón. Todo estaba

tamizado por la poca claridad que nos llegaba, al igual que ocurría en la superficie. Aquí en Tahití la fuerza de la luz del sol resalta todos los colores imaginables y saca el brillo a todas las superficies de la naturaleza. En el Japón, las eternas nubes grises matizaban el aire, y lo mismo ocurría también en el lecho del océano.

Pude advertir, una vez bajé los pocos metros de profundidad, unas algas planas rojas, otras de un dorado sucio, casi verde. El lecho marino estaba embaldosado de guijarros grises y los pocos peces que me rozaron eran cuadrados, negros y planos. Vi en la distancia otros blancos y amarillos de rayas anchas, pero nada que ver con la orgía de colores y formas de los peces tahitianos, donde tienen todas las apariencias menos las de pez.

Comencé a buscar ostras entre las piedras, aunque Suen me indicó con un gesto que no las removiera. Si esas mujeres solo capturaban lo que estaba a la vista, estaban dejando la mitad de la cosecha intacta. Aun así encontré varias ostras, diminutas para los parámetros tahitianos,

más alargadas y de concha más clara. Tomé algunas de ellas, subí a la superficie y las deposité en mi barril. Aya y Suen me vigilaban de cerca, y subían y bajaban con sus ostras en la mano. Me sentía bien, libre, realizado de nuevo, aunque con el frío del océano era mucho más duro trabajar que en las aguas siempre cálidas de Tahití.

Hicimos bastantes inmersiones, pese a que cada poco Aya se me acercaba por si quería salir ya. Pero por qué salir si me sentía vivo por primera vez en los últimos doce meses. Cómo había sido capaz de olvidar aquello. Bajo el agua todo estaba controlado y la experiencia me daba seguridad, no como afuera, en la superficie, donde nada era estable ni digno de confianza.

Fue entonces, caminando sobre el lecho marino, cuando comencé a notar una sensación extraña en los riñones, en la parte baja de la espalda, que fue subiendo de manera difusa por la columna. Suen notó algo y buceó hasta mí. Me alzó la barbilla con las manos heladas y me interrogó con la mirada. Yo le hice un gesto para

tranquilizarla. «Estoy bien», le quise decir. Pero lo cierto es que la sensación era cada vez más molesta. Suen tiró de mi mano con más fuerza de la que creí que tuviera y no tuve más remedio que seguirla a la superficie, aunque me fue frenando para que no ascendiera demasiado rápido. *Ellas también conocen los efectos de la taravana*, recuerdo que pensé.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué te pasa? —me preguntó Aya, apoyada en su boya.

—Saquémosle afuera —contestó Suen, sin soltarme del brazo, y Aya se colocó en mi otro costado. Luego siguieron hablando en su lengua mientras me escoltaban pero yo ya no les prestaba atención.

Llegamos a la orilla y caminamos hasta la hoguera, aunque había menguado ya bastante y apenas calentaba.

—Estoy bien, estoy bien. Es solo... que aquí atrás me siento raro —dije, señalándome el costado—. Nunca antes me había pasado.

Odiaba mi precario japonés porque no me permitía ser preciso, y esa carencia en el Japón

era una falta grave de educación y un atentado a cualquier forma de relacionarse.

—Malo, malo, vamos al *amago* —nos ordenó Aya, preocupada.

Una vez dentro me quitaron la ropa mojada entre las dos y me taparon con una manta. Me pusieron sobre la espalda unas piedras calentadas al fuego y me dieron friegas con aceite de sándalo para mantener el calor.

Y así, tumbado sobre un tatami, me abandoné durante un rato al sueño y quedé adormecido hasta que una voz, masculina y seca, me sacó de mi sopor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mikimoto, al que por lo visto no se le escapaba nada.

—Que es un hombre —contestó Aya como si le hablara a un niño—. Los hombres no tienen grasa en los riñones, ni en la cintura, ni en las caderas. Se enfrían más rápidamente que nosotras, eso es todo.

Yo volví a perderme en mi limbo y los escuché cuchichear.

—¿Crees que podrá? —insistía Mikimoto.

Odiaba que hablasen de mí. Pues claro que podría trabajar allí, solo que el agua estaba muy fría, pero ya me acostumbraría.

No entendí lo que dijeron, pero Mikimoto y Aya se marcharon y creo que Suen se quedó a mi cargo, cambiando las piedras cada vez que se enfriaban.

Más tarde Aya volvió con una papilla y me obligó a tomarla. Me explicó que estaba cocinada con pescado, pollo, arroz, huevos y soja.

—¿Conoces a los *sumotori*, los luchadores de sumo? —me preguntó, y yo me encogí de hombros—. Da igual, lo digo porque son muy grandes. Se les engorda con este plato y con *chankonabé*, una papilla de cerveza y sake. Mañana la cocinaré y comerás esto hasta que tengas grasa como nosotras. Lo de hoy no se puede repetir o una de las veces morirás.

Lo sabía. Uno sabe cuándo se le escapa la vida, y aquella sensación en la espalda me había dejado sin fuerzas y con el cuerpo exhausto, como después de un marasmo o de un mal de

pedra.

Apuré el contenido del cuenco y me incorporé, más reconfortado, y me vestí con mi kimono, sintiéndome presentable de nuevo.

En una esquina del salón, Suen y Aya discutían, con susurros furiosos, y la joven abandonó la choza después de mirarme nuevamente de esa manera tan suya.

No era enfado; era tristeza, impotencia. Había una furia que sus rasgos, hechos a pinceladas finas, se empeñaban en ocultar. Aquella tarde las *ama* al completo partieron a bucear sin mí, ignorando mis protestas. La temperatura del mar solo les permitía sumergirse dos horas por las mañanas y dos horas por las tardes, antes del anochecer, así que apuraban el tiempo y nunca se demoraban.

Poco después de su partida, Mikimoto se acercó para interesarse por mi salud, lo cual me ofendió en mi fuero interno, porque me sentía bien y no quería que pensara que aquel incidente iba a ser la tónica. Él me escuchó, impertérrito, recitando mis récords cuando trabajaba de

pescador de ostras en Tahití y me hizo un ademán para que le siguiera fuera de la cabaña de las *ama* y entráramos en la parte trasera de su vivienda.

—Lo que ha hecho esta mañana, querido amigo, es solo una parte del trabajo que voy a requerirle. Lo que voy a enseñarle ahora ha de quedar entre usted y yo. —Buscó la conformidad en mi mirada y luego continuó—. Bien, no escuche a los que le digan en la aldea que estoy loco, es solo que aún no saben que es posible.

—¿Que es posible qué? —pregunté, impaciente.

—No solo vendo ostras en esta granja, querido Basutian. Mi intención es aprender a criar perlas.

Lo miré como se mira a un demente. Recuerdo que pensé: *Maldita suerte la mía*. Ahora que había conocido a las *ama*, ahora que volvían a pagarme por bucear, el hombre que me había contratado buscaba una quimera.

—Tengo grandes sueños —prosiguió,

ignorando mi reacción—. Sueño con mujeres de todas las razas y hechuras del mundo llevando collares de perlas que yo cultivaré.

—¿Cultivar, como las naranjas? —repliqué, incrédulo—. No sabía que las perlas se cultivasen.

Una sonrisa confiada le creció en la comisura de los labios.

—Aún no se ha dado con la técnica, pero usted va a ayudarme a encontrarla.

Desplazó la mampara de madera y papel de arroz y me mostró su laboratorio.

Mikimoto me hizo sentar en su banco de pruebas, que no era otra cosa que un *chabudai*, una mesa baja para las comidas de familias extensas, en un ordenado recinto donde albergaba pequeños tanques de ostras en agua y un instrumental metálico que no había visto en mi vida.

—¿Era la sala de los injertos? —preguntó

Denis, con los ojos brillantes—. Lo que habría dado por estar allí... ¿Y qué pasó después? Tienes que contármelo, tienes que explicarme cómo exactamente...

—Ya, ya —le frenó Bastian, levantándose—. Para saber qué ocurrió a continuación tendrás que ganártelo, querido Denis. Mañana al amanecer, y usa el pareo que te regalé, que para eso está.

Salieron de la cabaña de pilotes y juntos recorrieron la pasarela de madera sobre el agua. Se despidieron hasta el día siguiente y Bastian se perdió en la espesura de la selva.

Denis se quedó sentado en la arena, olvidándose de Fausto Galmés, de la crisis del mercado americano, de los conflictos con sus hermanos, olvidándose de todo. Porque algo que no eran las perlas de imitación manacorenses había comenzado a ocupar su mente por primera vez: había empezado a recordar lo que le ocurrió, siendo niño, en aquella misma playa de arena caliente que ahora pisaba.

*Bastian*

*Bahía de Ago, octubre de 1892*

—Sostenga la varilla, con pulso —me ordenó Mikimoto.

Frente a mí tenía una ostra ligeramente abierta con la ayuda de una pinza. Estaba sujeta gracias a un pie metálico que la mantenía a la altura de mis ojos.

—Ahora, inserte debajo del manto del animal el agente irritador —susurró cerca de mi oído, como si no quisiera alterar a la ostra con ningún ruido.

Le miré sin comprender. Él suspiró y me tendió un trozo de papel de arroz con un dibujo en tinta de la anatomía de una ostra.

—Aquí —señaló con el dedo un punto concreto del documento.

Así hice. Introduje con tiento la varilla dentro del animal, rebusqué entre la masa blanda de su carne y su concha y coloqué el grano de arena que Mikimoto había puesto en el extremo plano de la varilla.

—Ahora, el pequeño «toque de vida» —dijo con una solemnidad innecesaria.

Me pasó otra varilla con un diminuto cuadrado de los labios recortados de otra ostra y me animó a injertar junto al grano de arena la pequeña porción de «ostra donante», como él la llamó.

—Esto tiene que explicármelo, no entiendo nada de lo que estoy haciendo —le pedí, desconcertado.

Me trajo una bandeja de madera y sobre ella varias docenas ordenadas de cuadrados recortados de ostras.

—Verá, recorto carne de una ostra, en pequeños trozos, y la introduzco junto con el agente irritante —me aclaró, como si esas palabras significasen algo coherente.

—Sigo sin entender nada —insistí.

*Espero que no me tome por un obtuso,*  
pensé.

Apretó sus gruesos labios con impotencia, dejó la bandeja sobre la mesa y exhaló un suspiro.

—Creo que tendré que empezar por el principio. Tal vez deba contarle cómo he llegado hasta aquí y qué estoy haciendo con mi vida en estos momentos.

—Sería conveniente, sí.

—Como sabe, yo nací cerca de aquí, en Toba, cuando esta región que ahora llaman la prefectura Mie se llamaba la provincia de Shima. Crecí durante el período Edo, cuando todo el país estaba cerrado al comercio extranjero, antes de que llegara el comodoro Perry y obligara a Japón a abrirse con aquellos acuerdos tan desiguales. No es una crítica, soy de los que opina que el trato con Occidente nos puede favorecer.

—¿Quién puede saberlo? —susurré, con mis pensamientos muy lejos de allí—. Lo mismo pensó la penúltima reina de Tahití cuando entregó su isla a los franceses.

—¿Por qué huyó de aquella isla, Basutian? Del modo en que habla de ella, parecía su verdadero hogar.

—Y lo era —reconocí.

—¿Entonces?

—Mi hermano se casó con mi mujer.

—¡Oh!

—Sí.

Su rostro era sabio. Lo comprendió todo. Aquellas tres palabras —hermano, casó, mujer—, reunidas en la misma frase, habían tenido el poder de arrastrarme a lo largo de cinco mil quinientas millas.

—De todos modos, ha transcurrido cierto tiempo desde entonces —le aclaré, arrepintiéndome al momento de mi inesperada confesión—. Ya no soy el mismo hombre, ni volvería a hacer las cosas que hice en el pasado.

Mikimoto carraspeó, tan incómodo como yo, y prosiguió su relato:

—Volviendo a mis orígenes, mi padre regentaba un restaurante de *ramen*, nuestros afamados fideos, hasta que cayó enfermo. Yo

tendría once años cuando me hice cargo del negocio, de mi madre y de mis hermanos. Esta región siempre ha vivido de las ostras, por eso la tradición milenaria de las *ama*. De vez en cuando, el hallazgo de una perla traía algo de riqueza y en Toba se podía vivir bien, pero con los años, cada vez se iban encontrando menos perlas y en el pueblo era difícil sobrevivir solo con los fideos. Finalmente tuve que vender también verduras y acudir a todas las ferias de Kioto, Tokio y Kobe para mantener a flote a mi familia, pero siempre me fascinaron las perlas y pasaba mis pocas horas libres en el puerto, esperando que las *ama* volvieran a encontrar perlas. Cuando me hice adulto, participé como juez en muchas ferias de perlas, donde he podido aprender que cada vez son más escasas y se venden como esféricas perlas muy imperfectas. Dicen que mis criterios han llegado a oídos del Mikado. Bien, no me importa ser tan rígido. Tengo el absoluto convencimiento de que en pocos años ya no se encontrarán más perlas en este océano.

—¿Usted piensa... que las perlas naturales se van a extinguir?

—No lo pienso, es un hecho, Basutian. Y confiar en que no ocurra es de necios —me cortó—. Como le estaba contando, hace tres años, precisamente en la misma feria de Ueno Park en Tokio, donde usted y yo nos conocimos cuando iba a recoger el instrumental que acabo de mostrarle, coincidí con un biólogo marino de la Universidad de Tokio, Kakichi Mutsikiri. Compartía mi pasión por las perlas y él había estudiado la biología de las ostras Akoya, las de esta región. Verá, las ostras son animales filtradores, cada día se alimentan de plancton y algas diminutas a base de abrir un poco sus conchas y filtrar varios litros de agua. Pero a veces, y solo a veces, algún grano de arena queda en el interior del animal y la ostra se defiende del intruso rodeándola de capas y capas del nácar que tiene su manto. Así, por azar, nace una ostra. Pero ¿por qué no forzar ese mecanismo de defensa para que el animal cree una ostra a nuestra conveniencia?, ¿por

qué no introducir nosotros el agente irritador y esperar a que la perla se forme?

—Es de locos —susurré. Él fingió no haberme oído.

—Mi esposa, Ume, y yo llevamos tres años experimentando y aún no he conseguido resultados en las ostras a las que he practicado los injertos, pero sigo el método científico. Mire, mire.

Me enseñó sus cuadernos, cuidadosamente divididos en tablas y miles de anotaciones en símbolos *kanji*.

—Me temo que sobreestima usted mis conocimientos de su idioma, apenas puedo descifrar algunos signos —le reconocí.

—Tengo anotados todos los agentes irritadores con los que estoy probando. Primero lo intenté con pequeñas esferas de metal, pero las ostras morían poco después de la operación. Ahora estoy probando con arena y guijarros del fondo del mar y estoy seguro de que dará resultado. Se trata de imitar a la naturaleza lo máximo posible, ¿verdad? Mire, tengo la bahía

donde faenan las *ama* dividida en cuadrantes. —Cambió de cuaderno y me mostró un plano fragmentado en zonas—. Las *ama* me traen también, como parte de su trabajo, muestras de arena del lecho marino donde encuentran las ostras. Usted también tendrá que hacerlo a partir de ahora. Cada mañana le daré varias de estas cajas y tendrá que indicarme a qué zona corresponde cada muestra de arena. Deberá ser variada, con guijarros de distintos tamaños, siempre menores de un centímetro.

Me entregó una cajita de madera, con una tapa deslizante para que la arena no escapase dentro del agua.

—Y ahora le tengo que enseñar una parte de la granja que aún no ha visto —me dijo, mirándome de reojo.

Yo incliné la cabeza por educación pero no muy conforme. Le seguí más allá del pequeño puerto, a una zona más lejana que aún no conocía. Oculto tras una pequeña montaña de piedra pulida por el mar, Mikimoto me mostró una construcción a ras del mar hecha de

tablones largos de madera, cruzados en ángulo recto con troncos. Todos ellos tenían maromas atadas que se hundían bajo el agua. Me acerqué a examinar aquella estructura, sin dar crédito a lo que veía.

—¿Qué demonios...? —pensé en voz alta.

—Venga —me indicó con la mano—, acérquese.

Mikimoto tiró de una de las cuerdas y extrajo del océano una especie de cestas cuadradas, rodeadas de una prieta malla metálica. Estaban a rebosar de ostras, colocadas unas encima de las otras y cubiertas de algas.

—Son ostras ya injertadas por mi mujer y por mí, las colocamos aquí porque esta cala está más resguardada que el mar abierto, y la temperatura no es tan baja. También porque en esta zona no hay pulpos —apretó los labios cuando pronunció esa palabra—. La primera cosecha de ostras injertadas fue un desastre, los pulpos acabaron con ellas. Mi esposa y yo tuvimos que empezar de nuevo.

—No lo entiendo, señor Mikimoto. Si cultiva

todas estas ostras, no las vende, y usted vive de vender ostras. Está perdiendo muchísimo dinero con este experimento.

—No, desde luego que no lo entiende, Basutian. Abrí esta granja en el año 1888 a costa de pedir un crédito que nos está llevando a la ruina, pero créame, el último fin de este negocio es ser la primera granja de perlas cultivadas de la historia.

31 *MABÉ*

*Denis*

*Tahití, febrero de 1930*

Al día siguiente Denis se presentó en la fábrica de madrugada, impaciente. Su tío Bastian no había llegado todavía, así que se tumbó en la hamaca mirando el sol naciente hasta que se le incendiaron las pupilas. Todos los amaneceres desde que había llegado a Tahití le

parecían un milagro y aportaban una extraña calma a sus furiosos pensamientos. Bastian llegó en silencio y se quedó observándolo a sus espaldas, un poco orgulloso y un poco culpable, también. Reprimió un suspiro y trabajaron de nuevo toda la mañana hasta acabar las sacas de ostras sucias.

—Y ahora mi historia —le dijo Denis, en cuanto la bancada quedó limpia.

—Y ahora tu historia —repitió Bastian—. Veamos, estábamos aún en el Japón...

Llevaba diez meses viviendo entre las *ama*, durmiendo en una pequeña habitación del *amago*, y aquello era todo lo que necesitaba un hombre como yo. Las *ama* me habían permitido colocar en la gran habitación comunitaria mis *suisekis* y había tallado varias columnas de madera sobre las que exhibía mi pequeña colección. Por las tardes, cuando regresábamos de la última captura, cocinábamos

sobre una rejilla cuadrada sobre el fuego las piezas de comida que le arrancábamos al mar: *uni*, erizos de mar; *ebi*, langostas con espinas, y *kaiso*, algas marinas para la sopa.

Yo pulía cada noche algún *suiseki* con la mano, extrayendo la belleza a cada piedra, mientras escuchaba los chismorreos de las *ama* con el fuego lamiéndonos los pies.

Cenábamos siempre entre risas. Takura, la diminuta *ama*, se reveló como una picante contadora de chistes y chascarrillos, y bastaba con que abriera la boca para que nos doblásemos de la risa con sus patochadas. Yo no entendía cómo podía ser *ama* con ese cuerpecillo sin grasa, porque a mí me seguían obligando a tomar papillas de engorde, aunque yo prefería el *chankonabé*, por aquello de que el sabor del sake me recordaba al «licor de palo» de Mallorca. Por cierto, ¿todavía se fabrica?

—Sí, aunque no soy muy amigo de beberlo —contestó Denis, absorto en la historia—. Está

hecho de quina, si no me equivoco, y me resulta demasiado amargo. Pero no te detengas, tío Bastian. Continúa con tu relato, te lo ruego.

Bastian miró al suelo y se le coló una sonrisa de satisfacción, aunque procuró disimularla frente a Denis.

Una mañana entré en el *amagoya* y me encontré con Suen, acucillada de espaldas, colocándose en los oídos algo que había extraído de un bote. Me acerqué con curiosidad y ella se sobresaltó.

—Debes avisar antes de entrar. —Su voz era suave, pero noté un reproche que me golpeó como un latigazo.

—No —repliqué, ocultando que me había dolido—, aquí todo se hace a la vista de todos. Me has visto cien veces desnudo y yo a ti, ¿no puedes confiar en mí?

No contestó, hizo un gesto de impotencia, y se marchó corriendo. No sabía lo que la

atormentaba, pero me molestaba que no me aceptase como había hecho el resto. Las *ama* eran mi bálsamo, mi medicina, y ella era la única mancha en mi nueva vida. Durante un tiempo simplemente la ignoré, ignoré su rechazo y su frialdad. Con las otras *ama* Suen era educada y se reía, aunque siempre estaba tensa y ansiosa.

—Se esfuerza en ser una buena *ama* —comentaban Nami y Kohana cuando no estaba.

—Lo será, si el señor Mikimoto la deja, pobre muchacha —decía Hauka, poniéndose seria por una vez.

Yo me abstenía de entrar en esas conversaciones. Las *ama* se lo contaban todo entre ellas, y yo no quería que Suen supiera de mi incomodidad.

Llevábamos días con los preparativos para el festival de *hanabi*. Desde hacía más de mil años los lugareños celebraban cada verano un homenaje en honor de las mujeres *ama* de la

zona, para agradecerles que fueran ellas las que traían riqueza a la zona. Las *ama* estaban nerviosas, preparando antorchas y farolillos y remendando sus *isogis* blancos.

Cuando llegó la noche, fuimos hasta la aldea, donde ya se escuchaba el jolgorio de los músicos, la risa de los chiquillos y las reverencias que los pescadores nos hacían cuando nos veían pasar por las calles empedradas. Yo llevaba mi kimono y me había peinado con un moño prieto. Mikimoto y su esposa paseaban a sus cinco criaturas, todas de rostros, nombres y edades indistinguibles para mí. Estaban tan bien educados para los parámetros occidentales que hubiera jurado que eran muñequitos de madera. Las mujeres del pueblo se habían instalado con manteles azules en la orilla del puerto preparadas para tomar su *picnic* nocturno a base de bolas de arroz.

Aya y yo nos adelantamos con nuestro mantel para conseguir un buen sitio, mientras las otras *ama* se perdían charlando con amigas y familiares. Todas iban con sus uniformes

blancos excepto Suen y yo, que al ser todavía novicios no teníamos derecho a presentarnos como *ama* en el pueblo y vestíamos kimono y *yukata*.

Aya se sentó a mi lado y me tendió la programación de los *hanabi*, los fuegos artificiales japoneses, que literalmente quería decir «flor de fuego». Con su sentido de la precisión y la belleza, los japoneses elaboraban complicados programas donde daban nombre a cada uno de los fuegos, con la hora exacta a la que cada uno habría de explotar. Leí y pude traducir: «Crisantemo de cuatro pistilos que cambia de color al amanecer», «un lirio que florece en el cielo nocturno» o «el jardín de flores con mariposas volando alrededor». Suspiré con una sonrisa y sacudí la cabeza. En Manacor solo conocíamos los *correfocs*, cuando los mayores se disfrazaban de diablos y nos perseguían a toda la chiquillería con petardos alrededor de las hogueras en las fiestas de san Antonio Abad, a mediados de enero. Tú lo has vivido, imagino.

Denis asintió con una sonrisa, pero lo cierto es que nunca lo mezclaron con los otros niños y nunca corrió delante de los demonios.

Recuerdo que Aya me miraba risueña, contagiada del espíritu festivo de aquella noche, pero yo me revolvía intranquilo a su lado.

—Aya, siempre dices que nos lo contemos todo, así que debo hacerte una pregunta. ¿Tiene Suen algo en contra de mí? ¿La he ofendido en algo con mi comportamiento? Aún no domino vuestras maneras, puede que...

—Tiene miedo —me interrumpió—. Mikimoto la tiene a prueba. No sabemos si le va a mantener el trabajo o no.

—¿Por qué? —pregunté, sin comprender.

—Porque Mikimoto está al borde de la ruina y apenas podía pagarnos a las siete cuando te contrató a ti. Suen sabe que Mikimoto te quiere

como *ama*, pero también porque eres un...

—Sí, Aya, un *gaijin*, puedes decirlo.

Un *gaijin* equivalía a un extranjero, un occidental rústico. Era el modo en que los japoneses nos llamaban. Y era cierto, tu admirado Mikimoto tenía los ojos puestos en Europa, con sus planes locos de iniciar un comercio de exportación en cuanto encontrara la técnica para cultivar perlas. Por las tardes me acribillaba a preguntas acerca de las joyerías de París y los modos y usos de los negocios de los europeos. Todos los detalles insignificantes para mí eran fascinantes descubrimientos para él.

—Basutian, tú eres un hombre, has recalado aquí pero te irás. Puedes trabajar en una cosa o en otra. También las *ama* podemos ser contratadas en la aldea, pero nadie quiere contratarla a ella, su padre era el jefe de la cofradía de pescadores y sienten que no respetan su voluntad si la contratan. También a Mikimoto le incomoda la situación y no quiere estar a malas con los pescadores, son ellos los que compran sus ostras. El único motivo por el

que la ha contratado ha sido por mis ruegos y porque si yo me voy, las otras *ama* me siguen. Y ahora llegas tú. Todas tememos que sea la excusa perfecta para echarla.

—Yo no quiero irme —dije—, pero no quiero ser el culpable de que Suen no sea una *ama*.

—Suen moriría de tristeza en una casa, como las mujeres de la aldea, controlada por una suegra. Una mujer japonesa no trabaja, solo las *ama* lo hacemos. Tenemos seis meses de libertad cada año, y podemos elegir a los maridos porque ganamos mucho más dinero que la mayoría de pescadores aquí.

—No lo entiendo, ¿por qué no quería su padre que trabaje como *ama* entonces?

—Suen siempre quiso ser *ama*, su madre lo era y ella comenzó a bucear antes que la mayoría de las jóvenes, que esperan a los catorce años, cuando terminan el colegio, para empezar a practicar. Ella se escapaba muchas veces al puerto, lanzaba piedras al océano y se retaba a sí misma para encontrarlas. No había quien la retuviera en su casa y eso no era propio

de una mujer japonesa. En el colegio empezaron a mirarla mal, aunque ella no lo veía. Bajo el agua era tan decidida como su madre, una de las mejores *funado* que ha visto esta bahía, y créeme, Basutian, yo he conocido a muchas *ama* en mis noventa años de vida.

—¿Noventa? ¿Tienes noventa años, Aya? Jamás he conocido a alguien tan anciano.

—Shhh... —me dijo con una mirada pícar—, las otras *ama* no lo saben y Mikimoto tampoco debe saberlo. Las *ama* no nos retiramos nunca, pero nadie ha alcanzado nunca mi edad, y se preocuparían por mí y me tratarían como a un trasto viejo y delicado. Me moriría en tres días si dejase de bucear. Creo que mi cuerpo no sabe estarse quieto.

La miré con tal reverencia que estalló en una carcajada y yo hice lo mismo.

—No has acabado de contarme lo que pasó con la madre de Suen —le recordé.

—Su madre salía con su esposo en el barco que conoces, el *Koryomaru*. Aquí es costumbre que las *ama* casadas salgan con sus maridos

lejos de la costa, allí bucean y luego ellos las suben con una polea. Un mal día su madre murió al ascender, se le metió una burbuja en el cerebro —dijo, cerrando los ojos y mirando hacia otro lado.

*Una taravana, pensé en maorí.*

—Su padre volvió a dedicarse a la pesca y acabó siendo el jefe de la cofradía de pescadores, un hombre justo y muy respetado. Después del accidente, no le hacía gracia que Suen buceara, pero se lo permitía. Hace un año, Suen se quedó sorda de un oído y casi sorda del otro. Subió demasiado deprisa a la superficie. Todo el mundo se enteró y su padre le prohibió volver a bucear. Al poco tiempo fue él quien desapareció en el mar, junto con otros tres miembros de la cofradía. Los buscaron y no los encontraron, este mar es muy traicionero y a veces no devuelve los cadáveres. Desde entonces nadie en el pueblo quiere contratarla como *ama*, todavía respetan demasiado la decisión de su padre, aunque ya no esté. ¿Comprendes ahora sus sentimientos hacia ti,

Basutian?

Me evadí con otra pregunta.

—¿Y por qué rogaste a Mikimoto que la contratara? ¿Por qué cuidas de ella?

—Suen es mi nieta.

Miré hacia el puerto, incómodo. No quería renunciar a Mikimoto y su granja de ostras, o de perlas, o lo que fuese, pero tampoco deseaba perjudicar a Suen.

En ese momento llegaron todas las *ama*, solemnes y espléndidas con sus antorchas encendidas. Se llevaron a Aya y me dejaron a solas con Suen y sus silencios. Los novicios teníamos que presenciar el desfile desde la orilla, como el resto del pueblo. Así que las *ama* formaron una fila, se ataron sus barriles y sus cuerdas a la cintura y, portando cada una su larga antorcha, se metieron en el mar. A mí me tembló levemente el orgullo, viéndolas nadar en círculo alrededor de una gran boya incendiada, apoyando sus barrigas sobre los barriles, y cuidando de que las antorchas no tocaran el agua para apagarse. A lo lejos, otras *ama*

venidas de aldeas cercanas giraban también rodeando sus balizas de fuego. La noche era cerrada, casi cálida para estar en el Japón, y todo lo que me rodeaba era alegre y de una belleza infinita. Suen, a mi lado, observaba en silencio la serpiente marina que habían formado todas las *ama* frente a nosotros y pude ver, una vez más, esa ansiedad, esa furia tras sus facciones sosegadas.

Creo que fue un momento mágico para Suen cuando las *ama* salieron del agua, siempre en fila una tras otra, y se dirigieron con las antorchas hacia nosotros. Después de una mutua reverencia nos tendieron un nuevo *isogi* a cada uno y nos invitaron a entrar en el océano con ellas.

Nos acabábamos de convertir en *ama*.

Aquella noche volvimos a la playa de la granja de Mikimoto a cocinar erizos de mar y a reírnos junto al fuego. Nami y Takura, totalmente desinhibidas, hicieron sus obritas de teatro y bebimos sake, aunque no mucho, porque al día siguiente Mikimoto estaría al pie de la *amago*

a las cinco y media y nadie quería tener un accidente en el océano. Hauka, con sus mejillas al rojo vivo, pidió el tercer cuenco de sake. Kohana le contó un chiste absurdo para distraerla y alguien guardó la botella, porque no volví a verla más. A mí me enternecía ver cómo cuidaban las unas de las otras, y aquella noche cumplimos con todos nuestros rituales hasta que nos zambullimos en el negro Pacífico al grito de «¡Uh, uh, qué frío!».

Fue la tarde siguiente, lo recuerdo bien, cuando ocurrió. Ume, la esposa de Mikimoto, me acompañó a recoger las cestas de las ostras que habían sido injertadas año y medio antes. Rasgamos con mi navaja la malla metálica que las protegía y sacamos una de las ostras para comprobar su crecimiento. Cuando Ume, con más experiencia y pericia que yo, la abrió y separó la masa viscosa del animal, descubrimos un botón de nácar prendido de la concha.

Ume, sin perder su compostura japonesa, se puso a dar gritos, llamando a su marido:

—*¡Mabé, mabé!*

Fue un momento que tuvo algo de sobrenatural, como cuando Miguel Ángel pintó a Dios tocando con la punta del dedo a Adán en la Capilla Sixtina. Era un 11 de julio de 1893 y las crónicas del siglo lo contarían: Kokichi Mikimoto había cultivado la primera media perla y acababa de entrar en la historia.

## 32 EL HOMBRE DEL ACANTILADO

*Laia*

*Mahón, 1877*

Anthony Kane paseaba nervioso por su despacho. Cada poco tiempo bajaba al estudio de pintura donde su hija pequeña, subida a un taburete, daba pinceladas cortas al pliegue de un oscuro frac. Le enervaba la lentitud con que su

hija pintaba los cuadros, y no solo a él, lo había notado. En la visita del marqués de Torres Blancas, su íntimo amigo que además tenía dos hijos ya casaderos, su esposa bostezaba discretamente, ocultando la boca con su guante de seda. Si bien la niña maravillaba a todos los presentes, las visitas se alargaban demasiadas horas hasta que se hacía palpable algún avance en la pintura. Tal vez su amigo Thomas Cole estaba eligiendo cuadros demasiado grandes para un brazo con tan poco recorrido. Chasqueando la lengua bajó una vez más al taller, aunque se quedó esperando en el pasillo, al percatarse de que su esposa, Ágata, ya estaba encargándose de aleccionar a la niña.

—Madre, estos cuadros me cuesta pintarlos porque no los soporto —se atrevió a decir Laia.

—Pero ¿qué dices, criatura? —se alarmó Ágata, con un gesto amargo—. Solo faltaba que despreciases el don que te ha caído del cielo.

—Disculpe, madre. No hablo de que no me guste pintar, lo encuentro fácil y no le veo mérito alguno a copiar a los pintores de verdad. Le digo

que no me gustan los lienzos de Friedrich, que me dan miedo. Y que por las noches pienso en el señor de espaldas y que me tira por este barranco que estoy pintando.

—Pero ¡qué cosas tienes, Adelaida! —dijo la mujer, santiguándose—. ¿Acaso estás dudando del buen hacer de tu maestro, con todo lo que te ha enseñado?

—No, madre. Y llámeme Laia, le ruego, que no es de vieja. Pero no le diga nada a mi maestro o me golpeará con la barra en las manos —murmuró la niña, frotándose las—. Yo prefiero un bodegón o un paisaje de día. Algún color suave y más luminoso, que no me dé tanto reparo pintar. El maestro Cole me hace pintar solo cuadros oscuros, de muertos y difuntos. Y a mí me alteran demasiado esas cosas.

Las manos le escocían mucho aquel día. El aceite de trementina le irritaba las palmas y los dedos, pero lo peor era el aguarrás. Cada tarde, al acabar de pintar, debía limpiar las cerdas de todos los pinceles con el aguarrás, que se le colaba entre los pliegues de la mano ya pelados

y le quemaba como si tocase ascuas.

—Tonterías, y date prisa, que mañana la visita es importante —suspiró Ágata y salió del taller, dándose de bruces con su esposo.

—La estás malcriando. No le permitas aflojar el ritmo. Mañana ese cuadro tiene que estar casi acabado, es importante que todos vean cómo lo termina —ordenó Anthony Kane a su esposa—. ¿Águeda está ya preparada?

Su hija mayor acababa de cumplir doce años, pero lucía ya formas de mujer y la tarde siguiente habían sido invitados todos los nombres de la vida social y cultural de Menorca.

—La he aleccionado convenientemente, si a alguno de los hijos del conde de San Antonio le agrada la chiquilla, te lo haré saber con un gesto y puedes sugerirle el futuro compromiso a su padre. Anthony, jamás habíamos estado tan solicitados como desde que Adelaida se ha convertido en la muñeca de la isla. Tenemos que aprovechar para cerrar todos los tratos matrimoniales que podamos. Nunca van a ser tan ventajosos como ahora. Y Antón, por su

parte, rondará a la hija del barón de las Arenas.

—Bien, querida. Me alegra que ya hayas pensado en todo. Y ruego que disculpes mis modales últimamente. Sé que estoy inquieto, pero es que yo también le veo muchas posibilidades a todo este asunto de la pintura. Y debo decirte que en cuanto Cole me diga que la niña está preparada, me la llevaré de gira por todas las capitales europeas, pese a que conozco tus reparos.

Ágata no disimuló su contrariedad.

—Sabes que no quiero sacarla todavía de Menorca. Déjala unos años que crezca con sus hermanos.

Anthony golpeó la pared con el puño, enojado.

—¡No! ¡Es ahora, es ahora! ¿Qué venderemos dentro de unos años, eh? ¿Que es una joven que copia bien los cuadros? Ahora es una niña prodigio, es su corta edad lo que maravilla, si su exasperante lentitud pintando no nos acaba dejando en ridículo.

La niña escuchó la discusión de sus padres espiando detrás de la puerta de su taller, cuando

ya se iba a quitar el delantal blanco de paño para salir a jugar. Pero apretó los dientes, se frotó las manos, nerviosa, y volvió a concentrarse en aquel lienzo que tanto le espantaba.

### 33 LA MAREA ROJA

*Bastian*

*Bahía de Ago, junio de 1894*

El descubrimiento de la primera perla hemisférica cultivada, aquel *mabé* que Ume encontró, dio un respiro a la maltrecha economía de la granja. En aquella primera cosecha en la que Mikimoto, su esposa y yo abrimos casi mil ostras, encontramos otras dos perlas *mabé*. Tras el rostro impertérrito de Mikimoto se adivinaba un hombre en estado de ebullición, gastando sus días y sus noches en cálculos y planes para dar rentabilidad a su invento.

—¿Qué va a hacer con esas perlas? —le

pregunté una tarde, mientras injertaba un guijarro en una ostra semiabierta.

Tenía ya la mano segura y la vista entrenada, pero, sobre todo, el tacto para captar el estremecimiento del animal cuando entraba en su territorio con mis varillas. Intentaba molestarlo lo menos posible, ser preciso y rápido para dejar mis regalos envenenados entre su cuerpo y la concha. Salir de él y desear que no muriera por mi intervención.

—La próxima semana iré a Tokio. Conozco un joyero en el barrio de Ginza que morirá de placer cuando le enseñe la calidad de los tres *mabés* —comentaba, mostrando aquellos días un excelente humor que nos tenía a todos sorprendidos.

—No entiendo qué utilidad le puede dar a una burbuja pegada a una concha de nácar —pensé en voz alta.

A él le ofendió el comentario, lo supe en cuanto levanté la vista.

—Mi querido y escéptico Basutian, el tamaño de estos tres *mabés* es considerable. Mi amigo

joyero tiene instrumental para desbastar la concha hasta rodear el *mabé*, que quedará como si fuera media perla hueca. Después la rellenará con parafina u otra cera similar y probablemente acabará siendo un pendiente con una pieza engastada en oro para su sujeción. Se venderá como una exclusiva obra de arte y yo cobraré por ello, se lo aseguro.

Asentí, concentrándome de nuevo en mi trabajo, que desde el día del descubrimiento se había convertido en una carga considerable.

—Lo que usted diga —murmuré, levantándome y tomando una ostra más del tanque de agua—, pero no son perlas. Las perlas que yo conozco son esferas, están sueltas en el cuerpo del animal, no pegadas a la concha.

—Pero es un comienzo, amigo —contestó, algo molesto—. Deme una alternativa, no se limite a criticarme. ¿Qué sugiere, que la insertemos dentro del cuerpo de la ostra? Sería como meter una piedra en el estómago de un hombre. Simplemente moriría. Su cuerpo la rechazaría.

—Los fuertes sobrevivirían, he conocido a hombres duros que superarían eso y mucho más. Y en cuanto a sus ostras... ya mueren, señor Mikimoto. Las ostras ya mueren después de lo que les hacemos, a cientos, y usted lo sabe. Pero las ostras fuertes sobreviven al injerto. Si damos con el órgano donde puedan soportarlo, entonces tal vez no crezcan medias perlas ancladas a la concha, sino perlas totalmente redondas. No olvide que la naturaleza se las apaña de algún modo para conseguirlo, alguna manera habrá de imitarlo.

Me tendió su croquis con la anatomía de una ostra y lo colocó frente a mí.

—Dígame dónde lo pondría, caballero, ¿en las branquias, en el manto, en el intestino?

—No lo sé, señor Mikimoto. Usted es quien dirige esta granja, dígame lo que quiere que haga. Yo me limito a obedecer.

Quedamos en silencio, pero yo no dejaba de pensar: *Esto se puede hacer también en Tahití. Las capas de nácar serán más gruesas y las perlas, si ello fuera posible, crecerían*

*antes.*

Y me contagiaba de las quimeras de Mikimoto, pensando en Timi y otros maoríes en una granja soleada, ganando dinero y no mendigándolo. Si fuera posible trasladar la aventura de Mikimoto a las islas de los Mares del Sur, cada atolón tendría su granja, sus cien granjas; y tal vez los nativos no serían tan dependientes de una colonia para la que simplemente no existían.

Un buen rato después, con los ojos irritados de injertar guijarros, me despedí de Mikimoto con una breve inclinación de cabeza, me recompuse el kimono, me tensé el moño y me dirigí al *amago*. Me sentía un poco extraño, con la cara como entumecida, la boca dormida y los músculos algo atrofiados. Demasiadas horas acucillado al modo japonés. Qué les costaba usar las sillas en aquel extremo del planeta.

A esas horas solía encontrar solamente a

Suen, de vuelta de sus inmersiones. El resto de las *ama* se acercaban a la lonja de los pescadores a pesar las ostras y negociar con ellas, pero Suen no se dejaba ver para no incomodar a ningún antiguo compañero de su padre. De todos modos, ella era una joven espabilada y miraba por su futuro. A espaldas de Mikimoto solía capturar *awabis*, las codiciadas orejas de mar, una especie de caracolas gigantes cuyas piezas estaban cotizadísimas. Pocos años atrás, las *ama* trabajaban solo seis meses al año y ganaban verdaderas fortunas cada temporada. Cuando yo llegué a la bahía de Ago casi estaban extinguidas, pero toda *ama* experimentada sabía dónde encontrar todavía algunas de ellas, y yo estaba seguro de que Aya le había transmitido los lugares secretos a su nieta.

Suen había cambiado desde la noche que nos convertimos en *ama*, seguía siendo callada y dulce, pero se la notaba más segura entre el resto de las *ama* y había dejado de rechazar mi presencia. Teníamos en común una edad similar, la ausencia de cargas familiares de las que

hablar y, sobre todo, el futuro, que en su caso pasaba por el único deseo de continuar siendo *ama* toda la vida.

Cuando traspasé el umbral opaco de la choza, ella, acostumbrada ya a mis rutinas, me hizo un gesto travieso para enseñarme las capturas clandestinas del día: dos orejas de mar de tamaño considerable, todo un trofeo que encontraría pronto un nuevo dueño.

Yo también había empezado a capturar *awabis*, con el beneplácito de las *ama*, y marchaba con Suen a las aldeas cercanas para venderlas. En pocos meses había ahorrado mucho más que a lo largo de toda mi vida y por primera vez dejé de sentir el peso agobiante de no saber cómo me ganaría la vida el día de mañana. Era una época de calma y yo me encontraba sereno, incluso ilusionado.

Me acerqué a examinar las orejas de mar, y ella, risueña y despreocupada, empezó a quitarse la arcilla del oído que tenía que aplicarse antes de cada inmersión. Ahora ya no se ocultaba cuando yo estaba presente, habíamos alcanzado

cierto grado de complicidad, aunque a mí me preocupaba que no me entendiera, con mi precario japonés y su sordera, así que siempre buscaba en sus ojos que me mirara los labios al hablar, tal vez de manera demasiado evidente, por lo que pude comprender aquel día.

—¡No hace falta que me grites cada vez que hablas conmigo, Basutian! —Se rio de mí, mientras se secaba el uniforme junto al fuego.

Yo estaba sentado junto a ella, cerca, muy cerca, contagiado por su risa.

—Te oigo, no estoy sorda del todo.

—Eso ya lo sé. En mi colegio crecí con un chico al que habían dejado sordo desde muy niño, y tú no hablas como un niño sordo.

—Eso es porque escucho mi voz y sé cómo suena. También escucho vuestras voces y todo lo demás, es solo que... ahora las oigo como si estuviera dentro de un cajón. Como si estuviera dentro del agua, ¿entiendes lo que te digo?

Rememoré por un momento aquella sensación, cada vez que estaba a punto de alcanzar la superficie y alguien en el barco o en la piragua

de Nahuro mantenía una conversación.

—Sí, creo que sé a qué te refieres.

Pero ¿era verdad que Suen lo oía todo?

Ella miraba distraída a la llama que se erguía frente a nosotros, así que me armé de valor y me acerqué a su oído.

El gesto lento, muy lento.

La voz débil, muy débil.

—Entonces dame una respuesta: dime que prefieres sumergirte conmigo y no con las otras *ama*. Dime que me prefieres a mí antes que al resto de los muchachos pescadores con los que has crecido. Dame una señal, Suen, y me quedaré en esta bahía el resto de mis días.

Ella permaneció inmóvil, hipnotizada por el fuego.

Y fue entonces cuando todo cambió, lo que era risa y confianza se tornó en terror. Un terror crudo y al rojo vivo que adiviné en su rostro.

—Basutian, ¡mis dientes! —gritó, con la voz destemplada.

Se me encogió el estómago al ver su

expresión.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

—¡Mis dientes, se me han aflojado todos! — chilló, tapándose la boca, como si quisiera retenerlos.

Yo la miraba impotente, sin comprender nada. Sus dientes estaban en su sitio.

—¡Arg! —gritó de dolor, apartando las piernas de la hoguera—. ¡El fuego está helado!

—¿Cómo que está helado, Suen? ¿Qué está pasando? ¡Dime algo!

Entonces se dobló en dos, violentamente, como un títere atravesado por una *katana*. La sujeté para que no cayera a la fogata y empezó a vomitar. Una, dos, tres veces. No podía parar y yo no había visto aquello en mi vida, algo iba mal, muy mal.

Salí corriendo de la choza, desesperado, y vi que a lo lejos volvían del puerto todas las *ama*. Les grité y les hice aspavientos:

—¡Suen está mal, necesita ayuda!

Todas dejaron caer sus útiles y vinieron corriendo, entraron en la cabaña y les expliqué

lo que había visto.

La expresión de sus rostros me heló la sangre. Fue como si le dieran el pésame a Aya. Esta reaccionó y se abalanzó sobre un frasco; las demás fueron a por una taza y se sirvieron un líquido marrón oscuro. Me tendieron una y todas bebieron de un trago. Luego se precipitaron fuera del *amago*.

—¡Bébelo, ya! —me gritó Aya antes de desaparecer también.

Obedecí y engullí el brebaje de un solo trago. Sabía a soja con huevos podridos. Al momento me subió una arcada y fui incapaz de retener la comida del día en mi estómago. Salí de la choza y encontré a todas las *ama* vomitando también.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —grité.

—¡*Akashisho*! —gritaron todas.

—¿Qué? ¿Qué significa? ¿«Rojo»? «Rojo» ¿qué? —Estaba bloqueado y no entendía lo que me decían.

«*Aka*», rojo.

¿Pero qué era *akashisho*?

—¡Id a la aldea! ¡Avisad a todo el mundo! —

ordenó Aya—. ¡Que nadie coma nada! ¡Nami, corre a casa del señor Mikimoto!

Todas salieron corriendo, yo entré en la choza, donde Suen continuaba vomitando, sujetándose el estómago con las manos, con el rostro deformado de dolor. Aya entró también y se arrodilló junto a su nieta.

—¿Qué le ocurre a Suen? No comprendo nada —la increpé, fuera de mí.

—Todas las algas se han vuelto tóxicas y han envenenado el mar. Tenemos que avisar a toda la aldea, que nadie coma pescado, ostras o marisco. Suen está intoxicada, fue la última que salió del mar. ¿Tú te has notado algo, picor en los ojos, los labios dormidos...?

—No —mentí—. ¿Cómo salvamos a Suen? ¿Hay que traer alguna medicina?

—No hay medicina, Basutian. Algunos curan pero muchos mueren. No hay nada que podamos hacer. Somos más útiles avisando al pueblo.

—Yo me quedo, no quiero que esté sola —me enroqué.

—Ven a buscarme si se pone peor —me dijo antes de salir y yo asentí con la mirada.

Me quedé a solas con Suen. Una Suen aterrada, tirada en el suelo de la cabaña. Pronto comprobé que sus miembros se estaban quedando paralizados. Primero las piernas, no era capaz de doblarlas ni de sujetarse en cuclillas. Después los brazos, rígidos a la altura de los codos, como un muñeco de madera. Seguía chillando, quejándose del frío con que le castigaba el fuego. Yo le sujetaba la barbilla, impidiéndole que se ahogase cada vez que le venían las arcadas. Escuché unos pasos fuera del *amago*, y salí y encontré a Mikimoto, trajinando con barriles junto al puerto.

—¡Basutian, ayúdeme! —me ordenó en cuanto me vio—. Hay que salvar todas las ostras injertadas que podamos.

—¡No voy a ir! —respondí desde la puerta—. Suen está muy grave. ¿De verdad no hay manera de salvarla?

—¿Cómo está? —preguntó, sin dejar los malditos barriles.

—¡Se le está paralizando el cuerpo y no deja de vomitar! —grité, desesperado.

—¿Le recuerda?

—¿Cómo? —contesté, perplejo.

—Si tiene amnesia no hay nada que hacer.

Entré corriendo de nuevo en la choza. Suen me miró con un pavor infinito.

—¡Un *gaijin*! ¿Qué quiere? ¿Por qué ha entrado? —chilló, sin poder moverse del suelo—. ¡Esta es una cabaña de mujeres, mis compañeras vendrán pronto!

—Suen, soy Basutian, tu compañero. Las algas te han envenenado y no me reconoces.

—¡Señor, tiene que dejarme! Estoy enferma, no puede estar aquí conmigo.

—¡Suen, soy yo! ¡Quiero ayudarte! —grité, pero el miedo que me tenía podía más.

—¡Señor, no me haga nada! ¡Salga por favor!

Salí corriendo, impotente, pero no quedaba ni un alma en la granja. Todas las *ama* estaban avisando al pueblo. Entré de dos zancadas en casa de Mikimoto, donde Ume estaba haciendo vomitar a sus cinco hijos.

Corrí hacia el puerto, donde encontré de nuevo a Mikimoto. Lo alcancé en pocos metros y lo sujeté por el brazo, obligándole a frenar.

—Vaya con Suen —le rogué—, no quiero que muera sola. A mí no me reconoce y le doy miedo.

—No puedo, tengo que intentar salvar las ostras. Ella va a morir igual.

—¡No merece morir sola! —le grité—. ¡Quédese con ella, está aterrada!

No me hizo caso y prosiguió con sus frenéticos quehaceres.

Yo salí disparado hacia el pueblo, llamando a gritos a Aya. Cuando la encontré, volvimos corriendo al *amago*, pero el cuerpo de Suen yacía ya inerte.

Aya se tapó la cara con las manos, en un gesto infinito de dolor.

Yo noté un zumbido en el cerebro y estuve a punto de desplomarme.

La abuela me dio la mano y me sujetó.

Tomamos su cuerpo en silencio, ahogando nuestros sollozos. Lo limpiamos toscamente y la abrazamos los dos, incrédulos, porque hacía apenas una hora le estaba susurrando al oído que habría cambiado mis planes por ella. Era un *ama* y yo sentía que no la habíamos cuidado. Había muerto abandonada y sola. Todos y cada uno de nosotros le habíamos fallado.

—Vamos —susurró Aya, después de un tiempo indeterminado—. Tenemos que ver si hay más muertos.

Salimos de la cabaña arrastrando los pies y me acerqué, abatido, hasta la orilla del puerto. Entonces entendí: *akashisho*, la marea roja.

El océano traía hasta nuestros pies miles de peces muertos panza arriba, las algas rojas que a veces veía en el lecho marino habían subido a la superficie y lo habían teñido todo del color de la sangre, como en un campo de batalla. El mar nos había declarado la guerra y había ganado. Todo era silencio, las gaviotas que antes graznaban ahora tapizaban los rompientes.

Entonces escuché un ruido a nuestras espaldas. Era Suen, que, tambaleante, se intentaba sujetar al marco de la puerta antes de desplomarse ante nuestros ojos.

## 34 LA MAREA NEGRA

*Denis*

*Tahití, febrero de 1930*

Los días pasaban, Denis los vivía como fuera del tiempo, absorto en las historias de su tío Bastian. Solía evitar a otros huéspedes occidentales en el hotel Stuart y únicamente había hecho amistad con el encargado de recepción, un francés ya mayor al que le gustaba dar parte a todos sus clientes de las noticias, algunas frívolas y otras veces políticas, que llegaban de Europa.

Denis tuvo sus dudas, pero finalmente se decidió a hacer la llamada.

—Ada, soy yo de nuevo. ¿Cómo va todo por Manacor?

—¡Denis, menos mal que has llamado! —La voz de su hermana sonó aliviada, pero había también un tono apremiante que no le gustó—. Tengo muchas novedades que contarte.

—Adelante, te escucho.

—Lo primero es que ya puedes volver cuando quieras a Mallorca, estés donde estés escondido. Galmés ya no sospecha de ti.

Denis se sentó en una de las butacas de la habitación, incapaz de decidir si creérselo o no.

—Parece que ha sido Aurora, Denis —dijo su hermana, después de esperar una contestación que no llegó.

—¿Aurora? ¿Cómo que Aurora?

—La prensa ha destapado todo el escándalo. Por lo visto el hijo mayor de su último marido tiene pruebas contundentes de que la muerte de su padre fue debida a un envenenamiento. Y no solo eso, hace ya meses que busca invalidar la herencia que Aurora está disfrutando. Eso explicaría su interés repentino por cobrar

nuestra herencia y por ir engatusándonos, uno a uno, a todos los hermanos. Primero a Alejo, después a mí y por último la encerrona que ella misma preparó para ti. Todos sabíamos que eras el más difícil de convencer.

—¿Y Aurora qué dice? ¿Se ha defendido?

—Aurora se niega a hablar. Estaba en París y volvió hace unos días, sin saber que poco después la prensa la iba a enterrar viva. Se ha enclaustrado en su piso de Palma y no sale de ahí. De todos modos la policía la tiene vigilada y se le ha prohibido que abandone la isla. Fausto Galmés está buscando pruebas para incriminarla en el asesinato de madre. Cree que es el cerebro detrás de todo. Me ha dicho que si te tenemos escondido, puedes volver cuando quieras, que no hay cargos contra ti y que le gustaría que siguieras colaborando con él como antes...

Denis colgó, no la dejó terminar.

*Es una trampa, pensó. Y lo vio claro como el día.*

*Todo esto es una trampa para que vuelva.*

*No tienen nada y solo quieren un culpable.*

Pasó la noche en vela, apoyado en la barandilla de cemento blanco del balcón, con el *motu* Uta frente a él y la isla de Moorea al fondo.

A la mañana siguiente se acercó de nuevo con el automóvil a la playa de Maraa. Quería saberlo todo de la etapa que pasó su tío en el Japón. Era lo único que conseguía evadirle de sus problemas reales.

Para su sorpresa encontró a Bastian ya esperándole, un poco taciturno, un poco ausente, tal vez como él. Trabajaron en silencio durante varias horas y Denis esperó con paciencia a que Bastian retomase su relato.

—Lo que voy a contarte hoy no es plato de buen gusto. No me hace ningún bien recordar tanto dolor. Pero lo haré... lo haré. Una vez hice una promesa, Denis. Y estoy cumpliendo esa promesa. Pero hoy no me pidas que sea una compañía agradable. Esto está siendo muy duro para un viejo como yo.

Denis asintió. ¿Cómo podía haberle odiado

tanto desde niño? Su tío Bastian era un hombre tranquilo, su presencia le aportaba calma, pausaba sus pensamientos. Había comenzado a sentir un respeto reverencial hacia él y las horas de trabajo que ambos compartían en silencio se habían convertido en lo mejor que Denis recordaba en muchos años.

Debíamos de estar ya a finales de 1894. Fueron tiempos oscuros y dolorosos para la bahía de Ago. El *akashisho* mató a cinco niños, un hombre, tres mujeres y dos ancianos. Prácticamente todas las familias perdieron a alguien y se quedaron sin medios para sobrevivir. Durante unos meses no se podía pescar ni comer nada que el mar hubiese traído, así que los pescadores marcharon a otros pueblos que la marea roja había indultado. Fue un año duro de cuatro inviernos.

La aldea quedó en lo mínimo, demacrada, como los que nos empeñamos en permanecer en

la granja de Mikimoto. Privados de pescados y mariscos, nos alimentábamos de los exiguos frutos de los huertos y de setas traídas de las montañas. Pero no éramos hombres ni mujeres de campo. Las *ama* teníamos dinero ahorrado, pero los puestos del mercado estaban vacíos. Cada mañana nos levantábamos y nos acercábamos a la playa.

Roja. Siempre roja.

La soledad de la bahía de Ago, ahora apenas un espectro, nos unió aún más a los pocos que quedamos.

Suen y yo partíamos cada mañana hacia el sur, a Ijicacho, y capturábamos *awabis* y *shinjus*, las famosas ostras Akoya. Nos ganamos en poco tiempo una buena reputación como buzos y nuestros ingresos aumentaron paralelos a nuestras confianzas. Las demás *ama* prefirieron aguantar en Ise, no encontraron las fuerzas para acostumbrarse a otras costas y a otras aguas, y yo las comprendía. Sin haber llegado a los treinta años ya me estaba cansando de las coces de la vida.

Mikimoto recuperó bastantes cestas de ostras antes de que llegara la marea roja y las mantuvo en agua dulce durante unos días, después me pidió ayuda para traer agua marina desde Toba, sacada de un caladero de un amigo de la infancia. La metimos en unos pequeños tanques de madera asegurados por una amalgama parecida al cemento y emprendimos el viaje en una carreta ancha. En uno de los almacenes vacíos de la granja construimos un inmenso tanque donde metíamos el agua salada sin contaminar y Suen y yo nos encargamos de improvisar, aquellos meses sin trabajo, una pequeña granja de ostras donde las cestas colgaban, amarradas a sus sogas, de tablones en cuadrículas de la superficie.

No tenía nada que reprocharle a Mikimoto, salvo el haber sido demasiado pragmático el día que llegó la marea roja, pero yo no era capaz de olvidar el terror con que Suen estuvo a punto de morir. Y por eso ya no compartía el entusiasmo de Mikimoto por su empresa. La había convertido en «suya», no en «nuestra», y me

sentía ajeno, o tal vez fui yo quien se quitó de en medio cuando su imperio era apenas un recién nacido.

Sabía que me quería para sus planes de exportación en «el Occidente», como él lo llamaba. Tenía el objetivo puesto en una feria mundial de productos marinos que se habría de celebrar en un par de años en Noruega y pretendía viajar allí conmigo, por eso exprimía mis conocimientos de francés, español e inglés, para estar preparado. Era admirable, pero yo ya no me sentía parte de aquello, y él, con esa intuición que proporciona la inteligencia, lo sabía tan bien como yo.

En el *amago* las risas se convirtieron en cosa del pasado. Todo el mundo andaba preocupado por la duración de la marea roja. Ayame vio partir por unos meses a su marido, Takura, a sus tres hijos, y Aya, como si en realidad tuviera mil años y no noventa, y fuera

más vieja y sabia que el tiempo, nos reconfortaba a todos, como si no hubiese estado a punto de perder a su nieta. ¿Cuántas mareas rojas habían visto aquellos ojos?

El mar se había convertido en un cementerio y todos los días la marea nos traía peces y pulpos muertos que dejaban un hedor insoportable. Las ostras también venían muertas y Mikimoto nos ordenó recogerlas para aprovechar las conchas y su nácar para un nuevo experimento, y el mar le devolvió un poco de lo que le había quitado. Estaba casi arruinado y veía en su rostro y en el de Ume el peso de la preocupación cada vez que miraban a sus cinco hijos. Pero hubo suerte, y de las miles de ostras muertas que trajo la marea aparecieron dos perlas. Una era esférica, blanca y pequeña para los parámetros polinesios que yo conocía. Otra era barroca, en principio menos apreciada, pero sacaría buen provecho de ella. Tenía una belleza única que a los ojos de un coleccionista nipón se haría irresistible.

Una tarde, comenzando ya a vislumbrar el verano, Suen y yo entramos en el almacén donde habíamos construido el gran tanque de agua marina. Parte de nuestra labor consistía en girar las ostras dentro de sus cestas, así que, a solas con los ecos de nuestros susurros, subimos las escaleras del tanque para sumergirnos. Suen iba primera, yo la seguía. Llegamos a la estrecha plataforma de madera, a varios metros de altura, y esperé a que se sumergiera, pero no lo hizo. En su lugar se sentó al borde de la pasarela, de espaldas a mí, y comenzó a quitarse el uniforme. Primero vi un hombro, redondeado y níveo, después la espalda, que quedó oculta cuando se soltó el moño y aquel pelo liso, grueso y azulado cayó liberado.

—Me pediste una señal —susurró, bajando la cabeza—. El día que estuve muerta. Me pediste una señal y he tardado todos estos meses en reunir el valor.

Yo la miré, sobrecogido, incapaz de responder.  
—No me rechaces —suplicó, en voz baja.

—¿Rechazarte? ¿Cómo podría yo rechazarte, Suen?

Entonces se zambulló, desnuda, en el tanque. Yo me desnudé también, ni pantalones ni gorro. Me lancé al agua y allí abajo, entre las cestas de las ostras que habíamos construido, nos anudamos como serpientes de mar y nos besamos, soltando burbujas por la nariz. Hicimos el amor por primera vez en aquel océano rústico, bajo el agua. Yo me sujeté con los brazos a las sogas tirantes que nos rodeaban, tensas por el peso de las cestas cargadas de ostras, y ella me cabalgó como un caballo de mar, con movimientos que no eran de este mundo porque no eran esclavos de las leyes de la gravedad. Todo con ella era fluido, fácil, elegante y suave como la misma Suen, casi lírica, casi mágica, casi mística.

Ahora todo encajaba. Suen era una compañera, me daba paz cotidiana, risas, calma.

Siempre hicimos el amor dentro del agua, las primeras tardes en el tanque. Más tarde, en el océano abierto, después de las capturas, en

zonas alejadas de las otras *ama* que solo nosotros conocíamos.

—Debo hablar con Aya, quiero pedirle permiso para cortejarte —le dije un día, mientras ella me peinaba la coleta y me ataba un moño, con el pelo aún mojado.

—Te lo dará, tienes su aprecio.

—Después de un tiempo prudente, quisiera hacerte mi esposa —susurré, pendiente de su reacción.

—Y yo te aceptaré, Basutian, como mi esposo.

La noticia, la más importante de mi vida, llegó poco después.

—Tengo una ausencia —me dijo.

—¿Una ausencia? —¿Cómo podría yo dominar el sutil lenguaje de las mujeres japonesas?

—Estoy esperando un hijo de ti.

Me quedé sin aliento. El sol era rojo y aquel

día, por primera vez, me calentó el alma.

—Será un *ama* o una *ama* —dijo, mirando al Pacífico.

—Por supuesto.

—Quisiera..., quisiera que le llamásemos Natsumi, mar de verano. Sirve tanto si es hombre como si es mujer.

—Natsumi... Así será. Tengo entonces que hablar de inmediato con Aya y arreglar el matrimonio. No quiero que en la aldea cuchicheen a tus espaldas.

A nadie le sorprendió nuestro compromiso, y por suerte las bodas japonesas eran un asunto práctico de papeleos, sin sacerdotes ni altares donde officiar una ceremonia, sin más boato que el que quisieran darle las familias, que en nuestro caso era solo Aya.

Una tibia mañana todas las *ama* se vistieron con sus kimonos y la familia de Mikimoto también fue invitada. Bebimos sake, firmamos dos papeles y recitamos unos sencillos votos.

Aquella misma noche Suen se desmayó dentro de sus tres kimonos nupciales, agotada por un

embarazo que le crecía demasiado deprisa. Ocultamos como pudimos su nueva situación, pero las *ama* eran madres y abuelas. Todas lo sabían, tal vez antes que nosotros, pero ninguna fue con el cuento a la aldea. Aquel niño, aquella niña, era un poco la criatura de todas. Hauka y Ayame le dieron friegas y suaves masajes cada vez que se desmayaba, pero sus ojos preocupados me preocupaban a mí, y cuando nos sumergíamos, la seguía a pocos metros, siempre pendiente de sus movimientos, aunque yo ya no capturase tantas ostras.

Mikimoto fue el último en enterarse de su preñez. Suen no quería decírselo por nada del mundo, decía que se sentiría humillada de por vida si su patrón y su esposa llegaban a saberlo, pero todas las tardes Suen y yo teníamos que subir al tanque a mover las ostras y los desmayos de Suen eran tan frecuentes que yo estaba en un permanente estado de nervios. Así que una tarde, mientras injertaba en su laboratorio una partida nueva de ostras que ya habían alcanzado el tamaño mínimo, me animé a

decírselo.

—Señor Mikimoto, mi esposa está encinta.

—Me alegra saberlo, Basutian. Los niños siempre traen alegría a un hogar —comentó, distraído, mientras controlaba que yo realizase correctamente el injerto.

—En realidad se lo cuento porque está teniendo muchos desmayos y ya no veo prudente que siga sumergiéndose. He pensado que ella podría también trabajar injertando ostras, mientras dure la preñez. Después volverá a serle útil como buzo —le propuse. Estaba por ver que Suen quisiera atenerse a razones, pero tal vez si Mikimoto se lo ordenaba, ella cedería.

—No tengo intención de compartir estos descubrimientos con nadie más que usted, de momento. —Su tono era inflexible y supe que no había más que hablar.

Aquella noche volví con Suen y la encontré exhausta, tumbada sobre su futón y su almohada de madera. Le aflojé el *obi* y me tendí a su lado, preocupado, siguiendo con la yema de mi dedo la curva pronunciada de la barriga.

—Suen, temo por ti y por Natsumi. No quisiera que sigieras sumergiéndote. Si te desmayas dentro del agua y ningún *ama* estamos cerca...

—Pero lo estáis, siempre lo estáis. No es necesario que seas mi sombra.

—Ya te dejé sola una vez y estuviste a punto de morir. Nadie merece una muerte así.

—Es tu miedo el que habla, no el hombre inteligente al que yo amo —resopló, y se giró y me dio la espalda.

—Puedes dejar de sumergirte por un tiempo, hasta que Natsumi esté con nosotros. Tenemos mucho dinero ahorrado, es para lo que sirve.

Ella no se dignó contestar y fingió dormirse.

—Piensa que es como si fuera invierno, en unos meses volverás a bucear —insistí.

Silencio.

—¡Suen, no quiero obligarte como un marido! —dije, alzando la voz, como siempre hacía cuando me quedaba sin argumentos.

No hubo fuerza capaz de convencerla, yo al menos no lo conseguí.

A la mañana siguiente bucéé con Suen, algo más apaciguado porque sus desmayos parecían espaciarse más en el tiempo, y las *ama* me dijeron que eran cosas del principio, que después ya todo pasaba. Estuve toda la tarde injertando ostras para Mikimoto y por la noche volví a la *amagoya*, pero Suen no estaba.

Pregunté a Aya, que replicó distraída que no la había visto en toda la tarde. Pregunté a todas las *ama*, pero nadie la había visto. ¿Dónde demonios estaba?

La batida empezó a la medianoche, con antorchas y gritos.

La encontramos de madrugada, con el tobillo enredado en una de las cuerdas del tanque de agua marina. Me asomé al interior y vi una marea negra flotando en la superficie. Era su melena.

El cuerpo de Suen quedó suspendido dentro del agua en una eterna vertical, del modo en que

se representaba a las *ama* en las pantallas de papel de arroz encerado.

—Yo la envié a recoger unas cestas —gimió Mikimoto, consternado—. Creí que ya lo había hecho y después me olvidé.

—¿La envió, a ella sola? —le grité por primera vez, sin contenerme—. Pero ¿por qué no me avisó, Mikimoto?

—Porque ella no quería que le avisara —dijo, encogiéndose de hombros.

Lo que tanto temí al ver el cuerpo inerte de Suen envenenado por la marea roja, ahora sí, ahora era cierto. Había ocurrido.

Aquella misma noche todos los aldeanos acudieron a la granja de Mikimoto, vestidos de blanco, el color del luto para el pueblo japonés. Se inclinaron a mi paso en señal de respeto y rodearon el muelle. Las *ama* envolvimos el cuerpo de Suen con preciosas sedas y encantamientos bordados en ellas para

ahuyentar a los tiburones, y así la amortajamos. Montamos en el barco y zarpamos con antorchas hacia el océano abierto. Allí la rodeamos de cuerdas con pesos y la depositamos en el fondo del mar, como debía ser.

Soltamos flores blancas por mi mujer y mi hijo. Después, en silencio, nos sumergimos de nuevo, los siete, y nos abrazamos de noche, en la oscuridad, dentro del oscuro y frío océano Pacífico.

Al día siguiente decidí irme del Japón.

Reuní a las *ama* y ellas comprendieron sin necesidad de explicaciones.

—Aya, quiero que cortes mi pelo, allá adonde voy a los hombres de pelo largo los llaman *mahe* y nadie creería que soy un viudo.

Aya asintió y obedeció. Me senté sobre mis rodillas y cerré los ojos. Cuando los abrí, sobre la estera de mimbre descansaba mi melena.

—En Europa se lleva prendido al cuello un rizo de nuestros seres queridos —le dije—. Se llaman relicarios. Quiero que en el *amagoya* quede algo de mí.

Le entregué una cajita de *cloisonné* que pulí, la primera, la que un día me dio el señor Omura en el taller de Kioto para ponerme a prueba. Era muy imperfecta, con el dibujo de un samurái de rodillas, casi rendido pero con la *katana* en alto. Me había dejado los dedos en ella hasta que me salieron callos. Pensé que siempre me acompañaría.

—El guerrero que siempre se levanta —murmuró Aya, observando la tapa. Metió luego un mechón de mi pelo en la caja y la depositó en el centro de un gran estante, presidiendo la estancia—. Algo de tu alma quedará en esta cabaña, seguirás velando por nosotras hasta que ya no seamos capaces de bucear más. Después, ordenaré que entierren la caja conmigo.

Incliné levemente la cabeza para agradecersele. Las palabras no salían fácilmente.

—Nosotras también tenemos algo que darte —dijo Nami—. Los habíamos cogido para vuestro hijo y estábamos trabajándolos, pero ahora son para ti.

Cada una de ellas me tendió un pequeño *suiseki*, del tamaño de la palma de la mano. Sus manos no temblaban, las mías sí. Cada piedra pulida recogía la esencia de quien me la regalaba: Takura, una piedra liviana como ella, de colores vivos, como su buen humor; la furia de Hauka, en una roca que sugería una montaña azotada por el viento; Nami, la más tímida, me mostró un acantilado con una pequeña cueva, un diminuto refugio donde resguardarse con la mente; Ayame, una piedra simulando un pozo, tal vez un lugar donde guardar sus silencios; Kohana, tranquila como el valle en miniatura que me regaló; y por último Aya, la gran madre, una cordillera que lo abarcaba todo como un abrazo.

—Ahora ya puedes irte a tu isla en el sur. Tu madre te está esperando —me dijo.

—¿Y si me ha olvidado?

—Una madre siempre espera. No es una

amante, no es una esposa. Aunque se le pase la vida, siempre espera —dijo Aya—. Yo también te esperaré, aunque sé que nunca vas a volver a esta bahía. Pero un día nos reuniremos toda la familia de nuevo bajo las aguas del mismo océano: Suen, Natsumi, tú y yo.

—Como debe ser —le contesté. Incliné la cabeza y salí del *amagoya*.

Aquella fue la última vez en mi vida que las vi.

Cuando entré en casa de Mikimoto, encontré al hombre entero que siempre fingía ser, pero rumiaba una amargura que nunca antes le había visto. No me anduve con remilgos.

—Ha sido un maestro y sin usted no sería el hombre que hoy soy. A usted le debo ser un *ama* y haberlas conocido a todas ellas, pero no puedo estar bajo su mismo techo sin pensar en Suen y en mi hijo. Le debo demasiado como para odiarle, aunque voy a tener que renunciar a ellas. Eso sí que no se lo perdono.

—No he sido flexible —se lamentó, con la mirada fija en su manoseado globo terráqueo—. Por mi rigidez ella ha muerto. Le agradezco que se vaya, todo será más fácil, para las *ama* y para mí. Esto... esta desgracia me ha hecho mejor hombre. Nada va a ser igual de aquí en adelante.

—Cuidado con su sueño, Mikimoto —le dije, mientras me iba.

—No dejaré que me devore.

—Eso espero. No deje de tratar bien a las *ama*, no les cambie sus rutinas. No se adaptarán y morirán de tristeza.

—¿Y vendrá usted a cuidarlas? —preguntó, con esa voz de viejo zorro.

—Si sus cartas me lo cuentan o yo lo sospecho, vendré, no lo dude. Y pondré una granja frente a la suya, y me las llevaré a todas.

—No será necesario. Cuidaré de ellas ahora que no estará.

Nos inclinamos en señal de un respeto que no estaba muy seguro de seguir sintiendo por él. Pero yo empezaba a ser ya un hombre curtido

en desgracias y sabía de mi tendencia a culpar al mayor número posible de elementos. Aunque, por mucho que me pesase en lo más hondo, había sido Suen quien había asumido sus riesgos y había sido mi esposa quien había perdido la vida, aunque se llevara con ella al hijo que no tuvimos. Suen era más pez que persona, y me había prometido a mí mismo, el día que recité mis torpes votos nupciales, no intentar cambiar sus instintos ni amoldarla a mis necesidades.

Aquella noche le robé a Mikimoto varias varillas y un soporte de metal, también su esquema con la anatomía de una ostra. Dicen que el nómada se va sin mirar atrás, pero yo pertenecía a aquel lugar ya para siempre. Un niño de mi sangre quedaba en el lecho del océano, haciendo compañía a mi dulce esposa.

Volvía a Tahití, pero ahora tenía un propósito.

Bastian acabó su relato y se levantó, renqueante. Se le había quedado mal cuerpo y

no tenía ganas de continuar hablando.

—Siento lo de tía Suen. Y siento lo de tu hijo, Natsumi —le dijo Denis, que se quedó sentado en la bancada de la choza, mirando el océano a través del ventanal.

—Tía Suen... Nadie la había llamado así nunca —murmuró Bastian para sí—. Creo que a ella le habría gustado.

El pasado corría más que él y le estaba ganando la carrera.

Sabía que era cuestión de días que le alcanzara.

## 35 LOS MITONES

*Laia*

*Mahón, 1877*

A las cinco de la tarde siguiente todos los que habían sido invitados por el matrimonio Kane se presentaron puntuales y expectantes en la

hacienda. Querían ser testigos de la prodigiosa habilidad de la que todos los periódicos hablaban. «Tenemos una Mozart en Menorca», comentaban entre ellos, satisfechos de haber sido invitados por el cónsul.

Acabados los refrigerios y las pastas, todos rodearon el salón, donde un enorme lienzo con un hombre de espaldas al borde de un acantilado parecía pensar si dejarse caer al abismo.

Laia Kane no había dormido en toda la noche, pendiente del cuadro. Había repasado una y otra vez cada fragmento en su cabeza, para estar segura de que aquella tarde acabaría la pintura y no aburriría a los invitados de su padre.

Entró en el salón con pasos cortos, estrenando un vestido azul claro de cola de sirena que le entorpecía los movimientos y peinada con un moño alto como una diminuta mujer casada. Notaba todas las miradas pendientes de sus gestos y sentía quemazón en las manos de puro nervio. La tarde anterior la había pasado castigándose la vista con las pinceladas cortas de una niebla que abarcaba más que ella.

Tenía las palmas en carne viva, irritadas y peladas como los peces cuando la criada los descamaba en la cocina. Ignoró el apremio por frotárselas, pese a que le quemaban, se colocó frente al lienzo e intentó concentrarse en conseguir el matiz exacto del color del cabello del caminante de Friedrich. Rubio oscuro o castaño claro. Unos mechones que el viento de la cumbre desordenaba. Le gustaba trabajar en silencio, pero aquel día algo ocurría, los invitados estaban impacientes, murmuraban, distraídos. Tal vez se había demorado demasiado con la cabeza del caminante y el tiempo se le había pasado.

Sintió un terror agudo cuando vio por el rabillo del ojo a su padre, con semblante serio, colocándose en un extremo de la sala, junto a ella. Su madre también se le acercó, haciéndole gestos de apremio para que acabase un cuadro que no terminaba nunca. Y las manos le quemaban... le quemaban tanto que no pudo evitarlo y comenzó a rascárselas, allí mismo, con todas sus fuerzas. Entonces notó algo extraño y

soltó la paleta, asustada. Se había hecho sangre de tanto rascarse y se quedó mirando cómo un líquido rojo y vivo caía por sus palmas y manchaba el vestido de tul y encaje.

—¡Miren sus llagas! —gritó entonces una señora entre el público—. ¡Esta niña no es un prodigio, esto es cosa del diablo!

Al chillido de la mujer le sucedieron otros muchos, pero Laia dejó de percibirlos. Se le pusieron los ojos en blanco y cayó al suelo con convulsiones. Perdió la consciencia y tal vez fue mejor, porque así no tuvo que asistir al horror que despertó su ataque.

—¡Está endemoniada! —gritaron algunas niñas, amigas suyas hasta ese día y que nunca más lo fueron.

—¡No digan tonterías! —interrumpió el doctor Ballesteros, el médico de la familia, adelantándose—. Esta niña está teniendo un ataque de epilepsia. Despejen la habitación, rápido. Y tráiganme algún pequeño almohadón para que no se haga daño en la cabeza. Poco más podemos hacer por ella hasta que pasen las

convulsiones.

Nadie se atrevió a acercarse, ni siquiera sus propios padres, que miraban el cuerpo de la niña con aprensión. Tuvo que ser Anthony, su hermano mayor, quien arrancase el cojín de las manos de la aterrorizada criada y lo colocase con cuidado bajo la cabeza de su hermana, que todavía se movía sin control.

Laia escuchó algo al despertar. No quiso abrir los ojos, estaban hablando de ella y se hizo la dormida. Las voces serias de un hombre que no reconoció y las de sus padres le llegaron como un murmullo desde la entrada de su alcoba.

—Es epiléptica, sin duda. Un mal provocado por los nervios, les ha salido una niña muy ansiosa y puede que la acusen de histeria. Si no enderezan a esta pobre criatura la van a tener que ingresar en un sanatorio mental, y ya saben el estigma que acompaña a las familias de estos enfermos.

—¡Nadie querrá casarse con nuestros hijos! Con una loca en la familia todos temerán unir su sangre a la nuestra —rugió Anthony Kane con rabia reprimida.

—Qué desdichados somos —escuchó decir a su madre—. ¿Por qué precisamente a nosotros nos tiene que ocurrir esta desgracia?

—Encerrémosla —dijo su padre—. Hagamos lo que la gente espera de nosotros. Es una niña, sus hermanos no matrimoniarán hasta dentro de unos años. Diremos que la hemos enviado a Inglaterra y que allí se ha curado sus ansiedades.

Laia apretó los párpados con fuerza. Mejor seguir fingiendo que dormía, mejor evadirse, mejor pensar en otra cosa. Lo haría mejor, decidió. Se esforzaría y pintaría todos los oscuros cuadros que su maestro le pidiese. Tenía que trabajar contra sí misma para pintar más rápido, dejar de distraerse con los matices

de los colores.

Al día siguiente se levantó temprano, bajó las escaleras de la hacienda en silencio y entró sin hacer ruido en su estudio. Lo que la niña vio le cortó la respiración. El taller estaba vacío, los caballetes y los taburetes sobre los que trabajaba habían desaparecido. Persistía el olor irritante del aguarrás, pero no quedaba rastro alguno de los tubos de pintura de óleo. Tampoco encontró sus paletas ni las espátulas, ni sus otros lienzos acabados. Toda la estancia estaba diáfana, no la recordaba así. Empezó a pintar con cuatro años, estaba acostumbrada al desorden del lugar donde había pasado casi todas las horas de su infancia.

Fue entonces cuando su madre entró por la puerta de cristal que daba al jardín. Se percató de la presencia de la niña y la apremió con un gesto para que se acercase a ella sin hacer ruido.

Cuando la niña estuvo cerca, Ágata se agachó y le colocó unos pequeños mitones de piel de cabritilla. Laia abrió los ojos, sin comprender.

—Jamás te los quites, ni enseñes tus manos a nadie. Y nunca más te las vuelvas a frotar, aunque te quemén. Si te notas nerviosa, desaparece de la vista de todos los que te rodean, que nadie vea tus ataques. No volveremos a llevarte a ninguna visita ni a enseñarte públicamente en Menorca. Tal vez dentro de unos años a todos en la isla se les olvide lo que te ocurrió ayer o piensen que has sanado con el tiempo. Pero debes ser obediente, si no haces lo que te digo, no podré retenerte en Menorca y tu padre te encerrará en un sanatorio mental en Inglaterra.

—¿Y mis cuadros, madre? ¿Dónde están todos los cuadros que he pintado?

—Están a buen recaudo, escondidos. Pero nadie más puede saberlo. Tu padre me ha ordenado que los destruya.

—¿Entonces ustedes no quieren que vuelva a pintar?

—No, hija. Eso ya se acabó. —La madre suspiró, mirando hacia otro lado.

La niña asintió, aún aturdida. Pero finalmente

esbozó una tímida sonrisa: no tendría que pintar nunca más al hombre del acantilado.

## **TERCERA PARTE**

## RETORNO A TAHITÍ

### 36 RETORNO A TAHITÍ

*Bastian*

*Tahití, agosto de 1895*

El *Anchor* atracó a media tarde en la rada de Papeete. Recogí mis pertenencias y salí de mi camarote, con un humor excelente, y en cuatro zancadas me coloqué en el puente de mando junto a los soldados franceses. Era como si los últimos años hubiera tenido los párpados cerrados y ahora pudiese abrirlos del todo. Los colores y la luz de Tahití eran tan brillantes que dolían las retinas por el contraste.

Demasiado luminoso.

Todo volvía a ser más intenso, más puro. El Japón, con sus nubarrones eternos y su humedad, se me quedó en brumas, aunque no el

recuerdo de las *ama*. Acaricié la silueta de un *suiseki* bajo mi macuto.

Seguían conmigo.

Y yo seguía con ellas.

Se me erizó el vello de los brazos cuando percibí de nuevo, después de cuatro años, el *noa noa* tahitiano, ese olor intenso a flores, vegetación y palmeras. Cerré los ojos y lo inhalé, intentando adivinar: eran gardenias, *tiare*, y el persistente olor almizclado de la vainilla en sacos de rafia que esperaban en los muelles a ser cargados rumbo al puerto de San Francisco. Me faltó poco para zambullirme de cabeza, dejarme de pamplinas y de protocolos, y nadar hasta el malecón en busca de alguna vaina caída y olfatearla como un perro perdiguero. No lo hice, tenía que guardar las formas con mis anfitriones.

A mi lado se había colocado el delegado de la República Francesa Isidore Cheese, un hombre ya mayor, de pelo blanco en las sienes y calva marcándole el cráneo achatado. Un espeso bigote blanco le nacía bajo la nariz y acababa

transformándose en patilla, junto a las orejas. Tal vez su barbero lo consideraba elegante. Era un hombre amable que siempre hablaba muy bajito, lo cual me obligaba a agacharme para no perder una palabra de su florido discurso.

—¿Permanecerán muchos días en la isla, monsieur Cheese? —quise saber, saboreando ya los caramelos de *uru* de Faimana.

—Probablemente. Mucho me temo que esta misión será larga... y cara. No quisiera entrar ya con las armas en Raiatea y el resto de las islas de Sotavento, y antes debo parar los pies al inepto del gobernador, Papinaud.

Cuando nombró Raiatea se me tensó la columna, pero compuse un gesto de desinterés, al modo maorí. Mi madre adoptiva, Faimana, era nativa de aquella isla, al igual que Timi, y me constaba que visitaban a menudo al resto de la familia. ¿Cómo estarían de implicados en aquella revuelta?

Durante la travesía de Auckland a Papeete me hice amigo de Cheese debido a su interés por los viajes exóticos y sobre todo por el Japón,

después de leer la novela de Pierre Loti *Madame Crisantemo*. Por lo visto, el libro había iniciado en Francia toda una corriente de japonismo y se habían publicado miles de obritas a rebufo de la original. Todas las preguntas que me hizo desde que embarqué en Australia eran superficiales y sesgadas, pero supe tener paciencia y no ofenderme, y me lo gané a lo largo de las larguísimas partidas al dominó a las que nos acostumbramos hasta rozar el alba durante el mes de travesía.

De aquella relación que se fraguó con Cheese aprendí una lección muy valiosa: el traje impoluto y la plancha de hierro que compré en Auckland me abrieron las puertas de su camarote y de sus confidencias más que toda una vida como vecinos en la rue Bonald de París. Hasta entonces había hecho caso a mi madre y había creído que la esmerada educación y los conocimientos que ella nos inculcó serían suficientes para labrarnos un futuro y sacarnos de la pobreza, pero yo siempre había vestido como el pordiosero que era. En el

Japón había aprendido a apreciar las telas siempre planchadas, el cabello siempre bien peinado, el rostro siempre bien rasurado. Con sorpresa comprendí que Cheese no se preocupó nunca de mi oficio, de mi pedigrí ni del estado de mis finanzas. Me juzgó por mi traje y por mis modales y me trató como al notable que nunca fui.

—¿Papinaud? —pregunté, extrañado—. Disculpe mi ignorancia, pero cuando marché de esta isla el gobernador era un tal Lacascade.

—Lacascade, qué mal sujeto y qué nocivas han sido sus maneras para estas islas. Pero los que le han seguido no han sido mejores. Ahora estoy en una difícil tesitura, debo cortar de raíz cualquier conato de insurgencia, y el líder de los rebeldes, un tal Teraupo, está cobrando una importancia peligrosa. A mis informantes les llegan noticias cada vez más preocupantes, dicen que su familia aún no ha abandonado la ancestral costumbre de la antropofagia, que siendo un niño se crio comiendo ingleses y más tarde franceses. —Suspiró, con la mirada fija en

el monte Orohena—. No me preocupa si la leyenda es o no cierta, lo que me preocupa es que si no atajamos su poder ahora, su ejemplo correrá como una anguila escurridiza por el resto de los archipiélagos. No quiero mártires, monsieur Fortuny. Acaban siendo incontrolables. Sobre todo después de muertos.

—Jamás vi un pueblo más tranquilo —le interrumpí, incómodo—. Nunca vi una sola arma en ninguna cabaña. No los veo luchando contra un ejército europeo, no están preparados para la batalla. Sería un baño de sangre, como bombardear el patio de un colegio lleno de niños.

Toda aquella información me estaba poniendo mal cuerpo, aunque Cheese tenía sus propios nubarrones sobre su cabeza pelada.

—Lo sé, conozco a los indígenas. El Ministerio de las Colonias me envió aquí por primera vez hace ya quince años y convencí al difunto Pomare V de que la transición debía ser pacífica, y él así lo entendió, con algunas triquiñuelas por mi parte, debo confesar. Ahora quiero evitar de nuevo un derramamiento de

sangre. Pero no se equivoque, Francia tiene que acabar anexionando todas las islas de estos archipiélagos, no podemos dejar un vacío de poder. Gran Bretaña lo aprovecharía y sería nefasto para nuestra política colonial. Y, volviendo a la misión que me atañe, he prometido al ministro de las Colonias que sofocaré esta rebelión a base de simple persuasión, como hice en el pasado.

Cheese seguía soltando perlas de información mientras yo escuchaba y a la vez absorbía con mis sentidos agudizados todo lo que Tahití tenía de nuevo que ofrecerme. En aquellas últimas horas antes del anochecer todo el mundo en el puerto se apresuraba a cargar y descargar mercancías, y los tahitianos se mezclaban con los marineros americanos, alemanes, ingleses y franceses.

Minutos después, bajo los últimos destellos del atardecer, se hizo el milagro: Papeete se

alumbró con «el hada electricidad», como llamábamos entonces a aquel ingenio. Durante mi ausencia, la Administración colonial había sustituido los farolillos de gas por las farolas de alumbrado eléctrico. Lo había visto antes, en París, pero en mi opinión el progreso a veces se llevaba por el camino pequeñas sensaciones que ya no volverían. Los farolillos de gas transmitían una llama titubeante y más cálida, más humana e imperfecta, que hacía temblar la sombra que los hombres proyectaban en sus salidas nocturnas, como una mala conciencia. La luz que derramaban las farolas de electricidad era blanca y fría, no temblaba y cubría la villa de Papeete de un manto espectral.

Chasquéé la lengua con desagrado, quería quedarme en la capital el menor tiempo posible, pero nadie se aventuraba por los caminos de Tahití cuando la noche estaba tan cerrada. Así que finalmente crucé la pasarela y me dirigí a mi antigua pensión. Las calles de Papeete estaban tan desiertas como de costumbre.

Un sonido que luchaba por ser una digna

melodía crepitaba al final de la calle, donde encontré a Bouganville, un poco más anciano, un poco más torcido, dándole a la manivela de un fonógrafo gigante. Cuando alzó la cabeza y me vio, dio un respingo y tragó saliva.

—Pero ¿usted no estaba muerto?

—¿Yo, muerto? —Me reí de su ocurrencia—. Pues es la primera noticia que tengo.

—Cuentan que le hicieron desaparecer —dijo, agarrándose al respaldo de su silla y más pálido que la luna que nos iluminaba—. Bueno, en realidad eso es lo más suave que cuentan.

—¿Quién me hizo desaparecer? —pregunté, dejando el macuto sobre la silla de ratán de la galería.

—¡Uf, vaya usted a saber! Dicen que encontraron sus ropas en una playa, a las afueras de Papeete, y que algunos canacos le vieron nadando entre tiburones hasta que se lo zamparon. Otros contaron que usted visitaba a menudo a algunos marineros americanos que venían de vez en cuando en los balleneros. Que uno de ellos volvió a Tahití solo por usted y que

lo encontró en brazos de otro amante. Me contaron con pelos y señales la reyerta que tuvo lugar en los muelles, de madrugada. Dicen que los dos amantes acabaron sacando sus navajas y al final el damnificado fue usted. Cuentan con mucho detalle cómo lo desfiguraron y se llevaron su cuerpo antes de que Murray, el de la cantina de Les Paumes, avisara a los gendarmes.

Escuché fascinado alguna historia más de mis accidentados asesinatos. *La muerte nunca es tan imaginativa.*

—Pero deje que me asegure de que no es usted un aparecido —dijo jovialmente—, ¿puedo?

—Puede, puede —sonreí. Y Bouganville me palmeó el pecho ostentosamente y me invitó a sentarme junto a su mesita redonda de mármol blanco. Me sirvió un vino francés de una botella con el cuello lascado.

—Vivito y coleando, vaya por Dios —acertó a decir—. Y ahora que me fijo, está usted hecho un pincel, hay que ver cómo medran los pocos

españoles de esta villa. ¿Cómo lo hacen, es la diplomacia española que llevan ustedes en la sangre?

—No sé de qué me está hablando. —Hice una mueca al beber el vino barato. Era lo peor que probaba en años.

—Hablo de su lustroso traje, monsieur. Sea donde sea que haya estado, ha sabido labrarse una fortuna, por lo que veo. Y qué decir de su hermano Hugo, el amigo de los poderosos. Fue el íntimo asesor de Lacascade, pero consiguió no enemistarse con la facción contraria: Cardella, el alcalde, y Raoulx. Y mantiene su amistad con Goupil, el vecino más rico de la isla. Cuentan que la hija mayor de Étienne Goupil, que casó con el hijo del farmacéutico, estaba encinta y tenía antojo de naranjas de la China. Imagínese, la joven estaba empeñada en que viniesen de Pekín, como si fuera fácil de conseguir. Y Hugo Bontemps las consiguió, sí, señor. Todos las vimos, con sus etiquetas y todo.

*O eran naranjas de Tahití, pensé, convenientemente envasadas.*

—Ese es mi hermano y eso es lo que se le da bien, conseguir lo que quiere. Sí, señor —dije en tono triunfante alzando el vaso, un poco mareado por el vino peleón—, brindemos por mi hermano.

—¡Chin chin! —exclamó, tan achispado como yo—. Por su hermano *el conseguidor*, el imprescindible de esta colonia.

Engullimos a la vez aquel sabor infumable que me raspó el gástrico y se negó a quedarse en el estómago.

—¿Qué le pasa a este vino, Bouganville? —pregunté, después de escupirlo—. ¿Me quiere envenenar o es que lo guarda para las visitas indeseadas?

—Usted no se ha enterado del colapso en el que está sumida esta isla desde que murió el último rey de Tahití, ¿verdad?

—Algo he oído de la muerte de Pomare V. Debíó de ocurrir poco después de mi marcha —carraspeé, divertido—. De mi propia muerte, quiero decir.

—Murió en el 91, le enterraron con gran

boato, vinieron los canacos de todas las islas, aunque no pintaban nada. Lacascade y Tati Salmon le dedicaron un discurso más bien insulso y nuestro gobernador no perdió el tiempo y se lanzó como un ave de rapiña sobre el sobrino de Pomare, el príncipe Hinoi. No tardó nada en despojarle de sus derechos de sucesión a cambio de unos nombramientos que no suponen nada y así quedó liquidada para siempre la realeza de estas islas.

Le animé a continuar con un gesto. Aquella noche Bouganville tenía la lengua más suelta que de costumbre.

—De todos modos, desde entonces todo ha ido de mal en peor. El cambio del franco ha bajado y todos somos mucho más pobres que hace un par de años porque dependemos de todos los productos que vienen de ultramar. Ahora por diez francos nos dan veinte francos chilenos, antes nos daban doce. Los gobernadores apenas duran unos meses, haciendo imposible cualquier proyecto de modernización a largo plazo, como el ferrocarril,

que lo vamos instalando a lo ancho y largo de la isla a duras penas. Nos suben los impuestos cada poco tiempo, pero las arcas siempre están vacías, cosa que no se entiende. ¿Quién se queda con nuestra recaudación? Menos mal que también están exigiendo impuestos a los canacos y a los *coolies*. Pero todos andan indignados y rumiando revueltas. Últimamente ha habido tres conatos de incendio en esta villa, todos ellos provocados por los malditos *coolies* —dijo, componiendo una mueca de disgusto—. Esta isla es un polvorín ahora mismo, con demasiadas facciones enfrentadas —prosiguió—. El *parti* francés, con el gobernador al frente; el *parti* protestante, promovido por el reverendo inglés y todos esos extranjeros; los comerciantes *coolies*, que nos están invadiendo con sus comercios y nos quitan nuestros puestos de trabajo, y los canacos, que siempre han aceptado nuestra presencia, que para eso les hemos traído el progreso y la civilización, pero ahora se quejan de todo y andan de trifulcas en otras islas que no se quieren anexionar. Como si

tuvieran otra salida, los muy desagradecidos... Aunque al menos tenemos de qué hablar. Lea, lea... Es el *Corriere de Tahiti*, una publicación satírica. —Me sacó un periódico mil veces manoseado y me lo tendió.

Lo leí por encima. Cargaba contra los comerciantes chinos en un tono cuando menos ofensivo, aunque el autor era irónico y consiguió arrancarme una sonrisa con sus chistes de las amenazas de la «marea amarilla». Cuando llegué al final del artículo, me quedé mirando la firma: Paul Gauguin.

—¿Esto lo ha escrito Paul Gauguin? Yo conocí a un tal Gauguin en París, ¿no será pintor?

—¿Pintor? Lo intenta, pero no lo consigue —dijo, mirando la claridad del alba que nos rodeaba—. No se junte usted con él, dicen que vivió al principio en el barrio de los *coolies*, y que por eso ahora los odia. Un mal barrio, sí, señor. Imagínese lo que se puede esperar de un hombre así.

—Ya —le corté—. ¿Dónde vive ahora?

—Dicen que se construyó una cabaña a cuarenta kilómetros de aquí, en Fautuona, y que vive con una *vahiné* de trece años. Cuentan que tiene la enfermedad innombrable, la sífilis; otros dicen que es lepra. Yo no lo sé, pero cuentan que no pudo pagar los ciento cuarenta francos que le costó la estancia en el Hospital Colonial y que se escapó por una ventana durante la noche. No he visto hombre más indigno. Aquí en la colonia nadie puede ni verlo.

Me quedé mirando el primer alba tahitiano que presenciaba en cuatro años. El sol anaranjado y los colores inverosímiles de las nubes matutinas le iban ganando terreno, frente a nosotros, a una oscuridad que ya se retiraba.

—Cuentos de vieja, Bouganville. No me ha contado usted más que cuentos de viejas. Como lo de mis muertes, solo rumores de viejas aburridas.

Se levantó de un salto, como si estuviera sinceramente ofendido.

—¿No me cree usted cuando le digo que toda la colonia le dio por muerto? Hasta su hermano

hizo que oficiaran un funeral por su alma.

Me sostuvo la mirada, como si su vida, más que su credibilidad, estuviera también en juego.

—Sigue sin tomarme en serio, ¿verdad? Entonces tengo que enseñarle algo.

Me arrancó de la silla y me arrastró por la calle polvorienta.

—¿Dónde me lleva, Bouganville? No está usted para estos trotes.

—Al cementerio de la villa.

### 37 LA TUMBA

*Denis*

*Papeete, febrero de 1930*

—Sé que hasta ahora has evitado mis preguntas, tío Bastian, pero... ¿por qué hay una lápida que dice que falleciste en 1891? ¿Puedes contestarme a eso? —le tanteó Denis, a la mañana siguiente.

Habían comenzado a sumergirse juntos cada madrugada. Bastian le había enseñado cuándo debía voltear las cestas con ostras bajo la plataforma, y Denis comprendió enseguida que dentro del agua su tío no necesitaba ninguna ayuda. Era más tritón que hombre y los peces ni siquiera se apartaban a su paso.

—En cierto modo fue cierto, aquel año creí morir —dijo Bastian—. Y morí para la colonia, para mi hermano y para tu madre, y ellos murieron para mí. Yo no supe, en todo caso, nada de aquella historia hasta 1895. Debía de ser agosto cuando volví a Tahití y Bouganville, el antiguo casero que nos había alquilado una habitación a tu padre y a mí, me puso al día de aquel asunto. Deja que continúe mi relato.

Bouganville y sus andares torcidos me guiaron por las calles desiertas de Papeete, dirección sur, donde la selva de cocoteros engullía los edificios cada vez más aislados. Cruzamos una

pequeña verja de hierro y me invitó a seguirle a lo largo del humilde camposanto. Fui tras él, incómodo, hasta que se plantó frente a una tumba con su cruz blanca de piedra reglamentaria. Era indistinguible del resto, salvo por la inscripción:

## BASTIAN FORTUNY BONTEMPS

Añorado hermano y cuñado amado

Manacor 1865-Faaa 1891

—Este es el cementerio católico de Papeete. Su hermano y su cuñada se encargaron de su funeral.

La lápida estaba descuidada y parecía un hecho que nadie había ido a visitarla en cuatro años.

*Aquí enterraron su conciencia*, pensé, tragándome la rabia que sentía.

Bouganville, a mi lado, se había quitado el

sombrero de paja en señal de respeto y lo estrujaba con la torpeza que concede el alcohol.

—Su hermano limpió su nombre, defendió su honra. Cuando toda Papeete era un hervidero de murmullos, presionó a los notables para que vinieran al entierro. Lo mismo ocurrió con su esposa, la inglesa...

—No era inglesa, era española —le corté.

—No, monsieur, es inglesa. Lo sé de buena tinta, y créame, nunca doy una habladuría por verdadera hasta que me aseguro de que es cierta, y la señora de su hermano es inglesa. Creo que ocurrió el mismo año de su desaparición, dicen que mademoiselle Bontemps se fugó con un canaco después de que su padre, el cónsul borracho, la apaleara y que estuvo amancebada con el indígena en su choza. Yo creo que alguien se inventó el rumor, porque yo no he visto mujer más correcta y mejor educada. No la veo yo de concubina con un tahitiano. Aun así, después murió el rey Pomare V y la comuna cambió un cotilleo por otro, y creo que olvidaron todo aquel oscuro asunto.

Yo le escuchaba en silencio, con el estómago revuelto, no sé si por el maldito vino. Un poco tambaleante, no tuve más remedio que sentarme sobre mi tumba.

—De todos modos, la comunidad francesa los ha admitido en su distinguido círculo, a cambio de los favores de monsieur Bontemps y de la discreción de su señora. Dicen que conoce todos los secretos de la villa, que todas las mujeres acuden a ella en busca de consejos y consuelo, y también para conseguir chismorreos las unas de las otras, pero ella jamás suelta prenda. Toda una dama, como las de antes.

Alcé la cabeza, resguardándome los ojos con la mano, y me quedé mirando a Bouganville, que frente a mi lápida se asemejaba a un grajo de alas torcidas y que tenía cuerda para rato. Aquella era la parte de Tahití de la que había huido desde el primer día. Debía dejarla atrás de nuevo, cuanto antes.

—... Y después de lo que pasó con su hijo, pobre criatura, qué arrestos han tenido criándolo. Cualquiera de nosotros lo habría

abandonado en la inclusa. Nació deformado y tullido, pero monsieur Bontemps y su esposa actúan como si fuera el niño más sano del mundo. Se pasa el día en el colmado de su padre y ya apunta maneras. Y es listillo el chaval. Todo el mundo va a visitarlo, antes lo hacían por morbo insano, pero el chiquillo se ha ganado el aprecio de todos los colonos. Será como su padre, teniendo en cuenta sus... evidentes limitaciones.

*No será tan deforme, entonces, pensé aliviado. ¿Por qué me tranquilizaba esa noticia? Tal vez porque tampoco deseé ningún mal para Hugo. Solo que desapareciera de mi vida. Pero no quise seguir escuchando.*

—¿Un hijo, tío Bastian? ¿En 1892 mis padres tuvieron un hijo? No se referiría a mí, eso es imposible, yo nací en...

—En el año 1900. Lo sé de sobra, Denis. No, no eras tú el niño del que hablaba Bouganville.

¿Tus padres no te hablaron nunca del hermano mayor que tuviste?

Denis negó con la cabeza. Tenía mil reproches que hacer a sus padres. Maldita herencia de mentiras le habían legado.

—Entonces ese niño era el de la tumba que hay junto a la tuya, ¿verdad? Era Antón Bontemps Kane.

—Me temo que has vivido rodeado de omisiones —dijo Bastian, frustrado—. En todo caso, ya llegaremos a lo que le ocurrió a tu hermano. Deja que continúe ahora con mi relato. Pero prometo contártelo todo. No más omisiones, ese era el trato.

Denis asintió con la cabeza y Bastian prosiguió.

—Bouganville, le ruego a usted, es suficiente —alcé la voz, levantándome—. Tiene que dejar de hablar de mi familia, me doy por enterado. Y hágame un favor, a ver si es usted capaz de

cumplirlo.

—Lo que sea.

—De momento, ande, cálese y no cuente nada de mi resurrección en Papeete. Mi intención es vivir en los distritos y no me importa seguir muerto para la comuna. ¿Será usted capaz de mantener esa boca cerrada?

Suspiró, rindiéndose.

Me fui de aquel lugar maldito y le dejé solo frente a mi lápida.

Regresé a su pensión, todavía con un sol perezoso apenas amanecido, recogí mi equipaje y me encaminé a la parada del coche público. Siete francos me costó el viaje a Mataiea. La carretera que circunvalaba la isla se había ensanchado desde mi partida, pero seguía siendo apenas un carril de tierra polvorienta luchando por no ser devorado por el arco de los cocoteros que lo rodeaban.

Volví a respirar en cuanto perdí de vista la capital colonial, una brisilla cálida jugaba con mi pelo y me lo re Coloqué en un gesto inconsciente. El Japón me había convertido en un hombre muy

quisquilloso con mi aspecto. El traje occidental de buenas hechuras que adquirí en Auckland ahora me sobraba, pero no sabía si en el futuro volvería a necesitarlo, si mi plan fructificaba y tenía éxito. Cerré los ojos, pensando en Faimana y en Timi, en el nuevo *fare* que construiría, ahora de pilotes de madera dentro del mar. Pensé en que mi primera comida en Tahití sería una gran dorada regada con jugo de lima y en que compraría un cochinito para asarlo sobre las piedras y tomaría de nuevo el jugo cremoso de un coco.

Llegué a la factoría de nácar de Tati Salmon al mediodía.

Allí las cosas habían cambiado. Apenas vi cuatro piraguas varadas en la arena, algunos de los almacenes tenían el aspecto de estar abandonados y el incesante ir y venir de los pescadores de ostras había dado paso a un fantasmal silencio.

Me acerqué a la playa y escruté el horizonte. Pude distinguir tres piraguas casi en alta mar. Me dejé caer, desalentado, y entonces oí a mis

espaldas una voz. Una voz que ya había escuchado en el pasado.

—¿Puedo ayudarle, monsieur?

Me incorporé y quedé frente a él. Había cambiado en cuatro años, se había hecho más viejo y más estrecho. Pero su mirada seguía estando tan malhumorada como antaño, durante el tiempo que fuimos compañeros de piragua.

—Hola, Nahuro. Soy Tatian, imagino que me recuerdas. Necesito hablar con Tati Salmon.

—Eso va a ser imposible. Ahora estoy yo al frente de su negocio de nácar.

—¿Y dónde está él?

Me miró con un brillo burlón en los ojos.

—Está en Moorea, cuidando de su plantación de copra.

En ese momento arribaron algunas piraguas. Varios de los maoríes me eran desconocidos y me miraron de arriba abajo con desconfianza. Nahuro aprovechó mi despiste para alejarse. Pero allí estaba Timi, algo más grueso que como lo recordaba. Tenía un gesto amargado que no le había conocido antes. Cuando me vio se acercó

con cautela con los ojos muy abiertos.

—Decían que habías muerto.

—Te dije que me iría, Timi. No que me quitaría la vida.

—Pero encontraron tus ropas y te vieron en una piragua nadando hacia los tiburones.

—Cuentos de viejas —dije, irritado ya por mi propia leyenda.

—¿Te has vuelto un *popa*? —preguntó con recelo.

—No, es solo el traje. En cuanto me prestes un pareo volveré a ser tu hermano maorí.

—No has dicho esa palabra... canaco. Te creo entonces, no hablas como ellos.

Me sorprendió lo beligerante de su discurso. Al Timi que yo había conocido le resultaban bastante indiferentes los colonos, ¿qué le había ocurrido a la isla durante mi ausencia?

Me acordé entonces de Nahuro y lo busqué con la mirada, pero se había retirado al despacho como un cangrejo ermitaño. Le hice un gesto a Timi para que me esperara fuera de la choza. Él comprendió.

—No lo conviertas en tu enemigo —me susurró—. Ahora es el que manda aquí.

Cuando entré en la estancia sombría, Nahuro me esperaba con una media sonrisa.

—Si ha venido a pedirme trabajo, me temo que no voy a poder proporcionárselo. Apenas quedan ostras en esta parte de la isla. Tati Salmon esquilmo el lecho marino. Me ha puesto al frente de este negocio y he tenido que ir despidiendo a casi todos los trabajadores. No tardará mucho en finiquitar esta granja.

Un hombre sabe cuándo debe darse por vencido. Suele coincidir con el momento en que la voluntad de otro hombre no tiene ninguna intención de facilitar la situación. Así que le hice una breve inclinación de cabeza, le di la espalda y me despedí de aquella cabaña para siempre.

Cuando salí a la claridad tahitiana Timi me esperaba fuera de la choza. No sé si escuchó o no nuestra conversación, pero no fue necesario explicarle nada.

—Maldito Nahuro, no tengo trabajo —farfullé, todavía encendido.

—Aquí hay poca faena, Tatian. ¿Qué harás ahora? —preguntó en francés.

—Antes que nada, vayamos a ver a Faimana.

Asintió en silencio, con la cabeza gacha. Nos adentramos en la selva y caminamos un trecho hasta el *fare* de paja.

—No te asustes cuando la veas —me advirtió, antes de entrar. Yo no comprendí a qué se refería.

Me metí en la cabaña, que olía a hoja de pandano y ramas secas. Ya no había sombreros de paja colgados por las paredes. En un rincón, semioculta, distinguí una figura inmóvil que no podía ser Faimana. Tenía el pelo muy blanco y estaba rapado al ras del cráneo. Mantenía la mirada fija en la pared de enfrente, como si la vida transcurriera allí mismo y no quisiera perderse nada. Enseguida lo comprendí, estaba ida.

—Le dio el *fiu* cuando desapareciste. Yo cuido de ella, como un *mahe*.

—¿Y la melena, qué le ha pasado?

—Se le volvió blanca aquella noche y se la

rapó, en señal de duelo. Y en algunas islas de las Marquesas, como en Hiva Oa, el pelo blanco vale más que el oro. Los jefes de los clanes todavía se hacen adornos de pelo blanco para las orejas. Desde entonces lo vendemos, dos veces al año. Nos ayuda para pagar los impuestos de los *popa*.

Agaché la cabeza y me aguanté el llanto, impotente.

—Y todo esto por mi culpa —susurré, avergonzado.

Me senté junto a ella en su rincón y le cogí la mano, blanda como un pulpo muerto.

—Madre, no pude prometerte que volvería. Ni siquiera yo lo sabía, pero aquí tienes a tu hijo de nuevo. Ya no volveré a dejarte sola, a partir de ahora cuidaré de ti.

—No lo intentes —dijo Timi—, ya nunca habla.

Permanecí junto a ella un buen rato, junto a la momia inmóvil en que se había convertido la que un día fue mi madre maorí, toda nervio y alegría. Yo le había hecho aquello y los tres lo sabíamos.

No había en los ojos de Timi ningún reproche, solo el tranquilo fatalismo de los tahitianos. Le pasé a mi madre el brazo por la cintura, atrayéndola hacia mí, y apoyé mi cabeza en su hombro.

Cerré los ojos y me permití descansar.

Por fin estaba en casa, aunque mi isla estuviera ahora irreconocible.

Cuando me crujieron las tripas, Timi me hizo un discreto gesto para que saliéramos. Yo me incorporé, dispuesto a seguirle. Fue entonces, a punto de irme, cuando Faimana me sujetó el brazo.

—No eres un *tupapau* —dijo con voz cascada en maorí, apretándome la muñeca—. Soñé que unos demonios te golpeaban en una habitación vacía.

Recordé la paliza que me propinaron en el puerto de Yokohama, años atrás. El dolor de no ser nada para nadie, la soledad del exiliado en tierra extraña.

—Así ocurrió, y tú me mantuviste con vida —le dije, tragando saliva.

Entonces se giró hacia mí y me miró a los ojos con calma. Después sonrió con sus cinco dientes y Timi, tras de mí, me apretó el otro brazo con fuerza, como si quisiera transmitirme una emoción muy profunda.

—Ahora vuelvo a tener a mis dos hijos, como siempre tuvo que ser —dijo Faimana muy despacio, como si estuviera aprendiendo a hablar de nuevo.

—No me iré, me quedaré a dormir contigo. Y quiero deshacerme de este traje de *popa*. Madre, dame un pareo, no sabes cuánto lo he echado de menos en el Japón.

Faimana se levantó con dificultad, Timi y yo corrimos a sujetarla por los codos. Dijo «ya, ya» y se zafó de nuestra ayuda. Un poco torpona, se acercó a un rústico diván donde guardaba sus pocas pertenencias. Me tendió un espléndido pareo, de ese color verde brillante que solo ella sabía extraerle a las plantas.

—Está arrugado —comenté para mí—. Lo plancharé.

Y entonces me desnudé, inconscientemente,

como si estuviera aún entre las *ama*, en un gesto que había repetido miles de veces los últimos años. Cuando me di cuenta, ya era tarde: Faimana y Timi pasaron de abrir mucho los ojos a estallar en carcajadas.

—Pobre hijo mío, qué feo eres —dijo Faimana, entre risas, y comenzó a aplaudir.

Timi y yo nos miramos en silencio. En ese mismo momento supimos que la habíamos recuperado.

Aquella tarde Timi marchó a cambiar unas conchas de nácar sisadas a Nahuro por un cochinitillo. Faimana y yo salimos al jardín que había tras el *fare* y preparamos el horno de piedras en el suelo. Le rogué que me cocinara caramelos de *uru*, la fruta del árbol del pan. Ella se resistió un poco, alegando excusas infantiles, pero yo sabía que lo hacía un poco por castigarme y otro poco por coquetería. Justo cuando dejé de insistir se puso a asar tres *urus*.

Se nos hizo de noche entre chanzas y jolgorios, sentados alrededor de nuestra pequeña fogata. Timi, Faimana y yo teníamos demasiadas

ganas de reírnos. A mí me costaba permanecer sentado al modo maorí, con las rodillas cruzadas. Los *ama* siempre lo hacíamos con las piernas y los brazos estirados hacia el fuego, pero en Tahití no había necesidad de buscar el calor de una llama. Tomamos leche de coco fermentada y cuando Faimana empezó a dar cabezazos la llevamos dentro del *fare* y la tumbamos sobre su esterilla. Dejamos que la lámpara de aceite velara su sueño, nos dio un beso somnoliento a cada uno en el lomo de la nariz y se durmió enseñando su sonrisa desdentada.

Una vez fuera de la cabaña, Timi y yo nos quedamos solos en el jardín, sin más ruido en la noche tahitiana que el crepitar de unas ascuas que ya agonizaban.

—Cuéntame, Timi, ¿qué está pasando en esta isla?

Agarró una rama y empezó a atizar las brasas, con la mirada perdida.

—En cuanto nuestro rey murió, los *papa* se hicieron con el mando de todo. Ahora nos multan si bebemos, si nuestras mujeres se bañan

en las Tres Cascadas, si vamos a los edificios coloniales en Papeete para quejarnos. Siempre dicen las mismas palabras: «Desatasco a la autoridad».

—Desacato a la autoridad —le corregí.

—Eso. Ni siquiera sabemos qué significa, ni tampoco entendemos por qué hemos de pagar por todo. Los impuestos nos obligan a trabajar, antes muchos no lo necesitaban. ¿En qué puede trabajar un anciano que toda su vida ha pescado y ha recogido frutas de su huerto para vivir? Es la única manera de conseguir los malditos francos, aunque los gendarmes también aceptan regalos. Hay uno, largo como tú pero más flaco, a quien le gusta mucho golpear. Golpeó a los padres de leche de Hauiro hasta que rompió todos sus huesos en astillas pequeñas. El *popa* que manda ahora en todas las islas, Papinaud, tiene un criado, un hombre más grande que un marquesino. Tiene la piel oscura, pero no es maorí. Por las noches entra en las casas de los colonos y deshonra a las criadas tahitianas. Nadie puede hacer nada, porque es el criado del

gobernador.

Apreté la mandíbula, mi propia raza estaba acabando con el paraíso.

—No es solo en Tahití, Tatian. En mi isla, Raiatea, los jefes de los clanes se niegan a anexionarse. Viendo lo que los franceses han hecho de Tahití temen acabar igual.

*Y no podremos hacer nada por evitarlo, hermano*, pensé, con la hiel subiéndome al cerebro.

—Yo siento rabia, Tatian. Mucha, mucha rabia —dijo, mordiéndose las palabras—. Y yo no era un hombre con rabia.

Así pasamos la noche, poniéndonos al día, hermanándonos de nuevo. Llegaba el alba cuando escuchamos unos pasos, en la lejanía, que se acercaban sin sigilo.

—¡Tira la botella, rápido! —me susurró Timi—. Los gendarmes nos pondrán una multa de veinte francos si la descubren.

Tomé la botella y la lancé hacia una espesa masa de cocoteros que tenía a mi espalda. Rogué por que no se hubiera escuchado el ruido

al caer, y nos pusimos de pie, preparados para cualquier sobresalto.

Lo que vimos fue a un extraño muchacho. Habría dicho que era maorí por su piel cobriza y por su nariz ancha y achatada, pero tenía el pelo ensortijado a caracolillos y de un escandaloso tono rubio. Nunca había visto nada igual.

—Es un hijo del Pitcairn —me susurró Timi—. De la isla de los pelirrojos. Descendiente de los *popa* que se rebelaron en los tiempos del abuelo de mi abuelo en un barco de nombre *Bounty*. Todo el mundo los respeta, son tan bravos como sus padres. Está prometido con mi sobrina, la pequeña Miri, que sirve en la casa de unos *popas* importantes.

—¡Tío, tío! ¡Venga conmigo! —gritó cuando nos vio, haciendo grandes aspavientos con los brazos.

—¿Qué ha ocurrido, Hinano?

—Está medio muerta —gimió, parándose frente a nosotros para recobrar el aliento.

—¿Quién?

—Miri. El criado de Papinaud la ha atacado

esta noche.

El rostro de Timi se deformó a la luz de la fogata, era como la máscara de un *tiki* preparado para la guerra.

—Ahora Faimana tiene quién la cuide —me dijo, girándose hacia mí—. Quédate esta noche con ella.

—¿Qué demonios vas a hacer, Timi? —le pregunté.

—Me voy a Papeete. Hoy tengo que matar a un hombre.

—Espera, espera... —le interrumpió Denis—, el Hinano del que hablas es el padre de Matahi, ¿verdad?

—Así es.

—Y hay más detalles que se me escapan... ¿Por qué dices que mis padres enterraron su conciencia cuando te hicieron un funeral? ¿Qué pasó, tío Bastian? ¿Por qué fuiste al Japón si amabas esta isla? ¿Y qué es eso de que mi

madre se fugó con un nativo? ¿Fue así, fueron habladurías?

—Desde luego que lo eran, tu madre no se fugó con un nativo. Conocías a tu madre, conocías el carácter de tu padre y ahora me estás conociendo a mí. ¿Tan difícil es imaginarte lo que pasó entre los tres?

*Otra vez, pensó Denis, frustrado. La eterna pregunta, la recurrente pesadilla.*

—Esperaba que tú me lo aclarases.

—Estoy haciendo mucho más que eso. ¿No es suficiente?

—¿Tan difícil es, tío Bastian, tan difícil es que un hombre sepa a ciencia cierta cuáles fueron sus orígenes? —lo preguntó despacio, con esa rabia que da la impotencia.

Bastian no contestó, le resultó insoportable continuar sentado junto a Denis. Salió a la pasarela y se zambulló.

Denis se quedó en la hamaca, no tenía nada que hacer en Papeete y las tardes en la habitación del hotel se le hacían interminables. Bastian por fin emergió del océano y subió a la

pasarela, dispuesto a volver a su cabaña.

—Quédate, tío Bastian —le dijo Denis, sin tan siquiera pensarlo.

—No, Denis. Hoy quiero estar solo.

—Y yo hoy necesito estar acompañado. No conozco a nadie en esta isla.

—Quédate todo el día en la factoría. Hoy vendrá Matahi con su familia. Puedes zambullirte con ellos, están ágiles y son alegres. Le vendrá bien a ese humor de perros que gastas últimamente.

—Pero quieres que mañana vuelva, ¿verdad? —preguntó Denis, con la voz tensa.

—Claro que sí, hijo —contestó Bastian, sin mirarle, y se marchó por la pasarela de madera.

No era la primera vez que le llamaba «hijo», y sabía que Denis no lo recordaba, pero Bastian no pudo evitar que un nudo le estrechase la garganta.

Denis no lo vio marcharse, pero la palabra «hijo» no se le pasó por alto. El sonido le estalló en la cabeza como una revelación. Tuvo que pasar un buen rato hasta que dejó de temblar.

## 38 EL CRIADO DE PAPINAUD

*Bastian*

*Tahití, agosto de 1895*

Asentí con complicidad, quería que Timi pensara que tenía en mí a un aliado. Pero en cuanto se giró hacia mí para darme instrucciones le solté un derechazo en la sien. Cayó sobre la hierba, fuera de combate.

Hinano me miró con ojos de terror, pero le hice un gesto para que me ayudase a meterlo en el *fare*, junto a Faimana y sus resoplidos.

El muchacho se quedó inmóvil, me dijo que no con la cabeza, y antes de que saliera de nuevo corriendo, le agarré del brazo para tranquilizarlo.

—Estoy intentando salvarle la vida a Timi. No podrá matar al criado del gobernador, y si lo hiciera, acabaría muerto o deportado a Nueva Caledonia.

Hinano continuó sin moverse de su sitio, pero asintió, sin dejar de mirar de reojo el cuerpo de Timi.

—Tenemos que hacer las cosas de otra manera. Mañana iré con Timi a la capital y hablaré con el delegado Cheese. Él es el único en esta isla que tiene autoridad sobre el gobernador y le obligará a detener a su criado. Tú deberías estar ahora con tu prometida. ¿Dónde está ella ahora?

—Su patrona la llevó al hospital. Cuando marché estaban curándola.

—Puedes volver, entonces. Nosotros nos encargaremos, Hinano, te lo prometo. Pero buscar al criado del gobernador para matarlo es lo más estúpido que podemos hacer.

El muchacho se internó de nuevo en la selva, corriendo como un demonio, y yo me quedé acucillado en la entrada de la cabaña, vigilando a Timi y buscando en el cielo negro la constelación de la Cruz del Sur, la misma que se me había ocultado durante cuatro años. La isla no era la misma, era como si todos y todo me

obligasen a elegir un bando: europeos o tahitianos. Dos palabras que ya habían quedado en desuso, ahora solo había *popas* y canacos.

De madrugada Timi despertó, le hice un gesto para que no perturbara el sueño de Faimana y salió al jardín palpándose la sien dolorida. Me miró como si fuera un enemigo.

Yo le ignoré, me acerqué a los restos de la fogata y me agaché. Un sol rojo recién nacido abrasaba las siluetas lejanas de otras calas.

—¿Qué haces? —preguntó, acercándose.

—Avivar las ascuas, tengo que planchar mi traje de *popa*.

—¿Planchar? —preguntó sin comprender.

—Aplastarlo con un peso de hierro caliente para que no tenga arrugas.

—¿Eso matará al criado?

—No vamos a matar al criado porque antes de que acabe el día estaríamos muertos. Primero habría que saber qué van a hacer los patrones de la muchacha.

Timi me miró de manera extraña, como si temiera mi reacción, y entonces dijo:

—Es criada de tu hermano y su mujer. Habla tú con ellos.

*Oh, Dios.*

—Ya no tengo hermano, salvo un loco que quiere dar una excusa a los gendarmes para morir.

—Eres uno de ellos, te harán caso —insistió Timi.

—Ya no lo soy.

—Pero no lo saben. Habla con él, tu hermano es un hombre poderoso en la isla.

—Precisamente por eso. Si quiere hacer algo, lo hará y lo conseguirá, no lo dudes. Si no quiere hacer nada, te aseguro que aunque yo se lo pida no moverá un dedo.

Me miró con un gesto brusco, malhumorado.

—Tatian, eres mi hermano, pero todavía no entiendes a mi familia. Yo soy el responsable de lo que les ocurra en Tahití. Cuando Faimana vaya a visitar a su hermana a Raiatea, tendrá que decirle lo que yo, como jefe de clan, he hecho para corregir la afrenta.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer,

vamos a jugar con las leyes de los *popa* y vamos a conseguir que ese criado no vuelva a atacar a nuestras muchachas. Conozco al hombre que manda sobre el gobernador, vine con él en el barco que me trajo a Tahití. Solo él podrá parar al criado.

—¿Y si no quiere?

—Entonces dejaré que malgastes tu vida y lo mates.

A media mañana llegamos a Papeete, yo llevaba mi traje colonial immaculado, con bastón, sombrero y botines negros impecables. Había conseguido que Timi se pusiera una de mis camisas blancas nuevas, aunque se negó a cambiar su pareo verde por un pantalón, decía que aquello no era cosa de hombres. Cheese me había invitado a visitarlo en la inmensa mansión de la rue Collet donde se hospedaba, en una de las nuevas avenidas principales de la villa. Sabía que Timi jamás se habría dignado entrar en una

casa similar sin mi compañía, con su imponente balaustrada de madera blanca en la entrada, el tejado rojo recién pintado y unas escaleras que jugaban a dividirse y encontrarse de nuevo frente a nosotros.

Nos recibió una criada tahitiana, que nos guio hasta la discreta galería exterior de la casa que daba al jardín trasero, de espaldas a la calle. Cheese se presentó a los pocos minutos, invitándonos a un pellizco de rapé que rechazamos discretamente. No se inmutó ni frunció el ceño cuando le presenté a Timi. Le noté acostumbrado al trato con los isleños y aquella intuición me aflojó un poco el nudo de nervios que me ataba el estómago. Nos invitó con un gesto a tomar asiento en las sillas de ratán y nos sirvió unos licores sin preguntar.

—Usted dirá, monsieur Fortuny. Por sus semblantes intuyo que no se trata de una visita de cortesía.

—No lo es, Isidore, para qué mentirle. Vengo a facilitarle cierto aspecto de su misión en la isla.

Se inclinó, interesado, sobre la superficie de mármol de la mesa redonda.

—¡Vaya, esto sí que es una sorpresa! Alguien en Tahití dispuesto a ofrecerme ayuda. Diga, diga, soy todo oídos.

—Usted necesita una excusa para borrar del planisferio al inepto de Papinaud, por lo que me contó, ¿verdad?

—Así es, no podría haberlo resumido de mejor forma.

—Esta isla tiene las costumbres más relajadas que en la metrópoli, pero no por ello los colonos debemos dejar de actuar como personas civilizadas, ni las leyes que nos amparan deberían diferenciarse de las de Francia.

—Eso es precisamente por lo que llevo luchando yo quince años en París, monsieur — dijo mientras saltaba de la silla y me señalaba con su puro.

—Lo que en Francia no se toleraría, tampoco ha de tolerarse aquí.

—Ahá —me confirmó moviendo la cabeza.

—Isidore, no podemos tener un gobernador

cuyo criado irrumpe por las noches en las casas de los coloniales y viola a las niñas que encuentra.

—¿Qué me está diciendo? —Abrió los ojos, espantado—. No estaba informado de este asunto.

—Apuesto a que se le ha ocultado con toda la intención del mundo. Ningún colono se atreve a alzar la voz, querido Isidore, pero usted puede y debe informar al Ministerio de las Colonias de la innoble actuación de nuestros representantes. Con esa acusación será suficiente para apartarle de un cargo que moralmente no merece.

—Es un asunto feo, amigo Bastian. Y esas niñas, ¿por qué sus padres no lo han denunciado? Sería muy útil para mí tener esas denuncias y poder prender a ese indeseable.

Habíamos llegado al punto débil de mi negociación.

—Esas niñas son, hasta la fecha, criadas maoríes cuyos padres están en otras islas o no saben qué hacer en esta situación. Ese es el caso que ahora nos ocupa. Timi es el jefe del

clan al que pertenece la última chiquilla. Yo he venido como mediador y para apaciguar los ánimos. Conozco la situación de descontento y de revolución que se vive en el resto de las islas, pero no pierda usted de vista Tahití. Si ese criado sigue asaltando isleñas, puede prender una revuelta también en una isla que en la metrópoli ya consideraban pacificada.

—Y estoy de acuerdo, Bastian, pero el asunto es muy complicado. No bastaría con mi palabra. Tendría que presentar alguna prueba que me respalde y no lo consideren un chismorreo colonial. Deben ustedes presentar una denuncia, después tráigamela, y les prometo que haré lo posible para que Papinaud y su criado salgan de esta isla cuanto antes.

Veinte minutos después nos personábamos en la gendarmería de Papeete. Yo era consciente de que estaba haciendo puro teatro de variedades frente a Timi.

*¿Será suficiente, Timi?, no dejaba de preguntarme. ¿Te resignarás a nuestras inútiles leyes?*

En el tosco edificio de hormigón nos atendió un aburrido funcionario. Se levantó el sombrero para saludarme, pero ignoraron la presencia de Timi. Pese a ello, ambos nos sentamos en las sillas libres frente a su mesa.

—Venimos a presentar una denuncia —dije, con mis mejores modales.

—¿Cuál ha sido el delito?

—Un hombre, el criado del gobernador Papinaud, ha atacado esta noche a una muchacha.

El funcionario se recolocó la chaqueta, algo arrugada por la humedad que destilaba el edificio, y entró en el despacho contiguo sin decir nada. Escuchamos un cuchicheo nervioso y un tajante: «Yo me encargo».

Salió a escena un hombre más joven que yo. Pantalón blanco, casaca roja y botonadura dorada. Si no fuera porque un hombre no debería entender de esos asuntos, diría que era

bien plantado y que no tendría problemas con las mujeres. Rubio, de ojillos claros y muy agudos, se movía con la seguridad de un lord, y eso que solo era un gendarme. Pero era uno de los cuatro gendarmes de la isla de Tahití, y eso, por lo visto, le había dotado en los últimos años de un poder considerable. Se sentó frente a mí en la esquina de la mesa.

—Ahora les atiende Charpillet —dijo, como si hablara de otra persona—. ¿Quién ha sido la estuprada?

—Su sobrina —dije, señalando a Timi—. Una joven llamada Miri.

—Su sobrina... —repitió el tal Charpillet—. Canaca, supongo.

Asentí.

—En ese caso no puedo hacer nada. No hay ninguna denuncia que cursar.

Me levanté despacio.

Me coloqué frente a él.

Mi nuevo amigo se alzó también, despacio, cuan largo era.

Nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Usted no ha entendido nada, querido Charpillet —le susurré al oído—. Le debe su cargo al gobernador Papinaud, que lleva... ¿cuántos meses en esta isla? ¿Y cuántos meses más durará, viendo el ejemplo de sus predecesores? Y yo vengo a poner una denuncia espoleado por el delegado Isidore Cheese, que lleva quince años en el Ministerio de las Colonias, moviendo los hilos desde París. Dígame, cuando Papinaud se vaya, que se irá más pronto que tarde, ¿cuánto cree usted que durará en Tahití, habiendo desobedecido una orden tan directa de la metrópoli?

Midió sus fuerzas unos minutos más y me dedicó una sonrisa cáustica. Me apunté el gesto, era rápido de reflejos y, por tanto, peligroso.

—Está bien. El funcionario tomará nota de lo que tengan que decir, tal y como quiere el delegado Cheese, y háganselo saber en mi nombre, sus órdenes serán respetadas.

Nos llevó un par de interminables horas cursar la dichosa denuncia, todo para calmar a Timi. Un papel mojado más en la oxidada burocracia

de la colonia. Yo no dejaba de consultar mi reloj de faltriquera. No quería ser visto por Papeete, no quería que nadie hablase, murmurase, contase a... Debía irme de allí lo antes posible.

En cuanto los pliegos de papel estuvieron convenientemente timbrados, acuñados y estampados nos levantamos y abandonamos aquel pequeño despacho donde sudaban hasta las paredes.

—Este es el primer paso, Timi. Acabarán deteniéndole. —Él me soltó un gruñido por respuesta.

Ambos sabíamos que aquello no iba a llegar a oídos de Papinaud y yo tenía a Cheese por un hombre dialogante, aunque blando. Pero mi hermano había renunciado a su plan suicida y esa certeza, de momento, me aliviaba.

En esos momentos, un vozarrón llenó la estancia y un hombre con el aspecto de un bisonte con rabia salió de otra puerta soltando sapos y escupitajos por la boca. Es más, la cerró de un portazo y dejó al otro gendarme con la palabra en la boca.

Cuando lo reconocí no podía creérmelo.

—¿Gauguin, es usted? —le pregunté.

Él detuvo en seco su discurso y se acercó a mí cojeando. Estaba famélico, y tanto hueso en un cuerpo tan grande le hacía parecer un ave zancuda.

—Pero ¿usted no había muerto? —me preguntó, con cierta precaución.

Puse los ojos en blanco, ¿aquello era lo que me esperaba el resto de mi vida?

Los dos gendarmes y el funcionario no nos quitaban el ojo de encima, así que me llevé a Gauguin y a Timi fuera de la gendarmería.

—Ya ve que no, Gauguin. Cuentos de viejas aburridas. ¿Qué hay de usted? Ya había oído que finalmente se decidió a venir a Tahití. No sabe cuánto me alegro de verle aquí, tiene mucho que contarme. ¿También anda en trifulcas con la Administración?

—No me hable, no me hable... No doy abasto con los impuestos, el papeleo, las multas por escándalo público... Tendría para toda la mañana, ¿por qué no viene a mi casa? He

alquilado una cabaña nativa en Punaauia, a tres millas en la costa este. Vamos, hombre, y también su amigo. Tomemos el coche público y le enseño mi taller.

Timi se excusó y tomó otro coche hacia la costa este, donde le esperaba otro día más de sustraer ostras al océano.

Por su parte, Gauguin me llevó a un gran *fare* con techado de paja y paredes de cañas de bambú. Había construido una estancia adyacente y allí había instalado su taller. Era la primera vez que estaba en la cueva de un artista. De las paredes de paja trenzadas se las había apañado para colgar reproducciones exóticas.

—Arte hindú —me explicó—. Aquí la Olympia de Monet, a ver si la acabo algún día. Esos troncos que ve de palo de rosa serán ídolos maoríes. Auguste Goupil, uno de los notables de esta isla, me prestó un libro de cultos antiguos tahitianos. Estoy intentando reinterpretar a mi gusto todas las leyendas locales.

Pero fueron sus lienzos los que tuvieron el

poder de llamarme la atención. Jamás había visto antes un arte como aquel, tan alejado de los retratos y los paisajes que colgaban de los salones que conocía.

—Así debió de pintar Dios cuando era niño —susurré, frente a una de sus telas.

Porque nunca antes vi unos cielos rojos tan intensos, el color verde exacto de la hierba tahitiana. Un verde que no había visto en Manacor ni en el Japón. Un verde que era como tomar absenta a plena luz del día.

Vivo, brillante y puro.

Inolvidable a las retinas.

Y entonces lo comprendí: Gauguin pintaba tal cual era él. La tela era un reflejo sin tamizar de lo que ocurría en su cabeza. Un hombre tranquilo, pusilánime, habría sido incapaz de atreverse con esos contrastes.

Miré a Gauguin, que a su vez me escrutaba sin perder detalle de mis reacciones.

—Usted..., usted ha comprendido mis telas, ¿no es así? —murmuró, tragando saliva.

—No sé si las entiendo —le dije—, pero usted

ha pintado el Tahití que yo también veo y tan difícil me resulta explicar. Exactamente ese Tahití.

Gauguin acababa de ganarse todos mis respetos y en mi escala de valoraciones había pasado de ser un curioso espécimen a estar más allá de la admiración.

—Oiga, dado que usted es uno de los pocos a los que no le molesta mi pintura, ¿le importaría posar para mí?

—¿Posar? —repetí, rascándome la cabeza—. No es que tenga yo trazas de modelo, ¿no le parece?

—Al contrario, tiene usted el porte tranquilo de los maoríes, y yo apenas he pintado hombres blancos desde que llegué a esta isla. Si pudiera convencer a su hermano maorí para que se dejase también retratar, creo que podría lograr una buena composición. Ustedes no tendrían que hacer nada, en realidad. Yo me acercaría a su cabaña y les pintaría mientras ustedes reposan sobre la hierba, ¿qué me dice?

La propuesta me pareció de lo más

extravagante, pero accedí cuando vi en los ojos de Gauguin una súplica muda. ¿Qué me costaba acceder a su petición?

Así comenzó una amistad que duró hasta su penosa muerte, ocho años después. Paul Gauguin, o Koke, como le llamaban los nativos, se acostumbró a venir a la cabaña de Faimana y la convenció también a ella para que posase junto a nosotros.

Timi, Faimana y yo nos dejábamos hacer, callados o charlando de nuestras cosas, mientras un Gauguin enfebrecido nos pintaba con colores chillones.

Llamó a aquel lienzo *Familia maorí*.

## 39 CONSPIRACIONES

*Laia*

*Papeete, agosto de 1895*

Espoleé el caballo, la mansión de Auguste

Goupil no estaba demasiado lejos de la nuestra. Allí había pasado los únicos momentos agradables de charlas que tuve en la colonia. Allí me había reído con Paul Gauguin y sus chanzas contra todos los estamentos franceses, mientras él intentaba con desespero extraer algo de arte a los pinceles de los hijos de Goupil.

Allí su esposa Jane y yo nos habíamos defendido de la hostilidad francesa. Nuestra porción de sangre inglesa nos había unido. Pero aquel día no habría té, ni pastas, ni risas.

Todavía estaba aterrorizada, me temblaba hasta la barbilla. Lo que había tenido que presenciar aquella noche no lo olvidaría en la vida.

El gigante entró por la ventana del dormitorio de Miri y Manaba, justo después de apagar todas las luces de la casa. El pequeño Anthony dormía ya en el piso superior, en su pequeña cama junto a la mía. Aquella noche esperaba a Hugo, siempre volvía al anochecer o de madrugada de sus viajes de negocios en las islas de Sotavento, cuando la colonia dormía y nadie

sospechaba. Manaba estaba visitando a su madre en Raiatea y eso la libró de aquella salvajada.

Escuché ruidos, vi una sombra. Me escondí, sin pensarlo, bajo una de las camas. Miri había ido a la cocina, no tuve manera de avisarla. Al principio miré. Tumbada, en la oscuridad, solo veía golpes y piernas. Y mucho silencio. Eso fue lo peor. Miri no gritó en ningún momento, tal vez no pudo.

Yo solo pensaba en Anthony, en que no se despertara. ¿Cómo reaccionaría el monstruo si supiera que en aquella casa desprotegida había un niño? ¿Sería de los que no le hacían ascos a nada? No podía dejar de pensar en que Anthony era madrugador, y la violación proseguía, hora tras hora. Sabía que podía descubrirme en cualquier momento. ¿Dónde estaba Hugo? ¿Volvería a tiempo? ¿Sería mejor que viniera, que se enfrentase al monstruo, que interrumpiera, o tal vez saldríamos todos peor parados? Mis preguntas eran inútiles, pero tenía que evadirme de aquella carnicería, sofocar las

náuseas de algún modo.

El alba sorprendió a la mala bestia y yo no sabía si Miri seguía viva. Hacía varias horas que sus brazos y sus piernas estaban inertes, como los de un peluche. Ella era dócil, no eran necesarias las patadas.

Finalmente el horror se fue por la ventana con las primeras luces del alba, y yo corrí a comprobar si Miri respiraba. Subí a por Anthony, que seguía dormido. Teníamos que irnos, los tres, no fuera que el monstruo volviera. Justo entonces se abrió la puerta, Hugo llegaba, cansado pero radiante. Llevaba muchos francos en las retinas. Yo me desplomé, con el niño en brazos. Conseguí contarle, entre temblores, lo que había ocurrido. Nos metimos en el coche de caballos con el cuerpo desangrado de Miri, la llevamos al hospital. Había aguantado, el cuerpo diminuto de Miri había aguantado. Yo quería ir a la gendarmería, poner una denuncia, que apresaran al criminal, que lo juzgasen, que lo condenasen, que lo encerrasen.

Pero aquel día fue el que descubrí que me

había quedado sin marido, aquel hombre no era mi esposo. Hugo me contó los rumores que circulaban de otras violaciones.

—Siempre ataca a canacas, no tienes por qué preocuparte, mi vida —me dijo.

Sabía quién era, me habló del criado personal del gobernador Clovis Papinaud. No iba a haber denuncia. Clovis era un buen amigo, imprescindible para la buena marcha del negocio.

Jane no me esperaba tan pronto. Se lo conté todo, detalles de los que nunca hablábamos las mujeres. Detalles que no quería que se me quedaran dentro. Y bastó una mirada de culpabilidad para entenderlo: el criado de Papinaud también atacó a una de sus sirvientas. Nuestros esposos habían mirado hacia otro lado, al del silencio.

Y tal vez el silencio y la cobardía de la villa nos iban a ayudar. Por eso había acudido a ella.

Auguste Goupil fundó un periódico, *Le Petit Tahitien*, para defender sus intereses. El anterior gobernador consiguió acabar con él. Últimamente había vuelto a la carga con *L'Océanien Française*. Jane conocía las cuatro imprentas de Papeete, tenía contactos, era arriesgado pero le debían favores, a una dama poderosa como ella siempre se le debían favores.

—Tú redacta, querida, yo me encargo de ponerlo en la calle.

Sería anónimo, una única cuartilla, pero llegaría a todas las casas de la comuna. Jane estaba más enterada que yo. Sabía todos los nombres, los de las criadas, los de los señores. Una cosa eran los rumores, otra era leer los hechos contrastados en un papel.

Decidimos incluirnos, pese a la vergüenza que suponía un asunto tan oscuro. Era la única manera de que no sospecharan de nosotras, ni nuestros maridos, ni Papinaud, ni su criado.

Sabíamos que todos le darían la espalda al gobernador, que no podría seguir en su puesto

cuando nuestra silenciosa acusación circulase por las calles de Papeete.

## 40 LA ÚLTIMA COSECHA

*Denis*

*Tahití, marzo de 1930*

Pasaron varias horas hasta que Denis vio aparecer varios caballos. Solo reconoció a Matahi, que montaba con un niño pequeño en su regazo, el resto eran maoríes de su edad, hombres y mujeres que llenaron la pequeña cala de risas acompañados de otros chiquillos.

—¡Denis, qué alegría encontrarte aquí! — exclamó Matahi en cuanto lo vio, desmontando del caballo—. El tío Tatian me contó que nos estás ayudando con la granja, ¿querrás comer con nosotros?

—Me encantaría, si no os resulta inconveniente —sonrió Denis, dándole una

palmada en el hombro. Era fácil llevarse bien con Matahi, siempre estaba risueño.

El resto de los tahitianos, siete en total, dejaron sus caballos atados a unas palmeras y se acercaron.

—No nos reconoces, ¿verdad? —Le sonrió una maorí, con un niño en cada mano.

Denis la escrutó, buscando en sus rasgos algún recuerdo conocido.

—Soy Hiva, la hija pequeña de Hinano y Miri. Cuando era una niña, te convertiste en mi mejor amigo —dijo con un suave francés. Era más calmada que su hermano, tenía la piel de color bronce, como todos los tahitianos, y recogía sus rizos rubios en una coleta interminable.

—No, Hiva, apenas recuerdo nada de aquellos años. Crecí en una isla muy diferente a esta.

*Y os tuve que olvidar, por lo que parece,* pensó en silencio.

—Y a nosotros, ¿no nos recuerdas? —dijeron tres maoríes, los tres obesos y sonrientes, que se habían quedado regazados.

—¿Sois los... hijos de Timi?

—¡Somos tus primos, Denis! ¡Esto habrá que celebrarlo, llevémosle al ensayo de esta tarde, habrá bailes y bebida!

Así pues improvisaron una comida con el pescado que capturaron entre todos, extendieron unas hojas brillantes de palmera sobre la arena y charlaron entre risas mientras asaban sus piezas. Todos hablaban atropelladamente, sobre todo Matahi, que intentaba poner al día a Denis de los últimos veinte años. Se enteró así de que Timi, Hinano y Miri habían muerto durante la epidemia de gripe española que asoló Tahití en 1918 y que en apenas un mes acabó con tres mil personas, casi todos adultos.

—El tío Tatian se encargó de todos nosotros, desde entonces es el jefe del clan Taravana —susurró Hiva, interviniendo por primera vez—. Éramos muy jóvenes cuando nos quedamos huérfanos, él nos sacó adelante. Yo tomé un *tané* poco después, ahora soy viuda. Dicen que nuestra raza es hermosa, pero envejecemos pronto. Los hombres en Tahití no viven tanto como nuestro tío.

*Aún te queda mucho para eso, Hiva*, pensó Denis. Intentaba ponerle rostro de niña a aquella extraña belleza que comía a su lado, sin dejar de estar pendiente de sus dos hijos pequeños. Renunció a intentar seguir recordando, frustrado.

Después le contaron el día a día del rodaje de *Tabú*. Por lo visto, todos los actores eran tahitianos, incluida la protagonista, Anne Chevalier, una nativa de Bora Bora. La película trataba de una mujer que se convertía en *tabú*, intocable, para el hombre que la amaba cuando el guerrero de otra isla la eligió para ser su esposa según las leyes de los dioses. Aquella tarde tenían que ensayar uno de los bailes de la ceremonia de la boda entre la joven y el guerrero. Solo aparecerían en la escena los mejores bailarines, que cobrarían una buena suma extra. Todos estaban expectantes y esperaban ser elegidos.

Denis acompañó a sus primos, bailó, bebió, rio. Ya no era el «señorito Denis» ni «el señor Fortuny», nadie le miraba de reojo cuando se

lanzó a danzar siguiendo los pasos que Matahi le enseñó. *¿Y si pudiera vivir así?*, pensó aquella noche, cuando por fin cayó sobre la cama del hotel. *¿Y si me convirtiera en un tahitiano anónimo?*

Le costó levantarse antes del alba para llegar a tiempo a su cita diaria con su tío, pero Denis conocía las servidumbres del trabajo desde niño, nunca fue perezoso y aquel día bajó a recoger su coche alquilado de excelente humor.

—Hoy te enseñaré cómo empezó a funcionar esta granja. Y quiero que estés atento, mañana comenzamos a injertar —le dijo Bastian cuando llegó.

Este asintió, conforme. Tenía ganas de ver por fin a su tío trabajando con las ostras.

Tras la visita a Gauguin volví a la choza de Faimana. Mi madre me sonrió tranquila cuando entré, como si nunca me hubiese ido, y me mandó a recoger bananas al huerto para asarlas

con el pescado. Timi y yo habíamos convenido no contarle nada, de momento, acerca de la violación de su sobrina, por miedo a que le diese otro *fiu* y no la recuperáramos. Así que nos comportamos como una familia maorí en un día cualquiera y esperamos, a veces charlando, a veces no, la llegada del hermano.

Cuando Timi volvió, esperé con cierta impaciencia a que diese cuenta de todo el *mahi mahi* que le habíamos preparado y, cuando hubo acabado, abordé la conversación que me llevaba rondando desde que salí del puerto de Nagasaki.

—Timi, podría buscar trabajo como buzo de ostras en otras factorías, pero quisiera intentar algo con tu ayuda y la de Faimana.

—Habla, hermano. Te escucho. Y madre también está contigo.

—He pasado cuatro años buceando en este mismo océano, aunque mucho más al norte, sumergido en aguas heladas. Allí las ostras son de juguete de niño. Pequeñas, finas, sin apenas nácar. Tardan una eternidad en crecer, y, pese a ello, un hombre sabio y paciente aprendió a

cultivarlas, como hacemos nosotros con los bananeros en el huerto, y al cabo de un tiempo y muchos esfuerzos nacieron varias medias perlas. Sé que parece... —expliqué nervioso— parece un milagro, pero yo lo vi.

—No es un milagro de esos —dijo mi madre, encogiéndose de hombros—. El dios del mar es el propietario de las perlas, las usa para iluminar el fondo del mar. Pero mi madre de leche me contó que fue Oro, el dios de la paz y de la guerra, el que nos las mostró a los humanos. Así que no lo olvides, las perlas pueden traernos la paz o la guerra. Pero si Oro quiere, el océano nos dará perlas, como siempre ha hecho.

—No, madre —replicó Timi, tranquilo—. La guerra nos la traen los *popa*.

Luego se volvió hacia mí.

—¿Dices, Tatian, que se pueden criar las ostras para que nos den más perlas que las que de vez en cuando encontramos?

—Así es, ese ha sido mi trabajo durante todo el tiempo que he estado ausente. El dueño de la granja gana dinero vendiendo ostras, pero

algunas de ellas las cultiva y espera algo más de un año entero. Algunas de esas ostras tienen medias perlas, y las vende y se va haciendo rico hasta la próxima cosecha.

—Si trabajamos en eso, ¿cómo pagamos mientras los impuestos de los *popa*? Dices que hay que tener paciencia.

—Vendiendo su nácar, como ha hecho Tati Salmon. Tendríamos que buscar un lugar adecuado para establecernos, una pequeña playa o una cala que nunca antes haya sido esquilhada por otros buzos.

Faimana compuso su mejor sonrisa desdentada y miró a Timi con complicidad.

—¿Qué ocurre? —pregunté, feliz por verla tan implicada con la granja.

—No hace falta que la busquemos, Tatian. Esa cala ya existe, ¿alguna vez has caminado por la costa entre Papara y Faaa?

—No, ni tú tampoco has podido hacerlo. La vegetación es demasiado cerrada.

—Dicen las leyendas que en ese tramo está la gruta de Maraa.

—Leyendas, Timi. Es imposible acceder hasta el océano internándose en la selva, esa zona de la isla no tiene interés —repliqué.

Ellos sonrieron, felices.

—Te lo dije, madre, es el lugar perfecto —dijo Timi a Faimana.

La madrugada siguiente partimos los tres por la carretera de la costa, equipados con unos pequeños machetes. Mi hermano tenía muy claro dónde nos dirigíamos. El sol aún no se había adueñado del tranquilo cielo tahitiano cuando alcanzamos la orilla del mar. No seguimos ningún sendero, pero no había tampoco ningún tramo impracticable, incluso habría podido circular un coche de caballos por la mayor parte del recorrido. Pero aquel lugar virgen era el sitio perfecto para nuestros proyectos. Aguas sin trabajar, playas apartadas, ausencia de carreteras que lo delatasen.

Construimos una cabaña con pilotes dentro del

océano, a pocos metros de la orilla, idéntica a esta donde nos encontramos ahora. Timi y yo traíamos los troncos desde la ladera del monte Orohena. Faimana, revivida del todo, se liaba a machetazos y los convertía en puntales pulidos.

Una semana después, tras construir una pasarela que unía la cabaña con la orilla, nos volvimos los tres, entre risas, a la choza de Faimana. En pocos días haría mi traslado definitivo y me vendría a vivir a Maraa.

Según nos acercábamos vimos que había alguien esperando en el jardín. Era Hinano, con un palo largo al hombro, como los que los maoríes usaban para portar frutas y llevarlas al mercado de Papeete, salvo que este acababa en un macuto de tela.

—Madre, debes entrar en el *fare*. Después te contaremos algo —le dijo Timi a Faimana.

Ella asintió, obediente, aunque en sus ojos vi que nada de lo que le contásemos le iba a sorprender. Tal vez había escuchado rumores de las violaciones, tal vez otras *vahinés* le habían contado ya lo de su sobrina.

—¿Qué ha pasado, Hinano? —le pregunté, después de sentarnos los tres sobre la hierba.

—El gobernador Papinaud ha renunciado a su puesto, se ha ido de la isla —dijo Hinano.

—¿Y el criado? —preguntamos Timi y yo a la vez.

—Dicen que se ha ido con él.

—¿Ves Timi?, te dije que las leyes funcionarían —le dije, aliviado.

Incluso yo mismo estaba sorprendido de la eficacia de Cheese.

—Pero el patrón de mi prometida no hizo nada —continuó.

*Faltaría más, Hugo, pensé. En eso consiste ser amigo de los poderosos.*

—Y Miri va a seguir trabajando para ellos. Está muy unida a la señora y se niega a abandonar la casa. Pero yo ya no quiero seguir viviendo en Papeete, donde un tahitiano no es nadie.

Interrogué a Timi con la mirada y él asintió, conforme.

Me giré hacia el muchacho y le pregunté:

—¿Sabes bucear?

Pasaron casi tres semanas hasta que preparamos la primera cosecha. Timi, Hinano y yo capturamos ostras de tamaño medio. Faimana construyó, con su diestra mano para la artesanía, pequeñas cestas de madera cubiertas de redes para protegerlas de los peces y pulpos, aunque teníamos que estar pendientes de ellos, ya que si les dábamos el tiempo suficiente, eran capaces de separar las redes de las cestas y se comían nuestras ostras.

Montamos un laboratorio en la cabaña sobre pilotes. Construimos un tablón largo apoyado con cuatro patas, ideamos unas banquetas pequeñas y saqué de mi macuto el instrumental que había robado a Mikimoto.

Enseñé a mis socios a elegir a la ostra donante entre las que tenían la concha de nácar más bella. Después corté con un bisturí una delgada franja de carne de la ostra, sus labios negros,

hasta separar un largo hilo de dos milímetros de grosor. Lo volví a dividir en pequeños cuadrados. Salieron cincuenta.

*Oro, concédeme al menos una media perla para que sepa que esta locura es posible,* le rogué en silencio.

Tomé una concha de tamaño medio abierta con ayuda de una pinza de madera que improvisé y la coloqué en el pequeño caballete de metal que Mikimoto mandó construir a un herrero para la Feria de Ueno Park. Seleccioné un diminuto guijarro esférico y lo introduje bajo el cuerpo de la ostra. Con cuidado, apenas acariciando sin molestar al animal. Con la mano izquierda, ayudado de otra varilla, inserté el cuadrado del manto de la ostra donante. Cerré la ostra, liberándola de la pinza, y Timi se la llevó para meterla en una de las cestas que pendían de maromas finas bajo la pasarela.

Cualquiera que no conociera lo que hacíamos allí no tenía manera de saber que bajo la pasarela había cientos de hileras con cestas de ostras esperando a ser recolectadas. Desde la

superficie solo se veían dos tablones largos que ayudaban a acceder a la cabaña de pilotes, pero las sogas anudadas podrían ser restos de antiguas actividades marineras con maderos reutilizados.

Faimana fue la que antes aprendió a injertar, mientras susurraba palabras cariñosas a las ostras e incluso se reía con ellas. Timi era más silencioso, pero también le tomó enseguida el gusto y pasaba interminables horas sentado frente a la bancada.

—Nos has convertido en ayudantes de los dioses —me dijo una noche de borrachera, satisfecho.

Los meses pasaron y se instaló una expectante rutina entre los cuatro. Nuestra principal fuente de ingresos era la venta de conchas de nácar, que yo llevaba a escondidas por la noche, con ayuda de un caballo que compré a la viuda de un vecino de la lejana

Taravao, en la costa este de la isla, junto al istmo. Retomé con mucha discreción mi contacto con el capitán Richardson, que estuvo encantado de traficar con mis ostras fuera de los cauces oficiales.

—Los aranceles en esta isla se han puesto imposibles. Si no es por su mercancía, casi no me compensa atracar aquí —me confió.

También sacábamos partido al pescado que venía a la cala, atraído por la carne de las ostras que desechábamos para vender las conchas de nácar. Hinano lo cargaba en dos cestos, los colocaba en un extremo de un palo largo y no sé de qué manera se las arreglaba para llegar a Papeete con la carga y venderla en el mercado a primera hora, cuando los precios eran más altos. Lo hacía también para seguir visitando a Miri, su prometida, aunque esta creía que trabajaba para la granja de Tati Salmon, igual que su tío Timi.

Para la colonia yo seguía siendo un fantasma. A veces Richardson me advertía de los rumores de que había vuelto del infierno de los

indeseables, pero eran rumores y a la colonia no le interesaban.

Pasaron trece meses desde que injertamos la primera ostra. El año 96 llegaba a su fin, en medio de rumores cada vez más preocupantes de revueltas en Raiatea y de la vuelta del delegado Cheese para intentar calmar los ánimos de nuevo.

Pero yo tenía otras preocupaciones.

El día de la cosecha amaneció pronto para mí, no pude esperar pacientemente la llegada de Timi, Hinano y Faimana. Consulté mis apuntes y localicé la fila de ostras injertadas más antigua. Me dirigí como en volandas hasta la mitad de la pasarela y tiré de la cuerda.

Rescaté veinticinco ostras, tiré de la siguiente cuerda y subí a la superficie otras veinticinco.

Eran las ostras injertadas por la primera ostra donante.

Cuando llegó mi familia, ya había abierto la mitad.

No había encontrado en ellas ningún *mabé*, ni siquiera la sospecha de una elevación en la

superficie de ninguna ostra. Faimana se sentó junto a mí en silencio y Timi e Hinano la imitaron. Todos esperaron a que acabase con la segunda fila, pero allí no había nada.

—No puede ser, ¿qué estoy haciendo mal?

—De momento Oro no quiere —dijo Faimana, con su tranquilo fatalismo—. Tal vez tengamos que llevar ofrendas a un *marae*, como hacía la abuela.

—Lo haremos —dije, con la mirada perdida en el turquesa del océano—. Haremos lo que haga falta.

Dos semanas después izamos las siguientes cuerdas.

Tampoco salió nada.

Dos meses después casi habíamos acabado de abrir todas las ostras injertadas el pasado año. Cientos de ostras abiertas sin nada nuevo que ofrecernos. Nácar para el capitán Richardson, carne para los peces.

Dejé de dormir por las noches, la soledad de la cabaña en medio del mar ya no me consolaba. Era capaz de contar cada ola rebotando contra

los pilotos del anochecer al amanecer. Números de cinco cifras que no ayudaban a que me mantuviera cuerdo. Mi sueño me estaba devorando, como a Mikimoto, pero no tenía fuerza de voluntad para dominarlo. Me volví taciturno y áspero con mi madre, mi hermano y mi primo. Solo me calmaba quedarme mirando los *suisekis*. Sentía el peso del reproche de las *ama* cada vez que pasaba las tardes sentado frente a ellos, pero lo entendía como un pago justo a mis delirios.

En diciembre de 1896 llegó por fin el día en que subimos a la superficie las últimas remesas de ostras injertadas.

Fue Faimana quien hizo los honores. Conteniendo la respiración, observé por encima de su hombro cómo abría una a una todas las ostras, después de salmodiar una oración por cada una de ellas y cubrirlas de palabras cariñosas antes de abrirlas. Tardó lo suyo, pero acabó abriendo la última partida.

Nada.

No encontramos nada.

Mi familia se despidió en silencio y respetó mi dolor.

Me zambullí desnudo, una y otra vez, casi forzando una *taravana*. Pero allí abajo, acariciando con la yema de los dedos los duros corales, sentí a las *ama* enfadadas conmigo, o tal vez era solo el peso de mi conciencia. Ascendí despacio a la superficie. En la playa, sentado con las rodillas cruzadas, mi hermano Timi me esperaba.

Me anudé el pareo y me senté junto a él, casi exhausto.

—Queremos que dejes de intentarlo, Tatian. Ya apenas eres tú. Oro se ha llevado tu alegría.

—Solo una cosecha más, Timi. Una cosecha más y lo dejo.

—Te robará otro año de tu vida.

Asentí en silencio. No me comprendía.

—Quiero vivirla así, solo tengo una —repliqué, tranquilo.

—De acuerdo, pero no dejaré que pongas triste de nuevo a nuestra madre.

—¿Cómo lo evito, entonces?

Se encogió de hombros y me habló como a un niño que no entendía nada.

—*Aita peapea*.

—Sabes que aún no he recuperado todo el tahitiano que sabía.

—Sin fastidio —tradujo—. Así es como nos gusta trabajar.

Así que reanudamos el injerto de ostras, en esta ocasión una partida inmensa, con casi mil ostras. Éramos concienzudos y precisos. Trabajábamos concentrados pero a todos nosotros aquellas labores nos gustaban. Me esforcé en ser más maorí: más tranquilo, más risueño, menos pendiente de los resultados y más de los ciclos del cielo y del océano.

Pero no todo dependía de mí. Yo no lo sabía, pero estaba viviendo los últimos momentos con mi familia maorí al completo. Poco después llegó la rebelión y me convertí en un asesino.

—Pero eso, hijo, te lo contaré mañana.

## 41 EL ULTIMÁTUM

*Bastian*

*Raiatea, diciembre de 1896*

Ocurrió en las fiestas navideñas. Faimana por fin se había decidido a visitar a su hermana en Raiatea, en las islas de Sotavento. Estaban a una distancia de doce horas de navegación hacia el noroeste, y había sido yo quien le había insistido en que aprovechara que el vapor del capitán Richardson tenía una recogida ineludible en Uturoa, la capital de la isla.

Pasaron varios días. En una de mis idas y venidas a lo largo de las transacciones oficiales de Papeete a las que el negocio de nácar me obligaba, me encontré con Gauguin de nuevo. Estaba de buen ánimo, a punto de tomar un coche público de vuelta a Punaauia.

—¿Irá usted, Bastian? Dígame que irá, todo el

mundo irá —exclamó, con grandes aspavientos.

—Le daría una respuesta razonada si supiera de qué demonios me está usted hablando —contesté de buen humor.

—A Raiatea, buen hombre. En el *Duguay Trouin*.

—¿A Raiatea? ¿Qué demonios está pasando en Raiatea? —pregunté inquieto. Faimana permanecería allí todavía varias semanas hasta que el vapor del capitán Richardson volviera a atracar en la isla.

—Debería usted suscribirse a la prensa, no puede mantenerse tan ajeno a los asuntos que afectan a la colonia. Incluso yo, que aborrezco la Administración colonial, lo sabe usted, estoy pendiente de este asunto. Afecta a Francia, amigo mío, y eso son ya palabras mayores. El delegado Cheese se ha visto obligado a volver, después de su ridícula actuación el año pasado.

—Póngame al día, Gauguin, se lo ruego. Me temo que he vivido este último año ajeno a toda realidad.

—Oh, nada me agrada más que criticar a las

autoridades. Verá, Isidore Cheese envió un mensajero tras otro a Raiatea, tratando de persuadir a los rebeldes canacos de que depusieran su actitud. En su empeño por ser amable con los nativos, les envió a las mujeres cajitas de música, globos rojos, baratijas... Pero los rebeldes no le hicieron el menor caso y la isla continúa en estado de revuelta. Su líder, Teraupo, y su esposa, la cacique de Teibatoa, no son huesos fáciles de roer. A la colonia la broma le costó cien mil francos, y usted conoce lo vacías que están las arcas de la Administración, así que los colonos claman por una solución definitiva y quieren que se resuelva de una vez por todas el conflicto. Raiatea resiste y la mayoría de la población reside allí. Anteayer, el 27 de diciembre, el nuevo gobernador Gallet dio un ultimátum de cuatro días a los independentistas canacos para que depusieran su actitud y entregasen las armas de fuego. Ellos han dado la callada por respuesta, así que iremos con un barco de guerra que Francia nos ha enviado, el *Duguay Trouin*, además de

ciento cincuenta hombres de Noumea a bordo del buque *L'Aube*, que estaba allí de guarnición. Mañana partimos hacia las islas de Sotavento, yo he conseguido mi invitación gracias al doctor del barco, parece interesado por mis lienzos, aunque no me hago ilusiones... ¿por qué no viene usted?

—Le haré caso, Paul, procuraré ir. Voy a visitar a Cheese y no creo que me ponga ninguna pega en que les acompañe —dije, fingiendo que me había contagiado su aire festivo.

Pero mis pensamientos eran más sombríos. Mi madre estaba en medio de un ultimátum de la colonia a los rebeldes. Aunque dado el carácter blando de Cheese y su terror a usar otras vías diferentes de las diplomáticas no había la más mínima posibilidad de que aquello acabase de modo dramático, me sentiría más tranquilo si recogía a mi madre y volvía con ella a la seguridad de Tahití.

Acudí a la mansión de Isidore Cheese y lo encontré perdido en su maremágnum de

preparativos. Fue cordial y cálido conmigo, le agradecí las gestiones por el asunto del criado de Papinaud, pero tuve la impresión de que me daba la razón sin saber muy bien a qué me refería. Después aceptó distraído mi petición de acompañarlo en el *Duguay Trouin*.

Partimos al anochecer entre los vítores de los colonos que habían venido a jalearnos al puerto de Papeete. En el *Duguay Trouin* no cabía ni un mosquito, tan lleno estaba de soldados, notables, la orquesta militar y todos los curiosos que habíamos conseguido invitación. Las doce horas transcurrieron en un ambiente de euforia, entre copas de champán que fueron servidas para celebrar la victoria anticipada y la música patriótica que nos acompañó durante toda la travesía. Yo no terminé de contagiarme de la algarabía general del ambiente, pues guardaba en mi interior cierta preocupación latente por sacar a Faimana de aquel asunto tan ajeno a mi

familia. La noche anterior había hablado con Timi y estuvo de acuerdo conmigo en que trajera de vuelta a nuestra madre.

El barco tomó rumbo al norte en medio de un oscuro y silencioso océano.

En un puente de mando demasiado iluminado me paseé entre los corrillos de los notables, escuchando sus impresiones. Tati Salmon había acudido, ejerciendo en esta ocasión de colono, porque andaba preocupado por su plantación de vainilla, en la ladera del monte Tamehani, donde se rumoreaba que estaba la base del campamento secreto de los rebeldes de Teraupo. No me vio o no me reconoció. Del chaval desarrapado que un día se le marchó de la factoría de ostras no quedaba ni el recuerdo.

Entonces vi al que un día fue mi hermano. Me sentí muy viejo porque tuve la impresión de que aquello había ocurrido hacía muchas vidas. Con la visión de Hugo la cabeza se me llenó de imágenes de los talleres Gordiola, de la primera visita al despacho del patrón, cuando pidió ocupación por mí. Las verbenas de los

domingos, lanzándonos sobre las payesas en flor como aves de rapiña. La quemadura de masa vítrea en la pierna que le acarreó mi falta de pericia en la vidriería los primeros días. Nuestras escapadas a la playa de Porto Cristo los domingos de nuestra infancia, atrapando cangrejos para añadirlos a la paella que mi padre preparaba en la cala para los cuatro. Porque tuve una madre, un padre y un hermano de sangre una vez, y todo aquello lo había olvidado.

Encontré a Hugo cambiado, algo engrosada la cintura. Gastaba perilla y bigote cuidados, y portaba con indiferente elegancia su bastón de mango de marfil y su puro antillano, de buena calidad. Reía como un notable, hablaba como un notable y respiraba como un notable.

Esquivé su mirada y guardamos una sensata distancia entre nosotros. Me dirigí a proa, donde encontré a un Gauguin exultante.

—Acabo de vender un cuadro al doctor, querido Bastian. ¡Un lienzo! Podré comer este mes y me dará para pagar ciertas deudas... ¡Un lienzo! —repitió, ensimismado, con un nudo en la

garganta.

—Me alegro mucho, Paul. Tal vez su suerte comience a cambiar.

—Sí, sí. Así será. Esto es solo el principio, si el resto de los colonos se anima, quién sabe, tal vez pueda vivir dignamente, ¿se imagina usted?

Me dio un abrazo contenido y fue entonces, casi al alba, cuando divisamos la isla de Raiatea.

—Escuche, Paul, debo hacerle una confidencia.

—Dígame usted, que estamos para eso.

—Sabe que mi madre adoptiva es maorí. En realidad he venido para llevármela. No creo que sea posible subir a bordo a una mujer isleña, dadas las circunstancias. Tal vez deba esperar a volver con algún barco. Si no me encuentra en el viaje de vuelta, mienta por mí y guárdeme el secreto.

—Nada me produciría más placer que mentir a la colonia, créame. El favor me lo está haciendo usted —dijo y rio con sus carcajadas atronadoras.

A nuestras espaldas continuaba la algarabía y

el jolgorio, aunque yo no perdía de vista a Cheese, que susurraba nerviosas órdenes al capitán Bayley, comandante de la División Naval del Pacífico. Un hombre alto y de gesto marcial que me presentaron según subí por la pasarela del barco.

En los corrillos se hablaba de Teraupo como la pieza a abatir. Todos los oficiales franceses lo consideraban un agente británico. De hecho, se respiraba en el ambiente que toda aquella revuelta era culpa de los ingleses, que espoleaban a los nativos a rebelarse contra Francia.

Miré a mi hermano de reojo, a lo lejos. Él fingió no enterarse.

*¿Cómo te has defendido de esas acusaciones todos estos años, Hugo?*, me pregunté. No debía de ser fácil para sus aspiraciones estar casado con la hija del nefasto cónsul inglés.

Pude entender, por las instrucciones de los mandos a la tripulación, que nos dirigíamos al islote de Iriru, frente a la costa de Opoa, en la

parte este de la isla. Esperaban la presencia de Teraupo allí, junto con los mil setecientos rebeldes que habían estimado que acudieran.

Minutos antes de las siete, el barco quedó a cuarenta metros de la costa, con el pequeño islote a estribor, ya que en realidad apenas podía albergar poco más que la inexistente bandera blanca.

El ambiente en el puente de mando, después de una noche de fiesta, continuaba siendo bullanguero y jaranero. La orquesta reanudó sus himnos con más ímpetu, los notables se acodaron en la barandilla.

En la playa, frente a nosotros, la atmósfera era igualmente relajada y casi festiva. Habían acudido algunos cientos de nativos, tal vez con armas, pero escondidas. También se veían algunas mujeres y apenas niños. Pero no sobresalía ningún cabecilla, tampoco se adivinaba un mensajero, ninguna piragua esperaba encallada en la arena para acercarse a darnos recado alguno. De la bandera blanca no había ni rastro. Escruté sin aliento las figuras de

los maoríes, buscando a Faimana. Y respiré aliviado cuando no la vi. Veía pareos rojos, alguno azul, pero ninguna isleña vestía aquel verde único.

O tal vez sí.

Del bosque de cocoteros aparecieron más isleños. La mayoría eran familias que acudían tranquilas a presenciar la llegada del imponente buque francés. Faimana iba con ellos. La acompañaba otra mujer, más anciana que ella, igualmente robusta y calada con un sombrero de paja. Se situaron en primera fila de la playa, frente a nosotros. Quisiera haberle hecho señas, advertirle que yo estaba en el barco, pero me habría delatado frente a todos los que me rodeaban.

Llegó la hora, y con ella la orquesta cesó de fanfarrias y el aire se despejó de ruidos. Nadie acudió a dar una señal a Cheese. Teraupo no se entregó, ni tampoco ninguno de los rebeldes. Los maoríes aguardaban con su habitual indolencia en la playa, algunos sentados, otros, como Faimana y su hermana, de pie en la arena. Creo

que pasaron algunos minutos, las risas y las chanzas de los notables fueron apagándose, el champán dejó de correr. Los camareros se retiraron.

*Y no pasará nada, de nuevo, pensé. Cheese se volverá a retirar, humillado, en busca de medidas más apremiantes para salvar la honra.*

Entonces ocurrió lo inesperado.

Por brutal, por carecer de sentido, por ser innecesario.

Los soldados descargaron con sus armas unas salvas, pese a que no fueron salvas, fueron disparos.

La playa se llenó de humo. Muchos cuerpos cayeron y quedaron inmóviles.

Otros maoríes corrieron, buscando refugio entre los árboles. Hubo una desbandada y la playa se despejó. Los soldados franceses siguieron disparando, a la orden del capitán Bayley, aunque ya no había nada a qué disparar. Los muertos estaban muertos, los vivos se habían refugiado en la selva y era previsible que

estuvieran corriendo colina arriba hacia la densa vegetación de la montaña.

Todos los colonos del puente de mando se habían inclinado sobre la barandilla para no perder detalle. Ninguno reparó en mi gesto, helado.

Yo me había quedado seco, como un cadáver al sol.

Incapaz de asimilar lo que estaba viendo.

Faimana y su pareo verde yacían sobre la arena, cubiertos de sangre. Vi a la anciana que la acompañaba tratando de arrastrarla sin éxito al resguardo de los cocoteros. A mi madre le habían volado medio cuerpo.

Me acerqué con disimulo a Gauguin, que estaba a dos pasos de mí.

—Paul, cúbrame. Voy a aprovechar la confusión para llegar nadando al pico que ve a su derecha. Creo que han disparado a mi madre y está muerta o malherida.

Él continuó mirando al frente, como si no me hubiera escuchado.

—Su plan es suicida —me susurró.

*Precisamente, pensé. Si he de morir, que sea como mi madre, en esta playa, tocando esta arena, que las olas me remolquen hacia el fondo. Tal vez cada paso de mi vida me ha traído hasta aquí.*

—¿Puedo contar con usted?

—Y yo que pensaba que el loco era yo. Vaya usted, amigo, hágalo ahora. Yo me ocupo de entretenerlos.

Caminé hacia estribor, sin dejar de controlar que todas las espaldas estuvieran fijas en el espectáculo de tiros, sangre y humo, y me lancé de cabeza al mar. Entonces no fui consciente, pero unos ojos preocupados siguieron mis brazadas hasta que, exhausto y desesperado, alcancé tierra y me interné en la selva, buscando rodear la playa para encontrar a mi madre.

## 42 REVUELTA DE RAIATEA

*Denis*

*Tahití, marzo de 1930*

Al día siguiente Denis apareció vestido con el pareo verde que Bastian le envió a Manacor. Se colocó una camisa blanca bien planchada y esperó a su tío de madrugada, una vez más.

Bastian llegó con el sol naciente. Con su paso renqueante, cada día un poco más cansado. Era cierto que él solo no podía con toda la factoría de ostras. Denis se quedaba siempre un poco más y ayudaba en lo que podía. Se le pasaban las horas sumergido entre las bateas, dando la vuelta a las cestas de ostras nuevas, o simplemente tumbado en la hamaca en la pasarela.

—Has venido con la tela que te envié —le dijo Bastian, complacido al verle—. Verás, ese pareo tiene una historia. Una historia de amor y de sangre. Prométeme que no te desharás nunca de él, para mí es una reliquia. Y lo llevas puesto como un maldito turista. Trae aquí, que te enseñe a llevarlo como un maorí.

—Es el pareo de Faimana, ¿verdad?

—Así es. No me queda nada más de ella. Es el que llevaba mi madre maorí el día de la revuelta.

Estábamos en enero de 1897, cómo olvidar aquella fecha. Yo iba en el barco de los franceses cuando dispararon sobre una muchedumbre de nativos desarmados en la playa. En cuanto distinguí que mi madre estaba entre ellos me lancé al agua. Tal vez fue lo más insensato que he hecho en mi vida. Pero han pasado los años y no me arrepiento.

Alcancé una orilla frondosa que me ocultó de las miradas del barco. Me adentré en la selva de cocoteros y corrí hacia el lado opuesto de la playa. El fragor de los disparos se había silenciado, los gritos de los maoríes también. Una calma terrorífica se adueñó del aire y temí que mis pasos alertaran de mi presencia. Solo pensaba en Faimana y en encontrarla. Saber si

estaba viva. Por un momento tuve una ráfaga de lucidez y pensé: *Vas a entrar en territorio nativo vestido con tu traje blanco de colono.*

Entonces vi a un joven herido tendido en el suelo, asistido por varios isleños. Me alejé de ellos antes de que me vieran y continué mi camino, apartando hojas de pandano que me golpeaban y me dejaban su huella en el rostro. Algunos cuerpos habían sido abandonados, inmóviles y desgarrados por los fusiles de repetición franceses, los míticos Chassepot. Los había observado de reojo durante la travesía, contaban leyendas de aquellas viejas armas, las mismas que combatieron en la guerra franco-prusiana, veinticinco años atrás. Sus largas bayonetas ensartaban alemanes como aceitunas. Durante la travesía pensé en lo exagerado del equipamiento para aquella misión diplomática. Ahora ya no había más diplomacia que la de las armas. ¿Estaban los rebeldes preparados? ¿Estaban armados convenientemente?

Me acerqué con sigilo al cuerpo de un hombre, un disparo le había estallado en el

pecho, no había nada que hacer por él. Le quité el pareo y me desnudé. Oculté mis pantalones blancos, mi camisa y mis zapatos al pie de un cocotero. Memoriqué la forma de su tronco para cuando necesitase recuperar de nuevo mis ropas occidentales y las cubrí de palmas hasta hacerlas invisibles. Había perdido el sombrero, pero Faimana me haría uno nuevo. Me anudé el pareo del muerto y me adentré en la selva en busca de mi madre.

Después de deambular durante un buen rato, escuché susurros y gemidos, me acerqué con sigilo y descubrí un improvisado campamento de heridos. Olvidé toda precaución cuando reconocí el grueso cuerpo de Faimana, tendido sobre la maleza.

Un inmenso alivio me recorrió la columna y me abalancé sobre ella, esperanzado, pero cuatro hombres inmensos me impidieron continuar. Había oído hablar de que en las islas de Sotavento crecían los hombres más descomunales de todo el archipiélago de Sociedad, pero nada me había preparado para

encontrarme a cuatro de ellos frente a mí.

—¿Eres un espía? —me preguntó el más alto, en su mal francés.

—Qué pregunta más inútil. Si preguntas eso a un espía, te dirá que no —contesté en maorí.

—¿Entonces por qué estás aquí? —terció.

—Mi madre es maorí y acaban de dispararle. Deja que cumpla con mis deberes de hijo y cuide de ella.

—Dice la verdad —replicó una voz a sus espaldas—. Mi hermana Faimana solo habla de él. Dejad que pase.

La barrera humana se abrió y me permitieron llegar a mi madre. Creo que me reconoció, o tal vez a mí me lo pareció. Su piel cobriza tenía un tono macilento, grisáceo, horrible. El disparo le había dado de lleno en el hombro derecho y tenía el cuello quemado. El brazo apenas estaba sujeto al tronco por un colgajo de fibras. No había médicos europeos a los que acudir, tampoco nadie con conocimientos de sanación entre los isleños. Los maoríes se limitaban a consolar a los enfermos.

—No podemos seguir aquí, los soldados franceses atacarán —dijo el maorí que se había dirigido a mí—. Que cada uno se lleve a un enfermo, hay que dispersarse. Esta noche lloverá, buscad refugio, intentad llegar a vuestros *fares*.

Miré a la hermana de Faimana, era muy anciana y me escrutaba con ojos interrogantes. Supuse que su cabaña estaría lejos y que no sabía qué hacer.

—¿Hacia dónde os dirigís vosotros? — pregunté a los guerreros.

—Vamos al *marae* de Tevaitoa, hacia el este. Los *popa* no lo conocen, siempre han ignorado nuestras costumbres. Allí el dios Oro nos protegerá.

Se me escapó una sonrisa amarga. Oro era también el dios de la guerra, pero él y yo teníamos un asunto pendiente con las perlas y conmigo se estaba haciendo de rogar.

—Dejadnos permanecer aquí. En cuanto mi madre mejore, me la llevaré de vuelta a Tahití.

Miró de reojo el cuerpo de Faimana.

—Como quieras —asintió, encogiéndose de hombros.

No me pasó inadvertida su mirada. No creyó que Faimana sobreviviera.

*Tú no la conoces, pensé. Ella ha soportado dolores mucho peores.*

Nos quedamos solos Faimana, su hermana Hereata y yo. No había mucho que hacer salvo aguantar, susurrarle palabras de consuelo, sujetar su mano cuando la fiebre le trajo una violenta tiritona, apartar los insufribles mosquitos de sus heridas al anochecer.

Así transcurrieron dos días y sus dos noches. Tal y como nos temíamos, llovió durante el primer alba y el lodo lo ensució todo. Apenas comimos ni bebimos nada salvo un par de cocos caídos y su leche. Faimana hervía y sus heridas tenían peor aspecto. Hereata estaba agotada por una vigilia tan prolongada, pero ninguno de los dos nos atrevíamos a soltarle la mano, pese a que ardía.

Por fin, la madrugada del tercer día notamos una mejoría. Faimana despertó despejada y nos

dedicó una sonrisa desdentada.

—¿Te duele, madre? —le pregunté ansioso cuando vi que podía entenderme.

—Tu vieja madre está bien. —Se rio y yo reí también su milagro. Después de todo, Oro le había perdonado la vida.

Qué mañana tan hermosa fue aquella.

Faimana incluso se incorporó. Estaba dicharachera, como la niña que nunca había dejado de ser, y reía al compás de su hermana, y me hicieron olvidarme de todo, como si no estuviéramos sitiados en mitad de la selva, sin armas ni víveres y rodeados de *popas* armados.

Fue al atardecer cuando murió, con su cabeza apoyada en mis rodillas cruzadas. La lluvia no dejaba de caer y ya ni siquiera nos resguardábamos de ella. No había dónde esconderse en la selva mojada.

Me regaló una última sonrisa y quedó inmóvil.

Sin más, sin aspavientos, en silencio, al modo

maorí.

No hubo liturgias ni las quisimos.

No hubo tumba, no teníamos palas para cavar un agujero. Hice acopio de todas las piedras que encontré sin alejarme demasiado de su cuerpo, porque veía en los ojos de Hereata su terror mudo a quedarse sola en la selva con un *tupapau*, porque Faimana ya se había ido para ella y el cuerpo inerte era solo un horror al que temer.

—¿Podrías... podrías desvestirla y quitarle el pareo, Hereata? Quisiera conservar algo de ella.

—No me pidas eso, Tatian. No volveré a dormir por las noches si lo hago.

*De acuerdo.*

—¿Me das el permiso para que yo lo haga?  
—le rogué.

—Eres su hijo, no necesitas mi permiso.

Le quité el pareo verde, rígido de sangre seca, y vestí a mi madre con el que le robé al primer muerto. Me anudé el pareo de Faimana y cubrí mal que bien el cuerpo de mi madre con las piedras.

—¿Sabes ir al *marae* de Tevaitoa? —le pregunté.

Hereata asintió con la cabeza, casi sin fuerzas.

—¿Crees que deberíamos ir? Tal vez allí estemos seguros.

Así que emprendimos el camino hacia el este, sin más ruido que las gotas de lluvia golpeando sobre las hojas de los cocoteros. Después de un par de horas de caminata llegamos a una ensenada, junto a una playa sucia de troncos retorcidos que la marea abandonaba en la arena. El *marae* estaba un poco resguardado entre los árboles. Era un montículo rectangular, más largo que los que yo conocía en Tahití. Estaba construido de piedras negras, grandes, redondeadas, unidas con una vieja argamasa de arena blanca. El *marae* tenía bastante altura, varias escaleras y una franja profunda, a modo de foso, rodeaba sus cuatro lados.

Hereata se adelantó en silencio, emitió un extraño silbido y un par de sombras emergieron del foso.

—¿Quiénes sois? —susurró una voz expeditiva.

—Hereata y Tatian. Dispararon a mi hermana, su madre, en la playa. Buscamos refugio —dijo mi tía.

—Esto no es un refugio para familias, es una trinchera. Tal vez haya que combatir.

Di un paso al frente, hablando a oscuras a la voz.

—Yo combatiré. Soy uno de vosotros y ella es mi familia. Debo protegerla.

Entramos en el foso y todos los maoríes nos dieron la bienvenida con un rápido *ia orana*.

—¿Sabéis algo de los soldados franceses? —pregunté.

—Están buscando el campamento de Teraupo, en las laderas de la montaña. Este puesto es seguro, los *popa* no lo conocen —me contaron.

Éramos dieciséis hombres y una anciana en la trinchera del *marae*. El sol todavía calentaba cuando ochenta soldados franceses cayeron sobre nosotros. Ha quedado para las crónicas de nuestro tiempo que aquella emboscada tuvo el poder de poner nervioso a Teraupo. Que fue el inicio de su caída, mes y medio después.

Yo no viví los números y las fechas, ni siquiera me influyeron las consecuencias. Yo no viví una batalla. Viví una salvajada, una maldita carnicería.

La muerte vino rápida hacia nosotros, y a mí me parecía que el ruido de las armas estaba fuera de lugar en aquel paraíso. Vimos resplandores, que eran los disparos; rodillas explotando; la metralla comiendo la carne, haciendo su trabajo. Hereata me clavó sus uñas crispadas de terror en el brazo.

¿Cómo protegerla, si eran cuatro por cada uno de nosotros?

Ella fue la primera que cayó. Tres bayonetas la ensartaron y se cebaron ante mis ojos

incrédulos.

—Pero ¿qué hacéis, carniceros? ¡Es una anciana! —grité a los soldados con la voz destemplada. Pero ellos me miraron con indiferencia y continuaron atacando.

*¿Por qué no me entienden?*, pensé, aturdido.

Y entonces comprendí. Estaba hablando en maorí.

Me encontré desarmado y rodeado de maoríes que intentaban salir de la trinchera, donde otros soldados franceses esperaban en lo alto del *marae* descargando munición con los fusiles.

No saldríamos con vida. Ninguno de nosotros.

Así que extraje una de las bayonetas del cuerpo de Hereata y comencé yo también a luchar.

No conocía la resistencia de un cuerpo al hundirle una hoja de metal, pero no era sencillo. Tuve que apretar la empuñadura con ambas manos. Aquello no era un acto noble, se parecía más a una chapuza. Un chico francés de pelo idéntico al mío fue el primer hombre que maté en mi vida. En pocos minutos le siguieron otros

cuatro.

Escuché a mi lado las voces roncadas de mis hermanos. Ya no me daba miedo su pasado de caníbales, deseé que tuviéramos más armas para capturar a todos los soldados y devorarlos. Y yo participaría en el festín. Ya no quedaba nada de civilizado en mí.

Y odié a los malditos colonos, odié a los invasores y sus trajes blancos, sus sombreros, sus grandes barcos y sus armas de fuego. Por fin noté el velo rojo sobre mis ojos, ese del que hablan los soldados cuando vuelven de la guerra con la mirada ida. Yo solo era capaz de gritar, abatir, hincar mis armas en la carne del enemigo, muchachos sin cerebro llegados de la otra parte del mundo, de un mundo que ya era ajeno a mí.

Rebané cuellos, hundí cráneos con piedras. La muerte nunca es limpia, siempre deja huellas de sangre que no se quitan ni en el mar abierto. Ahora la isla era verde y roja. Yo solo era un ingenio de matar uniformados. No noté el tajo que me cortó el muslo derecho, de un extremo a otro, en diagonal. No fue hasta un tiempo

después cuando me di cuenta de que tenía la pierna entumecida y mi cabeza le lanzaba órdenes rápidas que no obedecía. El pareo de mi madre ya no era verde y goteaba sangre cálida como si lloviera en verano.

Nos cogieron a todos. Me di cuenta más tarde, cuando seis hombres cayeron sobre mí y yo seguía cortando tibias y músculos y golpeando costillas. Luego noté que ninguno de mis golpes llegaba a su objetivo pero no entendía el motivo. Me costó tiempo darme cuenta de que me habían inmovilizado. El velo rojo me impedía ver otra cosa que no fueran rostros de muertos y carne hecha pedazos. Era como el matadero de los *coolies* de nuestros primeros días en la isla, y sonreí, hacía un siglo de aquello, hacía un siglo que no usaba un «nuestros», un «nosotros». Incluso escuché en mi imaginación la voz firme del que un día fue mi hermano de sangre.

—Bastian, deja de resistirte o te matarán aquí mismo. Fíate de mí —me susurró al oído, mientras me inmovilizaba con sus brazos bien

alimentados.

Y era él, era Hugo en cuerpo presente, no un recuerdo vago de mis pesadillas.

—¿Fíame de ti, Judas? —rugí en español. ¿Hace cuánto tiempo que no lo hablaba?

—Dicen que te has vuelto un caníbal —me contestó—. Ahora estoy al alcance de tus dientes. Vamos, haz lo que debas conmigo.

Le aparté de un manotazo.

Me sacó de la zanja, arrastrándome, y varios soldados corrieron hacia nosotros, rodeándonos.

Entonces, sin que lo esperara, Hugo descargó sobre mi mejilla un puñetazo, como aquella vez, en otra vida, en la pensión de los *coolies*. Pero esta vez me defendí, cargué con las pocas fuerzas que me quedaban y rodamos sobre las piedras negras del *marae*.

—Dejadlos solos, esos tienen su propia guerra —ordenó una voz autoritaria, tal vez el mando de los franceses.

Yo estaba exhausto y herido por la batalla, así que Hugo acabó conmigo después de unos pocos golpes. Tuve que levantar las manos en

señal de rendición antes de que me partiera más huesos.

Pidió una cuerda y me ató las manos a la espalda. Después me arrastró junto con cuatro prisioneros más, los pocos que sobrevivimos. Los soldados nos llevaron hasta la orilla de la playa, ya en la noche cerrada. Allí estaba amarrado un barco más pequeño, posiblemente *L'Aube*, aunque no vi a nadie en cubierta. Subimos a una barca mientras tres soldados nos apuntaban a la cabeza a los prisioneros.

Hugo no perdía detalle y acompañaba discretamente a los soldados, siempre tras ellos, pero siempre vigilante. Él también descendió por las escaleras cuando nos bajaron a golpes a las bodegas, más muertos que vivos. Miré a Hugo por última vez antes de que apagasen las lámparas que colgaban de los ganchos y nos dejaran malheridos en la oscuridad. Solo entonces fui consciente de mis heridas. El tajo de la pierna palpitaba como si tuviera otro corazón en el muslo. La sangre había dejado de manar, pero tenía todo el cuerpo embarrado y

magullado. No tenía mejor aspecto que Faimana cuando la encontré.

Apreté los párpados con fuerza. El mundo me iba a resultar un lugar muy hostil sabiendo que mi madre ya no estaba.

A media noche escuché unos pasos. Alguien tiró de las ataduras de mis manos a mi espalda y me arrastró sin demasiado cuidado escaleras arriba. Yo dejé que me llevaran, como un peso muerto.

Que todo terminase allí, qué más me daba ya todo.

Me cargaron en la pequeña barca y cuatro brazos remaron en silencio hasta alcanzar de nuevo la orilla de la playa. Cuando pude alzar la mirada, encontré que Hugo era uno de los dos hombres que me transportaba, pero yo no podía pensar con claridad, el dolor lacerante de la pierna que mantenía aturdido y en los brazos de la fiebre.

—Debo insistirle en lo secreto de esta reunión —escuché que decía Hugo—. ¿Se lo ha comunicado a alguien, capitán Choprat? Cuantos

menos estén involucrados, más posibilidades tenemos de completar con éxito esta empresa.

—Me ha dejado usted intrigado, monsieur Bontemps. Y no, tal y como usted me ha pedido, no he avisado a nadie de esta reunión.

La barca quedó varada en la arena y las dos sombras me descargaron. Luego Hugo le indicó al capitán que le siguiera por un oscuro camino en la selva.

—¿Está usted seguro de que sabe lo que hace? —le preguntó el capitán, incómodo.

Hugo le guio hasta un pequeño claro entre los cocoteros, donde una luna escueta pulía sus perfiles. No se escuchaba nada salvo mi respiración agitada.

—Este hombre —dijo, señalándome— es el segundo mando de Teraupo. Podemos pedir un rescate por él a cambio de que entreguen las armas, y si no lo hacen, dejaremos el cadáver en la playa, para que vean lo que hacemos con los canacos y que Francia es una nación poderosa que no se anda con remilgos.

—Pero este hombre no es un canaco, es

européo —terció el capitán, escrutándome.

—No, es uno de los hijos del Pitcairn. En su sangre lleva la traición a los occidentales, es tan maorí como el resto.

Le escupí en la cara. Él se limpió impertérrito con la manga de su traje caro.

—Maldito *popa* —apenas tuve fuerzas para gruñir.

Mi hermano me había traicionado por segunda vez.

Pero esta vez no me importaba.

Suen, Natsumi y Faimana me esperaban al otro lado.

Y yo estaba ansioso por reunirme con ellos.

Denis le escuchaba en silencio. Cuando Bastian dejó de hablar, se tomó su tiempo para digerir el relato.

—Así que mi padre... —dijo por fin, pese a que las palabras costaban.

—No te adelantes, hijo. Aún hay mucho que contar. ¿Nos sumergimos de nuevo?

*Bastian*

*Raiatea, enero de 1897*

—De acuerdo —dijo por fin el capitán Choprat—. Volvamos al barco, necesitare un intérprete para negociar con los canacos.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia la playa. Hugo le siguió y le alcanzó en un rápido movimiento que nadie esperaba. Desenvainó el bastón y quedó a la vista un pequeño estoque, una de esas armas ocultas que a veces los hombres adinerados encargaban para su seguridad personal.

—No será necesario —dijo y comenzó a acuchillar la espalda del capitán como si su brazo lo moviera una máquina a vapor. Una y otra vez, una y otra vez. El cadáver cayó desplomado sobre el lodo de la selva.

A mí me costó reaccionar. Nunca creí que viviría para ver a Hugo matando a un hombre. Le miré horrorizado, súbitamente despejado. Sería el terror, pues no sabía lo que mi hermano iba a hacer a continuación.

Se acercó a mí con el mango del bastón ensangrentado en la mano, exhausto por el esfuerzo, respirando pesadamente.

—Escucha, Bastian. Es importante que me obedezcas porque la situación es grave y no quiero dejar huérfano a mi hijo. Nos ocultaremos en una gruta que conozco en la bahía de Fa'atemu, junto a Fetuna. Debemos ir hacia el sur, los insurgentes se han ocultado en las montañas y los franceses están cubriendo la costa este desde Otoa hasta la capital, Uturoa. Estamos a unas seis millas, si nos movemos en paralelo al camino de la costa, ¿crees que podrás seguirme?

—¿Y los soldados del *L'Aube*? —chillé, con la voz destemplada—. Pero ¿tú estás loco? Vendrán a buscarnos, nos ejecutarán. Has matado a un capitán de la armada francesa.

—Estos soldados vienen de Nueva Caledonia, ninguno me conocía, solo el capitán sabía mi nombre. Lo dejaremos aquí, así pensarán que los canacos le dieron muerte.

—¿Cambiaste de barco sabiendo que lo ibas a matar? ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? Nos habríamos ahorrado la paliza que me diste en el *marae*.

—No sabes mentir, Bastian. Si te hubiera contado mi plan para salvarte, no habrías resultado convincente y habríamos muerto los dos. Vamos, te ayudaré a caminar, no quiero que nos sorprenda la madrugada. Vamos a tener problemas, tanto si nos descubren los franceses como si lo hacen los insurgentes.

—No, no voy a ir contigo. No puedes dar la cara después de tantos años y pedirme que te siga.

Nos quedamos en silencio, midiéndonos las intenciones. Yo en el suelo, atado y herido. Él de pie, firme y con el ceño fruncido.

—Hazlo por mí —susurró al fin.

—A ti no te debo nada, no puedes pedirme

ningún favor.

—Sí que puedo. Me trajiste aquí engañado, hace siete años.

—Te lo cobraste bien. Estamos en paz.

—No, no estamos en paz. Quiero volver a tener a mi hermano.

—Este hombre no es tu hermano. —Y era cierto.

—Lo que sea, pero aún me siento responsable de ti.

—¡Maldita sea la forma que tuviste de demostrarlo, Hugo! Maldita sea.

—De acuerdo, no me perdones, sea lo que sea que crees que te hice. Pero vendrás conmigo.

En ese momento intenté incorporarme, pero mi pierna derecha estaba muerta. Me derrumbé antes siquiera de haberme puesto en pie. Hugo se acercó a mí y de un tajo me liberó de las sogas que me estaban destrozando las muñecas.

Por más que me desesperase la situación, yo no podía escapar solo y lo sabía.

Hugo me pasó un brazo sobre el hombro y tiró

de mí. Yo notaba un avispero en la cabeza, como una turba de insectos, creo que era la falta de fuerzas por la sangre perdida. Parpadeé varias veces, pero acabé por cerrar los ojos y dejarme guiar a ciegas por mi hermano.

Un buen rato después de caminar entre los cocoteros, en paralelo siempre al rumor de las olas, encontramos un arroyo que debía de nacer en el monte Tapioi. Detuvimos nuestra marcha y Hugo me dio a beber agua haciendo un cuenco con las manos. Aquello me alivió la quemazón de la garganta y puse la pierna en remojo durante un buen rato. También aproveché para quitarme el pareo de Faimana y frotarlo dentro del agua hasta que eliminé todo rastro de sangre. Volví a anudármelo, ante la mirada siempre escrutadora de mi hermano.

—¿Cómo conoces esta isla? —le pregunté por fin, sentado junto al riachuelo—. Pensé que nunca salías de Papeete.

—Uno de mis socios, un comerciante americano llamado O'Keefe, suele dejar allí las mercancías que le encargo para eludir los

controles de las aduanas de la Administración en el puerto de Papeete. Yo vengo una vez al mes y me las voy llevando. En la capital todo el mundo se fía de mí y digo que vengo a las islas de Sotavento por cuestiones de negocios. Aquí se estableció en 1880 la Société Commerciale d'Océanie y aquí continúa, pese a que no vengo para hacer tratos con ellos, precisamente. Nadie imagina que trafico a espaldas de la comuna, pero los impuestos se están poniendo imposibles, así que llevo una doble contabilidad para que mi negocio sobreviva. O'Keefe siempre viene los primeros días de cada mes, es cuestión de esperarle sin dejarnos atrapar por los soldados franceses ni por los canacos. No saldremos de la gruta y podrás recuperarte de tus heridas, que falta te hace.

—¿Nadie va a echar de menos tu ausencia en Papeete?

—Hablé con Paul Gauguin en cuanto vi que te lanzaste por la borda. Él y mi esposa tienen una amistad muy estrecha, por más que no consigo comprender a ese individuo. Él le contará lo

sucedido. Imagino que Laia comenzará a impacientarse si no vuelvo en unos días y me mandará buscar. Ya sé que tuvisteis un amorío adolescente, pero confío en que ahora que has vuelto podamos ser una familia de nuevo.

—¡Maldita sea! —estallé—. No actúes como si no me hubieras traicionado.

—¿Traicionado? —exclamó, perplejo—. ¿De qué estás hablando, Bastian?

—¡Te casaste con mi mujer! —grité.

Y aquella confesión dolió más que la herida abierta de la pierna. Mucho más.

—¿Con tu mujer? Cuidado con lo que dices, estás hablando de mi esposa. Bastian, me costó mucho perdonarte lo que le hiciste. La deshonoraste y luego te negaste a casarte con ella, ¿qué querías que hiciera? Le di una salida digna, durante años he borrado las huellas de vuestra locura de juventud, ahora es una mujer respetada en la colonia.

—La colonia, la colonia... —repetí, con un gesto de impotencia—. Como si lo único importante fueran esos cuatrocientos patanes

aburridos. ¿Tu esposa no te habló de nuestra historia de amor?

—¿El amor? —Me miró horrorizado—. Eso es cosa de criadas y tú eres un hombre, no deberías hablar como una niña. No la quisiste, ni ella a ti, fue una pasión, poco más. Tú siempre fuiste inconstante, con las mujeres, con los estudios, con los trabajos. Ambos sabíamos que la olvidarías, y ella, desde luego, se olvidó pronto de ti.

—¿Eso te dijo?

—¿En qué mundo crees que vives, Bastian? ¿Desde cuándo una aristócrata acepta vivir sin pasar por la vicaría en una choza de paja, rodeada de salvajes? Eso es todo lo que quisiste ofrecerle. Pudiste ser un hombre, volver a Papeete y participar en mi negocio, luchar por ella como un caballero, perseguir la fortuna como yo he hecho cada día desde que me trajiste a este maldito rincón del infierno.

Yo había enmudecido, me costaba aceptar el modo en que funcionaba su cabeza.

—La dejaste sola en el peor momento,

Bastian. En cuanto su padre murió, Lacascade no tuvo en cuenta mis súplicas y envió un telegrama urgente al cónsul francés en Londres, para que informara a la reina Victoria de su deceso. Laia se quedó sin su mansión, ni tenía adónde ir ni se sentía con fuerzas para volver a Menorca. Su padre puso de condición que estuviera casada antes de quince días para recibir la herencia. Sé que tú la visitaste y te negaste a casarte con ella, y Laia no quiso contarte la verdad para no obligarte.

—¿Qué estás diciendo, Hugo? No puedo creerte —susurré, con la garganta seca.

Recordaba aquel día, mi negación, mi enfado, mi orgullo.

Solo pensé en mí.

Así la perdí.

Por fin lo entendía.

—Yo, por mi parte, también estaba con el agua al cuello. ¿Recuerdas a Goupil, el abogado que me prestó una bonita suma para abrir mi negocio? Los intereses me estaban matando, me pedía un doce por ciento. Cuanto más género

compraba, más me endeudaba. Y los colonos... son unos caprichosos, querían que les trajera de Europa los productos más inverosímiles: bebidas, alimentos, todas las nuevas modas de sombreros, zapatos... Y yo me esforzaba en conseguirles lo que me pedían, quería ser imprescindible para ellos, que no pudieran pasar sin mí, ni ellos ni sus señoras. Ha sido la única manera de mantenerme con tanto cambio de gobernador. —Hugo hablaba y hablaba, todo explicaciones.

Tal vez era la mala conciencia la que le hacía no callar. Yo estaba muy lejos de allí, en el salón de un cónsul inglés, donde vi a Laia por última vez en mi vida.

—¿Me estás diciendo que te casaste con ella por su herencia?

—Y ella conmigo porque le ofrecí un futuro, Bastian. Yo era más adecuado como esposo que tú.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —dije, casi para mí—. Pero me enterrasteis, Hugo, vi la tumba que me construisteis.

—Corrieron rumores de tu muerte. Por cierto, muy fidedignos. Mejor oficiarte un funeral que dejar que te siguieran convirtiendo en un diablo. Le dimos dignidad a tu reputación. Laia sí que creía que habías muerto y estuvo muy afectada, pese a que tuvo la decencia de disimularlo frente a mí. Yo no estaba tan seguro, te he visto salir ileso de tantas coces... Hace un año escuché rumores de que habías vuelto, de que no moriste. Te busqué en los distritos, en la factoría de Tati Salmon, pero nadie habló.

—No me he escondido, Hugo. He visitado Papeete en muchas ocasiones.

—Eso me duele más, no has venido a visitarnos. Pero no sigamos hablando de un asunto tan desagradable, yo ya os he perdonado vuestra inconsciencia. Hay tantas nuevas que contarte... Tengo un hijo, Bastian, un heredero. En cuanto tenga más asentado el negocio aquí me lo llevaré a Manacor de vuelta y tú vendrás con nosotros.

—¿A Manacor? —pregunté, hablando cada vez más despacio, los labios no me seguían—. ¿Qué se te ha perdido en Manacor? Yo me quedaré aquí, tengo proyectos, tengo...

No pude continuar, las fuerzas me habían abandonado del todo. Los párpados se me cerraron y caí como un fardo dentro del estanque.

Cuando abrí los ojos ya era de día, pero no reconocí el sombrío lugar donde estaba. Sobre

mi cabeza me apuntaban gruesas estalactitas, colgando de la bóveda de un altísimo techo que dejaba pasar la luz a través de dos agujeros que me miraban, como los ojos luminosos de un demonio. Estaba tumbado, con la pierna vendada con la tela desgarrada de una camisa blanca, y rodeado de helechos y rocas llenas de musgo. Estaba en una gruta, en una extraña gruta a orillas del océano donde el vaivén de las olas me lamía las plantas de los pies. Me incorporé sobre los codos con cierta dificultad y pude ver la entrada frente al mar abierto: una enorme apertura en forma de pez.

Me encontré solo, desorientado y con la herida de la pierna palpitando. Me percaté de que tenía la cara licuada por el calor cuando noté el sabor salado de las gotas de sudor que se colaban en mi boca.

*La herida se me ha infectado, pensé. Las fiebres me llevarán al otro mundo.*

Pero mi preocupación era otra: Faimana. ¿Dónde estaba mi madre? La había visto por última vez en la playa, ensangrentada. Tenía que

buscarla, tenía que salir de aquella cueva y encontrarla, averiguar si estaba viva o muerta. Cuidarla, llevármela de vuelta a Tahití.

Entonces llegó el estrépito, se escucharon los disparos y sus ecos. En la montaña se estaba librando una batalla. Pensé en Faimana y en que posiblemente estaba ahí fuera, cuidada por su anciana hermana, indefensa. Me intenté incorporar, pero entonces vi un fantasma.

—¿Tú estás loco? ¿Adónde crees que vas?  
—Era la voz autoritaria de mi hermano Hugo.

Me sujetó por un brazo y me obligó a tumbarme de nuevo, pese a mis protestas.

—Mi madre está ahí fuera, debo ir a rescatarla antes de que le disparen.

—Tú estás delirando por la calentura, Bastian. Madre murió hace tiempo, y tú no estás en condiciones de rescatar a nadie. ¿Quieres caviar?

Pero sí que estaba delirando. Mi hermano Hugo, a quien no veía desde hacía seis años, estaba frente a mí con una lata abierta ofreciéndome caviar francés. Pese a que era

una ensoñación, acepté su dedo mojado de caviar y su sabor salado me reanimó como si fuera en verdad un alimento sólido y no el producto de mis extrañas pesadillas.

El fantasma de mi hermano me enseñó todo un almacén clandestino frente a mí: latas de callos, de mantequilla en conserva, de judías, de anchoas y, lo más importante, vino de Burdeos y botellas de ron. Aquella cueva de Alí Babá ocultaba provisiones para medio ejército.

Tomé una lata de paté y me la acerqué para leer la etiqueta.

—¿Esto es de Magasins Fauchon, en París? Recuerdo esa tienda de productos caros en la plaza de la Madeleine. Jamás entré, no era para tipos como yo.

Pero hasta yo me había percatado de que había demasiados detalles a mi alrededor como para ser producto de las fiebres. Miré a mi hermano, sentado frente a mí y dando buena cuenta de una lata de espárragos.

—Estás aquí de carne y hueso, ¿verdad? — dije, rindiéndome.

—Baja la voz —me chistó—, llevas tres días delirando y los combates en la montaña no cesan. Si nos descubren con toda esta comida estamos perdidos. Estás demasiado malherido como para huir, y tanto los canacos como los franceses estarán hambrientos después de todos estos días de combate.

Suspiré, Hugo había tomado el mando de la situación, como acostumbraba a hacer cuando yo me metía en líos de adolescente.

—¿Y qué tienes pensado? —le pregunté.

—Tú límitate a recobrar fuerzas y a sobrevivir. Saldremos de esta, hermanito.

—Deja de tratarme como a un crío, Hugo. Ya he pasado lo mío —le espeté.

—Pues no lo parece. Vas camino de convertirte en un solterón, sigues huyendo de tus responsabilidades, dando tumbos por la vida...

—Soy viudo, Hugo —le corté—. Tuve una esposa en el Japón, engendramos un hijo. Y habría vivido con ellos en familia si la muerte no se los hubiera llevado.

Hugo me miró como si me viera por primera

vez. Me clavó los ojos e intuí un brillo de respeto en su mirada.

—¿Por qué no me hablaste de ello? Yo también tengo un hijo, en cuanto volvamos a Tahití quiero que lo conozcas. Quiero que nos visites, que seamos de nuevo una familia.

—Háblame de tu hijo —le rogué, tratando de evitar que acabara hablándome de su esposa.

—¡Oh, Bastian! Tienes que conocerlo. Antón es listo, inteligente, un chiquillo admirable. ¿Sabes que empezó a hablar antes de cumplir el año?

—¿Qué edad tiene? —me atreví a preguntar. Aquella duda me había mordido la conciencia desde que Bouganville me habló de la criatura.

Hugo apretó la mandíbula y le dio un buen trago al ron.

—Nació a finales del 92, año y medio después de que tú desaparecieras —dijo con voz afable, como si no estuviéramos diciéndonos mil cosas en silencio—. Es mi vivo retrato, y el de padre, en realidad. Es moreno, tiene este mismo pelo difícil de peinar, a la doncella la vuelve loca. Y

tiene mis ojos y los de Laia. Negros, negros, muy negros. Es como verme en una fotografía, solo que en color. En Papeete le llaman Antoine, y a su madre a veces se le escapa llamarle Anthony, aunque yo finjo no enterarme. Será comerciante, Bastian. Será como yo, se pasa el día en el colmado, diciendo galanterías a las mujeres de los coloniales. Tienes que verlo, hermano. Le hablo mucho de su tío Bastian. Para él será una aventura saber que has vuelto de la tumba.

Los días pasaron al son de los ecos de los disparos. Las fiebres no me abandonaron ni la herida cicatrizó. Empecé a asumir que si sobrevivía, lo cual estaba por ver, iba a arrastrar una cojera durante el resto de mi santa vida.

¿Podría volver a bucear, la pierna me respondería?

Aquellas dudas estaban minando mi moral, pero Hugo, adivinándolo, no dejaba de contarme

anécdotas y ponerme al día de la vida de la colonia durante mis años de ausencia. Yo también fui abriendo mi armazón, poco a poco, y acabé contándole que una vez fui un *ama*, que un japonés serio y escrupuloso me enseñó el valor de la paciencia y la precisión, que una japonesa sin oído había sabido escucharme como nadie antes lo hizo. Le hablé, bajo secreto de confesión, de las medias perlas que nacieron tras miles de intentos de embarazar ostras con semillas de arena.

Fue una madrugada perezosa cuando escuchamos el silbido de un pájaro. Nada excepcional salvo por el hecho de que en el archipiélago de Sociedad no habitaba ni una sola ave. Le di un codazo a Hugo, que siempre tuvo un sueño más profundo que el mío, pero el ron de la noche anterior le hacía roncar y me fue imposible despertarle.

Mi preocupación se convirtió en terror cuando

escuché el chapoteo de unos remos que provenían de la entrada de la gruta. Si no queríamos ser vistos, teníamos que abandonar nuestro lecho de roca en ese mismo momento. Un minuto más tarde ya no tendríamos dónde escondernos. Desesperado, zarandeeé a Hugo, que me confundió con su maldita mujer y me rodeó la cintura con el brazo mientras seguía dormido.

El silbido, más humano que animal, se repitió una y otra vez, como si estuviera riéndose de mi desesperación.

Intenté levantarme, pero aún no estaba acostumbrado a arrastrar la pierna en el suelo irregular de la cueva y no estaba dispuesto a irme de allí sin mi hermano. Me rendiría, negociaría, pactaría. Lo que fuese. Miré muerto de miedo en dirección a la entrada: ya venían.

Hugo y yo estábamos atrapados.

## 44 EL REGALO DEL DIOS ORO

*Denis*

*Tahití, marzo de 1930*

«Vi aparecer una barcaza ancha, dirigida por un solo hombre, un *popa*, que no iba uniformado. Cuando se acercó lo suficiente como para distinguirnos mutuamente, dejó de remar, sin saber si continuar o no. Yo protegí con mi cuerpo a mi hermano, por si llevaba alguna arma y abría fuego.

Fue en ese momento cuando Hugo despertó por fin.

—No te muevas —le susurré—. Alguien ha entrado en la gruta con una barca.

Hugo se restregó los ojos y escrutó la oscuridad, todavía sin despejarse del todo.

—¡O'Keefe, truhán! —gritó mi hermano—. ¡Cuánto has tardado en venir, maldita sea! Nunca estás cuando tu socio te necesita.

—Bontemps, ¿todo va bien? —preguntó una voz potente, con un acento indefinido—. ¿Quién

es el herido?

—Acércate, hombre. Así conoces a mi hermano —le dijo Hugo, que ya se había incorporado, en tono jovial.

El americano remó hasta nosotros, lanzó una amarra que mi hermano cazó al vuelo y de un salto salió de la barca. Era un tipo ágil y fino, con el pelo oscuro. Tenía la mirada recelosa de quien llevaba años sin fiarse de nadie. Lo más chocante de todo era el azul de su mirada, jamás en mi vida había visto unos ojos tan claros. Decía que era americano, pero podía haber sido francés, español o de cualquier otro lugar. Tuve un presentimiento íntimo, la extravagante certeza de que llevaba mucho tiempo dando vueltas por el mundo.

—¿Qué ha pasado ahí afuera, O'Keefe? —le apremió Hugo—. ¿En qué día estamos exactamente?

—Hoy es 16 de febrero. No he podido venir antes porque toda la costa estaba en estado de guerra y no había manera de acercarse. Acabé recalando en Bora Bora y allí he esperado las

noticias.

—¿Y cuáles son? —le interrumpí, ansioso.

—Ayer por fin atraparon al líder de los rebeldes, Teraupo, y a su esposa, que por cierto no se separó de su arma, ¡vaya mujer, esa canaca! Estuvieron escondidos, primero en un campo atrincherado que los nativos llaman Pa y después en una cueva de las montañas. Pero ayer un fuego en la cueva los delató y los franceses se les echaron encima. Han cargado a todos los líderes de los insurgentes en el *L'Aube* y los han deportado. Hoy mismo han partido ya hacia la prisión de Noumea. Fin de la historia. Francia ha anexionado Raiatea y Tahaa. Todas las islas de Sotavento son ahora francesas.

Aquella noticia me dejó sin fuerzas. Todos mis temores se pusieron de pie y me derrotaron allí mismo. Todo lo que me había negado a sentir los días pasados: el dolor de haber perdido a mi madre, la carga de haber matado cinco hombres casi con mis manos, la impotencia de no poder seguir odiando a mi hermano, todo aquello se

hizo tan presente que me golpeó y pudo conmigo. La herida infectada de la pierna empezó a dolerme con toda la crudeza, un dolor lacerante que había ignorado se adueñó ahora de mí.

Cerré los ojos y me dejé arrastrar al abismo».

«—Deberíamos llevarlo al hospital, aquí se nos va a morir.

Escuché una voz de mujer que se parecía a otra que conocí en otro tiempo, pero no supe decir de cuándo.

—Ya lo hemos discutido, alguien en el hospital acabará hablando, sospecharán de esa herida. Mucha gente lo vio en el *Duguay Trouin*. Debemos mantenerlo oculto una temporada. — Era la voz de mi hermano Hugo, sonaba preocupada.

—Nosotros cuidaremos, nosotros llevamos a su casa, nosotros ocultamos —intervino una voz maorí, con su torpe francés.

¿Era Timi? ¿Estaba allí mi hermano? Por cierto, ¿dónde demonios estaba?

Intenté abrir los ojos, pero ese gesto me dejó sin fuerzas. A través de los párpados entreabiertos vi varias figuras a mi alrededor, en una habitación con cuadros en las paredes, una lámpara de gas y cristal fino en la mesilla, varios jarrones de flores esparcidos por la estancia. Estaba postrado en una cama con un colchón mullido, con sábanas de algodón bordadas con unas iniciales que ya conocía: B. K. «Bontemps Kane».

—Monsieur Bontemps, si me lo permite —carraspeó un vozarrón conocido—. Yo puedo ayudar a Timi y a Hinano a cuidar de Bastian. Conoce mi amistad con nuestro alcalde y farmacéutico, Cardella. Él me administra láudano sin receta, como favor personal. Creo que ahora mismo es todo lo que su hermano necesita, no sentir dolor. Si la herida sana, se recuperará. Si no es así.. al menos que muera sin sufrimiento.

—No quiero dejar a mi hermano solo en estos

momentos —dijo Hugo, sin dejar de pasear de un lado a otro. Estaba nervioso y parecía que tenía sobre sus hombros todo el peso del mundo.

Yo los veía a todos entre brumas, pero debía de tener muy mal aspecto, ya que ninguno se percató de que estaba despierto.

—Querido esposo, sabes que voy a apoyarte en todo lo concerniente a tu familia. Pero yo preferiría que lo cuidásemos aquí, no soportaría que muriera él solo, en una choza.

—No estará nunca solo, madame —saltó Timi—. Yo también soy familia. Y yo no abandono.

Se quedaron uno frente al otro, aquella mujer elegante de pelo recogido y mi hermano maorí.

—De acuerdo —medió Hugo, con esa voz que terminaba con cualquier discusión—. Antes del amanecer ustedes, Gauguin y Timi, se llevarán a mi hermano en un carro con capota a su choza. Espero que cuiden bien de él y que me mantengan al tanto de todas las novedades. Yo iré a visitarlo cada dos días, todo lo que pueda permitirme sin levantar sospechas. Mi hermano necesita reposo y buenas atenciones, pero al

margen de la colonia. Nadie puede saber jamás que él estuvo en los combates de Raiatea porque lo deportarían a Nueva Caledonia y no sobreviviría a esa prisión.

Después se volvió hacia Gauguin.

—Prométame que le cuidará. Sabe lo que opino de usted, no es el colono más querido en esta villa.

—Él es mi amigo, monsieur. Y si usted se molestase en conocerme, sabría que yo estoy ahí cuando mis amigos me necesitan.

—Hugo, ya es suficiente —les interrumpió la mujer—. Querido Paul, dejo a mi cuñado en sus manos.

Todos asintieron y entonces se percataron de que yo había despertado.

—Dejadme con mi hermano a solas —pude decir, con la voz más débil de lo que me hubiera gustado.

—Ya lo habéis oído —dijo Hugo, que se acercó al lecho.

Todos obedecieron y empezaron a abandonar la habitación.

—Hugo, me refería a Timi. Debo hablar con él —le dije.

Él chasqueó la lengua con desagrado y me dejó solo con mi hermano maorí.

—Timi, debo contarte lo que le ocurrió a madre —le susurré en nuestra lengua, en cuanto cerraron la puerta del dormitorio.

—Sé lo que sucedió —dijo, apretándome la mano—. ¿Estuviste con ella?

—*Eha*.

Así es.

Y le conté todo lo que ocurrió en la selva, las noches de temblores, el lugar exacto donde las piedras quedaron ocultando su cuerpo, la emboscada en el *marae*, los cinco muchachos que maté. Se lo conté como un maorí, porque sabía que solo un maorí me entendería.

—Oro nos ha dado la espalda, el dios de la guerra ha permitido todo esto —pensé en voz alta, con la boca apestándome a un sabor amargo.

—No es cierto —dijo Timi, con su voz dulce—. Oro se ha llevado a madre, pero nos ha dado

algo a cambio.

Y se sacó de los pliegues del pareo una de las conchas de una ostra. Tenía un *mabé* espléndido. Una perla hemisférica, como las de Mikimoto, salvo que era mayor y su color no tenía nada que ver. Nuestro *mabé* era de un magnífico verde grisáceo. Oscuro, brillante, perfecto.

—Terminé la cosecha cuando tú te fuiste. Han salido seis más como esta.

*Las siete ama, pensé. Han sido ellas.*

Seguíamos unidos allí abajo, en el mismo océano, a cinco mil quinientas millas de distancia, pero tocados por las mismas aguas».

Denis esperó a que Bastian terminase y le tendió su pequeña perla gris.

—¿Tú me diste esta perla? —quiso saber.

—La has conservado —susurró Bastian—. Sí, fui yo, poco antes de tu partida.

—Pero te olvidé. Me olvidé de todo, y cada

vez que te mencionaba, mi padre contaba historias sobre ti, y si mi madre le contradecía, estallaban en gritos y se aborrecían durante semanas.

—En cierto modo, no hicieron nada que yo no esperase que hicieran.

—Entonces, ¿por qué...? —comenzó Denis a preguntar, impotente.

Bastian le frenó con la mano. Estaba cansado, cada día más. Preguntas y más preguntas. Recuerdos y más recuerdos.

—Hoy solo has volteado dos filas de cestas —le cortó—. Vuelve mañana y trabaja de verdad si quieres que te conteste.

Denis no contestó, se levantó y se marchó sin despedirse. Bastian se metió en el almacén y la emprendió contra una saca de ostras, volcándolas todas.

No estaba siendo fácil, pero Denis merecía toda la verdad.

*Bastian*

*Maraa, abril de 1899*

Mi cuerpo acusó sobremanera las heridas de la batalla. La cicatriz roja y abultada me deformó la pierna y los andares. Pero no quise permitir que me dejase sin fuerzas al bucear. Y descubrí que cuanto más buceaba, mejor andaba en tierra firme.

Todos los días hablaba con Faimana, cuando Timi, Hinano, Gauguin o Hugo me dejaban solo. Como un loco, como un maldito ermitaño loco. Me acostumbré, como hacía mi madre, a susurrar palabras cariñosas a las ostras mientras las injertaba. Me costó encontrar en toda la isla un *suiseki* que me recordase vagamente a ella, pero fue la marea quien me lo trajo: una piedrecita oronda como ella, de color bronce como su piel y unas hebras blancas a modo de testa. Le trabajé la base de madera y la coloqué

junto al resto de los *suisekis*, con las siete *ama*.

Las semanas se convirtieron en meses y pronto pasaron dos años desde la muerte de Faimana. Hugo me visitaba de tanto en tanto en el *fare* de Timi, pero había llegado el momento de enseñarle mi granja de perlas.

—Quiero que veas el lugar donde me he trasladado. Allí trabajo y vivo. Voy a hacerte un plano —le dije—, sé discreto. Hace un tiempo era una cala inaccesible. Puedes venir con un coche pequeño de caballos, si quieres. Con el trasiego hemos ido abriendo camino.

—Entonces traeré a toda mi familia. Bastian, hemos demorado mucho el momento y no he querido presionarte, pero ha llegado el momento de que conozcas a mi hijo, y mi esposa estará encantada de verte tan recuperado después de las heridas que sufriste en Raiatea.

*Aquello ocurrió en otra vida, Bastian, me dije. Ya no dolerá.*

—Estaré encantado de conocer a tu familia por fin, Hugo —le dije, con una sonrisa tranquila—. Venid el domingo, os prepararé una comida y pasaremos el día juntos.

Mi hermano me palmeó el brazo efusivamente.

—Allí estaremos, sin duda.

El domingo amaneció apacible y cálido. Salí de madrugada a pescar un *mahi mahi* y asé unos *urus* para convertirlos en caramelos. Tal vez a mi sobrino le gustasen. A media mañana escuché los cascos de un caballo. Me acerqué al coche, procurando no cojear demasiado. Hugo saltó del asiento delantero y se apresuró a abrir la portezuela.

Primero salió su esposa, una mujer elegante con el pelo negro recogido en un moño. Llevaba unos tristes mitones de ganchillo.

—Me alegra volver a verla, señora, y me alegra conocer al hijo que tienen en común usted

y mi hermano. —Incliné la cabeza al modo nipón y noté un leve desconcierto en sus ademanes—. ¿Cómo se encuentra su familia?

—Murieron todos, ¿no lo recuerdas?

—Discúlpeme, señora. Lo había olvidado.

Era cierto, no había sido un canalla maleducado, había olvidado a Laia Kane y todas sus circunstancias. Tuve que hacerlo, y el agujero de la memoria tal vez abarcaba más de lo que demandaba el sentido común, pero no supe hacerlo de otra manera.

Hugo fingió no darse cuenta y me dio un codazo de hermano mayor.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? —dijo, sonriente. Estaba de un humor excelente aquella mañana.

Le ayudé a bajar unas maderas ensartadas y le miré sin comprender.

—Es un andador. Ha hecho maravillas en la vida de nuestro hijo —me aclaró.

Entonces subió al coche y bajó con un niño de unos seis años en los brazos.

—Vamos, Antón. Saluda a tu tío —dijo Laia.

Tragué saliva y conseguí sonreír. La miré de reojo y la interrogué con la mirada: *¿Qué calvario habéis vivido estos años?*

Antón era un calco de mi hermano, era cierto, pero el niño tenía las piernas horriblemente deformadas, con los pies curvados hacia dentro en un ángulo imposible, y no podía mantenerse de pie si no era con la ayuda del andador.

Hugo lo miraba con devoción absoluta.

—¿Es usted el tío que se marchó a la China?  
—me preguntó con desparpajo.

—No, al Japón. —Le sonreí.

—¿Y qué hacía allí? —insistió.

—Lo mismo que aquí, capturar ostras.

—¿Me regala una?

—Te regalo cien, si tú quieres. Ven conmigo, muchacho. Te enseñaré lo que hago.

Y me siguió con su andador, avanzando centímetro a centímetro, peleándose con las algas secas de la playa y las carcasas vacías de los cangrejos.

Le llevé al almacén, donde tenía los sacos de rafia ya preparados para vender el nácar. Abrí

uno de ellos y le di una de las conchas, mientras sus padres nos seguían y entraban también en la penumbra de la cabaña. El niño la cogió maravillado y estaba enseñándosela a su madre cuando vio los *suisekis* y se acercó con su andador hasta ellos.

—¿Y esto qué es? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Son las almas que me cuidan.

Laia se acercó también y cogió una de ellas, a Ayame.

—Bonita piedra —dijo, y la volvió a dejar en su columna con cierto descuido.

—No es una piedra, señora —contesté, con una sonrisa calmada—. Ni siquiera es una forma de arte, pese a que usted solo vea su belleza. Es una forma de espiritualidad, aunque no creo que encuentre las palabras para hacerme entender.

*¿Cómo explicarte quién soy ahora?*, pensé, impotente.

Ella también captó los abismos que nos separaban. Siempre fue rápida, así que calló y

no insistió. Envió al niño a jugar fuera de la cabaña, mientras los tres nos quedamos en el almacén.

—¿Qué le pasa al chico, Hugo?

—Vino al mundo con una malformación en la columna vertebral llamada espina bífida. El día que nació, el médico nos dijo poco más o menos que Antón era un desecho humano. Yo le contesté: «Doctor, es mi hijo y así le trataremos el tiempo que sobreviva, con la dignidad que merece». Él nos dijo que no nos hiciéramos ilusiones, que estos niños no suelen sobrevivir a la primera semana y que si conseguía vivir, seríamos esclavos de su deformidad y de sus cuidados toda su vida.

—Vamos, sentémonos fuera, he preparado una mesa —le interrumpí. Todavía me cansaba mantenerme de pie durante demasiado rato.

Les acompañé a un rincón de la cala donde las palmeras nos protegían del sol y la brisa nos traía cierta frescura marina. Le animé a proseguir cuando nos sentamos. El niño continuaba jugando con la concha y Laia se nos

unió, sentándose en la silla vacía que había dejado para ella.

—Vivimos al día, Bastian —continuó Hugo—. Un día más con él es una bendición. Otros ven el barro, las piedras. Yo veo el diamante que será.

—No hicimos caso al doctor —intervino Laia—. Nos centramos en lo que podíamos hacer por él. Hugo contactó con un ortopeda en Sídney y finalmente le visitó, le llevó las medidas del niño y nos fabricó andadores de distintos tamaños, para que Antón los use según vaya creciendo. También nos vendió muletas, zapatos y aparatos caseros para su rehabilitación. Hugo le trabaja la fuerza de las piernas con ejercicios gimnásticos todas las mañanas. Aunque Antón se muere por acompañarlo al negocio cada día. Mi hijo solo sueña con hacerse mayor y dirigir el colmado. No tiene otra idea en la cabeza.

—¿Pero su condición no tiene cura? —pregunté, con la voz seca.

—Existe un Comité en la Sociedad Clínica de Londres —me volvió a contestar Laia—, siguen

el método Morton, le inyectan a la altura de su lesión una solución yodada con glicerina. Dios sabe cómo me alegra no haberlo enviado allí. Recibo correspondencia todos los meses de otras familias afectadas y los casos de complicaciones no cesan. Cuando era un bebé no nos atrevimos a emprender el viaje con él, tenía demasiadas infecciones, no creímos que sobreviviera dos meses en un barco. Ahora lleva una buena temporada sin darnos ningún disgusto. Por desgracia los inconvenientes de su condición no se limitan a sus problemas de motilidad. Sus órganos internos también presentan muchas complicaciones. La vejiga, los intestinos, los riñones... todo es susceptible de complicarse. Él tendrá incontinencia toda su vida y siempre tendrá que usar pañales.

—Nos iremos de esta isla, Bastian —la interrumpió mi hermano—. Iremos a Europa donde puedan tratarlo. Y espero que vengas conmigo y la familia continúe unida.

—¿Y cómo te vas a ganar tú la vida en Europa, Hugo? —le pregunté—. Allí no hay

colonos caprichosos que suspiren por los productos de la metrópoli.

—Lo sé, iremos cuando seamos suficientemente ricos. Ahora lo entiendes, ¿verdad?

Miré a Antón, que se había topado con el tronco derribado de un cocotero y se había visto obligado a rodearlo con el andador para recuperar la concha de nácar que se le había caído.

—Ahora lo entiendo.

Se nos hizo la hora de comer, pero yo continuaba dándole vueltas a un asunto.

—Mi pierna está cogiendo fuerzas dentro del mar. Cuanto más buceo, más me recupero. Tal vez lo mismo ocurra con Antón. ¿Sabe nadar?

—No podría flotar —contestó Laia, tensa.

—Eso puede que no sea un problema, señora. Espéreme aquí.

Me levanté y me dirigí al almacén, salí con un aro salvavidas de corcho, con su lona roja y blanca. Un día lo trajeron las olas y nunca supe qué hacer con él.

—¿Qué te parece, Hugo? —le miré interrogante.

—Podemos probar —dijo, después de pensarlo un momento.

Así que me metí en el agua con el niño, después de quitarme la camisa blanca que me había puesto por deferencia a mi cuñada, y me quedé solo con el pareo. Antón entró con sus pantaloncitos blancos de colonial adinerado, lo coloqué dentro del aro y el niño comenzó a patallar dentro del agua, riendo como un condenado.

—¿Está fría? —preguntó Laia, con un deje de preocupación en la voz.

—¿Cómo va a estar fría, señora? Esto es Tahití —contesté, risueño.

—¡Qué demonios! —exclamó Hugo desde la orilla, y se quitó también la camisa y los zapatos y se zambulló en el agua con nosotros.

Fue una mañana espléndida, de risas,

chapoteos, aguadillas. Tal y como un lejano día, montado en un barco llamado *Oceanien*, había soñado que podría ser la vida de mi familia en Tahití.

Pero hasta en el paraíso el tiempo de los juegos se acaba, porque mi cuñada no dejaba de estar pendiente del niño desde la orilla.

—¡No debería estar tanto tiempo en el agua! —nos gritó.

—¡Déjalo! —le contestó Hugo—. Está divirtiéndose.

Aun así, mi hermano me lanzó una mirada elocuente y yo arrastré el aro salvavidas con Antón dentro hasta las escaleras de mi cabaña de pilotes y los tres entramos al interior de mi santuario, entre risas y con la ropa chorreando.

—¡Cruza la pasarela y tráele el andador! —ordenó Hugo a su esposa.

Cuando Laia llegó, secó al niño con una tela que traía bajo el brazo y le cambió de ropa y de pañal.

—El niño suele tener infecciones de orina —susurró sin mirarnos, mientras abotonaba la

camisa a su hijo.

—Y tú le sobreproteges —dijo Hugo.

—Y tú estás ciego a sus necesidades —murmuró ella, con voz cansina.

—Aquí es donde vivo y donde en realidad trabajo —intervine, en un intento de reconducir la situación—. Antón, ¿quieres que te suba a la bancada y te lo explico?

—No, que se suba él —me cortó Hugo.

¿Cómo?, pensé.

Antón hizo un barrido con la cabeza a mi cabaña y se fijó en el barril vacío, se acercó a él con el andador y fue empujándolo mientras el barril rodaba hasta debajo de la bancada.

—¿Me pone de pie el barril, tío Bastian?

—Claro, hijo.

Pasó del andador a la base del barril con las manos, se mantuvo sobre su propio peso y se sentó sobre el barril, a la altura de los instrumentos.

—¡Tachán! —nos dijo, con un gesto teatral. Le hizo una reverencia a su padre y este asintió, complacido.

—No estoy ciego, por mucho que mi esposa así lo crea —dijo Hugo, mirando de reojo a Laia—. Soy consciente de lo que le cuesta dar cada paso, de la debilidad de sus piernas. Las trabajo cada día, nadie mejor que yo conoce sus músculos. Sé que según vaya creciendo habrá complicaciones, por eso no se lo pongo fácil, le obligo a esforzarse cada día. Otros ven un niño con taras, yo veo las posibilidades, lo que puede llegar a hacer, lo que llegará a ser con esa inteligencia y la educación que le da su madre. Es lo que puedo hacer como padre, darle recursos para que se valga por sí mismo.

—Lo que madre hizo con nosotros, pese a nuestra pobreza —susurré, mirando al niño.

—Exacto. Por eso me duele tanto que desaproveches una y otra vez la oportunidad de ser rico.

Había llegado el momento de las confesiones.

—No te engañes, tengo más dinero del que crees. Y vivir en los distritos es muy barato.

—¿Vendiendo nácar? Mucho me extraña. Desde que han abierto grandes almacenes en

Europa y los trajes son de confección, cada vez se usan menos los botones de nácar. Créeme, salta del negocio antes de que la barca se hunda del todo.

—El nácar es la excusa. Cultivo perlas.

Me miró sin comprender mis palabras.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Plantas semillas en el suelo y crecen árboles que dan perlas?

—No, hermano. Injerto en ostras un agente irritante junto con parte del tejido de una ostra donante, las devuelvo al mar en cestas que están bajo tus pies y las cosecho al cabo de año y medio. Algunas de ellas me dan dinero para que tanto yo como mi familia maorí podamos vivir sin preocupaciones durante un par de años.

Alcé el brazo al doble techo de mi cabaña y saqué la última concha con el *mabé* que tenía ya apalabrada con Richardson.

—De momento solo consigo perlas hemisféricas, en el Japón se llaman *mabé*, pero mi meta es conseguir perlas redondas.

Le pasé la concha y mi hermano me miró con

los ojos y la boca muy abiertos. Laia también se acercó y acarició la media perla con las yemas de los dedos. Se miraron entre ellos y me habría gustado saber qué demonios se estaban diciendo en silencio.

—¿Cuántas de estas consigues por cosecha?  
—preguntó Hugo.

—Ocho de cada mil.

—Solo sois Timi, Hinano y tú. Tendrás que aumentar la producción, contrata a más canacos. Si duplicas o triplicas las ostras que injertas...

—Esto da para dar de comer a tres personas, no canacos. Si contrato a más, tendré que pagarles mal y este negocio requiere de muchas horas. No quiero que nadie deje su trabajo por venir conmigo para que luego le pague una miseria. Tampoco sé si la próxima cosecha dará ocho perlas o ninguna. Hasta que no lo vea todo más claro no voy a implicar a más gente.

—Yo lo haría. Lo que tienes aquí es... —dijo, comenzando a dar vueltas por la cabaña como un ciervo en la berrea—, puede ser...

—Cálmate —le paré, a punto de perder la paciencia—, te estás cegando, y ya he visto antes esa mirada.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no dejo de pensar en las posibilidades de tu negocio.

—No es un negocio, es una forma de ganarse la vida.

—Piensas como los canacos, sin ambición.

—Aquí lo llamamos *aita peapea*, y así es como nos gusta trabajar.

*Es la única manera de no enfadar demasiado a Oro, pensé. Y tú no sabes cómo las gastan los dioses por aquí.*

Comimos los cuatro, fingiendo jolgorio y alegría, pero toda nuestra conversación estaba ya contaminada por las preguntas de Hugo. Quería saber todos los detalles de mis experimentos, los precios en el mercado, los puertos donde las perlas tenían salida. Había puesto en marcha una locomotora en su cabeza y yo sabía que nada era capaz de detenerlo.

A media tarde les vi alejarse en su coche, mientras les despedía sonriente con la mano. En

cuanto les perdí de vista volví a la playa, corriendo penosamente con mi pierna inútil. Me arranqué el pareo y la camisa de un zarpazo y me sumergí después de tomar aire. Forcé al límite los pulmones, como hacía siempre que me quería morir. Las *ama* me empujaron a la superficie y tomé aire con la ansiedad de un recién nacido.

*Ya ha pasado, Bastian, me dije. Ya ha pasado.*

## 46 EL LIBRO DE LAS PERLAS

*Laia*

*Papeete, abril de 1899*

Anthony se había quedado dormido en mi regazo, exhausto de novedades. Comprobé su pañal por encima de la tela del pantalón. De momento estaba seco, me podía relajar por un rato, aunque le toqué la piel del costado bajo la

camisa y le noté los riñones fríos. Así que puse mi mano sobre ellos para darle algo de calor. Hugo no dejaba de parlotear en voz alta. No había duda, nuestro primer encuentro como esa familia unida y feliz que él tenía en su cabeza le había dejado satisfecho.

—Bueno, no ha salido tan mal, ¿verdad? — me dijo, cuando recordó que no estaba solo en el coche.

—No, querido. Todos nos hemos divertido mucho. —Entre todas las respuestas posibles elegí la que menos me delataba y la que más le satisfacía a él.

—Estoy de acuerdo, aunque...

—¿Qué? —No podía haber notado mis nervios. Imposible, yo era ya una maestra en aplacarlos y disimularlos.

—Que mi hermano se ha convertido en una maldita hada de los bosques. ¿Viste eso de las piedras y la ropa que lleva? Más limpia que una de estreno. ¿Y ese pelo tan repeinado? —Se rio para sí—. ¡Por Dios!, y no lleva bigote. Con treinta años un hombre no debe parecer lampiño,

debe quedar muy evidente que le sobran pelos. ¿Por qué no puedo tener un hermano normal?

No le respondí porque sabía que no hacía falta, era una de sus preguntas retóricas.

Sonreí en silencio porque mi marido estaba haciendo chistes, o al menos intentándolo. Y eso solo ocurría cuando todos los planes que había trazado en su intrincada cabeza se habían cumplido con rigurosa exactitud.

Durante el monótono viaje de vuelta a Papeete fingí que me distraía mirando los cocoteros y todos esos árboles que nos rodeaban. Me daba cierto pavor que el anochecer nos encontrase de camino en medio de la selva y los mosquitos me acribillasen, aunque Hugo tenía sus cigarros y le habría pedido que se fumase uno para ahuyentarlos. Aquella mañana me había hecho ponerme unos mitones cortos para que mi anillo de casada quedase bien visible. Era como si quisiera

reafirmar una posesión, pero yo no quise discutir ni añadir tensión al encuentro. Ni siquiera pensé que Bastian se hubiera percatado del detalle. Tampoco supe hasta dónde había podido notar todo lo que me había turbado aquel encuentro. Después de haberlo creído muerto durante seis años. Después de llorarle tantas veces a una tumba vacía.

En mis retinas aún perduraban las hechuras de un muchacho desgarrado. Frente a mí, un hombre pulido, casi estilizado, de peinado y afeitado impecables. Vestía con esos calzones de los maoríes y una camisa blanca al modo europeo, sí, pero sin una sola arruga.

En su hogar había un orden irreal, limpio y sencillo, en mitad de la exuberancia desordenada de esa selva que casi nos devoraba.

Una pulcritud que no había conocido en él, y luego esos gestos... no eran de *coolie*, como sostenía mi marido. Sus gestos ahora eran precisos, exactos. Eran más elegantes que los del más aristócrata de los europeos. Se inclinaba cada vez que yo asentía y juntaba las yemas de

los dedos de ambas manos, como si fuera a rezar.

No me había mirado ni una sola vez. Centraba su atención en Hugo y en Anthony, no me excluía, pero me ignoraba implícitamente. Yo interpreté el papel que se esperaba de mí, centrándome en mi hijo y sus monerías.

Mi hijo.

Eso no me lo dio Bastian.

Esa renuncia sí que estaba implícita en lo que fuera que compartimos años atrás.

Con el paso de los minutos la verborrea de mi marido había cambiado de dirección. Estaba intrigado con ese tema de las perlas que Bastian nos había enseñado.

—Puede llegar ser un negocio —comentó en voz alta.

—¿De verdad crees que es posible?

—Si es cierto que ya apenas quedan perlas naturales y que van a agotarse en poco tiempo...

De una forma u otra, el que consiga perlas de otro tipo se hará millonario. El más millonario de todos los hombres.

—¿Vas a ponerte a bucear? —Le seguí la broma, ¿por qué no?

—No, su negocio es muy lento, nunca será rentable.

—Siempre puedes fabricar perlas de imitación de alabastro —le contesté, distraída—. Mi madre guardaba uno de esos collares, pero nunca se lo ponía. Resultaba demasiado evidente que era falso.

—¿De alabastro? ¿Y cómo demonios parecía una perla si era de alabastro?

—Estaban recubiertas de una capa de escamas de pescado o algo así. Eso no me lo contó mi madre, está en el libro de perlas que heredé del cónsul, ¿recuerdas?

—No, no me acuerdo. —Él no era de apreciar los libros. Decía que no eran rentables y por tanto no le interesaban—. Recuérdamelo tú.

—Esta noche cuando lleguemos a casa te lo enseño, si quieres. Es de los pocos que recuperé

de su biblioteca. Está lleno de ilustraciones. Creo que explicaba el proceso de fabricación de los talleres antiguos. Hace tiempo que no lo hojeo.

Hugo asintió, interesado.

Desde que nació Anthony apenas había vuelto a leer, en realidad. Las horas solitarias de las noches dejaron de ser mías. Ya no recordaba mis antiguas rutinas porque desde que tuve a mi hijo se había abierto una brecha entre un antes que me era propio y un después incierto que ya no me pertenecía.

Algo estaba creciendo en la cabeza de Hugo porque en cuanto llegamos al hogar dio órdenes a Miri de adelantar la hora de la cena. Anthony continuaba dormido y decidí no despertarlo. Había comido demasiados caramelillos cuadrados que le preparó su tío. Lo dejé en la cama y encontré a mi esposo husmeando en la biblioteca por primera vez en nuestros seis años

de matrimonio.

—¿Puedes mostrarme ese libro? Yo no soy capaz de encontrarlo.

Rescaté el volumen. Era grande y pardo, y sus letras doradas nos saludaron: *Pearls and Pearling Life*. Nos sentamos ambos en los sillones forrados de tela floreada que ya casi no usábamos.

—Había un capítulo dedicado a la historia de las perlas falsas —recordé en voz alta.

Y me guie por las ilustraciones para llegar hasta la página buscada. Mi marido alzó una ceja y se inclinó sobre mí para leer mejor el contenido. Hacía meses que no estaba tan cerca de mi cuerpo, pero sabía que yo no era el motivo. El motivo eran unas perlas o la ilusión de ellas.

—Si quieres yo lo leo y te lo voy traduciendo.  
—Él esperaba mi ofrecimiento sin molestarse en pronunciarlo en voz alta. No le gustaba pedir de más.

Las nociones de inglés que le había enseñado esos años eran suficientes como para que se

manejase bien en el puerto, cuando negociaba las mercancías, las fechas y los porcentajes. Loza inglesa y telas de Liverpool traídas por los vapores de Nueva Zelanda. Carne en conserva y mantequilla salada de Australia, directos del puerto de Auckland. Azúcar de las Fiyi para los paladares más elitistas.

Pero Hugo nunca había intentado leer un libro en inglés, así que esperaba con esa impaciencia mal disimulada tan propia de él a que yo leyese todo el capítulo y le hiciera un resumen de lo que había encontrado.

—Pues verás, el libro cuenta que ya en la antigua Roma se fabricaban falsas perlas a base de esferitas de vidrio revestidas con plata y con otra capa más de vidrio. Pero hasta el siglo XIII no se generalizaron los talleres de perlas de imitación. Aquí se menciona una historia muy curiosa que tal vez te interese. Dice que en Venecia fueron los talleres de vidrio de Murano los que dieron con una fórmula para imitarlas con mayor maestría: una mezcla de polvo de vidrio, baba de caracol y clara de huevo. La

mezcla se prensaba y la esfera se agujereaba antes de que se endureciera. Por lo visto estas perlas estaban bien conseguidas, porque en 1440 una publicación reveló el secreto de la fabricación y el gremio de los mercaderes venecianos, que comerciaban en sus puertos con perlas auténticas, se sintieron tan amenazados que lograron que las leyes declarasen ilegal el acto de producirlas, y el castigo era la pérdida de la mano derecha y un exilio forzado de diez años.

Interrumpí mi lectura para comprobar si mi esposo se había perdido con mis explicaciones, pero me escuchaba concentrado, fumando un cigarro y mirando fijamente la alfombra.

—Vidrio de Murano —susurró para sí, exhalando aros de humo mecánicamente—. Eso es muy interesante.

—¿Por qué es muy interesante? —quise saber.

—Porque los vidrieros mallorquines somos hijos de las vidrierías de la República de Venecia.

Era la primera vez que hablaba de sí mismo como un vidriero. Debía de estar muy concentrado en sus pensamientos para que lo expresase en voz alta.

—El patrón de Gordiola, don Gabriel, que era muy estudioso de la historia, me contó que a primeros del XVII un noble veneciano de una antigua estirpe vidriera, un tal Barrovier, si no recuerdo mal, se refugió en Mallorca y enseñó sus técnicas a los naturales de la isla, pese a que las leyes venecianas castigaban a los desertores de los talleres de vidrio so pena de muerte u hostigaban a las familias. Y todo para conservar su monopolio mundial en el soplado de vidrio. ¿El libro ese cuenta algo más?

—Desde luego que sí. Aquí habla de las perlas romanas, que en realidad eran esferas de alabastro traído de las canteras cercanas a Pisa, en la Toscana. El autor explica cómo se aserraban en rodajas y un instrumento perforaba un pequeño agujero una vez que le daban la forma redondeada. Después las sumergían en cera hirviendo para lograr un color amarillo y las

cubrían varias veces con una sustancia plateada obtenida de las escamas de ciertos peces. Aquí tienes una ilustración, si lo quieres ver.

Mi marido observó el pez. Un epígrafe en inglés informaba de que medía entre cinco y diez centímetros.

—No deja de ser una sardina —comentó él.

Con un gesto impaciente me dio la venia para que continuase.

—Cuenta que eran de extrema baratura, un objeto muy solicitado tanto por las muchachas de las clases humildes para adornar los bordados de sus cuellos como para los vestidos de diario de las mujeres nobles. También se hace mención a su solidez, si se tiraban al suelo con violencia no se rompían ni quedaban mellas, y que engañaban bien al ojo, pero la desventaja del peso debía de ser abrumadora. Cuando se unía cierta cantidad de ellas, como por ejemplo para fabricar un collar, se hacía evidente la falta de peso. También comenta que estas perlas falsas de alabastro no soportan bien el agua.

—¿Tú qué opinas como mujer?

—Que no me las pongo por miedo a que descubran que son falsas. Prefiero no llevarlas, y a mi madre le ocurría igual. Aquel collar fue un regalo del cónsul italiano, un viudo mal aconsejado, desde luego.

—¿Otra mujer lo notaría? —insistió, poniendo su lupa mental sobre mis gestos.

Pensé en cualquier reunión de esposas coloniales y cerré los ojos para ponerme en situación, como cuando iba a la ópera de Mahón y escuchaba el *Rigoletto*.

—Si se acercase con mala idea a fisgonear y tomase el collar entre sus manos, se daría cuenta de que son falsas por el peso, sin duda.

—Entonces no nos sirven. ¿Hay algo más?

—Las perlas falsas francesas. Segunda mitad del siglo XVII —le resumí—, un fabricante de rosarios de París, un tal Jacquin, patentó un método de fabricación de perlas falsas de esferas huecas de vidrio soplado recubiertas en su interior con escamas de pescado. Un líquido conocido por el poético nombre de «Esencia de Oriente», creo que similar al de las perlas de

alabastro. El vidrio utilizado es de tipo *girasole*, parecido el que se produce en Murano y en apariencia imita al ópalo, con una coloración lechosa. Las bolas después se rellenan con cera para darle un peso similar a la perla natural. Por lo que parece, es menos imitativa, está menos conseguida y es muy frágil. Aquí adjunta varias ilustraciones del proceso de fabricación en la *Enciclopedia* de Diderot, deben de ser de talleres del siglo pasado. Acércate, puede que tú le encuentres más enjundia.

—Esto es una mina de información — murmuró fascinado, como un niño que descubre en su primer día de escuela el valor didáctico de los libros.

El primer grabado mostraba un taller con varias mujeres vestidas a la antigua, con delantal y cofia.

—Creo que están soplando un tubo de vidrio largo y fino con un quemador de mesa. Diría que la primera mesa tiene cuatro quemadores encastrados y que el fuelle que se ve debajo de las mesas sirve para controlar con el pie la llama

del quemador, a modo de pedal. En la segunda mesa otra mujer se encarga de derretir y suavizar las aberturas de las esferas de vidrio. Finalmente las atraviesa con una especie de aguja para marcar el agujero.

—¿Y en esta? —pregunté, interesada, indicándole la siguiente ilustración.

—Esta mujer está descamando el pescado en el mismo taller —dijo, señalándome lo evidente.

—Entonces la imagen no se asemeja demasiado a la realidad. Puede que sea un resumen alegórico del proceso, no literal —comenté, recolocándome la falda—. El texto decía que se necesitaban cerca de veinte mil peces para producir tres kilos y medio de escamas. No creo que lo hicieran en el mismo taller, posiblemente el dueño comprase el producto ya manufacturado. Se necesita mucha más mano de obra que ocho mujeres.

Mi marido asintió, estaba de acuerdo. Exhaló un poco más de humo, apurando un cigarro que ya se consumía.

—Supongamos entonces que compra las

escamas, aquí están ya convertidas en un licor nacarado y otra mujer está colocando todas las celulillas de vidrio en una gran sartén, las sacuden accionando el fuelle con el pie bajo la mesa y las esferas se van impregnando de la Esencia de Oriente. Después las dejan secar al aire en otra sartén con la base de rejilla. Otra mujer las está rellenoando con cera blanda. Y por lo visto eso es todo —dijo Hugo, hojeando lo que quedaba de libro en busca de más ilustraciones que nos pudieran ayudar.

—¿Por qué es un taller de mujeres? —le pregunté, un poco intrigada—. ¿En vuestras vidrierías no trabajabais solo hombres?

—Así es, pero puedo entender que en este caso se contratasen solo a mujeres. ¿Has visto las manos de mi hermano?

La pregunta me cogió desprevenida y casi desmoronó el regio edificio en que me había convertido.

*Que si las he visto, pensé. No hay noche que no las extrañe.*

Hugo no esperó mi respuesta, era una vez

más una pregunta retórica.

—La mayoría de los hombres de los talleres de vidrio no son capaces de sacar adelante los trabajos más finos. Es una cuestión física, tienen las manos enormes, trabajadas a base de sujetar las pinzas y las cañas a pulso. Yo tuve suerte, las mías son medianas y finas para ser un hombre, y no me las había estropeado todavía cuando el patrón comenzó a pedirme que me encargara de los acabados. Las manos, cuanto más pequeñas, mejor. Y para fabricar perlas y agujerearlas, desde luego que contrataría a mujeres, aunque suene extravagante. ¿Puedes traer tu collar de alabastro?

Me levanté y subí las escaleras en busca de mi joyero, pero antes me asomé a la habitación de Anthony. Me acerqué a su cama, dormía con una mejilla aplastada sobre la almohada. *Si él está bien, todo está bien*, me repetí una vez más. Forjé ese pensamiento el día que nació, me lo había dicho a mí misma millones de veces.

Pero no estaba bien. Lo noté cuando posé mi mano sobre su frente, dispuesta ya a marcharme

a por el nuevo juguete mental de mi marido. Anthony no estaba bien.

Ardía, ardía como un incendio.

Mi «yo» entrenado en desgracias no perdió la calma. Aplasté toda mi preocupación bajo el tacón, me moví rápido. Sabía lo que había que hacer. Fui a por la palangana, mojé un paño con el agua fría. Habíamos pasado por aquello tantas otras veces... Desperté a Miri, que me observó durante un momento sin comprender. Legañosa y sonámbula me respondió, pero aún estaba dormida. Bajé las escaleras, recité las nuevas a Hugo. Me hice a un lado y le dejé sitio. Ahora los dos estábamos al frente de un negocio que se llamaba «salvemos a nuestro hijo». Éramos socios. Cuando Anthony estaba enfermo no había codazos, ninguno de los dos sobraba. Hugo corrió escaleras arriba, tocó al niño, evaluó la situación.

—Esta vez está más caliente. —Y su voz parecía un gemido, no era propio de un hombre de su complexión.

—Lo sé.

—Desnúdalo. Miri, ponle paños en las axilas, trae más agua fresca.

No hubo lugar para los reproches, para un «te lo dije, pasó demasiado tiempo en el agua. Ha cogido frío en los riñones, ahora tiene infección de orina de nuevo». Él sabía lo que yo pensaba y no iba a recordárselo.

Ese aire maligno que tenían ciertas noches de Tahití se había apropiado del dormitorio. Nos rodeó una inquietud que helaba huesos y enmudecía voluntades. Cinco horas después la madrugada entró a través de los visillos. Hugo y yo nos habíamos alternado, en un engranaje perfecto, colocando compresas frías en el cuerpo de nuestro hijo.

Anthony era madrugador, debería haber abierto los ojos ya. Hugo le susurraba palabras de padre atento al oído: «Despierta, hombretón». Pero Anthony no escuchaba. Nos dimos cuenta de que estaba inconsciente y no sabíamos desde hacía cuánto. Hugo salió de la habitación, sin cambiarse de traje desde que el día anterior, hacía ya una vida, habíamos ido a visitar al

esquivo de su hermano.

Hugo no necesitó decirme su destino, habíamos pasado ya por lo mismo. Trescientas veces al año los primeros años. Hugo se apresuró a buscar al doctor Gouzer en el Hospital Militar de Vaiami. Mi marido le pondría al día, le recitaría un informe médico exhaustivo y profesional, el doctor nos conocía y diagnosticaría la gravedad de la presente infección basándose en los matices de la voz firme de mi esposo.

Cuando llegó nos tranquilizó con la mirada e inyectó a Anthony un antipirético que le bajó las fiebres en veinte minutos. Pero eso no era lo que nos inquietaba. Las fiebres eran las mensajeras, nada más. Siempre anunciaban la visita de un mal que después castigaba el cuerpo con otros síntomas más dolorosos.

El doctor Gouzer nos confirmó la infección de orina. Otra vez. Anthony se iba a desgañitar de dolor cada vez que tuviese que aliviar la vejiga.

—Duele como sal en una herida —me dijo una vez mi hijo. Y yo me quedé preguntándome

de dónde había sacado un niño tan pequeño esa imagen. Luego pensé en la Biblia. A Anthony no se le escapaba ni una. Era un pequeño zorro, como mi hermano, con las orejas siempre apuntando hacia los ruidos interesantes.

Pasaron los días, nos hicimos a la idea de que no habría descanso para Anthony ni para nosotros, de que nunca podríamos confiarnos. Siempre habría una complicación, una infección, un problema, un «pero»...

Hugo no se separó del lado izquierdo de su cama, ni yo del derecho. Dirigía el colmado desde casa, dejó a Florian, nuestro empleado, todas las gestiones. El pobre muchacho iba y venía, con las ojeras más acentuadas según iban pasando las jornadas.

«Mademoiselle Langomazino reclama esas postales artísticas de París que usted le prometió para el jueves».

«O'Keefe quiere saber si duplicamos el pedido de ron. Le parece demasiado para una isla con tanto francés. Disculpe, patrón, es lo que ha dicho él».

«La infección está durando demasiados días, la tiene bien agarrada a los riñones», nos decía el doctor, que nos visitaba cada día y nos dejaba sus recetas para comprarlas en la farmacia de Cardella. El bueno del alcalde enviaba a su criada con los medicamentos, ni siquiera teníamos que molestarnos en salir de casa. Yo me juraba que no volvería a dejar que Anthony se metiese en el agua. Y sabía que a Hugo se le olvidaría en unas semanas. Me juré que la enfermedad de Anthony no me desgastaría, pero no dejaba de preguntarme: *¿Cuántas veces más podré pasar por esto?*

Hugo se abstrajo con su nuevo proyecto, lo llamó «las perlas manacorenses». Había puesto al día a su hijo del proceso de fabricación de las celullillas de vidrio soplado, y no cesaba de perpetrar dibujos y croquis de talleres con su propio método, que, a su entender, mejoraría mucho la productividad de un negocio como aquel. Anthony ni asentía ni desmentía, era un crío de seis años derrotado por una infección que le duraba ya demasiados días.

## 47 LOS MUELLES

*Bastian*

*Papeete, mayo de 1899*

El funeral se celebró un lunes a las doce del mediodía. Toda la colonia francesa acudió en masa a despedir a mi sobrino. Los estrechos pasillos del cementerio se llenaron de vestidos y trajes que, por una vez, eran negros y no lucían su immaculado blanco colonial.

Miré a mi hermano, frente a la tumbita blanca de Antón.

La misma sangre, distintas heridas.

¿Yo tenía esos ojos de lunático cuando murieron mi esposa Suen y mi hijo Natsumi?

El rostro de Laia no delataba ningún sentimiento, salvo unas ojeras tan violetas que se veía la noche a través de ellas. Pero trastabillaba al andar, lo aprecié varias veces. Se

aferraba al brazo de mi hermano y lo apretaba fuerte cada vez que estaba a punto de caer de bruces.

El sacerdote católico de Papeete era el mismo hombre enjuto que conocimos el día de nuestra llegada a la isla. Estaba más calvo y las venas se le hinchaban en la cabeza como gusanos. Seguía teniendo voz de ofidio y se sonaba la nariz constantemente con la estola como si no fuera consciente de que no estaba solo en su sacristía. Realizó sus aspersiones de agua bendita con un hisopo de plata y todos los que estábamos cerca de la sepultura recibimos algunas salpicaduras.

Yo me había visto obligado a escoltar a mi hermano y a su esposa, dada mi condición de familiar cercano del niño. Me tuve que colocar en un lateral, junto a mi propia tumba. Por lo visto Hugo no había tenido tiempo de retirar la lápida, o al menos de eliminar el grabado donde unas letras informaban de que yo había muerto en 1891. Por muy paradójica que resultase la situación, aquel primer acto público al que asistí

frente a mi tumba fue el que dejó claro a toda la colonia, sin ningún género de dudas, que yo seguía vivo.

Pasaron casi dos horas hasta que las sombrillas negras se marcharon y solo quedamos mi hermano, su esposa y yo.

—Me vuelvo a España —me soltó Hugo, sin más explicación—. Dentro de dos días. ¿Querrás venir?

—Sabes que no voy a irme de Tahití. ¿Lo has pensado bien?

*Qué estupidez de pregunta*, me reprendí en cuanto la frase salió por mi boca.

—¿Qué harás allí, Hugo? —pregunté, cambiando de tercio.

Mi hermano se quitó el sombrero de paño negro y se sentó sobre la losa de Antón Bontemps Kane, nacido el 15 de noviembre de 1892, muerto el 3 de mayo de 1899.

—Voy a intentar poner en marcha el negocio del que te he hablado, si es que a ti no te molesta.

—¿Por qué habría de molestarme? Si te vas al

otro extremo del mundo nunca seremos competencia, y aunque lo fueras, hay sitio para ambos —respondí, incómodo.

Hugo me había hablado durante las últimas semanas, cuando me acercaba a Papeete a visitar a mi sobrino enfermo, de su idea de montar un taller para fabricar perlas de vidrio de imitación. Lo habría encontrado delirante si no fuera porque mi trabajo de cultivar perlas era más delirante aún.

—¿No puedes tantear el terreno desde aquí, sin dejar desatendido tu negocio?

—Necesito ir a Manacor, necesito recuperar los contactos que teníamos en el taller. No puedo montar un negocio si cada carta tarda casi dos meses en llegar. Imposible detallar algo tan técnico desde aquí, contratar a un químico para dar con la Esencia de Oriente, conseguir los permisos de apertura de negocio, encontrar un buen local y un encargado responsable...

Miré a su esposa, que estaba del todo ausente, con la mirada fija en la tumba de su hijo. Susurraba oraciones, o hablaba sola, no lo sé.

¿Quería Laia Kane irse de Tahití?

*Claro que sí, nunca ha apreciado la isla,*  
me dije.

—¿Volverás? —le pregunté, tratando de  
hacerme a la idea. *¿Volveréis?*

—Por supuesto, solo serán unos meses, por  
probar.

*Por huir, como yo. No me cuentes lo que ya  
he pasado.*

—¿Vendrás a despedirme? —preguntó, casi  
diría que rogó.

—Allí estaré, hermano. —Le di un beso a la  
crucecita blanca y me alejé, sospechando que  
querrían estar solos—. Señora...

Laia, o más bien su sombra, asintió  
mecánicamente, como una marioneta articulada  
por hilos.

Tuve que despertar mucho antes del alba para  
llegar a tiempo a la despedida en el puerto de  
Papeete. La rada lucía en la noche cerrada un

aspecto desacostumbrado, libre de estibadores y del movimiento usual de las mercancías que bailaban a plena luz del día.

Una farola de electricidad diluía dos sombras que se susurraban con la cotidianidad de los casados. Mi hermano y su esposa, de riguroso luto, demacrados y casi albinos, me esperaban cargando las maletas por la pasarela del *Oceanien*.

Aquel ambiente espectral me transportó por un segundo al puerto de Yokohama, a mi trabajo de cazaturistas occidentales, y me escoció el recuerdo cuando mis pensamientos me guiaron hasta el local vacío donde me propinaron aquella paliza. No, aquello ya no era el Japón, estaba de nuevo en casa, en una isla que me era benévola.

Me acerqué a ellos, renqueando con un bastón que Hugo se había empeñado en regalarme. Mi hermano me obsequió con un incongruente apretón de manos, como si fuésemos socios y acabásemos de pactar el precio del kilo de vainilla en las aduanas. Estaba ido, muy lejos de aquel muelle. Me dejé de pamplinas y lo abracé.

—Solo serán unos meses, volveré —insistió.

—Cartéame como un buen hermano.

—No dejaré de hacerlo. —Casi rio.

Y ambos, Hugo y esposa, subieron por la pasarela del vapor con pasos cansados, como si la atmósfera de la isla pesase más aquella madrugada de abril.

Sentí un relente en la nuca cuando los perdí de vista detrás de la barandilla de cubierta. Me quedaba solo en la isla, era el único español que quedaba, pese a que me sentía más maorí que europeo.

Hugo se había ido y la muchacha que un día creí mi *vahiné* se iba con él.

Fue entonces, a punto de darme la vuelta, cuando la muchacha bajó por la pasarela de nuevo, arrastrando su pesada falda negra como una medusa. Hugo se quedó apoyado en la barandilla, sin dejar de mirarla. En cuanto pisó de nuevo la rada, dos rudos operarios del barco

tiraron de las amarras para elevar la pasarela.

—Señora, va a perder su barco —acerté a decir, atónito.

—No, yo me quedo.

—No comprendo.

—Ni siquiera me ha pedido que vaya con él. Esta huida es solo suya —dijo, apretando los puños atrapados en sus mitones negros alrededor de la tela de la falda—. Además, ¿quién se hará cargo del negocio? ¿Quién pagará el alquiler de nuestra casa? Son muchos los asuntos que no podemos dejar desatendidos en Tahití.

*De modo que no te vas. Eres la más valiente de los tres.*

Frente a nosotros, el barco se alejaba a cinco millas por hora. Adiviné la figura de Hugo acodado en la popa, mirándonos fijamente, o tal vez no a nosotros, sino a las siluetas negras de los edificios de Papeete.

Laia y yo nos quedamos rodeados de oscuridad, incapaces de movernos en aquella elipse de luz que nos arrojaba la farola, como el

hijo menor de un sol doméstico y manejable.

Nos aguardaron un incómodo silencio, una brisa marina casi fría, el olor putrefacto de los peces muertos contra las rocas del espigón.

Con mi hermano no había sido capaz, pero frente a Laia, todo un coágulo de culpa que me había crecido en los pulmones y no me dejaba respirar desde hacía dos semanas salió atropelladamente, sin pedirme permiso, como el gemido de un animal no clasificado aún.

—Siento lo de su hijo. Siento lo de Antón. No... no puedo dejar de pensar en lo inconsciente que fui.

Y caí de rodillas frente a ella, exhausto de soportar por tanto tiempo todo el peso de la mala conciencia. Bajé la cabeza rendido, dejé mi nuca expuesta, como un reo esperando ser decapitado.

—¡Levanta, vamos! Alguien puede vernos y no estoy para murmuraciones —susurró, apurada, casi furiosa.

Yo la obedecí, recobrando en un momento la lucidez que acababa de perder.

—No te culpamos. Tanto Hugo como yo éramos conscientes de que cualquier día pasaría. Las malditas complicaciones. Pero debes prometerme que no volverás a mencionar a mi hijo. Si no hablo de él, puedo fingir que solo fue un producto de mi imaginación, que me lo inventé para no estar aburrida en Papeete, que nunca existió más que en mi cabeza. Ni siquiera puedo hablar de él en voz alta. Mi marido tampoco, hemos tirado todo lo que le perteneció. Mi casa vuelve a ser una casa habitada solo por adultos.

—Pero encontrarán algo de él. Un día, sin buscarlo, encontrarán algo suyo, una cuchara, un botón perdido, un libro que el muchacho dejó a medias y marcó... y entonces el dolor vendrá, señora. Si hay algo seguro es que no va a poder esquivar ese dolor.

—Y entonces me partirá en dos..., lo sé, Bastian. Solo estoy retrasando ese día. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Hace mucho, pero era un crío.

Su mirada fue a parar al suelo mojado del

puerto.

—Siento el daño que te hice —dijo Laia, entre dientes.

*No fue a mí, fue a otro. A mí ya no puedes herirme.*

—Vamos, señora. Está amaneciendo y este puerto se llena de pescadores que no querrán verla con su cuñado.

Entonces me arrepentí: de la dureza de mis palabras, de la tortura gélida a la que la sometían cada uno de mis gestos, del reproche ciego con que la castigaba mi mirada cada vez que nuestros ojos coincidían.

*Ya es suficiente, Bastian. Suelta lastre. Déjala en paz,* me ordené.

Y fui tras ella. Me había dado la espalda y abandonaba ya los muelles rumbo al entramado de las calles de la villa.

—¿Va a necesitar algo estos días, señora?

Ella ni se giró, aunque fue educada y disminuyó el paso que yo no podía seguir debido a mi cojera.

—No, Bastian. Lo cierto es que no.

—No debería ir sola a su casa a estas horas de la madrugada —insistí—. No debería... no... Laia, usted no debería pasar por estos momentos tan duros así de sola.

Mi cuñada continuó andando, sin mirarme, y finalmente me dejó atrás.

—Aunque esté acompañada seguiré sola. Llevo mucho tiempo completamente sola —dijo y desapareció por la esquina del último almacén del puerto.

## 48 LA FIESTA NACIONAL

*Denis*

*Papeete, marzo de 1930*

Denis llegó al hotel al anochecer. Estaba empezando a llevar la contabilidad de la granja de perlas. Tanto Matahi como Bastian le habían dado el visto bueno para que revisase los prosaicos cuadernos mercantiles y le servía de

excusa para pasar el día entero en la granja. Hiva acudía muchas tardes y se zambullía con sus hijos, a los que ya aleccionaba con las bateas de ostras.

Habían pasado muchos días desde su última llamada a su hermana, y las dudas de lo que estaba ocurriendo en realidad en Mallorca eran lo único que le mantenía insomne.

Finalmente se decidió a llamar. Conocía los riesgos, pero Denis no era un hombre que soportara durante demasiado tiempo las incertidumbres.

*Mejor saber, Denis. Mejor saber,* se dijo y descolgó el auricular.

En Mallorca le respondió, llena de cautela, la voz de Ada.

—Denis, pensé que no volverías a llamar.

Denis suspiró, sin saber muy bien por dónde abordar la conversación, ¿cuánto estaba arriesgando con aquella llamada?

—No te fías de mí, ¿verdad? —dijo Ada, sin esperar su respuesta—. Por eso colgaste, no me creíste... Denis, han cambiado muchas cosas

durante tu ausencia. Alejo y yo estamos sacando adelante la fábrica, pero nos sentimos en deuda contigo, no queremos seguir con el asunto del cuadro y tu bastardía, pero Aurora ha contraatacado. Ha traído un buen abogado de París, un amigo de Pierre Loeb, dicen que está a punto de conseguir el sobreseimiento del proceso de su hijastro por falta de pruebas. La opinión pública no sabe ya qué pensar y Galmés se mueve rápido. Ayer vino a tu despacho a presionarme. Por lo visto detuvo a ese amigo tuyo, el marino...

—Sansón —dijo Denis, tragando saliva.

*Sansón no dirá nada. No dirá nada.*

—Sí, Sansón. Denis, ese hombre les ha contado que te ayudó a escapar a Francia. Galmés me dijo que ha empezado a colaborar con la gendarmería francesa, saben que desembarcaste en Marsella. Si estás escondido en Francia, deberías huir cuanto antes...

Denis tragó saliva. Por fin comprendió que su hermana no le estaba traicionando. Tan solo, y una vez más, le ofrecía toda su ayuda.

—No te preocupes por mí, Ada. Duerme tranquila, no me cogerán. —Y dicho esto colgó.

Le dolió la traición de Sansón, aunque aquella larguísima noche en la que barajó todos los posibles escenarios llegó a la conclusión, tal vez al deseo, de que Fausto Galmés encontró algún desatino legal en el pasado de Mateo Sansón con el que forzar su confesión. Le costó dormir pensando en las repercusiones que podría traerle el hecho de que la policía francesa estuviera buscándole. ¿Cuánto tardarían en deducir que estaba en Tahití?

Llegó a la granja de su tío Bastian distraído y taciturno. Bastian no quiso preguntarle. Se sentaron en silencio y compartieron una mañana más de labor. Después, como cada mediodía, Bastian reanudó su relato.

«Estábamos seguros de que aquel año nuestro distrito de Paea ganaría el concurso de *himenés* del 14 de julio, la Fiesta Nacional. Cada distrito

elegía unos colores y un atuendo, preparaba sus bailes y sus canciones. El coro de Paea se había decantado por el verde y el blanco. Habían ensayado durante meses, reunidos por las noches en la playa, venciendo sus miedos a los *tupapau*.

Los ocho premios que la Administración colonial ofrecía aquel año eran bastante suculentos: seiscientos francos para el mejor distrito, ciento cincuenta para el segundo y tercero, setenta y cinco para el cuarto y el quinto, y cincuenta francos para el resto. Los maoríes lo habían interpretado como un intento del gobernador Gallet de congraciarse con ellos, después del mal recuerdo de la batalla de Raiatea. Tal vez un primer paso para el hermanamiento, para la convivencia de las dos razas.

—Deberías participar —me insistían de camino a Papeete, con esa buena fe que tenían los nativos.

—Os haría perder, y lo sabéis —reí, picando las espuelas del caballo.

La fiesta comenzaba a las ocho de la mañana, no debíamos llegar tarde. El sol había amanecido naranja y rojo, sin una sola nube a su alrededor. El día iba a ser caluroso, de los que calentaban el agua del océano y la ponían a hervir.

Un buen rato más tarde, accedíamos a la villa desde el sur, cruzando el barrio chino. No solía frecuentarlo en los últimos tiempos, pero poco o nada había cambiado su fisionomía en los últimos años. Los mismos farolillos rojos colgados en la entrada de los comercios, los carteles verticales con inscripciones trazadas con tinta negra de calamar, el eterno olor a matadero.

Fue entonces cuando me pareció ver a Xiani, la primera casera que tuvimos Hugo y yo al llegar a Tahití, o al menos esa mujer ajada se le parecía. Frené mi caballo con las riendas y bajé a saludarla, pero ella no compartió la curiosidad al verme.

—Yo te conozco, ¿verdad?

—Sí, Xiani, estuve en tu pensión hace años, con mi hermano.

Me hizo un gesto adusto, mientras refrescaba el suelo de la tarima donde estaba, esparciendo el agua de un pequeño barril de madera.

—Ya no tengo la pensión. Los franceses piden tasas de seiscientos francos por mantener un negocio de primera categoría. Yo no puedo pagar.

—Y ahora ¿dónde trabajas?

—Soy camarera en el restaurante de mi hermano, pero ya no soy dueña de negocio.

Me obsequió con una mirada malhumorada y continuó con sus quehaceres.

—¡Déjala, están amargados! No les hemos dejado participar en la Fiesta Nacional —me gritó un vozarrón desde la pasarela de enfrente.

Hacía ya tanto calor que nadie osaba quedarse parado en mitad de las anchas calles de Papeete. Las pocas almas que había en el barrio buscaban la sombra bajo los soportales de los edificios. Yo hice un gesto a Timi para que continuaran sin mí, los encontraría más tarde en los jardines del antiguo Jardín Real.

—Querido Gauguin, ¿cómo es que viene a

Papeete el día de la Fiesta Nacional?

—Soy el más salvaje de los franceses, pero soy francés, al fin y al cabo —dijo, componiendo una de sus exageradas poses—. ¿Y se puede saber qué hace en este barrio y con una *coolie*? Son una plaga, nos traen enfermedades y epidemias, nos quitan el trabajo a los europeos con sus negocios. Hasta nos queman la villa.

—¿Que nos la queman? ¿Ya estamos con ese cuento otra vez?

—¿Cómo? ¿Que no lo cree? —exclamó—. En el año 84 incendiaron gran parte de Papeete, sobre todo el paseo Marítimo y la rue de la Petit Pologne. Y fueron ellos, se lo aseguro, fueron ellos. Y vuelven a hacerlo. Ha habido ya varios conatos de incendio en las calles de Papeete últimamente, la gente de la villa está alarmada.

—¿Y por qué querrían quemarnos precisamente ahora, Paul?

—Porque no pueden pagar los impuestos que les exigimos. El gobernador ha subido todas las tasas para los negocios chinos. Porque ellos quieren abrir más y más, colonizarnos a

nosotros, los europeos, hacerse con esta isla que no es suya, echarnos a todos, a los franceses, a los ingleses, hasta a los canacos...

—Ande, vamos —dije, atajando la eterna cuestión—. No quiero perderme la fiesta.

Nos acompañamos el uno al otro camino del puerto. Según nos íbamos acercando, las calles se iban llenando de maoríes de todos los distritos, de las mujeres de los colonos engalanadas de abalorios, de música militar de la orquesta colonial y de banderas tricolores en todos los edificios oficiales.

Pasé por enésima vez frente a la mansión de mi hermano y mi cuñada, en la rue Collet. Las primeras semanas había insistido en visitarla, pero su criada me informaba invariablemente de que no salía de su cama.

—No visita a nadie y solo recibe al dependiente que se ocupa del negocio. No es por usted, es que necesita pasar el duelo como el buen Dios manda.

No pude evitar pensar en que siempre la dejaba sola con sus duelos, pero ella no me lo

ponía fácil. Y me mataba la duda de si debería insistir un poco más, solo un poco más, y tal vez ese poco más marcara la diferencia entre ser ayudada y consolada o ser extraños de nuevo.

A las ocho en punto se lanzaron veinte salvas desde la fragata *Reine Branche* y un golpe de cañón respondió desde la batería del monte Faaire. En esta ocasión las salvas fueron limpias y no regaron la isla de cuerpos desmembrados.

Después soportamos bajo un sol delirante el consabido desfile militar que nos guio como ovejas mansas al recinto de los jardines del gobernador. Allí comenzaron otros juegos: las carreras sobre tierra, la competición de lanzamientos, las carreras de barriles, exportadas de la región de Aquitania por alguno de los anteriores gobernadores. Consistían en hacer a lomos de un caballo un recorrido en forma de hoja de trébol marcado por unos barriles. A los franceses aquella prueba les puso nostálgicos, pero para sorpresa de todos, la ganó un maorí llamado Tihoni, que se llevó quince francos.

Un viento hecho de puro calor comenzó a rondarnos y exaltó aún más los ánimos. Cuando las pruebas se decantaban hacia la victoria europea, los colonos aplaudían ruidosamente, incluso se escuchaban exabruptos obscenos de tanto en tanto. Si los maoríes ganaban cualquier carrera, todos los nativos emitían gritos de guerra que ponían la carne de gallina al más templado.

Se sucedieron varios concursos de tiro, a doscientos metros, cinco disparos. Dividieron las pruebas en armas de guerra y armas de toda procedencia. También hubo un premio de honor para el gobernador, pese a que hizo una actuación deplorable. Ningún maorí osó competir, todos entendimos la trampa: si sacábamos alguna arma, nos la confiscarían. Querían asegurarse, después de la sangría de Raiatea, de que en los distritos no quedaban armas. Ganaron Masson, Levy y Lucien, todos soldados de infantería. Cien francos para cada uno. Qué más daba. Todo para ellos.

Comenzó por fin el concurso de los *himenés*,

los cantos corales y las danzas. Concurrimos los distritos de Vairao, Papenou, Taunoa, Papeari, Tautira, Pirae, Punaauia, Papara, Faaa, Tiarei, Mahaena, Haapiti de Moorea y el más remoto, Taiohae de las Marquesas.

El distrito de Papara fue el primero, con coronas rojas, naranjas y amarillas y luego comenzaron los marquesinos. Se decía que aquel remoto archipiélago permanecía casi virgen de la tutela europea, y a la vista estaba. Sus *vahinés* no vestían con esos sacos que les tapaban todo menos el rostro —los vestidos misioneros—, ni siquiera usaban pareos anudados a los riñones. Lucieron las faldas de las antiguas celebraciones, simples cintos de fibras vegetales, hojas largas y estrechas de palmeras, collares espesos de flores que ocultaban a veces el pecho y otras veces no. Comenzó un movimiento frenético, el *tamure*, un baile que simulaba los vaivenes del amor, y recordé las manos sensuales de Vaimiti, la puerta del placer que me empujó a aquel paraíso que ahora era mi hogar.

Las mujeres marquesinas agitaban sus caderas tan rápido que el movimiento no parecía venir de este mundo. Al menos las mujeres que yo conocía no eran capaces de aquel subir y bajar.

*Santa Madre de Dios*, pensé, excitado.

Hacía siglos que no veía una cintura de mujer. Noté que me crecía una erección y eché de menos mi pareo, en cuya holgura todo se disimulaba mejor.

Los coloniales a mi lado se desataban un poco el nudo de la corbata y tragaban saliva, como yo. Todos fumaban sus puros, algunos se olvidaron de sacudir la ceniza, que quedaba sujeta al puro sin fumar. Se olvidaron también de dar conversación a sus esposas. Habían quedado reducidos a un par de ojos grandes y abiertos, como de pez sorprendido.

Por una vez las nativas eran las dueñas de la situación y reían, coquetas y risueñas, con un poder que intuían y las hacía brillar más. Eran puro color, flores luminosas frente a las cucarachas albinas y tapadas que eran las

coloniales. Las francesas sabían que no podían competir. Habían sido educadas para rezar el rosario y parir con dolor, no para retozar desnudas con sus amigas bajo una cascada.

La danza fue desplegándose y entraron en escena los marquesinos, hombres inmensos de rostros fieros, chocando las rodillas, abriendo las piernas y cerrándolas como ningún europeo sabía hacerlo.

Comenzaron a escucharse las primeras voces disonantes.

—¡Qué vergüenza, dar este espectáculo el Día de la Patria!

—No hay respeto.

—¡Qué sucio libertinaje!

—Aún no les hemos inculcado el respeto por la República Francesa.

*Lo que quieran, pensé, pero esta noche el mercado de la carne de Papeete estará lleno de colonos aún erectos que buscarán su porción de piel indígena a cinco francos. Cuando despidan a las mujeres y digan que se quedan hablando de sus negocios.*

Fue entonces cuando una sotana negra y un cráneo de calva tensa se internaron en aquella selva en movimiento y pararon el baile. Los cuatro gendarmes y los miembros del jurado seguían al sacerdote católico.

—En el nombre de Nuestro Salvador Jesucristo, les exijo que interrumpan inmediatamente estas manifestaciones dionisiacas —gritó en francés, alzando los brazos.

Todos intuimos que los marquesinos no habían entendido ni una palabra del discurso del cura, pero la presencia de los gendarmes había bastado para detener la fiesta de los nativos.

—No nos queda más remedio que castigar este insulto con una multa por indecencia pública —masculló Charpillet con autoridad—. Obviamente quedan descalificados de la prueba. De hecho, quedan descalificados todos los distritos.

El viento se había ido levantando a lo largo de la mañana, un viento cálido y opresivo, como el siroco o el *xaloc*, como lo llamábamos en

Mallorca. Mi padre solía decir que era «el viento de los locos» y que las noches en que soplaba los calabozos se llenaban, los crímenes sangrientos aumentaban y las mujeres debían correr a refugiarse en armarios bajo llave.

Después hubo un momento de tensión, los maoríes gigantes de las Marquesas, con coronas y helechos, rodearon al jurado en silencio como si se lo fueran a comer. Yo me coloqué discretamente junto a mi hermano Timi, no quería que hiciera ninguna tontería.

—¿Aún son caníbales? —le pregunté al oído, sin dejar de mirar a los guerreros.

—¿De verdad quieres saberlo, o en el fondo de tu alma ya lo sabes?

No tuvo más remedio que hacer su aparición el gobernador Gallet. Arrojó al césped el puro encendido y se dirigió al epicentro de la tormenta, entre el sacerdote y el jefe del distrito de Taiohae, un marquesino que le doblaba en envergadura, pero que parecía un hombre razonable.

—¡La Fiesta Nacional continúa! —gritó, con

ademanes de director de circo—. ¡Pueden acercarse a las barracas, hay gofres a disposición de todos y *nougat* de Montélimar!

El núcleo duro del enfrentamiento se disolvió poco a poco. Las trompetas de la orquesta militar comenzaron a tocar sus himnos marciales y muchos de los *himenés* de los distritos decidieron abandonar la fiesta en ese mismo momento. Ya no teníamos nada que hacer allí.

Escuché a un grupo de notables murmurando entre ellos:

—Seiscientos francos en premios para esos cánticos salvajes, era un dispendio. Natural que lo hayan anulado. Las arcas de la Administración no se lo podían permitir —dijo, el más exaltado de todos ellos. Fumaba sin descanso y gesticulaba con el bastón.

—Al menos casi todos los demás premios han ido a parar a manos francesas —convino un anciano.

—Y aun así no puedo entender que permitan ganar algunos de esos premios a los canacos. ¿Qué hace un salvaje con el dinero, cocinarlo,

comérselo? —terció un tercero.

—No es cosa de broma, señores. Estamos asfixiados por los impuestos y ningún proyecto importante, como el ferroviario o el de la fábrica de fosfatos, sale adelante por falta de fondos municipales. Yo desde luego voy a hacer lo posible por que esto no se vuelva a repetir, hablaré con el Consejo General. Si no veo una propuesta en firme para que el próximo año esto no se repita, mi próximo voto no irá para la reelección de Gallet.

—Yo le secundaré, Lemoine. Si le parece, mañana tratamos el asunto en el Club Militar. Y estos canacos..., pensé que con la revuelta de las islas de Sotavento habían aprendido quién manda. Tal vez haya que darles otra lección.

—¿Algún tipo de escarmiento? —preguntó Lemoine.

El otro asintió, cómplice.

—Mire a su alrededor, esto es un polvorín. Y no lo digo solo por los canacos. ¿No se ha dado cuenta de lo que nos rodea?

Y era cierto, la presencia de *coolies* dispersos

fuera del recinto, sin dejar de observarnos era inquietante.

—La plaga china trama algo —masculló Lemoine.

La Fiesta Nacional terminó antes del anochecer, deslucida ya sin el colorido de los *himenés*, que habían marchado de vuelta a sus distritos, tensos y malhumorados. Timi y compañía habían abandonado Papeete hacía un buen rato, yo me había quedado con mi caballo, después de aceptar una invitación de Gauguin para ir al puerto a emborracharnos de absenta. Últimamente mi amigo estaba de un humor de perros, pero más me preocupaba que su estado de ánimo no mejoraba desde la muerte de su hija Aline a causa de una pulmonía hacía un par de años. En ocasiones me hablaba de dejar de pintar y buscar un oficio burocrático y gris. Los días más oscuros, de tirarse al monte y envenenarse con arsénico.

—Quisiera morir como Sócrates, a base de cicuta —me argumentaba—, pero ¿quién consigue cicuta en los Mares del Sur?

—Deje de decir sandeces, que para acabar con un necio como usted nos basta con una piragua y un tiburón. No tiene más que pedírmelo y yo lo dispongo todo. Dicen en la colonia que tengo experiencia.

Y reíamos y brindábamos, pero yo sabía que su risa era falsa, que había mucho más tormento del que me dejaba ver.

En las tabernas de los muelles encontré al capitán Richardson, que se unió a nosotros en una mesita de la terraza. En el local que elegimos hacía tal calor que hasta el dueño se abanicaba en la calle con un trapo de limpiar mesas.

Todos estábamos sudorosos. La camisa me sobraba, estaba empapado y en lo único en lo que podía pensar era en darme un baño en la cala de Faaa, camino de vuelta a mi cabaña. Por fin pude despedirme y monté a caballo, rumbo hacia el camino que circunvalaba la isla. Fue entonces cuando, de espaldas ya a los últimos edificios de Papeete, me di cuenta de que algo no iba bien. Percibí un olor a madera quemada,

vi el reflejo de un resplandor en las hojas anchas de los cocoteros. Cuando me giré de nuevo, mirando hacia la villa, vi varias llamaradas elevándose hacia la noche cerrada.

Me temí lo peor y puse el caballo a galope, entrando como un ciego hacia el humo de las avenidas desiertas.

Se escuchaban gritos, órdenes, maldiciones y mucho trasiego en el centro. Vi a un *popa* correr a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté, entre toses.

—Dicen que unos encapuchados han recorrido las calles con antorchas, quemando los jardines y nuestras casas. Son los *coolies*, nos quieren quemar a todos.

En cuanto llegué a la rue Collet, me salió un gemido que me raspó la garganta. La mansión de mi hermano y de Laia Kane era una de las afectadas.

*No puede haberte pasado nada malo, Laia. Ya no soporto otra desgracia más, me dije, desesperado».*

## 49 FUEGO

*Bastian*

*Papeete, julio de 1899*

Desmonté del caballo de un brinco, corrí hacia el jardín de la casa y salté sobre la verja. Parte del primer piso había sucumbido a las llamas, pero el fuego no había encontrado mucho más que devorar y se había extinguido por sí solo. Quedaban maderos chamuscados, escombros, mucho humo.

Intenté orientarme en la oscuridad. La noche era cerrada y solo funcionaban dos o tres farolas en toda la calle. El griterío se escuchaba cada vez más lejos. El epicentro del desastre había pasado por delante de la rue Collet y no se había detenido allí.

No había visto a Laia en todo el día. Supuse que seguía enclaustrada en su casa por el luto.

*Has sobrevivido, una vez más. Tienes que haber sobrevivido.*

Entré en la casa por el hueco de una pared que el fuego había devorado. Grité su nombre, busqué su cuerpo bajo los muebles humeantes. El resplandor de las pocas llamas que aún resistían iluminaba lo que quedaba del salón, ahora hecho trizas.

Vi el retal de un vestido bajo una mesa con las patas rotas y un brazo que se movía, pidiendo ayuda. Tiré de él, ansioso, era Laia Kane.

—¡Señora, ya ha acabado todo!

Ella se aferró a mí, temblando.

—¡Deja de llamarme señora! —me gritó, abofeteándome—. ¡No lo soporto!

Le sujeté las muñecas para que no me golpeará más. Quedé sobre ella, sentado sobre sus caderas, jadeando por el esfuerzo de la carrera. Nos miramos a los ojos como quien abre una puerta tapiada, y toda la rabia de los años que habíamos permanecido separados se volvió contra nosotros. Y allí, sin excusas, la penetré casi violentamente, sin prepararla con

caricias como ella me enseñó una noche en mi cabaña.

—¡Maldita sea! Pudimos tenerlo todo y lo despreciaste —le grité, mientras la cabalgaba con toda la ansiedad acumulada durante una década—. Una vida sin complicaciones en el paraíso.

—Tu paraíso no era mi paraíso —dijo, entre jadeos, todavía retándome, todavía enfadada.

Ignoramos la urgencia de apartarnos de las llamas que nos rodeaban. Me habría dado igual quemarme allí, en el mismo infierno, con mi cuerpo dentro del suyo y amándonos como demonios.

Tenía ganas de Laia, demasiadas noches, demasiadas madrugadas añorando aquella piel que una y otra vez me traicionaba. Forniqué con ella sin perdonarle todo lo que me había hecho: acabar conmigo y dejarme sin hermano, dejarme sin familia en aquel extremo del mundo.

Pero después de la ira llegó una especie de calma sorda, cuando todo lo que queríamos disimular ya no tenía sentido. Dejé de montarla

como un maldito poseso y la intimidación que habíamos aprendido el uno del otro cuando fuimos jóvenes se impuso con el peso de una verdad desnuda, indisimulable.

Después, agotados y exhaustos, nos arrastramos al jardín, donde el aire no estaba tan viciado por el humo negro del incendio. Nos quedamos tumbados sobre la hierba, buscando algo de frescura en aquella noche en la que ardió el planeta.

—Deja que duerma esta noche aquí. Me quedaré hasta el amanecer y me iré con el alba —susurré, hablando como un loco.

—Podríamos escaparnos al Japón —terció ella, con voz risueña, tendida sobre la hierba que no había sido pasto de las llamas.

—Podríamos. —Sonreí, sin sopesar en serio su ocurrencia—. Pero no quisiera volver a empezar de nuevo, Laia. Antes era un nómada, pero la edad y esta isla me están volviendo sedentario. Buscaremos la manera de seguir adelante con esto. Solo necesito que me digas si tus intenciones son firmes, no quiero herir a

Hugo más de lo inevitable.

—Más de lo inevitable... —repitió, en su propio universo.

—Tenemos tiempo, él estará fuera cerca de un año, y le conozco, si su idea empresarial de las perlas de imitación cuaja, acabará quedándose en Manacor. En realidad nunca se ha ido de allí, consideró esta aventura de los Mares del Sur como un interludio. Tal vez ni siquiera tengamos que irnos de Tahití.

Callé por un momento y pronuncié las palabras que nunca debería pronunciar un hermano.

—Eres consciente de que vamos a abandonarle, ¿verdad?

—Nunca le haremos tanto daño como el que te hicimos a ti. Él está hecho de otra pasta, es como si no nos necesitase —dijo, apoyándose en mi pecho mientras hablaba.

—Lo sé.

—Todo lo que hemos pasado estos últimos años, Bastian... Debimos pasarlo juntos, ahora hemos crecido cada uno a su manera, como

hemos podido, como la vida nos ha dejado. Somos otros, te das cuenta, ¿verdad?

—Este vínculo será más fuerte que el de antaño. Tengo ganas de conocer a la mujer, no a la chiquilla —dije, mientras escuchaba voces que se acercaban—. Ahora tengo que irme, no deben encontrarte con tu cuñado.

Me cubrí mi desnudez con el pareo y me abotoné la camisa blanca tiznada por el fuego.

Ya no había rastro de las llamas, solo daños parciales en la planta baja del edificio, olor a chamuscado, cenizas que se levantaban con aquel viento traído del averno y que todavía quemaban en los brazos y en el rostro.

—¿Cómo es que estabas sola en casa, y el servicio?

—Le he dado la noche libre a Miri y a Manaba. Han ido a divertirse con Hinano. Vendrán en cuanto se haga de día —comentó, risueña, mirando a su alrededor—. Tal vez todo este estropicio me venga bien, ahora estoy obligada a salir de mi dormitorio y reparar todos los daños de la casa.

Se enderezó la falda y las enaguas e intentó recomponerse el recogido.

—Déjate lo suelto —le pedí, sonriendo al ver su melena negra enredándose con la ropa—. Nadie te verá ahora y a mí me gusta así.

Me miró y no me hizo ni caso, improvisando un moño alto con horquillas desperdigadas aquí y allá.

—Dentro de un par de horas amanecerá, Bastian. Vendrán los vecinos y las autoridades, tendré que estar arreglada para entonces.

—Y nadie debería verme por aquí, de momento. Estoy de acuerdo. En una semana volveré a Papeete, si te parece bien. No quiero dejarte sola una vez más.

Nos besamos antes de despedirnos. Sabíamos a humo y nos reímos de ello con complicidad, como chiquillos.

A mi pesar tuve que montar de nuevo en mi caballo y desaparecer de un Papeete chamuscado y somnoliento.

*Una semana*, pensé, feliz, mientras me adentraba en los túneles de los cocoteros,

camino de Maraa. *En una semana comienza la vida de nuevo.*

## 50 RECUERDOS DESDE MANACOR

*Denis*

*Papeete, marzo de 1930*

—Mira, te he traído algo de tu padre —le dijo Bastian, extendiéndole un sobre amarillo.

—¿Qué es exactamente? —Denis giró la carta manoseada. Estaba fechada en julio del año 1899.

*Siete meses antes de mi nacimiento, pensó Denis. Y mi padre en Manacor.*

—Una de las cartas que me envió mi hermano en cuanto llegó a Mallorca. Seguro que te interesa, así podrás ver cómo nació el negocio que tanto le ha dado a tu vida. —No había reproche en su voz, pero Denis se sintió incómodo.

Era extraña la sensación de leer palabras nuevas de su padre, por primera vez desde que había fallecido. Denis se tomó su tiempo para leer la carta:

*Mi querido hermano Bastian:*

*Hace apenas diez días que arribé al puerto de Palma y un jamelgo renqueante me trajo a nuestra añorada Manacor. Nueve años son un lapso enorme en la vida de un hombre, pero también en los de una villa como la nuestra. ¿Gustarías que comparta contigo mi primer impulso al pisar el suelo de Manacor? Sí, me fui a una casa de comidas.*

*Allí, con mi sombrero, mi bastón y mi billetera a rebotar pedí un guiso de conejo con cebolla. Y después me sirvieron unos caracoles cocinados a la manera de la isla. ¡Cuánto he echado en falta en Papeete las carnes de nuestros humildes animales! Para terminar de complacer mi estómago, un gató d'ametlla, ese bizcocho de almendras, esponjoso y graso, como debe ser. Me sentí*

*soberano y pagué una propina con mucha generosidad. Pero al salir a la calle de nuevo me topé con la verdad que mis ojos ilusionados no habían querido ver.*

*He querido hacer de esto una introducción edulcorada, pero he aquí la grave situación de nuestra isla. Eres ya un hombre y debes saber la verdad, cruda y amarga. Nuestra villa no remonta, amantísimo hermano. Prosiguiendo mi relato, al recorrer la plaza de Sa Bassa, el lugar de nuestros juegos infantiles, encontré un anciano enjuto sentado en los bancos de cemento del farolón. Se me quedó mirando desde su miseria y yo a él. ¡Era Guillem Roca! ¿Recuerdas, hermano? Nuestro compañero durante tantos años en las vidrierías Gordiola, el que se liaba cigarrillos de manzanilla para sus males de estómago, al que desemplearon a la vez que a nosotros. Después de un sentido abrazo, el que me parecía tan anciano contaba en realidad con cuarenta y cinco inviernos, pero el hambre*

*ha hecho mella en él y ahora es un cuerpo devastado. Me cuenta pesaroso que Manacor se ha seguido despoblando, que marchan todos los días nuestros jóvenes, con apenas catorce años y el consentimiento firmado por padres o hermanos mayores y entregado para que conste en las actas municipales; marchan, digo, a Buenos Aires o Santa Fe, en la República Argentina; los menos emigran a Chile.*

*«La filoxera», dice con gran pesar. La filoxera, esa plaga venida de Francia ha acabado definitivamente con todas las vides de la comarca del Migjorn y del Llevant. Desde 1887 que la padecen, ya lo sabes, y no tiene visos de amainar. Los payeses, hombres prácticos y curtidos en las penurias del campo, han plantado ocho mil almendros, y parece que este cultivo remonta un poco las maltrechas economías de la isla, cuando en septiembre se contratan temporeros para su recogida y acuden hombres, mujeres y niños deseosos de aportar un jornal a sus familias.*

*Después de este triste reencuentro he buscado una pensión conforme a mi situación monetaria actual, porque habrás aprendido ya que las apariencias recorren la mitad del camino del éxito en esta vida, querido hermano. Debo presentarme ahora como lo que soy: un importante hombre de negocios que ha hecho fortuna en las colonias francesas. Pero mis pensamientos están estos días divididos entre mis planes de montar una industria de perlas y la miseria que percibo a mi alrededor.*

*Aleccionado e instruido ya desde Papeete por mi esposa —¡qué mujer tan válida, estarás de acuerdo!—, he recorrido negocios, locales y he acudido al mercado que todos los jueves se instala en la plaza de las Verduras, delante de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, testigo de nuestros bautizos, comuniones, etcétera.*

*Preguntando a nuestras convecinas en el mismo mercado, he podido deducir el coste de los gastos diarios de una familia obrera:*

2,30 pesetas.

*Las fábricas que resisten esta crisis actualmente son las de cemento, electricidad, una serrería, las de jabón, tejidos, ferrerías, madereras y de espardeñas.*

*Continúa muy arraigada esa costumbre francesa del domicilio, o trabajar a destajo en las propias casas, sobre todo las mujeres, a quienes se les aprovisiona de la materia prima y se les paga por pieza terminada. Mi esposa me informó de que en Inglaterra la costumbre es remota, data como mínimo del siglo pasado. Creo que ella lo llamó putting out system, pero por Dios que no podría asegurarlo porque sabes que ese idioma tan ajeno a nuestra forma de pronunciar se me resiste y no consigo dominarlo como quisiera.*

*Pero no todo son malas noticias, creo avanzar a grandes pasos en los pocos días que llevo en Manacor. La semana pasada, afeitado y convenientemente arreglado, acudí a presentarme ante la sociedad gremial*

*llamada «Comercial e Industrial», presidida por un tal Joan Segura Miró. Allí he encontrado a los notables de esta villa, si sirve la comparación con la situación de Papeete. Abundaban los terratenientes locales, pero no he hallado en ellos voluntad alguna de invertir en negocios industriales. Creen que con los rendimientos del campo tendrán suficiente para ellos y su descendencia. Se desentienden del progreso, cruzan los dedos para que llegue lento y ellos no lo vean en vida.*

*Como ves, avanzo deprisa, pero me queda todo por hacer. Por las noches resuelvo bocetos de los aparatos que necesitaré para bufar las esferillas de vidrio que tal vez me cambien la vida, y, Dios mediante, tal vez algún día cambien la vida de Manacor.*

*Un sentido abrazo, tu hermano mayor, que te cuida y que te adora,*

*Hugo Fortuny*

*P. D.: Como ves, he vuelto a recuperar el apellido paterno, ya que me parece más conveniente en estas circunstancias.*

Denis terminó la carta y se la devolvió a Bastian en silencio. Había reconocido a su padre en cada una de sus palabras. Aquel era el Hugo que él había conocido, el que le había criado. Pero su entusiasmo empresarial le había dejado frío por primera vez. Porque Denis había empezado a asumir que su madre le fue infiel en algún momento. Y no le importó. Después de una vida de sentirse agraviado con la duda, no le importó. Y se descubrió, por primera vez en su vida, deseando ser hijo de su tío Bastian.

## 51 EL RECADO

*Bastian*

*Papeete, julio de 1899*

Había pasado una semana, larga y perezosa como aquellos días de julio. Una semana en la que contaba ostras injertadas en lugar de contar minutos, inmersiones en lugar de contar horas. Hinano había marchado hacía días a alguna reunión familiar y el trabajo en la granja me absorbía el día entero. Timi y yo terminábamos derrengados sobre la estera.

Pero ya era tiempo de acercarse a Papeete. Di varias vueltas por la villa, intentando despistar mis urgencias y mis prisas. Los coloniales fumaban sentados en sus sillas de ratán, escondiéndose del sol en las balaustradas de madera blanca. Hablaban todavía de los disturbios de la noche de la Fiesta Nacional. Algunos estaban convencidos de que habían sido los *coolies*, otros acusaban a los canacos, desairados por su humillante expulsión del concurso de coros. Y yo pensaba, hastiado: *Tal vez fueron los popa, fingiendo ser los coolies o los canacos.* Qué más daba, aquello no

acabaría nunca. Tres razas, venidas de distintas partes del mundo, no conseguían entenderse en aquel patio de vecinos de cuarenta kilómetros cuadrados. Ni siquiera lo intentaban. Ni siquiera fingían que lo intentaban.

Me acerqué a la mansión de mi hermano, procurando borrar mi estúpida sonrisa de adolescente en celo, y encontré un hormiguero de ebanistas, carpinteros, plomeros... Arreglaban los desperfectos de la planta baja. No encontré a Laia dentro de la casa, tampoco en el jardín. ¿Quién estaba entonces al mando de las reformas? Pregunté a uno de los obreros, un muchachito algo chaparro, un aprendiz de algo. Me señaló a una de las criadas de la casa, la hermana de la prometida de Hinano.

—*¿Tei hea ta 'oe vahiné?* —le pregunté directamente en maorí.

«¿Dónde está tu señora?».

—*Tera na 'oe* —contestó sin inmutarse, como

si me esperase desde hace varios días.

«Toma, es para ti. La señora me ha dejado un recado».

Y me tendió un pliego doblado de papel que guardaba en uno de los bolsillos de su enorme vestido misionero, una tela azul como las niponas, pero estampada con pequeñas guitarritas.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté, tal vez alzando demasiado la voz—. Ella debería estar aquí, no me creo que te haya dejado sola con las reformas. ¿Qué está pasando, Manaba?

Ella me miró con su fatalismo maorí, se encogió de hombros y me dio la espalda, ignorándome por completo.

—Tú solo lee —dijo en algo parecido al francés.

Y me quedé de pie, desencajado, en aquel porche quemado, junto a un montón de escombros que hasta hacía un segundo me habían traído recuerdos tan dulces.

Miré la carta, casi con miedo a abrirla, y me alejé una vez más de aquella maldita villa.

*¿Estás huyendo otra vez, Laia? ¿Volverás a no dar la cara, como hiciste antaño?*

## 52 AÑORADA ESPOSA

*Laia*

*Papeete, septiembre de 1899*

*Añorada esposa:*

*Recién vuelvo de Francia, adonde he viajado sin demorarme demasiado antes de que mi villa natal me atrapase con sentimentalismos y añoranzas. Debía investigar el negocio. En París he pernoctado en casa de mi anciano tío Gustave, ya jubilado de su labor en la imprenta. Tengo unos primos bien situados que podrían servirme de enlace en el futuro con la capital francesa. Ya te contaré.*

*He visitado Chaumet y Cartier, dos buenas joyerías. La primera de ellas cuenta con un*

*siglo largo de vida. Joseph Chaumet la dirige actualmente, y pese a que está centrado en las tiaras, me atiende amablemente y me da sabias indicaciones en referencia a las perlas de imitación. Él niega trabajar con ellas, pero sabe lo suyo del tema.*

*Por otro lado, Cartier está a punto de abrir una tienda de lujo en la rue de la Paix. Es un negocio con varias décadas de vida, pero opino que trabajan con exquisitez y les auguro una larga vida empresarial. De los tres hermanos que regentan el negocio, es Louis con quien comparto. Me habla de que sus hermanos iniciarán un viaje a Rusia para inspirarse en el estilo de los zares, me habla de su intención de abrir una sucursal en Londres, y tienen los ojos puestos en Estados Unidos. Allí no hay nobleza, como en Europa, pero los nuevos ricos son caprichosos y glamurosos. Me gusta esa palabra, la repiten como pompas de jabón que explotan en la boca al pronunciarla: glamour.*

*Para mi sorpresa descubro que, en un país tan industrializado como es Francia, la manufactura de las perlas de vidrio sigue siendo totalmente manual, en talleres caseros poco menos que clandestinos. En París me hablan del aumento del precio de la mano de obra en esas regiones y auguran que muchos de esos talleres cerrarán en breve, por eso se interesan por mi proyecto, saben que en España la renta per cápita es la mitad que en el norte de Europa. Los sueldos son más bajos, tal vez resulte rentable el negocio, aseveran. Intercambiamos tarjetas, prometemos continuar en contacto y proveer de novedades en cuanto las haya. Así se hacen los negocios en Europa.*

*El encuentro con esos artesanos, empresarios del lujo, me ha abierto los ojos a un mundo más ancho. Quería dar a mi negocio un cariz local, devolver a Manacor lo que todo hijo de su tierra tiene el deber de compensar, y lo haré, lo haré, pero ahora apunto a otros mercados. Quiero*

*diferenciarme, crear una nueva gama de productos basados en las perlas de imitación de calidad y lograr convencer a una marea de compradores de que los necesitan.*

*Preguntando por los proveedores de perlas de imitación, me dieron varias direcciones en Normandía y una en la región del Ródano, junto a los Alpes, fronteriza con Suiza. Algunas de ellas ya habían desaparecido cuando las visité, pero al volver de París hasta Marsella, algo desanimado por la falta de detalles concretos, me desvié hacia mi último contacto: el taller de Oyonnax, un pueblo con cinco mil habitantes, donde encontré algunos compatriotas españoles emigrados. Allí trabé amistad con el encargado, un especialista francés, Marius Thermo. Él me aclaró todas mis dudas en cuanto a la mecánica de la fabricación de las perlas huecas sopladas. No voy a abundar hoy en detalles técnicos, bastará decir que compré cerca de cuarenta kilos de varillas de vidrio, porque encuentro del todo*

*imposible hallar algo semejante en España.*

*Cuando tenga bien aprendido el proceso de crear esas perlas que el mercado francés demanda, tal vez me apañe y llegue a algún trato con mi antiguo patrón de las vidrierías Gordiola, ya que el problema de la importación de esta materia prima tan especial son los aranceles, que no me favorecen en absoluto.*

*Así que, concluyendo, he concretado enviar unas muestras de las esferillas huecas a este taller, cuyo problema, ya me adelantaron los joyeros parisinos, es el del aumento de los jornales en la región, y si a ambos nos satisface el trato, ellos se encargan de rellenar las ampollitas de vidrio con una especie de cera y después darle sus baños con ese misterioso barniz que llaman «Esencia de Oriente» o guanina. Por más que lo he intentado, Marius se ha negado a proporcionarme cualquier pista de su composición química, y me declaro incapaz de simular un efecto parecido, de modo que,*

*mal que me pese, de momento he de depender de este taller hasta que me haga más con el negocio.*

*Y así, pertrechado con mis varillas de vidrio, he retornado a Mallorca, con el temperamento del más resuelto de los hombres. «Quien se toma su tiempo va el segundo».*

*Pretendo optar al monopolio de las perlas de imitación. He aquí mi plan, y confío —pero a nadie digas que a ti te consulto—, confío decía, en que tu audaz criterio me corrija las lagunas que desde la lejanía puedas detectar.*

*Sé que tenemos una deuda económica pendiente desde el día de nuestros esponsales, pero acabaré devolviéndote todo el dinero que heredaste de tu familia, pese a que por derecho canónico ahora sea mío también, aunque no moralmente. ¿Entiendes ahora las motivaciones de mi empresa? No me tengas por un marido frío, sé que soy totalmente insensible a la emoción del*

*cortejo una vez he conseguido mi objetivo, pero nada une tanto a un matrimonio como las noches que pasamos velando por la salud de nuestro Antón, hijo y carne de ambos, ¿recuerdas? Volveremos a ser una familia, llegarán más hijos, cuando vuelva, cuando vuelva.*

*Y soy de usted, querida esposa, muy atentamente,*

*Hugo Fortuny*

53 LA CALA DE FAAA

*Bastian*

*Faaa, septiembre de 1899*

Laia Kane me había citado en la cala de Faaa una madrugada. Por mí sobraban las excusas, las explicaciones. Aquellas larguísimas semanas solo me aliviaba el recuerdo de las *ama*. Me

pasaba los días sumergido, buscando bajo el océano el alivio de sus lejanas presencias.

Laia me encontró descansando de una zambullida, pero ni siquiera se acercó, como antaño, a sentarse junto a mí sobre el tronco torcido de una palmera.

—Al menos esta vez va a dar la cara —fue todo lo que me salió—. Su carta hablaba de un repentino viaje de negocios, pero su tono difería ya tanto...

Pero ella parecía ajena a todo, tan distante como la hija de un cónsul. Tenía algo negro en la mirada, algo duro, algo roto que no reconocía en la mujer que yo tanto había amado.

—¿Cree usted en las renunciaciones? —le pregunté.

—¿Habías renunciado tú a algo, Bastian, o era yo la que tenía que cambiar mi mundo por vivir a tu manera?

—Usted volverá con él —comenté, casi para mí—. ¿Mi hermano la hace feliz?

—Con él una sabe lo que esperar de la vida.

Así que era eso, siempre fue eso: las certezas

de Hugo, su predecible ascenso social, fuera adonde fuera.

—Lo nuestro nunca fue una opción, creo —le dije. ¿Por qué callar lo que ambos sabíamos?

—No, somos demasiado diferentes —asintió, y vi una mueca de dolor que enseguida recompuso—. Pero estando juntos, todo es tan... vivo.

—Lo sé. Pero nunca fue suficiente. Tampoco ahora.

Y no pude seguir mirándola, inmóvil frente a mí.

Las *ama* me llamaron. Obediente, me sumergí y fui con ellas.

Después de aquel «no pudo ser» con Laia Kane cambié, cambió mi carácter. Elegí vivir en el lado luminoso de la isla. Me obligué a sonreír cada mañana, imitaba a Timi, era un buen maestro. Intenté copiar su sentido del humor, al principio era torpe y nadie comprendía mis

ironías, luego todo se hizo más natural, más propio. Pero he aquí un hombre cansado de pasarlo mal, de sufrir, de añorar, de desear lo que no tenía.

En cuanto a las mujeres que me marcaron, solo había una manera, solo una. Y esa era no volver a necesitar a nadie. Suen había sido la calma y Laia Kane era un maldito ciclón. Suen fue la marea y Laia un incendio. Y mi vida estuvo en medio durante años, a su merced, esperando a que me la destrozasen con sus ausencias.

En todo caso, me desentendí de Papeete, apenas lo visitaba y jamás volví a ver a mi cuñada.

## 54 UN TRAJE ESTRECHO

*Laia*

*Papeete, septiembre de 1899*

Volví a Papeete, era tiempo de dejarme ver. Mi dormitorio aún apestaba a humo, o tal vez era mi olfato de preñada. Podía detectar todos los olores de esta isla fragante y me agredían, eran demasiado intensos. Había ordenado retirar todos esos jarrones con la sempiterna gardenia porque me mareaba y no dejaba de vomitar. Los obreros ya se habían ido, la madera estaba restaurada, las paredes abrasadas habían sido sustituidas, los muebles quemados habían sido desechados, pero quedaba un espíritu de remedo que ya nunca abandonaría esta casa que una vez fue asaltada.

Saludaba a los coloniales por las calles abrasadoras de Papeete, me detenía a charlar con las esposas, me pasaba por el colmado. Siempre contaba lo mismo: había estado en las islas de Sotavento, encargándome de los negocios de mi marido. A nadie parecía hacerle gracia que una mujer tomase las riendas de esa manera. De momento eran amablemente comprensivos. La muerte de Anthony todavía

flotaba en las leyendas negras de las terrazas, en las visitas de los jueves, había un «pobrecilla» que escuchaba cada vez que me daba la espalda. Me solía poner un vestido ancho, de cintura holgada, el que utilicé los primeros meses de embarazo de Anthony. Necesitaba que empezasen a murmurar, que creyeran posible que mi esposo, el cual se marchó a Mallorca hacía ya cuatro meses, me dejó embarazada antes de partir. Sería fundamental para el futuro, porque una mujer atrapada en esta isla no tenía más futuro que el traje estrecho del matrimonio, pese a que las costuras constreñían y dejaban marcas en la piel.

## 55 LA HABITACIÓN 14

*Denis*

*Tahití, marzo de 1930*

El día había salido tan gris como el humor de

Denis. Condujo a las cinco de la mañana hasta la granja, bajo unas nubes cargadas de lluvia que pronto se convirtieron en un calabobos que embarró el camino. La época húmeda estaba a punto de terminar, pero Bastian le había advertido de que aún podía arreciar alguna tormenta.

Denis andaba aquellos días preocupado. Desde la última llamada a su hermana se sentía intranquilo cada vez que veía un gendarme por las calles de Papeete. Evitó las aglomeraciones que se formaban cada vez que el equipo de rodaje de la película citaba a todos los extras. Se volvió cauteloso cada vez que saludaba a un occidental. Desde su llegada al hotel había usado un nombre falso, pero ya no estaba tan seguro de pasar desapercibido, ni siquiera en el fin del mundo.

Otro día más su tío Bastian le entregó en silencio una carta de su padre. Denis la leyó, casi distraído.

*Mi querido hermano Bastian:*

*Tengo grandes novedades que contarte desde esta, tu tierra y la mía. Mi negocio de esferillas huecas de vidrio está dando sus primeros pasos y te digo con toda la alegría de mi corazón que disfruto mucho del sabor de mis primeros éxitos. Aquí te detallo algunas de las contingencias.*

*Te hablé en otra carta de Guillem Roca, que se ha convertido, junto con Lucía, su mujer, en mi más fiel colaborador. Después de mi viaje a Francia y de conocer los pormenores del sistema de bufado de los tubos de vidrio para convertirlos en celulillas, Guillem y yo nos pusimos a construir una mesa casera para fundir perlas a domicilio.*

*Al principio instruimos a Lucía en la mecánica de soplar sobre la barra de vidrio, con ayuda del quemador. Cada ampolleta se corta después con precisión y se pulen los extremos hasta que la esferilla es perfecta.*

*Los dedos ágiles de esta mujer han resultado providenciales para el éxito de esta misión. Ella enseguida se puso a la labor, una vez dominada, y no había quien la apartase de aquella mesa durante catorce horas cada día.*

*Finalmente, cuando la calidad de las celulillas me pareció profesional, envié una pequeña partida al taller de Oyonnax, junto a la frontera suiza. Te hablé de este punto en una carta anterior. Semanas después recibí la respuesta, ¡junto con una bonita cantidad de dinero, Bastian!*

*Debo decir que hemos llegado a un trato que si bien no me hará rico de momento, creo que no me hará perder dinero y bastará para pagar a más mujeres y aprendizas y expandir este negocio. Lucía es ahora la encargada de varios talleres. Ha adiestrado a otras mujeres, deseosas de contribuir al sustento familiar. Mujeres que ya conoces, todo abnegación y esfuerzo por sus familias. Las veo con sus delantales blancos sobre las*

faldas, con el pelo recogido en un pañuelo para no interferir con la llama, concentradas durante horas en producir el máximo número de esferillas posibles, porque les pago a destajo, según el trabajo acabado. Ellas han de pagarme el material, las varillas de vidrio, aunque no adelantan el dinero. No podrían y lo sé. Se lo descuento de las entregas, así como el material con taras, que aún no he encontrado forma de reutilizarlo o darle una salida. Las mujeres se están acostumbrando a recibir mis sobres los viernes, y los carniceros, los del mercado y el resto de los tenderos esperan ese día con ansiedad.

No obstante, hay varias dificultades y debo hablarte de ellas sin ocultarte nada, como hermanos que somos y honrando esa confianza que nos tenemos.

En la isla de Mallorca hemos sufrido mucho con la pérdida de la guerra contra los Estados Unidos. Primeramente, porque el comercio con Cuba se ha visto interrumpido, y sabes que, desde siempre, el puerto de La

*Habana ha tenido tanta importancia como Barcelona para nosotros.*

*Sabes que desde siempre las mujeres mallorquinas han fabricado en talleres clandestinos los afamados limosneros o monederos de malla de plata. Todo iba a América, ahora solo dan salida a nuestros singulares portamonedas en París. Esto a la postre me ha favorecido, ya que muchas de estas mujeres, acostumbradas a trabajar en sus casas, ahora se encuentran sin ingresos y aceptan fácilmente mis condiciones.*

*Y he aquí el otro gran problema que me roba el sueño: las autoridades de la villa empiezan a incomodarse ante mi floreciente negocio. Cultivo mis amistades con ellos, soy uno más en las reuniones de la asociación de comerciantes. Diría que soy el más viajado, y por ello todos me consultan. Pero adivino miradas aviesas, porque en esta isla que nada esconde todos saben lo de mis perleras, y no estoy contribuyendo a las arcas municipales.*

*El trabajo hecho a domicilio, pese a que todos los empresarios lo practican y se sustentan en él, no se imputa a nivel de contribuciones. Así que he de cambiar mi modelo de fabricación, formalizar papeles..., qué voy a decirte que no sepas, Bastian. Tal vez me decante por un modelo mixto. No dejo de mirar con cierta avaricia un terreno a las afueras de Manacor, en una zona conocida como Els Cruers, media cuarterada sería suficiente, aunque ahora, con los rendimientos del negocio, no estoy en condiciones de adquirirlo. Pero tendré que arrendar un piso, instalar allí parte de la producción, contratar obreras, constituir oficialmente una sociedad, «Perlas Huecas Manacorenses. Hugo Fortuny S.A.», he de poner en orden los papeles. Es fundamental llevarse bien con las autoridades.*

*¿Te das cuenta, hermano? Nuestros destinos transcurren paralelos. Ambos soñamos con conseguir, por distintos medios, perlas exactas a las naturales, pero yo me*

*limito a bufar esferillas huecas de vidrio, a la espera de que otros las conviertan en perlas de imitación vendibles, y tú consigues la mitad de una perla, imagino que serías un hombre feliz —e inmensamente rico— si alguna vez dieras con el método para conseguir una perla cultivada entera. Pero perseveraremos, ¿verdad? Hay que seguir, hay que seguir.*

*A 14 de septiembre del año 1899.*

*Tu hermano mayor, con añoranza,*

*Hugo Fortuny*

Releí la carta varias veces —comenzó a explicarle Bastian a su sobrino cuando este se la devolvió en silencio—, sentado en la bancada de la cabaña de pilotes, y lo cierto es que su mensaje tuvo un efecto revulsivo para mi adormecido espíritu emprendedor. Después de unos meses de conformarme con lograr varias

medias perlas por cosecha, aquella misma mañana volví a mis experimentos, a reservar una parte de las ostras para las pruebas.

—¿Y si las embarazo? —se me ocurrió—. ¿Y si no introduzco el agente irritador bajo el cuerpo del animal, sino dentro de él?

Tal vez así la perla no creciera pegada a la concha y por fin obtendría una perla esférica. Miré una ostra abierta, la alcé con unas pinzas y la puse delante de mis ojos.

—¿Dónde insertar el núcleo sin matarte? —le pregunté.

Tendría que experimentar de nuevo, tomar notas, apuntarlo todo, como Mikimoto me enseñó. Y entonces me puse a buscar el esquema que tiempo atrás le había robado a mi mentor.

—¡Timi! —grité desde la ventana—. ¿Dónde quedó aquel pliego con el dibujo de una ostra?

Timi estaba entretenido en la pasarela metiendo ostras pequeñas en las cestas. Cada vez nos podíamos permitir dejarlas crecer más meses, lo que revertía en conchas de nácar más

grandes, y en ocasiones habíamos conseguido *mabés* espléndidos. Aquello solía ser suficiente para vivir y pagar la contribución en Papeete, pero dependíamos en exceso de la fortuna. Cualquier contratiempo y lo pasaríamos mal para sobrevivir, lo sabíamos.

Timi me miró con curiosidad, un poco distraído, y se encogió de hombros, desentendiéndose de contestar. Tenía ya tres retoños y dormía poco por las noches. Su *vahiné* tenía la ayuda de su madre, que se había trasladado en una piragua desde Hiva Oa, pero a veces faltaban manos para tanta prole. En todo caso, los lloros de mis sobrinos maoríes habían llenado nuestra cala y sus alrededores de esa dicha diáfana que traen los niños pequeños. La vida se abría camino, y yo finalmente había comprendido cómo funcionaba la vida.

Mi vida, la de todos, continuaría llena de sucesos devastadores y también de alegrías, de vinos con Gauguin y Richardson, de un *mahi mahi* asado compartido con mi familia maorí.

Tenía por entonces treinta y cuatro años, la

piel escamada de lagarto viejo. Sabía que la vida no tardaría en darme otra de sus coces, pero debo reconocerlo, Denis: nunca imaginé que me traería un giro del destino como el que estaba a punto de protagonizar.

Bastian miró de reojo a Denis, que escuchaba en su hamaca, distraído. Se habían resguardado de la lluvia en el porche, el día no invitaba a sumergirse.

—¿Qué tienes, hijo? Últimamente te veo muy preocupado, ¿todo va bien?

—Sí, tío Bastian. Todo va bien.

—No, no todo va bien. Te acabo de contar cómo di con el secreto de cultivar perlas esféricas y no me has sepultado a preguntas.

—Disculpa, tío. Tengo... tengo mis propias preocupaciones. No pienses ni por un momento que no me interesa tu historia.

Bastian asintió, nunca fue amigo de forzar confesiones, pero miró al cielo, preocupado.

—Vuelve si quieres a Papeete, hoy te doy el día libre. Puede que siga lloviendo hasta la noche. Yo me quedaré todavía un par de horas, pero hoy me retiraré pronto a mi cabaña. Habrá tormenta. Deberías refugiarte en tu hotel.

—Como quieras —contestó Denis, sin ganas de discutir.

Así que volvió despacio hasta la capital, conduciendo por una carretera cada vez más anegada por una lluvia que no remitía.

Fue al atravesar el hall del hotel Stuart cuando el encargado de recepción le hizo un gesto para que se le acercase.

—¡Monsieur Maurice! ¡Venga, venga! Tengo una novedad que contarle, ¡vamos a salir en los periódicos de Francia!

—¿Cómo dice?

—Lo que oye, ¡adivine quién llega mañana a Tahití! ¡Henri Matisse, el pintor! ¿Qué le parece? El gobernador Rouge y todas las autoridades irán a recibirlo como merece. El director del hotel nos ha informado a todos los miembros del personal de que ha hecho una

reserva de tres meses en el Stuart, figúrese. Precisamente se alojará en la habitación 14, junto a la suya. Por lo visto viene a seguir los pasos de su compatriota, Paul Gauguin. Qué gran hombre y cuánto hizo por esta isla, sí, señor. A él le debemos que el mundo sepa de Tahití. Y a él le debemos alojar a un huésped tan honorable. Usted, que parece un hombre de negocios importante en Francia, seguro que podrá departir largo y tendido con su compatriota.

Denis compuso su mejor sonrisa.

—Desde luego, será muy interesante.

Esperó con paciencia a que el recepcionista desgranase todos los detalles que le quiso contar y finalmente, cuando encontró otro huésped a quien darle la noticia de la llegada de Matisse, dejó libre a Denis, que no lo pensó un momento, salió a por su coche y se dirigió, bajo una lluvia que no cesaba, en dirección a la granja.

No podía permitirse que Matisse le reconociera. Si el pintor se lo contaba a su íntimo Pierre Loeb y este a Aurora, sabía que

estaba perdido.

## **CUARTA PARTE**

## 56 DE MIS ENTRAÑAS

*Laia*

*Raiatea, abril de 1900*

*Estimado esposo:*

*Escribo esta carta desde Raiatea, donde me he visto atrapada desde hace más de dos meses. Imagino que las otras cartas que te escribí desde esta isla no te han llegado, dada la poca fiabilidad del correo y lo poco desarrollado de las postas, aquí en las islas de Sotavento.*

*No quiero demorarme en darte la noticia: hace dos meses, el 4 de febrero, fuimos padres de nuevo. Hemos tenido un hermoso bebé, de piel blanca y nívea, posiblemente parecido a tu madre y a tu abuelo francés, es*

*por eso que le he llamado Denis, en honor a él.*

*No me percaté de mi embarazo hasta que estaba muy avanzado, sabes que con algunos segundones ocurre así, el cuerpo ya está cedido y la madre apenas nota la vida que le crece en su interior. Pensé que estaba engordando por los excesos culinarios en los que caí después del luto. Esa deliciosa mantequilla en lata que traemos de París tiene en parte la culpa.*

*Me encontraba en la isla de Raiatea con mi fiel Manaba, concretando un nuevo pedido en la gruta de O'Keefe, cuando noté ciertos dolores en el bajo vientre. Después de visitar al médico de Atuona, el doctor Drouillet, este me desaconsejó un viaje de vuelta a Tahití. Debido a mi delicado estado, he tenido que permanecer tumbada del todo durante los últimos meses de preñez. Por suerte la familia de Miri y Manaba tiene una casita a las afueras de Atuona, que no deja de ser como un pequeño barrio de Papeete, que ya es*

*decir. El parto se desarrolló con normalidad, asistida por las tías de nuestras criadas, nativas pero buenas parteras.*

*Deja de sufrir, esposo mío, porque el niño está en perfecto estado de salud. Es un bebé un poco pequeño pero su columna está perfectamente, parece despierto y estos meses me ha dado pocos problemas, su crianza está resultando un paseo agradable, comparado con la travesía en el desierto que supuso sacar adelante a nuestro primer hijo.*

*En tu mano está qué hacer ahora, quisiera que como esposo vinieras a conocer a tu hijo. Ignoro el estado actual de tu recién nacido negocio, pero sería bueno que Denis tuviera una figura paterna a su lado, ¿no te parece?*

*Volveré a Tahití en cuanto esté restablecida del todo. Cuando vuelvas nos encontrarás en nuestro hogar de la rue Collet.*

*Tu esposa,*

*Laia*

Manaba había buscado pliegos de papel y pluma por toda la isla, pero allí los suministros de materiales europeos eran aún más difíciles de encontrar que en Papeete.

Le entregué la carta y le di las instrucciones para que la enviase cuanto antes.

Mi hijo Denis acababa de nacer, aún estaba abierta sobre un lecho sucio de los desechos del parto, pero yo no podía dejar de tocar su cuerpo de arriba abajo. No tenía deformidades y me miraba con los ojos abiertos, como un ser subacuático. Un puño diminuto no se soltaba de mi dedo. Me dijeron hace tiempo, cuando la maternidad no me interesaba, que era un reflejo instintivo, que si se agarraba con fuerza era que todo estaba bien.

Permanecí en Raiatea unas semanas más, hasta que el bebé tomó forma y cogió peso, y abandoné el exilio voluntario que me había impuesto durante los últimos meses para ocultar

al mundo una verdad tan poco agraciada. Cuando volví a Papeete tenía ya una historia bastante coherente que contar, y recé todos los días para que ni Hugo ni Bastian adivinasen jamás lo ocurrido.

## 57 EL DESPEÑADERO

*Bastian*

*Tahití, agosto de 1900*

Meses después recibí un extraño mensaje que Miri, la criada de Laia Kane, le transmitió a Hinano: mi hermano había vuelto a la isla. Quería que nos viésemos, a solas. Me había emplazado a encontrarnos en la cima del monte Aorai, cercano a Papeete.

Partí de madrugada por un estrecho sendero, apenas transitado por el hombre. Me sentía un poco inquieto. Ni siquiera me había avisado de su llegada en sus anteriores cartas, más

distantes, más técnicas.

Ascendí entre una vegetación que cada vez se cerraba más, hasta que avisté el pico donde me esperaba. Me quedé sin aliento cuando llegué hasta Hugo, aunque no me dejó avanzar hasta él.

—¡Detente ahí, no te acerques más! —me gritó, varios metros por delante de mí.

Hugo se colocó al mismo borde del precipicio, con un bebé envuelto en una manta entre los brazos. Lo alzó y me enseñó al niño.

—¿Es tuyo o es mío? —gritó.

Tragué saliva, aturdido. Miré al recién nacido, con mi pelo bermejo alborotado, los ojos cerrados ante la claridad, con un gesto mimético al mío.

—Es un Bontemps, pero es tuyo —fue lo único que acerté a decir.

No sé si fui convincente, ni siquiera sé cómo no me caí yo también. Estaba demasiado abrumado.

—Dime que es imposible —insistió Hugo—, que no dormiste con mi esposa.

Dejó caer la manta, que voló por el aire durante un buen rato, suspendida en el vacío como un pez raya. El recién nacido quedó solo sujeto de un tobillo y comenzó a chillar con alaridos que me helaron la sangre.

—¡Es imposible! —grité, extendiendo los brazos hacia el bebé en un gesto inútil—. ¡Jamás dormí con ella!

Hugo alzó la ceja, queriendo creerme, pero sin lograrlo.

—Es todo tuyo, Hugo. Todo tuyo —le dije, sin aliento.

Entonces recogió al niño entre sus brazos, un niño que no dejaba de llorar, todavía asustado de verse cabeza abajo. Hugo pasó a mi lado sin detenerse ni mirarme, dispuesto a descender por el sendero.

—Nunca te acerques a él —murmuró con voz firme, como él hacía siempre, dictando sentencia.

Pero aquel niño crecería, como un calco mío, en la misma isla.

Había llegado el día, ese día en que los

hermanos rompen definitivamente el cordón umbilical que les une.

—No, no puedes pedirme eso —le dije en voz alta, con calma, sin girarme.

—Más bien te lo ordeno —replicó.

—¿Sabe tu esposa cómo conseguiste el permiso de apertura de tu negocio? —le pregunté. Él se quedó clavado en el sitio, ni siquiera consoló a la criatura, que lloraba como poseída.

—No te metas en eso.

—¿Tantos años y no le has confesado que le entregaste informes del estado de su padre al gobernador Lacascade, que le copiabas los documentos que ella elaboraba con tanto esfuerzo para la Foreign Office?

—No es asunto tuyo —replicó—. Y en todo caso, ¿por qué nunca se lo contaste a ella? ¿No eres tú también cómplice por omisión?

—Tal vez, Hugo. Tal vez ninguno de los tres seamos inocentes del todo. Y nunca le conté que le espíaste porque no había sido necesario hasta ahora, pero eso era porque nunca habías

amenazado con matar a un niño que lleva mi sangre. Asumo también que nunca ha sospechado de la muerte de su padre.

—¡Maldita sea, sé un hombre y di claramente lo que tengas que decirme! —rugió, temblando de ira—. Su padre ya estaba sentenciado desde que pisó esta isla, ¿de verdad piensas que tuve algo que ver con su muerte?

—Dímelo tú, Hugo. Porque en el Japón tuve mucho tiempo para pensar en cómo sucedieron los acontecimientos que nos separaron a tu esposa y a mí. Y la muerte de su padre ocurrió en un momento tan conveniente para ti, te benefició tanto que...

—¡Calla, calla si quieres seguir siendo mi hermano!

—Entonces estamos de acuerdo en que hay un trato. Si no lo cumples, te quedarás sin esposa, sabes que ella nunca te perdonará tus pecados.

—Habla de una vez, Bastian. Acabemos con esto, acabemos con todo.

—Trátalo bien, Hugo. Ese es el trato. Trata

bien a tu hijo, que no crezca con tu desprecio por no parecerse a ti.

—Y si no, ¿qué?

—Y si no, iré a por ellos, a por el niño y a por Laia. Se lo contaré todo. Te quedarás sin familia y yo tendré la tuya.

—De acuerdo, es un trato —dijo y me dio un apretón seco de manos, como en un acuerdo comercial.

Yo me quedé mirando al niño, tan cerca como estaba de él por primera vez, tratando de aprenderme de memoria aquellos rasgos menudos que cambiarían en semanas.

—Intentaré estar alejado de tu hijo, pero si él viene a mí... si él viene a mí —le susurré, apretando la mandíbula—, no voy a apartarlo de mi vida.

Mi hermano desvió la mirada y comenzó a andar montaña abajo, en silencio. Se colocó el bebé al hombro y unos ojillos todavía lechosos se quedaron clavados en los míos.

—¡Hugo, una última cosa! —le grité, antes de que desapareciera por los recovecos del camino.

—La última.

—¿Cómo se llama el niño?

—Denis, como nuestro abuelo. Lo eligió Laia.

*Denis*, pensé. Y juraría que él también me miraba.

*Bienvenido, pequeño.*

*Bienvenido a la vida.*

## 58 EL ÁLBUM

*Laia*

*Tahití, julio de 1904*

El 14 de julio no era una fiesta con la que yo disfrutase, pero cada año en Papeete se seguían organizando todos esos actos destinados a la gloria de la República Francesa, y Hugo me dejó como herencia envenenada mi participación en el Comité Organizador de Fiestas. De todos modos, ese día en concreto no me gustaba quedarme en casa, pese a que todos mis

fantasmas descansaban ya en el fondo del mar.

Por otro lado, Denis era un niño demasiado movido y yo estaba a punto de volverme loca si seguía tocando ese tambor de madera con la bandera de Mallorca que su padre le había traído en su última visita. Hugo ya solo venía a Papeete dos meses cada dos años. En sus cartas solo hablaba de la fábrica de perlas huecas de imitación y me iba informando con la formalidad de un socio que comparte negocio, aunque todavía necesitaba la seguridad de los ingresos del colmado que regentaba a solas desde hacía ya cinco años. Era consciente de que incluso esos dos meses le sobraban. Por mi parte, había estado tan ocupada con las obligaciones de la maternidad y de la tienda que apenas había levantado la vista del ombligo de mi vida.

Aquella mañana me llevé a Denis de la mano a dar una vuelta por la villa. El niño estaba excitado con tanto color —todo blanco, rojo y azul, como la bandera francesa— y la estridente orquesta colonial. Los maoríes, tranquilos,

risueños, campaban sentados sobre el césped del Ayuntamiento, allá donde hacía unas décadas se instaló Pomare IV, su particular reina Victoria.

Busqué a Miri entre la multitud. Hacía tiempo que se había convertido en la *vahiné* de Hinano y desde entonces vivían en Maraa. Dos niños en tres años. Añoraba tanto su silenciosa compañía que a veces me dolía.

Por fin la vi, con un niño en los brazos y una pequeña maorí zarandeándose de la mano de Hinano. Ambos chiquillos resultaban extraños, tenían el pelo rubio ensortijado de Hinano, pero eran más morenos que él. Me acerqué a saludarlos mientras Denis se distraía con los globos. Mi hijo quería subir al tiovivo, probar los gofres, montar en los columpios, todo a la vez. Intenté que no me soltara de la mano, no quería perderlo, me resultaba diminuto e indistinguible en medio de aquella colorida multitud.

Miri y yo conversábamos, tan solo era una charla de madres. Hinano se aburrió pronto y se puso a entretener a los tres críos. Yo seguía

pendiente de Denis, que acababa de ver un poni alquilado y quería montarlo. Entonces se me escapó y corrí tras él, tal vez con un aire demasiado cansino. Lo alcancé y me agaché hasta su altura para reprenderle, pero cuando me levanté me topé con Bastian, que estaba observando la escena con cara de diversión.

—¿Quién es este jovencito? —preguntó sonriente.

Yo dudé un par de segundos, pero seguí el guion que había preparado durante los últimos años.

—Denis, saluda a tu tío Bastian, el hermano de tu padre —contesté, intentando sujetar a la pequeña fiera que ya solo pensaba en montar «su caballo».

Denis lo ignoró, pero a Bastian no pareció importarle.

—Yo he traído mi propio caballo, muchacho. ¿Quieres montar con tu tío? —dijo, agachándose y poniéndose a su altura.

Era la primera vez que los veía juntos y no podía dejar de escrutar el parecido entre ambos.

El tono del pelo, algo más claro el de Denis, pero de la misma gama. Los ojos, también bastante parecidos. La tendencia a las pecas en verano, las piernecillas delgadas. Denis iba a ser un niño alto y fino, como debió de serlo Bastian, pero tenía miedo de sacar una conclusión y confiar en ella.

—¿Puedo, madre? —me puso ojos de pajarillo huérfano, consciente de su diabólico poder de persuasión.

Yo asentí, fingiendo que me costaba ceder a su demanda, y seguimos a Bastian hasta la verja donde tenía atado su caballo. Denis le había dado la mano a Bastian con un gesto espontáneo y yo caminaba como hipnotizada, sin dejar de mirar esa mano grande que abarcaba una mano aún diminuta.

—¿Cómo le trata la vida, señora? —me preguntó Bastian, mientras llegamos a la valla.

No había rastro de amargura en su voz. Ahora me parecía un hombre tranquilo, casi risueño. Los años lo estaban tratando bien, se había desprendido de ese aire disconforme que

siempre le había acompañado. Y pensé en que estaba recorriendo el camino inverso al de su hermano. El Hugo que llegó a la isla era un joven seguro de sí mismo, que no se quejaba de su suerte y que supo inventarse un nuevo presente. Ahora se había convertido en un hombre esclavizado a una meta, nunca conforme, siempre deseando más. Bastian en cambio parecía haber encontrado su lugar en el mundo, ya no veía cargas sobre sus hombros.

—El colmado sigue dándonos el suficiente dinero como para no preocuparnos, pero Hugo viene a Tahití solo un par de meses cada dos años. Estoy criando sola al niño, y es un niño demasiado... ya lo ves, no es capaz de estarse quieto —suspiré, tal vez me había sincerado demasiado.

Él se rio a carcajadas, montando al niño sobre el lomo del caballo y subiéndose con él.

—Pero si no lo saca de la villa, señora. Lo que necesita este niño es corretear, ir a la playa, conocer a otros niños. Encerrado se va a volver loco, se lo digo yo. Ande, venga con su hijo a

nuestra granja el domingo, así Denis podrá jugar con los niños de Timi y de Hinano, y usted podrá pasar el día con Miri, que siempre está hablando de usted.

Los miré a ambos, desde el suelo, subidos a ese caballo, y fui incapaz de negarme. Era una estampa demasiado hermosa y Denis tenía una sonrisa grande como un universo.

Así comenzaron los que recuerdo como los mejores años de mi vida. Al principio Denis y yo nos acercábamos cada domingo, pero mi hijo se convirtió enseguida en uno más entre la chiquillería de Hinano y Timi. Eran cinco niños y una niña en total, al principio indistinguibles para mí, después llegaría a quererlos como sobrinos y Denis a considerarlos sus primos. Lo compartían todo, Denis llegaba cada domingo corriendo a la cala, abrazaba a su tío y se desnudaba delante de todos. Se quitaba su carísimo traje de europeíto y se anudaba un pareo verde que

Bastian le regaló por su cumpleaños. Su tío le enseñó a bucear y bajaba con él a colocar cestas de ostras. Le fascinaba todo lo relacionado con la granja de Bastian, pasaba horas en la bancada, observando cómo Bastian y Timi hacían injertos dentro de las conchas. Las visitas pasaron rápidamente a dos tardes a la semana, después a cuatro, finalmente se convirtió en nuestro segundo hogar.

Nunca he sido tan feliz como en aquella cala. Mientras Miri, la mujer de Timi y yo preparábamos frutas asadas, los hombres entraban y salían del agua con sus cestas al hombro y los niños jugaban en la orilla.

Durante dos meses cada dos años no podíamos acudir a la granja con tanta asiduidad. Denis se ponía triste, a veces más insoportable que triste. Hugo era frío con él y le reprendía si pronunciaba alguna palabra en maorí. En ocasiones mi marido invitaba a su hermano a comer en nuestra casa. Eran veladas tensas, yo procuraba que siempre fueran cenas para que Denis estuviera acostado y Hugo no percibiera

la familiaridad que había entre tío y sobrino.

Habíamos escolarizado al niño en la escuela católica de Papeete, tal y como lo exigía el edicto municipal de 1897, pero Denis lo aprendía todo con rápida indiferencia. Cuando entró en la escuela ya sabía leer porque yo le había enseñado y desde pequeño le había conseguido cuentos ilustrados para que le tuviera siempre amor a los libros. El resto le parecían tonterías. Solo pensaba en acabar las clases y salir corriendo a buscar a sus primos. Yo sabía que ya cabalgaba solo pese a que no se lo permití nunca. Tuve que hablar con Bastian, le dije lo que le podía dejar hacer y lo que no. Él asintió, conforme, contento de que compartiera con él esos años de educación. Le permití que le reprendiera, que le castigase, porque Denis le hacía más caso a él que a mí y si venía de su idolatrado tío Bastian, nada le parecía mal, se volvía más razonable. Solo quería estar con él.

Estábamos en febrero de 1906, Denis tenía ya casi seis años y las ideas muy claras: en cuanto

acabase la escuela quería ser injertador como su tío. Se estudiaba el libro de las perlas para ayudar a perfeccionar la técnica de Bastian.

Bastian escuchaba sus imaginativas propuestas con una sonrisa tranquila, pero en sus ojos brillaba un orgullo que lo compensaba todo.

Una mañana estábamos los tres en el despacho del almacén de nácar, donde los hombres guardaban los sacos que después venderían. Hiva, la hija pequeña de Hinano, que ya tenía cinco años y era la mejor amiga de mi hijo, reclamó a Denis y él salió corriendo a jugar con su prima. Bastian y yo nos quedamos solos y nos sentamos en el suelo, con las espaldas apoyadas en la pared, como los maoríes. El verano austral nos tenía aquel día sofocados, hacía un calor insano, extraño, sin una ráfaga de viento. Buscamos la frescura de la sombra y nos quedamos allí.

Los últimos años nos habían dado una complicidad mansa, como hermanos que se quieren mucho. Él me había ayudado a

enderezar a Denis y había hecho de él un crío feliz, no un triste y remilgado hijo de colonial como el resto de sus compañeros de escuela. Eso se lo debía.

Por fin me atreví a preguntárselo.

—Bastian, ¿tú dirías que Denis se parece a ti cuando tenías su edad?

—¿Está de broma, señora? —Rio con esa risa líquida, de cascada—. Somos dos gotas de agua.

—No me refiero al carácter, eso es moldeable. Me refiero a que si él, su rostro, si...

—Laia —me interrumpió—, sé lo que me estás preguntando. Y créeme, ese niño es idéntico a mí con seis años, ¿acaso no has visto las fotografías familiares?

*Qué más quisiera, pensé.*

—Las vi hace años —le tuve que explicar—. Hugo me enseñó una vez el álbum familiar, pero luego lo depositó en tu tumba, el día de tu entierro.

—¿Me está diciendo que en esa tumba vacía está el álbum de mi familia? ¡Por Dios! Bueno es saberlo. Iré a recuperarlo un día de estos.

Entonces escuché un ruido a nuestras espaldas, me giré y no vi a nadie, solo unas conchas de un barril lleno que se habían derramado por el suelo.

Bastian se encogió de hombros, tampoco había visto nada. Le echamos la culpa al viento inexistente y salimos afuera, con el resto, no fuésemos a tentar al diablo.

Llegó la hora de comer, llamamos a gritos a los niños pero Denis no apareció. Entré unos pasos en la selva, le busqué, pero mi hijo no estaba por ningún lado. Timi recorrió la pasarela con grandes zancadas, entró en la cabaña de pilotes en medio del mar, pero no lo encontró. Hasta sus primos dejaron de jugar y se pusieron a buscarlo también.

Bastian cruzó una mirada de preocupación conmigo. Sin mediar palabra se zambulló bajo la pasarela, lo buscó entre las cestas, entre las maromas, debió de pensar que se había quedado enganchado allí abajo.

Qué horrible sería.

Se tomó su tiempo, pero acabó emergiendo,

solo, sin el niño. Me hizo un gesto negativo con la cabeza. Tampoco estaba bajo el mar. Entonces Bastian salió del agua y se percató de un detalle. Corrió tras el almacén, donde tenía amarrado su caballo, pero no estaba, alguien se lo había llevado.

Nos organizamos, volvimos en mi carro a Papeete, también quisieron venir Timi, Tuemura, Hinano y Miri. Los niños estaban preocupados por Denis, ellos también vinieron, montados a caballo junto a sus padres. Si había cogido un caballo era porque había vuelto a Papeete. El niño no sabía otro camino, nunca le había llevado más allá de Maraa. De no encontrarlo en casa habría que avisar a las autoridades, pronto se haría de noche y el día seguía siendo tan caluroso que costaba pensar.

Cuando llegamos a Papeete ya era casi media noche, vimos gente alborotada en la calle. A las ocho y media de la tarde una ola había inundado el muelle, que había quedado anegado. Una hora después una segunda ola se había metido diez metros en las primeras calles de Papeete. A las

once de la noche, una rápida sucesión de olas había empezado a invadir las calles y el agua penetró hasta cincuenta metros en la villa. Para cuando nosotros llegamos, la situación se había convertido en alarmante.

Nadie sabía lo que estaba ocurriendo exactamente, porque la isla estaba callada, no soplaban el viento y había un silencio insano. Sabíamos que era el presagio de algo, pero era difícil adivinar de qué. Todo el mundo tenía en su memoria el ciclón que había barrido hacía tres años el archipiélago de las Marquesas. Perecieron todos los habitantes de las islas bajas, decían que quinientos, pero todos sabíamos que los datos que dio la Administración se referían a los habitantes censados. Nadie sabía en realidad cuántos nativos podían vivir en todas las islas, en todos los *motus*.

Gauguin me escribió su última carta por aquel entonces, me describió cómo aguantó su cabaña, solo porque estaba elevada dos metros gracias a los pilotes. Qué triste que sobreviviera a aquello,

pero no a la sífilis. Pocos meses después los periódicos del mundo entero se hacían eco de la muerte del pintor. Gauguin murió en las Marquesas, en Hiva Oa, en 1903, frente a una botella de láudano, rodeado de miseria y en medio de dolores insoportables.

Volviendo a aquella extraña noche en Papeete, habíamos decidido refugiarnos en mi casa, ya que estaba bastante alejada del puerto y las olas aún no habían llegado. Subimos a todos los niños a la planta de arriba, los adultos llamamos a Denis a gritos por las calles, pero había demasiado revuelo y nadie había visto a mi hijo, tampoco el caballo de Bastian.

Los gendarmes nos ordenaron que nos metiésemos en casa. Ellos habían sido ya testigos de varias olas, llevaban tres horas tranquilizando a la población. Estaban cansados y tensos, preveían el desastre. Bastian obedeció a regañadientes, se enfrentó con uno de ellos. Timi tuvo que separarlos. Bastian no quería dejar de buscar a Denis, entró en casa como el resto, pero se quedó apostado junto a la puerta,

dando vueltas a algo en su cabeza.

Sentamos a los niños en la mesa del comedor, no habíamos comido en todo el día y estaban agotados. De pronto, la hija de Hinano se puso a llorar y le dijo algo en tahitiano a su padre.

Bastian lo escuchó y salió por la puerta, cerrándola de un portazo.

—¿Qué pasa, Miri? —le increpé—. ¿Qué ha dicho la niña?

Todos los adultos se cruzaron las miradas, temían mi reacción y eso me asustó aún más de lo que ya estaba.

—La niña dice que Denis os escuchó hablar de un álbum de fotos que está en la tumba de Tatian. Denis se escapó al cementerio, pero hizo prometer a su prima que no nos diría nada.

Salí corriendo sin pensar en nada, pero en la calle algo había cambiado. Se habían levantado unas rachas de viento que venían del monte, del centro de la isla. Todo aquello era muy extraño, nunca antes había vivido algo parecido. Corrí por las calles, saliendo de Papeete en dirección sur, hacia el cementerio, pero me costaba

avanzar con el viento en contra. No vi a Bastian, aunque todavía no temía por él. Siempre sobrevivía.

*Vivirá cien años, pensé. Estaremos todos muertos y él continuará zambulléndose en el mar.*

Por fin vi la verja del cementerio. El viento había dejado de ser solo viento y se había convertido en algo más, una fuerza sólida. La falda se me pegaba a las piernas y las horquillas habían volado hacía tiempo, el pelo se me enredaba en la cara y a veces se me metía en la boca. Intenté llamarlos, a Denis, a Bastian, pero el viento se llevaba mi voz hacia el interior de Papeete. Si estaban dentro del cementerio no me oirían. Crucé la verja y seguí avanzando, penosamente, apoyándome en las cruces blancas para llegar. Sabía el camino incluso a oscuras, tantas veces lo visité: en la tercera calle, la cuarta tumba, una antes que la de Anthony. La noche era cerrada y no veía nada, no sabía si me dirigía al vacío o hacia dos presencias humanas. Continué con los ojos casi

cerrados, una triste farola aún resistía en una esquina. Era milagroso que todavía arrojase luz.

Entonces vi la losa de piedra blanca, estaba descorrida, me acerqué y allí abajo los encontré a los dos, tío y sobrino, o tal vez padre e hijo, o tal vez nada... Bastian me hizo señales para que saltase, y le obedecí sin pensarlo demasiado. Qué buena idea. Allí dentro el furor del viento no era tan atronador y podíamos hacernos entender. Bastian tenía a Denis entre los brazos, y Denis tenía el viejo álbum entre los suyos. Cuando le vi no supe si abrazar a mi hijo o darle un sopapo. Pero mi hijo me miró con ojos extraños, se limitó a abrir una de las láminas del álbum y enseñarme una fotografía donde dos niños, uno rubio y otro moreno, posaban con descaro junto a la fuente de un pueblo. No podía creérmelo, eran Anthony y Denis, estaban juntos en esa foto, y tuve que obligarme a parpadear porque aquello significaba que yo estaba muerta o dentro de un sueño.

Bastian adivinó mi desconcierto y me sujetó por los hombros. Allí abajo, en una tumba vacía

donde durante años creí que él debía de descansar.

Bastian estaba más tranquilo, una vez que había encontrado a Denis. Buscó mi mirada e intentó transmitirme algo de su aplomo. En silencio me dijo: *Ahora eres madre, no puedes derrumbarte*. Nunca lo pronunció en voz alta, pero tuve la certeza de que eran esas palabras exactamente las que me había dicho, y durante décadas, el resto de mi vida, esas seis palabras no pronunciadas me sirvieron de guía y de camino en los días oscuros.

*Ahora eres madre, no puedes derrumbarte.*

—No deberíamos salir de aquí —dije por fin, con la cabeza un poco despejada—. Creo que estamos en medio de un ciclón o un huracán, y se llevaría a Denis.

—¿Y la inundación? —me susurró Bastian, preocupado—. Si las olas alcanzan el cementerio, estamos atrapados.

—El viento está soplando hacia la costa, tal vez retire el agua —pensé en voz alta y él asintió. Sabía que no podíamos hacer nada más

que esperar a que el viento amainase.

Denis estaba muerto de hambre, pero pronto se quedó dormido en mis brazos. Al día siguiente nos enfrentaríamos a la verdad, pero todavía teníamos que sobrevivir a aquella noche, escondidos en una tumba vacía. Bastian se sentó en una esquina y apoyó su espalda en la pared, me hizo un gesto para que nos acercásemos y nos acogió entre sus piernas y sus brazos.

Qué extraña estampa, la única noche que pasamos los tres abrazados. Bastian no tenía ganas de hablar, se mantuvo atento a los ruidos de la superficie, pero me acariciaba los brazos para mantenerme despierta y apoyaba la barbilla en mi hombro. De todos modos no podría haberme dormido, estaba preparada para saltar a la superficie cuando llegase la tromba de agua.

## 59 TRAS EL CICLÓN

*Bastian*

Denis abrió los ojos de madrugada, mientras lo sacábamos del hueco de la tumba. Se dejó alzar entre mis brazos y los de su madre, aferrado al álbum de nuestra familia. El viento había dejado de soplar, los vidrios de las farolas habían estallado, la mitad de los árboles que nos rodeaban estaban partidos, las raíces arrancadas.

—Madre, va a tener que contármelo —le espetó el chiquillo en cuanto se despejó—. ¿Entonces el del bigote negro no es mi padre?

—¡Denis! —le grité—. No debes perderle el respeto.

—¡Pero es cierto! —contestó fuera de sí—. Para mí no es mi padre. Solo le he visto dos veces en mi vida, y es muy serio y siempre me reprende.

Entonces miré a su madre de reojo, esperando yo también su respuesta.

*Vamos, Laia, depende de ti. Dinos la verdad, ¿acaso no la merecemos?*

Ella me miró, apretando los labios y negando levemente con la cabeza. Comprendí que no lo iba a decir. Por los motivos que fueran, no lo iba a decir.

Así que arrastré de nuevo la losa hasta cerrar la tumba y le hice un gesto a Denis para que se sentase a mi lado. Pensé en las opciones, pensé en las mentiras, pensé en las prioridades.

Miré de reojo a Laia. *Tranquila, tu maldito secreto estará a salvo contigo, no tengo por qué destrozarte la vida que has elegido.*

—Verás, hay algo que tenemos que contarte de nuestra familia, una peculiaridad, ¿sabes lo que es eso?

Él negó con la cabeza. Abrí el álbum de fotos, sonriendo al ver al abuelo Denis con veinte años, larguirucho y pecoso.

—Nuestra sangre francesa no se mezcla. En la mayoría de las familias, los hijos se parecen un poco al padre y un poco a la madre. A veces es el color del pelo, la forma de la nariz, el ruido

que haces al roncar, como tú esta noche... — fingí que le golpeaba en el brazo, guiñándole un ojo.

»Tu padre y yo no nos parecemos en nada. Él es igual que tu abuelo, el de Manacor. Yo soy igual que mi madre: si me pones moño y vestido, seríamos como gemelas, mira —le enseñé un retrato de madre, posando sentada junto a un trípode con un jarrón de flores falsas—. Tú serás igual cuando seas mayor, y lo más importante, cuando tengas hijos, o tal vez hijas, alguno será igual, exactamente igual a nosotros, querido sobrino. ¿No es una bonita historia, que un mismo rostro se repita durante generaciones?

Denis me arrancó el álbum de las manos, enfadado.

—No, no es bonita. Es horrible, yo quería que tú fueses mi padre, no quiero que seas mi tío Bastian.

Le revolví el pelo, impotente.

—Hijo, no hay nada en el mundo que yo pueda hacer para cambiar eso.

—Sí, sí que podrías. Llévame contigo a la

granja, no quiero vivir en Papeete, quiero estar con mis primos y contigo todos los días... — suplicó.

—¡Denis! —intervino su madre—. Después hablaremos de esto, ahora debemos volver a casa, tus primos y tus tíos se quedaron allí anoche. La mitad de la villa está inundada, estoy muy inquieta por ellos.

Papeete despertó aquella mañana de febrero con trescientas veintisiete casas derrumbadas, dos muertos, cientos de cadáveres de animales bajo los escombros, un muelle barrido y una población atónita.

Por una vez el gobernador reaccionó adecuadamente y dispuso de todo el dinero de las arcas municipales para traer comida y mantas. Los damnificados durmieron en el edificio de Obras Públicas durante semanas.

Del negocio de mi hermano y mi cuñada no quedó nada, pero su casa resistió, tal vez por las

reformas que se hicieron tras el incendio, años atrás.

El ciclón arrasó también la granja de nácar. Algunos pilotes aguantaron, y pude recuperar del doble techo todos mis francos ahorrados y dos *mabés* que aún no había vendido. El suelo estaba inservible, íbamos a tener que construir otra cabaña. La peor parte se la llevaron las ostras. La pasarela no aguantó, las cuerdas cayeron al fondo del océano. Muchas de las ostras, atrapadas en las celdas, perecieron ante el ataque de los pulpos y de las estrellas marinas, hasta que Timi, Hinano y yo las rescatamos y las izamos de nuevo para amarrarlas a la nueva pasarela.

Perdí los *suisekis*, los ocho, no hubo forma de encontrarlos.

Fue el único momento de mi vida que recuerdo haber llorado.

Pero no deseo volver a hablar de ese tema, porque tuve una sensación de muerte, de que algo muy grave me iba a pasar.

Timi lo comprendió, me dijo palabras sensatas

para consolarme: «Denis nos ha salvado a todos. Si nos hubiésemos quedado aquí, estaríamos muertos, nosotros y nuestras familias».

Y tenía razón, trescientas cabañas de los distritos fueron arrasadas. No volvimos a ver a muchos de nuestros vecinos. Años más tarde, aún encontraríamos jirones de pareos enredados entre las hojas altas de los cocoteros.

Denis se volvió aún más indomable, se escapaba a menudo a la granja sin avisar a su madre. Solo quería estar conmigo. Le reprendíamos, él no escuchaba, dejó de llamarme «tío Bastian», pero no le permití que me llamara «padre», pese a que era el mejor sonido del mundo. A partir de ahí, siempre me llamó «Bastian» a secas, como un castigo, una renuncia o una burla. Nunca lo supe.

El principio del fin nos cortó a todos en dos varios meses después. Las tres familias al completo nos pasábamos los días

reconstruyendo nuestra granja de perlas. Las esposas de Timi e Hinano, los chiquillos, Denis y Laia, todos trabajábamos en contra del tiempo para salvar la cosecha de ostras de aquel año.

Después de pasar aquella noche encerrados en mi tumba, entre Laia y yo se había restablecido la confianza de nuestros primeros días en Tahití, quince años atrás. Hablábamos casi siempre de Denis, como esos padres preocupados ante la posibilidad de que la artillería les explote en su propia casa. Cuando estábamos tan cansados que no podíamos anudar ninguna cesta más, nos tumbábamos en una hamaca que yo había construido con una red rota que el ciclón había traído a los pies de la cala. Enganché la hamaca a la esquina de la pasarela de mi nueva cabaña, donde solo se veían océano y atardeceres, y aquel refugio se convirtió en nuestro lugar preferido del planeta. A veces Denis nos espiaba y hacía ruido aposta para que supiéramos que estaba por allí.

Un día volvió Hugo, un día alegre, efervescente, con casi todo el trabajo terminado,

con nuestra vida de nuevo reparada. Los críos estaban ilusionados, porque habíamos prometido un banquete con caramelos de *uru* para celebrar que habíamos vencido al ciclón. Denis llevaba el pareo de su abuela Faimana que yo le había regalado. Aquel día estaba pletórico. Le dije que me custodiara una perлита gris que había encontrado mar adentro en una ostra salvaje. Él juró guardarla para el resto de su vida. Su voz era tan solemne que me hizo reír.

Hasta Laia había aceptado aquel día quitarse sus botines de cuero marrón y se había dejado colocar un pareo, anudado tal y como Miri le había enseñado: cruzado sobre el pecho, el nudo tras la nuca.

*Casi veinte años me ha costado quitarte las botas para estar en una playa, pensaba yo aquel día, riéndome de mi propia ocurrencia.*

¿Quién le contaría a Hugo dónde estaban su mujer y su hijo? ¿Quién le hablaría de nosotros en Papeete? ¿Por qué no había avisado de su llegada para que fuésemos a recogerle al puerto?

Qué preguntas tan inútiles.

Hugo apareció en nuestro mundo multicolor, vestido de un negro severo que dañaba la vista. Estaba tan digno y tan incongruente con su bastón...

Miró horrorizado a Denis, que se escondió detrás de mí, y a mí ese gesto tan espontáneo de temor me escamó.

Laia se acercó, tal vez avergonzada por llevar puesto un atuendo tan maorí.

—Hugo, ¿cómo es que no has avisado esta vez? Nadie te esperaba todavía.

—Eso es evidente, ¿qué hacéis así... —señaló los pareos con un gesto muy parecido al desprecio—, todos disfrazados de canacos?

Timi e Hinano estaban cerca, me preguntaron con la mirada qué iba a hacer. Les pedí en silencio que se alejaran.

—Hugo, están ayudándome a reparar mi casa, esta ropa es más cómoda para ese fin, créeme —le contesté.

Creo que entonces se dio cuenta, porque nos miró a Denis y a mí y sus ojos no dejaban de

pasar del uno al otro, del otro al uno. Yo también me percaté de que estaba viendo a la misma persona con distintas edades. Denis y yo íbamos descalzos, ambos con el pareo verde, ambos con la misma piel picada de pecas por el sol, el mismo pelo de paja descuidado. Acaso el mismo desafío en la mirada.

Hugo se volvió hacia Laia.

—¿Para esto dejo que lo eduques, para que crezca asalvajado?

—No digas tonterías —le cortó su esposa—, tiene seis años y ha leído más libros que tú en toda tu vida. No puedes reprocharme nada de la educación que le estoy dando. Habla con el padre Damián, es un alumno brillante. Pero no le basta, Hugo, en la villa se marchita, lo traigo aquí para que corra, para que nade...

—¡Para que acabe como mi hermano! —gritó Hugo, rojo como un salmón.

Me adelanté, interponiéndome entre ambos, y le puse la mano en el pecho.

—Voy a ignorar lo que quiera que eso signifique para ti, hermano. Y volviendo a Denis,

que es quien aquí importa, tu esposa tiene razón. Estas escapadas le vienen muy bien a su carácter. Al menos, deja que él decida.

—Tonterías, es un niño.

—¡Un niño que no quiere ni verte! —le grité—. No lo castigues de ese modo, castígame a mí, una vez más. Llévate a tu mujer, volveos juntos a Manacor o adonde os dé la gana, pero deja que el niño decida con quién quiere vivir.

—Legalmente tú no eres nada suyo —dijo, poniéndome el bastón sobre el hombro. Yo se lo aparté de un manotazo—. Escúchame bien, si os encuentro juntos otra vez, te enviaré directamente a la cárcel de Noumea por raptó de menores.

—¿Me estás prohibiendo que lo vea? —*Esto no puede estar pasando*—. ¿Qué mal le hace?

—No va a ser necesario —dijo, después de meditarlo por unos segundos, y en un momento agarró al niño, lo cargó sobre los hombros pese a sus patadas y mordiscos y se lo llevó.

Miré a Laia, sin creerme del todo lo que había hecho Hugo.

—Deja que se calme —me dijo, mirando el sendero por el que habían desaparecido—. Ahora no va a razonar con nadie. Dentro de un rato volveré a Papeete y hablaré con él.

—Yo iré mañana a hablar con mi hermano. — Ella abrió la boca, iba a objetar algo—. No me diga nada, señora. Iré mañana, le guste o no.

Laia desapareció con Miri, se cambió de ropa, cogió su coche carreta y se marchó a Papeete. La fiesta había acabado, recogimos en silencio. Nadie habló en todo el día.

Aquella noche sopesé todas las opciones: valientes, cobardes, fantasiosas, realistas... Decidí renunciar a Denis, decirle a mi hermano que no lo volvería a ver. Laia tendría que ser también firme en su promesa de no traérmelo a la granja. Faltaban quince años para su mayoría de edad. Después el muchacho decidiría, y yo contaba, en mi interior, con que la isla lo mantuviera a mi lado.

Me presenté a media mañana, vestido de *popa* para no incordiar de más a mi hermano.

Llamé y la misma Laia me abrió la puerta en camisón y con la melena suelta y despeinada, con la mirada ida, sin fijar sus ojos en mí.

—Se lo ha llevado. Anoche no me contó nada de sus planes, dijo que hoy hablaríamos. Denis no dejaba de hablarle en maorí para fastidiarle, estaban los dos fuera de sí.

—¿Adónde se lo ha llevado, Laia?

—De vuelta a Mallorca, todavía estaba atracado el barco que ayer trajo a Hugo, el *Croix du Sud*. Esta noche ha vuelto a embarcar, se ha llevado los documentos del niño, la partida de nacimiento, pero apenas ha cogido ropa para Denis, y ninguno de sus libros. Y yo no puedo hacer nada por impedirselo. Hugo es su padre, legalmente hablando, y él es un menor a su cargo. Yo no puedo reclamarlo.

Me senté un momento en una silla del vestíbulo, tal vez perdí un poco el equilibrio.

—Entonces tiene que ir allí —le dije, después de pensarlo un rato—. Volver a España. Fingir

que todo está bien entre vosotros y seguir siendo una familia para Denis. No podemos dejar que crezca él solo con Hugo.

—Lo sé. Sé que debería ir pero... sabes que no volveremos a Tahití, ¿verdad?

Entonces estallé, después de tantos años estallé.

—¡Maldita sea, Laia! ¡Debiste decírmelo!

Ella calló, apretó los nudillos bajo los mitones que un día lejano desnudé.

—Debiste decírmelo, hace seis años, cuando te quedaste embarazada. Eso lo habría cambiado todo.

—Por eso no te lo dije.

La miré horrorizado, sin comprender. Qué más daba ya. Estábamos llegando tarde a los reproches.

—Solo prométeme una cosa y estaremos en paz.

Esperó en silencio, demasiado cansada como para discutir.

—Si no vuelvo a ver a Denis, encárgate de que Hugo no le amargue la vida. Es un buen

muchacho, no quiero que crezca odiándonos a los tres. Pero tienes que estar a su lado, si está solo se va a descarriar.

—Es igual que tú.

—Créeme, ya lo veo. Laia...

—¿Qué?

—Hazle fuerte. Solo así no te odiará cuando te vayas y le dejes solo.

No le gustó mi comentario, pensé que me echaría como a un gato molesto.

—Estoy renunciando a ti por Denis —me dijo, rindiéndose—, ¿eres consciente?

—No podemos dejarle solo con Hugo, Laia —insistí. No veía más allá de ese razonamiento.

Así que nos miramos y me dispuse a irme, no tenía ganas de despedidas. Hugo ni siquiera me había dado la opción de ver a Denis por última vez, decirle un «sé fuerte, chico», tranquilizarle con un «espera unos años, todo cambiará».

Antes de cerrar por última vez en mi vida la puerta de aquella casa, me giré y le pregunté:

—¿Alguna vez seremos la familia que tú y yo nos merecíamos?

—Alguna vez —contestó—. Estamos pagando por nuestras cobardías. Pero te prometo, Bastian, que volveré a reunir a esta familia un día. Te lo debo, por todo lo que te he hecho estos años.

—Tú vas a sacrificarte, vas a irte de esta isla que has empezado a apreciar. Tendrás que empezar de cero en Mallorca con un hombre al que no amas. Así que yo también te hago una promesa. Te prometo que os esperaré, que no tomaré esposa, que no tendré más hijos. Te lo prometo aquí y ahora. Os esperaré, en la playa de Maraa, en la cabaña de pilotos. Me quedaré. Una vez te hice esta misma promesa y te fallé, mi falta te destrozó la vida y cambió tu destino. No volverá a pasar. Os esperaré hasta que estéis de vuelta, hasta que Denis sea mayor de edad y Hugo no pueda retenerlo por la ley. Le contaremos nuestra historia. Y si antes he muerto, prométeme que le contarás la verdad, le contarás nuestra historia tal y como fue. Tiene derecho a saberla.

Laia asintió, conforme.

—Si yo muero antes, Bastian, cuéntasela tú. No omitas nada, cuéntale todo lo que recuerdes. Nunca quisiste ceremonias, pero estos serán nuestros votos, sin sacerdotes, sin iglesia. Serán más sagrados que nosotros.

—Lo prometo entonces, Laia. Prometo contarle a Denis toda la verdad.

—Yo también prometo, Bastian. Prometo traértelo de vuelta a Tahití. Prometo que volveremos a ser los tres una familia, aunque pierda la vida en el intento.

—Eso haremos.

—Eso haremos.

No hubo beso de despedida, pero sí un abrazo. Un abrazo que aún recuerdo cada madrugada de estos veinticuatro años, un mes y cinco días.

60 NO ME IRÉ

*Denis*

*Tahití, marzo de 1930*

Para cuando Denis llegó a la granja de perlas la carretera ya se había convertido en un lodazal. La tormenta arreciaba y las palmeras de la ladera del monte apenas contenían algunos torrentes de agua que buscaban seguir su camino hasta el mar.

Finalmente no tuvo más remedio que dejar el coche abandonado cientos de metros antes de llegar a la cala. Las ruedas patinaban y Denis tenía miedo de salirse del sendero. Pero más le preocupaba su tío Bastian, así que corrió bajo una lluvia furiosa hasta alcanzar la pasarela, llamándole a gritos, pero no lo encontró. Sin embargo, al asomarse por el ventanal, vio una silueta internándose con dificultad en la selva.

Denis salió de la granja, empapado, y lo siguió hasta alcanzarlo.

—¡Tío Bastian! —le gritó—, deja que te acompañe a tu cabaña. Esto se está poniendo peligroso.

Bastian no se detuvo, continuó, mal que bien,

sorteando charcos y hojas de palmeras que se agitaban sin descontrol con el viento.

—No, Denis. Vuelve al hotel, yo puedo llegar a mi choza.

—No, tío. No voy a dejarte solo con esta tormenta. Si te ocurre algo, no me lo perdonaría —dijo Denis, sujetándolo por un brazo.

—¡Vuelve al hotel, maldita sea!

Bastian se zafó con un gesto brusco que sorprendió al propio Denis. Nunca le había visto perder los modales.

—No, no me iré. No puedo volver —admitió Denis, rindiéndose—. Estoy en busca y captura.

Bastian se volvió, incrédulo.

—¿En busca y captura? ¿Tú, hijo? ¿Por qué demonios te persiguen?

—Por matar a mi madre.

Bastian le miró, consternado, incapaz de moverse pese a que el cielo entero estaba cayendo sobre ambos.

—¿Lo has tenido que dejar todo porque piensan que has matado a tu madre? ¿Por eso estás aquí? ¿Estás huido? Pero tú me dijiste que

habías venido porque tus hermanos intentaban demostrar que no eras hijo de Hugo.

—Y así es, no te mentí. Pero te oculté parte de la verdad. Por nada del mundo quería que tú sospecharas también de mí, que me creyeses culpable de hacerle nada malo a mi madre. Al fin y al cabo no me conocías cuando llegué. No sabías qué clase de hombre soy.

Bastian hizo un gesto de impotencia, apretó los puños, calado como estaba.

—No esperaba que lo descubrieras así, pero has llegado muy lejos y mereces una explicación. Vamos a mi cabaña. Y rápido. Estoy muy preocupado por ella.

—¿Por ella? ¿Cómo que por ella? ¿De qué estás hablando?

Bastian no contestó, se dio media vuelta y comenzó a ascender, colina arriba, hasta su cabaña. Denis lo siguió, desconcertado, ayudándole en algunos tramos. Por fin llegaron a la choza, una estructura de pilotes de madera la alzaba dos metros sobre la hierba. El agua pasaba en tromba por debajo del suelo elevado

de la chabola. Denis trepó por las escaleras de la cabaña y emitió un quejido de animal herido cuando la vio.

Corrió a abrazarla, como un niño pequeño, sin contención ninguna.

—¡Madre, está viva! ¿Cómo es posible? La creímos muerta..., la buscamos durante semanas... Oficiamos un entierro por su alma.

Laia también le abrazó, con fuerza, obligándole a callar. Denis era lo único que había echado de menos de su vida en Mallorca.

Fuera de la cabaña la tormenta continuaba. Algunas goteras empapaban un suelo lleno de cubos. Era difícil saber si los pilotes que sujetaban la choza aguantarían. Pero no había posibilidad alguna de salir de allí, tendrían que confiar en que dejase de llover, esperar que el techo no se calase del todo y cayera sobre sus cabezas.

—Denis, vine a morir aquí y he cumplido mi promesa: te he traído a Tahití. Ahora estamos los tres de nuevo juntos.

Denis no escuchaba apenas. Se sentó en el

camastro junto a ella, le cogió las manos fuertemente entre las suyas. Era ella, seguía igual que la última vez que la vio, hacía ya una vida. Sus mitones de encaje blanco, el pelo peinado en un moño bajo. Pero después del alivio llegó la rabia. Denis se giró, temblando, hacia Bastian, encarándose a él.

—Todo este tiempo, tío Bastian... ¿Te volvías a esta cabaña para estar con mi madre, dejaste que siguiera creyendo que estaba muerta? ¿Sabes... sabéis ambos por todo lo que he pasado? En Manacor piensan que usted ha sido asesinada. La policía, la prensa, todo el mundo ha sospechado de Alejo, de Aurora, de mí. Nuestra vida ha sido un maldito infierno desde el día que desapareció.

—No era eso lo que buscaba... solo quería escapar de aquella vida impuesta, hacer por una vez lo que siempre he querido hacer, que era estar junto a Bastian. Que nadie, ninguna circunstancia ni persona me lo impidiera. Solo eso, hijo. Solo eso. Mi esperanza y la de Bastian era contarte la verdad cuando cumplieses la

mayoría de edad. Pero para entonces ya le odiabas visceralmente y solo tenías vida para la empresa. Eras la sombra de Hugo.

—Por eso me regaló usted aquel pasaje a Tahití, ¿verdad? Quería traerme de vuelta.

—Y tú te negaste y lo rompiste. Cuando Hugo te llevó a Estados Unidos estuve a punto de usar mi billete y que no me encontraras a la vuelta.

—¿Se quedó por mí, madre? ¿Me antepuso a tío Bastian?

—Así fue, me sacrificué una vez más. Si me hubiera ido entonces, Bastian y yo te habríamos perdido para siempre. Y cuando murió Hugo no tuve fuerzas de intentarlo de nuevo. Solo pensabas en la fábrica, cómo convencerte. Quería que fueses tú quien decidiera si venir a encontrar la verdad o quedarte en Manacor, por eso te envié el cuadro el día que marché. Lo medité mucho, aunque pensé que era improbable que vinieras. Hugo te hizo odiar esta isla y a Bastian. Si te hubiera traído aquí directamente, si te hubiera traído ante Bastian, lo habrías rechazado. Quería que hicieras el camino de

vuelta por ti mismo, volver a amar la isla donde naciste y creciste, volver a querer a Bastian.

—Madre, el cuadro no llegó a mis manos. Y encontramos un cuerpo, creímos que era el suyo. Todos pensamos que eran sus ropas.

—La giganta, vestí a la giganta. Era un muñeco de cartón piedra de mi tamaño, me lo envió un artista fallero poco después de la muerte de Hugo. Y no te enfades con Bastian. Todo ha sido idea mía. Él quería decírtelo, acabar con todo esto. Pero yo necesitaba que le dejases de odiar y que no te fueses al verme, sin cumplir la promesa que nos hicimos, la de contarte toda la verdad.

—Pero sigo sin saberlo todo, madre, y tío Bastian tampoco lo sabe.

—Será esta noche, pues. Esta noche, en la que tal vez muramos los tres. Os lo debo a ambos.

—¿Qué nos debes, Laia? —intervino Bastian, frente a ellos dos.

—Lo más difícil de todo: la verdad. Lo que os voy a contar ahora os va a hacer mucho daño, a

los dos. Pero sois fuertes, y un día descubriréis que podéis con la carga que supone. Sobreviviréis, tal y como yo he sobrevivido todos estos años.

## 61 FIN DE FIESTA

*Laia*

*Papeete, julio de 1899*

Bastian se alejó cuando todavía era de noche, acabábamos de hacer el amor y me quedé observando el milagro que suponía su presencia en mi calle, antes yerma, antes aborrecida. Me reí sola, porque estaba cansada de angustias, de lutos, de despedidas. Ahora todo era distinto. No dejaría que Hugo nos separase de nuevo con sus sensatos argumentos.

Teníamos tiempo, tiempo para hacernos fuertes, tiempo para encontrar las palabras que iban a coser los descosidos. Subí a mi

dormitorio, tal vez iba a poder descansar un momento sobre la cama antes de que llegase el amanecer y, con él, el bullicio que traerían las consecuencias de los disturbios de aquella noche.

*Disturbios*, pensé para mí, y me volví a reír de nada, en realidad.

Estaba eufórica.

*Que pase rápido el día, que llegue pronto la tarde*, pensé. Serían siete tardes y después Bastian volvería. Cerré los ojos y me recreé en las últimas sensaciones aún pegadas a mi cuerpo.

Después la realidad se trastocó, se rompió, cambió para siempre.

Al principio no conseguí entender lo que estaba ocurriendo. Tenía los párpados cerrados y noté un tirón hacia atrás que me arrancó parte del pelo que me crecía en la nuca. La mano de un ogro me había sujetado la melena y me arrastró hasta el suelo de mi dormitorio. Pataleé, chillé, me defendí, me tapó la boca con aquella manaza que olía a inmundicia. Entonces

comprendí que era él, el criado de Papinaud, que había vuelto a la isla para vengarse de lo que le hicimos, o tal vez nunca se fue y solo esperaba su momento, una noche de confusión como aquella.

Estaba tan aterrorizada que no conseguí hilar ningún pensamiento, nada que planear para sobrevivir. Me cogió del cuello y golpeó mi frente varias veces contra la esquina del escritorio.

*Tal vez haya venido solo a matarme, tal vez no quiera hacerme lo que le hizo a Miri,* pensé.

Pero no tuve tanta suerte. No era de los que hablaban, no era de los que insultaban. Era un criado embrutecido con instintos de demonio. Estaba acostumbrado a callar, a que nadie escuchase lo que tenía que decir, tal vez no sabía ni pronunciar dos palabras seguidas.

Se me ensangrentó el pelo y pestañeé para que la sangre no me entrase en los ojos. Me lanzó sobre las tablas de madera del piso como a un guiñapo, me dio varias patadas en las

costillas, me dejó sin respiración. No iba a respetar nada, lo sabía ya. Sabía cómo golpeaba, sabía cómo violaba, lo tuve que presenciar todo cuando asaltó a Miri y había venido a menudo a visitarme en mis pesadillas, pero esa noche todo dolía más que en mis negros sueños.

Me arrancó las enaguas, levantó la falda del vestido. Donde hacía un momento había estado Bastian, él entró sin permiso, con la única intención de destrozar. Fue peor que un parto. Anthony no me hizo tanto daño, aún estaba naciendo y ya su cuerpo respetó en lo que pudo a su madre. Y yo no dejaba de pensar que la semilla de esta mala bestia se había mezclado en mi interior con la semilla de Bastian. No podía alejar de mí una evidencia tan atroz.

Después de la primera violación el criado se tomó su tiempo, al igual que hizo con Miri. Actuaba sin enervarse, como un soldado. Supe que no se iría hasta el alba, en cuanto amaneciese, así que mi único objetivo era no cerrar los ojos, ni con sus estoques más dolorosos, escrutar la oscuridad de la ventana,

rogar que el cielo clarease. Después ese cuadrúpedo que desmadejaba mujeres se iría.

En mitad de la tormenta de golpes percibí un olor familiar y lo perseguí hasta que di con él. El criado olía como Bastian, a choza, a cañas de bambú, a techo de pandano, a entramado de fibra vegetal. Era un olor que no registré cuando atacó a Miri. El ogro había cambiado de residencia.

Entonces una idea se abrió paso y recaló en mi cabeza, como si Bastian la trajera en su aro salvavidas, flotando: *Hazte la muerta. No piensa dejarte viva.*

Y me di cuenta de que tenía razón, de que había vuelto porque, de alguna manera, sabía que fui yo quien eché al gobernador de la isla con mis panfletos. Tal vez Papinaud no le dejó marcharse con él, cansado de arrastrar un servicio tan problemático. O tal vez el gobernador le dejó aquí apostado, ancorado a esta isla como un último regalo envenenado, contándole sus sospechas, contándole que fuimos unas simples mujeres las que

organizamos su exilio y su caída en desgracia, el fin de su impunidad.

Así que gruñí, me zarandeé, arañé con las manos lo que pude para que me notase viva. Cuando llegase el amanecer me quedaría quieta, con los ojos fijos en una pared y en el retrato de un marido que nunca estaba. Dejaría de respirar todo el rato que pudiese.

Y así ocurrió, con la frescura del nuevo día el criado de Papinaud me embistió en la boca por última vez. Aguanté las arcadas, no le gustaba que lo hiciera y me golpeó fuerte con la mano abierta junto al oído. Cuando caí contra una silla fingí que no me levantaba. Realmente no sé si habría podido, unos minutos antes saltó sobre mis piernas y habían dejado de dolerme.

Soporté por última vez ese aliento que no olvidaría nunca. Oía a tantos fluidos innombrables que estuvo a punto de nacerme otro vómito, pero sabía que aquella era mi última carta y la jugué a vida o muerte. No respiré, no gemí, no miré.

Por un segundo hasta yo misma creí que

estaba muerta.

Tal vez lo estuve.

El criado me olió, me husmeó, intentó escuchar el latido pero no lo encontró. Tal vez se asustó, o tal vez estaba satisfecho porque ese era el objetivo.

Se levantó y me dio una última patada entre las piernas. Carne destrozada sobre carne destrozada. Abandonó mi dormitorio y le entraron las prisas. No quería ser descubierto, esta vez había atacado —puede que asesinado— a una colonial.

*Te he vencido, maldito.*

Fue el último pensamiento que tuve antes de cerrar los ojos y desmayarme. Cuando los abrí, Miri y su prometido me habían limpiado la sangre y las heridas, me habían vestido con un camisón blanco cuyos encajes rígidos me molestaban sobre la carne morada. Me habían llevado a la cama de la habitación de Hugo, lejos del incendio, donde todavía olía a su tabaco y a hombre bien perfumado.

De aquellos primeros momentos solo recuerdo

un pensamiento, uno solo: no quería que Bastian supiera lo que me había ocurrido, no debía verme así. Pensé que si lo sabía dejaría de ser una dama para él, que solo quedaría la vergüenza. Sabía lo que pensaba de los cuerpos usados sin permiso. Sería demasiado para ambos.

No sé de dónde saqué fuerzas, pero me incorporé sobre los codos ante la mirada atónita de mis cuidadores. Ahora que lo pienso, sí sé de dónde las saqué. Con Anthony todo era más difícil, sus dolores me dolían el doble, era un niño y yo no conocía el límite de su aguante. Con mi carne era distinto, todo me dolía, todo me escocía, la piel rabiaba, tal vez hubiera huesos partidos, tal vez no volviese a gozar como una mujer, pero el dolor acabaría cediendo.

*Te he vencido.*

—Ha sido él, ¿verdad? —preguntó Miri.

Había reconocido las marcas de la bestia, sus impulsos eran monocordes, a ella le dejó las mismas.

No hacía falta que asintiera, los tres lo

sabíamos. A ella le dolían de nuevo las heridas. Lo noté porque bajo su vestido misionero cruzaba las piernas, por instinto, como un niño que se orinaba.

—Entonces no se ha ido de nuestra isla —murmuró Hinano—. Entonces lo ha seguido haciendo.

—Creo que lleva todo este tiempo escondido en alguna cabaña, en la selva —dije. El recuerdo del olor a cocotero no volvió a ser agradable para mí nunca más.

Miri tragó saliva. Mi marido estaba lejos. Dormíamos solas en una mansión de madera.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señora?

—Lo único que está ya en nuestra mano, Miri. Vamos a matarlo.

## 62 LA OFRENDA

*Denis*

*Tahití, marzo de 1930*

—Laia, ¿cuándo nació realmente Denis? — preguntó Bastian, con la voz seca, en cuanto Laia terminó su relato—. ¡Contesta! ¿Fue en febrero, como siempre afirmaste?

—No, Bastian. Nació en abril, falsifiqué las fechas para que todo encajase —contestó ella.

Bastian salió de la habitación corriendo, doblándose sobre la barandilla exterior para vomitar. Denis corrió tras él a ayudarle. Era ya de noche y la lluvia no había perdido su fuerza. Los empapó de nuevo, ellos ni siquiera lo notaron.

—Cómo no lo sospeché, cómo no vi lo que le pasó, cómo la dejé sola una vez más —gimió Bastian.

Y Denis lo vio tan pequeño, tan menguado, que lo abrazó, también aturdido por lo que acababa de escuchar. Jamás había visto llorar a un hombre como lloró Bastian aquel día. ¿Cómo llamarlo ahora, tío Bastian, padre, o no era nada de eso y él era un hijo de la infamia?

Bastian tardó en recomponerse y se sentó, con esfuerzo, en un pequeño banco de la balconada, resguardado del agua.

—Hay algo que debes saber de tu madre —dijo por fin, cuando se calmó, con la mirada perdida en la selva—. ¿La has visto alguna vez sin mitones?

Denis se sentó junto a él. Las rodillas no le sujetaban.

—No, qué tontería. Una vez le pregunté y me dijo que nació con ellos puestos.

—Muy propio de ella. Verás, estaba convencida de tener llagas en las manos. Dice que de niña la acusaron de endemoniada y que le estuvieron a punto de ingresar en un sanatorio mental en Inglaterra. Ella veía sus llagas, pero no tenía nada. Su piel no estaba cortada, ni siquiera tenía cicatrices, ninguna señal. Pero ella las veía.

—¿Qué importancia tiene eso ahora? No comprendo dónde quieres ir a parar.

—A que eres mi hijo, ahora lo sé. Todo este tiempo dudaba entre si yo era tu padre o si podía

haber sido Hugo. Somos idénticos, pero siempre pensé que tal vez Hugo llevaba también en su semilla la sangre del abuelo Denis o de nuestra madre Nadine, iguales a ti y a mí. Ahora que sé que naciste once meses después de que Hugo se fuera a Mallorca, solo yo puedo ser tu padre.

—Pero ¿no acabas de escuchar lo que nos ha contado? ¿Crees que se inventó la violación?

—No, creo que ocurrió de verdad. Ahora todo encaja, es solo que... te lo dije cuando te conté mi vuelta a Tahití: el criado de Papinaud no era europeo, lo trajo de alguna isla exótica, no recuerdo de dónde. Pero tú no puedes ser su hijo, y tampoco de Hugo.

—Entonces su miedo a que yo no fuese hijo tuyo no tenía razón de ser —murmuró Denis, tragando saliva.

—No, ninguna. El horror la volvió ciega durante estos treinta años. Si yo hubiera sabido lo que pasó, si yo...

—Lleváis toda la vida arrepintiéndoos de lo que no habéis hecho juntos. Vamos dentro, podemos perderla en cualquier momento y eso

no nos lo perdonaríamos.

Denis le ayudó a entrar de nuevo en la cabaña y ambos hombres se miraron por primera vez como padre e hijo. Se sentaron sobre el camastro, donde Laia los esperaba en silencio.

—¿Qué pasó después, Laia? Quiero saberlo todo, he esperado demasiado para saberlo —le dijo Bastian.

Laia suspiró, apretó la mandíbula. Lo más duro había pasado.

—Durante los primeros días, después del 14 de julio, Hinano se instaló con nosotras, trajo tres rifles, montamos guardia por las noches, hicimos turnos para dormir. Le hice jurar que nunca te diría nada, pero Gauguin se acercó a mi casa, preocupado por las noticias de los disturbios, maldiciendo a los *coolies*, porque él no tenía dudas de la autoría de los incendios. Cuando me vio, comprendió y me llevó a su casa de Punaauia, con su joven *vahiné*. Ellos me curaron con paciencia. Allí tenía el retrato que te hizo, Bastian, junto con Faimana y Timi. Paul me permitió copiarlo, era lo único que calmaba

mis pensamientos. Pintar tu rostro, tenerte presente. Aquella pintura tan luminosa fue mi medicina. Sé que después el lienzo original se perdió, como tantas obras que no volví a ver de Gauguin. Yo me llevé mi copia de vuelta a Mallorca cuando abandoné esta isla para ir tras Denis y Hugo.

»Hinano preguntó en todos los distritos, discretamente, adivinando en los silencios vergonzosos de las madres, de las abuelas, en los malos gestos de los hombres. Siempre sucedía igual: la bestia irrumpía de noche, destrozaba a la muchacha, desaparecía con el alba. Muchas lo tomaban por un *tupapau*. Pocas hablaban.

»Semanas más tarde encontró la anomalía: un extranjero monstruoso viviendo donde nadie lo había hecho nunca, en las montañas, junto a las brumas eternas. Solo alguien que se escondía de todos viviría allí. Decían que habían visto una choza, tal vez un tejado, desde lejos.

»Partimos con un plan muy elaborado, Miri, Hinano y yo. Ellos vencieron su miedo a

adentrarse en la selva de noche, yo solo tenía miedo de volver a encontrármelo a solas. Localizamos la cabaña, descuidada y grotesca como él. Esperamos a que saliera de su madriguera. Caímos sobre él, dos mujeres y un muchacho, con una red de atrapar atunes. El objetivo era tumbarlo, llevábamos soga y piedras para acabar con cinco de su especie. Lo empaquetamos con la maroma, lo transportamos hasta una cala, en el despoblado suroeste de la isla. Nadie pescaba en aquel lugar, era «tabú», como repetían los nativos con ojos aterrados. Hinano decía que allí, en el fondo del mar, descansaba un dios suyo. Se llamaba Oro, era poderoso. Dijo que él decidiría por nosotros. La piragua estaba preparada, él se había encargado. Nuestro torturador estaba inconsciente, yo fui quien le atizó en la sien con una gran piedra negra, redonda y pulida. Miri estaba muy acobardada, decía que era de un *marae*, uno de esos altares antediluvianos al aire libre.

»—Mejor así, entonces —le dije. Que sus

dioses, que no hicieron nada por impedir nuestros calvarios, fueran también cómplices de lo que íbamos a hacer.

»Cargamos al criado de Papinaud en la piragua. Pronto entendí por qué los nativos nunca pescaban allí.

»No dejaban de merodear tiburones, no los pacíficos y esbeltos «puntas negras». Estos eran grandes blancos, *devorahombres*, los que llevaban en sus tripas a mi familia, los que se regocijaron con aquel festín.

»Arrojamos en alta mar el cuerpo del ogro, amarrado de pies y manos, atado con gruesas piedras.

»—No le hemos matado —susurraba todo el tiempo Hinano, como en una letanía—. Ahora Oro decide. Si el dios quiere que viva, vivirá.

»Miri miraba con ojos espantados el lugar donde habíamos abandonado a la bestia, mientras los tres remábamos intentando alejarnos del remolino de aletas que rodeaba el regalo a Oro.

»Yo también lo miraba, quería asegurarme de

volver a dormir el resto de mi vida. De no seguir temiendo las sombras de los muebles ni las ventanas abiertas al anochecer. Cuando el agua se tiñó de un rojo que ya conocía, aparecieron las burbujas. No duraron mucho, lo suficiente para saber que en el lecho del fondo marino, frente a un dios indígena cuya guardia personal eran tiburones sin demasiados remilgos, el criado de Papinaud había despertado y era consciente del final que se le venía encima.

## 63 LA CALA DE FAAA

*Laia*

*Faaa, septiembre de 1899*

Llegué al alba a la cala de Faaa, habían pasado dos meses desde la violación. Había tenido ya dos faltas, y un estómago no muy asentado debido a las náuseas matutinas. Estaba embarazada desde aquella noche.

Bastian me estaba esperando, sentado sobre el tronco horizontal de la palmera donde antes de todo, antes de la vida, planeábamos nuestro primer negocio juntos, vendiendo las botellas de gin Xoriguer. Qué bien me habría venido una aquel día.

Me había recuperado en casa de Gauguin, en Punaauia, escondida de las miradas escrutadoras de Papeete. Él no había preguntado, él había comprendido. Paul era un amigo, me consta que nunca contó nada.

Bastian ya se había bañado. Tenía el pelo mojado, me vio llegar a lo lejos y sabía lo que iba a suceder. Arrastré mi falda por la arena, pensando en lo que podría haber sido y nunca fue.

—Al menos esta vez va a dar la cara —dijo, a modo de saludo—. Su carta hablaba de un repentino viaje de negocios, pero su tono difería ya tanto...

Volvió a tratarme de usted. Era una pequeña venganza que le permití, tal vez le aliviaba un poco la rabia que debía de sentir hacia mí.

No trepé por el tronco del árbol. Aún estaba torpe y por nada del mundo quería que lo notase. Esperé junto a las raíces, en ese borde exacto donde la arena seca se convertía en el lecho marino de las primeras olas. Él comprendió que yo no iba a avanzar y bajó de la palmera. Se acercó nadando a la playa.

Y de la playa emergió un hombre que no llegaría a saber nunca por qué una mujer que le amó tanto estaba a punto de abandonarle.

—¿Cree usted en las renunciaciones? —me preguntó, quedándose dentro del mar, frente a mí.

—¿Habrías renunciado tú a algo, Bastian? ¿O era yo la que tenía que cambiar mi mundo por vivir a tu manera?

—Usted volverá con él. —No era una pregunta, ni siquiera fue una acusación. Era una evidencia—. ¿Mi hermano la hace feliz?

*Estoy embarazada*, le grité en silencio, pero no fui capaz de pronunciarlo.

—Con él una sabe lo que esperar de la vida —respondí.

*Aquella noche me violaron.*

Lo pensó por un momento y allí mismo se despidió de mí para siempre:

—Lo nuestro nunca fue una opción, creo —dijo, girándose y mirando un amanecer que ya le estaba abrasando la espalda y le ensombrecía el rostro.

*No sé si el hijo que espero es tuyo o del violador.*

—No, somos demasiado diferentes —asentí, pero me costaba mantener el hilo de la conversación—. Pero estando juntos, todo es tan... vivo.

*No quiero matarlo, quiero que el hijo sea tuyo, pero me odiarás y odiarás al muchacho si no se te parece. No puedo haceros eso, ni a él ni a ti.*

—Lo sé —dijo Bastian, con voz queda—. Pero nunca fue suficiente. Tampoco ahora.

Y no había nada más que decir, y tanto secreto innoble que callar...

Bastian se zambulló, mar adentro. Me quedé mirando su estela dentro del turquesa del agua.

Su cabeza reapareció a lo lejos, ya no quedaba nada entre aquellos dos cuñados que tanto daño se hicieron.

64 FIN

*Bastian*

*Tahití, marzo de 1930*

Pasamos dos noches atrapados hasta que pudimos salir de mi cabaña. La lluvia por fin cesó y la isla volvió a su normalidad.

Los primeros días que volvimos a pasar juntos como familia apenas hablábamos de banalidades, nos poníamos al día de tres décadas de historia, pero nuestras cabezas reescribían ahora cada fecha con una nueva perspectiva. Y por fin, cuando los engranajes se reestructuraron de nuevo, comenzamos a hacernos caso: padre, madre e hijo.

Laia accedió a personarse en la gendarmería

de Papeete. Tuvo que hablar con el policía mallorquín que había acusado a mi hijo de asesinarla y el único juez de Tahití certificó que seguía con vida.

Denis telefoneó también a sus hermanos, estuve presente cuando les llamó. Fue valiente, les dijo que yo era su padre, que renunciaba a su parte de la herencia de Hugo Fortuny, que iba a facilitar el traspaso de poderes a sus medio hermanos en la empresa de perlas de imitación. Que no pensaba volver.

Nunca le había visto tan dueño de sí mismo.

Denis y yo nos acostumbramos a charlar después de las comidas en el banco de mi cabaña, mientras Laia, exhausta de tantas novedades, dormía la siesta en mi cama.

—Padre, ¿qué pasa con las perlas esféricas? —me preguntó un día—. Mikimoto ha hecho de Japón una potencia mundial, ¿por qué Tahití no lo es todavía? Tú diste al final con la fórmula, ¿no es así?

—Así es. La gónada, hijo. La gónada era el secreto. Había que embarazarlas, insertar el

núcleo en la gónada y de ese modo la ostra fabrica perlas perfectas.

—¿Y por qué no veo actividad aquí? ¿Dónde ha ido a parar ese conocimiento?

—No ha sido un mal negocio, hijo. Dos familias de maoríes han vivido de esto durante décadas. No quiero que entre dinero extranjero y arrase con todo. Ya esquilbamos una vez una cala parecida a esta, la primera granja donde trabajé en Tahití. En Australia llegaron los buzos con las escafandras y dragaron el fondo marino en pocos años con cabezales que lo succionaban todo. Si viene una empresa, querrá ver resultados enseguida, la famosa productividad de la que mi hermano siempre hablaba. ¿No es mejor que siga siendo un secreto bien guardado?

—No hará falta dinero extranjero, padre. Pese a que renuncié a una herencia que era más mía que de mis medio hermanos, traje mucho dinero conmigo. Deja que hable con mis primos maoríes, buscaremos la manera de traer riqueza a esta isla.

Yo asentí en silencio, a veces con mi hijo no

eran necesarias las palabras.

—Vamos a despertar a madre —dijo Denis, levantándose del banco—. Tenemos poco tiempo y mucho que recuperar.

Y eso hicimos, recuperar los atardeceres plácidos de la isla, tumbados en nuestras hamacas; reírnos con las payasadas de los hijos del difunto Timi; comer dentro del mar, con mesas improvisadas y sillas arrastradas por la última tormenta. Durante años volvimos a tener la familia que nos merecíamos.

Mi *vahiné*, mi hijo y yo, como siempre debió haber sido.

## EPÍLOGO

*Anthony Fortuny Taravana*

*Tahití, 2014*

Mi nombre es Anthony, tercer hijo de Denis Fortuny Kane y de Hiva Taravana, principales

impulsores en la sombra de la industria de las perlas cultivadas tahitianas, que comenzó oficialmente para el mundo en la década de los años sesenta. Mi abuelo Bastian falleció muy anciano, apenas una semana después de que lo hiciera la abuela Laia.

A mí también me queda poco tiempo, he transitado por este mundo durante casi ochenta años y he disfrutado de una vida muy intensa.

Pero esa es otra historia.

Baste decir que mis padres y yo, junto con mi tío Matahi, continuamos el legado de mi abuelo. En la actualidad existen cerca de cuatrocientas concesiones de granjas perleras en los Mares del Sur, todas ellas en manos de emprendedores locales. La industria de las perlas negras representa la segunda fuente de ingresos de Tahití, solo después del turismo, y constituye el principal modo de vida para los habitantes de la Polinesia francesa.

Al abuelo Bastian le habría gustado saberlo.

AGRADECIMIENTOS

A Sonia Koubaji de Blaye, guía española afincada en Tahití y dueña de un negocio de perlas cultivadas, que tanto me ha ayudado con las traducciones al idioma tahitiano, la documentación de las granjas de perlas negras de Tahití, y que con tanta energía y paciencia ha resuelto todas mis dudas acerca de la cultura maorí y la vida cotidiana en la Polinesia Francesa.

A la Assemblée de la Polynésie Française, por poner a mi disposición todos los documentos oficiales de la época en el Tahití de 1890 a 1930.

A Daniel Mayoral Barea, presidente del Club Esportiu Dimonis Muntanyers de Manacor. Por ayudarme con las localizaciones exteriores de varias escenas en la isla de Mallorca.

A tantos y tantos lectores que me han seguido a lo largo de conferencias, ponencias, talleres, jornadas literarias y presentaciones. Por el cariño y los buenos momentos que hemos compartido.

A todos los que me han apoyado en las redes

sociales desde el principio de esta aventura. Por ser tan proactivos, por recomendarme siempre, por haber provocado un milagro gracias a vuestro boca oreja. Os lo debo todo.

A Alicia González Sterling, por defenderme como ella sabe.

A Matilde Asensi, por los buenos consejos y por saber mirar muy lejos.

En el terreno personal, tengo mucho también que agradecer.

A mi padre, Evelio García Castaños, por seguir tan presente como cuando estaba.

A mi abuelo Rufino, por enviarme este contrato una hora antes de dejarnos.

A mi madre, Marisol Sáenz de Urturi Ozaeta, y a mis hermanos, Nuria y Raúl.

A la familia Sáenz de Urturi Ozaeta, de Álava, y a la familia García Castaños, de Zamora.

Al pueblo de Villaverde, en Álava. Por su apoyo en bloque.

A Manuel Cano, a José Henarejos y a Patricia Soler. Por quererme bien.

A mi marido, mi *coach* y mi apoyo, Fran Jurado Alonso. Por estar a la altura de estas locas circunstancias. Ventajas de estar casada con un caballero.

Y por último y más importante, a mis hijos. Pese a que no entenderán estas líneas hasta dentro de unos años:

Adrián, la vida te ha enseñado muy pronto sus colmillos, pero tú no te has inhibido, has dado un paso al frente y le estás ganando una a una todas las batallas. Gracias por tu lección de superación diaria, maestro.

Dani, aunque viviera 28.000 años, sé que no voy a tener con nadie la conexión que tengo contigo. Olvídate de las piedras, hijo. Yo veo el diamante que serás.

*Pasaje a Tahití*

Eva García Sáenz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático,  
ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito del editor.  
La infracción  
de los derechos mencionados puede ser  
constitutiva de delito  
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y  
siguientes  
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño y la imagen de la portada, más!gráfica, 2014

© Eva García Sáenz de Urturi, 2014

© Espasa Libros, S. L. U., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub):  
Junio de 2014

ISBN: 978-84-670-4212-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color &  
Diseño

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)